3 1761 08166259 5

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO II. NÚM. XVI.

LA ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

ABRIL—1890

MADRID
IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, 22

1890

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de La España Moderna.

AP
60
E8
año 2
no. 16-18

Sección Extranjera.

RECUERDOS DE MI INFANCIA

I.

MAMÁ.

MAMÁ estaba sentada en el salón, y preparaba el te. En una mano tenía la tetera, en la otra la llavecilla del grifo. Desbordábase el líquido, que corría ya por la bandeja; pero aunque mamá miraba fijamente hacia la tetera, ni reparó en esto, ni advirtió que entrábamos.

Cuando intenta uno reproducir los rasgos de un ser querido, surgen simultáneamente tantos recuerdos, que turban la vista, como las lágrimas; son las lágrimas del alma. Siempre que trato de recordar á mamá tal cual era ella en aquel tiempo, solamente veo sus ojos negros que expresaban constantemente bondad y cariño; un lunarcito de su mejilla poco más abajo del sitio en que algunos cabellos rebeldes se rizaban; su cuello blanco y bordado, su mano flaca y delicada que tan á menudo me

acariciaba y que yo besaba también muy á menudo: el conjunto huye de mi memoria.

Á la izquierda del sofá había un piano inglés de cola, ya viejo. Sentada al piano, una muchacha morena, mi hermana Lioubotchka, se ejercitaba tocando un estudio de Clementi, con sus dedillos rojos recién lavados con agua fría. Mi hermana tenía, á la sazón, once años, llevaba traje corto y pantalones bordados, y todavía no alcanzaba á la octava. Próxima á ella, un poco ladeada, se halla sentada su aya, María Ivanovna, con su gorro de cintas coloradas, su gabán azul celeste y su semblante rojo é irritado, que adquirió una expresión aún más desapacible cuando apareció el profesor Karl Ivanovitch. El aya lanzó á Karl miradas amenazadoras, y, sin responder á su saludo, levantando la voz y recalcando el tono de mando, prosiguió contando, mientras llevaba con un pie el compás: una, dos, tres; una, dos, tres.

Karl Ivanovitch, según su costumbre, no hizo caso del aya, y fuése derecho á besar la mano á mamá, á la alemana. Mamá entonces salió de su ensimismamiento, movió la cabeza como para desechar ideas tristes, tendió su mano á Karl Ivanovitch, y dió un beso en la frente arrugada y vieja del profesor, en tanto que él le besaba la mano.

—Gracias, amigo Karl Ivanovitch (dijo mamá en lengua alemana); ¿han dormido bien los niños?

Karl Ivanovitch era sordo de un oído, y en aquel momento no oía absolutamente nada por culpa del piano. Inclinóse más todavía hacia el sofá, y alzando un pie y apoyando en la mesa una mano, levantó con la otra su solideo, y dijo, sonriendo de un modo que, en aquella época, me parecía la quinta esencia de la cortesía:

—¿Me permite V., Natalia Nicolaievna? Karl Ivano-

vicht nunca se privaba de su solideo rojo, temeroso de enfriar su cabeza completamente calva; pero nunca dejaba de solicitar permiso para permanecer cubierto cuando penetraba en el salón.

—Nada, no se descubra V. (dijo mamá, y siguió preguntando en voz más alta): ¿han dormido bien los niños?

Tampoco entonces la oyó el profesor, que siguió sonriéndose cada vez con más agrado, y tornó á ponerse el solideo.

—Deténganse Vds. un momento, Mimí (dijo mamá á María Ivanovna sonriéndose); no podemos entendernos.

Mamá era muy bonita; pero cuando se sonreía ponía-se más bonita aún, y hubiérase dicho que el regocijo brotaba enrededor suyo. Si pudiese yo vislumbrar siquiera esa sonrisa en los momentos más amargos de mi existencia, no sabría lo que era un disgusto. Paréceme que eso que suelen llamar la hermosura reside únicamente en la sonrisa: si la sonrisa le embellece, el rostro es hermoso; si no le transforma, es vulgar, y si le estropea, es feo.

Después de haberme dado los buenos días, cogió mamá con ambas manos mi cabeza, la inclinó hacia atrás, me miró muy atentamente, y me dijo:

—¿Has llorado?

No contesté. Ella me besó los ojos, y preguntó en alemán:

—¿Por qué has llorado?

Cuando hablaba familiarmente con nosotros, se servía siempre de ese idioma, que dominaba completamente.

El sueño que había yo inventado surgió en mi memoria con todos sus pormenores, y me extremecí involuntariamente.

—He llorado soñando, mamá (respondí). Karl Iva-

novicht confirmó mi aserto, pero no dijo lo que había yo soñado. Después de una conversación breve acerca del tiempo, conversación en la cual tomó parte Mimí, colocó mamá en la bandeja seis terrones de azúcar destinados á la servidumbre de escalera arriba, se levantó y fuése hacia su bastidor de bordar, que se hallaba próximo á la ventana.

—Id ahora (dijo) á ver á papá, y decidle que no se olvide de venir á hablar conmigo antes de bajar al jardín.

El piano, los *una*, *dos*, *tres*, y las miradas amenazadoras comenzaron de nuevo.

Atravesamos una habitación, que conservaba desde los tiempos de mi abuelo el nombre de *Sala de los oficiales*, y penetramos en el despacho de papá.

II.

PAPÁ.

Hallábase de pie cerca de su escritorio, y señalaba con el ademán papeles y montoncillos de dinero, y explicaba algo con aire de un poco incomodado á nuestro intendente Santiago Mikhaïlof. Éste, de pie también en el sitio que de ordinario ocupaba, entre la puerta y el barómetro, había echado á la espalda ambas manos y movía los dedos en todas direcciones con extraordinaria rapidez.

Cuanto más se enardecía papá, tanto más de prisa se agitaban los dedos de Santiago; pero cuando éste comenzaba á responder movíanse sus manos desordenadamente. Creo que habrían podido adivinarse sus pensamientos con sólo mirar atentamente sus dedos. Su rostro, en cambio, permanecía impasible. Leíase en él la concien-

cia del propio valer, unida á cierto matiz de sumisión con que parecía decirse:

—Yo soy quien tiene razón; pero haré lo que V. me mande.

Cuando papá nos vió, se contentó con decirnos: «Un momento....; voy en seguida», y nos hizo señas con la cabeza de que cerrásemos la puerta.

—Pero, por Dios, ¿qué tienes hoy, Santiago? (prosiguió diciendo.) Vas á cobrar mil rublos del molino; ocho mil por las hipotecas; vas á vender heno por valor de tres mil rublos, todo esto, ¿no te da un total de doce mil rublos? ¿Sí, ó no?

—Sí, ciertamente,—respondió Santiago.

Por la agitación de sus dedos comprendí que se disponía á presentar objeciones, pero papá no le dejó tiempo para hacerlo.

—Toma (le dijo), ahí tienes un sobre con dinero dentro. Dáselo á la persona á quien va dirigido.

Estaba yo muy cerca de la mesa. Dirigí mis miradas al sobre, y pude leer: «Para Karl Ivanovicht Mayer».

Sin duda papá hubo de observar que leía yo lo que no me importaba, porque me puso la mano sobre el hombro, indicándome con una presión ligera la dirección contraria á la mesa. Á todo evento, y no estando yo muy seguro de que aquella no fuese una caricia, besé la mano robusta y surcada de venas que se apoyaba en mi hombro.

—Está bien (dijo Santiago). ¿Y en lo que respecta al dinero de Khabarovka?

Khabarovka era la propiedad de mamá.

—¡No lo cobres sin orden mía!

Santiago estuvo callado durante algunos segundos. De pronto agitáronse sus dedos con duplicada velocidad; su aire de sumisión estúpida fué reemplazado por una expre-

sión de malicia, y comenzó á expresarse en los siguientes términos:

—Permítame V., Pedro Alexandrovitch; temo que nuestros cálculos no sean exactos.

Calló un instante y miró á papá con fijeza.

—¿Por qué?

—Permítame V..... El molinero ha venido ya dos veces á verme para solicitar espera. Jura que no tiene dinero. Ahí está; ¿quiere V. hablarle por sí mismo?

Papá hizo seña de que no.

—De las hipotecas no cobrará V. nada antes de un par de meses, como yo había previsto. El heno.... V. mismo ha dicho que podrán sacarse de él quizá tres mil rublos....

Santiago interrumpió su discurso. Sus ojos decían: V. mismo lo ve. ¿Qué son tres mil rublos?

Era evidente que Santiago tenía de reserva otros muchos argumentos; por eso, sin duda, papá se apresuró á cortarle la palabra.

—Sucederá lo que ya he dicho; sin embargo, si el dinero no se recauda inmediatamente, toma el de Khabarovuta.

—Bien está.

La fisonomía y los dedos de Santiago expresaron viva satisfacción.

Santiago era siervo. Era un hombre muy celoso y muy adicto. Como todo buen intendente, trataba con dureza cuanto se refería á los intereses de su amo, acerca de los cuales tenía las ideas más peregrinas. Su pensamiento fijo era enriquecer al señor á expensas de la señora, demostrando la necesidad de gastar todas las rentas de la señora para Petrovrkoë, la hacienda en que habitábamos.

Después de habernos saludado, nos dijo papá que en el campo estábamos llevando vida de holgazanes, que ya íbamos siendo creciditos y que había llegado el tiempo de trabajar seriamente.

—Ya sabéis, me parece, que parto para Moscou, y que os llevo conmigo (continuó diciendo). Viviréis en casa de vuestra abuela, y mamá se quedará aquí con los pequeños. No pongáis en olvido que su único consuelo será tener noticias de que trabajáis bien y no dáis á nadie motivo de queja.

Aunque algo de extraordinario sospechábamos por los desusados preparativos que habíamos observado hacía algún tiempo, la noticia cayó como un rayo. Mi hermano Volodia se puso del color de la grana, y temblaba su voz al cumplir el encargo de mamá.

—He aquí (pensé) lo que mi sueño me anunciaba. Dios quiera que no ocurra otra cosa peor.

Experimentaba yo grande, muy grande disgusto por separarme de mamá, y al propio tiempo la idea de que empezábamos en efecto á ser mayorcitos me lisonjeaba.

—Si partimos esta noche (pensé también), es muy seguro que hoy no tendremos clase. ¡Qué felicidad! Y, sin embargo, me entristece pensar en Karl Ivanovicht. Le despiden; si no, papá no hubiese dejado ese sobre para él.... Preferiría yo dar siempre lecciones, no separarme de mamaita y no causar pena á ese pobre Karl Ivanovicht. ¡Es ya tan desdichado!

Todos estos pensamientos cruzaron por mi cabeza. Yo no respiraba siquiera, y miraba fijamente á las cintas de mis zapatos.

Cambió papá con Karl algunas palabras acerca del barómeto, que había bajado. Encargó á Santiago que no diese de comer á los perros, porque pensaba salir por

última vez, después de la comida, con los galguillos corredores, y nos envió á trabajar, contra lo que yo esperaba; sin embargo, nos prometió, para consolarnos, que pensaba llevarnos á la cacería.

Al volverme al primer piso, me escapé un instante corriendo por la azotea. Milkita, el lebrel predilecto de papá, estaba tumbado al sol, cerca de la puerta, y con los ojos entornados.

—Milkita (le dije acariciándole y dándole un beso en el hocico): ¡adiós! no volveremos á vernos.

Me enternecí y comencé á llorar.

III.

EN CLASE.

Era ya la una menos cuarto; Karl Ivanovicht no tenía trazas de despedirnos, y seguía dándonos lecciones nuevas. Crecían juntamente el cansancio y el hambre. Acechaba yo con suma impaciencia todos los indicios precursores de la comida. «He ahí (me decía yo á mi mismo) la criada con el paño para limpiar los platos. Oigo que mueven la vajilla en el aparador. Ya ponen la mesa y colocan las sillas. Ahí está Mimí con Lioubotchka y Catalina (la hija de Mimí, doce años), que vuelven del jardín; pero no veo á Foca (el mayordomo Foca es el que anuncia que la sopa está en la mesa). Cuando aparezca Foca será lícito tirar el libro y escapar sin permiso de Karl Ivanovicht; pero antes no.»

Por último, oigo pasos en la escalera. ¡No era Foca! Conocía yo muy bien los pasos del mayordomo y el cru-

jido de sus botas. La puerta se abrió, y vi aparecer una figura completamente desconocida.

IV

EL INOCENTE.

Era un hombre como de cincuenta años, de rostro grande y pálido, algo picado de viruelas, largos cabellos grises y algunos pelos de barba rojos. Era tan alto, que tuvo necesidad de plegarse literalmente en dos para pasar por la puerta. Su vestido andrajoso era de forma indefinible, término medio entre el *caftán* y la sotana. Llevaba en la mano un palo enorme, con el que golpeó fuertemente en el suelo al entrar, después frunció el entrecejo, abrió una boca desmesurada y lanzó una carcajada espantosa. Era tuerto, y su ojo vacío, en constante movimiento, acababa de hacerlo repugnante.

—¡Ah! ¡ah! ¡cogido!—gritó acercándose á Volodia y cogiéndole por la cabeza. Examinó atentamente el cráneo, le dejó, se aproximó á la mesa, sopló con mucha seriedad sobre el tapete de hule, haciendo encima la señal de la cruz.

—¡Ó, ó, ó, daño! ¡ó ó ó hace mal! ¡ó ó ó queridos.... velelán!—siguió diciendo, y entretanto miraba enternecido á Volodia.

Principió á llorar, y se enjugó las lágrimas con la manga.

Tenía la voz áspera y ronca, los movimientos eran precipitados y nerviosos: sus discursos eran deshilvanados y desprovistos de sentido (nunca usaba los pronom-

bres), y con todo eso su tono era tan conmovedor, su ingrata figura tomaba á las veces una expresión de tristeza tan honda, que involuntariamente se experimentaba escuchándole una mezcla de compasión, de espanto y de melancolía.

Era Gricha, el inocente; el viajero perpetuo. ¿De dónde era? ¿Quiénes habían sido sus padres? ¿Por qué había adoptado aquella vida errante? Nadie lo sabía. Todo lo que puedo decir es que en el país era conocido desde treinta años antes, y que se le había visto siempre en estado de inocente. Iba siempre descalzo, en verano lo mismo que en invierno: visitaba los conventos, distribuía objetos piadosos de poco valor entre las personas que le eran simpáticas y pronunciaba palabras enigmáticas, de las cuales muchos aseguraban que eran profecías. Nunca había sido más que el *Inocente*. De cuando en cuando iba á casa de mi abuela. Según algunos, los padres de Gricha eran muy ricos, y él interesante y digno de lástima. Según otros, el inocente era ni más ni menos que un haragán, un mendigo.

Por fin vino Foca, el exacto Foca, con tanta impaciencia esperado. Bajamos, y Gricha nos siguió sollozando siempre y murmurando extravagancias. Con el garrote iba dando golpazos en los peldaños de la escalera.

Papá y mamá, cogidos del brazo, se paseaban por el salón, y hablaban á media voz. Mimí, con aire muy digno, habíase sentado en su sillón colocado perpendicularmente al sofá. Las niñas estaban colocadas á su lado. Mimí les daba sus instrucciones en voz baja pero severa. Cuando entró Karl Ivanovicht, Mimí le lanzó una mirada, y en seguida le volvió la espalda, haciendo un gesto que significaba:

—No conozco á V., Karl Ivanovicht.

Adivinábase en los ojos de las niñas que ardían en deseos de comunicarnos una gran noticia; era inútil que pensáramos en hablarnos, habría sido eso quebrantar la regla de Mimí. Esa regla exigía que nosotros hiciésemos, por de pronto, una reverencia, diciendo: «Buenos días, Mimí»; después de lo cual teníamos el derecho de hablarnos.

¡Esta Mimí era bastante fastidiosa! Imposible pronunciar una palabra cuando ella se hallaba presente; parecíale todo mal. Además, ocurríasele siempre interrumpirnos con su: «Hablen Vds. en francés», siempre en el momento, parecía hacerlo adrede, en que nosotros deseábamos con vehemencia charlar en ruso. En la mesa, cuando un plato nos agradaba y deseábamos comerle en paz y sin ser molestados, nunca faltaba Mimí diciéndonos: «Coman Vds. pan; ¿cómo tienen Vds. ese tenedor?» —¿Qué le importa eso á ella? pensaba yo. Que eduque á las niñas. Para eso está aquí. Pero el encargado de nosotros es Karl Ivanovicht.—Participaba yo, en el fondo de mi alma, del aborrecimiento del Karl Ivanovicht contra *ciertas personas*.

Nos trasladamos al comedor; las personas mayores rompían la marcha. Catalina me detuvo, cogiéndome por los faldones del traje, y me dijo muy quedo:

—Pide á tu mamá que nos deje ir con vosotros á la cacería.

—Bueno; lo intentaremos.

Gricha comía con nosotros; pero en una mesita aparte. No levantaba los ojos de su plato, suspiraba, hacía gestos horribles, y hablaba consigo mismo: «¡Daño!.... ¡volado!.... ¡Ah, piedra sobre turba!» Y otras frases por ese estilo.

Desde por la mañana mamá parecía algo agitada, y

la presencia de Gricha con sus desvaríos y sus muecas aumentaba visiblemente su malestar.

—¡Ah! Ya se me olvidaba suplicarte una cosa,—dijo á papá, dándole un plato de sopa.

—¿Qué?

—Te ruego que mandes encerrar á tus horribles perros. Ha faltado muy poco para que mordieran al pobre Gricha cuando entró en el patio. Serían capaces de morder á los niños.

Comprendió Gricha que hablaban de él. Se volvió en su silla, y dijo, con la boca llena, señalando su traje despedazado :

—Quería hacer morder.... Dios no permitió. Cazar con perros, ¡pecado! ¡Mucho pecado! No pegar *anciano* (1), ¿por qué pegar? ¡Dios perdona!

—¿Qué dice?—preguntó papá, mirando fijamente á Gricha, con aire de no muy satisfecho.

—Pues yo lo comprendo perfectamente (replicó mamá). Nos ha contado, que uno de tus cazadores azuzó adrede á su perro para que se arrojase sobre Gricha. El pobrecillo te dice : «Ese ha querido hacerme morder, pero Dios no lo ha permitido», y te ruega que no impongas castigo al cazador

—¡Ah! ¿conque es eso? (dijo papá.) pero ¿cómo sabe él que quiero castigar al cazador? Ya lo sabes: por regla general me gustan muy poco estos señores (contiuuó diciendo en francés); pero éste me desagrada particularmente, y estoy seguro....

—¡Oh!, no digas eso, amigo mío (gritó mamá, interrumpiéndole como asustada). ¿Qué sabes tú?

—No me han faltado ocasiones para estudiar esta casta

(1) Gricha llamaba así á todos los hombres, sin distinción.—*Nota del autor.*

de pájaros. Tu casa está siempre llena de ellos. Todos están cortados por igual patrón. Eternamente la misma historia.

Veíase que mamá no participaba en manera alguna de la opinión de papá y que no quería discutir.

—Alcánzame los pastelillos, te lo suplico (dijo ella). ¿Están hoy buenos?

—¡No! (siguió diciendo papá, al mismo tiempo que cogió el plato de los pastelillos, y los tenía en alto fuera del alcance de mamá); ¡no!; me irrita el ver personas instruidas é inteligentes que se dejan embaucar.

Y al decir esto golpeaba la mesa con su tenedor.

—Te he pedido los pastelillos,—dijo mamá, extendiendo el brazo.

—Tienen razón sobrada los que disponen que estas gentes sean recogidas por la policía (prosiguió papá, retirando siempre el plato de los pastelillos): no sirven para nada, como no sea para mortificar á las personas nerviosas.

Estas últimas palabras las pronunció sonriéndose, y al notar que la conversación disgustaba mucho á mamá, le dió el plato.

—Solamente quiero responderte una cosa (dijo mamá entonces). Es muy difícil admitir que un hombre que va descalzo, lo mismo en verano que en invierno y en su edad; que lleva siempre debajo de su vestido una cadena de sesenta libras de peso; que constantemente ha rehusado cuando se le ofrecía una vida tranquila en que todo se le hubiese costeado, es difícil admitir que este hombre haga todo eso por holgazanería. Por lo que respecta á sus predicciones (mamá suspiró y guardó silencio durante un rato), tengo motivos para creer en ellas. Creo haberte dicho ya que Kirioncha había predicho á mi padre el día y la hora de su muerte.

—¿Qué has hecho? (dijo papá sonriendo y poniéndose la mano, como pantalla, al extremo de la boca del lado en que estaba Mimi). Cuando papá hacía ese gesto volvíame yo todo oídos, pues sabía que pensaba él decir algo picaresco.) ¿Por qué me has hecho acordarme de sus pies? Los he mirado, y ya no podré seguir comiendo.

La comida acababa. Lioubotchke y Catalina no cesaban de hacernos señas, moviéndose mucho en sus sillas y dando muestras de agitación violenta. Sus señas querían decir : ¿Por qué no solicitáis vosotros que nos lleven á la cacería? Yo daba codazos á Volodia ; Volodia me los daba á mí. Por último, él se atrevió. Con voz muy tímida el comenzar, y después bastante firme y bastante alta, expuso que, llegado el momento de partir, deseábamos llevar á las niñas con nosotros á la caza. Después de un conciliábulo corto entre las personas mayores, nos fué concedida la gracia solicitada, y corrimos á vestirnos para la expedición. Yo estaba en extremo impaciente. Por fin, oímos los pasos de papá en la escalera. Pocos minutos después estábamos en camino.

***

Un poco antes de la cena, Gricha penetró en el salón. Desde el instante en que había puesto los pies en nuestra casa, no había cesado Gricha de lanzar suspiros y derramar lágrimas. Para aquellos que le otorgaban el don de la profecía, era señal aquello de que alguna desgracia amenazaba nuestra casa. Despidióse, y dijo que al amanecer del día siguiente partiría. Hice una seña á Volodio para que me siguiese, y salí.

—¿Qué hay?

—Si quieres que veamos las cadenas de Gricha, vamos á subir corriendo á las habitaciones de los criados. Gricha se acuesta en la segunda; podemos subirnos á la descarga y lo veremos todo.

—Buena idea. Espérame aquí; voy á buscar á las niñas.

Las niñas vinieron; subimos todos, y después de haber disputado un poco sobre quién entraría el primero en el cuarto oscuro, nos sentamos y esperamos.

V.

GRICHA.

No estábamos nosotros muy tranquilos en aquel recinto oscuro. Nos apretábamos unos contra otros sin hablar palabra. Gricha subió muy poco después. Andaba sin ruido, llevando en la mano su estaca y en la otra una vela en un candelero de cobre. Nosotros procurábamos contener hasta la respiración.

—¡Señor Jesucristo! ¡Virgen Santa! ¡Al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!....

Se interrumpió para respirar, y tornó al principio con las entonaciones variadas y las abreviaciones usuales solamente para las personas que repiten muy á menudo esas palabras.

Sin dejar sus rezos, colocó el palo en un rincón, examinó la cama y comenzó á desnudarse. Desabrochó su cinturón negro y viejo, se quitó lentamente su burdo ropón, le dobló cuidadosamente y le colocó sobre el res-

paldo de una silla. Su rostro había perdido la expresión inquieta y estúpida que le era habitual. Por el contrario, parecía sereno, pensativo y hasta majestuoso. Sus movimientos eran lentos y reflexivos.

Ya desnudo, sentóse dulcemente en la cama, en la que hizo repetidas veces y por todas partes la señal de la cruz y arregló sus cadenas bajo la camisa, no sin grande esfuerzo, conociéndose el esfuerzo en la contracción de sus músculos. Contempló un momento con aire de pena los agujeros de su camisa, se levantó después, y comenzó de nuevo á rezar; tomó la vela, la elevó hasta la imagen colocada á la cabecera, se santiguó y apagó su vela.

La luna, casi llena entonces, daba en la ventana de la habitación. Sus rayos pálidos y plateados iluminaban por un lado la figura larga y blanca del inocente, cuyo lado opuesto parecía negro, y cuya sombra, unida á la sombra del bastidor de la ventana, descendía al suelo y se encaramaba á lo largo de la tapia y hasta el techo.

En el patio, el vigilante golpeó en su plancha de cobre.

Gricha callaba. De pie ante la imagen, con sus enormes manos cruzadas sobre el pecho, con la cabeza inclinada hacia adelante, respiraba con dificultad. Púsose después de rodillas con bastante trabajo y oró.

Recitó primeramente y muy quedo oraciones conocidas, recalcando algunas palabras; despues volvió á principiar las oraciones mismas, en voz más alta y animándose un poco; por último, comenzó á improvisar. Intentó expresarse en lengua eslava, y se conocía que esto le costaba trabajo. Era incoherente, pero conmovedor. Rogó por todos sus bienhechores (llamaba así á todos los que le recibían en su casa); entre otros varios por mamá y por nosotros; rogó por él mismo, y pidió al Señor que le perdonase sus grandes pecados; púsose des-

pués á repetir: «¡Dios mío, perdona á mis enemigos!» Se levantó gimiendo, arrojóse al suelo cuan largo era, repitiendo siempre las mismas palabras, y se levantó otra vez, no obstante el peso de las cadenas, que producían al chocar en el pavimento un ruido seco y metálico.

Volodia me pellizcó en la pierna y me hizo mucho daño, pero no volví siquiera la vista. Me contenté con rascarme la pierna, y continué mirando y escuchando á Gricha, con una mezcla de admiración infantil, de compasión y de respeto.

En vez de divertirme y reir como había yo esperado al entrar en la descarga, sentía estremecimientos de frío.

Gricha permaneció bastante tiempo aún en esta especie de éxtasis, y continuó improvisando oraciones. Ya repetía muchas veces: *Señor, ten piedad de nosotros,* pero siempre con entonación diferente y con más fuerza cada vez; ya decía: *¡Perdóname, Señor; enséñame lo que es necesario hacer....., enséñame lo que es necesario hacer, Señor!*, y hubiérase dicho, por su acento, que esperaba recibir inmediatamente una respuesta; ya no se le oía más que lastimeros sollozos... Levantóse sobre las rodillas, cruzó las manos sobre el pecho y calló.

Adelanté silenciosamente mi cabeza por la puerta, conteniendo la respiración. Gricha no se movía. De su pecho se escapaban suspiros profundos. Su ojo vacío, cuya pupila nublada iluminaba la luna, estaba lleno de lágrimas.

—Sí, hágase tu voluntad,—gritó de pronto con una expresión que no es posible representar, y dejando caer su frente hasta el suelo, sollozó como un niño.

Muchas cosas han pasado después; muchos recuerdos han perdido para mí su importancia y se han convertido en confusas reminiscencias; mucho tiempo hace

que Gricha, el viajero, terminó su último viaje; pero la impresión que en mí produjo, no se borrará nunca; jamás olvidaré los sentimientos que despertó en mi alma.

¡Oh, Gricha! ¡Oh gran cristiano! era tan ardiente tu fe, que sentías la presencia de Dios; era tu amor tan grande, que las oraciones brotaban por sí mismas de tus labios: no pedías á la razón que las analizase.... ¡Y con qué magnificencia cantabas las grandezas del Omnipotente, cuando, no hallando más palabras, te arrojabas á tierra llorando.

El enternecimiento con que escuchaba yo á Gricha no podía prolongarse mucho tiempo, primeramente porque mi curiosidad estaba satisfecha, y después porque tenía yo mis piernas entumecidas de permanecer tanto tiempo en el mismo sitio, y, por último, porque oía ya moverse y cuchichear detrás de mí, y yo deseaba hacer lo que hacían los otros. Alguien me cogió la mano, y me dijo al oído: *¿De quién es esta mano?* En aquel recinto estábamos completamente á oscuras; pero por el tacto y por el metal de la voz reconocí á Catalina. Instintivamente cogí su bracito desnudo hasta más arriba del codo, y le besé. Catalina, asombrada sin duda de mi proceder, retiró su brazo, y al hacerlo tropezó con una silla rota que allí estaba. Gricha levantó la cabeza, miró enrededor suyo y envió la señal de la cruz en todas direcciones, recitando al mismo tiempo una oración. Nosotros nos alejamos de allí precipitadamente y cuchicheando.

CONDE LEÓN TOLSTOI.

EL CHIQUILLO ESPÍA

CUENTO.

Lo llamaban Stenne; el chiquillo Stenne.

Era un hijo de París, pálido y enclenque, que podría tener unos diez años, tal vez quince; en estos muñecos no es posible acertar las edades. Su madre había muerto; su padre, que había servido en infantería de marina, era guarda de un jardín del barrio del Temple. Los muchachos, las niñeras, las ancianas que llevan á paseo su silla de tijera, las pobres viejas, todo ese París de menor cuantía que pasea á pie y que para evitar el riesgo de ser atropellado por los carrujes acude á esos jardinillos municipales flanqueados por aceras, conocían á Stenne padre, y lo querían entrañablemente. Sabían todos que bajo aquel bigote áspero, terror de perros y de chicos traviesos, se ocultaba una sonrisa de ternura casi paternal, y que para ver esa sonrisa bastaba decirle:

—¿Cómo sigue su hijo de V.?

¡Stenne padre quería tanto á su hijo! Considerábase dichoso completamente cuando, al caer la tarde, después de salir de la escuela, venía el pequeño á buscarle y da-

ban juntos una vuelta por los paseos del jardín, deteniéndose delante de cada banco para saludar á los concurrentes asiduos, correspondiendo así á las atenciones de éstos.

Desgraciadamente, con el sitio, cambió por completo casi todo. El jardinillo que guardaba Stenne padre fué cerrado; convirtiéronle en depósito de petróleo, y el pobre hombre, obligado á una vigilancia incesante, pasaba su vida en los bosquecillos desiertos y casi destruidos, solo, sin fumar, y viendo á su hijo solamente en casa y de noche, ya bastante tarde. Por eso eran de ver aquellos bigotes cuando el guarda hablaba de los prusianos.

El chiquillo Stenne, por su parte, no deploraba excesivamente aquella nueva vida.

¡Un sitio es cosa tan divertida para los muchachos! ¡No hay escuela!; ¡no se va al estudio!.... Vacaciones todos los días, y las calles como el real de una feria.

El muchacho permanecía fuera de casa hasta la noche, correteando. Acompañaba á los batallones del barrio cuando iban á las fortificaciones, eligiendo preferentemente á los que tenían buena banda de música; y acerca de este particular, el chiquillo Stenne estaba perfectamente enterado. Podía decirnos con todo conocimiento que la banda del batallón 96 no valía mucho, y que en el 55 tenían una excelente. Entreteníase en otras ocasiones viendo hacer el ejercicio á los movilizados; después, todo esto traía cola.

Con su cesta al brazo, tomaba el chico su puesto en aquellas largas filas formadas en la sombra de las mañanas de invierno á las puertas de los carniceros y de los panaderos. Allí, con los pies metidos en agua, se iniciaban amistades, se hablaba de política, y al muchacho, como hijo del señor Stenne, le preguntaban todos su opinión. Pero lo más divertido de todo eran las partidas de

chito, rayuela y *galocha,* un juego famoso que los movilizados bretones habían puesto en moda durante el sitio.

Cuando el chiquillo Stenne no estaba en las fortificaciones ni en la panadería, era seguro que se le encontraba en la partida de *galocha* de la plaza de Château d'Eau. Él no jugaba, por supuesto; era menester demasiado dinero. Se limitaba á contemplar á los jugadores. ¡Y los miraba con unos ojos!!

Excitaba, sobre todos, la admiración de Stenne un muchacho, grandullón ya, con blusa azul, que nunca ponía moneda menor de un franco. Cuando este muchacho corría, oíanse sonar en el bolsillo de su blusa las monedas de plata.

Cierto día, al tiempo de recoger una pieza que había rodado hasta los pies del chiquillo Stenne, el grandullón le dijo en voz baja:

—¿Te deja bizco el ver esto? Pues si quieres, te diré dónde puede enconcontrarse.

Una vez concluida la partida, le llevó á un rincón de la plaza, y le propuso que le acompañase á vender periódicos á los prusianos; se ganaban treinta pesetas por viaje. Al pronto Stenne rehusó muy indignado ; y por primera providencia permaneció tres días seguidos sin concurrir á la partida. ¡Tres días terribles! Ni podía comer, ni lograba dormir. Veía por las noches multitud de *galochas* á los pies de la cama y monedas de plata muy relucientes que caían una á una sobre su lecho. La tentación era muy poderosa. Al cuarto día volvió á Chateau d'Eau, tornó á ver al de la blusa azul, se dejó seducir....

Ambos salieron al amanecer de un día de nieve : llevaban al hombro sacos de lienzo y algunos periódicos ocultos en sus blusas. Cuando llegaron á la puerta de *Flandres* rayaba el día apenas. El grandullón cogió á

Stenne de la mano, y acercándose al centinela—un valiente sedentario, que tenía la naríz amoratada y aire de buenazo,—le dijo en tono lleno de humildad:

—Bondadoso señor, déjenos V. pasar. Nuestra madre está enferma, papá ha muerto. Vamos mi hermanito y yo para ver si en el campo recogemos algunas patatas.

El mocetón lloraba; Stenne, muy avergonzado, bajaba la cabeza. El centinela los miró durante algunos instantes; lanzó después una ojeada hacia el camino desierto y blanco, y después, separándose un poco, «Á ver si pasáis pronto» les dijo; y cátalos en el camino de Aubervilliers. El zagalón se reía con toda su alma.

Muy confusamente, como en sueños, el chiquillo Stenne veía fábricas transformadas en casernas, barricadas solitarias, adornadas con andrajos mojados, chimeneas altísimas, que, rompiendo la niebla, se elevaban hasta el cielo, vacías y descantiladas; de trecho en trecho veíase algún centinela, oficiales abrigados con sus capuchones que miraban hacia abajo con sus anteojos de campo, y tiendecillas de campaña humedecidas por la nieve fundida. delante de fogatas que comenzaban á extinguirse.

El mayor de los dos viajeros conocía los caminos, y andaba á campo-traviesa para evitar los cuerpos de guardia. Esto no obstante, llegaron, sin que les fuese posible eludirlo, á una guardia mayor de franco-tiradores. Hallábanse éstos adheridos al fondo de un foso lleno de agua á lo largo del ferrocarril de Soissons. Fué en vano que el compañero de Stenne tornase á referir la historia; no se les franqueó el paso. Entonces, y mientras ambos se lamentaban, de la caseta del guarda salió un sargento, viejo ya, todo blanco y lleno de arrugas, que se parecía á Stenne padre.

—¡Ea, chicuelos! (les dijo.) No lloréis tanto; se os dejará ir á buscar vuestras patatas; pero antes entrad á calentaros un poco.... Ese tunantuelo tiene trazas de estar helado.

¡Ah! Stenne tiritaba efectivamente, pero no de frío; era de miedo y de vergüenza. En el puesto hallaron á varios soldados agrupados enrededor de un fuego casi amortiguado, verdadero fuego de viuda, en cuyas llamas procuraban calentar pedazos de galleta, clavados en las puntas de las bayonetas. Apartáronse para dejar sitio á los dos muchachos. Para matar el gusano, les dieron un poco de café. Cuando estaban bebiendo llegó á la puerta un oficial, llamó al sargento, habló con él en voz muy baja, y se alejó precipitadamente.

—Muchachos (gritó el sargento, al entrar, lleno de satisfacción): esta noche *tendremos baile*.... Han sorprendido el santo y seña de los prusianos. Creo que esta vez vamos á quitarles ese endiablado Bourget.

Estas palabras produjeron una explosión de bravos y de risas. Bailaban unos, cantaban otros, blandían algunos sus bayonetas-sables, y aprovechando aquel tumulto los muchachos desaparecieron.

Salvada la trinchera, no se veía más que el llano y una larga muralla blanca, agujereada por troneras. Hacia la muralla dirigieron sus pasos, deteniéndose de cuando en cuando para fingir que estaban recogiendo patatas.

El chiquillo Stenne no hacía más que decir:

—Vamos á volvernos.... No vayamos allá.

El otro se encogía de hombros, y seguía adelantando. De repente oyeron el *tric-trac* de un fusil que alguien montaba.

—Bájate,—gritó el guía; y al mismo tiempo se echó él al suelo.

Ya tumbado en tierra silbó. Otro silbido respondió al suyo sobre la nieve. Los jóvenes adelantaron arrastrándose. Delante de la muralla, y á flor de tierra aparecieron dos bigotazos amarillos bajo una gorra mugrienta. El grandullón saltó á la trinchera, y en un segundo se halló al lado del prusiano :

—Es mi hermano,—dijo señalando á su compañero.

El pobre Stenne era tan pequeño, que el prusiano al verle soltó la carcajada, y tuvo que tomarle en brazos para que se izase hasta la brecha.

Al otro lado de la muralla había terraplenes extensos, árboles cortados, agujeros negros abiertos en la nieve y en cada agujero la misma gorra mugrienta y los mismos bigotes amarillos que se reían viendo pasar á los muchachos.

En un rincón una casa de jardinero, acasamatada con troncos de árboles. La planta baja estaba llena de soldados que jugaban á los naipes, y que en un fuego hermosísimo aderezaban la sopa; sentíase el agradable olor á berza y á tocino; ¡qué diferencia entre aquello y el *vivac* de los franco-tiradores! Arriba estaban los oficiales; oíaseles tocar el piano y destapar el *champagne*. Cuando los parisienses entraron fueron acogidos con gritos y vítores de contento. Entregaron sus periódicos, y después se les dió de beber y se les hizo hablar. Todos aquellos oficiales tenían aire de vanidosos y malvados ; pero el grandullón les divertía con su jerga de arrabal y su vocabulario de carretero. Los oficiales prusianos se reían , repetían aquellas palabras después de él ; se revolcaban con delicia en aquel lodo de París que allí les llevaban.

Stenne deseaba hablar también, probar que no era una acémila; pero había algo allí que le producía emba-

razo. En frente de él permanecía, separado de los demás, un prusiano más viejo y más serio que los otros y éste leía, ó , para ser más exactos, fingía leer, porque sus ojos estaban clavados en Stenne. Había en aquella mirada fija ternura y reproches, como si aquel anciano tuviera en su país un hijo de la misma edad que Stenne y estuviese diciéndose á sí mismo:

—Yo prefería morir á ver que mi hijo desempeñaba estos oficios.

Desde aquel momento sintió Stenne como si una mano le oprimiese el corazón dificultando sus latidos.

Para huir de aquella angustia , se puso á beber. Muy luego empezó todo á dar vueltas enrededor suyo. Oyó confusamente, en medio de risotadas groseras, que su camarada se burlaba de los guardias nacionales, de su modo de hacer el ejercicio, imitaba una alarma en el Marais, un alerta de noche en las fortificaciones. Después el muchachote bajó la voz, los oficiales se aproximaron y pusiéronse serios. El miserable había comenzado á prevenirles acerca del proyecto de ataque de los franco-tiradores. Entonces Stenne, completamente despejado, se levantó furioso, y dijo:

—Eso no , gran.... No quiero.

El otro no hizo sino reirse , y prosiguió. Antes de que hubiese terminado, todos los oficiales estaban de pie. Uno de ellos, señalando la puerta á los muchachos, les gritó:

—Largo de aquí.

Y todos los prusianos comenzaron á hablar entre sí muy rápidamente y en alemán. El mocetón salió , orgulloso como un duque, haciendo sonar su dinero. Stenne fué tras él con la cabeza baja, y cuando pasó cerca del prusiano cuya mirada tanto le había embarazado, oyó

una voz triste que le decía: «*Ni estar pien esto, ...ni estar pien* [1]».

Los ojos de Stenne se llenaron de lágrimas.

Ya en la llanura, los muchachos se dieron á correr, y llegaron pronto á las fortificaciones. Su saco estaba lleno de patatas que les habían dado los prusianos; con esto pasaron sin dificultad á la trinchera de los francos-tiradores. Allí estaban preparándose para el ataque de aquella noche. Llegaban silenciosamente algunas fuerzas que se agrupaban detrás de las murallas. El sargento veterano estaba ocupándose en colocar sus hombres, con aire de gran contentamiento. Cuando los muchachos pasaron, el sargento los reconoció, y les dirigió una sonrisa cariñosa.

¡Oh! ¡Cuánto daño le hizo al pobre Stenne aquella sonrisa! Hubo un momento en que se sintió impelido á gritar: «No vayan Vds. allí...., nosotros les hemos vendido».

Pero su compañero le había dicho: «Si hablas, nos fusilan»; y el miedo lo había contenido.

En la Courneuve penetraron en una casa abandonada para repartir el dinero.

La verdad me obliga á decir que el reparto se realizó equitativamente, y que oyendo sonar en el bolsillo de su blusa aquellas monedas, pensando en las partidas de *galocha* que tenía con ellas en perspectiva, el chiquillo Stenne ya no consideraba tan horrible su crimen.

Pero, ¡ay!, ¡cuando se quedó solo el desdichado chiquillo.... cuando ya pasadas las puertas su cómplice se separó de él, sus bolsillos comenzaron á parecerle muy pesados, y la mano que le apretaba el corazón le apretó

[1] *Bas chôli, ça.... Bas chôli*, aparece en el original, en que se trata de representar con la pronunciación alemana la frase: *Pas joli ça.... pas joli.* Para respetar la intención del autor hemos creido conveniente traducir con alguna libertad. (*N. del T.*)

más fuerte que nunca. París ya no le parecía el mismo. Los transeuntes lo miraban con severidad, como si todos supiesen de dónde venía. En el ruido que rodando producían los carruajes, en el redoblar de los tambores que hacían ejercicios á lo largo del canal, parecióle oir la palabra *espía*. Por fin, llegó á su casa, y muy contento al ver que su padre no había regresado, subió con precipitación á su cuarto para ocultar debajo de la almohada aquellas monedas que le pesaban tanto.

Nunca había estado el padre de Stenne tan cariñoso, ni tan contento como lo estaba al volver á su casa aquella noche. Acababan de llegarle noticias de provincias; las cosas comenzaban á mejorar. Mientras comían, el soldado viejo miraba su fusil colgado en la pared, y decía á su hijo con risa honrada y franca:

—¡Eh, muchacho! ¡De qué buena gana irías tú contra los prusianos si fueras ya hombre!

Á eso de las ocho empezaron á oirse cañonazos.

—Es Aubervilliers.... Se baten en Bourget (dijo el padre de Stenne, que conocía perfectamente todas las fortificaciones). El muchacho palideció, y, pretextando una gran fatiga, se acostó, pero no pudo dormir. Se figuraba á los franco-tiradores llegando de noche para sorprender á los prusianos y cayendo ellos en una emboscada. Recordaba al sargento que les había dirigido aquella sonrisa cariñosa y le veía tendido, allá, entre la nieve, ¡y á cuántos otros á su lado!.... El precio de toda aquella sangre estaba escondido allí, debajo de su almohada, y era él, el hijo del señor Stenne, de un soldado.... Los sollozos le ahogaban. En la habitación inmediata oía á su padre que paseaba y que de vez en cuando abría la ventana. Abajo, en la plaza, tocaban generala, un batallón de movilizados se aprestaba á partir. Indudablemente se

había empeñado una verdadera batalla. El infeliz no pudo contener un sollozo.

—¿Qué tienes?—preguntó su padre entrando.

El muchacho no pudo resistir más; saltó de la cama, y fué á postrarse de rodillas á los pies de su padre. Al movimiento que hizo, las monedas rodaron por el pavimento.

—¿Qué es esto? ¿Has robado?—preguntó el viejo temblando.

Entonces, sin tomar aliento una sola vez, el chiquillo Stenne refirió á su padre que había ido al campamento prusiano y lo que allí había hecho. Conforme iba hablando sentía más desahogado su corazón, consolábale el acusarse.... El padre le escuchaba con un aspecto verdaderamente terrible. Cuando la narración hubo terminado, ocultó la cabeza entre las manos y lloró.

—¡Padre! ¡Padre!—intentó decir el muchacho.

El padre le rechazó sin responderle, y recogió el dinero.

—¿Está aquí todo?—preguntó.

El chico indicó, moviendo la cabeza, que sí era todo. Entonces el viejo descolgó su fusil, su cartuchera, y metiendo el dinero en el bolsillo, dijo:

—Está bien; voy á devolvérselo.

Y sin pronunciar una sola palabra más, sin volver siquiera la cabeza, bajó á mezclarse con los movilizados que partían en la noche. Después nadie ha vuelto á verle.

ALFONSO DAUDET.

MEMENTO VIVERE

CUENTO.

Cuando penetró en la alcoba del venerable anciano duque de Cimay, el señor de Varás, un joven que por primera vez se hallaba en presencia de aquel amigo de su padre, le halló más blanco que las sábanas del lecho, y advirtió en los labios del Duque la sonrisa convulsiva, y en su mirada algo de la serenidad suprema, porque un dulce y vago reflejo del azul infinito brillaba en las profundas pupilas del moribundo.

—Hijo mío (dijo el anciano al vizconde Varás, después de haberle besado en la frente): he recibido la carta de tu padre. El pobre deseaba que fuese yo tu consejero y tu guía en el mundo, y yo habría aceptado de todo corazón este encargo que mi amigo querido me confiaba en sus últimos momentos. Por desgracia, también yo voy á despedirme de ti; pues sólo me queda, á lo más, una hora de vida.

Como el joven, trémulo de emoción, intentase protestar, el Duque le interrumpió, diciendo:

—¿Crees que un Cimay que ha visto precederle, en este camino, á sus hijos y á sus nietos, tiene algo que le

ligue á este bajo mundo? No tengo parientes, y tú eres pobre; te he dejado, pues, por testamento en debida forma, depositado en casa de mi notario el Sr. Ploix, todo lo que me queda; unas tierras en el Bourbonnais, arrendadas en diez mil francos. No me des las gracias; no podemos desperdiciar ni un minuto; acuérdate de que en ningún caso has de vender esas tierras, porque quien tiene su fortuna en obligaciones, cupones ó papel del Estado, vive á la manera de los americanos nómadas, que habitan en casas de alquiler amuebladas y se casan en el camarote de un vapor.

Nos quedan todavía unos tres cuartos de hora. Es más tiempo del que he menester para darte un resumen completo y claro de la sabiduría humana; porque ésta, desembarazada de las niñerías y de los lugares comunes con que la adornan, se reduce á muy poco. Tienes ya diez y ocho años cumplidos, y sabrás, como es natural que sepas, equitación y esgrima; no las olvides nunca, porque el hombre privado del caballo y de la espada es como un animal sin piel, como un pájaro sin plumas. Lo primero que has de hacer es servir á la patria; alístate en un regimiento cualquiera, y procura que te envíen donde puedas batirte. Del hombre no puede afirmarse que existe hasta el momento en que ha mostrado á la luz del sol el color de su sangre. Sé dócil y respetuoso para con tus jefes; bueno y afable con todos; pero no toleres absolutamente nada, y bátete con cualquiera, aunque sea un desertor de presidio; así lo exige el respeto propio en estos tiempos en que ninguna convención social nos protege y en que, diga lo que quiera M. Glais-Bizoin, el verdadero valor consiste en tenerlo.

Educado por una madre como la que has tenido, serás religioso; además, no te creo bastante mentecato para

adorar la razón humana, ese instrumento imperfecto y sin precisión, con el que, sin la rutina y el instinto no se llegaría á cepillar convenientemente una tabla, ó á coser un par de botinas; así, pues, siempre que vayas al templo, lleva en la mano tu devocionario á la vista de todos, y si observas que alguno se sonríe, le invitas á dar un paseíto matutino, y le das, ó recibes, una estocada, un balazo, lo que él quiera, porque tu sangre debe estar siempre dispuesta á salir. Lo cual no ha de ser óbice para que sepas astronomía y matemáticas; para que estudies en las mitologías y en los poemas primitivos la ciencia de las religiones, ni para que consideres el *Cándido* y el *Zadig* como obras maestras.

Entrarás luego en la vida civil; entonces, ¿qué debes hacer? Es sencillísimo; si sientes vocación hacia un arte ó una ciencia, da á esta ciencia ó á ese arte toda tu vida, toda tu actividad y todas tus fuerzas. Si deseas hacerte agricultor, una cláusula de la escritura de arrendamiento otorgada por tu arrendatario determina que puedes rescindir el contrato mediante el pago de una indemnización fijada previamente; pago para el cual hallarás fondos en casa del notario. Pero puesto caso de que así ocurra, debes ser agricultor á la antigua usanza, porque la agricultura explotada científicamente y con sujeción á los progresos modernos exige gastos muy considerables, y se convierte en comercio. Debes evitar lo que sea comercio ó lo parezca. Si vives en el campo, cásate, quiere mucho y respeta más á tu compañera, que debe ser mujer de su casa y no ha de tocar el piano, y educa bien á tus hijos. Esta vida es, en realidad, tan sencilla, que sus reglas son por todos conocidas; supongo, sin embargo, que no te decidirás por ella, y que has de vivir en medio del torbellino parisiense.

La cosa entonces presenta más dificultades. Para economizar tiempo, amontonaré *recomendaciones* y preceptos. Ocupa siempre un piso segundo, en un barrio decente y animado, pero no muy ruidoso. Habida en cuenta la humedad de París, son de necesidad tupidas alfombras y pesadas cortinas de damasco de seda; pero desconfía de los muebles como de una epidemia; el mobiliario ocupa inútilmente un sitio, y es además peligroso. Un verdadero diván á la turca, con una cubierta de abrigo y cojines muy ricos, y sillas cómodas; esto en lo principal. Solamente los muebles antiguos, arcas, relojes, etc., son hermosos; pero es necesario que hayan sido comprados en cualquier apartado rincón de una provincia y en perfecto estado de conservación; si un coleccionador, si un comerciante de antigüedades, si un revocador los ha tocado (ó los ha visto solamente), dejan de ser antiguos. Procura tener algunos espejos y alguna palmatoria del siglo XVII con incrustaciones de oro. Un mueble, un libro, un cuadro que pretendan penetrar en tu casa, son enemigos.

El mueble ha sido falsificado; el libro es inútil, porque en vez de leerle, leerás á Homero, ó Dante, ó Rabelais, ó Shakespeare, y harás muy bien: el cuadro será malo, si no es una quimera. Ya no hay cuadros antiguos; todos han sido repintados por vidrieros. Por lo que respecta á los cuadros modernos, es necesario comprarlos directamente en la Exposición ó al mismo pintor, y siempre con la condición de que el artista sea hombre de talento y de que el cuadro no sea fastidioso ó terrible á la vista; pues, ¿por qué ha de encerrarse uno con cosas absurdas ó formidables? Las colecciones de grabados y de porcelanas consumen la vida y llegan á convertir en monomaníaco al hombre más discreto; fuera de que nada hay tan

alegre á la vista como una estampa japonesa que vale cincuenta céntimos, ó cualquier juguete de color de escarlata.

Estudia con atención, con entusiasmo, toda la colección de cartas célebres, Balzac, el viejo, la señora de Sévigné, Voiture, para aprender.... á no escribir cartas. Es muy difícil que escribas á tu zapatero una carta de dos líneas sin que te expongas á la muerte, á la deportación, ó á una causa por adulterio. Te he dicho ya que debes huir de toda profesión mercantil. Ni aun debes permitir que figure tu nombre entre los miembros de una junta administrativa cualquiera, porque nunca se sabe con certeza qué negocios industriales son ó dejan de ser verdaderas asechanzas.

El comercio tuvo su grandeza en cierto tiempo y en determinadas naciones; pero aunque entre nosotros—tal cual lo hemos falsificado y empequeñecido—sea todavía muy respetable, no debes ser, ni aun en teoría, camarada de un droguero que vende cola de pescado por almíbar, ó de un tabernero que elabora su vino con acoro y palo campeche. Huye de los charlatanes, de los que presumen de maestros que siempre parecen estar enseñando, y sobre todo de los necios, que, recordando el aforismo «comprender es igualarse», fingen descaradamente por Rafael, por el Veronés, por Beethoven, por Molière, por La Fontaine, una admiración extraordinaria é incompatible con lo reducido de sus respectivas inteligencias.

Haz que te sirva un solo criado; á ser posible, licenciado del ejército, que haya sido herido en campaña, con lo cual habrá demostrado que no tiene el corazón miserable; procura que te tema, que te respete, y sobre todo que te quiera. No comas en casa más que una chuleta. En ninguna parte se come mejor que en un *restaurant,*

cuando se ha aprendido á comer en él, asunto que debe constituir el primer estudio de un parisiense, porque no hay casi una cocina de casa particular donde sepan cocer bien la carne ó confeccionar esmeradamente una salsa blanca. Si comes en casa de algunos amigos, que sea en las de amigos por los cuales te encuentres dispuesto á dar hacienda y vida; y devuelve centuplicados los obsequios que hayas recibido.

Pero es necesario que te hable también algo de mujeres. Todas las desgracias que en este punto pueden sobrevenir proceden de que se confunde muchas veces el amorío con el amor; son dos cosas distintas. Para cualquier compromiso serio, seas soltero ó casado, no te enamores de una mujer con la que no consentirías en casarte y desde el primer momento hazle el sacrificio de cuanto eres, de cuanto tienes, hasta de tu vida. En las relaciones ligeras, calcula previamente lo que quieres gastar en ellas de tu tiempo, de tu dinero y de tus juguetes, y una vez hecho ese presupuesto, procede, como suelen proceder con los suyos los arquitectos: duplícalo y agrega otra cantidad para imprevistos. En estos pasatiempos, procura ser siempre joven, seductor, alegre, infatigable, ingenioso; agrada como Romeo y paga como Turcaret; sé fiel y espera á que te engañen, y haz como si no comprendieses, que no merece aquello la pena de incomodarse. Por lo que se refiere á otra clase de *señoras,* porque no te prohibo nada en este ramo, es todavía más sencillo. En las pausas de sus *ritornellos* de locura ensayada, esas hembras son serias como notarios, pues siempre están atormentadas con el recuerdo de una deuda que han de pagar ó de algún asunto de dinero; por consiguiente, si has de perder cinco minutos con una de *esas,* procura hallar un eufemismo para hacerle comprender, lo más

pronto posible, con cuánto piensas contribuir á sacarla de sus ahogos. Nada de niñerías : la preocupación contra los actores no es preocupación. La comedianta más enamorada de ti, te picaría en pedacitos menudos, como carne para rellenos, á trueque de obtener un papel, y cuando está á tu lado piensa en el público, en los aplausos y en los trajes. Por lo que respecta á los cómicos, hay entre ellos algunos muy decentes y dignos de todos los respetos ; pero, por regla general, el comediante es el macho de la comedianta, esto es, de una mujer que para enriquecer á su honrado director representa obras que son la sátira del vicio, y está obligada á costear trajes de á mil escudos la pieza, pagados por el vicio.

Resumiendo, todo lo que se reduce á unos amoríos no merece, de ningún modo, que un hombre honrado se detenga con exceso. Ya no hay hermosura ni en la aristocracia encogida y envuelta por sus estrechas miras, ni entre la burguesía estúpida llena de innoble avaricia de riquezas. Las mujeres más guapas de nuestro tiempo son las que sirven de modelos en los talleres y bailan después en la calle de *Le Verrerie* y las fruteras del muelle de Rapée, con quienes es muy difícil entablar conversación. Hay también algunas princesas, pero cuya hermosura no existe, sino con la condición de aparecer idealizada por la pintura y por la poesía, y no es raro que algunas de ellas pertenezcan á familias de burgueses y de advenedizos.

Para concluir: amar á una mujer digna, honrada, noble, que sea un alma; leer, estudiar, ser caritativo, servir á todos, vivir sin una sola mancha en la conciencia, elevar el corazón, y si uno es padre, ser buen padre, he ahí todo lo que hay de razonable en este bajo mundo y todo lo que me ha enseñado la vida. Témelo todo de la

medianía, de la necedad, del piano y de los artistas aficionados; sé casto en cuanto puedas serlo; valiente y generoso hasta la locura; sobre todo, sé bueno y que Dios te bendiga.

Después de hablar así, levantó el duque de Cimay su cabeza, contempló un instante el cielo, y después espiró. Pedro de Varás, arrollidándose respetuosamente, besó la mano helada del que acababa de legarle su sabiduría.

TEODORO DE BANVILLE.

GUSTAVO DORÉ

El artista cuyo nombre acabo de escribir, es seguramente una de las más curiosas y más simpáticas personalidades de nuestro tiempo. Si no tiene la profundidad, la solidez de los maestros, posee la vida y la intuición rápida de un discípulo de genio. Su sitio es tan amplio, que no temo disgustarle, estudiándole tal cual es, en la verdad de su naturaleza. Tiene sobrados amigos oficiosos que le abruman bajo el peso de exageradas é indigestas alabanzas, para que uno de sus admiradores sinceros le analice con toda franqueza, hable de su talento, sin romperle el incensario en las narices.

Gustavo Doré, para juzgarle en una palabra sola, es un improvisador; el improvisador de lápiz más prodigioso que ha existido nunca. No dibuja ni pinta, improvisa; su mano halla líneas, sombras y luces, como hallan algunos poetas de salón rimas y estrofas enteras. En su obra no hay gestación; Doré no acaricia su idea, no la labra, no lleva á cabo ningún estudio preparatorio. La idea llega de pronto; hiere con la rapidez y el deslumbramiento del relámpago, y el artista la recibe sin discutirla,

y obedece al rayo llegado de las alturas. Además, Gustavo Doré no ha esperado nunca; desde que tiene el lápiz entre los dedos la musa bondadosa no se ha hecho de rogar; siempre está allí, cerca del poeta, llenas las manos de resplandores y de tinieblas, prodigándole las visiones, ya dulces, ya terribles, que el artista traza con mano rápida y calenturienta. Doré tiene la intuición de todo, y dibuja sueños como otros esculpen realidades.

Acabo de pronunciar las mismas palabras que un gran crítico de *Gustavo Doré*. Ningún artista se curó nunca menos que él de la realidad. Doré ve solamente sus sueños; vive en un país ideal, cuyos enanos, cuyos gigantes, cuyo cielo esplendente y cuyos paisajes inmensos nos dibuja. Aloja en la fonda de las hadas, allá en la comarca del ensueño. Nuestro mundo le importa poco; él necesita las regiones infernales ó celestes de Dante; el mundo loco de Don Quijote, y en nuestros días el viaje al país de Canaán enrojecido con sangre humana y blanqueado por auroras divinas.

El mal de todo esto es que el lápiz no profundiza, que apenas desflora el papel. La obra no es sólida; no tiene debajo el armazón poderoso de la realidad para mantenerla firme y de pie. No sé si me equivoco: Gustavo Doré ha debido de abandonar muy temprano el estudio del modelo vivo, del cuerpo humano en su verdadero poder. El buen éxito llegó demasiado pronto; el artista joven no ha tenido que sostener esa lucha sin tregua, durante la cual se analiza con encarnizamiento la naturaleza humana. No ha vivido ignorado en el rincón de su taller, enfrente de un modelo, cada uno de cuyos músculos se estudian desesperadamente.

Doré desconoce, es indudable, esta vida de padecimientos, de vacilaciones que os hace amar, con amor

profundísimo, la realidad viviente y desnuda. El triunfo le sorprendió cuando estudiaba, cuando otros buscan todavía con paciencia lo justo, lo verdadero. Su imaginación rica, su naturaleza pintoresca é ingeniosa hanle parecido inagotables tesoros en los cuales hallaría él siempre espectáculos y efectos nuevos, y se ha lanzado resueltamente en medio de la victoria; no tenía más base que sus ensueños, sacándolo todo de él mismo; creando de nuevo, en el delirio y la fantasmagoría: á Dios, y al cielo y á la tierra.

Lo real, es menester decirlo, se ha vengado á veces. No puede uno impunemente encerrarse por completo en sus imaginaciones; llega un día en que falta fuerza para representar así el papel de creador. Demás de esto, cuando las obras son demasiado personales se reproducen fatalmente; el ojo del visionario se llena siempre con la misma visión, y el dibujante adopta determinadas formas, de las que no puede desembarazarse. La realidad es, por el contrario, madre bondadosa que nutre á sus hijos con alimentos siempre nuevos; les ofrece, á cada hora, aspectos distintos; se presenta á ellos profunda, infinita, llena de vitalidad que incesantemente renace.

Gustavo Doré se halla en este caso: ha utilizado, agotado su tesoro como hijo pródigo; ha dado con vigor y con relieve todos los ensueños que tenía dentro de su mente, y hasta los ha repetido en muchas ocasiones. Los editores han asaltado su taller; se han disputado sus dibujos, que la crítica en masa ha recibido con admiración Nada falta á la gloria del artista; ni el dinero, ni los aplausos. Ha establecido una cantera espaciosa en que produce sin descanso; allí están tres, cuatro publicaciones para las que trabaja al mismo tiempo, con idéntico vigor; el dibujante pasa de una á otra sin debilitarse, sin madu-

rar sus pensamientos, confiado en su musa cariñosa, que en el momento propicio le inspira la palabra divina. Tal es el colosal trabajo, la tarea gigantesca que su envidiable éxito ha impuesto á Gustavo Doré, y que la peculiar naturaleza de éste le ha obligado á aceptar con un valor temerario.

Doré vive cómodamente en esta producción aterradora que haría enfermar á cualquier otro. Ciertos críticos se maravillan de ese modo de trabajar, y elogian en el artista joven la formidable cantidad de dibujos que ha producido.

El tiempo nada importa para el negocio, y por lo que á mí respecta, siempre he temblado por este pródigo que de ese modo se entregaba y que agotaba sus admirables facultades en una especie de improvisación continua. La pendiente es resbaladiza; el taller de un artista en boga se convierte á veces en almacén de manufacturas; los comerciantes están allí, á la puerta, dando prisa al lápiz ó al pincel, y poco á poco se llega hasta crear, colaborando con ellos, obras exclusivamente comerciales. No impulsemos, pues, al artista para que nos admire publicando cada año una obra que exigiría diez años de estudio; procuremos, por el contrario, moderar su afán de producir; aconsejarle que se encierre en el fondo de su taller para componer allí, con la reflexión del trabajo, las grandes epopeyas que su mente concibe con intuición tan admirable.

Gustavo Doré, á los treinta y tres años, creyó que debía consagrarse al gran poema humano, á esa colección de relaciones terribles y risueñas que se nombra *La Sagrada Biblia.* Habría yo preferido que reservase esta obra para su trabajo último, para el trabajo grandioso que hubiese consagrado su gloria. ¿Dónde podría hallar un

asunto más vasto, más digno de ser estudiado con cariño; un asunto que ofreciera más espectáculos dulces ó aterradores para su pincel creador?

Pero, por otra parte, no tengo para qué preguntar al artista acerca de lo que ha tenido por conveniente hacer. Su obra está ahí: mi deber se reduce á estudiarla.

Ante todo, me pregunto á mí mismo cuál ha sido la grandiosa visión del artista cuando, después de resolverse á emprender tan rudo trabajo, cerró los ojos para ver cómo se desarrollaba el poema en espectáculos imaginarios. Dada la naturaleza maravillosa y peculiar de Gustavo Doré, no es difícil asistir á las operaciones que han debido de elaborarse en esa inteligencia: las leyendas se han sucedido unas otras; las unas, luminosas, claras, completamente blancas; las otras, sombrías y aterradoras, enrojecidas por la sangre y por el fuego. Doré se ha abismado con esta inmensa visión; hase elevado á la región del ensueño; ha experimentado supremo regocijo al sentir que abandonaba la tierra, que dejaba en ella las realidades, y que su imaginación iba á esferas en que le sería dado vagar por los delirios y las apoteosis. Toda la gran familia bíblica se ha levantado ante él; el artista ha contemplado á esos personajes á quienes el recuerdo ha engrandecido y colocado fuera de la humanidad; ha vislumbrado aquella tierra de Egipto, aquella tierra de Canaam, países maravillosos que no parecen de este mundo; ha vivido en intimidad con los héroes de los cuentos antiguos, en paisajes llenos de tinieblas y de maravillosas alboradas. Después, la historia de Jesús, más dulce, tierna y severa, ha abierto á su vista horizontes escogidos, en los que sus ensueños se han ensanchado y han adquirido una serenidad profunda. Allí estaba el inmenso campo que había menester la audacia del artista. La tie-

rra le enoja, la tosca tierra que ahora pisamos; y solamente se agrada de las tierras celestiales, esas que puede alumbrar él con luces extrañas y desconocidas. Por eso Doré ha exagerado el ensueño; ha querido escribir con el lápiz una Biblia mágica, una serie de escenas que pareciesen integrar un drama gigantesco desarrollado no se sabe dónde, en cualquier esfera apartada.

La obra tiene dos notas; dos notas eternas que suenan unidas: la blancura de las primeras purezas, de los corazones tiernos, y las espesas tinieblas de los primeros asesinatos, de las almas negras y crueles. Los espectáculos se suceden; son, ó todo luz, ó sombras todo. El artista ha creído que debía cimentar su obra sobre esa duplicidad de caracteres, y ha resultado que, en efecto, su talento se prestaba muy singularmente á representar las puras claridades del Edén, y las oscuridades del campo de batalla invadido por la noche y por la muerte; las blancuras de Gabriel y de María en los resplandores de la Anunciación, y los lívidos horrores, los sombríos relámpagos, la siniestra piedad infinita del Gólgota.

No puedo seguirle en su visión demasiado larga. Para soñar ese mundo, Gustavo Doré ha empleado solamente dos ó tres años, y el artista ha necesitado improvisar, al día, las mil escenas distintas del drama. Cada grabado es, lo repito, el sueño particular que ha tenido el artista después de haber leído un versículo dela *Biblia;* no puedo dar á esto más nombre que el de sueño, porque ese grabado no vive la vida que nosotros vivimos; es demasiado blanco ó demasiado negro; es el dibujo de una decoración teatral, tomada cuando la magia termina entre los resplandores brillantes de la apoteosis.

El improvisador ha trazado en las márgenes sus impresiones, fuera de toda realidad y de todo estudio, y su

prodigioso talento ha dado á ciertos dibujos una especie de existencia extraña, que no es vida, pero que, cuando menos, es movimiento.

Tengo todavía delante de los ojos el dibujo que se titula: *Acham lapidado*. Acham aparece tendido y con los brazos abiertos en el fondo de un barranco; las piernas y vientre están destrozados, magullados bajo enormes piedras; y del cielo oscuro, de las profundidades horrorosas del horizonte, llegan lentamente, una á una, en fila interminable, las aves carnívoras que van á disputarse las entrañas que las piedras han hecho relucir. Todo el talento de Gustavo Doré está en este grabado, que es una pesadilla maravillosamente concebida y puesta en relieve. Mencionaré también la página en que el *Arca,* detenida en la cima del monte Ararat, se proyecta sobre el claro horizonte en una enorme silueta, y aquélla otra página que representa á la hija de Jephté en medio de sus compañeras, llorando en una aurora dulce su juventud y sus hermosos amores, que no tendrá tiempo de gozar.

Debía yo mencionarlo todo, analizarlo todo, para hacerme entender mejor. La obra parte de las dulzuras del edén; su primer grito de dolor y de espanto es el diluvio; grito que es apaciguado muy pronto por la voz serena de los patriarcas, cuyas blancas hijas van á las fuentes con su dulce sonrisa y su tranquila virginidad. Viene después la extraña tierra de Egipto, con sus monumentos y sus horizontes; la historia de José y la de Moisés nos son presentadas con inusitado lujo de trajes y de arquitecturas, con toda la humildad infantil del hijo de Jacob y todos los horrores de las doce plagas y del paso del mar Rojo. Comienza entonces la historia ruda y conmovedora de aquella tierra de Judea, que ha bebido más sangre humana que agua llovediza: Sansón y Dalila, Da-

vid y Goliat, Judit y Holofornes, los gigantes brutos y las mujeres crueles, los terrores de la traición y del asesinato. La leyenda de Elías es el primer rayo divino y profético que rompe esta noche sangrienta; vienen después los dulces cuentos de Tobías y de Esther, y aquel sollozo de dolor, aquel sollozo tan profundamente humano en su desaliento que lanza Job raspando sus llagas en el estiércol de su miseria. Álzanse después los vengadores, llena la boca de lamentaciones y de amenazas, esos vengadores de Dios, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Baruch, Daniel, Amós, sombrías figuras que dominan á Israel, maldiciendo de la humanidad corrompida y profetizando la redención del hombre.

La redención es ese idilio austero y dulce que va desde los resplandores de la Anunciación hasta las lágrimas del Calvario. Aquí aparecen el Pesebre, la huida á Egipto, Jesús en el templo predicando sus primeras verdades, Jesús en las bodas de Caná realizando su primer milagro. Esta segunda parte de la obra me gusta menos; el artista necesitaba combatir contra la vulgaridad de asuntos tratados por más de diez generaciones de pintores y de dibujantes, y no parece sino que se ha complacido, no sé por qué sentimiento, en amenguar su originalidad dándonos el Jesús, la Virgen María, los Apóstoles de todo el mundo. Su *mujer adúltera*, su *Herodías*, su *Transfiguración*, todas esas escenas y todos esos tipos conocidos aparecen ante nosotros como grabados antiguos que nos gustaron en la infancia, que volvemos á ver ahora, que reconocemos y acogemos con agrado. Doré no se ha emancipado lo bastante de la tradición. Cuando comienza el drama de la Cruz, torna el artista á sus grandes sombras, á sus negruras espantosas atravesadas por lívidos relámpagos. En el desenlace, el artista

presenta las visiones de San Juan, y hasta el sonido solemne y terrible de la trompeta del Juicio final, con lo que termina la obra, cuyo principio ha sido la gestación infinita de Jehová, llenando de luz el universo.

Tal es la obra. Creo que este rápido resumen basta para darla á conocer á los que están familiarizados con el talento de Gustavo Doré. Este talento consiste más principalmente en las condiciones pintorescas y dramáticas de la visión interna. El artista, en su intuición rápida, se apodera siempre del punto más interesante del drama, del carácter dominante, de las líneas sobre las cuales es conveniente insistir.

Esta especie de visión tiene á su servicio una mano hábil, que traduce con *valentía* y vigor el pensamiento del dibujante en el momento mismo en que ese pensamiento se formula. De aquí ese movimiento, ya cómico, ya trágico que presta animación á los grabados; de aquí ese hermoso contraste, esas bellas líneas que se salen del fondo, esa apariencia extraña y seductora de los dibujos, que se ahuecan y se agitan en una especie de peregrino ensueño lleno de grandeza.

De aquí también los defectos. El artista tiene solamente dos sueños: el sueño pálido y tierno que cubre el horizonte de nieblas, borra las figuras, atenúa las tintas, anega la realidad en las visiones de la semi-vigilia; ó el sueño pesadilla, todo negro con relámpagos blancos, la noche profunda iluminada por efímeros resplandores de luz eléctrica. En algunos momentos, ya lo he dicho, se creería asistir al quinto acto de una comedia de magia, cuando brilla la apoteosis con los resplandores de las luces de Bengala. Negro y blanco en tablas; un mundo de cartón, siniestro en sí, y animado por alucinaciones espantosas.

El efecto es terrible; los ojos quedan encantados ó se aterran, la imaginación queda conquistada; pero no aproximéis mucho el grabado á la vista, no lo estudiéis, porque veríais entonces que allí no hay sino perspectiva y novedad; que aquello se reduce á sombras y reflejos. Aquellos hombres no pueden vivir, porque no tienen huesos, ni músculos; aquellos paisajes y aquellos cielos no existen, porque solamente el sueño tiene esos horizontes peregrinos poblados de figuras fantásticas, esos países maravillosos cuyos árboles y cuyas rosas poseen, ora una majestuosa amplitud, ora un estrechez siniestra. *La loca de la casa* lo domina todo; ella es la bondadosa musa que con su varita mágica crea esos mundos que sueña el artista frente á los poemas.

Gustavo Doré ha sido, á no dudarlo, uno de los artistas más singularmente dotados de nuestra época; podía ser uno de los más vivos si se decidiese á recobrar fuerzas en el estudio de la naturaleza verdadera y potente; grande, más que todos sus sueños y con otro modo de grandeza.

Tal es la opinión de un realista acerca del idealista Gustavo Doré.

Tengo que tributar más elogios todavía. Otro artista ha tomado también parte en la ilustración de la Biblia, dibujando letras de adorno, ornamentos y flores de exquisita delicadeza. M. Giacomelli no es precisamente un desconocido; ha publicado en 1862 un estudio acerca de Raffet, en el que ha hablado con estusiasmo de este dibujante de una verdad tan original; posteriormente ha ilustrado de una manera primorosa una obra de M. de la Palma. Hay un contraste muy extraño entre la pureza del dibujo de Giacomelli y la línea calenturienta y tormentosa de Gustavo Doré. Los dibujos de Giacomelli

no son, ya lo sé, otra cosa que simples adornos; pero revelan un verdadero sentimiento artístico lleno de buen gusto y de gracia. Muy de veras celebraré yo verle hacer una obra aparte. El gran visionario, el improvisador que ha hablado la lengua de Dante, la de Cervantes, y la de Dios, le aplasta con la grandiosa tempestad de sus ensueños.

EMILIO ZOLA.

FLORES IMPURAS

(TRADUCCIÓN DE FRANCISCO COPPÉE).

¡Hermoso día! En la calle
Vi, claudicantes y trémulos,
Con un ataúd de niño,
Pasar dos sepultureros.
Llevábanlo como un fardo
Cualquiera; sin ningún séquito:
¡Ni un ramo, ni una corona
Sobre el blanquecino lienzo!
¡Qué cuadro! Espantoso drama
Soñé: sobre infame lecho
De un hospital, la culpable
Madre llorando y rugiendo,
Sin comprender que la muerte
Evita mayores duelos
Al lastimoso bastardo
Que va al hoyo antes de tiempo.
De pronto, alegre mozuela,
Agarrada á su cortejo,
Con sus cintas y sus gasas
Rozó el miserable féretro.
Cual suelen estas muchachas,
Iba charlando y luciendo
Labios demasiado rojos,
Párpados sobrado negros;

Y en la diestra juguetona
Un ramilletito de esos
Que en Abril, á cada esquina,
Venden por algunos céntimos.
Al ver la fúnebre caja,
Sus ojos se humedecieron,
Y compasiva á su modo,
Fué á dar sus flores al muerto.
Pero detuvo su mano
Involuntario respeto;
Cayó á tierra el ramillete;
Pasó adelante el entierro.
Mujer que en el lodo vives,
He visto bien lo que has hecho:
Al mundo tu honrado escrúpulo
Quisiera dar como ejemplo.
Alma encierras casta y digna
En tu mancillado pecho:
Para el párvulo inocente
Juzgaste impuro tu obsequio.
El ramillete ofrecido
Retiraste: hubiste miedo
De que lastime á la madre
Sospechoso ofrecimiento.
Hasta en la muerte respetas
Á la infancia. Valen menos
Muchas dudosas virtudes
Que tu amargo y triste esfuerzo.
Y el niño, á quien tu alma púdica
Negó un don de poco aprecio,
Es, ¡pobre mujer!, un ángel
Que tu perdón pide al cielo.

TEODORO LLORENTE.

Sección Hispano-Ultramarina.

LA DEMOCRACIA EN EUROPA

Y AMÉRICA.

III.

La democracia de los Estados Unidos es en no pocos puntos igual á la helvética. Forma republicana, federalismo, autónomos Estados particulares, soberanía nacional partida en dos, sistema representativo y no parlamentario, ni de *gabinete;* todo esto es común, y no hace el *referendum* excepción, aunque menos practicado por los anglo-americanos que por los suizos. Las diferencias al pronto más visibles entre una confederación y otra, son dos. Consiste una en el creciente carácter de superioridad que su participación directa en el Gobierno da al Senado, ó representación de los Estados anglo-americanos, sobre el otro cuerpo limitado á votar leyes, y sin intervenir por derecho propio en las resoluciones del poder ejecutivo jamás; mientras que el Consejo de los Estados ó alta Cámara en Suiza, tiene iguales facultades que la que puede llamarse baja, y su prestigio mengua cada día. La otra diferencia se cifra en la respectiva posición de los presidentes; pues la del de

los Estados Unidos, todo el mundo ve que no es, como la del de Suiza, insignificante. Repítense ambas entre la peculiar organización de los Estados y la de los cantones, con dos Cámaras y un poder ejecutivo unipersonal, armado del veto aquéllos, cuando éstos tienen Gobierno colegiado y Cámara única. Con su absorbente *referendum* y todo, no ofrece Suiza, por las diferencias dichas, mejor modelo democrático que los Estados Unidos. Dales su Senado á éstos un elemento de consistencia, que la democracia helvética, con su marcada tendencia al directo predominio popular, muy bien puede envidiarles. Cuanto á la mayor autoridad del Presidente, siempre ha de serle menos sensible la diferencia á Suiza, supuesto que entre los atributos cardinales de su Estado no aspira á poseer el de potencia exterior. La república anglo-americana, por el contrario, ni se ha amparado nunca de una neutralidad más ó menos forzosa, ni por sistema se habría obligado á guardarla jamás. Rehusaron desde el principio aquellos colonos altivos reducirse á la condición subalterna de los pueblos que, por falta de naturales fuerzas ó de organismo potente, siguen las sendas que otros abren en la Historia universal. Por eso la voz de Suiza sólo suena en defensa propia, mientras que la de los Estados Unidos siempre es oída, en los mensajes constitucionales de su Presidente, con alguna zozobra por parte de otras Naciones; y hasta aquellos de sus compatriotas malcontentos con el presente régimen, reconocen, por ejemplo, «que el derecho de ésta á proteger el Nuevo Mundo de las intrusiones del despotismo extranjero, se ha afirmado en los últimos años» (1). No prejuzgo lo que la diplomacia anglo-americana pueda intentar á veces, par-

(1) Palabras citadas en *The Government Year Book*, 1889.

tiendo de este derecho contestable; consigno sólo que para pretenderlo no bastaría, de seguro, un poder ejecutivo al modo helvético.

Fuera de esto, que toca á la soberanía exterior, el buen ejercicio de la interior también tuvo gran parte en el hecho de que los constituyentes de Filadelfia pusiesen á su cabeza un Presidente con los atributos que detallaré después. Vese en todo que la Convención aquella se propuso, menos asegurar las libertades de los ciudadanos, sin duda porque las gozaban por hábito, que dar al federativo Estado base durable. Harto claro lo dicen los Ensayos publicados por Alejandro Hamilton, John Jay y James Madison en el *Federalist* (1), obra al principio periódica, reunida y clásica ahora, de que corren ya veinticinco ediciones, y constituye un *Comentario perpetuo* de aquella insigne obra constitucional. La Convención no redactó, en resumen, lo que en Francia y otras muchas partes se ha llamado luego una Constitución liberal, porque, fuera de desatar los lazos con la madre patria, de constituir federativamente un gran Estado con todas las condiciones de tal, y de procurar el mantenimiento de éste, nada puso en la suya que alterara la situación de los particulares Estados en sí ni la de sus habitadores. Y aquí conviene recordar que el *pueblo americano*, de que al tiempo de la Independencia se hablaba, lo era de Estados, que no de ciudadanos particulares, porque, fuera de aquéllos no poseían estos últimos valor alguno federal. En cambio, aunque en Filadelfia no se definieran ni decretaran los derechos individuales ó el *Self-government*, á nadie se le ocurrió que en las franquicias reconocidas

(1) *The Federalist a commentary on the Constitution of the United States, reprinted from the original text of Alexander Hamilton, John Jay and James Madison:* London, 1888.

por la *Common Law* inglesa cupiese la menor alteración. Por esta combinación de conceptos, nunca entendieron por *voluntad nacional* los padres de la Independencia la directamente popular, así como tampoco concibieron la igualdad de funciones entre las personas, por manera que el sufragio público, verbigracia, correspondiese á todo varón mayor de edad. Partiendo de hechos tales, pudo decirse con razón después, que de Filadelfia salió la Confederación con la menor cantidad posible de democracia. De aquí también que lord John Russell haya escrito en sus *Memorias* «que, así como posee Inglaterra una especie de monarquía republicana, pudieran los Estados Unidos titularse una república monárquica» (1). No hay que atribuirlo todo á la prudencia, aunque los primeros hombres de Estado de la nueva Nación la tuviesen grande: la casi declarada anarquía que amenazó en su cuna á la Confederación, paralelamente obligada á organizarse y defenderse de un formidable enemigo, da también razón, en mucha parte, del singular espíritu conservador que informó el trabajo de los constituyentes de Filadelfia.

Á todo esto, es claro que los Estados suizos, muchísimo antes que los anglo-americanos, poseyeron repúblicas, celebraron entre sí alianzas, conocieron y practicaron, según se ha visto, la absoluta democracia, motivos por los cuales he tenido que comenzar mi estudio por sus instituciones peculiares. Mas, hoy por hoy, los copiados no son ellos, sino los copistas, bien que no hayan aceptado las dobles Cámaras locales, ni la forma del poder ejecutivo de los anglo-americanos. Dos cosas de igual modo fundamentales han tomado de ellos, ya que esas

(1) Comte John Russell: *Mémoires et Souvenirs; 1813-1873*. Traduit de l'anglais par Charles Bernard Derosne: Saint-Germain, 1876.

no: la primera, el actual Consejo de los Estados, con que han sustituido la Dieta antigua; la segunda, el sistema de representación igual de todo Estado ó cantón. Llévase esto en los Estados Unidos hasta el extremo de que gozan representación idéntica que los más antiguos Estados, los territorios ó países provisionalmente constituidos, no bien se elevan á aquella categoría. Y no hay ya que decir, por tanto, que una gran minoría de población, representada por cualquier mayoría de Estados, decide en la Confederación anglo-americana, como en la suiza, sobre toda cuestión común. Aun tratándose de enmiendas á la Constitución federal, obliga á mayor desproporción la anglo-americana, porque, no sólo pide mayoría de dos tercios en los votantes del Congreso, sino que exige la aprobación luego de tres cuartas partes de las Cámaras legistativas de los Estados, particulares. Mediante este método, el de Nevada, que en 1880 contaba sólo 62,266 habitantes, pesa tanto en la Confederación como New-York, que poseía 5.082,871 á la misma fecha. Difícil fuera investigar, en tanto, hasta qué punto haya influido en los progresos del *referendum* suizo el ejemplo de la Constitución francesa de 1793; pues, bien que las ideas alemanas preponderen allí hoy, así en la enseñanza como en la ciencia, los principios políticos de la Revolución francesa, siempre han informado, según ya he expuesto, sus reformas políticas; pero lo que de cierto se sabe es que tiene origen propio el *referendum* en los Estados Unidos. Ejercitáronlo allí, cual en toda corta población rural, los primeros colonos; y no tuvo que ser esta de las cosas que imitaran de Inglaterra, aunque, con el nombre de *Local-option,* exista en ella ahora parecida institución, que, como su denominación indica, aplícase á asuntos de policía local. De todas suertes, está el *referendum* en uso en

ambas Confederaciones, aunque no sólo con más extensión, sino con mucha mayor fe entre los suizos que entre los anglo-americanos. No acuden á él sus Estados particulares, sino cuando se trata de cuestiones constitucionales y algunas otras especialísimas, siendo obligatorio en las primeras, y facultativo para las demás. Pero más generalmente lo convocan las Cámaras locales, sin otro objeto que echar de sí la responsabilidad de asuntos arduos ó con exceso controvertidos. Así nos lo dice el insigne historiador y publicista, catedrático á la par de Oxford, James Bryce, en su magistral y reciente obra sobre los Estados Unidos (1).

Inclínase éste á que esa directa intervención popular en las cuestiones constitucionales es un elemento conservador, por cuanto hace más larga y complicada la tramitación de las enmiendas ó reformas, lo cual entra en la teoría democrática, que podríamos titular obstrucciones útiles, casi recomendadas al pueblo sobre un edificio público de Zurich. El caso es que, más veces aún que en Suiza, según parece, responde que *no* el *referendum* á lo que se le pregunta. No diré que convenga esto tanto á las mujeres como á los hombres, porque nada menos que cuatro ó cinco de las enmiendas constitucionales desechadas por el *referendum* les concedían el sufragio; reforma qué, después de triunfar en los cuerpos legislativos locales, hasta aquí ha sucumbido ante el voto masculino universal. Verdad es que el sumo intérprete de la Constitución, ó sea el Tribunal federal, se opone asimismo á los deseos del sexo, realmente bello en su generalidad, de los Estados Unidos, fundándose en que, si bien posee, como quienquiera, todos los derechos naturales

(1) *The American Commonwealth*, by JAMES BRYCE: London, 1888.

ó individuales, ser ciudadano de los Estados Unidos y elector, son cosas que en derecho nada tienen que ver. Por donde consta cuánta fuerza conserva allí aún el antiguo derecho constituido. Para el bien enterado escritor que últimamente he citado, el *referendum* es menos peligroso de todos modos en los Estados Unidos, que pudiera serlo en otras muchas partes, con excepción, sin duda, de Suiza, mediante la mayor instrucción y facilidad de recursos con que vivir que en ambos países reina entre los habitantes, aunque en el uno prepondere la medianía de las fortunas, y exista sobre esto en el otro una suma desigualdad. No llega su preferencia por el *referendum* hasta el punto que pretenda Bryce que leyes votadas sin previa discusión, ante los electores, cuando se refieren á asuntos que pocos entienden, ofrezcan probabilidad alguna de ser excelentes. No: por más que admire poco á las actuales Cámaras legislativas de los Estados, apresúrase á decir que si suelen ser ellas ignorantes, lo son de cierto más, con su relativa instrucción y todo, las turbas electorales anglo-americanas. Mas como ninguna lucha ha costado en el ínterin el *referendum* á los ciudadanos de los Estados Unidos, su ejercicio no significa allí, cual en Suiza, revolucionarias victorias. Hácelo esto menos controvertido, más natural ó normal, y no legislando al propio tiempo sino en lo peculiar de los Estados, bajo ningún concepto parece tan ocasionado á excesos como el de Suiza.

Por de contado, que en esto ya se observa, cual en todo, que la repugnancia á la democratización del país de los legisladores de Filadelfia se ha modificado profundamente durante los últimos cincuenta años. Aunque permanezca la Constitución federal casi íntegra, dentro de ella han hecho los Estados particulares una revolu-

ción legal en sentido democrático; revolución decididamente inspirada por las ideas francesas, tan poco simpáticas en el fondo á sus progenitores. Verdad es que, desde sus primeras reformas constitucionales, iniciaron la empresa los Estados, encabezándolas á veces con declaraciones de derechos, antes informadas por los principios de 1789 que por el *bill* de derechos inglés. Pero eran aquéllos entonces superficiales alardes, cual se prueba por los muchos años que ha tardado en penetrar después formalmente dicha tendencia, que hoy da lugar al falseamiento práctico del concepto del Estado con que la independencia se estableció. Las elecciones, por ejemplo, al tiempo de ella, estaban, y han continuado largo tiempo, en manos de los que poseían algo, no de los que nada tenían que perder, y de los ignorantes, sin que esto empeciese á la esencia del régimen republicano, ni aun del democrático, según la opinión de los legisladores de Filadelfia, como tampoco en sentir del gran jurista y publicista inglés lord Brougham (1). Hoy ya el sufragio universal impera generalmente, y á los partidos anglo-americanos, de que hablaré luego, les va mejor con él que con el propio *referendum,* porque éste no toca á la elección de personas, que es su fuerte. Lo que en el conjunto de las instituciones anglo-americanas contraría aún el despotismo del número, es la complicada graduación por donde los negocios ascienden desde abajo á arriba, ó sea del pueblo al Gobierno , sobre todo si se trata del supremo federal. Algunos que toman origen en cualquier municipio, villa ó ciudad, nunca sin cierta autonomía, suelen tener que proseguir su camino á través del condado y de las dos Cámaras legislativas de cada Estado,

(1) Lord Brougham: *De la Démocratie et des Gouvernements mixtes:* Traduit de l'anglais par Louis Regis: París, 1872.

hasta llegar á veces á los dos federales y al Presidente, camino larguísimo, en que la precipitación y el violento empuje del número no pueden menos de ir rebajando su impulso. Y aquí tenemos de nuevo la dificultad del movimiento, la *obstrucción,* como interesantísimo elemento conservador en las democracias reinantes. Aunque el doble municipio americano todavía conserve en su espíritu algo de aquel principio de la *Common Law,* de que ninguna personalidad jurídica ó cuerpo moral puede vivir sin participar en cierta medida de la soberanía, no iguala, por supuesto, ni con mucho, al suizo, como elemento de poder público, pues al fin está sujeto á la reglamentación arbitraria de sus Estados respectivos. Los condados son, por su parte, ó ciudades populosas, ó conjunto de medianas y pequeñas poblaciones agrupadas, y no alcanzan importancia grande; pero de todas suertes constituyen generalmente un trámite más. Los Estados, como tales, son los que disfrutan tanta y más autonomía que sus semejantes de Suiza, y con sus intereses diversos, y á veces encontrados, pudieran oponer altos diques á la desbordada corriente popular, si no fuese porque, como se verá luego, vienen ellos mismos á parar al cabo en otro poder, que es el de los partidos.

Por lo demás, después del movimiento reformista de que hablé antes, el parecido de las constituciones de los Estados es extremo. Las tres maneras de gobernarse que al tiempo de la independencia poseían, según el distinto origen de cada colonización, hanse ido asimilando, y además posee cada Estado ahora, como antes, un Gobernador, en quien reside el poder ejecutivo, con la prerrogotiva del veto suspensivo, y un poder legislativo de dos Cámaras, con sola una excepción recientísima. El convencimiento de que este poder debe estar en dos, ha per-

sistido de suerte, que, allí donde se ha suprimido una de las Cámaras con pretexto de democratizar más el régimen, se ha vuelto hasta ahora á restablecer, y otro tanto sucederá probablemente en adelante. Añádase que los jefes del poder ejecutivo en los Estados, los jueces mismos, en la gran mayoría de ellos, y todos los funcionarios, son directamente elegidos por el pueblo, cuando en Suiza no lo son siempre, ni las corporaciones todas que desempeñan el poder ejecutivo, y se formará idea clara de la estructura constitucional de las semi-independientes repúblicas, por encima de las cuales representa á la Nación entera el sistema federal. Mas si no he de abandonar mis ordinarias comparaciones, quédame que decir que lo mismo que el poder federal, encuentro mejor constituido que en Suiza el de los Estados, en la Unión anglo-americana, porque el nombramiento del poder ejecutivo por las Asambleas mismas, con cuyo concurso administran, paréceme el menos perfecto de todos; y fuera ocioso añadir que dos Cámaras legislativas son también, á mi juicio, indispensables. En cambio, no ha admitido Suiza nunca el nombramiento de la magistratura por el pueblo, como no lo admitió la Convención de Filadelfia tampoco para su constitución federal; y débese, sin duda, á eso que todos los tribunales en la Confederación europea y los puramente federales en la americana permanezcan libres de descrédito.

A. Cánovas del Castillo.

DE LA LITERATURA MALLORQUINA EN 1889

CADA vez que me propongo exponer ó—usando de una frase moderna—reflejar la producción literaria de Mallorca, indefectiblemente me acuerdo de una curiosa novela rusa, titulada *Oblomoff*. El *oblomovismo,* esa pereza eslava ó como tedio de la estepa plomiza y uniforme, saltando por encima de razas y de fronteras, viene á encontrar su parentesco en la somnolencia semi-árabe del carácter mallorquín. Aquí se cierran los ojos, adormecidos, no por la monotonía de las grandes superficies desiertas, sino por el parpadeo fatigoso de nuestra luz implacable, que se descompone en el prisma de una naturaleza variada y polícroma. Todos los excesos perjudican igualmente. El cielo brumoso y oscuro enturbia las imágenes y es como una falsa noche continua que infunde en el espíritu un sueño imperceptible, pero tenaz. El sol ardiente del mediodía deslumbra muchas veces, y no pocas consigue la acción narcótica de los puntos luminosos. El artista mallorquín, abstraído en la contemplación de esta naturaleza florida y perennemente hermosa, da rienda suelta á su «perezoso ima-

ginar», aunque en raras ocasiones logra esa inhibición absoluta del mundo exterior, esa concentración total del esfuerzo necesaria para sentir de nuevo y con intensidad sus emociones.

Sugiéreme tales ideas la desaparición, acontecida durante el último año, de la revista *Museo Balear*, publicación que ha recogido y circulado en sus páginas, todo el caudal literario—en su acepción más lata—que salía de las inteligencias insulares: historia, metafísica, lulismo, crítica, poesía y literatura propiamente tal. Resentíase, sin embargo, el *Museo* de falta de interés inmediato. Los trabajos que publicó, casi en su mayor parte no versaban sobre los puntos y los aspectos que impone á la verdadera revista la evolución incesante de las ideas.—Insertó notables artículos históricos de D. José María Quadrado; trabajos numismáticos de D. Álvaro Campaner; estudios filológicos de D. Tomás Forteza; novelitas mallorquinas (por el lenguaje ó por el asunto) de D. Antonio Frates y de D. Pedro de Alcántara Peña; exposiciones de doctrina científica de D. José Monlau; artículos y disertaciones académicas de D. José Luis Pons; refundiciones de los más conocidos dramas shakesperianos del mismo Sr. Quadrado; artículos ó cuentos y poesías de muchos de los indicados y de toda la generación más joven, desde las más inspiradas composiciones de Miguel Costa, hasta las más ingeniosas y sustanciales de Juan Alcover. Pero esta misma variedad de asuntos y de materias no hacía más que darle el carácter de extensa miscelánea. Raras veces asomaban en sus páginas los chispazos dispersos de la fragua donde se forja el hierro candente de la novedad intelectual. Tenía más de la estantería donde se ordenan y exhiben objetos ya labrados, aunque con frecuencia añejos. Diríase que

los números del *Museo Balear,* dentro de la segunda mitad de este siglo, carecen de fecha. Desde sus apartadas estancias no se perciben los gritos de la lucha, ni en sus hojas se advierte el violento latido de la arteria que conduce el jugo vital recién elaborado.

Durante la segunda época de su publicación (1884-89), se ha desarrollado en España la gran controversia literaria sobre el naturalismo. Causará extrañeza si afirmo que esta pelea no ha tenido un solo eco, que nadie ha entrado en la liza, que nadie ha combatido directa ó indirectamente la nueva doctrina, ni siquiera la ha extractado. Durante el mismo tiempo se ha enardecido la cruzada catalanista. La tendencia regional expresada en todas sus fases por la poesía inmediatamente de la restauración del habla catalana (en la cual fueron de los primeros y de los más afortunados muchos mallorquines, Aguiló, Rosselló, Pons, Amer), ha pasado desde las formas caóticas del sentimiento poético á conglomerarse alrededor de núcleos filosóficos tomando las formas definidas del sistema.

Desde las manos del vate ha pasado la señera regional á las del publicista, del sociólogo y del orador. Lo que no fué más que un suspiro romántico, más que un adiós lacrimoso al viejo ensueño desvanecido, se convirtió luego en grito de reconquista, apareciendo el regionalismo, el particularismo y hasta el filibusterismo. Hay que ser consecuentes, y reconocer que de aquellos polvos nacen estos lodos. Hay que ser lógicos, y no asustarse aturdidamente de la planta social que sembró aquella semilla literaria. Hay, por último, que ser imparciales, y notar que estas escuelas, pacatas y tímidas las unas, prudentes las otras, exageradas y ultra-hiperbólicas la mayor parte, tienen, si así puede decirse, un máximo

común divisor en que todas concurren y se interceptan. Á depurar este común divisor y este fondo general de verdades y de reivindicaciones necesarias debieron dirigirse los comunes esfuerzos. Y el renacimiento mallorquín, casi unánimemente partidario de la unidad de la lengua catalana según la pedía el amenísimo D. Juan Valera desde estas mismas hojas, ha vuelto las espaldas á la cuestión, encerrándose en el silencio y en su lirismo platónico, que á estas horas ha perdido todos los encantos de la novedad, si no se convierte, como creo, en mera convención retórica.

***

No hay, pues, en Mallorca regionalismo militante de ninguna especie. Por más doloroso que sea confesarlo, los hechos son inflexibles y no se esconden. Mallorca, si ya no ha llegado, camina rápidamente á una absorción total de su fisonomía histórica y etnográfica, no en la resultante de la unidad nacional, que en ella noblemente fundida y hasta absorbida estuvo siempre, sino en el uniformismo más igualitario y geométrico. Las personas de mejor inteligencia, y hasta muchos escritores, consideran aquí casi como un delito de traición el discutir la legitimidad real de las más leves imposiciones administrativas. Parece que viven sugestionados por la influencia centrípeta, ó que respiran el aire de toda suerte de preocupaciones burocráticas. Cierto ejemplo que no falta en ningún tratado de química, nos habla de la *gruta del perro* y del *valle de la muerte*, donde una capa de ácido carbónico extiende su acción letal hasta determinada al-

tura. Dentro de esta capa, la asfixia y hasta la muerte; fuera de ella, el aire puro, la agilidad, la lucidez. Del mismo modo se extiende sobre las inteligencias la atmósfera del prejuicio. Casi toda la actividad intelectual de Mallorca se consume en las luchas de la política al uso ó en el bufete del abogado, que más que profesiones ligadas parecen inseparables. Á muchos talentos dignos de no tener su criterio enajenado á esta política casera, los vemos convertidos en otros tantos girasoles vueltos constantemente de cara á los rayos del favor central, del que todo lo aguardan. Devóranse con sin igual avidez periódicos y discursos, chascarrillos y ocurrencias de personajes agrandados por los espejismos de la distancia y por las amplificaciones de la prensa de partido, inmensa lente puesta sobre la pequeñez del infusorio. De esta admiración sin límites se origina un vicio funesto y casi inconsciente: el menosprecio de la vida local y la tendencia de estos talentos débiles á volar hacia el centro como leves partículas de acero atraídas por la punta imantada. El procedimiento que forma las oligarquías de la gran capital no es siempre una selección certera y justa. Hay hombres que no sirven para la lucha; hombres de mérito que no encuentran jamás el primer peldaño para encaramarse, y que, irradiando su luz sobre la comarca en que ahora vegetan tristemente, podrían fertilizarla y embellecerla en todos sentidos, si muchas veces no se creyesen desterrados en su propia casa y bajo su propio techo.

Considérase la provincia ó el territorio como algo secundario que no tiene valor por sí mismo, y la máquina gubernamental como objeto y no como instrumento de la vida toda de la nación. Vano es decir á los que respiran dentro de esta atmósfera que la tendencia regional moderna no es una planta nacida al calor de los antojos

de cualquier comarca, sino un movimiento iniciado por los estudios positivos de la ciencia política, por el examen inductivo del cuerpo nacional contra las concepciones abstractas y *a priori* de los pensadores geómetras que han trazado nuestras constituciones rectilíneas; que estas constituciones, en el afán de una artificiosa simetría, no respetan el natural *polimorfismo* de la nacionalidad, que á menudo prescinden de entidades realísimas y casi palpables (el carácter de raza, la lengua, la legislación, la costumbre, el clima) para hacer divisiones arbitrarias, y que así en la fisiología humana como en la nacional no se puede suprimir ó mutilar ninguno de los órganos esenciales sin graves trastornos en su economía. En suma: que la variedad es la ley de la naturaleza, y que las variedades existentes y los hechos específicos se subordinan *naturalmente* á una unidad superior, como las diversas ramas de un árbol se unifican en el tronco robusto; no como el tronco privado ciegamente de sus ramas, llenas de lozanía y de savia interna, y reducido á la sequedad del mástil. Pues bien: exponed tales razones, ligerísimo y superficial compendio de las muchas que pueden comprobarse experimentalmente; repetídselas á los que se compadecen bien con todo lo establecido, que respiran en la *gruta del perro,* que viven influidos por la atmósfera del prejuicio político ú oficinista, y os oirán, ó con desdén ó con la indignación patriótica de D. Pelayo en las montañas de Asturias. Ante esa revisión mental de las modernas constituciones, los veréis más prontos á batirse por una abstracción ó por una vaguedad, que por un pedazo del territorio, y se comprenderá que dentro del ideologismo templado de esta época alientan todavía los soñadores de repúblicas platónicas y de ciudades del Sol, de Icarias y de falansterios, que falsean la naturaleza y la so-

meten al encasillado previo de sus teoremas ó de sus rutinas como á un verdadero lecho de Procusto.

En esa corriente extrema y viciosa se precipita el común de las inteligencias mallorquinas, con grave daño de todos los intereses y de todos los órdenes. Faltando el sentimiento particular y distintivo dentro de la madre patria, falta la emulación de sus hijos para mejor honrarla y enaltecerla. La gloria ó el esplendor de una nación no es cosa indivisible de por sí; es, tan sólo, la suma de los esfuerzos particulares y hasta individuales que á ella concurren. En este sentido debieron luchar los redactores del *Museo* contra la obra de la política desnaturalizadora ó escéptica, contrarrestando su acción archiuniformista y de imitación del centro, que conduce á la esterilidad y á la insignificancia. Ahora ya resultaría difícil, pues no habiendo explotado los filones recién alumbrados, han perdido las letras mallorquinas mucha parte de la atención pública, distraída por los que de hecho dirigen el país. Conservan hoy escasa influencia social para impedir que los caracteres diferenciales de su pueblo se sumerjan para siempre, no en un espíritu colectivo debidamente ponderado, sino en cualquier hegemonía que se proponga absorberlos ó destruirlos.

***

Resulta sensible, sin embargo, bajo el aspecto artístico, la desaparición del *Museo Balear,* ya que cuando menos conservaban las tradiciones literarias y cierto colorido locales, dando puesto holgado á la nativa lengua catalana. Hoy sólo persevera en este cultivo y en el de las

costumbres locales el semanario *La Roqueta,* escrito en dialecto mallorquín, que reapareció en Agosto último. Empero, su carácter festivo y popular reduce considerablemente su esfera de acción. Y pasando á dar cuenta bibliográfica de las publicaciones aparecidas durante el año pasado, mencionaremos en primer lugar el estudio sobre *Fray Luis de Granada* (1), debido al joven erudito D. José Ignacio Valentí. Se había dado á conocer por diferentes artículos de biografía, tales como *El Abate Moigno* y *Fray Juan Pérez de Marchena,* sorprendiendo á todos sus lectores con la copiosa erudición ascética, patrológica y escrituraria que demostró. El libro indicado no desmerece de aquellas condiciones. Contiene la vida del excelso autor del *Símbolo de la Fe,* un juicio de sus principales obras, insertándose bien elegidos fragmentos, y después la opinión de los escritores más famosos que se han ocupado de aquel príncipe de las letras sagradas. El libro en su conjunto resulta como el entusiasta epinicio de una admiración ardiente y devota. Á pesar de estas condiciones, ya se ha tenido ocasión de manifestar al Sr. Valentí que su última obra, con ser muy apreciable, no trae ni para la investigación ni para la crítica ningún punto de vista nuevo. Fray Luis de Granada es de nuestros autores ascéticos tal vez el más conocido. Infinidad de asuntos oscuros de nuestra historia literaria puede recoger el Sr. Valentí aplicando su laboriosidad á rastrear en el almacén de lo inédito. Con esto, y con dar á su estilo la soltura de que le priva su extremoso pulimento arcáico en mengua de la natural *porosidad* de la frase, se reconocerá que es un escritor útil y de valía, como ya se reconocen ahora sus buenas aptitudes.

(1) Palma, Imprenta de Gelabert.

Al principio del año apareció también un volumen titulado *Episodios de antaño,* nombre bajo el cual reune diferentes narraciones de sucesos de la historia ó de la tradición mallorquina D. Juan Luis Oliver, padre del que esto escribe. Al mismo tiempo han seguido repartiéndose entregas de la obra de S. A. R. é I. el archiduque de Austria Luis Salvador sobre estas islas, correspondiente al tomo de las *Pithiusas.* Dicha obra, riquísima en estadísticas variadas é interesantes, se publica traducida al castellano y bajo la dirección de D. Francisco Manuel de los Herreros, de esclarecido parentesco literario que no desmiente con sus obras. Hanse publicado asimismo, aunque con lentitud suma, cuadernos de la colección de *Obras completas de Ramón Lull,* que edita el poeta y bibliófilo D. Jerónimo Roselló, y que está destinada á ocupar un honroso espacio en las bibliotecas sabias. Y, por último, han aparecido tres obras de singular importancia, que en absoluto pueden honrar el movimiento literario de cualquier población. Son ellas los capítulos que ha escrito D. José María Quadrado para el tomo de *Las Baleares* (1) de la obra *España; Dios y el Cosmos* (2), por D. Miguel Amer, y la *Antología de poetas italianos traducidos en verso castellano* (3), de don Juan Luis Estelrich; histórica la primera, filosófica la segunda, y exclusivamente literaria la tercera.

No hay que repetir aquí los méritos del que llamaría, si la pródiga alabanza no hubiese gastado este adjetivo, ilustre continuador del *Discurso* de Bossuet. Es una inteligencia superior que descuella sobre todos los talentos mallorquines por la profundidad de su pensamiento, por

(1) Barcelona, Daniel Cortezo y C.ª
(2) Palma, Tipografía Católica balear.
(3) Palma, Escuela Tipográfica provincial.

la robustez de su ciencia, por la abundancia, por el vigor. Su vida se ha gastado en múltiples y heterogéneos trabajos. Es de los que en España pueden ostentar legítimamente el título de publicistas. De las más altas lucubraciones políticas y religiosas, al modesto artículo de investigación paleográfica, todo lo ha abordado su pluma con igual intrepidez. Hasta los que más abiertamente difieren de sus doctrinas fundamentales encuentran hondo deleite en sus obras, por las perspectivas secundarias, las ideas parciales y el esfuerzo intelectual que las ha producido. Historiador de la escuela providencialista, lo mismo sigue audazmente el vuelo del Águila de Meaux, cerniéndose sobre las cumbres de la historia humana, que describe las disensiones intestinas de Mallorca durante la Edad Media por modo íntimo, desmenuzado y casi experimental. La parte histórica del antiguo tomo de Piferrer sobre Mallorca quedó suspendida en la muerte de Jaime III. Y el Sr. Quadrado la continúa hasta el arreglo de Nueva Planta. No por el gusto de repetirme, sino por la necesidad de no imitarme, será permitido poner á continuación algo de lo que tengo dicho en otra parte acerca de esta obra, la cual resulta de un mérito evidente. No sólo ha tenido que acudir su autor á arrancar gran parte de los materiales en la mina de archivos, documentos, noticiarios, cronicones y libros de actas de toda especie, sino que después ha debido combinarlos artísticamente, y fundirlos en el molde de la imaginación histórica para dar el trasunto de la vida pasada tal como se vivió en la realidad. Nada nuevo cabe decir de su etilo. Es el de siempre; conciso, fibroso, sin oropel ni postizos, pero de una precisión desesperante, con frases sobrias caldeadas al rojo de la inspiración, con veracidad, con noticias y pormenores que satisfacen todas las curiosidades del lector.

Hace ya medio siglo que en la historia de *Forenses y Ciudadanos* entrevió el Sr. Quadrado un método diferente, hoy reducido á sistema. Sin conocer los estudios históricos de Macaulay, y sin haber escrito los suyos Taine y tantos otros modernos, aplicó intuitivamente un criterio inductivo y, como se diría ahora, de experimentación, logrando mayor efecto y mayor parsimonia por ser en él espontáneo. En la forma le queda todavía el manto regio de la severa Clío, pero busca en el fondo la médula de los asuntos, las causas primordiales y las pasiones de los hombres combinándose en la gran tragicomedia, no la mera relación de las batallas ni el árido recuento de las cronologías.

La aparición de *Dios y el Cosmos* del Sr. Amer fué una sorpresa, no para los amigos del distinguido médico, pero sí para el público. Revelóse con este libro un talento fino, un hombre de vastos y modernos conocimientos, y sobre todo un escritor pulcro, ameno y con frecuencia elocuente. Su obra es de popularización científica y de propaganda religiosa. Viene á ser algo como el antípoda de *Fuerza y Materia* de Büchner, recopilación y exposición de los principales argumentos científicos sobre la sujeción de la materia á una fuerza superior que la rige, así en las regiones siderales como en las telúricas, así en el mundo mineral como en el orgánico. En muchas de sus páginas, el estilo del Sr. Amer cobra un brío y, si así puede decirse, una interior vibración que domina el interés de los lectores. Esto en cuanto á las condiciones literarias. Las condiciones científicas del libro no son de este lugar ni de mi competencia, cuando menos para juzgarlas.

Réstame hablar de la *Antología* de poetas italianos publicada por el Sr. Estelrich. De ella ha escrito extensamente D. Juan Valera en *El Imparcial*. Los lectores

del popular diario saborearían, sin duda, el artículo, y se formarían idea de esta obra sumamente interesante para todos. Nadie desconoce la influencia italiana en nuestra literatura. Por su conducto nos llegó el Renacimiento. En su molde se fundió el endecasílabo actual, rey de la moderna versificación castellana, que arrancó la primacía á las formas indígenas de arte menor. Buena parte de nuestro lirismo refleja el lirismo italiano, y por todo ello resulta de gran utilidad haber reducido á un volumen el proceso histórico de esta influencia, bien aparezca en traducciones y paráfrasis, bien en la imitación. Hasta los autores más recientes y menos populares en España, como Leopardi, dejaron su huella indeleble en poetas como Nicasio Gallego. Y de esos autores más modernos casi da una traducción completa la *Antología*. Del mísero poeta de Recanati, el de mayor interés actual, figuran sus más célebres piezas, la oda á *Italia*, las *Rimenbranze, Palinodia, Amore è Morte, La Ginesta, Il pensiero dominante....*, todas las acerbas resinas que destiló el sombrío árbol de su tristeza. De Carducci no ha sido posible presentar igual abundancia. Sin duda la versificación exclusivamente prosódica de las *Odas bárbaras* no se presta á la traducción, por cuya trama se evapora el hálito interior del verso. Aparecen, sin embargo, en el libro felices muestras características, siendo, en suma, la *Antología* un libro de gran utilidad literaria, muy variado, muy ameno y con un prólogo de su autor donosamente escrito.

Y después de hablar de las abejas que han elaborado los panales de la poesía, mencionemos, para terminar, las hormigas perseverantes de la erudición que acarrean al *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana* continuos materiales para la historia. Esta revista es una

excepción á la regla general de la negligencia y de la desnaturalización indiferente. Defiende los monumentos amenazados, los recuerdos artísticos, las costumbres pintorescas y tradicionales. Sus redactores más asiduos, los Sres. Ferrá, Llabrés y Aguiló (D. Estanislao), trabajan con una abnegación que merece todos los elogios, y tanto más noble, cuanto no acierta á comprenderla el escepticismo actual. El mismo Sr. Aguiló acaba de publicar en dicho periódico una interesante colección de las *Leyes suntuarias* de Mallorca, preñadas de detalles minuciosos; el Sr. Ferrá, además de sus escritos técnicos, desde el ejercicio de la profesión arquitectónica restaura antiguas construcciones, y procura un renacimiento de las formas mallorquinas; el Sr. Llabrés publica antiguas obras catalanas desconocidas ó inéditas, y los tres, dentro de su especialidad limitada, contribuyen valerosamente á que no se consume en Mallorca la abdicación definitiva de su personalidad.

MIGUEL S. OLIVER.

EL MODERNO ANTICRISTO

(ERNESTO RENÁN.)

INTRODUCCIÓN.

La agitación febril de los hombres en el incruento combate de las *ideas libres:* el confuso clamoreo levantado por revistas, libros y periódicos; los torrentes devastadores de sistemas tan opuestos y contrarios; esos rumores de batalla y golpes de martillo, en el taller del pensamiento y en el campo del saber.... todo hace que el espectador del movimiento del mundo vuelva los ojos hacia la fragua gigantesca en donde se forjan los rayos entre el rodar de los truenos. Éstos son los días que anunciaba Donoso Cortés: días en que luchan las ideas como los ejércitos de Dios y del Anticristo dibujados en el *Apocalipsis;* días en que sólo cabe elegir á Barrabás ó á Jesús. Hasta la glacial indiferencia que cubre á tantas almas como velo sepulcral, es fúnebre trofeo del ángel rebelde de la discordia. Y de entre el fragor del revuelto combate, y contemplando el número de los cadáveres y heridos, surge un grito inmenso, agudo y vibrante: «¡Las muchedumbres pervertidas y obcecadas se despeñan en el abismo! ¡Hay falta de creencias salvadoras!» Los que no creen en Dios y le maldicen, los que

dudan de Él y le injurian; los que creen en Él y le desnaturalizan; los que aparentan adorarle y le escarnecen, y los que le adoran en espíritu y en verdad...., todos se lamentan de los crímenes perpetrados en el fango de las sociedades modernas, de que las muchedumbres se *racionalizen* y vayan haciéndose incrédulas, filósofas y batalladoras.

Entre las *impiedades lloronas y sabias* que desde el año 60 han recrudecido ese combate—ya iniciado en las tres pasadas centurias—y sembrado entre flores retóricas y en almibarado estilo la ponzoña de la incredulidad y de la incertidumbre, de la independencia y absoluta autonomía, se destaca arrogante, sobre pedestal de ruinas, la figura nada simpática de Mr. José Ernesto Renán, miembro del Instituto de París, profesor en el Colegio de Francia y caballero de la Legión de Honor. Desde la citada fecha, yo no conozco á ningún filósofo que haya corrompido, y por modo tan poco visible, á tantas almas jóvenes. ¡Renán! Este hombre que vive hoy en París, no es un hombre solo, es una legión, como de Voltaire dijo nuestro insigne Menéndez y Pelayo. Ni Vacherot, ni Taine, ni Jacolliot, ni otros ministros de Satanás, que en las diversas manifestaciones del pensamiento andan por esos mundos propinando las doctrinas corruptoras del cuerpo y del alma, han igualado á Renán. Y no es porque Renán haya formado verdadera escuela, pues sólo ha conseguido *hacer indeferentistas;* sino porque, así como Voltaire en el siglo pasado, ha obtenido la primacía sobre todos con un resorte admirable que franquea los corazones: con el estilo. Sí; estilista idolatrado por muchos, orientalista famoso, desesperado militante, *enfant* terrible entre los *enfants* terribles, antípoda de los Evangelios y del Divino Redentor, ha deshojado una por una las

confortadoras creencias de la humanidad y las risueñas esperanzas de las almas puras, en libros novelescos, leídos con entusiasmo y frenesí por una multitud ó idiota ó vacilante. Verdadero falsificador de la historia, imagen acabadísima del apóstata Juliano y de Settembrini, moderno Anticristo en el combate universal,—para quien Dios puede ser Abel ó Caín, Sócrates ó Anito, Nerón ó Marco Aurelio,—ha fingido adorar al Redentor del mundo yendo á sorprenderle en los mismos brazos de la Cruz, allá en los lugares más santos de la tierra; repitiendo en la mejilla del Dios-Hombre la cruel bofetada del soldado de Caifás y el beso traidor é infame de Judas.

En 1860 á 1861 recorrió toda la Fenicia, Jerusalén y Galilea; ganó la cumbre del Gazhir en el monte Líbano; y bajo el techo de la cabaña de un maronita, inició la tarea formidable que este año verá rematada, en una obra, compendio de sus esfuerzos, descanso de sus fatigas y corona de sus triunfos, entonando á guisa de himno eucarístico el *Nunc dimittis*, etc., del viejo Simeón.

Refutados están sus *pamphlets;* execrada está su memoria; y para los que creen en la autoridad de los Libros Santos y en las plegarias y súplicas, en la divinidad de Jesús y su fundación, en los milagros y en el orden suprasensible, y aun para muchos librepensadores, el nombre de Renán es hoy un sambenito. Para todos los que busquen el origen de esta anarquía de las inteligencias, Renán es una fatalísima concausa de la perturbación y corrupción sociales.

Recojan otros las bellezas literarias esparcidas en las obras de Ernesto; admírese en él al gran orientalista, al escritor fecundo y al estilista *admirable*. Yo sólo recogeré las espinas, y me fijaré únicamente en el Renán crítico, en el Renán filósofo, y, para decirlo de una vez, en

el Renán anticristiano. Voy á someter al análisis toda la crítica filosófico-religiosa del sabio por antonomasia; la autoridad de que goza me importa poco, porque hoy la autoridad nada significa; la razón es la que impera. Aunque ignorado y humilde, tengo, para proceder así, el derecho que me dan la libertad omnímoda de los tiempos presentes, y la defensa justa de los insultos y de las blasfemias que Renán lanzó contra lo más sagrado que mi corazón adora.

¡Lleguen en alas de LA ESPAÑA MODERNA á los ojos de Renán, nada amante de los españoles, estas deslucidas páginas de un estudiante español (1).

(1) Si hemos de creer en la biografía universal, Renán nació el 27 de Febrero de 1823 en el departamento de Côtes-du-Nord. Se dedicó á la carrera eclesiástica, cursando teología en el Seminario de San Sulpicio, del cual le hizo salir su espíritu independiente y libre. Aficionado al estudio de las lenguas, aprendió con facilidad el hebreo, árabe y siríaco. Obtuvo el premio Volney por una memoria sobre las lenguas semíticas, y conquistó otro lauro por un *Estudio sobre la lengua griega en la Edad Media*. Se le encargó una misión literaria, durante la cual reunió materiales para su *Averroes y el averroismo*. Sustituyó á Agustín Thierry en la Academia de Inscripciones y Bellas Artes, y á fines de 1860 se le encargó otra misión literaria en Siria, trayendo como fruto de su viaje el bosquejo de la *Vida de Jesús*, impresa en 1863, completada ya. Este libro fué traducido á casi todas las lenguas de Europa, y condenado por los obispos en homilías y pastorales, se destituyó á Renán de la cátedra de hebreo; pero, en recompensa, el ministro de Instrucción pública, M. Duruy, le dió un cargo importante en la Biblioteca Imperial.

Molesto sería al paciente lector si me detuviese en reseñar lo que Renán ha sido desde entonces, ó apuntar siquiera la lista de sus trabajos. Los *Orígenes del Cristianismo* forman siete libros. Tiene cuatro dramas filosóficos; otras tres obras sobre el libro de Job, *Eclesiastés* y *Cantar de los Cantares;* y uniendo á éstos la obra que redactó en compañía de M. Víctor Leclerc, la que publica ahora, y sus estudios histórico-religiosos, discursos, ensayos, etc., etc., arroja la suma de más de treinta y cinco libros, sin contar con los artículos impresos en revistas.

La influencia de Renán en las almas jóvenes ha sido muy perniciosa. Hoy continúa Ernesto haciendo alarde de sus triunfos, y gloriándose de ser el *moderno Anticristo*. Cuéntase que, preguntándole sus discípulos un día si temía á la muerte, respondió: «¡Qué ganas tengo de verme cara á cara con Dios!»

Todo lo que yo atribuya á Renán, Renán lo dice, y he creído, por no hacer la lectura empalagosa, suprimir la multitud de citas que serían necesarias.

I.

LA CRÍTICA RELIGIOSA.

Desde que el protestantismo apareció en el mundo proclamando el dogma del *non serviam* ó de *¡viva la libertad!,* muchísimas cabezas se trocaron súbitamente, y por arte de birlibirloque, en fuentes inagotables de crítica, pero de crítica *individual,* caprichosa, *libre,* á lo Zoilo, en una palabra. Los genios que hasta entonces habían estado dormidos despertaron al mágico son bélico racionalista ; y no hubo santuario, ni templo, ni ciencia, ni arte que no escudriñasen y midiesen con su mirada profunda en la tierra , en los cielos y en los abismos. ¡Qué aguas fecundadoras brotaron de aquellas fuentes! ¡Qué rayos de vívida luz lanzaron aquellos *genios!* Hasta entonces, hubo algunos profetas del ángel rebelde y protervo , pero no eran más que notas discordantes en el himno de la creación, y ni con cien codos llegaron á la altura inaccesible y brava en que se han colocado los maestros y discípulos de la Diosa-Razón, diosa sobre todas las diosas griegas, á quien levantaron en la plaza de la Concordia de París un templo augusto y memorable los *apóstoles* del 89.

En los tiempos viejos tuvimos Universidades; pero no eran como las de Halles , Tubinga y Gottinga ; hubo exégetas insignes que en sus estudios laboriosos libaron la miel hyblea escondida en cada página de los Libros Santos, y unieron en admirable consorcio á Dios con el

hombre, lo divino con lo humano, el espíritu con la carne, lo sobrenatural con lo natural; distinguiendo en donde se debía distinguir, formando de ahí un orden melodioso y reposado, muy superior al que forman los astros de los cielos.

Pero, ¡ah!; vino la gran *Reforma,* y puso la mano en el santuario, y mandó á los exégetas que en la interpretación de la Biblia se guiasen únicamente por el capricho individual; desde entonces aquí, cayeron, como lluvia sobre tierra seca, el sistema de *interpretación gramatical* de Semler, el de *interpretación moral* del filósofo Koenisberg, el de *interpretación natural* de Paulus (Pablo), el de *interpretación racional* de Herder, el de *interpretación mítica* de Strauss, y el de *interpretación novelesca* y *legendaria* del *gran orientalista,* del instable Renán; y *otras* y *otras sistemas.* ¡Qué montón de sistemas! Hoy cada cabeza es una fragua en donde se forjan religiones sin cuento; cualquier señorito pisaverde puede ser hoy un Redentor de la humanidad. Pero es requisito indispensable que invente algo, y después que envíe tarjeta de invitación á los que no creen en esas mojigangas. Diga Valera (D. Juan) (1) lo que le ha sucedido y está sucediendo con los *fundadores religiosos* de América la *virgen.*

Arrastrados por esos principios de crítica *individual,* el inglés Ernesto Bunsen (2) escribió una *Vida de Jesús;* Strauss y Renán las homónimas de ésta, y en la *Revue de Deux-Mondes* salió á defender á Bunsen, con la visera alzada y en el puño el acero, Emilio Burnouf, afirmando

(1) Véanse los números de LA ESPAÑA MODERNA correspondientes á Octubre y Noviembre, en los cuales habla el Sr. Valera de algunos *fundadores religiosos.*

(2) ¡Cuidado con los Ernestos! ¡Ernesto Bunsen, Ernesto Renán, Ernesto Hæckel!

que existe perfecta armonía entre las doctrinas del Cristianismo y las del Irán, entre Jesús y Zoroastro, y osando decir, ¡blasfemo sin corazón!, que Jesucristo es el Dios Agni de los vedas; la cruz, nueva forma de los leños con que los aryos encendían el fuego del sacrificio; y la Virgen Inmaculada, la repugnante, quimérica y estúpida madre del mismísimo Budha (1). Y hasta un tal Jacolliot—quizá hable yo de él en otra parte—tuvo la desfachatez é insolencia de asegurar que la vida y los hechos de Jesús están calcados *(sic)* sobre la vida y los hechos de un hijo aéreo y fabuloso de Brahmma, *Jezeus Christna.* Con estas analogías jacolliotas, posible es que venga algún chileno y nos diga que Jesús procede de Rudra, dios de las tempestades.

No quiero hacer desfilar ante los ojos del prudente lector la pléyada de racionalistas exégetas que como *simoun* violento han invadido el campo de la historia en busca de incógnitas armonías. Lo que puedo repetir en honra de la verdad, es aquella frase de Quinet: «Jesucristo ha sufrido una pasión más dolorosa en el calvario de la teología alemana (inglesa y francesa), que la de sobre el Gólgota». La unidad doctrinal que les liga es la unidad que ofrece el racionalismo, hidra de tantas cabezas como cuernos debe de tener el ángel despeñado. Su originalidad es la del siglo XIX, salvo honrosísimas excepciones: arrebatar ideas antiguas, lanzarse á inventar ó discurrir fantaseando, revestirlas con el ropaje de la moda y llevarlas á las tablas. El que haya leído algunas obras de los antiguos herejes, no se tome la molestia de leer á los modernos: son éstos, sin embargo, noveladores de talla más alta y estilo más florido. Por eso se lee á Renán con

(1) Mons. de Harlez le refutó victoriosamente. El Dr. Paulus escribió también otra *Vida de Jesús;* le siguió Venturini.

verdadero frenesí. De los antiguos, unos admitían la divinidad de Jesús, negándole la humanidad y otros daban vuelta á la medalla ; entre los de hoy, es *rara avis*—tan rara que no hay ninguna—el que cree en el Jesús Dios (1).

Orowio, Dodwel y Nicolás Fréret son los predecesores de los nuevos exégetas. Lessing se anticipó ochenta años á Strauss, admitiendo un culto de alegorías. Strauss, además, copia á Wetle, Paulus y Neander: Renán explota á Semler, Kant, Herder, Salvador, Wegscheider y á Strauss,—sea dicho con perdón de Leopoldo Alas.

No hay para qué dar nombre á la *crítica imparcial de los filósofos críticos.* ¿Cómo ha de oir la voz severísima de la historia el escritor racionalista que empieza proclamando á su razón *viviente* y *soberana,* fuente de toda verdad, foco de toda luz, y negando en absoluto que es un rayo debilísimo del sol suprasensible? Quien no se somete á la autoridad de Dios, es muy libre para rechazar la autoridad de los hechos y tener por norma de sus lucubraciones, sus caprichos, odios y conveniencias. Yo desearía extenderme aquí, explanando esta indicación; pero temo apartarme del objeto que me propuse, y voy á confirmarla con el ejemplo de Renán: que yo también soy racionalista á mi manera, ecléctico en el buen sentido de la palabra, espigador de la verdad en dondequiera que la encuentre y enemigo implacable de trampantojos, calumnias y mentiras.

Sabiendo que Renán es un racionalista consumado, perfecto librepensador, vástago de esa raza que lleva siempre en los labios y en la punta de la pluma la palabra pomposa «imparcialidad»; creí que el sensato Mr. Ernesto

(1) Coquerel, ministro protestante de París, escribió en 1858 su *Christología*, obra en la cual se propone la conciliación de las sectas protestantes con el único medio siguiente: negando la divinidad á Jesús. ¡El protestantismo y el racionalismo hijos de un mismo Padre!

sería consecuente con sus principios, y me pregunté: al escribir Renán los *Orígenes del Cristianismo,* la *Vida de Jesús,* la *Historia del pueblo de Israel,* etc., etc., ¿pesó las razones de los enemigos y amigos de Jesús; investigó serena é imparcialmente las causas de los acontecimientos refrenando los vuelos de su imaginación indisciplinada; probó lo que dice con argumentos poderosos, no con negaciones y cavilosidades, trocando la historia en novela?....

Aquella primera frase «Jesús, hijo de José y de María», y las páginas primeras de la *Vida de Jesús,* incisivas como espada de dos filos y frías como el soplo de la muerte, dicen muy á las claras lo que ha de ser esa historia ficticia y quimérica leyenda que el Rancio calificaría, de «cuento de fogaril». ¡Pobre Renán, pobre Geroncio, si se le aplicase aquel sinapismo de nuestro Cervantes: «Á los historiadores antiverídicos se les debe quemar como á los que hacen moneda falsa»! Porque Renán, en lo que respecta á Jesús y á los Santos Libros, es más cobarde que aquel Maximino Daza, César de Roma, difundiendo las actas falsísimas del proceso de Pilatos: como los modernos inventores y pretendiendo escribir antiguas historias, no necesita fuentes antiguas en donde beber: el agua de la antigüedad es demasiado turbia, y no tiene los elementos químicos que reclaman los estómagos racionalistas. Ante las fuentes iluminadas de la Exposición parisién,—que algún librepensador llamará «fuentes irisadas de la libertad»,—¿quién vuelve los ojos á las viejas cisternas?

¡Atrás, apologistas insignes del Cristianismo, razas titánicas que agotasteis las fuerzas de vuestro ingenio poderoso, y luchasteis en diez y nueve siglos hasta derramar la última gota de vuestra sangre por esculpir en

el corazón social una idea que ha triunfado hasta hoy de todas las argucias y de todos los sofismas; vosotros, los que con mano vigorosa la hicisteis surgir de *las rotas entrañas de los hechos,* presentándola como un sol nuevo, muy distinto del que invoca el infatuado Jacolliot; sol nuevo, que ha despertado con sus rayos á los que dormían el sueño de la muerte, que ha renovado la sobrehaz del mundo y sus leyes é instituciones, adorado por los del Ocaso y del Oriente, del Septentrión y del Mediodía, y á cuya luz se librará la más estupenda de las batallas!... estáis demás; trabajasteis en vano; nadie se acuerda de los frutos de vuestro ingenio; sois pigmeos raquíticos ante los nombres de Albert Réville, Reus, Miguel Nicolás de Montauban, Strauss, Littré y Eugenio Burnouf! ¡Vuestra erudición pasmosa es una fábula, más una mentira, como lo evidencian el Thora y el Thalmud, el libro de *Las guerras de Ihavé,* el libro *Iasir* y la Revista que dirigió Mr. Colani!....

Leyendo las obras de Renán me ha asaltado á veces la siguiente consideración: ¿Qué diría de Renán, si levantase la cabeza del sepulcro, aquel lingüista insigne, organismo de fuego y asceta terrorífico de la gruta de Belén? ¿Qué anatema lanzaría sobre la frente del *gran orientalista* y *moderno Anticristo* aquel San Jerónimo, que á cientos los esculpió sobre la piel de los hipócritas?

Á Renán le cuadra lo que de Voltaire dijo el *Diario de los Debates:* «Lleva cara de mona y piel de zorro». Meloso y *nuancé,* como decía nuestro Caminero, dora las blasfemias con flores retóricas y arranques líricos á porrillo. Los siete libros de *Los orígenes* parecen un escenario de representaciones de figurín ó de tramoya; el artificio es evidente. Si quiere explicar un hecho, usa de la descripción ó del apóstrofe, para después lanzar sus

negaciones ridículas y aseveraciones rotundas. ¡Cuántos inocentes cayeron en esos lazos! Todas las facultades intelectivas, todas las energías de los músculos de Renán convergen y se dirigen á desgarrar con zarpa de león y guante de *demoiselle* el cielo encantador y perenne del Cristianismo. Su propósito es idéntico al de esotros librepensadores del día; explicar por vía histórica, natural y espontánea, la institución más grande y maravillosa que apareció sobre la tierra. Reconozco en Mr. Ernesto los méritos del lingüista y del escritor (1): pero puedo asegurar que en materias religiosas no ha producido, si la comparación cabe, cosa superior á las aleluyas de Don Pirlimplín. No merece en este punto ser escuchado; mas ya que se lee á Renán con todo el entusiasmo y frenesí con que aplaudían los peluqueros de Francia de la pasada centuria las muecas satánicas de Voltaire, voy á exponer la *sabia crítica*, para que mis lectores formen idea de los triunfos científicos de Mr. Ernesto. Frases acumuladas sin trabazón ni enlace, son las columnas del panteón inmortal, que sobre las ruinas de lo antiguo ha levantado á la ciencia moderna el jefe de la escuela crítica histórica.

Á tres puntos capitales puede reducirse la crítica-histórica de Renán: crítica de Jesús; crítica de los Libros Sagrados, y crítica del origen y desenvolvimiento del Cristianismo. La primera nació allá en el monte Líbano; las otras dos se le ocurrieron á Ernesto, sentado en su poltrona parisién.

....Jesús, hijo de José y de María, no se llamaba Jesús, sino Josué. Filón era hermano mayor de Jesús. *Parece* que la familia de Jesús se había extinguido, y el

(1) La obra de Renán que más admiro es su *Averroes y el averroismo*.

título de *hijo de David* se le impusieron á Jesús *violentamente, pero lo aceptó con gusto.* Los partidarios de Jesús inventaron analogías ficticias, con objeto de probar la regia estirpe de Jesús y hacerle nacer en Belén. Las profecías que á él se refieren son tan fabulosas como los cuentos de Apolonio y Plotino. Jesús fué un personaje fatal para su pueblo. El maestro de Jesús fué *quizá* Hilell. Los aforismos de Jesús son propiedad de Antígono Soco, del hijo de Sirach, del antiguo testamento, del Pirké Aboths y del Thalmud. La doctrina de Jesús era la de los essenios y ebionitas; también debió algunas lecciones á Juan (el Bautista). Jesús se rebeló contra sus padres; su familia no le creyó. Era un escriba *(sofer),* escrupuloso y *audaz, porque se llamaba Hijo de Dios.* Sin embargo, Jesús no pensó nunca en hacerse pasar por Hijo de Dios, ni creyó que fuese Creador ó Verbo divino; se lo atribuye inicuamente Juan el Evangelista.... Jesús no tuvo idea clara de su personalidad, é ignoró muchas cosas; pero esta ignorancia era *poética.* Jesús fué anarquista y materialista; no tuvo la más ligera noción de un alma separada del cuerpo, ni supo distinguir la materia del espíritu; fué idealista. No sabía lo que era mundo, recorrió la Galilea en medio de una fiesta continua; por artificios inocentes atraía á muchos, sólo con una mirada en la conciencia, dispuesta á entreabrirse al soplo de la verdad; aspiraba más bien á seducir que á convencer. No formuló artículos de fe, pero produjo el movimiento democrático más exaltado de éxito feliz. En Carfarnaúm no pudo hacer milagros. Imprudente en la frase «destruid este templo», etc., tuvo accesos de extremado rigor; suprime la carne, porque desconoce la naturaleza; el cristiano que sea mal padre, y mal hijo, y mal esposo, y mal patriota, merecerá elogios de Jesús. En

aquellas palabras: «Dad á Dios, etc.», fundó Jesús los cimientos de la civilización y del liberalismo y destruye el Estado y la República.... Su entrada en Jerusalén tuvo ovación muy pobre; Jesús concibió deliberadamente el propósito de hacerse matar; no era dueño de sí mismo; su corazón á veces se turbaba, y era á intervalos extravagante y rudo: sus discípulos le creyeron loco. Aquella alma lírica del Jesús de Galilea perdió en Jerusalén su limpidez primordial y fué presa de la desesperación. ¡Perdonemos á Jesús la esperanza *materialista* de un vano Apocalipsis y de una venida en triunfo, sobre las nubes del cielo!...

Hasta aquí no hay nada de extraordinario. He dicho mal: sí, hay algo extraordinario ó mejor estrambótico; la frescura ó el hielo del Polo que el *moderno Anticristo* llevá en la punta de su pluma. ¡Jesús.... *ignorante poético,* extravagante, rudo, ridículo, anarquista, demócrata, revolucionario, rebelde, seductor, essenio, ebionita, audaz, desesperado, materialista é idealista! No sé si quedarán más epítetos en el repertorio de Ernesto, á no ser las blasfemias proudhonianas. Por lo visto, Renán es enemigo de la erudición: le basta una cita del Thalmud, libro *que redactaron los judíos después de la muerte del Justo*, no para sacrificarle otra vez sobre la Cruz del Gólgota, sino para arrancar de Sión la adúltera, su desdichada madre, aquel crimen de lesa majestad indeleble y estupendo, único en la historia de las edades, perpetrado en aquellas terroríficas cláusulas de fuego: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos». ¡Y sí que cayó! El *judío errante* recorrerá la tierra, quizá como un Rotschild, pero de su frente salpicada con la sangre del mismo Dios, todos verán arrancado el título de ciudadanía. Y ni Renán, ni Taine, ni Jacolliot, ni cien Jacolliots podrán lavar una gota de esa sangre, ó

escribir una letra de ese título: la voz de diez y nueve centurias tiene autoridad catoniana é infalible. Lo han demostrado Meignan, Ghiringuello, Caminero, y quizá mejor que todos el antagonista de Renán, como Antonnelli lo era de Cavour, Mons. Freppel. Seguramente no habrá leido Renán las obras de esos *neos;* como *por respeto á la dignidad personal,* los librepensadores franceses no se acercan á Lourdes para contemplar aquellas *pamplinas* que califican de milagros los católicos: para desatar dificultades, no hay cosa mejor que eludirlas. Pero supongamos que Ernesto haya leído esas obras: de nada le hubiesen servido, porque la mentira no necesita pruebas ni datos. Quien ha mentido en pleno siglo XIX, tratando de Hegel, no causará extrañeza con las paparruchas acerca del *dogma cristológico, de la evolución paulina,* y del cuarto Evangelio. Si es fácil engañar á la multitud hablando de acontecimientos que hemos visto, facilísimo será, hablando de sucesos, libros y hombres de remotas edades, por aquello de

« El mentir de las estrellas », etc.

Renán, que maldice la infalibilidad de Roma, en sus libros se declara infalible: si él habla, *causa finita est....* «La palabra Jesús procede de la palabra Josué.» ¿Y por qué no de la palabra Jacobinos ó de la de Jacolliot? Jesús se llamó y no se llamó «Hijo de Dios». Renán, que cita á los Evangelios, ha tenido vendados los ojos ante los pasajes innumerables en que Jesús se llama y es llamado «Hijo de Dios» (1). Nuestro español Raimundo Martín

(1) Véanse unos pocos: San Mat., 1-49, 8-18, 12-6-8-21, 13-41, 16-16, 18-11-19-20, 19-29, 21-33-37-42, 25-34-36, 26-28, 28-20, 29-30, etc., etc.—San Lucas: 21-27, etc.—San Marcos, 2-5-11, 16-17-18, etc.—San Juan, 1-49, 10-33, 11-27, etc.; sin traer á cuento á San Pablo, las Actas de los Apóstoles y otros pasajes de la Sagrada Escritura.

demostró que Jesús es Dios, no como Renán quiere probar la tesis contraria, fantaseando, sino con una multitud de datos de la literatura rabínica: y para mí, claro es que vale cien veces más en este punto el *Pugio Fidei* que cualquiera de las obras de Ernesto. Cuanto á los pasajes que quedan, sólo contestaré: primeramente, que debe demostrarnos el gran orientalista que Hilell existió; y en segundo lugar, que un *parece* y un *peut-être*, unidos á afirmaciones rotundas, no satisfacen á ningún racionalista que lo sea de veras, así sean dichos por el sabio de la *Historia del pueblo de Israel.* No obstante, como Renán se ha de dejar oir en el capítulo de las contradicciones, bueno será continuar exponiendo su doctrina.

Ya sabemos por Renán quién fué Jesús, aunque no el lugar de su nacimiento. Pero como Jesús es proclamado «Hijo de Dios» en un libro en cuyas páginas se han quebrado los dientes todos los hierofantes del campo racionalista, y en una institución sublime, es indispensable de todo punto someter al análisis crítico ese libro y esa institución, en la cual también hará Jesús su papel correspondiente. Renán, estilista y novelador de primera talla, con el renombre adquirido en la república de las letras, no retrocede ante el abismo abierto á sus pies, porque á él le arrastran con cadenas de hierro la voz de su fama universal y todo el odio reconcentrado en su pecho contra Jesús durante medio siglo. Ya no es Renán aquel Renán *nuancé* de otras veces, que vela sus instintos y pensamientos bajo el manto del historiador y el ropón del filósofo: es el esbirro del 89 que se lanza á demoler y á incendiar el monumento más sagrado y el jardín más encantador en el campo de la historia. No busquemos al crítico mesurado ni al historiador grave y majestuoso,

sino al novelista *infalible* y al orador tribunicio, amante de las metáforas de prendería. ¡Oigan los librepensadores, los discursos *estupendos* y las razones *poderosas* del más grande de los librepensadores de París!.....

.....El Deuteronomio es un código sanguinario; el Génesis una fábula fenicia; el libro de Enoch una fábula babilonia; el Éxodo un libro artificial y mítico; los oráculos y los profetas, los espiritistas de aquel tiempo; la doctrina cosmogónica es de los babilonios; el relato sencillo y encantador de la historia de José,—lo sublime estético,—es propiedad de las leyendas del Norte; la caída de Adán y Eva, la fábula de Abel y Caín y las cantinelas de Noé, se hallan en el libro de *Las guerras de Ihavé.* El autor del libro de Daniel, *Antíoco Epifaneo,* es el reflector de Sosiosch de Persia; el del Eclesiastés fué epicúreo, y el de Esther, árido, mezquino, pedante y saduceo incrédulo. Dios (que no se llamó Jeovha hasta el siglo XVII, dice) y el autor del Pentateuco (que no ha sido Moisés, añade) aparecen terribles y pesimistas, enemigos de toda civilización; pesimistas, dije, como los últimos hegelianos del día, que se deleitan en la meditación del pecado y fundan la religión sobre la idea del mal; pesimistas como Hartmann é iguales á Hegel, por el uso y abuso de sus fórmulas extrambóticas y generales; antropomorfitas, inquisidores (¡!). El autor del Pentateuco fué partidario de la escuela de Elea (¡!); Elías es ridículo y grotesco; Amós, un nihilista ruso *(sic);* Samsón (ó Simson, como Ernesto le llama), símbolo de la fuerza salvaje *primitiva;* Salomón un déspota y David un bandido (!!!)

Renán, después de reunir todos esos dislates histórico-teológicos, traza el bosquejo de la «concepción de una historia santa, cuyo final es la siguiente sonrisa digna de los labios de Lucifer: «¡Oh divina comedia!»

¡Adelante con el Testamento nuevo!.... Juan Bautista (1) era un *yogui* de la India; no fué el Precursor de Jesús y combatía embozadamente el bautismo; su secta se miró como una herejía. Lucas y Marcos son correctores de piezas á lo Taciano y Marción. Lucas era ebionita y demócrata furibundo. Mateo es un historiador débil y artificioso. Juan Evangelista es de intención perversa, gnóstico, protervo y engañador. Todos los Evangelistas falsearon el carácter de Jesús, *máxime* Juan Evangelista. Sus historias son leyendas, como las vidas de Plotino, Proclo é Isidoro; robaron á los Parsis la idea del Precursor; los judíos dividían el pan como Jesús en la última Cena, y los Apóstoles, que eran entonces lo que hoy los Mormones de los Estados Unidos, tradujeron en misterio sacramental aquella división espiritualista y metafórica. Judas de Keriorth (Iscariote) no fué ladrón é incrédulo, como cuentan los evangelistas, ni se suicidó siquiera: *peut-être* que viviese tranquilo y con absoluta felicidad.....

Ya está convertido en ruinas el edificio antiguo. *Haciendo historia* novelesca, hay que explicar de nuevo el origen y desenvolvimiento del Cristianismo. No hay datos, pero se inventarán. Ved cómo: los oráculos profetas, dice Ernesto, juzgaban que Jerusalén sería la capital del mundo, de donde había de salir la ley universal: *de Sion exibit lex*. Los semitas soñaron en la restauración de la casa de David el *bandido*, y como eran *maravillosamente aptos para ver las grandes líneas del porvenir, se lanzaron á profetizar*. Se acreditaban buscando las circunstancias y algunos signos nigrománticos; el pueblo les creyó. El sacerdote se impuso á la multitud con terrores supersticiosos. *El pietismo fué obra de los*

(1) Debo advertir que Renán confunde á veces al Bautista con San Juan Evangelista.

profetas; no obstante, fueron favorables al cisma y *contrarios al templo.* Eran hermanos de Calvino, Knox y Cromwell (!!). Todas las leyendas é invenciones de sus abuelos las recogieron y publicaron en un libro: la *Biblia....* Mas llegó la plenitud de las edades y apareció en el mundo un hombre extraordinario; genio poderoso, no exento de errores; inferior *peut-être* al *honrado* Marco Aurelio y al *dulcísimo* Espinosa, no metafísico como Sakia-Muni, pero de alma elevada. Este hombre predicó el reino de los mansos y humildes; para seguirle, bastaba sólo amarle, no era necesario creerle. Su doctrina tenía ya la levadura en Schammai, en el budhismo, y en el parsismo y en la Filosofía griega, sin que él lo sospechase. Dando vida y calor á estos elementos, formuló un cuestionario de predicación en los pueblos de Galilea; confortó á los oprimidos, favoreció á los débiles, maldijo las instituciones, y separó con barra infranqueable lo espiritual de lo temporal. Quizá *(peut-être)* Judas Gaulonita le enseñara á rebelarse contra los poderes. Ese hombre, Jesús, salió del judaismo como Sócrates de las escuelas griegas, como de la Edad Media Lutero, como Rousseau del siglo XVIII, como Lamennais de las escuelas católicas (!!!). La vida de Jesús concluye con su último suspiro. Pero los Apóstoles, que guardaban en su pecho el amor á Jesús, le ensalzaron, falseando su carácter y rebajándole á su propio nivel, y se propagaron rápidamente por el mundo. La causa de esta propagación rápida *fué la hospitalidad del Oriente; no obstante, fueron mal recibidos,* y en el imperio de Roma sostuvieron guerras continuas.

La naciente Iglesia creyó ver un castigo del cielo en la catástrofe de Jerusalén; pero es la verdad que la causa de la catástrofe estaba en la misma ciudad. Los discípu-

los de Jesús formularon un credo de dogmas particulares; una raza de pobres ergotistas salió á defenderle, oponiéndose á la ciencia. Hubo, como era natural, algunas excisiones entre los partidarios de Jesús. San Pablo formó una religión (evolución paulina), que fué la de San Agustín y Calvino; otros formaron otra, mediante el judío Filón; los terapeutas y essenios. Sin embargo, después, tuvo Jesús verdaderos discípulos; los pobres de León *(fraticellos)* (!!), beguinos y beguardos. El amor á Jesús fué creciendo de día en día. Mas, ¡ay!, Jesús no previó que había de ser el Moloch, ávido de sangre humana. Los hombres de paz descritos por Isaías fueron más perjudiciales al mundo que los hombres más feroces. Las iglesias, sinagogas abiertas á los incircuncisos, fueron hecatombes horribles. Los que se llamaron discípulos de Jesús, debilitando los deberes de los vasallos, y favoreciendo los hechos consumados (!!!), fueron los miembros de ese Catolicismo armado de cuchilla y de hoguera en las plazas. El poder espiritual de la Iglesia ha sido el más brutal de todos los poderes; los mártires católicos son las víctimas de la ortodoxia.... El protestantismo del siglo XVI fué un paso gigante en el progreso religioso; desde entonces se ha desgarrado el velo de los hipócritas, contemplando que los obispos y el Papa se han separado de su origen: Jesús. Por espacio de muchas centurias han sido príncipes y reyes; y el pretenso imperio de las almas, trocándose frecuentemente en horrible tiranía, recurrió, para mantenerse, al tormento y á la hoguera (!!!). Pero día vendrá en que la separación de lo divino y de lo humano producirá sus frutos, y el dominio espiritual deje de llamarse poder para tomar el nombre de *libertad*. El Cristianismo fué el primer triunfo de la Revolución. ¡No; mil veces, no!; la gloria de Jesús no admite parti-

cipante legítimo; y los católicos son los que se alejan más de Jesús. ¡La perfección del Cristianismo consistirá en volver á Jesús!....

Hasta aquí Mr. Ernesto: ni una frase, ni una palabra hay que no le pertenezca: y primero rompería la pluma que contestar detalladamente á esas calumnias en montón. ¡Renán, que llama «hombres mal educados y sin crianza alguna» á los protestantes del siglo XVI y á los anarquistas del 89.... Renán, que maldijo la hierba buena, el eneldo y el comino farisáicos.... dice todo eso!

Porque el jesuíta Harduino negó la autenticidad de los libros clásicos, latinos y griegos, un grito agudo, vibrante, justísimo, salió del seno de todas las Academias: «¡la tradición es infalible!» Y sale Renán con la negación escueta de la autenticidad y veracidad de los Libros Santos, autenticidad y veracidad reselladas con la voz inmensa é incontrastable de cien mil generaciones y con la inmaculada sangre de millones de mártires, y.... nadie levanta su voz para ahogar el grito de Renán, perturbador de las conciencias puras. Pero sí: la autenticidad y veracidad de los Santos Libros está evidenciada por Arminiano, Devoisin, Bergier, Spedalieri, Fassini y otros mil apologistas. Los pasajes de Ernesto están refutados hasta la última letra por Chiringuello, Meignan, Freppel, Dechamps, Boone, Boylesve, Caminero y otros cien. Autoridad madura, reflexiva, conquistada en trabajos inmortales, por autoridad apoyada en el humo de la humana gloria y en los espasmos nerviosos de tres ó cuatro *pamphlets*.... ¡fuera la de Renán! Dos libros ideales, míticos y desgarbados, el *Iasir* y *Las guerras de Ihavé,* por otros muchos que son las únicas fuentes de los orígenes y de la historia del mundo antiguo, arca de salvación en la edad medio-eval, é iris de esperanza

en el mundo moderno.... ¡fuera *Las guerras de Ihavé* y el *Iasir!* ¡Yo también soy, repito, racionalista á mi modo!....

Sé que la última obra de Renán, corona de su fama, se leerá con avidez y frenesí, aunque no tiene el almíbar de la *Vida de Jesús* y del *Averroes y el averroismo;* pero Renán no llevará la convicción á ninguna alma honrada que conserve una ráfaga de dignidad y humano sentimiento. Un historiador que no sabe ó no quiere saber cuándo empezaron á existir Filón y la escuela de Elea: un filósofo, que, girando su mirada vidriosa por el campo de la realidad, encuentra hermanos á los Knox y los Profetas, á los mormones y á los varones apostólicos, á Jesús y Lutero y Lamennais, ese hombre.... no merece los honores de la refutación.

Negar rotundamente los Libros Santos, y después apoyarse en esos mismos libros para la explicación del origen y desarrollo del Cristianismo, me parece la contradicción más ridícula. Esa no es manera de combatir, ¡oh herederos de los enciclopedistas! Optad por la estrategia de Voltaire, no sigáis la de Renán. Las profecías no se evaporan diciendo que *los semitas eran maravillosamente aptos para ver las grandes líneas del porvenir;* la autoridad de los Santos Libros no se destruye asegurando que son *leyendas,* y con llamar á éste ó aquél autor, déspota, pesimista, bandido y saduceo incrédulo, sino probándolo con razones históricas indeficientes. El Catolicismo no se derrumba con aseverar que Jesús fué hermano de Lutero y que el *amor* ha sido la causa de su terrena apoteosis; la propagación rápida del Cristianismo y su influencia en el mundo no se explica con *la hospitalidad del Oriente, los fraticellos*, *los inquisidores y la horrible tiranía de los clericales.* Esos *registros*

no deben salir si no van acompañados *por el barítono de la gravedad filosófica* y *las mudas pero elocuentes armonías de los hechos:* todo eso y mucho más puede decirlo un coplero cualquiera con voz menos enronquecida y desentonada que la de Ernesto Renán. Quédale la palabra á Ernesto en los capítulos que siguen, y sobre todo, en el de las contradicciones, dándome la razón en lo que atañe á la divinidad de Jesús y del Cristianismo. Éste es el *Deus ex machina* de Renán, que deja entrever, hablando de lo sobrenatural, del culto y de los milagros, y que me mueve á hacer la siguiente pregunta : ¿Por qué Renán es tan enemigo de Juan Evangelista, y se esfuerza titánicamente en probar que Jesús no es Dios, y el Cristianismo es la natural consecuencia de lo que existió antes?

FR. ZACARÍAS MARTÍNEZ,
Agustiniano.

LA LITERATURA DE LA SOCIOLOGIA

II.

La manifestación literaria de la sociología tiene su primer momento culminante (al cual tenemos que referirnos para iniciar una exposicion de los trabajos científicos sociológicos) en Comte. De este pontífice del positivismo francés para acá, la literatura de la Sociología va, digámoslo así, en creciente aumento. Ahora bien: tratando de reunir los diferentes estudios que acerca de ella se han publicado, claro es que no podemos citar más que los que de alguna manera se significan, ya por la notoria importancia de los mismos, ya porque en ellos se registre alguna nota original que haga presumir la posibilidad de nuevos puntos de vista en tan compleja ciencia. Conforme con esto, y procurado establecer cierto orden en el asunto, me parece que en la literatura de la sociología pueden señalarse en primer término, las grandes construcciones sociológicas, contenidas en libros que denuncian por parte del autor, cierta intención de sistematizar su ciencia de una manera completa. En esta categoría, las obras más notables son sin duda, las de Augusto Comte, H. Spencer y A. Schäffle.

Comte, como es sabido, en su *Curso de Filosofía positiva*, especialmente en el tomo IV, expone todo un sistema de *Sociología*. Para formularle, busca ante todo su justificación. Hoy, al dirigir la vista al proceso científico de la sociología, es un fenómeno digno de notar, que el *primer sociólogo* (en sentido estricto) comenzase por justificar la *necesidad* de la ciencia social, y para ello hablase de su *oportunidad*. Según Comte, el examen del estado de las sociedades contemporáneas, faltas de cohesión, viviendo en la anarquía, lleva á proclamar la necesidad y oportunidad de esa ciencia, la cual, por su espíritu positivo, está llamada, por una serie de operaciones sucesivas, unas filosóficas, y otras políticas, á salvar á la humanidad de una inminente disolución y á conducirla directamente á una organización nueva, más progresiva y consistente á la par, que aquella que descansaba sobre la filosofía teológica (1). Conocida es la ley de los tres estados, teológico, metafísico y positivo, á que el célebre filósofo reduce el movimiento general histórico de la humanidad. Pues bien: la Sociología, por la complexidad de los fenómenos que estudia, por la cultura que supone y por los propósitos que entraña, viene á iniciar el período *positivo* (en otros no era posible), y su constitución resolverá la violenta situación de lucha en que nos encontramos, solicitados por las encontradas ideas de la Revolución y de la Reacción.

No es del caso ahora penetrar en el contenido de la filosofía de Comte, para investigar sus conceptos sociólogicos fundamentales. Baste, para el objeto de esta exposición, consignar su poderosa iniciativa, y anotar el puesto preeminente que, aparte del valer positivo de sus

(1) *Cours de Philosophie positive*, tomo IV, pág. 16.

opiniones, le corresponde. Lo que sí debemos advertir es, que la concepción de la sociología, como el coronamiento supremo de las ciencias, la ordenación social de las mismas atendiendo en los fenómenos que estudian, á su menor *generalidad* dependiente de su mayor *complicación* estructural, la distinción necesaria de esos fenómenos y el bosquejo, según todo ello, de la enciclopedia científica, á partir de las matemáticas, continuando en escala ascendente por la Astronomía, la Física, la Química, la Biología hasta llegar á la Sociología, ideas y opiniones de Comte, constituyen otras tantas ideas y opiniones fundamentales del positivismo sociológico, aun á pesar de las rectificaciones, hechas en cierto sentido por Spencer (1), y en otro de más alcance, acaso, por Greef (2). Casi puede afirmarse que Comte impuso un determinado procedimiento al sociólogo. Obsérvese que la mayoría de los autores, al tratar de investigar la posibilidad y necesidad de una ciencia social, no pueden prescindir de fijar su mirada en los *fenómenos* denominados sociológicos, buscando en ellos, por virtud de una indagación analógica y diferencial á la vez, una *propiedad,* para muchos *irreductible,* á las que se registran en los fenómenos consideradas como inferiores (los biológicos, químicos, etc.), y que por tanto exige una explicación original y exclusiva. El mismo Greef, que se esfuerza por romper con esa especie de *tradición,* y que procura fijarse en los caracteres específicos y cualitativos de lo social, no procede de otra suerte. Pues bien: tal manera de proceder para determinar el objeto de la sociología, es una especie de *obsesión comtiana,* explicable en Comte por su especial situación histórica; pero acaso no tan apli-

(1) V. especialmente *Clasificación de las ciencias.*
(2) Obra citada.

cable en los que después de él discurrieron sobre el mismo asunto. Comte buscaba una ciencia, parecía que estaba poseído de su misión profética, como *inventor;* y ciertamente, en semejantes condiciones, se explica esa peregrinación por la realidad toda en busca de su *objeto;* pero cuando no se está en tales circunstancias, el objeto de toda ciencia se nos presenta á la indagación antes de la ciencia misma; ésta se origina del conocimiento vulgar que del objeto poseemos, no siendo al fin más que el resultado evidente de un conocer mejor, del conocimiento reflexivo. Nos parece por extremo *rutinaria* la manera de legitimar la existencia de la *Sociología,* mediante un estudio *enciclopédico* de todos los ramos del saber, que se consideran como anteriores y hasta inferiores á ella. Para encontrar un objeto real indudable á la nueva ciencia, siendo, como es, ciencia de la sociedad, no hace falta todo ese aparato de investigaciones á través de la psicología, de la biología, de la química, etc., etc. La sociedad.... ¿precisa la afirmación absoluta de su existencia real, todo eso? Claro es que no; y para legitimar una *ciencia de la sociedad* (la *Sociología),* basta considerar la realidad efectiva del objeto. La ciencia resultará del conocimiento reflexivo de la misma.

Más colosal y portentosa que la obra de Comte es la de Spencer. Por de pronto, la *Sociología* en el célebre filósofo inglés responde á una preparación más calculada y extensa. Además, Comte no podía recoger, como Spencer, los resultados admirables de aquella magnífica preparación científica á que antes aludimos. Los plenos desenvolvimientos de las hipótesis evolucionistas los aprovecha de un modo maravilloso Spencer. La concepción de las esferas de la realidad, independientes unas de las otras, irreductibles las superiores á las inferiores, sufre una revo-

lución completa en el positivista inglés. Toda la realidad se determina por una ley, que es la de la evolución, como en Darwin toda la vida se determina por una ley, la de la lucha por la existencia. Los diversos órdenes de aquella realidad son manifestaciones que no rompen su unidad superior. Ateniéndonos á las obras publicadas por Spencer, y sin fijarnos ahora en las fechas de su publicación respectiva, se pueden considerar como el más amplio sistema enciclopédico de una filosofía positiva de los tiempos modernos. Le falta aquella grandiosidad artística que tiene, sin duda, la obra filosófica de Hegel. Hay en general cierto prurito del detalle, y acaso falta de originalidad en la concepción total sociológica, puesto que, como hacen observar Roberto Fliut (1) y Alfredo Fouillée (2), por intuición magnífica, lo más importante de ella lo tenemos ya en Krause (3); pero de todas suertes, puestas las cosas en su punto, aún queda lo suficiente en Spencer para considerar su sistema enciclopédico, como una obra verdaderamente magistral.

Conocidos son de todas las gentes cultas los libros principales de Spencer: á pesar de tratarse de un gran positivista, entre ellos hay que señalar una especie de *Metafísica* ó *Primeros principios*, que, aun cuando parecen basados en generalizaciones de hechos (procedimiento preconizado por Spencer para invertigar las leyes), contienen el germen fecundo de toda su filosofía general y especial. Quien quiera penetrar con paso firme

(1) *La philosophie de l'histoire en Allemagne.*

(2) *La science social contemporaine*, pág. 78. Al hablar Fouillée de la opinión de Spencer respecto de la consideración de la sociedad como un organismo, dice: «Esta idea, tan defendida por Spencer, ha sido expresada con mucha claridad por Krause, aunque en medio de vaguedades metafísicas y biológicas».

(3) Especialmente, *Ideal de la humanidad para la vida* y *Filosofía de la historia.*

en los dominios del sistema de Spencer, deberá comenzar por estudiar los *Primeros principios;* no podría entender la *Sociología* sin interpretar adecuadamente su famosa ley de la evolución (1) allí expuesta. Aparte estos *Primeros principios,* la obra de Spencer comprende una *Clasificación de las ciencias,* formada en vista y en contra de la de Comte; una *Biología,* una *Psicología,* una *Sociología,* y una *Moral.* La Biología, la Psicología y la Sociología aparecen allí como capítulos de una misma indagación objetiva. Las dos primeras tienen, sin embargo, cierto carácter de preparatorio respecto de la última, que alcanza, indudablemente, la categoría de un coronamiento supremo del sistema. Por otra parte, Spencer mismo, que procura ver en toda su amplitud y con todo rigor lógico, el problema de la nueva ciencia, no prescinde en su exposición de una preparación efectiva, intencionada, no mediante el directo auxilio de las otras, sino en virtud de proponerse él mismo las cuestiones fundamentales de un carácter realmente preparatorio. Á tal fin responde en la obra científica de Spencer la *Introducción á la ciencia social* (2), ó más bien á la *Sociología.* Las cuestiones que allí abarca tocante á si *existe* una *sociología,* á su *nece-*

(1) «La evolución, dice Spencer, es una integración de materia, acompañada de una disipación de movimiento, durante la cual la materia pasa de una homogeneidad indefinida, incoherente, á una heterogeneidad definida, coherente, sufriendo el movimiento á la vez una transformación análoga.» Esta evolución es el principio que explica la vida universal, y, por tanto, la sociológica. Las trasformaciones de las sociedades como las de los organismos, las de éstos como la de todos. La nebulosa, la célula protoplásmica y las uniones primitivas sociales, son análogas, para producir los diversos órdenes de la realidad.

(2) No conocemos el original inglés de esta obra, que con tal título, exactísimo por cierto, dado su contenido, se publicó en Francia. Según se manifiesta en la edición francesa, al publicarse en inglés la *Introducción á la ciencia social,* se intitulaba *Study of Sociology;* pero basta leer el prólogo de Spencer para comprender el alcance que él mismo da á ese *Estudio de la Sociología.* Es, evidentemente, el de una *Introdución* á la ciencia.

sidad, á su *naturaleza*, á las *dificultades* (objetivas y subjetivas, intelectuales y emocionales) que á su constitución se oponen, y á los *prejuicios* (de educación, de patriotismo y de clases) que la perturban, son, como se ve, cuestiones que no se refieren directamente al objeto de la ciencia; pero cuyo examen se precisa, si se ha de proceder con lógica. Por esta razón, y por la amplitud extraordinaria con que la sociología se expone por Spencer en el *tratado* especial de la misma, es por lo que (sin debatir sus opiniones, ni especificar sus puntos de vista) se puede señalar su obra, entre las de aspiraciones más completas y de concepción más atrevida de los modernos sociólogos.

No es fácil, tratando de indicar los caracteres de la sociología spenceriana, encerrarlos en los estrechos límites á que aquí tenemos que ceñirnos. Prescindiremos, por tanto, de muchísimos de ellos, con el objeto de referirnos á los más culminantes. En primer término, la sociología es un capítulo del sistema filosófico de Spencer, se refiere á un orden de la realidad: la realidad comprende en una evolución universal, sometida al principio á que antes aludíamos, el mundo inorgánico, el mundo orgánico y el mundo super-orgánico. Este último contiene toda la evolución social; su estudio constituye la sociología. Lo más característico en todo el sistema sociológico de Spencer, es que entre esos diversos órdenes de la realidad no hay solución de continuidad. La ley de la evolución antes formulada, explica de igual suerte el desenvolvimiento de la realidad toda y el de cada una de sus concretas determinaciones. De ahí que, como advierte Greef, los diversos objetos de las ciencias, especialmente el de la sociología, no aparecen perfectamente precisados. «Si Spencer, añade este autor, determina lo que

la sociología tiene de común con la biología, no fija, á no ser desde el punto de vista de la masa y de la complexidad cuantitativa (no de la cualitativa), lo que la distingue (1).» Verdad es que Spencer no se propone por completo el problema. La misma afirmación que le sirve de base en sus investigaciones sociológicas, y, según la cual, las condiciones y cualidades esenciales de las unidades tienden á reproducirse en el todo ó agregado de ellas, le impide ver lo característico del agregado social, que no es propio de sus unidades componentes. Huyendo de la irreductibilidad de la propiedad característica de cada orden superior de fenómenos, admitida por Comte, se cae aquí en el extremo opuesto; en la confusión de toda la realidad en un principio único: la energía, que por virtud de su ley, la evolución, se manifiesta en posiciones diferentes, las cuales sólo implican una distinción del *cuanto,* de la cantidad. Tales ideas generales llevan á Spencer á concebir la sociedad como un organismo *natural,* no como un organismo (que eso sería otra cosa), sino como un organismo *natural,* idéntico en lo substancial al organismo de los seres individuales. Y he aquí uno de los caracteres culminantes y específicos, no sólo de la sociología de Spencer, sino de casi toda la sociología moderna; y no decimos de toda, porque contra él se ha elevado ya cierto espíritu de protesta (en Greef y en el Sr. González Serrano tenemos la prueba), y algún sociólogo de primer orden (Schäffle) no lo admite sin prudentes reservas.

En efecto: si tan sólo juzgásemos los resultados de la sociología moderna por lo que se lee un muchas páginas de Spencer, y en casi todos los libros publicados en

(1) Obra citada, pág. 21.

Francia, Alemania, Italia y aun alguno en España, la nota más común, que á todas les comprende y que habríamos de considerarla como su esencial característica, es, sin duda, la de la confusión de la sociología con la biología, por virtud de una aplicación casi general del tecnicismo y de las leyes de estas ciencias, á la determinación de la naturaleza de la sociedad. En Spencer, la sociedad se concibe claramente como un organismo (ó más bien super-organismo), cuya constitución descansa en los mismos principios fundamentales que los de los organismos individuales (1). Cierto que reconoce diferencias y que él mismo protesta contra la opinión que se le atribuye de confundir ambos organismos (el social y el biológico); pero esto no importa. La diferencia que nota no destruye sus conclusiones generales, ni sus afirmaciones de analogías importantes. En efecto : el que se diga que «el organismo social, discreto en lugar de ser concreto, asimétrico en lugar de ser simétrico, sensible en todas sus unidades en lugar de tener un centro sensible único, no es comparable á tipo alguno particular de organismo individual, animal ó vegetal (2)», no implica señalamiento de diferencias verdaderamente cualitativas, sobre todo, cuando antes y después se consigna la unidad de la ley que preside á todo el desenvolvimiento orgánico, biológico y sociológico. Por lo demás, como advierte Espinas (3), el propósito general que en la sociología persigue Spencer, es la demostración de que la sociedad es un *organismo* verdadero.

El procedimiento empleado por el ilustre positivista inglés en sus investigaciones coadyuva notablemente á

(1) *Principes de sociologie* (edic. franc.), tom. II, pág. 192.
(2) Ibid, pág. 191.
(3) Obra citada, pág. 137 y siguiente, nota.

afirmar aquella confusión de la sociología con la biología. Se trata del procedimiento analógico. Y lo raro del caso es, que su empleo se hace con exagerada insistencia, lo cual basta ya para imponer ciertos límites al resultado de la indagación. Aquella metáfora que filósofos y poetas usaban para precisar, por medio de una imagen, pensamientos é ideas, adquiere en la sociología moderna un valor, á veces, positivo. La sociedad sigue en su desenvolvimiento orgánico un proceso idéntico al de un organismo de un ser individual; tiene su germen, su célula, sus tejidos, sus órganos. Hay una embriología, una fisiología, una anatomía y una terapéutica sociales.

III.

Aparte de Spencer, podemos considerar el movimiento literario de la sociología revistiendo caracteres muy varios. Pero no es dado desconocer, como ya indicamos, que el sentido fisiológico domina muchísimo. Las afirmaciones referentes á la naturaleza orgánica, biológica, de la sociedad, las tenemos llevadas á su última consecuencia por sociólogos que, ya se inspiren en Spencer, ya en Comte, ya ocupen cierta actitud independiente, todos coinciden en dar á la sociología un carácter eminentemente fisiológico. Lilienfeld (1) es acaso el que ha llevado á su más completa exageración el empleo del procedimiento analógico. Su larga obra es una metáfora continua. La sigue con perseverancia alemana. Espinas (2) también lo emplea, y sobre todo acepta muchísimas de las afir-

(1) *Gedanken ueber die Socialwissenschaft der Zukunts* (5 vols.).
2) Obra citada.

maciones que resultan de su empleo. A. Fouillée (1) lo acepta también, si bien con no pocas reservas, é intentando ciertas componendas, á que luego aludiremos. Bordier (2) nos habla de la vida de las sociedades, dando á la frase todo su significado natural y directo, como si se tratase de un organismo individual. Y por no citar más, un zoólogo, Jagær (3), después de proponer una nueva clasificación de las formas de la vida, incluye la sociedad entre los seres animados y analiza sus caracteres como un naturalista.

Á pesar de la importancia que esta dirección fisiológica de la sociología moderna tiene, no es, según indicamos, la única, ni acaso es hoy la que puede considerarse con una mayor influencia dicisiva para el porvenir. En primer término, pueden citarse trabajos que se dirigen á buscar la razón de la existencia de la sociología, en la determinación de algo característico y específico del objeto (de la sociedad), que exige métodos propios de investigación, por suponer leyes especiales en su desenvolvimiento; por otra parte, se trata por algunos de armonizar las conclusiones de la escuela que denominan *naturalista,* con otras al parecer opuestas, por ejemplo: se trata de armonizar á Spencer con Rousseau; y por otra, en fin, se nota una saludable tendencia á considerar en la sociedad, algo más que el elemento material de la masa fisiológica (si así queremos llamarla), viéndola como un organismo de ideas, señalando ciertas influencias de carácter psicológico altamente específicas, y aprovechando para la formación adecuada de la nueva ciencia todo el caudal de investigaciones de la filosofía,

(1) *La science social contemporaine.*
(2) *La vie des sociétés.*
(3) *Manual de Zoología.*

del derecho, de la economía, y en general de todos los ramos del saber humano.

Y el autor en quien más puede notarse la primera y última de estas tendencias es Schäffle, al cual, con injusticia acaso, como advierte Durkheins (1), se le considera por muchos (Fouillée entre otros) como verdadero sociólogo, á la manera de Spencer y de Lilienfeld. En verdad, el título de su principal obra de sociología predispone para ello. La llama Schäffle *Structura y vida del cuerpo social (Bau und Leben des socialen Körpers).* Y si el lector, llevado de su natural curiosidad, registra los epígrafes de los diversos capítulos y secciones en que semejante obra se encuentra dividida, la predisposición no tiene motivos para ceder. He aquí, si no, algunos de los principales: *Las formas y las funciones orgánicas; La familia como célula social; Patología y terapéutica de la célula social; Histología social,* etc., etc. Más, la obra comprende una verdadera *organografía* de la sociedad, y su carácter general le da un tinte *fisiológico* marcadísimo. Pero todo esto lo explica el autor á su modo. Copiaremos sus mismas palabras: «Las *analogías reales* de la biología (y la sociología), descubiertas por Comte, Littré, Spencer, y especialmente por Pablo Lilienfeld, las he seguido sistemáticamente. Analogías «reales» de esta naturaleza deben y pueden realmente existir, porque el cuerpo social, con la energía de los cuerpos orgánicos y con la fuerza de la naturaleza inorgánica, está frente á las mismas condiciones externas de la vida que los organismos diversos. Pero creo haber evitado los peligros de la analogía, el desconocimiento de las diferencias y la alegoría no científica; las mismas ideas de «organismo»

(1) V. *Revue philosophique,* tomo XIX, pág. 87, y tomo XX, pág. 627.

y de «orgánico» para indicar figuras y procesos sociales, por regla general, he procurado evitarlas; las expresiones «órganos», para indicar las más complexas instituciones sociales, «tejidos», para señalar las instituciones simples formadas de personas y bienes, y también la equiparación de la familia á la célula orgánica, del poder ejecutivo como impulsor social de movimiento, á la actividad motriz de los nervios, y otras parecidas, podrán ser completamente eliminadas por todo lector inteligente, sin que el análisis hecho pierda otra cosa que la analogía y cierta claridad» (²). Más adelante el mismo autor defiende el empleo general del procedimiento analógico, pero como medio de hacer más interesante la indagación, citando, al efecto, inspiradas frases de Pascal y de Goethe. Es de advertir que, merced á la influencia de la sociología biológica y fisiológica, no se da á la palabra *organismo* el amplio sentido que tiene (según puede verse en Schelling y Krause), y por virtud del cual, sin duda, puede aplicarse de un modo directo á la sociedad, como se aplica á la ciencia, cuando se dice de ella que es un organismo de verdades.

Pero dejando esto, la obra de Schäffle puede, en nuestro concepto, clasificarse por su importancia al lado de las de Spencer y Comte. En ciertos supuestos la consideraremos superior. No se limita á aquellas generalizaciones un tanto incoherentes del segundo, ni tampoco atiende como el primero á la mera evolución del organismo social; comprende lo que ninguna de las sociologías de estos dos filosóficos abarca; á saber: un análisis detenido, á veces perfectamente exacto, de los positivos y constantes elementos que forman la sociedad. Por otra parte, mejor pre-

(1) Obra citada. Prólogo.

parado que Comte y Spencer en orden á ciertos conocimientos (especialmente los jurídicos, económicos y políticos), y en situación más adecuada, por motivos de nacionalidad y de raza, para aprovecharse de imprescindibles tradiciones filosóficas (la de los sistemas de Hegel, Schelling y Krause principalmente), su estudio de la sociedad resulta indudablemente muy completo, y no adolece de la parcialidad fisiológica del de Spencer y tantos otros. Schäffle, dice con razón un crítico de su obra, Durkheins (1), es francamente realista; no ve en la sociedad el mero conjunto de individuos; para él la sociedad es efectivamente un ser que ha precedido á los miembros que actualmente la forman y que les sobrevivirá; que, por tanto, tiene su vida propia, su conciencia, sus intereses, su destino; con lo cual se afirma la existencia real de ese objeto, y con lo cual también, por un procedimiento mucho más lógico que el de Spencer, Greef y otros sociólogos, se asienta la posibilidad de un estudio reflexivo de semejante objeto, es decir, de una ciencia del mismo. Porque, en efecto, lo primero que hace falta para fundamentar una *sociología* es evidenciar la existencia de la sociedad. Si ésta no tiene realidad propia y sustantiva, si, conformándonos con la idea individualista y la rousseauniana, sólo consideramos en la sociedad la mera agrupación de sus miembros, no viendo el bosque, sino sus árboles; desde luego podemos dar por desvanecido el objeto de la sociología. Como que el fenómeno social, resultando de una mera cualidad del individuo sociable, podría ser explicado por la naturaleza de éste, sin requerir, por tanto, una indagación particular y directa.

El reconocimiento de la realidad y de la sustantividad

(1) V. *Revue philosophique*, tomo XIX, pág. 84.

del *ser social* (ser no vale aquí tanto como individuo) determina la dirección de la investigación, riquísima en datos y en ideas, de Schäffle. Por de pronto, aparece la sociedad en la obra de este sociólogo más *plásticamente*. Aun cuando hay mucho que discutir en sus opiniones, no puede negarse la fuerza de análisis que para desmenuzar los diversos componentes de todo orden, que constituye la sociedad, posee Schäffle; lo que no impide en él una gran facultad para dar vida y movimiento reales al complexísimo cuerpo social. Las afirmaciones más importantes que tocante al objeto de la sociología se pueden señalar como características de Schäffle, y á la vez, como indicadoras de una nueva y más fecunda dirección en la ciencia, son, entre otras, las siguientes: la sociedad no es un organismo natural, tiene sus condiciones verdaderamente específicas; hay entre la sociedad y los organismos fisiológicos diferencias esenciales: en primer lugar, los lazos que unen las partes de la sociedad (sus miembros) son *ideales,* tienen un carácter ético, en cierto modo inmaterial. El valor que Schäffle da á la idea como fuerza sociológica es inmensa; en esto, sin duda, radica la más alta originalidad de sus opiniones. También debe notarse el valor que concede en la formación de la vida social á la conciencia y á la reflexión humanas; como que para él, sin crear en las opiniones de Rosseau, ni llegar á donde pretende llegar Fouillée, es característico de la sociedad el ser *querida,* y permanecer por virtud de la decidida acción de la conformidad de los seres que la constituyen. Por otra parte, Schäffle es de los que, al determinar la naturaleza del método aplicable á la investigación de la nueva ciencia, ha manifestado mejor las grandes dificultades de la misma, fijando con tal motivo los límites en que necesariamente han de emplearse

la observancia y la experimentación. Y no decimos más. Una mera indicación de las opiniones de Schäffle, ó bien un ligero extracto de su obra, verdaderamente *voluminosa* (dos tomos de mil páginas cada uno), exigiría espacio que en el presente estudio no poseemos. Baste añadir, para terminar, que la obra de Schäffle, á pesar de la minuciosidad con que el asunto se examina, deja la impresión del ser social de un modo que pudiéramos llamar realista. Efectivamente, parece como que se ha visto vivir el organismo *sui generis* de la sociedad en toda su fuerza, con todos sus elementos de actividad y de energía. No quedan sus órganos dispersos y separados como las partes de un organismo fisiológico después de haber sido objeto de una disección anatómica, sino que, con poco esfuerzo de imaginación por parte del lector, hay ocasiones en que se les ve vivir, cada uno en el pleno y natural ejercicio de funciones propias.

IV.

Y realmente si sólo de grandes construcciones sociológicas se tratase aquí, habríamos de poner fin á nuestra indagación. En esta alta categoría creemos que sólo pueden clasificarse las obras de los filósofos citados, al menos dentro de los límites de la literatura de la sociología que más ó menos directamente conocemos. Ninguno de los estudios citados ya (salvo acaso el de Lilienfeld) puede merecer tal consideración. Pero no puede, en verdad, circunscribirse la noticia de la literatura de la sociología á las grandes tentativas de construcciones sociológicas. Para ser un tanto completa, debe citarse, además

de los diversos nombres de los autores que apuntamos al tratar del procedimiento analógico, algunos más que, sin duda, tienen su importancia, y cuyas obras es preciso conocer si se quiere apreciar en todo su valor la nueva ciencia sociológica. Por de pronto, tenemos los trabajos de Huxley (1) acerca del *Nihilismo administrativo,* contra los resultados de la equiparación hecha por Spencer, del organismo individual y el *social.* La de Thompson sobre el *Progreso social,* en la que se resumen ciertas enseñanzas de la sociología, y otras, en Inglaterra, que no citamos porque no hemos tenido ocasión de examinarlos. En cuanto á Alemania (2), merecen especial mención, entre otras, las de Glumplowiez, *Bosquejo de la Sociología (Grundriss der Sociologie);* Tonnis, *Comunidad y sociedad (Gemeinschaft und Gesellschaft),* Baerenbach, *Las ciencias sociales (Die Socialwissenschaften);* Menger, *Investigaciones acerca del método de las ciencias sociales (Untersuschungen ueber die methode der Socialwissenschaften),* y otros aún. Por lo que toca á Francia, á los nombres ya citados de Littré, Fouillée, Espinas y Bordier, deben añadirse los de Guarin de Vitry, Tarde, Bressón, Letourneau, Combes de Lestrade, Donnat, Ferneuil, Guyau, Roberty (3) y otros muchos, pudiendo figurar entre ellos además, á pesar de su diversa nacionalidad, el belga Greef y el ruso Novikoff (4). En Italia, anotaremos

(1) Es interesante la opinión Huxley acerca de la teoría de Spencer. Ese trabajo fué ya publicado en *Fortnightly Review* (1871); acerca de él da curiosas noticias Feuillée en la obra citada.

(2) Esto aparte de la infinidad de tratados de *Economía política* y de otras ciencias en las que se pueden señalar puntos de vista sociológicos importantísimos.

(3) Roberty, *La Sociologie,* especie de Introducción á la ciencia, muy interesante, aunque parcial en exceso.

(4) Este escritor publicó en francés un libro titulado *Le politique internationale;* que es una especie de aplicación de las ideas de la sociología de Spencer á la vida de las naciones contemporáneas. Es muy interesante.

los trabajos de Vadalà Papale, Siciliani, Boccardo, Schiattarella, Colajanni y Di Bernardo; en Portugal, la obra de Braga; en cuanto á nuestra España, el *Tratado de Sociología* del Sr. Soles y Ferré y la *Sociología científica* del Sr. González Serrano. Claro es que no figuran ahí todos los nombres que podrían figurar, ni tenemos la pretensión de hacer una bibliografía completa.

Bastarán, sin embargo, los anotados para comprender el alcance é importancia científica de la sociología. Más interés, sin duda, que el añadir nombres á los citados, lo tendrá sin duda señalar ligeramente las más originales tendencias que en alguno de los trabajos enumerados se significan. Ya antes dijimos algo de esto. Entrando un poco en detalles ahora, podemos indicar las siguientes, claro está, mas ó menos puras y más ó menos definidas. En primer término, tenemos un espíritu de protesta quizá exagerado, perfectamente explicable (por lo que dice Zola, de que toda revolución lleva en sí misma una reacción necesaria), contra el evolucionismo y contra el progreso social. La obra de Glumplowiez, con su desconocimiento de los cambios sucesivos sociales, en cuanto en estos cambios pueda verse progreso, con su negación del origen unitario y común de las sociedades y del hombre, con su afirmación, por tanto, de la poligénesis social, aparece como una tentativa de sociología, formada en oposición á la concepción de Schäffle, Spencer y demás. La ley fundamental del mundo social para este autor es la siguiente: Todo grupo social tiende á subordinarse los grupos vecinos para explotarlos en provecho propio. La lucha que de aquí resulta no da lugar á las consecuencias de la lucha por la existencia darwinista (la selección, el mejoramiento, etc.), porque todo lo que ocurre al fin, no es más que un cambio en los elementos

sociales, por otra parte, siempre idénticos. Una idea muy provechosa puede registrarse en esta obra por las sugestiones á que puede dar lugar; refiérese ésta á la moral, la cual, en opinión del autor, resulta de la influencia ejercida por el todo social sobre los individuos, influencia que, siendo en sí misma egoista (nace del egoismo de la sociedad), es, sin embargo, altruista el manifestarse en el individuo. Éste, dominado por ella, atiende á sus semejantes, á quienes de otra suerte no atendería, antes al contrario (1). Fuera de este autor, la tendencia más importante de la sociología moderna la tenemos en las obras de Fouillée y Greef, y en los trabajos de Tarde publicados en la *Revue philosophique* (2).

Fijándonos en los dos primeros, podremos registrar en sus obras datos suficientes para mostrar, por un lado, cierta comunidad de ideas con Schäffle, y por otro, aquel intento á que nos referíamos antes de armonizar las afirmaciones de la sociología moderna con Rousseau. En Fouillée este intento es manifiesto. Su teoría del *organisme contractuel*, resultado de una conciliación de las ideas de contrato y de organismo, lo demuestra concluyente-

(1) Resumiendo las ideas sociológicas de este autor, puede afirmarse lo siguiente: 1.º La sociología es una ciencia especial, distinta por su objeto y por su método de la psicología y de la biología, con las cuales suele confundirse. 2.º La sociedad no es un mero agregado de individuos, y, por tanto, para investigar su naturaleza no basta conocer la de estos individuos. La sociedad tiene una realidad objetiva independiente. 3.º No podemos formar la sociología por el estudio de una sociedad aislada, por que los fenómenos sociológicos no se producen sino por la acción externa de unas sociedades con otras. 4.º La determinación de las relaciones que de aquí nacen es un problema sociológico fundamental. 5.º La sociología comprende también el estudio de ciertos fenómenos que, aunque manifestándose en el individuo, tienen su razón de ser en la acción social (esos fenómenos son el derecho, la moral, la lengua, etc., etc.).

(2) V. *Revue philosophique*, tomo XVIII. pag. 489 *(Qu'est ce qu'une société)*, tomo XVI, págs. 16 y 148. *(La dialectique sociale)*, y números correspondientes á los meses de Agosto y Septiembre de 1889 *(Categories logiques et institutions sociales)*.

mente. En Greef, el intento no es tan manifiesto. Mas en todo el primer volumen de su *Introducción á la Sociología,* ni una sola vez se refiere á Fouillée; pero por distintos caminos llega á conclusiones muy análogas á las de éste. Fouillée considera que la sociedad es un organismo, pero un organismo formado por la naturaleza libre del hombre, y que tiende cada vez con mayor fuerza á mantenerse por virtud del contrato, es decir, por virtud de la libre manifestación de la voluntad de los miembros que al fin lo constituyen. Esto es, que la sociedad tiene como carácter específico el estar basada en *actos libres.* Greef, después de tachar de deficientes las construcciones sociológicas de Comte y de Spencer (nada nos dice de la de Schäffle), se plantea el problema de la posibililidad de una ciencia social, problema que, en su opinión, supone el de averiguar si existen fenómenos sociológicos, que por algo específico no puedan ser explicados en las dos ciencias que considera como anteriores (la biología y la psicología). Y, efectivamente, á través de amplias discusiones y de largas y á veces repetidas consideraciones, determina lo característico de lo social, afirmando que consiste en que las unidades sociológicas son *inteligentes,* lo que no ocurre con las células (unidades orgánicas fisiológicas), que son *ininteligentes;* de ahí que el concurso en los agregados sociales sea mutuamente consentido y que las relaciones en él revistan el carácter de convencionales. Ni más ni menos que piensa Fouillée, y que, aunque con otras explicaciones, afirma Schäffle. Greef, sin embargo, no se pone en abierta oposición con Spencer, ni con Comte; aprovecha las conclusiones del procedimiento analógico empleado por aquél, y luego por su lado, declarando el estudio incompleto, lo continúa con las afirmaciones que supone la teoría del

organismo convencional. La sociología de este autor no abarca sólo el problema indicado: tiene, al igual que Schäffle, un análisis descriptivo del organismo de la sociedad (1), procurando presentarlo de un modo á la vez concreto, según un determinado estado de desenvolvimiento y en su larga y trabajosa elaboración. Muchos y muy fundados reparos pueden opónerse sin duda á esta concepción de la sociedad, según Fouillée y Greef, pero no es del caso detenerse á eso. Sólo nos fijaremos en lo siguiente. Si la característica de lo sociológico es, como afirma Greef, la índole inteligente de las unidades que forman el agregado social y la forma convencional del concurso en él, y sólo por esto la sociología tiene un método y se diferencia de otras ciencias, una de dos: ó no son de la sociedad las manifestaciones inconscientes que en ella hay sin duda, ni pueden considerarse como sociedades á las rudimentarias, ó bien, aun cuando lo sean, no han de ser materia de la sociología. Por nuestra parte, pensamos que una ciencia no puede referirse á una manifestación determinada de un objeto desechando otros; si la sociología es la ciencia de la sociedad, debiera comprender la sociedad en sí misma, y en la variedad de sus diversas manifestaciones; en modo alguno puede circunscribirse á una de éstas, aunque sea la más alta y complicada.

De todas suertes, no puede desconocerse la importancia grande que para la sociología tiene el aspecto de la cuestión estudiado por Fouillée y por Schäffle, como lo tiene sin duda el punto de vista, originalísimo por cierto, de Tarde. En rigor, este autor no ha salido en absoluto del procedimiento analógico, sino que las analogías se

(1) Obra citada, vol. II.

buscan en otros órdenes distintos del fisiológico y biológico. Las analogías principales de la sociedad, para Tarde, están en la dialéctica especialmente. El proceso social es en el fondo como un proceso lógico. Además, Tarde procura buscar la explicación de la sociedad en ella misma, no en las ciencias, que en todo caso la condicionan, y atiende para explicarla, como Schäffle, y como en sus estudios hace Guyau, á las *ideas*. Para él tienen más importancia éstas, como elemento ó fuerza de cohesión, que los elementos de carácter material. En efecto: con un territorio y con individuos no tenemos sociedad; es preciso algo que determine una unión permanente y coherente en esos individuos; esto lo consigue un sentimiento común; por fin, una *idea*. Dos clases de fuerza mueven el mundo social: la *imitación* (hija de la sugestión que una idea ejerce en varios) y la *innovación* (que determina las posibles variaciones del conjunto social en virtud de una idea nueva). Con lo cual se viene implícitamente á afirmar, de un lado, el procedimiento de la sociedad en la cualidad de sociable del individuo que lo sea, y por otro, la sustantividad y realidad del fenómeno social, es decir, de la sociedad misma.

***

Aunque ligeramente (no podíamos hacer otra cosa, ni entraba en nuestro plan), hemos procurado dar una idea de las principales manifestaciones de la sociología en los libros. Como se ve por la calidad de los autores, cuanto por su número y por el intrínseco valor de las opiniones, la nueva ciencia tiene una importancia indudable. No

puede renegar de sus largos é interesantes antecedentes históricos; acaso sus conceptos fundamentales estén contenidos en obras de otros tiempos; pero no es dado desconocer que, por lo que toca al detalle del conocimiento, á la reunión de materiales, á la aplicación de nuevos métodos, la sociología moderna, á partir de Comte, alcanza un vuelo extraordinario. Y si atendemos á la manifestación literaria de la misma en los últimos autores á que aludimos, es preciso reconocer cierta tendencia saludable á romper los estrechos moldes en que al principio parecían querer encerrársela. Un examen crítico detenido de las diversas cuestiones que constituyen la introducción á la sociología, tal como han sido planteadas y resueltas por los autores citados, demostraría lo que decimos. Quizá con tiempo y con mayor espacio lo acometa algún día; hoy por hoy, para el objeto del presente estudio, basta, á mi modo de ver, con lo dicho.

ADOLFO POSADA.

OVIEDO, Noviembre 1889.

¿POR QUÉ ESTÁ DESCONTENTO

EL EJÉRCITO?

Quién no recuerda la anécdota del inglés aquel que durante años siguió á un domador de fieras en su vida vagabunda, asistiendo á todas las representaciones, hasta que tuvo la satisfacción relativa de ver confirmada su opinión: que las fieras se comerían al domador? También yo, desde que el general Cassola apareció en la escena política, le he seguido incesantemente; cuando todo el mundo decía que él, con sus reformas, haría de nuestro ejército político un ejército nacional, que con ellas llevaría á ese ejército la satisfacción de que carecía, la perfección técnica que anhelaba, cuando todo eso era moneda corriente, yo, no sólo dudaba, sino que aseguraba lo contrario. En folletos, en revistas, en diarios, he sostenido siempre que las reformas del general Cassola empezaban por ser imposibles por motivos económicos, que si éstos desaparecieran, aún las reformas serían inútiles; pero sobre todo, que eran contrarias á las necesidades de la nación y nada ventajosas

para la situación social del ejército. La sesión celebrada en el Congreso el 29 de Marzo ha sido para mí el momento en que el inglés tuvo razón, en que la fiera se tragó al domador.

El general Cassola, por la fuerza incontrastable de los sucesos, se presentó en la tal sesión como el paladín de una causa que él mismo reconocía muy mala, la indiscreción del general Dabán; pero como no quería ni le convenía defender la falta de disciplina, como no le importaba cosa mayor la inmunidad parlamentaria, ni la veía amenazada, lo que él creyó que le tocaba sostener era el fundamento del acto del general Dabán, el descontento del ejército. Y entonces el general Bermúdez Reina, ministro de la Guerra, ministro con el Sr. Sagasta, que tres años antes había elevado al ministerio al general Cassola para plantear las célebres reformas, exclamó dirigiéndose á este último:

—Las reformas de su señoría son, en gran parte, causa de ese descontento.

—Y entonces, ¿por qué las aceptó el Sr. Sagasta?—preguntó Cassola.

—Porque no las conocía, y me fiaba de la competencia de su señoría,—contestó el más imperturbable de los jefes de Gabinete presentes, pasados y futuros.

Así es; porque los hombres de Estado no estudiaron las reformas del general Cassola; porque al aceptarlas como parte de un programa de gobierno hicieron creer que eran posibles, que eran convenientes; porque á medida que se fueron convenciendo de su impracticabilidad y de sus inconvenientes fueron abandonándolas hipócritamente, con pretextos, no con razones; por eso hoy el ejército está dividido, pero todo él descontento; por eso circulan periódicos militares (así se llaman ellos) que son un ataque

diario al prestigio del ejército, y no son un peligro porque no está el horno para bollos; por eso el general Dabán se hizo la ilusión de que habían llegado los tiempos de escribir su carta, y, Josué de repetición, quiso parar el curso del sol por segunda vez; por eso el general Cassola se ha separado del Sr. Sagasta y se ha constituido en alma de una conjura estéril para todo lo útil, fecunda para dar pretextos á la incurable pereza del jefe del partido liberal; por eso, sobre todo, hoy es muy difícil que ministro alguno se atreva á proponer y menos á realizar la verdadera reorganización del ejército, la única compatible con nuestras necesidades y nuestras posibilidades, pero cuyos rasgos característicos y esenciales son, como no pueden menos de ser, la contradicción absoluta de la obra abortada del general Cassola.

No sé si el general Bermúdez Reina, al señalar las reformas cassolistas como motivo del desasosiego que siente el ejército, habrá pensado únicamente en aquella parte de ellas que hoy rige ya como ley constitutiva de aquel; yo veo la cuestión de otro modo. La supresión del dualismo, el despojo sufrido por los cuerpos facultativos del derecho á ascender á generales en sus escalas, no pueden ser causa del descontento de las armas generales; verdad es que la satisfacción que tales medidas causaron en los últimos ha sido efímera, como no podía menos; pero el disgusto tiene motivo más hondo.

La fórmula del descontento ha sido consagrada por el general Cassola: «los hombres políticos son enemigos del ejército; por eso han aceptado la parte de las reformas que no podían menos de lastimar intereses particulares; por eso han rechazado aquella otra parte que hubiera dado prestigio á todo el ejército, satisfacción á sus individuos y garantía á la nación.» Y ahora quiero examinar

qué hay de cierto en estas afirmaciones: si realmente el ejército es objeto de animadversión para un partido político ó para todos, ó si el descontento proviene de que los militares creen que existe tal animadversión.

***

Que el ejército está atravesando una época de desasosiego y molestia, es un hecho claro como la luz del día; que los políticos tienen de ello la culpa en gran parte, ya lo he dicho, pero fácil es probar que su pecado es puramente de omisión. El ejército está sufriendo las consecuencias de la falta de competencia técnica que reina en las altas esferas de la política; su mal estado, su situación deplorable, y bastante deplorada, no es peor que la de los otros organismos sociales; tan mal ó peor que el ejército en todos conceptos están la instrucción pública, la administración, la magistratura; tendría que esforzarme mucho, y de fijo sin éxito, para sintetizar el complexo estado social y político, del que sólo es un detalle la situación interior militar; creo que llegaré más pronto al objeto que me propongo concretando la cuestión.

Tres años, poco mas ó menos, hace que Sagasta llamaba al ministerio de la Guerra al general Cassola para que plantease un proyecto completo de reorganización militar, cuyo resultado habría de ser elevar el ejército español al nivel profesional que en las grandes potencias europeas han alcanzado ó conservado los ejércitos; corolario de esta transformación técnica sería un aumento de prestigio, de consideración social, de donde

dimanaría la interior satisfacción y el aquietamiento de todos los impulsos levantiscos debidos á la herencia, y acaso, acaso á la selección. Es cosa averiguada que el Sr. Sagasta no se enteró del alcance ni de la posibilidad de semejante proyecto; lo consideró á la altura de la competencia y talento del autor, lo recomendó eficazmente á la benevolencia de la mayoría parlamentaria y de la prensa ministerial, y descansó. Cierto es también que el plan de reformas poseía la apariencia más adecuada para producir en ánimos distraídos la ilusión apetecida, y el vulgo político aplaudió con tanto mayor entusiasmo cuanto más estrictamente se ceñía el proyecto á los modelos exóticos que brillaban por sus éxitos, y aun por su racional organización; pasmoso es, sin embargo, que el instinto, ya que no otra cosa, no haya puesto en guardia á nuestros gobernantes contra una imitación tan perfecta; no se comprende que ni por un momento dieran por bueno para España pobre y neutral lo que era indispensable para naciones ricas y empeñadas en belicosas empresas. Misterios, diría, si el patriotismo consistiera en ocultar la verdad; cosa naturalísima, debo decir, en un país en el que la educación no ha tenido quien se ocupara de ella jamás en las alturas del poder. Asistiendo á los exámenes de nuestros bachilleres se comprende perfectamente lo que puede dar de sí nuestro Parlamento, cuando la inmensa mayoría no se siente empujada en algún sentido por algún hombre de genio, ó siquiera de gran talento é ilustración; dejada á sus propias fuerzas, resolverá todos los problemas como resolvió el de las reformas militares.

Más disculpable es que la alucinación de los políticos haya sido compartida por una gran parte de los militares; siempre las colectividades creen posible lo que las lisonjea, y la oficialidad de nuestro ejército debía sentirse li-

sonjeada por las promesas de ser colocada á la altura técnica y social alcanzada en los ejércitos más atendidos, de que tendríamos en un *santiamén* (como aquí gustan las cosas) huestes no tan numerosas, pero sí tan preparadas para la guerra, para la gran guerra con el extranjero, como pueden estarlo las alemanas ó las francesas. Hasta las circunstancias eran propicias para la ilusión; habíanse terminado poco antes dos guerras civiles, y todos deseaban que fueran las últimas; pero el recuerdo de las hazañas, el estímulo de las carreras rápidas se reunían á la natural aspiración de los que á las armas se dedican, y en la reforma á la tudesca veían las ambiciones nobles una promesa de que los sueños de gloria, los anhelos de la bravura podrían realizarse algún día, acaso pronto: ¿y quién puede vituperar en un militar aspiraciones, que se enlazan tan íntimamente para tantos hombres con las aspiraciones nacionales? Á esta esperanza nobilísima de dar á la patria gloria y predominio á costa de su sangre, hay que añadir otra muy legítima que las reformas presentaban para nuestros militares; la de que aumentaría su consideración social, y probablemente su bienestar material, cosas á que sólo renuncian realmente los ascetas y de palabra los hipócritas.

¿Quién, pues, debe extrañar que las reformas del general Cassola adquirieran desde el principio gran partido en el ejército? Aunque entre esas reformas no figuraran medidas falsamente igualitarias que lisonjearon pasiones censurables, hubieran tenido siempre, no ya partidarios, sino sectarios ardientes, de esos que no conciben la contradicción y que califican al adversario de mal patriota y enemigo del ejército, porque en su exaltación no pueden comprender que haya quien se someta á las imposiciones de la realidad antes de haber sufrido la lección de la ex-

periencia. No, la ingente masa de nuestra oficialidad, descontenta del presente, desesperada del porvenir, no tenía obligación de escudriñar en los proyectos del general Cassola, no tenía obligación de buscar en ellos los vicios originales que los hacían irrealizables ó estériles ; esa tarea incumbía á los hombres políticos, y sobre todo á los que entonces gobernaban y hoy gobiernan todavía ; por pereza la desdeñaron cuando era oportuna, cuando hubiera sido eficaz; y hoy que saben, ó poco menos, á qué atenerse, son impotentes para remediar el mal producido por su incuria, por su poca aprensión. Hoy , una gran mayoría de los oficiales del ejército piensa (y una minoría importante lo grita á voz en cuello): «No estamos contentos porque no habéis querido darnos las reformas que nos habíais prometido ; y no habéis querido, porque tenéis odio al general Cassola y á nosotros miedo». Y este concepto , que merece la conducta de los hombres parlamentarios á los oficiales del ejército, es indudablemente un mal grave para la marcha de la política, pero es una consecuencia fatal de cómo hacemos aquí política y políticos.

Duele mucho más que las cosas hayan llegado á este punto, cuando se piensa lo fácil que hubiera sido encauzar la opinión en un principio. Aún recuerdo la primera sesión del Senado en que el general Cassola se levantó á preparar el terreno ; hubo en sus palabras un olor á reticencia pavorosa, una alusión á posibles calamidades, que no debió pasar sin correctivos por parte de los hombres que por estar al frente de los destinos de la nación tienen obligación de conocer y discernir lo verosímil y lo inverosímil. ¿Y qué habrá más inverosímil en el campo de la política internacional europea que una invasión del territorio español por ejércitos extranjeros? Algún tiempo

después se habló de la necesidad de recobrar, ó adquirir, más alto rango entre las potencias europeas; y así como un sujeto se hace un frac para asistir á un sarao, así nosotros debíamos hacernos un ejército respetable para tomar asiento entre los anfictiones europeos; como si éstos, para admitirnos en calidad de pares, no hubieran de enterarse antes de á qué altura estábamos en otras muchas cosas, sin las cuales, aun dado que pudiera haber ejércitos, éstos carecen de fuerza efectiva. Pero sobre todo, donde brilla la impericia es en la cuestión económica; esta es la hora en que tras de interminables discusiones, dedicadas en ambas Cámaras á las reformas militares, puede el general Cassola decir que nadie ha rebatido una de sus más peregrinas afirmaciones, la de que sus reformas militares producirían una respetable economía en el presupuesto de la Guerra; al principio pasó la especie como incontrovertible; luego, cuando la mayoría empezó á convencerse, *grosso modo*, de que las reformas eran impracticables, algún diputado se atrevió á poner en duda tal afirmación. Pero todavía nadie en el Parlamento ha pedido al general la única prueba convincente: un presupuesto del ramo de Guerra, redactado para el ejército reformado según sus proyectos; fuera del Parlamento lo he pedido yo hace tiempo, y no he podido conseguirlo. No, el general Cassola no puede hacer entrar el ejército de sus sueños en la realidad económica; pero aunque tanto lograra, aunque hiciera el milagro, ó aunque del país exigiera otro, el de dotar el presupuesto de Guerra á gusto del general, todavía los hombres técnicos, las gentes de guerra no se darían por satisfechos. Los planes del general Cassola no darían á nuestro ejército sino la apariencia de los ejércitos extranjeros; la fuerza intrínseca sería tan deficiente como en la actuali-

dad. No puedo probar aquí mi aserto, pero lo he probado en mi folleto *La reducción del contingente,* cuya parte crítica de las reformas del general Cassola aún no ha sido refutada por nadie; y no puedo achacar el silencio á menosprecio de mi trabajo, pues éste ha servido de tema de discusión durante algunas sesiones, en el pasado mes de Junio, á los debates del Congreso.

Si la incongruencia de los planes reformistas con la situación política y económica de la nación; si su insuficiencia técnica no fueron advertidas á tiempo para rechazar también á tiempo tales planes, para no haber dado lugar á ilusiones generosas que repugnan el desengaño, tanto más cuanto que ninguna voz autorizada ha resonado todavía para señalar el error, si todo esto ha sucedido, culpa es de los políticos, sí; pero no resultado de animadversión instintiva ó razonada contra el ejército, sino consecuencia necesaria de la imprevisión de unos pocos y de la incompetencia de muchos. Cuando el general Cassola, después de haber defendido, no sin brillo, sus lucubraciones de ataques incoherentes, vagos, sin método ni plan, tuvo que dejar el ministerio de la Guerra, no debió haberse dado lugar á la creencia de que esto acaecía, bien por que dos generales conspicuos resultaban incompatibles entre sí, bien porque el ministro de la Guerra hacía sombra al jefe del partido gobernante; la sana política exigía, como siempre, la manifestación de la verdad, y en la época á que aludo creo que el Sr. Sagasta la conocía lo suficiente para haber hablado aproximadamente en estos términos:

«Me he convencido de que las reformas que me propuso el general Cassola, y que acepté con alguna ligereza, ni deben ni pueden realizarse. Yo aceptaría esas reformas, y sería obligación mía imponerlas contra viento

y marea, lo mismo á sus adversarios técnicos que al país contribuyente, si la política internacional entre los asuntos inmediatos contase la intervención de España, bien al lado de los franceses en el Rhin y los Alpes; bien en frente de ellos en el Garonne y en los Pirineos. Aún apoyaría esas reformas si fuese verosímil la necesidad de defender el territorio en plazo breve, si bien entonces exigiría que se concediese atención á elementos defensivos que resultan preteridos en esos proyectos. Pero en nuestra situación política exterior, yo no puedo aprobar planes que en nada favorecen la transformación radical que exige nuestro ejército; en nuestra situación económica tampoco puedo aumentar el presupuesto de la Guerra en la cantidad importante, que sería indispensable para lograr que las apariencias de progreso, que revisten esas reformas, correspondieran á un progreso real y efectivo. Yo no quiero imponer sacrificios insoportables al contribuyente por el simple placer de tener un instrumento de guerra que de nada serviría, ni aun de medio para conquistar la vanagloria de la influencia diplomática; yo no quiero gastar el dinero, que hoy dedica el país á su ejército, en dar á éste una simple apariencia de fuerza. Por eso, y sólo por eso, las reformas del general Cassola cesan de formar parte del gobierno liberal».

Hubiera hablado así el Sr. Sagasta, con la decisión que era necesaria en frente de la fe carbonaria del general Cassola, y á su lado hubiera tenido muchos militares, pero muchos, y también muchos hombres civiles, para sostener con argumentos irrefutables sus aseveraciones; y muchos también le hubieran ayudado á exponer y propagar el verdadero espíritu que debe informar el plan de reorganización de nuestro ejército. De esto no he de tratar hoy; sólo me había propuesto buscar el motivo de un

fenómeno político: el desasosiego que experimenta el ejército; y lo he expuesto tal como á mí se me aparece, dejando á un lado causas secundarias.

El fondo, la esencia de ese desasosiego reside en la aspiración á la reforma, aspiración, no sólo legítima por parte de los militares, sino aprobada por la nación, que siente con mayor ó menor conciencia la necesidad de la reforma. Los síntomas agudos del desasosiego, el lenguaje de los periódicos militares, las conferencias y escritos más discretos y razonables, los discursos parlamentarios, la célebre carta del general Dabán, todo eso revela una crisis ocasionada por el dolor del desengaño que ha causado el fracaso de las reformas del general Cassola. Es seguro que la crisis desaparecerá sin resolución temible para los intereses nacionales; pero desaparecerá la de ahora para dar lugar á otra, y á otra después, hasta que haya quien se ocupe en la curación del mal. Difícil es señalar con precisión el procedimiento adecuado; no basta ya saber adónde se quiere ir, ó adónde conviene ir; tales complicaciones han sobrevenido, de tal modo se han excitado las pasiones, de tal manera se han confundido y mezclado los intereses generales y los particulares, que me parece obra de romanos, obra de paciencia y energía indomable, no sólo resolver el problema, sino tan sólo plantearlo en sus debidos términos.

Pero á grandes rasgos es posible indicar lo conveniente, pues de algo ha de servir la lección recibida. Conviene en primer término ilustrar á nuestros políticos y á nuestros militares respecto á lo que necesitamos y podemos tener en materia de ejército; esta tarea exige el concurso asiduo de nuestras eminencias políticas y militares, y no debe dejarse á la iniciativa de un hombre

solo, por eximio y competente que sea ó parezca ser. Determinado el objeto de la reforma, debe prepararse ésta, mejor que en el Parlamento, en el seno de corporaciones militares competentes; y preparada con arreglo á las bases políticas y económicas de antemano convenidas, la discusión parlamentaria será expedita; y en todo caso, los militares sabrán que, si hay que hacer algún sacrificio real ó aparente, no se lo ha impuesto una mayoría parlamentaria, sino la razón y la necesidad.

Precisamente hace tres años que se viene siguiendo una marcha opuesta á la que señalo como necesaria; no es mucha presunción creer que si en el extremo á que hemos llegado se ha tropezado con lo intolerable, en el otro debe estar lo conveniente. Y lo conveniente es ante todo la subordinación racional de los intereses de clase á los intereses generales; pero subordinación íntima, que sólo produce la persuasión.

***

Y volviendo al inglés del cuento: ¿no es cierto que quien desde el principio auguró que las reformas del general Cassola serían motivo de perturbación, al oir asegurarlo desde el banco azul á un ministro de la Guerra, y al oir el asentimiento de todo un presidente del Consejo de ministros, pudo experimentar una relativa satisfacción? Algo censurable es esto en términos generales, pero no en el caso presente. El general Cassola quiso sujetar la realidad, quiso domeñarla y obligarla á rendirse ante un sueño generoso, levantado, pero sueño al fin; y la rea-

lidad se ha vengado cruelmente, no sólo venciendo, sino tomando por heraldo de su victoria á quien menos ciertamente le correspondía tal honor; y conste que no me refiero al actual ministro de la Guerra. Pueda el Sr. Sagasta remediar el daño que su imprevisión ha causado, y como ha pasado la época de los hombres impecables é infalibles, si llega á la meta, nada amenguarían su gloria los extravíos de la ruta.

JENARO ALAS.

CARTAS AL SEÑOR DON JUAN VALERA

SOBRE ASUNTOS AMERICANOS (1).

Sr. D. Juan Valera.

Madrid (*).

Muy respetado señor mío:

La Nación de esta ciudad ha reproducido en su número de 25 del corriente una *Carta americana* de V., dirigida al distinguido literato ecuatoriano señor D. Juan León Mera, acerca de *La Poesía y la Novela en*

(1) La carta que se va á leer se refiere al siguiente fragmento de una del Sr. Valera dirigida al Sr. D. Juan León Mera, del Ecuador, y reproducida en *La Nación* de Bogotá, número 421. Se copia dicho fragmento para mejor inteligencia del asunto:

«Un ilustre cubano, D. Rafael Merchán, que vive en Bogotá ahora, se extrema más que V. en esta acusación. Todo iba por ahí divinamente. Acaso habían sido Manco-Capac y Bochica más sabios que Sócrates y que Aristóteles. Acaso, si no llegamos ahí los españoles, los indios se perfeccionan, nos cogen la delantera, y son ellos los que vienen á Europa á civilizarnos. Si Colón, Cortés y Pizarro no van á América en los siglos XV y XVI, es probable que en el XVII, los emperadores, aztecas ó los incas

(*) El Sr. Valera contestará muy pronto en este mismo lugar á la presente carta, y á la que publicaremos en el próximo número.

(N. de la D.)

el Ecuador; y á esa casualidad debo el tener á la vista tan interesante producción, y la parte que en ella me concierne.

Antes de abordar el objeto de la presente epístola, quiero aprovechar la oportunidad para felicitar á V. por sus trascendentales *Cartas americanas;* tanto por el desempeño como por el móvil. Tocante al primero, un elogio más entre los muchos que V. diariamente recibe de la prensa de ambos mundos, poco le importará; pero aun así, se lo dirijo calurosamente, sin que se disminuya su sinceridad por mi discrepancia de tal ó cuál de sus siempre respetables opiniones. Y respecto al móvil, la unión de España con sus antiguas colonias, hoy repúblicas, no puede ser más generoso ni más elevado. De él trataré más adelante, y entro ya en materia.

Dije yo en uno de mis *Estudios críticos,* á propósito de una obra del Sr. Zerda y de otra del Sr. Bachiller,

nos hubieran enviado navegantes y conquistadores, que hubieran descubierto, conquistado y civilizado la Europa allá á su modo.

»Por fortuna, los españoles madrugamos, fuimos por ahí antes de que los indios despertasen y viniesen, y dimos al traste con todo. «Todo »pereció, — dice el Sr. Merchán, — razas, monumentos, libros, ídolos, »culto, ciencia, todo quedó destruído.»

»El Sr. Merchán dice, y dice bien, que los seres inteligentes, aunque no nos conozcamos y vivamos en regiones distintas, realizamos un pensamiento común y contribuimos á una grande obra. Pero los españoles fuimos por ahí y arrancamos medio mundo á esa elaboración universal. Y no contentos con arruinar la civilación americana, quisimos borrar y borramos hasta la memoria de ella, arrasando «los monumentos más apre»ciables», y convirtiendo ese continente en una inmensa tumba de razas que tenían tanto que decirnos.

»Todo eso es una serie de suposiciones gratuitas del Sr. Merchán. Las razas indígenas de América no han perecido. Hoy acaso existen más indios en México y en el Perú que los que había cuando la conquista; y si no hay más indios en el Paraguay, es por las guerras recientes que les han hecho los brasileños y argentinos. Todo cuanto los indios tenían que decirnos nos lo han dicho. Y si hoy Liborio Zerda, Antonio Bachiller y Morales y otros americanistas lo exponen, no faltaron, desde los primeros días del establecimiento de los españoles, sabios curiosos, misioneros llenos de caridad y de indulgencia y escritores sinceros que lo ex-

que aquí en América había habido varias civilizaciones que no llegaron á su apogeo, pero que, incompletas tanto como se quiera, ó rudas ó embrionarias, eran siempre civilizaciones; y que la conquista, en vez de conservarnos lo que encontró, para facilitarnos el estudio de aquel pasado lleno de misterio, las dejó en devastación. Y V. observa:

«Todo eso es una serie de suposiciones gratuitas del Sr. Merchán».

La acusación es de mucha entidad, Sr. Valera, y ha sido necesario que la vea yo suscrita por el autorizado

pusiesen con amor, más bien ponderando las virtudes y excelencias de los indios que denigrándolos.

»En suma, la historia de América, antes de Colón, es bastante oscura, mas no por culpa de los españoles, y lo que de esa historia se sabe, más induce á creer lo contrario de lo que V., el Sr. Merchán y el señor Montalvo insinúan ó medio sostienen á veces.

»En vez de ese progreso que Vds. imaginan, los indios seguían en decadencia.

»Acaso si se retarda un siglo la llegada de los españoles, los imperios azteca, peruano y chibcha hubieran desaparecido, como ya habían desaparecido en América otras semicivilizaciones, y acaso no hubieran hallado Pizarro, Cortés y Jiménez de Quesada más que salvajes antropófagos, adoradores del diablo como los patagones y borinqueños, no sabiendo contar más que hasta diez, y *tatuados* ó pintados con espantosos dibujos ó untados con grasas rancias y apestosas, en vez de andar vestidos.

»Indudablemente el salvajismo de los americanos de antes de la conquista europea, así como la semibarbarie de varios pueblos del Nuevo Mundo y de Asia y de Africa, antes de ponerse en contacto con Europa, no indican que había ó hay ahí razas nuevas, que por sí solas puedan elevarse ó que están ó estuvieron en vías de elevarse á la civilización, sino más bien dan claro y triste indicio de razas antiguas, decaídas ó degradadas, que han perdido su civilización, si la tuvieron. De esas razas se puede afirmar lo que el Sr. Pi y Margall, citado por el propio Sr. Merchán, afirma de los guatemaltecos, al fijarse en los monumentos suntuosos y artísticos de Palenque y de Mitla: «Lejos de admitir, dice, que sean »jóvenes aquellos pueblos. estoy por sospechar con Humboldt que estaban »en decadencia á la llegada de los españoles y que habían perdido la me»moria de lo que un tiempo fueron. Ignoraban hasta la existencia de esos »grandiosos restos de una civilización pasada». De esta civilización pasada ó remota de los pueblos de América, cuando llegaron los españoles, quedaron recuerdos ó restos, que es casi seguro que hubieran desaparecido también si no acude á tiempo aún la civilización europea á regenerar al salvaje ó al semisalvaje americano.»

nombre de V., para que cargue en ella la consideración, puesto que mi defensa no ha de ser sino la exposición de lo que pudiéramos llamar lugares comunes de la Historia, es decir, de hechos sabidos por todos, corroborados con testimonios irrecusables, divulgados por plumas de indisputable competencia, y, lo que es más contundente, por escritores españoles.

Esta discusión por ninguno de sus aspectos será nueva; se puede formar bibliotecas con lo que sobre el asunto se ha escrito en diversos idiomas; hace cuatro ó cinco años lo dilucidaron nuevamente en periódicos de México el ilustrado escritor de aquel país, Sr. Selva, y un español digno, por su cultura, de su adversario, y que se firmaba con el pseudónimo de *Junius;* mas, por lo que á mí hace, V. no podrá, Sr. Valera, dirigirme con justicia el cargo que al Sr. Selva lanzó *Junius*, de abrigar el propósito de denigrar el nombre de España. Ciertamente la censuro como potencia colonizadora, pero no por ojeriza, sino por seguir esta máxima de V. mismo: «La verdad ante todo, por amarga que sea». Prueba de ello puede hallar en mis escritos anteriores, y séame permitido citar aquí en abono mío un fragmento de una carta con que me honró el Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á propósito del libro que á V. ha escandalizado:

«En algunas opiniones no podemos convenir; pero aplaudo la templanza y discreción con que V. expone las suyas, procurando mantenerse libre de todo fanatismo de escuela ó de partido: lo cual se advierte aun en el mismo artículo sobre Zenea...., á pesar de lo resbaladizo del asunto.... (1)».

He hecho por merecer, y creo que merezco, ese juicio de su cofrade en la Academia; y esté V. seguro de

(1) Lo suprimido son frases de pura benevolencia, que no hacen al caso.

que no saldrán de mi pluma conceptos como los que otro esclarecido mexicano, el Sr. D. Ignacio Ramírez, dirigió hace pocos años al Sr. Castelar en otra polémica que se elevó á la más alta potencia de sonoridad.

Yo no dicto la Historia, Sr. Valera; he venido demasiado tarde á un mundo demasiado viejo, como el cantor de *Rolla;* he aprendido lo que Vds. mismos me han enseñado, y lo he repetido después con fidelidad, apoyándome en Vds. mismos. Culpa de Vds. es, y de la imprenta, si en los tiempos que corren «apenas habrá persona que no sepa más de lo que conviene», como dijo V. con su donaire habitual en el prólogo de una obra del citado Sr. Menéndez y Pelayo.

Dos son las afirmaciones suyas á que debo principalmente referirme. La primera, que los indios vivían en decadencia tal á la venida de los europeos, que si éstos hubiesen llegado un siglo después, acaso los hubieran encontrado sumidos en barbarie absoluta. La segunda, que los conquistadores no destruyeron nada; que «las razas indígenas de América no han perecido», que «todo cuanto los indios tenían que decirnos, nos lo han dicho».

El malogrado Revilla, que lo calificaba á V. de escéptico y optimista, y agregaba que, reclinado V. «en la dulce almohada de la duda», hacía «juegos malabares con todas las ideas», y nunca afirmaba ni negaba nada resueltamente, se quedaría asombrado de ver cómo afirma V. ahora, y cómo niega, y cómo es pesimista respecto de los aborígenes de América, sin dejar de ser, ó precisamente por ser, optimista con relación á los conquistadores.

Vamos á ver cómo ocurrieron las cosas, y para empezar, parodiaré á Tácito en su *Vida de Agrícola,* diciéndole: de parte de V. estará el mérito del talento, del mío

el de la exactitud. Para ser más fiel, me veré precisado á que otros autores escriban por mí esta carta, la cual va á resultar que no será carta, sino embutido, pero tal inconveniente quedará compensado con la ventaja de patentizar que no *supongo* nada. Yo podría expresar con lenguaje propio cuanto dicen los libros y periódicos que voy á copiar; pero entonces, ¿cómo probar que ello no es obra de mi imaginación?

Por ejemplo, respecto del primer punto, si yo le negase á V. esa decadencia vecina del salvajismo; si se la negase con palabras mías, correría el riesgo de que V. volviese á decir que supongo gratuitamente. Y para que no caigamos, ni V. en la tentación ni yo en el daño, cederé la palabra á otros no acusados de suponer.

En las cartas de Hernán Cortés corren los grandes elogios que este conquistador hacía de los indios por su obra de manos; él remitió al Emperador varias muestras de los trabajos ejecutados para los templos cristianos, y se admiraba, dice, de que *tan ordenadamente y en razón* se gobernase un pueblo aislado de todo contacto con las naciones llamadas civilizadas.

Alonso de Zurita, que por cerca de veinte años estudió concienzudamente á México, y estuvo en relación con las audiencias coloniales, se indignaba de que llamasen *bárbaros* á los mexicanos, y decía que era preciso no conocerlos absolutamente para calificarlos así.

Clavíjero afirma que los mexicanos, y en general todos los indígenas, estaban dotados prodigiosamente en cuanto á facultades intelectuales, y que andaban desacertados los europeos en creerlos pobres de inteligencia, pues muchos tenían un gran talento de imitación.

Diego de Landa dice que toda la faja de tierra pare-

cía formar una sola ciudad, para dar idea del brillante estado del territorio de Guatemala ; y eso no es figura de retórica, sino alusión á los innúmeros monumentos y edificios de varias clases esparcidos en toda su extensión.

Hace cosa de seis ó siete años fundaron Vds. en Madrid la *Biblioteca de los Americanistas,* y una de las primeras obras que publicaron, creo que la primera, fué la *Historia de Guatemala* ó *Recordación florida,* escrita en el siglo XVII por el capitán D. Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, para rectificar los errores que había sacado la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España,* de Bernal Díaz del Castillo, publicada en 1632 por Fr. Alonso Remón, de la Orden de la Merced, y dada á luz (la de Fuentes y Guzmán) por primera vez en 1882, con notas é ilustraciones por D. Justo Zaragoza.

Fuentes y Guzmán, nació en «Santiago de los Caballeros de Guatemala»; pero era español desde la coronilla de la cabeza hasta la planta de los pies, como lo prueban su vida, su libro, su «excesiva crudeza» (frase de Zaragoza) contra Fr. Bartolomé de las Casas ; y al exponer los móviles que lo impulsaron á escribir, dice que uno de ellos fué (1) :

«Que en él (el Reino de Guatemala) había numerosísimas y grandes ciudades con magníficos y decorosos edificios, lo asienta así la verdad indeleble de mi Castillo (2), llamándolos recios pueblos, por lo numerosos que eran, pues había poblazones de ocho y de diez mil casas ; siendo de tal calidad lo que hallaron erigido los conquistadores gloriosos de este Reino de Goathemala, que hablando con Alvarado, alegres y consolados le decían, que no tenía que echar menos á México con lo que habían descubierto. Y hoy se comprueba la notoriedad de esta opinión con

(1) Tomo I, páginas 18 y 33.
(2) Bernal Díaz, folio 164, de su original borrador.—(*Nota de F. y Guzmán*).

lo que vemos vestigioso, y en otras partes en pie, de ostentativas máquinas materiales; en lo que se admira en el *Quiche, Tecpangoathemala*, pueblo antiguo de *Mixco*, edificios de *Gueguetenango* y de *Chialchitan* á modo de fortalezas, y otros admirablemente ordenados en la provincia de la *Verapaz*; y la fábrica maravillosa y subterránea del pueblo de *Pochuta*, que siendo de firmísima y sólida argamasa, camina y corre por lo interior de la sierra por distancia prolongada de nueve leguas, hasta el pueblo de *Tecpangoathemala*; que es argumento y prueba del soberano poder de aquellos Reyes, y numerosidad sin cálculo de los vasallos que los obedecían. Fuera de que, así para esto como para testimonio de sus grandes fábricas, también autoriza esta opinión la fortaleza de *Parrasquín*, que se ve bajando de *Totonicapa* á la costa del Sur. Y aunque yo sólo consideraba con pocos años, que muchas cosas de éstas me daban escritas los autores que leía, y que lo que me informaba la inspección contra aquellas narrativas era la miseria de unos habitables pajizos, si no me ladeaba á la incredulidad, á lo menos suspenso el juicio quedaba en lo neutral siempre surto; pero lo más de ello que tengo visto, me hace creer que aún no podré comprender para escribir todo lo que hay de maravillas singulares en estas nuevas y apreciables provincias; y con lo que afirma Torquemada, de que eran grandes ciudades las de *Goathemala* y *Utatlan*, fundadas de edificios maravillosos de cal y canto, pasaré adelante, á establecer el imperio de los Monarcas de estos Reinos.

. . . . . .

»Y aun es verdad que hubo entre los de esta nación algunas generaciones muy incultas y de especie de salvajes, que habitaban en los lagos, montañas y partes cavernosas de las selvas y páramos incultos; siendo éstos, por natural propensión suya á la caza y pesquerías, de que, sin duda, se sustentaban, y teniendo también ranchos, aunque pequeños y pobres, en sus *milpas*: de cuyo género de gentes no podrá decir España que no ha tenido algunos, pues los *Batuecos*, descubiertos en nuestros tiempos, no eran menos agrestes que éstos de quienes hablamos. Pero aunque eran así algunos, especialmente en algunas partes de la costa, en las cabeceras, cortes y pueblos numerosos no se hallaban, sino muy dados á lo político y esmerados en las artes; de que tuvieron conocimiento, y hubo y hay entre ellos, especialmente en la parte de los nobles y

principales indios, muy buenas capacidades, con don excelente de gobierno, y de muy buena y entera razón; sino que el no entenderles su idioma, y el estar ellos tan apagados y distantes de la memoria de sus principios, los hace parecer algo menos que brutos, siendo, no sólo contra razón, sino distante de la caridad el pensarlo. Porque me es preciso decir que, siendo ellos de dócil natural y muy humildes, es culpa grande, no sólo de los ministros eclesiásticos, sino mucho mayor de las justicias seculares, el que no sean mejores, poniendo más cuidado, pues Dios se los ha encomendado, que tengan más puntual educación y advertencia en su puerilidad, sobre que tan apretadamente y con tanta católica piedad hace repetidos encargos el Rey nuestro señor.»

D. José Morales y Santisteban, á quien V. no tachará ni de hijo renegado, ni de extranjero envidioso, ni de español imprudente, se expresa así respecto de *Hernán Cortés:*

«No vayamos á creer que la raza indígena se componía en México y en los Estados comarcanos de hordas más ó menos feroces, cuyo alimento fuera la caza, y cuya vida errante no les permitiera subir del primer escalón de los adelantamientos sociales. Nada de esto existía en la región que sirvió de teatro á las hazañas de Hernán Cortés. Había pueblos agricultores, ciudades opulentas, una religión bárbara, pero que había alcanzado un grado bastante alto de refinamiento teológico, gobiernos establecidos y variados en sus formas, desde la república federativa de Tlascala, hasta la monarquía casi absoluta de Méjico, y todo el aparato y la forma necesarios para que el poder subyugase la imaginación de los hombres. Tenían sus leyes, sus ejércitos, y vivían la vida agitada de los Estados europeos. Las artes habían también conseguido cierta perfección, y en algunos trabajos menudos que empleaban en el oro, la plata y las plumas, los mismos artífices españoles confesaban su propia inferioridad. En una palabra, habían alcanzado toda la civilización á que puede llegarse sin el uso del hierro ni del alfabeto.

»..... La civilización de México sería digna de citarse con elogio y de ponerse en parangón con la de los imperios más florecientes del Asia, si una mancha indeleble de sangre no empañara su esplendor.»

El Sr. D. Ángel de Gorostizaga, secretario del Museo Arqueológico de Madrid, describió en 1883 el Calendario azteca, del cual publicó un grabado en *La Ilustración Española y Americana*, y añadió:

«El ligero examen que hemos hecho de este notable monumento de los aztecas, nos hace comprender los vastos conocimientos que tenían de Astronomía, Cronología y Cosmografía; su genio artístico, pues el trabajo, como obra escultórica, se separa mucho del arte bárbaro y nos induce á admirar su civilización, pues un pueblo que así determina sus festividades, así divide su tiempo y así organiza su existencia, bien puede y debe llamarse pueblo civilizado» (1).

El eximio escritor D. Enrique José Varona (si no estoy equivocado) ha hablado en la *Revista de Cuba* de una obra extranjera que siento no conocer, pero cuyo recuerdo es oportuno aquí. Dice la *Revista:*

«En un libro publicado hace cuatro ó cinco meses sobre la *Economía Agrícola de los antiguos pueblos civilizados de América*, su autor, Max Steffer, vitupera á nuestra tan decantada superioridad caucásica, que fué incapaz para estudiar y fomentar la civilización de esas naciones, totalmente destruida por la dominación europea. Las reliquias que de ellas poseemos prueban de un modo claro que esa civilización no era en nada inferior á la de los conquistadores, sino, al contrario, que en muchos puntos era realmente superior. Tenemos hoy la certeza de que había una reglamentación económica sistemática, que cultivaban la tierra con industriosa diligencia, cuidadosa previsión y mucha habilidad práctica. El pueblo mexicano había asegurado la irrigación del suelo por medio de canales y sin máquinas, y los españoles, á pesar de tener en la Península obras parecidas fabricadas por los árabes, revelaron su incapacidad para apreciar el mérito de ellas, permitiendo que se arruinasen, y aun á veces destruyéndolas con la esperanza de encontrar tuberías de oro. La cultivación é irrigación del suelo eran consideradas como de interés público, y la

(1) *Ilustración Española y Americana* de Madrid, tomo I de 1883, páginas 345 y 354.

agricultura sujeta á reglamentaciones parecidas á las que actualmente existen en el Japón y la China. La división de la tierra y todos los cambios de la propiedad se hacían bajo la dirección de los magistrados. No tenían animales para enyugar, pero las propiedades eran tan pequeñas y tan sobria su alimentación, que no los necesitaban. El cultivo era más bien el de jardín que el de campo, y como no tenían animales, no les hacía falta la tierra adicional que éstos exigen. En la ausencia de animales domésticos habían adoptado procedimientos, aunque eficaces, muy minuciosos y penosos, para procurarse abonos, al estilo de los chinos. Los peruanos tenían la ventaja de sus depósitos de guano. Y, como los asiáticos orientales, no tenían leche los antiguos americanos, aunque pudieran haberla obtenido de la llama» (1).

Respecto del Perú, traducimos de la excelente obra *L'Amérique préhistorique*, del marqués de Nadaillac, lo que sigue:

«Quizá en ningún punto del globo ha desplegado el hombre mayor energía. En esas regiones infortunadas fué donde se elevó el Imperio más poderoso y más adelantado en civilización de ambas Américas, y hoy todavía todo hace despertar su recuerdo en la memoria: las ruinas imponentes que cubren el país, las fortalezas que lo defienden, los caminos que lo cruzan, las acequias que conducen el agua destinada á fertilizar los campos, los *tambos* ó casas de abrigo en las montañas para uso de viajeros, las obras de alfarería, las telas de lana y algodón, los adornos de oro y plata que se conservan en las sepulturas....» (2).

He aquí una página de la *Vida de Francisco Pizarro* por Quintana. Después de decir que Huayna-Capac era «el más poderoso, el más rico y el más hábil también de todos los príncipes peruanos», agrega:

«Él desvaneció con su valor los intentos de sus rivales, que quisieron disputarle el imperio después de muerto su padre; contuvo y apagó la re-

(1) *Revista de Cuba*, XV, 92.
(2) Página 387.

belión de algunas provincias, sujetó otras nuevas á su Imperio, visitólas todas para mantener en ellas el buen orden, dió leyes sabias, corrigió abusos en las costumbres, rodeó el trono de una grandeza y esplendor no visto hasta él, y se granjeó más veneración y respeto de su pueblos que otro monarca alguno de sus antepasados. Estableciéronse en su tiempo, ó se perfeccionaron mucho, tres grandes medios de comunicación, necesarios en provincias tan distantes y diversas: el uso de un dialecto general á todas ellas; el establecimiento de las postas para la prontitud de los avisos y de las noticias; en fin, los dos grandes caminos que conducían del Cuzco al Quito en una extensión de más de quinientas leguas. De estos dos caminos, uno iba por las sierras, otro por los llanos, y ambos estaban provistos, á la distancia propia y conveniente de estancias ó aposentamientos, que llamaban *tambos*, donde el Monarca, su corte y el ejército que llevaba, aunque fuese de veinte á treinta mil hombres, tomaba descanso, y renovaban, si era necesario, sus armas y sus vestidos. Obras verdaderamente reales, emprendidas y ejecutadas por los peruanos en gloria de su Inca, y que al principio tan útiles, después les fueron tan perjudiciales por la facilidad que dieron á los movimientos y marcha de los españoles para la conquista del país».

El escritor peruano, Sr. D. Pedro Paz-Soldán y Unanue *(Juan Arona)*, en su obra tan laboriosa como útil, titulada *Diccionario de Peruanismos*, se expresa así:

«Los peruanos de hoy, que más ó menos directamente recibimos educación europea, y que por la sangre, el idioma y los nombres de familia, nos sentimos atraídos al viejo mundo y nos amamantamos en el amor de Grecia y Roma, mirando con indiferencia, con frialdad y hasta con desdén la civilización incaica que en realidad no es más que una tradición, debemos advertir que así, como á los negros racionales *les ofende el color*, así esa civilización que hoy menospreciamos no tuvo más baldón que el haber carecido de «Letras humanas», como diría Garcilaso,

«Yo con erudición, ¡cuánto sabría!»
(Espronceda.)

Yo, á saber escribir, ¡cuánto diría!,

podria contestar hoy la dinastía inca si resucitara. Expresado por escrito

por ellos mismos lo que practicaron ó dijeron de viva voz, quizá palidecerían las Pandectas de Justiniano y los Pensamientos de Marco Aurelio!» (1).

El arqueólogo norte-americano Mr. E. George Squier ha escrito la obra moderna más completa quizá sobre las antigüedades del Perú (2), pues él recorrió todas las comarcas de Lima, Truxillo, el lago Titicaca, Cuzco, Chinchero, Olantaytambo, etc., levantó planos, sacó vistas fotográficas, y lo describió todo con su reconocida competencia. Su libro es un poderoso alegato en defensa de la civilización inca, de la que dice que es la más importante y la más interesante de todas las aborígenes de América.

V. se burla del saber de los indios, que no nos legó nada que aumentase el acervo de la ciencia europea; pero aunque no se hubiera perdido la mayor parte de sus secrètos, no estamos en el caso de pedir gollerías á pueblos que no disponían del hierro ni poseían métodos de escritura fáciles, como los nuestros. Y aun así, Boussingault, en una memoria que presentó en 1883 á la Academia de Ciencias de París, no tuvo embarazo en declarar que no conocía ni había acertado á reproducir el magnífico temple que daban los incas al metal de sus artefactos.

Hablando de los incas, dice el sabio Bachiller y Morales: «Casi valía su civilización tanto como la europea contemporánea, en lo general, y más en algunas materias que se contaminaron con las supersticiones y el fanatismo» (3). Y de la civilización mexicana: «una civilización espontánea americana que en algunos puntos era supe-

(1) Juan de Arona: *Diccionario de Peruanismos*. Lima, 1883, artículo *Incas*, páginas 288 y 289.

(2) E. George Squier: *Incidents of Travel, and Exploration in the Ladn of the Incas*. New York, Harper, 1877.

(3) *Revista de Cuba*, XIII, 471.

rior á la europea en aquella época» (1). Nadaillac es de la misma opinión (2). Dabry de Thiersant compara la civilización mexicana con la española del siglo XV, y el resultado no es favorable para la segunda (3). Absténgome de reproducir sus palabras, demasiado enérgicas para que puedan armonizar con el tono de este escrito; pero á lo menos sirvan desde donde están para probar que yo no he *supuesto* nada.

De los chibchas, que estaban menos adelantados, no quiero hablar con detenimiento, por esa misma circunstancia de que nunca salieron al primer plano del cuadro, y por no abultar con más pliegos esta ya extensa epístola; sin embargo, me permitiré obsequiar á V. con un ejemplar del interesantísimo libro del sabio americanista señor doctor Liborio Zerda, sobre *El Dorado,* que le llegará al mismo tiempo que estas líneas; y que probablemente no será fácil conseguir por allá. Ese libro es el epitafio, es la oración fúnebre del pueblo que habitó esta sabana, y que si no igualó á los aztecas ni á los incas en el esplendor de su existencia, sí vistió, como ellos, el luto de una misma muerte.

Pero la civilización ó cultura de un pueblo no se mide solamente por sus edificios y artefactos; acaso más que en sus pirámides y en su industria se refleja en su legislación, en sus costumbres, en sus instituciones. Las crónicas, la correspondencia de los conquistadores, los informes de los virreyes y cuanto guardan Vds. inédito en sus archivos, contienen sobre estas materias datos abundantes. Como muestra, óigase al P. Calancha:

(1) *Revista de Cuba,* XV, 540.
(2) *L'Amérique préhistorique,* páginas VII y 349.
(3) *De l'origine des indiens du Nouveau Monde, et de leur civilisation.*— París, 1883.

«Verdaderamente pocas naciones hubo en el mundo, á mi ver, que tuviesen mejor gobierno que los incas. Luego diré acciones memorables de este Inca, que quiero que se sepa cuán bien gobernada estaba esta monarquía antes que entrasen los españoles». (1)

Pero como muchos de los escritores antiguos hayan sido tachados de exageración (cargo del que en justas proporciones los ha vindicado Bancroft), recomendaré á V. que refresque la memoria con la lectura de las obras de Prescott y del citado Bancroft, historiadores que ciertamente no son enemigos de España, ni aun cuando censuran «las demasías de los conquistadores», como las llama el Sr. Morales Santisteban. En estos últimos años se ha discutido si los indios tenían una literatura que valiera la pena; pero sin poseer sus cantos, sus poemas, todos los contornos de su pensamiento trazados en sus telas ó en la tradición oral, quizá la controversia no pueda adelantar gran cosa.

Si ahora se me dice que la civilización precolombiana tenía en todas sus fases sombras densas, convendré en ello, y agregaré que por eso la llamamos incompleta ó ruda; pero tales defectos ó vacíos no autorizan para escatimarle el título, así como nadie niega que hubo civilizaciones egipcia, asiria, cartaginesa, helénica, en tiempos en que el politeismo ó la idolatría eran la religión de las respectivas naciones, y en que la sangre humana corría copiosa en los sacrificios de casi todos sus altares.

Adoptando la opinión de Humboldt y de Pi y Margall, que yo cité sin apropiármela ni combatirla, se inclina V. á creer que toda esa civilización pertenecía á una época tan remota, que su recuerdo se había borrado ya de la

(1) P. Merino Fr. Antonio de la Calancha.—*Crónica moralizada del Orden de San Agustín en el Perú.*—Barcelona, 1638. Libro I, capítulo XV, pág. 98.

memoria de los indios de los siglos XV y XVI; y hasta sospecho que aplaude V. al coronel Higginson por haber dicho satíricamente que no sabe qué diferencia hay entre «civilización prehistórica» y «barbarie evidente». Distingamos: la parte inmaterial, las instituciones políticas y civiles, lo que constituye la conciencia de los pueblos, estaba vigente en la época de la conquista, porque así lo atestiguan los cronistas de entonces, y por mucho que hayan exagerado en los detalles, el fondo de sus relaciones debe de ser verdad, y hay que admitirlo mientras carezcamos de pruebas en contrario. Queda por dilucidar la cuestión de los monumentos materiales; y ese es un problema histórico que yo me declaro inhábil para resolver, y que en el estado actual de los estudios americanistas nadie lo puede tampoco. Hay dos opiniones principales: creen algunos, con Le Plongeon, que la antigüedad de esos edificios es muy remota; que fueron levantados por razas altamente civilizadas, cuando toda la Europa estaba todavía en la edad de piedra (1). Otros sostienen que su fecha es mucho más reciente; creen conceder demasiado fijándola en el siglo VII de la Era Cristiana, y varios sabios ni tanto admiten.

M. Desiré de Charnay, célebre viajero francés, encargado por su Gobierno de exploraciones arqueológicas en México y Madagascar, Java y Australia, y quien tuvo la buena suerte de desenterrar las más antiguas habitaciones de los Toltecas en Tula y Teotihuacan, dos cementerios desconocidos en Tenenepanco y Nahualac, la ciudad ignorada de Comalcalo en Tabasco y la de Lorillard en las fronteras de Guatemala; el Sr. Charnay, americanista de reputación universal, y que ha pasado

(1) J. D. BALDWIN.—*Ancient America.*

muchos años de su fructuosa vida excavando el suelo del Nuevo Mundo, es de los que niegan la remota antigüedad de los monumentos. Expuso sus razones en unas conferencias que dió en la Sociedad de Geografía de París en 1883, de las cuales tengo á la vista un resumen publicado en la *Revue Sud-américaine* de aquella capital, y que voy á traducir:

«La mayor parte de los viajeros y de los historiadores han pretendido que esos monumentos son antiquísimos, que pertenecieron á una población extinguida, y que, por consiguiente, estaban en ruinas hacía mucho, cuando los españoles entraron en Yucatán.

»Pero esta teoría ha sido vivamente combatida por M. Charnay, partidario de la contraria, la cual, á su juicio, es mucho más racional. Ya ha presentado muchas pruebas, y promete otras; por ahora no quiere más que dar á conocer un documento recién publicado.

»En su última conferencia discurrió M. Charnay acerca de Chichen-Itza, la gran ciudad de Yucatán. Los historiadores que han hablado de esas ruinas, llenos como estaban de preocupaciones, han dado informes que no nos pueden ilustrar lo bastante. Para adquirir pormenores exactos hay que acudir á los autores que trataron de dichos monumentos poco después de la conquista española.

»El obispo Landa, por ejemplo, dice á propósito de Chichen-Itza, que la visitó en 1556, esto es, treinta años apenas después del primer arribo de Montejo á Yucatán, y agrega: «Los pisos de los monumentos estaban »separados por divisiones de argamasa en perfecto estado....» Aquí tenemos desde luego algo en estado perfecto; luego los monumentos estaban íntegros. Después, refiriéndose al templo cuyo plano ha mostrado M. de Charnay á la Sociedad, dice: Para dirigirse al gran estanque en donde se sacrificaba á las víctimas, había una magnífica calzada de mampostería. Esas calzadas, acerca de las cuales llama M. Charnay especialmente la atención, son de origen tolteca, é idénticas en todas partes. Llegando á un pequeño templo que M. Charnay ha encontrado casi en ruinas, el historiador dice que ese edificio estaba lleno de vasos que contenían copal quemado hacía poco, ofrendas recientes, estatuas, ídolos, etc. Es decir,

que todavía se sacrificaba en él; todavía se rendía allí culto á los dioses locales, treinta años después de la llegada de Montejo á Yucatán, de 1541 á 1556, quince años después del establecimiento definitivo de los españoles en América.

»Podría hacerse, añade, una comparación muy curiosa entre esos monumentos separados por grandes divisiones de argamasa que se hallaban todavía enteras (y era preciso que fuesen, en efecto, muy sólidas, para haber resistido á veinte años de abandono en una región donde la vegetación es excesiva) entre esos monumentos, decíamos, y las ruinas de la Corte de Cuentas de París. En ésta, como es sabido, todas las losas han sido solevantadas, la mampostería rota, y se ven árboles que, en sólo doce años, han alcanzado una elevación de diez metros. Si se considera que esto ocurre bajo un clima donde la fuerza de vegetación no es ni la décima parte de la de los trópicos, se comprenderá que era bien natural que, después de veinte ó treinta años de abandono, una ciudad de las regiones americanas se encontrase en muy mal estado, y cubierta ya de una espesa vegetación; y no había señales de ésta entonces.

»M. Charnay había escrito y dicho todo esto cuando, hace apenas ocho días, recibió un libro publicado recientemente en los Estados Unidos, y que se compone de documentos mayas; uno de ellos, las *Crónicas de Chikulub*, es obra de un cacique indio, Nakuk-pech, contemporáneo de los españoles de la conquista, de la cual fué testigo.

»Ese manuscrito maya, traducido y publicado por Brinton en Filadelfia hacia fines de 1882, contiene datos muy precisos, que dan á la teoría de M. Charnay la autoridad de un documento oficial.

»En el § 14, hablando del itinerario de Francisco Montejo, cuando la expedición de 1527 á Chichen-Itza, dice Nakuk-pech:

«Y se puso en camino, en busca de Chichen-Itza, nombrado así; allí »rogó al *rey de la ciudad* que viniese á su encuentro; y el pueblo le dijo: »*hay un rey, señor; hay un rey, Cocom-Aun-Pech, el rey Pech, el rey jefe de Ci-»cantum;* y el capitán Cupul (probablemente un gran personaje del lugar) »le dijo (á Montejo): *Guerrero extranjero, reposa en estos palacios;* así le »dijo el capitán Cupul.»

»Es evidente para todo el mundo, agrega M. Charnay, que esto significa que había un pueblo, un rey y monumentos habitados; á no ser así,

no hubiera habido un pueblo, un rey y un capitán que dijesen á Montejo: venid á descansar á estos palacios.

»A propósito de Izamal, que está considerada como una de las ciudades más antiguas, y que se dice haber sido abandonada muchos miles de años antes de la conquista (opinión que M. Charnay ha combatido siempre), el cronista indio dice en el § 18: «En el año 1542, cuando los »españoles se establecieron en el territorio de Mérida, el primer orador, »el gran sacerdote Kinich-Kakmo, de Izamal, y el rey Tutulxin, de Mani, »se sometieron....»

«Comentando este pasaje, dice M. Charnay que el suceso es conocido; es un hecho histórico. Sabido es, en efecto, que cuando Montejo llegó de paso para establecerse después en Mérida, al siguiente día vió acercársele multitud de indios; y se preparaba ya para combatir, cuando observó que enarbolaban señales de paz. Era uno de los magnates del lugar, el rey de Mani, que iba á someterse, acompañado de un personaje nombrado Kinich-Kakmo.

»Pero *Kinich-Kakmo* era el nombre genérico de los grandes sacerdotes de Izamal. El gran sacerdote desempeñaba, pues, sus funciones á la llegada de los españoles, lo que prueba que los templos y los palacios de Izamal, lo mismo que los de Chichen, estaban ocupados en esa época, es decir, al tiempo de la conquista.

»Nada más evidente, dice al concluir M. Charnay, quien considera la cuestión como definitivamente resuelta.»

Los argumentos de M. Charnay son de mucha fuerza, y pueden verse extensamente desarrollados en las diversas obras que ha publicado sobre los monumentos primitivos de México y Centro-América.

El marqués de Nadaillac observa que el razonamiento de su compatriota, relativo á la vegetación tropical, es muy poderoso contra la supuesta remotísima antigüedad de las construcciones americanas (1).

Esto no quiere decir, agrego yo, que el enigma esté

(1) Página 323.

descifrado; puede probarse que los edificios estudiados por M. Charnay sean modernos, y ello no implicaría que todos los otros se hallen en el mismo caso. En los últimos años se ha tenido noticia de monumentos y ciudades de la América Central y México, que no se sabe de cuándo datan; en el acreditado periódico *El País,* de la Habana, número de 15 de Diciembre de 1887, he visto que el renombrado arqueólogo Sr. Plongeon, en sus exploraciones de Uxmal (Yucatán), se había cerciorado de que en el mismo lugar que hoy ocupan esas ruinas, han existido tres ciudades; encontró los vestigios de la primera á muchos pies de profundidad, y revelaba una civilización antiquísima, muy superior á la nuestra, así como una época de su fundación de más de veinte mil años (se diría que estamos oyendo hablar á Schliemann de las siete ciudades superpuestas que desenterró en el sitio de la antigua Troya); el mismo *País,* número de 19 de Julio último, dice que el Sr. A. J. Miller ha descubierto en el nuevo departamento de Mosquitos (Honduras), una ciudad prehistórica muy importante, «y según se ha observado, parece que primitivamente existió en el mismo sitio otra ciudad rodeada de una muralla».

Hago estas citas para presentar la ecuación con toda fidelidad, sin enamorarme de éste ni de esotro de sus términos. ¿Son muy antiguos algunos de los monumentos americanos, íntegros ó en ruinas, que nos quedan? Es muy probable. ¿Hay otros recientes? Es muy posible. Condenados por ahora á esta incertidumbre, no nos queda que hacer sino esperar que la Arqueología encienda su fanal en las playas de esta América que todavía está por descubrir.

Pero yo quiero ir con V. hasta admitir hipotéticamente que todos los indios contemporáneos de la Con-

quista estaban en patente declinación, y todavía replico que la decadencia es fase relativa. En decadencia está la Grecia actual respecto del siglo de Pericles; Egipto tuvo varios ciclos de esplendor y menoscabo, uno de los últimos en el reinado de los Reyes Pastores, que duró siglos; pálido emerge el astro de Iberia respecto de los días en que los dominios españoles estaban siempre alumbrados por el sol; pero esos años de niebla no son de barbarie; entrar en la nube no es quedarse sin luz. Pudieron, pues, los indios, desmedrados por las guerras que constantemente se hacían, ó por las pestes, ó por invasiones de otras razas ó tribus más numerosas, ó enervados por el despotismo de sus reyes y el fanatismo de sus sacerdotes, estar atravesando, cuando vinieron los europeos, una época de menos brillo que las anteriores; mas de eso á estar vecinos de la abyección hay mucha diferencia.

Esa decadencia relativa no significa nada ante la absoluta, que data de la conquista. Los indios de Antioquía (Colombia) no estaban muy adelantados en civilización, y la llegada de los europeos les hizo perder lo poco que habían alcanzado, pues perseguidos abandonaron sus hogares y se refugiaron en las asperezas más inaccesibles de las montañas, según lo refiere el señor doctor D. Andrés Posada Arango (1). Igual cosa sucedió á muchas otras razas, y justamente tengo á la vista la comunicación de 1880 en que M. Charnay avisaba al ministro de Instrucción pública de Francia que acababa de descubrir el valle de Apatlatepitongo, muy oculto é ignorado hasta entonces, en el que se habían refugiado tribus mexicanas huyendo de los nuevos guerreadores.

La materia es muy vasta, y yo no debo agotarla; pero

(1) ANDRÉS POSADA ARANGO: *Ensayo etnográfico sobre los Aborígenes del Estado de Antioquia*, pág. 4. París, 1871.

la impresión que deja el estudio de los adelantos de los aztecas, incas y chibchas, no es la de que fueran razas incapaces de elevarse por sí mismas á mayor grado de cultura, inertes para todo progreso, como las tribus africanas, sobre las cuales pasan los siglos en deplorable esterilidad. Yo sí admito la desigualdad de las razas, porque la veo en el mundo; no puedo convenir en que haya un solo é idéntico estado de espíritu para todas las criaturas humanas, al saber que hay hotentotes que casi rumian en este mismo planeta en donde alientan seres de noble inteligencia como D. Juan Valera; y cuando busco una escala para medir la superioridad de unos pueblos sobre otros, no encuentro sino la del ideal, con sus infinitas gradaciones. Ni Livingstone, ni Stanley, ni Hartman, ni Serpa Pinto han desentrañado ideal alguno en el *Continente oscuro;* pero los americanos sí los tenían, como lo prueban sus instituciones y sus obras y su fe en un *Dios desconocido,* á semejanza del de los atenienses; y toda raza que posee ideal elevado, aunque no sea el más elevado, está en vía de perfección.

RAFAEL M. MERCHÁN.

POÉTICA (1)

EL REALISMO HELÉNICO Y EL REALISMO BÍBLICO.

La poesía bíblica, que anda en manos de todos como un modelo de religiosidad, no es, como el paganismo, el desnudo en estado de pasividad, sino que es el desnudo en acción. Véanse algunas estrofas parafraseadas en español por el más místico de nuestros poetas:

«Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le di de hecho
Á mí sin dejar cosa;
Allí le prometí de ser su esposa.

. . . . . .

Debajo del manzano
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te di la mano
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.

. . . . . .

Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías
Allí, tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día.»

(1) El ilustre autor de las *Doloras* está preparando una nueva edición de su *Poética* aumentada con estos cinco artículos nuevos, que La España Moderna tiene la honra de ser la primera en publicarlos y aplaudirlos.
(N. de la D.)

Francamente: sea cualquiera el simbolismo con que se quiera velar la significación de estas estrofas, es menester confesar que pocos autores modernos han podido llegar á la expresión de estas naturalidades tan sumamente naturalistas.

Y es que nuestros críticos patriarcales son como los niños; llegan hasta el escándalo por exceso de candor.

Á un beato muy definidor de textos bíblicos, le preguntó un curioso la razón histórica del tipo equívoco y moralmente soslayado del ama de cura, y le contestó: «Que eso se explicaba perfectamente porque también Abraham se dejaba servir por sus criadas». Esta clase de moralistas que suelen explicar la Biblia por detrás de la Iglesia para tomar por tipos de virtud algunos entes que, si vivieran hoy, la mayor parte de ellos estarían en presidio, son los que siempre tienen preparada una hoja de parra para taparnos la boca con ella á todos los cristianos bien educados, que si pronunciásemos una frase inculta nos quemaría los labios.

Y no es que me espante de la desnudez paradisíaca de estas escenas judaicas, sino que lo que yo quisiera es que la tolerancia se hiciese extensiva á la plasticidad pagana y que no se empeñasen en arrojar á puntapiés del Olimpo á la diosa de la hermosura algunos gazmoños que, apoyándose en textos que no comprenden, toman el moralismo por especulación, y suelen ser unos hipócritas, á la manera de aquella mujer espiritual que, mostrando un helado, decía: «¡Qué cosa tan rica! ¡lástima que no sea pecado!» Estos pérfidos parece que quieren aumentar el número de objetos prohibidos para agrandar la lista de las tentaciones.

Como decía aquel rey galante:

—¡Mal haya quien mal piense! No hay cosa que más

despierte la sensualidad que un pudor fingido. Una Venus con taparrabos no sería una diosa, sino una bayadera desarrapada.

La desenvoltura más descarada consiste en el encogimiento provocativo.

Se ha observado que ciertas cosas sólo son deshonestas en pueblos que pasan de diez mil almas. En las aldeas, los pechos son biberones de carne destinados á alimentar á los niños, y los pies y las piernas son objetos que sólo sirven para andar.

Se cuenta que Mons. Dupanloup fué á visitar el taller de un escultor de moda.

Éste, así que oyó anunciar al Arzobispo, le dijo á su modelo:

—Escóndete detrás de aquella cortina.

Monseñor entró, y vió detrás de la cortina unos pies preciosos.

—¿Quién hay ahí?—dijo.

—Dispense vuestra eminencia, es la modelo, y como estaba un poco desnuda....

—¿Un poco, ó del todo?

—¡La verdad, señor; del todo!

—¡Que salga, que salga! En el arte, el desnudo es un traje como otro cualquiera....

***

LOS ULTRA-PUDIBUNDOS.

Es verdad que yo ni sé, ni puedo, ni quiero hablar de las mujeres sin un poquito de fiebre; y que la castidad remontada, así como los remilgos de la escuela clásica, me remueven el estómago.

Sería un hipócrita si no dijese que creo que á las niñas inocentes que saben el catecismo de memoria ya no les queda nada naturalista que aprender.

Eso de que Pablo atraviese un arroyo llevando á horcajadas á Virginia sobre la espalda con la misma insensibilidad que si la preciosa carga fuese un costal de paja, será muy católico el creerlo, pero yo no puedo menos de ponerlo en duda.

Tengo una amiga, excelente poetisa, que al acusarme el recibo de *El Licenciado Torralba,* me decía : «El libro está lleno de *diabluras.*» Otra me escribió : «El poema debe de tener muchas cosas atrevidas, porque lo he leído con *delicia*». Esta última observación no dejó de alarmar un poco mi conciencia, pues como Torralba no ha sido ningún santo, me pregunté : ¿Estas diabluras ó cosas atrevidas se refieren á la religión? Imposible. Yo siempre he respetado los tres grandes factores que constituyen la esencia del Cristianismo, que son el Dios personal, la inmortalidad del alma y la justicia de las penas y recompensas.

Sin embargo, las castas y los cautos es posible que hayan encontrado alguna idea que me dé entre ellos la opinión de que gozaba por sus distracciones aquél pobre cura que, al querer abrir un día la custodia, y viendo que no giraba bien la llave, sin duda por la herrumbre del tiempo, tuvo la inocente impiedad de exclamar : — «¿Qué diablos habrá aquí dentro?» Y digo esto, porque hace algún tiempo publiqué un poemita titulado : *Cómo rezan las solteras,* y aunque en él no se habla una palabra de religión,—fingieron estremecerse de horror todos los entremetidos de las sacristías. Hablando de esto con D. Alfonso XII, aquel gran Rey cuya gloria será eterna en la memoria de los españoles, se hallaba pre-

sente su augusta consorte, que desde Austria ha venido á España á emular la piedad, la discreción y la virtud de la abuela de Carlos V, y viendo que nosotros no dábamos con el verdadero motivo de la alarma de los mojigatos, nos interrumpió diciendo : «No se cansen Vds. ; la única causa de esa extrañeza consiste en que la acción del poema pasa en el vestíbulo de un templo». Es decir, que todos los días se ve en los teatros al diablo circular por monasterios y catedrales, y yo no puedo hacer que una niña distraída vaya á rezar, pensando en otra cosa, al atrio de una iglesia.

Esta prevención contra mí se ha hecho de moda hasta entre mis colegas, á pesar de que cuando me he visto obligado á pasar en mis descripciones por alguno de esos lugares escabrosos, que yo suelo atravesar con seguridad completa, siempre lo he hecho conduciendo á mis heroínas á escape por el extremo del arrabal de la ciudad en que vive Celestina.

Nadie podrá hallar en ninguna de mis obras una sola de esas frases candentes de que se vale San Pablo, por ejemplo, en alguna de sus epístolas, y que son capaces de llenar de rubor los pómulos de las doncellas que ya van al lecho conyugal con la suficiente preparación para no espantarse de nada.

Un crítico de autoridad ha publicado un gran número de versos de *El Licenciado Torralba,* diciendo que parecen de un *místico demacrado*. Otro censor, de formas literarias que en punto á cortesía dejan mucho que desear, me ha satirizado con el mayor descaro, porque yo soy menos *pesimista* que Byron.

¿En qué quedamos? Unos me tildan de místico, y otros de pesimista. ¿Será que hay cierta conexión de fines entre el cristianismo y el pesimismo? ¿Estaré yo

también contagiado de ese pesimismo moderno que, como el orín al hierro, va pegado al ritualismo de ciertos prácticos fervorosos?

¿Se hallará en mis obras algo de ese sedimento asiático que se encuentra en el fondo del cristianismo primitivo, después que se rasca la elegante corteza con que lo suele recubrir el cristianismo romano?

¿No se encuentra en el mismo Salomón la idea *de que el muerto es más feliz que el vivo, y que el que vive es menos dichoso que el que no ha nacido?*

¿No es un axioma cristiano el de que cuanto más grande es la admiración que se debe tributar á Dios, más grande ha de ser el desprecio que se tenga por las cosas terrenales?

Pero no, yo no debo parecer un místico, porque el desprecio de la vida y las mortificaciones sin un objeto caritativo me son más antipáticas que el sentimiento viril de aquella sociedad romana que, sin más ideal que la pasión municipal de la ciudad eterna, dejaba con indiferencia estoica que se cumpliese el destino á que la sujetaba el poder de Júpiter.

Y volviendo á la cuestión de los ultra-pudibundos, seguiré diciendo que, aunque algunos me califican de escéptico, la verdad es que sólo soy un ocioso, más bien aburrido que desengañado, un experimentalista que no llega nunca á naturalista, y que en materia de libertades literarias, como hombre bien educado, sé hasta dónde es lícito llegar, y nunca enseño en mis versos la silueta del *monstruo de dos espaldas* de que nos habla Shakespeare, y ni siquiera me atrevo á hacer reverberar la inmunda risa de Mefistófeles cuando ve la cadera de los angelitos que bajan á buscar el alma de Fausto. Y á propósito, y hablando claro, nunca transigiré con los que hacen de la

mujer la representación del demonio, pues me parecen descendientes de alguno de los escapados del incendio de las ciudades malditas.

¡Sátiros de la castidad! Fuera de mi vista los que Goethe llama «esa raza hermafrodita que tanto embelesa á los devotos». Hay una cosa en poesía más peligrosa que la desnudez, y es la abominable tendencia á establecer la indiferenciación de los sexos que lleva á ese estado de pasión neutral, en la que lo mismo se goza con una égloga hecha al bello Alexis, que con otra dedicada á la hermosa Galatea : aberración que, cuando la veo escrita, y aunque no sea más que sospechada, me produce como á Torralba el deseo de morir de *asco de la vida.*

***

EL GÉNERO SUGESTIVO.

Escribir sin filosofía es hablar por hablar: es autorizar la crítica sin criterio; el arte bobalicón y la ciencia que no pasa de oficio.

Si la Venus de Milo con su cabeza de chorlito pudiese ser animada por un nuevo Pigmaleón, sería la verdadera imagen del arte sin filosofía; una mujer muy hermosa, pero enteramente estúpida.

Y al llegar á este punto, para ser completamente imparcial, no quiero dejar de condenar un cierto pseudotrascendentalismo patológico que han inventado algunos imitadores de Heine, y que consiste en un subjetivismo sin objeto, en un histerismo soñador que crea un género nervioso asexual, amorfo y maricón, que muchos llaman *sugestivo* y que no sugiere nada.

Este contagio del mareo de lo indeterminado, no sólo

ha invadido muchos pueblos del Norte, sino que se ha extendido á algunas naciones de orígen latino, como sucede en nuestra república de Chile, una nación donde son geniales la claridad, el buen sentido, el valor y la hermosura.

En estos rompe-cabezas no es tan interesante lo que se dice como lo que se calla, y en ellos la solución siempre se deja á cargo del curioso lector, sobre todo si es aficionado á descifrar charadas.

Los cultivadores de este género de poesía se acercan al borde de lo indefinido, tienden sobre el abismo una línea de puntos suspensivos, de los cuales no cuelga la menor idea, y el lector, después de mucho trabajo, saca la misma consecuencia que de la charla del loco de Shakespeare, que habla y habla *hasta que al fin conocen los oyentes que la conseja no les cuenta nada.*

***

LA NATURALIDAD ES UNA HOMBRÍA DE BIEN LITERARIA.

Insistiendo en mis ideas, escribí lo siguiente en un prólogo para un pequeño poema del Sr. D. Cándido Pinilla:

«Mi querido amigo y compañero: He leído su poema con muchísimo placer. Tiene V. razón en creer que los críticos le van á decir, no que imita mi estilo, sino que marcha por el camino que yo creo mejor en literatura. Aunque algunos dicen que el ser de mi opinión es un delito, yo insisto en defender con ardor mi sistema, no por una pretensión vanidosa, sino única y exclusivamente *por amor al arte.*

»Á V., que lo sabe y lo practica, no tengo necesidad de aconsejarle que estudie y comprenda bien la noción

de lo que es poesía. Ha habido muchos poetas y críticos que pasan por notables, que han hecho buenos versos ó los han censurado con acierto, no por conocimiento, sino por instinto. Hermosilla, que escribió una obra titulada *Arte de hablar en prosa y verso* con singular discreción, cuando hizo aplicación de sus doctrinas, puso por modelo de escritores á Moratín, que, exceptuando la *Lección poética* premiada por la Academia, *tiene pocos versos de poeta.*

»Escribir poesía es convertir las ideas en imágenes. Ya dijo Horacio: *La poesía es como la pintura.*

»El verdadero poeta sólo habla por medio de imágenes. Cicerón, aunque no entendía mucho de estas cosas, ya extrañaba que el lenguaje figurado agradase más que el sentido recto.

»La poesía es independiente del verso. Cuando á un prosista ó á un orador le anima el estro y se expresa por medio de figuras pintorescas, entonces el prosista y el orador se transforman en poetas.

»Cervantes y Solís eran dos buenos poetas en prosa y malos en verso. Byron era tan buen poeta en verso como en prosa.

»Es verdad que la poesía en verso es *el arte por excelencia*, porque después de la *arquitectura* del asunto, el sentimiento lo adorna con la *pintura* de las imágenes, que son ideas con colores, y, por último, le añade la rima y el ritmo, que es á un tiempo, *música* y *escultura.* Lo mismo que la ópera, la poesía en verso es la condensación de todas las artes.

»Continúe V. trabajando como hasta ahora, para que su estilo adquiera condiciones de seguridad y de franqueza; ni hinchado, para que no le llamen *fatuo,* ni rastrero, para que no le tilden de *vulgar.*

»Franqueza y sinceridad.

»En el estilo gusta ver la cara del autor, aunque no sea hermosa.

»La manera propia de un escritor es una ampliación de su misma naturaleza, y cuando es sencillo, parece que sus obras están escritas con la sangre de sus venas.

»Los buenos escritores son niños grandes que dicen lo que sienten y como lo sienten.

»El estilo natural es la mejor prueba de la hombría de bien de un literato.

»En la forma, nada de frases inútiles; los adjetivos innecesarios y las frases huecas como avellanas vacías, han hecho que el estilo de los sucesores del gran maestro Fernando de Herrera, se haya convertido en un desván de cosas que no sirven ni para usarlas, ni para tirarlas; y á las puertas de sus prenderías se podría reproducir este letrero, que he visto escrito en uno de los almacenes de las afueras de Madrid: «Aquí se vende ripio y cascote».

»Hace V. bien en seguir con el espíritu abierto á todas las manifestaciones del psicologismo moderno.

»El clasicismo, que sólo nos da á comer cosas cocidas hace una porción de siglos, ya no satisface nuestro apetito, por más que nos lo hacen mascullar desde muchos años antes de que nos salga la muela del juicio.

»Con las doscientas palabras convencionales y obligadas que constituyen todo su vocabulario, sólo se pueden componer trajes de máscara de señora antigua.

»Esta poesía, á pesar de sus frases exquisitas y su horror á la naturalidad, en la forma es un eterno prosaismo y en el fondo una musa muy acicalada y muy boba, que habla *dormida por dentro.*

»La eterna exhibición de lo redicho, lo rebuscado, lo superfluo y lo gazmoño, hacen que uno se reconcilie hasta

con el naturalismo de Napoleón, el cual, acariciando á un hijo de su médico, le decía: «¡ La tripita!; esta es la reina del mundo.» Esto es tabernario, pero al menos es humano.

»No haga V. caso de los seres impensantes que proclaman que la ciencia no debe entrar para nada en las obras poéticas.

»Decía Shakespeare: «¡Palabras, palabras, palabras!»; y Dickens: «¡Hechos, hechos, hechos!»; pero yo moriré diciendo: «Ideas, ideas, ideas!» En cierta ocasión hallé á una labradora que estaba pegando á un niño: «¿Por qué maltrata V. á esa criatura?» le pregunté. «Porque siempre está *sacando ideas*», me contestó. Efectivamente, eso de *sacar ideas* suele ser la más peligrosa de las ocupaciones, porque alarma y destruye el *statu quo* de los intereses indefendibles. Según la letra de todos los ritualismos viejos, los protestantes literarios mereceríamos una recorrida de palos como el niño del cuento.

»Yo bien sé que es mucho más cómodo montar en un pegaso sin ronzal y cruzar los campos de la nateraleza exterior, lanzando á los cuatro vientos odas pindáricas sin pies ni cabeza, que por no tener asunto empiezan como Dios quiere y acaban cuando quiere Dios, que escribir una humorada con *pensamiento*, una dolora con *plan dramático,* ó algún pequeño poema con argumento y alcance *trascendental.*

»Los tanteos poéticos sin objeto conocido, me recuerdan la curiosidad de un embajador chino que, viendo á un gimnasta hacer evoluciones trabajosas, nos preguntaba con mucho candor: «Y eso, ¿para qué sirve?» Los esfuerzos hechos por el entendimiento para no dar á entender nada, producen en almas como las del chino, una ictericia moral.

»No hay inteligencia que, como no esté bien alimentada por la ubre de la metafísica, no caiga en la anemia.

»Lo dicho, dicho; imágenes, naturalidad, sentido íntimo é ideas.

»Y adiós; y ya que la mala suerte desgraciadamente le ha privado á V., como á Milton, de la gracia de poder ver el sol de la vida exterior, pido al cielo de rodillas que el resplandor que ilumina su corazón continúe mostrándole siempre, para su consuelo y delicia de sus amigos, los misterios y los horizontes infinitos de la vida de las almas.»

***

Á LA CRÍTICA GRANDE.

Y como esta Poética no es más que el resumen de los ataques y defensas que han convertido mi vida en una especie de torneo literario, concluiré haciéndome cargo de las últimas estocadas que he recibido de dos insignes campeones, maestros incomparables en la esgrima intelectual.

Después de treinta años de publicado *El Drama Universal*, el ilustrado crítico extranjero Mr. Boris de Tannemberg, en una excelente obra sobre la poesía castellana, publicada en París, ha llamado la atención sobre este poema, enteramente olvidado del público español. Casi al mismo tiempo, el erudito Agustiniano Fr. Restituto del Valle Ruíz, escribió lo siguiente: «No falta quien sólo ve en *El Drama Universal* un engendro poético monstruoso, una producción de dicción apocalíptica, un caos de inspiración rebelde á toda ley; aunque otros, por el contrario, consideran esta composición como el mo-

numento más grandioso y perdurable erigido en esta época á la poesía castellana».—En este poema, yo me había propuesto romper el molde de las antiguas epopeyas, escritas como si en el arte no cupiese la filosofía, fuente de todo conocimiento, y quería además abarcar en una síntesis general todas las pasiones humanas y todas las realidades de la vida desde un punto de vista ideal, colocado fuera de la realidad. Pero se conoce que contra mi voluntad, *El Drama Universal*, en vez de un *monumento grandioso* ha resultado un *engendro poético monstruoso,* como lo prueba el que ningún crítico se haya dignado ni mentarlo siquiera en un período de treinta años, largo calvario de desdén á que sólo ha podido resistir el mérito del *Paraíso Perdido.*

¡Cómo ha de ser! Si yo tuviera ilusiones, esto sería para mí una ilusión menos.

Y como yo me he propuesto consignar en estas POLÉMICAS todo el mal que se diga de mí, añadiré que, hablando de la verdad y moralidad de mis obras, dice el Señor VALLE RUÍZ: «Que sólo la reprobación más enérgica merecen por sus atrevimientos.» ....—Esto no está de acuerdo con la opinión de autoridades irrecusables. Leyendo yo á un célebre Dominico, que después ha ocupado las más altas dignidades eclesiásticas, el poema titulado *Los amores en la luna,* uno de los asistentes preguntó al Prelado: «¿Y qué dice V. de la parte moral?»—«¿Qué parte moral?»—le contestó el hoy purpurado con el candor y la buena fe de un santo.

Otra vez unos católicos, amigos míos, me invitaron á que escribiese algunos versos en un álbum dedicado á Su Santidad León XIII.

Pensando sólo en la poesía, y sin cuidarme del dogma para nada, escribí una estrofa, en la cual decía que si yo

fuese Papa absolvería á todos los pecadores y cerraría el infierno. Los católicos meticulosos discutieron formalmente si convendría romper la hoja en que estaban escritos mis versos, pero con mejor acuerdo se llevó el álbum íntegro al Sumo Pontífice, el cual, después de leer la estrofa, exclamó con su natural bondad: «¡Poeta, poeta!»

Otro insigne escritor, el *Sr. D. J. Mañé y Flaquer*, que pasa con razón por ser uno de los santos padres de la ortodoxia conservadora, asegura: «Que mis obras poéticas pueden haber hecho más daño en España que Balzac en Francia, porque hacen tiritar de frío, de ese frío contra el cual nada pueden las chimeneas, ni los caloríferos, ni los abrigos forrados de pieles, porque es el frío del alma.» Y concluye diciendo: «¡Cuántas más ruinas han causado los conservadores á estilo de Campoamor que los demagogos á lo Castelar!»

Convengamos en que la cosa no merece tan inquisitoriales censuras. Los ilustres pensadores *Valle Ruíz* y *Mañé y Flaquer* me perdonarán si les digo que opino como el gran León XIII y el célebre Cardenal, que en cuestiones de arte, el arte es lo primero, y que tiene algo de empirismo el juzgar una obra desde un punto de vista de moral restringida, cuando el arte sólo es uno y las fuentes de moral, bajo muchos aspectos, son tantas, tan variadas y tan contradictorias. El Sr. Castelar, con su maravillosa elocuencia, destruirá muchas instituciones y muchas cosas; pero yo, en mi humildísima esfera, me contento con dejarlas caer, y en esto no hacemos los dos más que obedecer á la ley de la vida, en la que todo lo que nace está condenado á morir.

***

Á LA CRÍTICA PEQUEÑA.

¡Raza inextinguible de escribas y fariseos, que sois capaces de convertir con vuestra hipocresía los imperios más santos en reinados de farsas celestiales: dejadme morir en paz, sin perseguirme con vuestras murmuraciones, por suponer que en alguna de mis frases hay demasiado desenfado, y en el fondo de mis cuadros disquisiciones un poco aventuradas! En materia de temeridades intelectuales yo me confieso pecador, y digo como el filósofo: «¿Hablan mal de mí? Pues si supieran otros defectos que tengo: aún hablarían peor.» Pero no me aburráis con una afectada pudibundez, á la cual no falto nunca. Además de no creer en vuestras gazmoñerías, os tengo que decir que, así como San Juan Crisóstomo asegura que hay cosas que los ángeles han sabido por revelación de San Juan, yo, que no soy santo ni inspirado, os puedo revelar que con mis realismos de frase no hago más que imitar á esos mismos ángeles; pues sé que como complemento de delicias inefables, bajan del cielo todos los domingos y fiestas de guardar, para besar, no los ojos, sino las miradas de las mujeres de la tierra.

No convirtáis las verdades filosóficas en piedras de escándalo, porque el hombre, en último resultado, se reduce á ser una razón dudando. ¿Hay cosa más natural que el infeliz que va cruzando el camino de la inmensidad se pregunte á sí mismo ó pregunte á los demás si viajamos sólo por impulso de nuestro libre albedrío, ó por la fuerza de una implacable fatalidad? En medio de este hervidero de dolores, ¿es posible que el pensador no pregunte, como Segismundo, si la vida es un sueño en acción, ó como Fausto, si es una acción horrible?

Dejad volar al alma. El pensamiento es la única atmósfera respirable del ser humano. Es menester vivir, pensar y escribir conforme á la naturaleza. Después de todo, la virtud, más que en pensamientos, consiste en realizar buenas acciones.

Varrón contaba ya en su tiempo hasta doscientas ochenta y ocho maneras excogitadas por los filósofos para ser dichosos. Yo sé algo de filosofía, pero no he encontrado más que una manera de ser un poco feliz; y es la de dedicarme á la estética, ciencia que enseña á convertir lo bello ideal en bello sensible, ó, lo que es lo mismo, aunque parezca enteramente lo contrario, en convertir lo bello sensible en bello ideal.

Dejad que me embriague tranquilamente con el opio de las letras, porque si no, creo que para soportar el largo camino de la vida, tendría que apelar al verdadero jugo de adormideras.

¡El amor al arte y el cariño de algunos de los seres que me rodean son las únicas ilusiones que me quedan para poder sobrellevar con gusto los pocos días que me restan de vida: ilusiones que ruego á Dios que me conserve eternamente, para que, así como fueron mi delicia en la tierra, después de mi muerte sean el premio de mis esperanzas en el cielo!

CAMPOAMOR.

INSTITUCIONES GREMIALES

CONSIDERACIONES SOBRE EL LIBRO DE ESTE TÍTULO PUBLICADO POR D. LUIS TRAMOYERES BLASCO.

Tan abundante y rica cuanto es nuestra bibliografía en otras materias, tan escasa y menguada anda esta en lo concerniente á los estudios que en el orden económico se ocupan sobre corporaciones y colectividades para la realización de fines convenientes al indicado objeto. Triste es confesarlo, pero si recorremos las revueltas notas bibliográficas que acerca de este importante ramo de las manifestaciones del espíritu social de nuestra patria poseemos, ¡cuán pocos números podremos presentar! ¡Cuán pocos y menguados serán los trabajos que de esta índole podremos ofrecer al hombre estudioso que con deseo de aleccionarse en la experiencia de las pasadas generaciones, requiere, busca, investiga con deseo de conocer cuáles fueron aquellos, qué fines persiguieron, qué doctrinas y tendencias les informaron, para que, sirviendo su historia de provechosa lección, podamos hoy acomodar nuestro modo de ser en asociaciones semejantes, inspiradas en la tradición y en los hechos, aplicar

prácticas enseñanzas del pasado, con manifiesta ventaja y positivo adelanto en nuestra época, á importantes corporaciones, modernos organismos, necesarios al fin práctico del progreso. Mas para llegar á este punto de conocimiento hemos de acumular pruebas, datos, piezas todas necesarias en este proceso, y para ello, cual es consiguiente, nos es indispensable poseer el modo y manera cómo vivieron y se rigieron las comunidades, asociaciones, gremios y colectividades que tuvieron su vida, en los pasados siglos, y que funcionaron legalmente constituidas, ejerciendo poderosa influencia como cuerpos económicos, y pasando luego como organismos político-económicos á tener su participación en la gestión pública por los cambios y vicisitudes inherentes á todo lo que es contingente y necesario.

Pues bien: si hemos de conocer cual merece asunto de semejante importancia en la vida social de los pueblos de la Península, necesitamos estudiar esas organizaciones especiales, penetrarnos de su espíritu, misión y tendencias, para deducir luego desde ellas provechosa lección de la experiencia, que nos sirva de poderosa luz en el camino de lo venidero, en la resolución de arduos problemas, en el advenimiento del gremio como libre asociación é institución económica que ha de prestar poderoso apoyo, fuerza suficiente, para que el desenvolvimiento de aquél constituya, cual debe ser, un elemento cimentado en la representación nacional por la constitución de los productores y contribuyentes. Desenvolvimiento libre, bajo la acción tutelar del Estado, como sociedad encaminada á la realización de los principios armónicos de la moral y del derecho. Para ello, como decíamos, es necesario estudiar aquellas corporaciones, y lo difícil es hallar forma, modo y manera de planear aquel estudio cuando

tan deficiente es nuestra historia interna, en el conocimiento de los hechos que constituyen la vida orgánica de los pueblos, que sintetiza su espíritu, su modo de obrar, de ser y pensar en el campo de los fines sociales; historia que no se halla exornada con el estruendo de los combates, ni en las ramas del infecundo laurel, sino en las modestas de la encina y del olivo. La historia de estas instituciones, su estudio como elementos orgánicos del país, lo propio en este ramo como en otros muchos, está por hacer; escasos y difíciles los recursos en que contamos para poder levantar el estudio sintético de tales corporaciones, y por tanto, difícil, y muy mucho ha de ser esta ardua é ímproba tarea para quien con fe la emprenda, quiera llevarla á cabo y presentar un cuadro tan completo cuanto los materiales lo permitan, de aquellas instituciones, de aquellos patentes organismos. Para escribir sobre materias dadas sin el importantísimo apoyo que la bibliografía nos suministra, cual carta que nos indica derroteros, es necesaria una fe y constancia cual la que ha guiado al Sr. Tramoyeres para llevar á cabo una obra, cual la que es objeto de estas líneas. Lleno de fe y entusiasmo y poseído de la noble idea de ensanchar el campo de los conocimientos despejando el horizonte, con voluntad incansable ha registrado archivos, ha hecho revivir con el poderoso *surgite mortui* los empolvados pergaminos que dormían el sueño de los siglos, reconstituyendo con la pluma, la poderosa palanca del siglo XIX, las muertas asociaciones, instituciones olvidadas de la época de nuestra grandeza como pueblo original y no sujeto á extrañas influencias. Las ha hecho aparecer vivas, como si existiesen aún florecientes, como institución no sólo posible, sino necesaria para nuestra regeneración; como progresivos elementos en la esfera de la asociación y de

la libertad, para enseñanza de los pueblos; como genuino tratado en que aprender y estudiar el principio de sociabilidad, conforme á los fines de la personalidad humana. Seguir por tan espinosa senda, no desmayar ante obstáculos casi insuperables, y puesta su mira en el objetivo de sus aspiraciones, seguir luchando, separando obstáculos, salvando imposibles vacíos, y venciendo para llegar á su fin, tal es el propósito en que se afirmó el Sr. Tramoyeres para realizar la obra más acabada sobre *Las Instituciones gremiales de Valencia*. Propósito que ha realizado de una manera brillante, dados los elementos que pueden hallarse en nuestra patria. ¿Cómo lo ha efectuado? Eso es lo que nos proponemos dar á conocer en cuanto los reducidos límites de una nota bibliográfica nos lo permiten: bien quisiéramos que el estrecho espacio de que podemos disponer nos dejara campo para examinar aquilatando el valor de tan estimable cuanto erudito trabajo; pero ya que esto no nos sea posible, procuraremos ceñirnos á los puntos más culminantes de la obra, y en los que se manifiesta más el estudio y poderoso espíritu analítico del autor, en historia tan compleja y de tan vastos horizontes.

Para ello ha tenido que invertir un tiempo precioso, y que, aplicado á cualquier ramo de la actividad humana, hubiérale, metálicamente considerado, con creces remunerado sus afanes. Para escribir un libro como el de las *Instituciones,* necesítase un largo período de preparación, no sólo de los elementos que le habían de ayudar, sino que también, y es el más pesado, el del caudal bibliográfico que había de servirle de punto de mira, materiales que escoger y aquilatar en su valor para llevar adelante su penoso empeño. Y este trabajo es tanto más difícil y pesado, como dijimos al comenzar, por lo escaso del inven-

tario bibliográfico que sobre la materia y sus afines en el orden económico poseemos en España, si la consideramos con relación á otros países, á Francia particularmente, que nos ofrece un catálogo de obras, tanto impresas como manuscritas, como el publicado por Hipólito Blanc, comprensivo de 1,141 sobre asociaciones obreras anteriores al año 1789 (1).

En nuestra patria no han sido las instituciones gremiales estudiadas con el detenimiento que como importantes organismos en el funcionar del Estado merecían; es más, parece que no se dió importancia á unas agrupaciones de obreros que constituyeron fuerzas, no sólo económicas, sino que también políticas; fuerzas respetables en acción, como lo demostraron más de una vez los hechos, como puede conocerse por la historia, y si no, téngase presente, aquí en el reino valenciano, la manifestación militar ó revista de 8,000 hombres ante el cardenal Adriano, en los hechos que precedieron á esa guerra llamada de las Germanías, tan poco estudiada como menos comprendida todavía.

A pesar de su importancia como corporaciones productoras, como base de la riqueza y conocimiento del ser industrial del país, no llamaron especialmente la atención de los economistas y jurisconsultos, tan respetables como importantes organismos, que si por un momento pudieron ser causa y efecto del estancamiento y paralización del movimiento industrial, respondió esto más á los erróneos principios económicos reinantes y al espíritu uniformista que introdujo en nuestras costumbres la ceremoniosa corte austriaca; excusas y faltas no propias y exclusivas de nuestra patria, si no comunes á toda Eu-

(1) *Bibliographie des Corporations ouvrières avant 1789.* París, 1885.

ropa, y que con un espíritu de tradición mal entendido se perpetuó más largo tiempo en España, imbuida por las ideas de riqueza, que, en mal hora para nuestra existencia económica y mercantil, se fomentaron con los capitales que de América vinieron para abrir con azadones de oro la fosa de nuestra ruina y aniquilamiento, como factor importante en el concierto de la producción europea. No sucedió así, no se dió importancia á la que encierran estas instituciones como base de la riqueza de la nación, y abandonándolas á la rutina, al *statu quo,* el marasmo las ahogó, y sucumbieron en sus estrechas y tradicionales miras, de la misma suerte que decayó la nación entera, víctima de una idea de mísera riqueza que nos redujo á un pueblo de orgullosos harapientos en las agonías de una decadente dinastía que nos había conducido á la más cruel y ridícula de las miserias. Escribiéronse centenares de obras buscando remedio á los males que agarrotaban la vida económica de la nación; buscáronse empíricas soluciones en el aumento del valor de la moneda, las prohibiciones de introducción extranjera y la salida del numerario, mas todo fué en vano; no estaba allí el mal: atacábanse los efectos, pero no se inquiría la causa; y de aquí que vanos esfuerzos estrellábanse contra la misma ineficacia del remedio, contra la propia medicación. Informándose en estos conceptos, escribiéronse muchas obras, tal vez demasiadas, buscando escape á tantos males; pero entre tantas como se escribieron, y de las cuales citamos algunas por nota (1), apenas podemos presentar, sino muy entrado el siglo, alguna que con detenimiento se ocupe, trate, dé importancia á las corpora-

(1) *Apólogo de la ociosidad y del trabajo,* por Luis Mexía (1546).

Memorial para que no salgan dineros de estos reinos de España, por Luis Ortiz (1558).

Despertador que trata de la gran fertilidad, riqueza, etc., que España

ciones obreras, gremios, asociaciones ó hermandades. No se las consideró como elementos productores, sino que sólo se vió en ellas el espíritu de beneficencia, más que el industrial, y esto fué causa de que el estancamiento de aquéllas produjese su muerte como elemento de producción en unas corporaciones, que, lejos de ser freno para el adelanto, debieron ser espuela que aligerase el paso industrial; quisieron detener con sus trabas y formularismo al viento rápido del comercio, y éste arrolló á los gremios, que quedaron cual desarbolado buque, sin rumbo ni medios para salir del agitado mar de la febril industria, cada día más activa, más poderosa y enérgica en su vertiginosa marcha. No sucedió así; ni la ciencia ni el estudio vieron algo, algo poderoso é influyente en los gremios, les dejaron como fuerza que para nada servía sino como rémora; y de aquí, que, como hayamos dicho,

solía tener y la causa de los daños y faltas con el remedio suficiente, por Juan de Arrieta (1578).

Memoriales sobre la política necesaria y útil restauración de la república de España, por Martín González de Cellorigo (1600).

Bienes del honesto trabajo y daños de la ociosidad, por Pedro de Guzmán (1614).

Restauración política de España, por el Dr. Sancho de Moncada (1619).

Comercio impedido por los enemigos de esta monarquía, por José Pellicer Ossau (1639).

Rapsodia económica político monárquica, por el marqués de Santa Cruz de Marcenado (1732).

Restablecimiento de las fábricas y comercio español, por Bernardo Ulloa (1750).

Recreación política: reflexiones sobre el tratado de población, por Nicolás Arriquibar (1779).

Reflexiones económicas, por Francisco Vidal Cabarés (1781).

Carta sobre los obstáculos que la naturaleza, la opinión y las leyes oponen á la felicidad pública, por el conde de Cabarrús (1795).

Memoria sobre la industria en general, por D. Vicente Alcalá Galiano, en (1781).

Historia del lujo, por Sempere Guarinos (D. Juan), 1801-1804.

Reflexiones sobre las artes mecánicas, por D. Francisco Bruna (1805).

Muchas otras podríamos citar, pero el lector que quiera conocer mejor la bibliografía sobre la materia puede consultar la Biblioteca económica del Sr. Colmeiro.

murieran para la industria; y como corporaciones cerradas á toda innovación sucumbieron, víctimas del vacío que en torno suyo habían formado. Sucumbieron por erróneo concepto en su marcha; pero no sucumbieron ni sucumbirán en cuanto al principio que les informa, la sociabilidad humana; y hay más: mañana el gremio renacerá como institución abierta, como poderosa fuerza orgánica de la industria, y favorecidos por el Estado cual debe serlo toda asociación dentro de aquél en cuanto se rijan sus aspiraciones por los principios inmutables de la moral y del derecho.

No deja de citarnos el Sr. Tramoyeres las pocas fuentes de estudio que sobre la materia puede presentar España en el inventario del trabajo sobre esta institución, y al hacerlo, al verse la escasez de elementos de que pudo disponer, avalórase más y más el de su estimadísimo trabajo, tan sobrio en detalles como rico y abundoso en doctrina, presentada de una manera tan metódica, clara y ordenada, como exenta de aparatosa ostentación ni determinaciones conceptuosas. Cítanos en la pág. 405 de su estudio la conocida obra de Ustáriz *Teoría y práctica del comercio,* impresa en 1724: el *Proyecto económico* de Ward, edición de Madrid de 1779, obra que recibió su inspiración en las doctrinas de Colbert, y en la que se trata con bastante extensión de las corporaciones gremiales encaminando sus tendencias á la libertad industrial.

Aprecia en cuanto vale el estimable y nutrido estudio *Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento.* Importancia tuvo en su tiempo el citado trabajo, y mucho más por la riqueza de datos que nos suministra el *Apéndice* que acompaña al citado discurso. Este *Apéndice* se publicó en cinco volúmenes, que, comprendiendo otras tantas partes, fué impreso por A. San-

cha en Madrid, en 1775-1777. No deja de hacer apreciación del informe de Jovellanos una de sus más estimables obras, y en la que presentó un completo plan orgánico de las instituciones gremiales. Bien puede decirse que este preclaro economista fué quien inició un nuevo rumbo á estos interesantes estudios, penetrando en el conocimiento de su interno organismo, siendo su principal reformador, y entusiasta panegirista de las corporaciones y gremios. Práctico en estos estudios, no deja de hacer el aprecio debido á las notables *Memorias políticas y económicas sobre frutos, comercio, fábricas y minas de España,* por por D. Eugenio Larruga, las que comenzaron á ver la luz pública en 1775, con numerosa colección de volúmenes y cuyo completo es hoy difícil de hallar.

No deja en olvido los apreciados trabajos de D. Valentín de Foronda *Cartas sobre los asuntos más exquisitos de la Economía política y leyes criminales* (1794), lo propio que la interesantísima *Historia de la Economía política en Aragón* (1798), apreciando sus doctrinas con la tendencia á la nueva escuela económica, citando al mismo tiempo los inolvidables estudios de Capmany: el *Semanario erudito de Valladares con su importantísimo Discurso político-económico sobre la influencia de los gremios en el Estado, en las costumbres populares, en las artes y en los mismos artesanos,* (1778), cuyo trabajo, aun cuando apareció anónimo, adivinóse su autor por el completo dominio del asunto. De todas estas obras hace mérito el Sr. Tramoyeres en el cuerpo de su monografía; todas ellas las aporta como contingente importante en el desenvolvimiento ilustrativo de su estudio, bajo sistemático plan y labor.

El Sr. Tramoyeres no se satisface con la exposición de los elementos que constituyen el gremio, sino que, pe-

netrando resueltamente en el campo de la investigación histórica, llegando al período romano, inquiere y pregunta á los monumentos epigráficos, deduciendo de los restos de inscripciones provechosa enseñanza, para demostrarnos los gérmenes del primitivo gremio, el espíritu de asociación que comenzaba á asomar en medio de la organización impuesta por Roma. Á investigar estas importantes manifestaciones dedica el capítulo primero, enlazándole con los pocos conocidos hechos del período visigótico deducidos del *Breviario* de Alarico. La dominación musulmana, recibiendo elementos superiores de civilización, aun de la misma raza vencida, por la inquebrantable ley de la historia de que la fuerza se rinde á la fuerza de la civilización, y que el vencido se impone por la inteligencia al vencedor, hizo que los vestigios del gremio no desaparecieran, sino que continuaran, modificándose tan sólo en cuanto afectaba su organización religiosa, á su manera de obrar en la acción social. Deja cerrado lo que pudiéramos llamar el período germinativo ó incubatorio del gremio, que se desenvuelve con la reconquista de Valencia por D. Jaime I. Surge entonces con nueva vida en una atmósfera de libertad y de expansión bajo el amparo y la egida religiosa, poder tutelar, bajo el cual se abrigaron la ciencia y el arte para prepararse, al calor del claustro, al amparo de la vida corporativa, para una nueva revolución con nuevas tendencias y mayores aspiraciones en el dominio de la ciencia. Lo propio que con la Universidad sucedió con el gremio, sin olvidar la tutela, bajo la cual había vivido, sin abandonar sus antiguos lares, sin olvidar aquéllos, el gremio, nacido al influjo de la educación, comenzó por instituirse como cofradía; bajo dicha salvaguardia constitúyese con este carácter; bajo el de la caridad con el prójimo se organiza;

informándose en los fines cooperativos de la asociación en el terreno de la mutualidad, y sin abdicar de aquella tutela desenvuelve más amplias aspiraciones en los económicos, unidos y afectos á los de la caridad; y entonces, sí, es cuando el gremio representa la totalidad del espíritu humano en sus fines sociales del corazón y la inteligencia, la caridad y el progreso; es decir, se cumplen las armónicas combinaciones de la moral y el derecho. Al estudiar este punto de la manera tan clara como sucinta cual lo hace el autor del laureado trabajo, no podía menos de presentar un paralelo entre la distinta situación económica y moral del obrero del gremio y del que permanecía aislado sin el apoyo del mutuo, sin la hermandad que el agremiado encontraba en sus colegas allí adonde la suerte le llevaba, adonde en busca de trabajo se encaminaba con la patente de la fraternidad corporativa, que hacía una especie de nacionalidad del oficio, con leyes de solidaridad que le daban fuerzas para el adelanto, apoyo y conservación de una disciplina hija del espíritu social que regía al individuo por el de la totalidad, y á éste por la iniciativa del agremiado en bien de aquélla.

De esta suerte es como de una manera tan completa como perfectamente expuesta nos presenta el desenvolvimiento histórico del gremio, de la corporación; pero al terminar lo que pudiéramos llamar su proceso histórico, penetra de lleno en el terreno filosófico, procediendo al examen de los principios é ideas que le engrandecieron, para deducir que cuando los errores económicos, el egoismo y la envidia comenzaron á predominar é imponerse sobre los justos principios de la equidad, dando lugar al monopolio, á los privilegios, sobre los principios del progreso que exigía la vida moderna comercial con el

nuevo rumbo económico, entonces es cuando se manifiesta de una manera clara, precisa y determinada la muerte del gremio como corporación cerrada, con sus querellas y espíritu rutinario, y queriendo en vano detener la impulsiva fuerza del adelantamiento. Las corrientes de la ciencia le impulsaban por nuevos caminos, no quiso seguirlos, no quiso encauzar en aquella corriente que le absorbía; quiso detener la invasión, y cual débil obstáculo que se opone á la impetuosa de un río, fué arrastrado y sucumbió ante el nuevo orden de vida; quiso buscar en la modificación su futura existencia, era tarde, y al influjo de las ideas revolucionarias cayó para desaparecer como institución cerrada, como rémora del progreso, pero para renacer como renacerá, como asociación libre, como hija del espíritu corporativo, bajo las bases de la moral y del derecho, como nueva evolución del espiritu del hombre, apoyado en el «la unión hace la fuerza». Bajo este lema, el gremio será lo que debe ser, la unión, y ésta es hoy la vida; el espíritu corporativo es la nueva palanca, y los hechos lo comprueban. El gremio cerrado, con sus rutinas y preocupaciones, su quietismo y reminiscencias de la vida contemplativa, sin adelantos ni fuerza impulsiva, sucumbió ante el exceso de oxígeno de la vida moderna; en cambio, el espíritu corporativo ha llenado el mundo de potentes manifestaciones de su acción, y díganlo si no las asociaciones cooperativas, sobre todo la de los *Equitables pionners* de Rochdale, comparadas con la rutinaria y pobre existencia del antiguo gremio. Este período, este estudio es para nosotros el que con más fuego, entusiasmo y claridad nos presenta el Sr. Tramoyeres. La multitud de pruebas que nos suministra la bibliografía francesa, sumamente rica en estudios de esta índole, como hemos dicho, nos da los

elementos necesarios para comprender que la existencia del gremio, su estudio, la vida del obrero, y el espíritu de asociación en los tiempos presentes, tiene una fuerza incontrastable, y que es digna de atenderse preferentemente, encauzarse y levantar cuanto tienda al espíritu corporativo como mejora del obrero, como fuerza viva, que llevará en su día su contingente á la representación nacional, si ésta ha de ser una verdad, si ésta se ha de inspirar en aquella antigua organización de las Cortes aragonesas, que dieron entrada al gremio, le respetaron como uno de los elementos más influyentes en la reconquista y organización del país. De aquí, pues, que, si la verdadera representación nacional ha de existir, si ha de ser una cosa cierta y positiva, fuentes tenemos en nuestras antiguas libertades en donde inspirarnos, en que hallar elementos históricos que fueron buenos y sirvieron para ser respetados en lejanas épocas. Son elementos genuinamente españoles, y á ellos debemos recurrir, como hijos de nuestro modo de ser. El Sr. Tramoyeres, cual diligente arqueólogo, ha revuelto las ruinas del pasado, y sacando preciosas notas de los archivos, les ha hecho revivir, y ante la clara luz de su crítica, ha demostrado con filosófico informe lo que debe ser el gremio, lo que será indudablemente mañana, pues que la enseñanza no se pierde; que la bandera levantada por nuestro sabio y querido maestro D. Eduardo Pérez Pujol hace años no cae, y tiene quien la enarbola, y así lo demuestra la notable obra de que nos venimos ocupando, y que en las Cortes el Sr. Comenge haya no ha mucho levantado la bandera del gremio como asociación libre, llamada á ser la base de la representación nacional en la ley del sufragio; todo ello señala y manifiesta la justicia del pensamiento y su necesidad y conformidad en el cum-

plimiento de las inmutables bases de la moral y del derecho.

Las tendencias del Sr. Tramoyeres, con las cuales estamos completamente conformes, son: asegurar el derecho como base de la libertad económica, y por tanto de su libre acción, y fundar sus asertos en lo necesario de la sociedad, como base de desenvolvimiento de la libertad del individuo. Y como al estudiar el desarrollo del gremio ha tenido que analizar los elementos orgánicos que le informaron en los demás pueblos, de aquí que nos marque las tendencias que le encauzaron en la Francia del Mediodía, y sus relaciones con Cataluña y Aragón, explicando de una manera evidente su causa, origen y naturalización en nuestra patria, como obedeciendo á tan directa é inmediata influencia, que, no sólo la tuvo en este punto, sino en el arte y en el idioma. De igual suerte precisa la germana, luego más tarde, siempre con sus tendencias militarescas de uniformación, del cierre, del absolutismo hasta en los detalles, tendencias que se impusieron y predominaron en Europa, para señalar la muerte de los gremios, que cayeron con la Casa de Austria, casi coetáneamente, por el virus del estancamiento. El progreso económico inició nueva vida, y ésta es hoy el porvenir del gremio como corporación libre, como fuerza en el Estado, en la producción, y como informada en el espíritu del adelanto y de la vida moderna para facilitar la realización en fines económico-sociales. Que semejante tendencia no es hija exclusiva de ninguna escuela determinada que cierre á los ojos de la verdad y de la evidencia del hecho histórico que ante nosotros se desenvuelve, lo manifiesta la bibliografía extranjera, que es innumerable en la materia, no sólo en volúmenes, si que aun más en folletos y memorias, debiendo hacer mención de algu-

nas de las últimamente publicadas, como son: *Les associations ouvrières, Études sur leur passé, leur present, leur condition et progrès*, por J. C. Paul Rougier. *Du mouvement coopératif international*, por Paul Matrat. *L'avenir de l'ouvrier. Travail et prévoyance,* por Chevalet. *La question sociale,* por Bonalet. *Union des classes laborieuses,* por Perrin. *L'épargne du travailleur,* por Chelusant. En Italia encontramos también que el movimiento en la materia nos da un notable contingente con las obras de Ciccone, *La questione sociale-ecconomica* (memoria laureada), y algunas de menor importancia. Rusia, la lejana Rusia nos presenta la obra de Kavatchonuski (L. M.), *Statistique des forces de production de la Rusie,* publicada en alemán, francés y ruso. Estos últimos datos nos demuestran la importancia cada día mayor que va dándose á estos estudios, y cuánto tienden el desenvolvimiento corporativo, apoyados por las sociedades católicas y fomentados por ellas como lo demuestran los trabajos del Círculo Católico de Iseghem (Bélgica) creado en 1872, y del cual han surgido muchas fundaciones de previsión y patronato. En Lovaina vive prósperamente la corporación de oficios y negocios, en la que se hallan mezclados patronos, obreros y comerciantes. Todas las naciones siguen por este fecùndo camino uniendo á las clases productoras, único capaz en nuestro concepto de poder torcer el rumbo á la cuestión social. En nuestra patria, si bien no faltan espíritus ansiosos de llevar adelante un pensamiento aceptado, no sólo en el viejo, sino también en el nuevo mundo, no obstante estos deseos y noble propaganda, la política personal y de ambiciones de mezquinos partidos sin más fin ulterior que el poder, apoyado en el caciquismo rural que mantiene el malestar y ruina de nuestro pueblo, también se han publicado algu-

nos interesantes estudios referentes al punto de que venimos tratando. Aquí cuanto se hace es debido al esfuerzo individual, á la iniciativa particular, débil siempre ante el esfuerzo colectivo; y aparte de los interesantes números bibliográficos que cita el autor en la pág. 405, sólo diremos una palabra: obra sistemática sobre el asunto gremial no existe otra anterior á la del Sr. Tramoyeres. Él es quien puede decirse ha roto el hielo que encubría la materia, y al hacerlo, lo ha hecho de una tan perfecta suerte, que poco podrán mejorarse en lo sucesivo cuantas se escriban, no sólo en fondo, sino en método. Se han publicado algunas tocante á los conceptos principales y especiales sobre la materia, importantes factores todos ellos para la realización del principio, y entre ellos no podemos menos de citar la notable obra *Curso de derecho político,* Madrid, 1880, del Dr. D. Vicente Santamaría; los *Elementos de derecho natural,* del Dr. D. Rafael Rodríguez de Cepeda. Ambas notables obras infórmanse en el principio general, en cuanto concierne á la acción corporativa; y en sentido especial, no podemos menos de hacer la justicia que se merece el notabilísimo discurso de recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas del Excelentísimo señor conde de Torreanaz, con referencia á los *Gremios de Castilla* (Abril de 1886). La interesante recopilación metódica sobre *Gremios de Valencia* que publicó el erudito y estudioso cuanto celoso investigador de la historia de Valencia, Excmo. señor marqués de Cruilles, y finalmente, sobre mejoramiento de las clases obreras, se han publicado, con motivo de la información que pidió al Gobierno siendo ministro de la Gobernación el Sr. Moret, valiosas contestaciones, informándose ya muchas de ellas en el principio del gremio como asociación libre, y bajo este mismo criterio el que esto escri-

be publicó en 1879 un informe que, como ponente de una comisión nombrada al efecto, tuvo que redactar, acerca del mejoramiento de las clases obreras por el propio hogar, este trabajo, asaz insignificante, mereció aceptación del público, teniendo que hacerse hasta tercera edición de la memoria, que nada de nuevo encerraba sino la idea esparcida con claro criterio y mejor constancia por nuestro querido maestro Sr. Pérez Pujol. Posteriormente poco se ha publicado: parece haberse apoderado el marasmo nuevamente; pero la obra del Sr. Tramoyeres vemos que en el Parlamento ha hecho levantar la voz de un diputado tan celoso como el Sr. Comenge, que ha abogado por el gremio como la base del sufragio, y cuya enmienda no fué aprobada; no hay que desmayar por ello, y el Sr. Tramoyeres, al recibir merecido premio en los Juegos florales por su obra, recibirále mucho mejor con el aprecio que su interesante estudio le creará en España, y mucho más aún en el extranjero, en donde estos trabajos son estimados en cuanto representan y valen. El fondo no puede estar más enriquecido de datos, notas y acertada observaciones, y si su lectura es sumamente grata para quien con gusto estudia estos interesantes y tranquilos desenvolvimientos del espíritu social en nuestra patria, no lo es menos para quien desea conocer la historia de las clases obreras, pudiéramos llamarla así, de los tiempos medios.

Bien quisiéramos entrar en el análisis de la obra, pero ni el espacio, ni nuestra inteligencia nos lo permiten; bien quisiéramos que estas notas pudieran aquilatar el valor de la obra del Sr. Tramoyeres, pero ni nuestras fuerzas son para llegar á tal altura, ni un examen minucioso avaloraría su rico trabajo; es necesario abarcar, estudiar el conjunto, para comprender el inquisitivo, de

erudición y de análisis empleado en una obra que resulta un todo tan homogéneo y completo cual si con su estudio viviéramos en el gremio y del gremio. Si algo faltaba para abrillantar tan erudito trabajo, complétalo el prólogo del Excmo. Sr. D. Eduardo Pérez Pujol, nuestro inolvidable y querido maestro: acerca de él nada diremos; somos muy pequeños para llegar á la obra siempre respetabilísima del sabio profesor; la veneramos como obra de nuestro padre en la vida científica, y repetimos con el respeto con que un hijo recuerda el nombre de sus antecesores: el prólogo «es obra del Dr. D. Eduardo Pérez Pujol».

J. Casañ Alegre.

REVISTA ULTRAMARINA

Postdata á la división de mandos en Ultramar.—*Bochinche* á la americana.—La secretaría del Gobierno general de Puerto Rico.—El Sr. Cánovas del Castillo.—Un artículo de *El Economista* de Caracas.—Santa Isabel la Católica y San Cristóbal Colón.—Recuerdos de Bello y de Bolívar.—Cambio de tono en los poetas con respecto á España.—*Poesías* de D. Q. Sánchez y D. L. Cordero.

GANAN terreno las esperanzas de un completo fracaso del Congreso de Washington, hasta el punto de limitarse ya, según parece, las pretensiones de los Estados Unidos á obtener de las Repúblicas hispanoamericanas algunos vergonzantes beneficios económicos; pero, en cambio, nuestros problemas ultramarinos, de que en el artículo anterior tratamos largamente, han tropezado con una dificultad lamentable por su significación, por sus tendencias y por el retroceso que presagia de nuestras costumbres políticas. Bien se comprenderá que nos referimos á la algarada que en estos momentos produce el simple anuncio de la separación de mandos en Ultramar, así en el Senado como en el Congreso, movidos ciertos elementos militares y algunos del orden civil por una carta-proclama del senador y general Dabán, tocando á rebato á los de su clase, tan á deshora,

sin razón ni sustancia, que el ministro de la Guerra se ha visto precisado á imponerle dos meses de castillo, demandando al Senado autorización para sacarle de su residencia. De aquí sesiones parlamentarias tumultuosas y bizantinas, que si al pobre sistema le quedára sano algún hueso, le clavarían el puñal de misericordia, y una agitación ficticia y ruin de los elementos políticos, que no hay vocablo en nuestro idioma que con exactitud la pinte, siendo más afortunados los de América, que tienen para ello el significativo y estruendoso *bochinche,* que ya con su sonancia descubre su baja ralea, mal definido por la Academia en su *Diccionario,* á quien rectifica en estos términos el excelente *Vocabulario Río-platense* de D. Daniel Granada, que alcanza ya su segunda edición, impresa en Montevideo en este mismo año: «*Bochinche:* m: desórden, escándalo, barullo: confusión y »alteración del concierto propio de una cosa, por efecto de »la ineptitud, abandono, travesura ó malicia de la persona »ó personas que dirigen su ejecución. Así se dice, refiriéndose á una oficina mal administrada, *es un bochinche;* »á una tertulia en que poco ó nada se ha respetado, *era* »*un bochinche;* á un debate que degenera en pendencia, »*fué un bochinche.*»

¡Lástima que no nos diga el Sr. Granada si en Santo Domingo y Haiti corre también la voz *bochinche!* porque de allí mayormente parece trasunto lo que estamos presenciando en España con ocasión de la proyectada reforma del gobierno superior de la pequeña Antilla, donde, como ya dijimos, se presta el Gobierno á hacer un ensayo de la división de mandos. Las infundadas y escandalosas quejas con que el general Dabán ha pretendido soliviantar, no á la milicia ni al ejército, que éstos le importan, al parecer, muy poco, sino á los generales, par-

ten del inverosímil supuesto de hallarse éstos maltratados y atropellados con total menosprecio de sus fueros y preeminencias, justamente en los momentos mismos en que el presupuesto de la Guerra es el *Noli me tangere* para todos, desde el Parlamento abajo, á quien se da en los nudillos cada vez que intenta ver claro ó menos turbio, y que no hay atropello ni menosprecio que por contraria razón no sufran las clases civiles en la administración del país; hallándose de tal modo pospuestas á las militares, que de no hacerse pronto una reforma de la ley de sargentos, verbigracia, quedará para siempre cerrada la puerta de la carrera administrativa á los jóvenes de la clase media que no puedan adquirir un título profesional en los establecimientos de enseñanza. Aquella ley adjudica á las categorías inferiores del ejército, de sargento para abajo, cuantas vacantes ocurran en los destinos públicos hasta 6,000 rs., y como éstos son los llamados propiamente de ingreso, resulta que la numerosa y necesitada juventud de la clase media está de hecho proscrita y para siempre alejada de los cargos civiles, con no pocos peligros del orden moral y social, que ya están viéndose claros, por cuya razón apunta en todos los partidos vivísima tendencia á modificar un privilegio tan absurdo como insostenible, que en la misma Prusia, país que puede compararse con un cuartel, parecería exagerado. Aquí lo es hasta el punto de adjudicarse á cabos, sargentos, y aun á simples licenciados, empleos que requieren condiciones de especial aptitud ó que despojan de su derecho de elección á corporaciones populares, como acontece con los Ayuntamientos, á quien virtualmente se ha quitado la facultad de elegir secretario, imponiéndoles personas propuestas por el ministerio de la Guerra, como si se tratase de castillos ó plazas fuertes; y no menos se ven atro-

pelladas Universidades, Academias, etc., etc., cuando ocurren vacantes en sus oficinas, pues al punto se ven entrar por sus puertas hombres que habrán sido muy hábiles en el pendoleo de listas de revista y cuentas de rancho, pero que para el manejo de libros y papeles de categoría un poco más alta no han recibido con el canuto ciencia infusa. Y sin dejarnos llevar del ardor de esta polémica, tan peligrosa como importuna, insinuaremos que la imprudencia de un periódico republicano, diciendo redondamente que *todos los ciudadanos españoles que no gastan sable son otros tantos Oteizas,* está produciendo en provincias grandes estragos en la opinión pública. El *Diario de Badajoz* de 2 de Abril publicó una réplica tan contundente como bien escrita á su colega republicano, mientras otros periódicos revolucionarios hacen en la literatura popular malicioso espurgo de coplas como esta:

«Quiéreme que soy buen mozo,
Y escribo en la mayoría,
Y soy sargento primero,
Y *corro con compañía*»;

queriendo probar que la milicia, desde sus grados más ínfimos, abre camino y pone escuela de Oteizas, habiéndose publicado también un cuadro comprensivo de todas las ventajas y privilegios que gozan las clases militares sobre las civiles, tea de discordia y síntoma funesto para el orden social.

Ni en ocasión que tanto abundan los gobernadores civiles salidos de la clase militar, que hasta los hay capitanes, puede en justicia decirse que ésta se halle tenida en menos, y si á nuestas provincias de Ultramar se vuel-

ven los ojos, no se negará que proceden del ejército y la marina dos terceras partes de su Administración. Asistentes y ordenanzas de nuestros generales es frecuentísimo verlos allí empleados, y aun en cargos que exigen cultura para el trato de las gentes, amén de otras condiciones delicadas que no se improvisan.

¿Qué más? Por ser en todo injusto, exagerado y por contera importunísimo el *bochinche,* ocurre en días que el Gobierno por segunda vez consiente, en honor á un nuevo Capitán general ultramarino, la conculcación de un principio fundamental de todas las leyes de empleados que para aquellos países se han hecho, nombrando Secretario general del gobierno de Puerto Rico á un Jefe de Estado Mayor, hecho que por sí solo adultera, vicia y trastorna en su esencia el organismo político de la isla, aunque ese nombramiento haya recaído en persona tan estimable y capaz como el poeta dramático D. Leopoldo Cano. No es nuevo tal contraprincipio, ni tal ilegalidad es nueva, pues si bien con circustancias atenuantes, cuando fué nombrado para Filipinas el general Weyler, en 1888, ya obtuvo la secretaría de aquel gobierno general D. Antonio Monroy, persona peritísima, muy práctica en las cosas y negocios del país, donde ha desempeñado con lucimiento varios cargos, entre otros el de gobernador de la importante isla de Negros; pero coronel al fin, y oficial del ministerio de la Guerra, cuando fué nombrado para el cargo más civil del Archipiélago, después de la dirección de Administración. Si al menos se suprimiese el jefe de Estado Mayor, refundiéndose en uno los dos empleos, como antiguamente estuvieron, la economía para el Estado haría disimulable la irregularidad en el servicio. Mientras el general Chinchilla, con una prudencia y un respeto á la ley de que se

ven pocos ejemplos, elige su secretario entre los Consejeros de Administración de Puerto Rico, justamente en esta misma Antilla, para nombrar á D. Leopoldo Cano, se traslada al Consejo de Administración al secretario de aquel Gobierno superior, D. Fernando Fragoso, funcionario irreemplazable, en verdad, por lo antiguo, benemérito y competente, que está calificado con el simple recuerdo de haber sido el único secretario que tuvo el respetable general Jovellar mientras desempeñó el Gobierno superior civil de Filipinas.

En vez de los ascensos y mejoras que sus buenos servicios merecían, el Sr. Fragoso tiene hoy que ceder su puesto á un oficial de Estado Mayor, que, no por reunir las excelentes cualidades de D. Leopoldo Cano, deja de ser nuevo en la administración ultramarina, doble rémora para los negocios de Gobernación y Fomento, ahora y casi siempre los más interesantes de la política colonial; negocios que en un año lo menos serán inextricables, así para el nuevo Gobernador superior como para el nuevo secretario, con harto detrimento del servicio. ¿No es verdad que el espectáculo desconsuela á los amantes del buen régimen y de los sanos principios en todas las cosas? Cuando los gobiernos abdican ante clases privilegiadas en términos de no defender á sus mejores funcionarios, á sus hechuras mismas (porque el Sr. Fragoso es un constitucional de abolengo, nada menos que un exredactor de *La Iberia*, de la antigua *Iberia* de Abascal y Sagasta), merecen verse así escarnecidos y atropellados á su vez en *bochinches*, donde se les acusa de todo lo contrario á la verdad de los hechos, á la justicia, y hasta al sentido común.

Alardean, y con razón, no poco los opositores á la división de mandos en Ultramar del respetable nombre

del Sr. Cánovas del Castillo, que sería, en efecto, el voto más autorizado, y para nosotros más decisivo en la materia, si creyéramos que su actitud obedece al problema fundamental de que se trata, más bien que al procedimiento y conducta observada por el Gobierno con el general Dabán, que, en efecto, se presta á discusión, y aun á censuras, donde la inmunidad parlamentaria se ha extendido á límites inconmensurables. Por dar á la tradición y al principio autoritario lugar preferente en sus lucubraciones, es posible que el Sr. Cánovas olvide el verdadero estado de nuestras Antillas, que acaso no ha vuelto á estudiar á fondo desde que en 1865 inició aquella información famosa, tan ensalzada por unos como por otros censurada, que es al menos prueba del buen deseo y alto espíritu de este verdadero estadista. Cuando fije su atención en los peligros que hoy se ciernen sobre nuestras posesiones de América, principalmente desde la caída del imperio brasileño, y en los síntomas que por menor analizamos en nuestra pasada Revista, es seguro que el Sr. Cánovas, hombre tan de su tiempo y de su clase que puede aspirar á la gloria de personificarlas en nuestro país, no será indestructible rémora á la división de mandos, máxime si el espíritu del difunto general Salamanca sigue enseñoreado de algunos militares, que, por lo visto, pretenden tener á sus pies, como aquél al partido constitucional de Cuba, los partidos españoles, el Parlamento, y hasta el país con todos sus intereses y conveniencias. Pues aquella gravísima frase no se ha desmentido, fuerza será reconocer que es verbo de toda una falange más ó menos autorizada y numerosa, á quien hay que tomar en cuenta para el desenvolvimiento de la política en lo por venir, y que era una ilusión creer anulado el caudillaje en España.

Ni cerrará tampoco los ojos el Sr. Cánovas al movimiento de las opiniones en América, que puede alejarse por completo *de la idea española,* según la frase del señor Gavidia que consignamos en el número anterior, si no se ven por nosotros secundadas de una manera fraternal y discreta. Afortunadamente no existe por ahora ningún síntoma que justifique las pesimistas apreciaciones del escritor salvadoreño, antes por lo contrario, cada día nos parecen las Repúblicas americanas más inclinadas á rehacer en los moldes del españolismo los elementos principales de su vida moral, como son la historia y la poesía. El simple establecimiento de comunicaciones directas que se debe á la Compañía Transatlantica, ha producido entre España y América un desbordamiento tal de afectos y relaciones, que no lo produce mayor en el orden mercantil la apertura de istmo ó la desaparición de una frontera; y á la emigración trabajadora y fecunda que nosotros le enviamos, responde América con la visita de sus más ilustres pensadores, de sus políticos más distinguidos, de sus capitalistas más opulentos y bizarros. Este trato íntimo acabará por fundir en una la idea americana con la idea española.

Recientemente ha publicado en *El Economista* de Caracas un escritor, á quien tuvimos el gusto de conocer y apreciar en nuestros centros literarios ha pocos años, un trabajo acerca de *El libertador Bolívar, dedicado á la nueva generación de la República, esperanza de la patria,* que puede servir de justificante á las nuestras, por lo mismo que se trata de un caudillo que simboliza la independencia de América, y ha venido por ende simbolizando los odios, los rencores y los intereses creados por la guerra entre las dos razas. Y, sin embargo, allí el Sr. D. Evaristo Fombona, que es el escritor á quien nos

referimos, hace verdadera gala de espíritu español y fraternidad generosa, prueba evidente de que la juventud caraqueña, á quien dedica su trabajo, ha de recibir esa fecunda semilla como tierra bien abonada. Ora pintando con pincel caluroso al general Belgrano, uno de los caudillos de la independencia de Buenos Aires, se place en consignar de esta manera el más bello episodio de su vida militar:

«Recuerdo, exclama, un rasgo de este eminente ar-»gentino, que nos revela la hermosura del alma de Bel-»grano. El 20 de Febrero de 1813 derrota á Tristán, ge-»neral español, en la batalla de Salta. Desde el 25 de »Mayo de 1810, aurora de la independencia, es presti-»gioso en su patria el esclarecido D. Manuel Belgrano. »El austero vencedor ordena levantar en aquel campo »de batalla una gran cruz commemoratoria de aquel »desastre de familia, con esta inscripción:

«Honor á los vencedores
»Y á los vencidos».

«¡Cuánta gloria para los vencedores argentinos, que »saben así compartirla con los vencidos españoles! Estos »rasgos son geniales de nuestra familia.»

Y más adelante, comparando á su héroe Bolívar con los de otros tiempos, llega casi á olvidar que es americano, aun escribiendo de cosas y hechos locales, y estampa estas hermosísimas ideas tras un párrafo lleno de nombres de la antigüedad clásica:

«Me agrada Carlomagno, que agota su vida en perfec-»cionarse para el imperio, y mira como un deber princi-»pal el ser, después de Dios y sus Santos, el guardián y »el defensor del Imperio. Y sobre todo y sobre todos me

»agrada Isabel la Católica *(sic)*, que consagra treinta »años de su santa vida á levantar á España sobre todos »los pueblos de la tierra.

»Es un milagro la conquista, como es un milagro la in»dependencia. La obra de la conquista, dice un sabio »francés, es una obra de portentos. Si no estuviera tan »comprobada, la creeríamos mitológica. En la historia an»tigua no hay un portento como la conquista de América »por los castellanos. La conquista de México, llevada á »cabo por Hernán Cortés y un puñado de valientes espa»ñoles, dice Prescott, como empresa militar es poco me»nos que milagrosa; demasiado sorprendente é inverosí»mil aun para una novela, y sin ejemplo en las páginas »de la historia. Por eso mientras palpite en el fondo de la »conciencia humana el sentimiento de justicia, y haya »virtud en la tierra, vivirá reverenciada en las regiones »del Nuevo Mundo aquella generación de héroes y de »mártires que abatió la idolatría y plantó sobre la cum»bre de los Andes la cruz de Jerusalén.»

Véase con qué delicada parsimonia trata de la independencia al imponerle la lógica una antítesis natural:

«Como ley de los pueblos, llegó, porque debía llegar, la »emancipación de la América española, y la dirigió, por»que debía dirigirla, Bolívar, ungido de Dios. Son inmor»tales los campos de Boyacá, de Carabobo y de Junin, »porque allí pelearon los soldados de Salamanca, de Za»ragoza y de Bailén. La grandeza del vencimiento hace »grande la victoria. Los próceres de la independencia son »la posteridad de los héroes de la conquista: por eso son »heróicos, desprendidos, abnegados como los mayores; »no desmienten la raza.»

Este caluroso ditirambo de Isabel la Católica nos mueve á emitir en alta voz la idea de que aquella santa

mujer sigue velando desde el cielo por las glorias de su España y de su América, tan ahincadamente como lo hizo en vida, idea que abrigan todos los pensamientos españoles y muchos que no lo son, pero que simpatizan con todas las grandezas verdaderas, tal vez á pesar suyo, cuando un fanatismo político ó religioso no los embarga. Bajo la gloriosa advocación de Isabel I de Castilla, acaba de establecerse en los Estados Unidos una sociedad de señoras principales, que se proponen la imitación de sus virtudes y la extensión de su gloria, comenzando por erigirle un monumento colosal. En la República de San Salvador propone un poeta al mismo tiempo mucho más: propone que se la canonice.

«Os piden que amparéis al Nuevo Mundo,
Pues sois sus protectores naturales,
Santa Isabel primera, Reina heroica,
San Cristóbal Colón, profeta y mártir.»

Esta poesía de D. Juan J. Cañas merece párrafo aparte, como síntoma del tiempo. Se concibe perfectamente la tendencia místico-materialista en que están inspiradas las últimas obras del conde Rosselly de Lorgues, que, al pretender la canonización del descubridor del Nuevo Mundo, explota sentimientos é ideas universales, que hoy pueden llamarse cosmopolitas: la subordinación de todos los intereses al mercantil y utilitario. De aquí que adultere el Conde y vicie la historia del Almirante suponiéndole varón perfecto, digno de la veneración de los cristianos, con mengua de la verdad y de la propia fama de historiador que tenía ganada, pues procede sin rectitud, al revés de lo que hacían los Livios y Plutarcos, que en un César, por ejemplo, no disimulaban la ambición desapoderada y sin escrúpulos, ni en un Ale-

jandro lo colérico y supersticioso, por ser la única misión que se proponían aquellos escritores presentar á la humanidad ejemplos y modelos dignos de ser imitados, antes que satisfacer sus pasajeros intereses y preocupaciones. No procede así el postulante laico de la beatificación colombina: principalmente en su *Histoire posthume de Christophe Colomb,* impresa en París en 1885, entre infinitos errores y falsificaciones, que con su acostumbrada sagacidad observó ya nuestro amigo D. Cesáreo Fernández Duro en su informe académico, titulado *Colón y la historia póstuma,* impreso en Madrid por Tello en el mismo año, volumen no menos interesante que sustancioso, Doña Isabel la Católica aparece como figura secundaria, puesta en la penumbra y dominada por Don Fernando, para que se destaquen otras figuras de menor relieve y menos simpáticas, que con sus debilidades y aun defectos encubran los del gran navegador, que resulte así digno de los altares á la postre. En honor á la humanidad, estamos viendo que se le tienden en vano estos lazos pueriles, pues cada día aparece Doña Isabel tanto ó más alta que Colón en grandeza material, y en prendas morales tan superior y prominente, que puede llamarse única en el gran cuadro del descubrimiento de América.

Por abarcarlo hasta en sus menores detalles y hasta en su génesis histórico, peca el poemita del Sr. Cañas, que resulta prosaico y enciclopédico, si bien justifica su título de *La nación más grande,* lo que obliga también al autor á rendir tributo á ideas y frases de moda, que no caben en la poesía y deslucen su trabajo. Llamar á Colón *monomaníaco* no puede hacerse en verdad, sin notas y comentarios médico-alienistas á lo Ezquerdo, como sublimar las tres carabelas de Palos de Moguer calificándolas de *filón* de portentos repleto de riquí-

simos metales, y otros rasgos por el estilo, enfría no poco el entusiasmo que produce el espíritu y la tendencia de la obra. Atendiendo á estos principalmente, plácenos copiar aquí algunas estrofas, que también causarán hondo placer á los lectores españoles:

«Santos son del progreso y de la ciencia
Del Nuevo Mundo, santos tutelares
Que de la negra noche en que yacía,
Llenos de fe volaron á sacarle.
La gratitud universal debiera
Erigirles suntuosas catedrales,
En lugar de mezquinos monumentos
Y profanar su nombre al darlo á calles.
Pero siempre tendrán ferviente culto
Al venerarse más que en los altares,
En cada corazón americano
Cada uno de los dos, su augusta imagen».

Cuando de Doña Isabel y Colón, pasa á ocuparse en España, dice:

«Siga en tanto la luz de la memoria
Alumbrando la marcha del gigante,
Á quien debe aplicarse el *non plus ultra*
Que ostenta su moneda en los pilares.
.....
Sólo donde la luz no ha penetrado
Y do temen llegar los huracanes
No ha puesto esa nación su inmenso sello;
¿Y otra antes que ella lo pondrá? ¿Quién sabe?
.....
Se despobló á sí misma por dotarlas
De invencibles y férreos capitanes,
Como aquél que incendió sus propios barcos....
.....
Y miles de heroes más, cuyas hazañas
Reclaman una *Iliada* que las cante....»

Aquí acusa á los poetas en términos antipoéticos, porque

«Desdeñan empuñar la épica trompa,
Cual lo hacen Campoamor y Núñez de Arce».

Tan ardentísimas defensas de nuestro espíritu histórico le arrebatan hasta poner en verso este argumento de café (y poderosísimo no obstante):

«¿Quién le reprocha que en aquellos tiempos
Hiciera de su fuerza tanto alarde,
Si feroces los pueblos se destrozan
Por estéril islote en los actuales?»

Fustiga por su pasado á las naciones europeas en párrafos más dignos de un trabajo histórico que de una composición poética:

«De Europa absortas las demás naciones,
A tal altura viéndola elevarse,
Determinan seguir de sus navíos
Tras la estela espumosa y fulgurante.
Pero, en vez de seguir los derroteros
Que les trazaba España infatigable,
Donde muy bien satisfacer pudieran
De su ambición y su codicia el hambre,
Se lanzan llenas de rastrera envidia,
Y á guisa de asesinos miserables,
Lo que la noble España ha conquistado
Impotentes queriendo arrebatarle.
Luego infestan de América las costas
Crueles filibusteros en falanges.
.....
En tanto recibía el Nuevo Mundo
La melodiosa lengua de Cervantes,
La Religión y leyes de Castilla,
Sus hidalgas costumbres y carácter».

La conclusión es uno de los mejores rasgos del señor Cañas:

«La humanidad debiera agradecida
De España sólo al nombre arrodillarse».

Algo nos ha apartado el recuerdo de Isabel la Catolica, por ser tan simpático y comprensivo, de otros documentos que, por relacionarse con el gran revolucionario á quien llama su libertador la América, muestran bien á las claras la profunda evolución que están haciendo allí las opiniones. Los que recuerden el tono con que sus primeros poetas han cantado á Bolívar y á los héroes y batallas de su guerra de la Independencia, apenas concebirán tan estupendo cambio. Casi es placentero ya traer á la memoria los insultos de que están empedradas la *Alocución á la poesía,* la *Oda á la agricultura de la zona tórrida* y las obras de la primera juventud del insigne venezolano Bello, no menores que los de Olmedo y Heredia, insultos sobrepujados por sus discípulos é imitadores.

«A manos
De tus viles satélites, Morillo....,
.....
Pero, ¿cuál es de tu crueldad el fruto?
¿A Colombia otra vez Fernando oprime?
¿México á su Visir postrada adora?
¿El antiguo tributo
De un hemisferio esclavo á España llevas?
¿Puebla la Inquisición sus calabozos
De americanos, ó españolas Cortes,
Dan á la servidumbre formas nuevas?
¿De la sustancia de cien pueblos, graves,
La avara Cádiz ve volver sus naves? [1]
.....

(1) Es curioso observar que D. Andrés Bello, tan atildado hablista y tan erudito lexicógrafo, padeció faltas verdaderamente enormes en esta

Asaz de nuestros padres malhadados
Expiamos la bárbara conquista....
.....
No largo tiempo usurpará el imperio
Del sol la hispana gente advenediza,
Ni al ver su trono en tanto vituperio
De Manco Capac gemirán los manes.
....
Saciadas duermen ya de sangre ibera
Las sombras de Atahualpa y Motezuma».

Véase ahora cómo el Sr. D. Quintiliano Sánchez, uno de los hombres más perspicuos del Ecuador, canta los mismos asuntos en *Sueño y realidad, canto á Bolívar,* impreso en Quito:

«Vencida estás, España;
Muerto el prístino brío,

materia, y por la más liviana de las razones ciertamente, que es la fuerza del consonante, la menos admisible entre los verdaderos poetas. Que él mejor que nadie las conocía, y acaso por negligencia las dejaba pasar, es en mi concepto muy verosímil. Aquí, por ejemplo, las *graves naves,* suenan mal, impropia y antipoéticamente calificadas. Años adelante el maestro reprendía severamente un defecto igual, olvidándose de que él mismo lo había cometido, en la mala y pobre sátira *El condor y el poeta,* que hizo en 1848, contra la magnífica poesía de Mitre *Al condor de Chile,* poniendo en boca del poeta la siguiente estrofa:

«Despacha, pues, arranca, desarrolla
El raudo vuelo, tiende el ala grave,
Como la parda vela de la nave....»

Á lo cual le contesta Bello por boca de *El condor:*

«Ya te obedezco, y tiendo, como mandas,
El ala, aunque eso de tenerla *un ave*
No ligera, ni leve, sino *grave,*
Para tanto volar, no es lo mejor.»

Quizá su anti-españolismo le hizo olvidar los buenos modelos del habla castellana, que él conocía tan bien. Herrera, por ejemplo, en su *Canción á la batalla de Lepanto,* dice:

«Sobre torres y muros y las naves
De Tiro, que á los tuyos fueron graves.»

Tu largo poderío
Bolívar destruyó; pero la saña
No alienta ya los colombianos pechos.
Admiradores de tus grandes hechos,
Tu religión y lengua
Eternas nos serán.»

Y más significativo aún otro poeta que á la memoria de Bolívar en su primer Centenario imprimió *Dos cantos á la raza latina,* uno propio y otro ajeno. Éste último es el conocido de Olegario Andrade, poeta típico entre los americanos por sus grandes defectos y rica fantasía, canto que obtuvo el primer premio en los Juegos florales de Buenos Aires, con el título de *Atlántida: canto al porvenir de la raza latina,* donde abundan los improperios y las injusticias con España, aunque no ya por su conducta histórica tanto como por su fanatismo religioso (hermanos gemelos, que no puede separar la más absurda filosofía). Andrade la acusa de haber dejado caer sobre su espíritu

«La sombra enervadora del Papado»,

y haber estado acurrucada

«Al pie de los altares,
Calentando su espíritu aterido
En la hoguera infernal de Torquemada»,

y otras vulgaridades semejantes.

Por haber prescindido el poeta del Ecuador al trazar el cuadro del porvenir de América, y quizá, aunque no lo exprese, por protestar también de sus ideas políticas y religiosas, otro poeta, que, en nuestro concepto, aventaja á Andrade, el señor D. Luis Cordero,

con el título de *Aplausos y quejas,* imprimió el cuaderno á que nos hemos referido: *Dos cantos á la raza latina.* De tan vigorosa y noble protesta copiamos por abreviar esto solamente:

«Perdón, ¡oh madre amada!,
Perdón si un día tus audaces hijos
Libertad te pedimos con la espada;
Tú la sangre nos diste de Pelayo,
Tú la férvida sed de independencia,
Castellano el arrojo,
Castellana la indómita violencia
Fueron con que esgrimió tajante acero
El que probó en la lid ser tu heredero.
Si para siempre roto
Cayó el antiguo lazo en la jornada,
Ese lazo no fué, madre adorada,
El del filial amor, vínculo tierno
Que ha de ligarle á ti con nudo eterno.
Mientras tu dulce sonoroso idioma,
Raudal inagotable de armonía,
Su ritmo musical preste á los bardos
Que en la floresta umbría
Del Ande entonan cantilena indiana,
No morirá tu amor, y tuyo el lustre
Será, si en el concento,
Entre las galas del primor latino
Luce el hispano varonil acento».

Y aun de obras más graves y trascendentales que las poesías pudiéramos sacar hartos testimonios, pues principalmente en la historia está el espíritu español recobrando su eclipsado imperio. Faltos ya de espacio, examinaremos otro día las más fundamentales que han llegado á nuestras manos, sin perjuicio de advertir, en conclusión, como corolario de nuestra tesis patriótica, que nos cumple secundar *la idea española* en América,

dándole cultivo en Cuba y Puerto Rico, para evitar que esos mismos apóstoles del españolismo renaciente ayuden á la realización de esta profecía de Cordero, en la misma obra que hemos citado :

«Las que en medio del Ponto gimen solas
Y el furibundo embate
Sufren del despotismo y de las olas,
Cual débiles barquillas
Dispersas en la mar, formarán libres
La poderosa Unión de las Antillas».

V. Barrantes.

REVISTA LITERARIA

REALIDAD, novela en cinco jornadas, por D. Benito Pérez Galdós.

II.

PERO hay más. Aun dando por bueno que sea completamente serio y permita conservar la ilusión de la realidad ese convencionalismo de oir *pensar* y *sentir* á los personajes, nace otra dificultad aún mayor de la índole misma de esos discursos.

Los soliloquios de Augusta, de Tomás, de Federico, traspasan los límites en que el arte dramático más libre y atrevido, más convencional, en beneficio de la transparencia espiritual de los personajes, tiene que encerrar sus monólogos. En el monólogo hay siempre el *lirismo* de lo que se dice á sí propio el personaje.... para que lo oiga el público, para que se entere éste de cómo aquél va pensando, sintiendo y queriendo. En el soliloquio de *Realidad*.... hay mucho más que esto en el fondo, y la forma no es adecuada, pues siempre se ofrece también con esa apariencia retórica, para que el público se entere. Á veces el autor llega á poner en *boca* de sus personajes la expresión literaria, clara, perfectamente lógica y ordenada en

sus nociones, juicios y raciocinios de lo que, en rigor, en su inteligencia aparece oscuro, confuso, vago, hasta en los límites de lo inconsciente; de otro modo, el novelista hace *hablar* á sus criaturas de lo que ellas mismas no observan en sí, á lo menos distintamente, de lo que observa el escritor, que es en la novela como reflejo completo de la realidad ideada. Á la novela moderna, llamando moderna ya á la novela de Stendhal, sobre todo en sus progresos formales de estas últimas décadas, se debe esa especie de sexto sentido abierto al arte literario, gracias á la *introspección* del novelista en el alma toda, no sólo en la conciencia de su personaje. Mediante este estudio interior en que el artista no se coloca en lugar de la figura humana supuesta, ni recurre al aspecto lírico de la psicología de la misma, sino que toma una perspectiva ideal que le consiente verlo todo sin desproporción causada por las distancias; mediante este estudio parcial, íntimo (pero independiente del subjetivismo propio del personaje), ha podido alcanzar la *sonda* poética de algunos novelistas contemporáneos honduras á que, valga la verdad, no había llegado la psicología artística de ningún tiempo. Una de las causas de la superioridad que, en cierto respecto, hoy tiene la novela sobre los demás géneros, consiste en esta facultad de anatomía espiritual, que es, repito, cosa diferente del lirismo, y que en el drama es imposible. Tolstoi, y ya Gogol, han hecho grandes esfuerzos de ingenio, con buen éxito, en esta materia, pero con menos arte que Zola, cuyo *Assommoir* ofrece en tal particular una novedad completa, una sorpresa para todo lector atento. Porque Zola no será *psicólogo* en cuanto al fundamento de los fenómenos anímicos que observa y pinta, pero sí lo es de *hecho;* y hay una confusión, en que yo he visto caer á los más reflexivos críticos, al empeñarse en

encerrar en pura *fisiología* el estudio humano artístico en las obras de Zola. Diga él mismo lo que quiera, por sus preocupaciones sistemáticas y sus pretensiones de científico, psicología hay en sus personajes, y por lo que se refiere al modo de penetrar en ella, que es lo que aquí importa, pocos como él, tal vez nadie, tal vez ni el mismo Flaubert, saben cómo se escudriña en lo más íntimo del hombre figurado, cómo se refleja en la narración imparcial del autor el *estilo* del sentir, del pensar, del querer de un alma imaginada. Pero lo que hace Zola, esto que hace también el mismo Galdós en muchas novelas de su colección de *Las contemporáneas,* no es posible conseguirlo, ni se debe intentar, en obras de aspecto dramático. Lo que el autor puede ir viendo en las *entrañas* de un personaje es más y de mucho mayor significación, que lo que el personaje mismo puede ver dentro de sí y decirse á sí propio. Un ejemplo acaso aclare mi idea. Si un médico alienista pudiera ver *por dentro* el pensamiento del enfermo, y lo que siente y lo que quiere, sacaría mucho más provecho para su estudio que de la observación puramente exterior, aun suponiendo que el enfermo muestre, mediante el lenguaje y otros signos, todo lo que él de sí mismo sabe. Pues bien: en los soliloquios de *Realidad* el lector sólo ve de las figuras que hablan por sí lo que á ellas se les antoja que son, y en la *introspección* de la novela, según Zola, y según el mismo Galdós, otras veces, el lector ve mucho más, ve lo que piensan, sienten y quieren los personajes, tal como ello es, no tal como ellos se lo figuran.

Añádase á esto la falsedad formal que resulta de la necesidad imprescindible de hacer á los que han de *pensar* ante el público, pero pensar hablando, expresar con toda claridad, retóricamente, sus más recónditas *apren-*

siones de ideas y sentimientos; de la necesidad de traducir en discursos bien *compuestos* lo más indeciso del alma, lo más *inefable* á veces. Si fuera cierta la doctrina vulgar de que pensar es hablar para sí mismo, sería menos violenta la forma dramática aplicada á tal asunto; pero bien sabemos ya todos, y un ilustre psicólogo consagró hace años en el *Journal des Savants* un estudio curioso y profundo á la materia, que pensamos muchas veces y en muchas cosas sin hablar interiormente, y otras veces hablándonos con tales elipsis y con tal hipérbaton, que traducido en palabras exteriores este lenguaje sería ininteligible para los demás. De donde se saca que todo lo que sea usar de un convencionalismo innecesario para la novela, tomado del drama, que en ciertas honduras psicologicas no puede meterse, es falsear los carácteres por culpa de la forma. Esto sucede en la *Realidad* de Galdós; y he insistido en este punto mucho, por lo mismo que creo que sólo á esta especie de capricho del autor, tocante á la forma de su libro, se debe la falta de verosimilitud que algunos han de achacar á los caracteres por sí mismos.

No; hecha la salvedad que tantos renglones ocupa más arriba, bien se puede afirmar que Federico Viera es una de las figuras más seriamente ideadas y expresadas con más acierto (fuera de lo apuntado) entre las muchas á que ha dado vida el ingenio de Pérez Galdós.

III.

Ha dicho bien un crítico: el arte cada día será más complejo; la falsa sencillez á que aspiran, como á irracional y deleterea reacción, los perezosos y los impo-

tentes, no será más que uno de tantos tópicos, como inventa el ingenio secundario, que es el que siempre se opone á la corriente poderosa que señala la dirección del progreso. Las metáforas *solares* que, como ya notaba Mad. Staël, en Homero son nuevas y de gran efecto, no pueden rejuvenecerse; aunque algunos *bárbaros* modernos aspiran á cegar la memoria de la civilización abriendo un abismo de ignorancia entre las nuevas generaciones y la tradición literaria, tal vez, como apunta Lemaître, para darse la satisfacción de *inventar* bellezas muy antiguas, descubrir Mediterráneos poéticos, los demás no pasamos por tal pretensión; sabemos el momento en que vivimos, lo que atrás queda, y no consentimos que se nos dé por nuevo, fresco y *palingenésico* lo que hasta la saciedad hemos visto y saboreado en las obras de épocas anteriores. Nada más cómodo que no leer á los demás, especialmente á los antiguos, y después renegar de decadentismos y complicaciones y alambicamientos, y poner remedio á la sutileza *enfermiza* de las letras contemporáneas con la sencillez paradisíaca, con la *sancta simplicitas,* con la candidez y *naiveté* idílicas que cada cual ha podido saborear en la poesía de otros tiempos, en que todo eso era natural fruto de la estación, espontáneo producto de la historia. Aquel pedazo de muralla que Flaubert admiraba singularmente en el Partenón, como un modelo de sencillez hermosa, se convierte en muchos autores *simplicistas* del día en mampostería trabajada por kilómetros á destajo. No se nos quiera hacer adorar, por la sencillez del muro del Partenón, todas las obras de fábrica de la modernísima sencillez de cal y canto.

No; hoy es más natural, más *sencillo,* admitir el mundo tal como está, verlo tal como es; y fuera de casos contados, de excepcionales situaciones y de arranques

rarísimos del genio, que no han de ser buscados, porque entonces no parecerán, lo regular será estudiar la vida actual tan compleja como es, sin rehuir sus dificultades, sutilezas y complicaciones.

Federico Viera no es *sencillo;* es de los caracteres que algunos *simplicistas* llaman con desdén *compuestos* (1), porque no son de la prendería realista ó idealista, y porque no está toda la máquina que los mueve al alcance de la primer lectora sentimental y *sencilla,* de esas cuya opinión halaga á ciertos autores, ¡que después se burlan de Ohnet!

Federico tiene el alma y la vida llenas de contradicciones, y es aquél espíritu como una de esas asambleas que tiene que disolver la autoridad, porque sus miembros no se entienden, se amenazan, se atropellan y son incapaces de adoptar un acuerdo, y por la deliberación sólo llegan al tumulto. Instintos buenos y malos deliberan, luchan en el alma de Viera, y la voluntad traída y llevada por tantas opiniones, por tantas fuerzas contrarias, termina lógicamente por negarse á sí propia; puesto que no *sabe* querer nada, acaba por querer la muerte. Federico se mata, porque en el arte de la vida su torpeza para ser bueno y su torpeza para ser malo le ha llevado á profesar la religión del honor en el ambiente de la deshonra; se ha dejado arrastrar por el hábito al vicio; las costumbres, todo lo material, sensible y tangible, lo que para muchos representa toda, la única realidad, le iban sumiendo en la vida desordenada; *debía* ser uno de tantos perdidos que comercian con todo, con el amor inclusive; *debía* admitir la salvación de sus *intereses,* es de-

(1) Véase como modelo de los absurdos críticos á que lleva la teoría que combato, el desprecio con que un señor G. A. C. trata á Zola con motivo de la *Bête humaine,* en el número de 16 de Marzo de la *Nueva Antología,* de Roma.

cir, el pan de cada día, de manos del marido de su querida; á esto le llevaba la lógica de su vida *exterior;* de aquella á que se había dejado arrastrar por la corriente...., y, ¡quién lo dijera!, en este camino de flores se atraviesa una cosa tan sutil, tan aérea como el *punto de honor*.

Él,—un calavera que de tantos modos se ha degradado, va á tropezar con escrúpulos morales de los que dilucidan los galanes de Calderón, ó los catedráticos de ética casuística; como una tisis heredada, Viera encuentra dentro de sí una *caverna* moral, unos *microbios* psicológicos, y dentro de lo psicológico de lo más sutil, escrúpulos de *ética,* cosillas del *imperativo categórico,* de que tan graciosamente se burlan algunos; y parece nada, pero aquella inflamación, aquel principio disolvente de los tejidos del egoismo, trabaja, trabaja, y llega á hacer imposible la vida del *perdis,* que tuvo la desgracia de heredar también, aunque mediante atavismo, porque su padre es un malvado en absoluto, de heredar la honrilla castellana de sus antepasados, que en tal ó cuál ramo de la vergüenza eran intransigentes.

Cuanto más se medita sobre el carácter de Viera, más belleza se encuentra en esta figura que Galdós inventó, componiéndola, sí, pero con elementos verosímiles, con datos de observación y sin salir de las normales combinaciones de que resulta un espíritu, no por complicado menos real.

Hasta en el amor es Federico una antítesis de esos héroes *sencillos* que algunos quieren resucitar.—¡El amor en la novela! ¡Qué poco ha trabajado el realismo todavía en el amor! ¡Cuánto se deja en este asunto capitalísimo al convencionalismo tradicional y á los hábitos románticos! Muchos realistas han creído volver á la

verdad erótica exaltando el elemento *material* de esta pasión, dando más importancia á los instintos groseros. Pero era esto poco, y por otro camino había que buscar la verdad y la sinceridad. Cuando una niña, la Mauperin, dice en una novela de los Goncourt que los libros están llenos de amor, y que ella no ve que pase lo mismo en el mundo, expresa, además de una frase característica de su inocencia, una regla que debería servir á los inventores de *historia* hipotética, á los artistas que imitan las relaciones de la sociedad. Un escritor ruso de los de segundo orden, una de cuyas obras dramáticas acaba de ser traducida en París, tiene por distintivo esta misma observación, aunque exagerándola : según él, no importa, no influye tanto el amor en el mundo, como dice el arte. (Entiéndase que se trata del amor sexual más ó menos fino ; el amor caritativo influye mucho menos todavía.) Pues bien : Federico Viera no es *sencillo* en amor...., porque no es un amante absoluto, un esclavo de la pasión. Empieza por tener el amor partido. En casa de la Peri está la dulce y tranquila intimidad, la paz del alma en el afecto ; en casa de Augusta, la violencia, el fuego, la ilusión, el incentivo plástico, la atracción corrosiva de la fantasía, del arte, de las elegancias. Pero el amor grande, el amor déspota, no está ni acá ni allá. De ser un Quijote Viera...., ¡parece mentira!, tendría por Dulcinea la *moralidad*. Á lo menos, por ella muere.

Y hay que tener presente que Galdós ha llegado á estas *sutilezas* sin recurrir á un héroe *filosófico,* á un *discípulo* como el de Bourget; Viera no es de esos hombres que pasan la vida en perpetuo examen de conciencia; no busca como un Amiel, el tormento interior, la angustia psicológica, como *dilettante* del desengaño; es un distraído, un hombre de mundo vulgar en muchas

cosas; pero es la naturaleza moral *naturans;* es una energía ética luchando con adversidades, defendiéndose con instintos y con tesoros de herencia.... Si aquí la crítica de actualidad se consagrara á estudiar de veras las obras de los poquísimos hombres de talento, dignos de su tiempo, que tiene nuestra literatura, en vez de repartir la atención entre las nulidades que saben *faire l'article*, y las medianías que poseen la misma habilidad, á estas horas el Federico Viera de Galdós hubiera sido objeto de examen por muchos conceptos, como lo son en Francia, en Inglaterra, en Italia, en todas partes donde hay verdadera vida literaria, las figuras que van inventando los maestros del arte. Aquí, casi casi hay que pedir perdón por haber dedicado tantas palabras á un solo personaje de una novela.

Tomás Orozco merecería un estudio no menos detenido: en él los defectos *formales* de que tanto hablé más arriba, producen mayores estragos, hasta el punto de que á veces parece que el autor se burla de la bondad de su héroe y le convierte en caricatura; pero Orozco es también tipo grande, y á pesar de la aparente *sencillez* de su bondad de una *pieza,* es complicado. ¡Y qué complicación la suya! Á ella alude Augusta cuando duda si su marido es santo nada más, ó es un santo con manías. Debajo de esto hay problemas que no se resuelven ni con renegar de la *psico-física* moderna, en nombre de los *eternos* principios de lo *bello,* lo *bueno* y lo *verdadero*.... ni tampoco con copiar las ideas más ó menos originales y meditadas de un Lombroso, y llamar loco á Schopenhauer, y creer que el doctor Escuder, de Madrid, por ejemplo, sabe, efectivamente, en qué consiste el alma.

CLARÍN.

ÍNDICE

Páginas.

SECCIÓN EXTRANJERA.

Recuerdos de mi infancia, por el Conde León Tolstoi..... 5
El chiquillo espía (cuento), por Alfonso Daudet..... 23
Memento vivere (cuento), por Teodoro de Banville..... 33
Gustavo Doré, por Emilio Zola..... 41
Flores impuras (traducción de Francisco Coppée), por Teodoro Llorente..... 53

SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA.

La democracia en Europa y América, por A. Cánovas del Castillo... 55
De la literatura mallorquina en 1889, por Miguel S. Oliver..... 65
El moderno Anticristo (Ernesto Renán), por Fray Zacarías Martínez, Agustiniano..... 79
La literatura de la Sociología, por Adolfo Posada..... 101
¿Por qué está descontento el ejército?, por Jenaro Alas..... 125
Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos, por Rafael M. Merchán..... 139
Poética, por Campoamor..... 161
Instituciones gremiales, Consideraciones sobre el libro de este título, publicado por D. Luis Tramoyeres Blasco, por J. Casañ Alegre.. 177
Revista ultramarina, por V. Barrantes..... 195
Revista literaria, por Clarín..... 215

españa moderna

AÑO II. NÚM. XVII.

LA ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

MAYO—1890

MADRID
IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, 22

1890

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de La España Moderna.

Sección Extranjera.

GUILLERMO DE HUMBOLDT

Y CARLOTA DIEDE.

No hay en Alemania quien no conozca una obra póstuma de Guillermo de Humboldt, intitulada: *Cartas á una amiga*. Publicadas por vez primera en 1847,—doce años después del fallecimiento de aquel grande hombre, en cuya honra se ha levantado un monumento enfrente de la Universidad de Berlín,—esas cartas produjeron efecto extraordinario; desde entonces se han repetido incesantemente las ediciones, y el libro se halla en todas las bibliotecas. Es el único de Guillermo de Humboldt (hermano mayor de Alejandro, el ilustre naturalista) que logró cierta popularidad. Si Guillermo de Humboldt no hubiera tenido una amiga, habría faltado algo á su gloria; no hubiera sido leído por las señoras.

Sabíamos todos que Humboldt había sido hombre de Estado, diplomático, que había representado muchas veces á Prusia en cortes extranjeras, que había firmado con el príncipe de Hardemberg el tratado de París, y que, sin haber llegado nunca á desempeñar los primeros papeles, habíase distinguido en el Congreso de Viena por el vigor y la claridad de su entendimiento, por su habilidad

en las discusiones, por la seriedad de su cortesía, sazonada con una frialdad irónica y penetrante. Sabíamos todos, asimismo, que ese diplomático, después de haber abandonado los negocios, había consagrado á la ciencia el resto de su vida; que, filólogo excelente, había renovado la lingüística con sus investigaciones sobre el idioma basco, sus cartas acerca del carácter de la lengua china, y su introducción al estudio del *kawi,* y que sus libros, escritos en lenguaje abstracto y un tanto intrincado á las veces, eran almacenes de ideas, en los cuales los sabios de todos los países habían bebido á su gusto, y beberán por mucho tiempo todavía.

En lo que á su vida privada respecta, no ignoraba nadie que Humboldt, en su juventud, había sentido la comezón de todas las curiosidades, y que no habían sido las mujeres las que menos habían picado esa curiosidad. La famosa Rachel había dicho de Humboldt: «Admiraría yo más la libertad de su ingenio, si tuviese menos libertad en sus principios».

Varnhagen habíale definido: «Un perfecto pagano en toda la extensión de la palabra». Pero los paganos son muchas veces muy buenos maridos. Humboldt se había casado en 1791 con la señorita Carolina de Dacheröden, persona muy simpática y muy linda, á quien tuvo el gusto de enseñar el griego, y que leía con su marido á Homero y á Herodoto. Vivieron siempre en la mejor armonía; se hablaba de aquel matrimonio como de un modelo de cariño conyugal, de concordia, de consideración mutua y recíproco respeto, hasta punto tal, que, aun queriéndose muchísimo, había muchas cosas que no se decían el uno al otro. «Podría yo experimentar disgustos graves y gustar grandes alegrías sin sentir la necesidad de dar participación en unos ni en otros á las personas que más

quiero; así me sucede con mi mujer y con mis hijos. Suelen no saber ni una palabra de muchos asuntos que me interesan, y mi mujer opina en esto lo mismo que yo; de modo que, cuando por casualidad sabe algún incidente que yo no le había confiado, no le pasa por las mientes asombrarse. La confianza es una necesidad del amor y de la amistad; pero las almas grandes gustan poco de las confidencias.» Continuaba diciendo que había sido siempre muy reservado, y que aun en los tiempos en que más había vivido en la sociedad, había practicado el arte de permanecer solitario, y que, por muy dichoso que fuese con los suyos, si estaba solo, nada echaba de menos.

Cuando aparecieron las famosas *Cartas,* los que habían tratado con intimidad á Humboldt, y que se preciaban de conocer bien el carácter de éste y su temperamento y las condiciones de su alma, quedaron sorprendidos al saber que había tenido una amiga, con la que había estado en continua correspondencia durante veinte años y hasta su muerte. Pero los aficionados al escándalo quedaron chasqueados.

Esta amiga se nombraba *Carlota Diede,* y Humboldt le manifestó más de una vez que era muy de su gusto aquel nombre, y que experimentaba particular contentamiento cuando le pronunciaba ó le escribía; complacíase también el diplomático en repetir á su amiga Carlota que le inspiraba interés vivísimo; pero nada había en todo esto que al amor se pareciese.

Toda esta correspondencia está escrita con estilo grave, sentencioso, si puede decirse así, de color de hoja seca, que evoca el recuerdo de las cartas de Séneca á Lucilio. La amiga era persona muy melancólica, y que, en verdad, tenía motivos sobrados para serlo. Humboldt procuraba consolarla; enseñándole cómo es menester

conducirse para dulcificar los sinsabores, para llevar con facilidad el pesado fardo de la existencia. Las ciento cincuenta cartas publicadas contienen un tratado completo de filosofía de la dicha, y se buscaría inútilmente en ellas una sola palabra que pueda comprometer la buena memoria del filósofo. Interesan, instruyen, edifican á veces; la señora de Humboldt hubiera podido leerlas todas sin hallar cosa alguna que la escandalizase ó alarmara.

Á más de esto, en el transcurso de veinte años que duró esa correspondencia, solamente se vieron la amiga y el amigo dos veces: un día en Francfort, en el año 1817; después en Cassel, en 1828. Carlota contaba, á la sazón, cincuenta y nueve años; Humboldt tenía sesenta y uno. La carta en que éste anuncia su visita, no es, por cierto, carta de enamorado; muy tranquilo tenía el pulso cuando escribió: «Me considero dichoso, mi querida Carlota, al decir á V. que hemos variado nuestro itinerario, y que pasaremos por Cassel. Me alegra mucho la idea de ver á V., aunque solamente sea por una ó dos horas. Si llego temprano, iré á casa de V. en la tarde de aquel mismo día; si llego muy tarde, nos veremos al día siguiente, y, caso de permanecer allí un día más, haré á V. dos visitas». Al cabo solamente pudo hacer una: «Si V. hubiese vivido más cerca, habría yo pasado aún media hora más en su compañía; pero era imposible. Estoy contentísimo de haber visto á V. en su casa, de la que guardo y guardaré siempre agradabilísimo recuerdo».

Sentimientos son estos que puede uno confesar en presencia de todo el mundo, y, no obstante, Humboldt se habría considerado perdido si sus parientes, sus amigos, su secretario, hubieran sabido algo de su intriga, tan filosófica y tan inocente. Á nadie absolutamente dijo nunca una palabra de esto. Para desorientar más completa-

mente á sus allegados, llevó el abuso de las precauciones hasta hacer que un maestro de escuela de aquellas cercanías escribiese de una sola vez la dirección de sus cartas á Carlota. Provisto de algunos centenares de sobres, juzgábase seguro contra las indiscreciones del correo. Hay personas que tienen el furor del misterio, y para quienes la suprema felicidad es tener que ocultar alguna cosa.

Es bien que lo digamos todo. Si á Humboldt no inspiraba Carlota más que un sentimiento tranquilo de buena amistad, hubo tiempo en que esa amiga le había inspirado otro cariño más vehemente. Sin temor de equivocarse, puédese afirmar que Humboldt estuvo enamoradísimo de Carlota, no por mucho tiempo: por tres días. Ocurrió esto en 1788. Como el futuro diplomático estudiaba entonces en Gœttinga, la curiosidad le había llevado á Pyrmont, estación balnearia muy visitada. En aquel sitio, en la mesa redonda, vió á una joven de belleza extraordinaria, deslumbradora, adorable. Nada podía igualarse, según parece, á la frescura de sus colores. Abundante cabellera rubia orlaba su rostro, y sus ojos azules tuvieron hasta en su vejez el privilegio de atraer á los hombres y de hechizarlos. Era aquella joven la hija del pastor de Lüderhausen, pueblecito del principado de Lippe-Detmold.

La literatura alemana trata á las hijas de los pastores mucho mejor que á las hijas de los maestros. Preciso es, sin embargo, no juzgar á éstas por el testimonio algo sospechoso de Benjamín Constant, que, corriendo el año mismo en que Humboldt había encontrado á Carlota, llegaba á Gœttinga, y escribía á la señora de Chavrière: «He visitado al profesor Heyne, y he visto á su hija. Mi entrada en casa de ésta es un verdadero efecto de tea-

tro: figúrese V. una habitación entapizada de rosa y con cortinas azules; una mesa con recado de escribir, papel orlado de flores, dos plumas nuevas colocadas precisamente en medio, y un lapicero muy bien afilado entre las dos plumas: un escaño con multitud de botoncitos de azul celeste, algunas tazas de porcelana muy blancas con rositas pintadas, y dos ó tres bustos enanos en un rincón; estaba yo deseoso de saber si la persona era lo que aquel conjunto prometía. La persona me ha parecido inteligente y muy sensata». El mismo Benjamín Constant continuaba diciendo que es necesario perdonar algunos caprichos á las hijas de los profesores alemanes: «Desdén hacia el lugar en que habitan, quejas de la falta de sociedad de los escolares á quienes es preciso ver, de la reducida y monótona esfera en que se encuentran, presunción y matices más ó menos pronunciados de romanticismo; tal es el uniforme de su talento; y la señora Heyne, apercibida pàra mi visita, había tenido la precaución de ponerse el uniforme».

Las hijas de maestros de escuela están destinadas frecuentemente á vivir en poblaciones pequeñas, donde, quiéranlo ó no, hállanse envueltas en todos los enredos, en todos los chismes de vecindad y en todas las murmuraciones. Las hijas de los pastores de aldea viven en un pueblecito donde nadie les disputa su categoría; pueden, por consiguiente, prescindir de la presunción. Humboldt quería mucho á esas princesas rurales, en quienes se unían, á juicio del sabio, las gracias del ingenio con la sencillez de corazón y de modales, y que tenían bastante mundo, sin ser demasiado mundanas. Así se le apareció Carlota, y fué un hechizo. Juntos pasaron tres días felices. No se separaban un solo momento, desde la mañana hasta la noche; paseaban, charlaban....; habíase convertido

Pyrmont para ellos en un lugar de inocentes delicias. Al despedirse de esta criatura adorable, el estudiante de Gœttinga la entregó una hoja de álbum; hoja en que había escrito estas palabras: «El amor á la verdad, al bien y á la belleza, ennoblece y exalta el corazón; pero muy poco vale esto si un alma simpática no comparte con nosotros por igual lo que sentimos. Nunca esta convicción ha estado arraigada en mi espíritu con la fuerza que en este momento en que me separo de V., con la esperanza incierta de verla de nuevo». Humboldt había prometido, sin embargo, solemnemente que antes de mucho tiempo iría á visitar al pastor de Lüdenhausen. Aquel estudiante era barón, y no cumplió su palabra. Llamáranse Guillermo ó Alejandro, los Humboldts eran hombres prudentes, dueños siempre de sus inclinaciones, y muy cuidadosos de separar de su camino todo lo que podía embarazarles.

Sin embargo, á través de todas las vicisitudes de su vida, nunca olvidó Alejandro los cabellos rubios ni los ojos azules que habían hecho peligrar su parsimonia durante algunas horas; acordábase de cierto paseo que cierto barón, joven aún, había recorrido acompañando á la hija de un pastor; de cierto banco en el que ambos se habían sentado; y cuando, veintiséis años después, hallándose él en el Congreso de Viena, recibió una carta, en la cual una mujer muy desdichada le confiaba sus penas y le pedía consejos, aquel capítulo de su pasado, evocado tan súbitamente, causó emoción vivísima en aquel diplomático, que se jactaba de conmoverse poco. «No sé, escribía Humboldt á Carlota, si volveremos á vernos; pero aseguro que algo de V. ha quedado en mi alma. Es V. para mí como una aparición del pasado, que no se borrará nunca de mi memoria.... ¡Peregrinas relaciones las nuestras! ¡Dos seres que se vieron durante

tres días, hace ya muchos años, y que tienen muy pocas probabilidades de volver á verse! La pura y honda alegría que experimento en este instante es de una índole tan extraña, que me avergonzaría yo si no confesase que la imagen de V. se ha confundido siempre, dentro de mí, con todos los sentimientos de la juventud, con el recuerdo de unos tiempos que son ya idos, y en los cuales nuestra Alemania era mucho más bella que ahora.»

Compréndese fácilmente que Humboldt se cuidó muy poco de ver á Carlota. Aquel hombre, nada novelesco, había tenido en otro tiempo su novela: temía estropearla. Como Carlota hubiese encomendado á su amigo el encargo de resolver si debía ella vivir en Brunswick ó en Gœttinga, le respondió: «Cuando estaba yo en Brunswick no conocía á V.; en Gœttinga pensé en V. muy á menudo. Trasládese V. á Gœttinga». Al goce de recordar se unió muy pronto el placer de hallarse con una conciencia á la cual dirigir. Carlota le había escogido, entre todos, para confesor suyo, para su director espiritual. Juzgaba Humboldt que para un hombre es bueno y honroso tener la custodia de un corazón femenino que se abandone á él completamente sin reserva y de buena fe. No pongamos en olvido que era infinitamente curioso.

En los ratos de vagar que le dejaba el estudio del chino, del kawi y del hombre primitivo, su pasión dominante, así lo confesaba él mismo, era la de estudiar á los hombres y á las mujeres de su tiempo; la de representarse exactamente su manera de vivir y de pensar. «Los defino, los clasifico, los agrego á ideas generales, y hago de todo esto una ciencia particular.» Carlota era una persona digna de ser definida y clasificada. Humboldt exigía de ella, no ya solamente que le escribiese con frecuencia, sino que le refiriese circunstanciadamente toda

su historia año por año. Reservábale, sin duda, algún párrafo en su tratado de antropología comparada, con cuya publicación soñó mucho tiempo. Así pasamos desde la emoción á la curiosidad; la correspondencia después se convierte en costumbre, y nuestras costumbres nos son más queridas á medida que envejecemos. Humboldt, aconsejando y consolando á su amiga, realizaba indudablemente una buena obra; pero en ella encontraba su ventaja y su placer, y es lícito decir, sin que estas palabras le ofendan, que ese género de beneficencia era lo que á él más le gustaba.

Carlota conservaba religiosamente las cartas de su ilustre amigo: pero había ordenado á éste que destruyera las escritas por ella. De Carlota consérvanse solamente las que escribió á sus hermanas, y que una persona, animada de piadoso celo por la memoria de aquélla, se tomó el trabajo de coleccionar. Mr. Otto Hartwig las publicó, agregando á ellas una noticia interesante y curiosa, en que se halla casi todo lo que nos importaba saber. Gracias á él y á sus investigaciones, conocemos desde ahora á la hija del pastor de Lüdenhausen, y podemos, á nuestra vez, definirla y clasificarla.

Aún no había cumplido veinte años, cuando tuvo una desdichada y ruidosa aventura. La pobre se aburría en su aldea, y deseaba salir de ella á toda costa. No obstante la decidida oposición de su familia, Carlota resolvió casarse con el doctor Diede, procurador del Supremo Tribunal de Cassel. Este doctor en derecho era rico, pero de alma grosera, de carácter brutal, y aunque muy vehemente en sus amores, nunca supo respetar aquello que amaba. Desde los primeros días adquirió Carlota el convencimiento de que sentía hacia él antes aversión que cariño. Habíala educado su padre en los principios más

severos; pero ella inventó para uso propio otros que no lo eran tanto. Habíase unido muy íntimamente á una mujer demasiado ligera y que ejercía sobre Carlota gran predominio; esta mujer le demostró con su ejemplo que existen arreglos especiales en la ley del matrimonio.

Á más de esto, Carlota vivía en una época en la cual proclamaban muchos los derechos imprescriptibles de la pasión, predicaban la libertad de los corazones, el amor libre, la vida racional en oposición á la vida estúpida. En Weimar, como en Jena, existían mujeres de las cuales se hablaba mucho; rodeábaselas de homenajes, y, para lisonjearlas, los filósofos y los poetas enseñaban que ciertos deberes son solamente preocupaciones del vulgo. «No se toma en serio el matrimonio, *die Ehen gelten nicht*», decía Juan Pablo. En Cassel no iban mucho mejor que en Weimar estas cosas. El *landgrave* Guillermo IX no pensaba, ni mucho ni poco, en moralizar á sus súbditos. Andábase ya en su tercera amante oficial, en la cual tuvo hasta diez y ocho hijos. Carlota Diede cedió á la corriente, y acabó por creer que puede una casarse con un hombre á quien no ama, sin que esto pueda tener consecuencias, y que existen consuelos permitidos.

Su marido fué muy imprudente. Aquel hombre brutal estaba orgulloso de la hermosura, del talento de su mujer y de la admiración de que ella era objeto. Entre los admiradores que frecuentaban su casa, había un oficial llamado Von Hanstein, capitán en el regimiento de granaderos de la Guardia. Tenía un alma bastante vulgar; pero era de muy buena familia, de formas hercúleas y de maneras muy agradables. Aunque su cara estaba muy picada de viruelas, tenía fama de ser el más irresistible de los seductores, y muy pronto se vanaglorió de haber sido afortunado con la hermosa señora de Diede. El ma-

rido concibió sospechas, dió gran escándalo, maltrató á su mujer, que, abandonando el domicilio conyugal, buscó refugio en casa de su amante.

El doctor Diede entabló demanda de divorcio, y lo obtuvo muy fácilmente. Carlota no tardó mucho en deplorar su calaverada; pero se lisonjeaba con la esperanza de salvar su reputación casándose con su capitán de granaderos, á quien adoraba. Entretúvola Hanstein con promesas durante catorce años, la engañó con vanas esperanzas, ligándose ó desligándose, sin pudor, hasta el día en que se casó con otra. Carlota pagó muy cara su falta. Necesitaba ilusiones, y al perderlas, poco le faltó para que perdiese la vida. La infeliz pasó el resto de su existencia entre las amarguras del remordimiento y las inquietudes del deseo. Estaba desconsolada, y pobre y enferma. Tenía la desgracia de colocar mal los capitales, y su modesta fortuna desapareció en ese abismo. Quedábanle, sin embargo, sus dedos de hada, de los cuales se sirvió para fabricar flores de exquisito gusto; éste fué su único medio de subsistencia. Pero era preciso trabajar sin descanso, acostarse muy tarde, levantarse muy temprano. Su valor se sobrepuso á todas estas pruebas, y las venció.

Aunque su salud estaba muy quebrantada y su belleza había disminuido bastante, aún inspiraba grandes pasiones. No era posible acercarse á ella sin amarla. Las declaraciones que se le dirigían no eran ciertamente para disgustarla. Carlota no se enojaba; asombrábase, prorrumpía en exclamaciones de sorpresa, y reñía al enamorado, aunque con dulzura. De ella dependió el casarse con otro oficial que tenía más corazón que Hanstein. Pero era suspicaz, muy celoso, y Carlota no supo tranquilizarle. Aunque creyó ella que la amaba con verdadera

pasión, tan pronto quería, tan pronto no quería, y alternativamente adelantaba ó retrocedía. «V. ama á todos y no ama á ninguno» (decía él encolerizado). Y á impulsos del despecho, levantó el sitio. Poco después un hombre casado, muy rico, que había hecho á Carlota algunos favores de dinero, le insinuó proposiciones que ella rechazó con horror. Carlota no había nacido para ser feliz; era demasiado coqueta para mujer honrada, y demasiado honrada para coqueta. Sea uno lo que fuere, es menester que lo sea del todo; es el mejor medio para tener probabilidades de lograr algo en el mundo.

Carlota fué mucho tiempo coqueta, y siempre romántica. Nunca supo aceptar la vida por lo que la vida es, ni ver á los hombres tales cuales son. Era tan sincera en su comportamiento, cuanto había sido cándida en su falta, y poseía toda clase de virtudes: honor, desinterés, valor; todas las soberbias de un alma grande. Hubo de contraer deudas en más de una ocasión, y entonces se imponía á sí misma, sin regatearlas y sin quejarse, todas las privaciones necesarias para saldar sus cuentas. Conforme avanzaba en edad, adquiría más delicadeza en sus sentimientos; las cartas que publicó Mr. Hartwig dan fe de esto, y el estilo es en todas tan noble cuanto abundante y fácil. Solamente le faltaba una cosa, cuya ausencia perjudica mucho: sentido común. Adoró neciamente en su capitán de granaderos, que le quitaba dinero, y después le reprochaba el humillar á su amante trabajando para vivir. Y Carlota, sin embargo, se obstinaba en considerarle como el más magnánimo de los mortales; necesitó una experiencia de más de dos años para convencerse de que su héroe era un bribón que se burlaba de ella.

Cuando estuvo desengañada, buscó en otra parte un corazón honrado al que poder unirse. Nadie solicitó más

que su amor; pero la confianza faltó siempre, y Carlota se indignaba. Quejábase constantemente de que el mundo fuese implacable; que no comprendiese que el sincero arrepentimiento lava la falta, y que la experiencia transforma las almas. El mundo, efectivamente, cree con mucha dificultad en el arrepentimiento, y admite con más dificultad aún que haya mujeres que sólo cometan una falta y que se sientan curadas para siempre del deseo de volver á empezar. Tenía Carlota unos ojos tan dulces, que no era fácil faltara quien se prestase muy gustoso á consolarla; pero á ella no le bastaba el amor; exigía el respeto y la fe que no razona. «He hecho descubrimientos muy crueles, escribía Carlota á su hermana. Derramo todas las lágrimas de mis ojos al pensar que la sociedad es bastante injusta para no dar al olvido un extravío de la juventud; extravío rescatado por muchos años de una conducta irreprensible. Por dondequiera que mi pasado se desconoce, todos se dirigen á mí con bondad y me prodigan muestras de estimación; se informan después, y se alejan todos de mí; aunque, por último, muden de parecer cuando me conocen mejor. Pero mi pobre corazón sufre cruelmente; me reconcentro en mí misma, y me encierro en mi soledad triste.»

Le parecía que se hallaba rodeada de ciegos que no querían dejarse batir las cataratas. ¿Era posible que se pasase un cuarto de hora al lado suyo sin adivinar los tesoros de ternura que ocultaba ella en el fondo de su alma? ¿Sin comprender que existía en ella lo necesario para labrar la completa dicha de un hombre? Respetar á Carlota Diede y hacerse amar por ella.... ¡Oh! Esto habría sido disfrutar en la tierra todas las delicias del cielo.

Pero no; los que la amaban no sabían creer, ni aun se

limitaban á dudar: eran suspicaces, sombríos, celosos. Otros le decían: «V. es seductora, y solamente en V. consiste proporcionarse tranquilidad y comodidades. Doblegue V. un poco su carácter; transija con sus principios; procure parecerse á todo el mundo; acepte V. las proposiciones que se le hacen, y deje V. á un lado esas ínfulas; al fin y al cabo V. no es una reina». Erguíase entonces Carlota, y con el dedo señalaba la puerta al insolente; y esto era un consuelo para su orgullo ultrajado y herido. ¡Ay! El insolente partía; pero el disgusto se quedaba, y de día en día aproximábase la vejez poco á poco. De muy buena gana habría dicho Carlota, como Safo: «La dulce manzana madura en el extremo, muy en el extremo de la rama, y allí la han olvidado los recolectores de manzanas.... No, no la han olvidado; es que no han sabido cogerla».

No pudiendo sustraerse á sus pesares, trató de adormecerlos. La religión fué su auxilio y su refugio. El sufrimiento exaltaba su espíritu, y del mismo modo era novelesca en materia de dogma y de prácticas religiosas que en los juicios que formaba acerca de los hombres.

Le parecía que algún ser muy poderoso y muy perverso se encarnizaba persigiéndola; que el mismo diablo en persona impedía á los capitanes de granaderos casarse con las mujeres que los amaban, y suplicaba á los tronos y á las dominaciones que la salvaran del demonio. Carlota se curaba muy poco de la Providencia universal; necesitaba una *providencita* particular que realizara milagros en favor de Carlota Diede. Deseaba que su Dios fuera para ella más que para los otros mortales; que le perteneciese y le revelase su presencia por medio de avisos secretos. Para poner á prueba á su Dios, determinó

tomar un billete de cierta lotería, á pesar de que se habían ya tirado cinco series. El billete le costó treinta *thalers:* Carlota ganó dos mil, que tardó muy poco en perder. El sentido común es un consejero más seguro que las suertes bíblicas.

Es muy presumible que cuando en 1814 concibió de pronto el pensamiento de refrescar la memoria de Humboldt, y de pedirle algún auxilio, le viese á través de sus recuerdos, y se creyera todavía en Pyrmont. Carlota esperaba indudablemente de aquel sabio algo más de lo que el sabio podía darle, y debió de costarle bastante trabajo acomodarse á la moral austera que él le predicaba.

Adivínase en las cartas de Humboldt el temor de que Carlota se equivocase, el deseo de detenerla en una pendiente peligrosa, y de volver al buen camino aquella imaginación expuesta á extraviarse.

En 16 de Julio de 1825 le escribió Humboldt: «Siento mucho que V. se queje siempre de sus negras melancolías, que no puedo aprobar, y que V. debe combatir á todo trance, querida Carlota. Lo atribuyo en parte al exceso de trabajo; pero seguramente ninguna responsabilidad me alcanza en esto. Si sabe V. leer mis cartas, verá en ellas, y en cada una de sus líneas, el interés, el afecto que V. me inspira, y el contentamiento que me causaría saber que era V. dichosa. Tengo una idea muy clara de lo que podemos ser el uno para el otro. V. conoce perfectamente mis sentimientos hacia V.; por breve, por efímero que haya sido nuestro primer encuentro, siempre he conservado de él un recuerdo querido, y he aprovechado apresuradamente la ocasión de manifestar á V. mi simpatía. Nuestra hermosa y tranquila amistad, tan adecuada á mi edad cuanto á mis inclinacio-

nes, puede durar hasta el término de nuestra existencia; aquí nada hay, ni en V. ni en mí, según entiendo, que á esto se oponga. Si, como creo firmemente, puede V. contentarse con esto, irá todo perfectamente». Como hombre prevenido, desconfiaba Humboldt del precipicio, y colocaba pretiles á los dos lados del puente.

No hay obra de misericordia más difícil que la de consolar á los afligidos. El filósofo *Citófilo* respondió cierto día á una mujer, que procuraba conmoverle con la relación de sus desgracias, que la historia universal no es sino un encadenamiento de desventuras; que la reina Enriqueta había visto morir en el cadalso á su *augusto* esposo; que María Estuardo había sido decapitada; que la hermosa Juana de Nápoles había sido presa y ahorcada. «Lo siento por ellas», respondió la señora, y tornó á sus melancolías. Guillermo de Humboldt, para consolar á Carlota Diede, procedió completamente al contrario. Nunca pensaba en recordar que todos tenemos nuestros disgustos; antes se complacía en repetirle que existían personas completamente felices, y que Guillermo Humboldt estaba entre ellas. Narraba sus prosperidades, describíale su hermoso castillo de Tegel, sus antigüedades, sus mármoles, sus estatuas, una cabeza de Medusa en pórfido (regalo de un Sumo Pontífice), una bonita ninfa sacando agua que ornaba uno de los huecos de su salón.

Aunque no tenemos las cartas de Carlota, las respuestas de su buen amigo bastan para que las conozcamos. La conversación epistolar sostenida entre ambos puede resumirse del modo siguiente:

«Pero, ¿qué?, preguntaba, lanzando suspiros, la persona afligida y pobre y enferma. ¿V. es real y efectivamente dichoso?—Seguramente; ¿cómo no había yo de

serlo? Durante mi vida he disfrutado de la libertad que da la fortuna, y he podido entregarme sin obstáculos á mis gustos. Mi salud es buena; mi carácter igual. Las contrariedades del destino me importan muy poco. Ni el mal tiempo, ni la bruma del invierno me entristecen; un cielo nublado tiene á mis ojos su encanto, y no conozco en el mundo nada de que no pueda yo sacar algún deleite ó algún provecho. Cuando ha sido menester que renunciase yo á los negocios, me ha costado muy poco hacerlo; el estudio ha sustituido perfectamente á todo. Trabajo durante todo el día; no salgo de mi habitación hasta muy entrada la noche, y estoy constantemente tranquilo, ocupado siempre, y á todas horas contento de mí mismo y de los demás.—¿De modo que nada echa V. de menos?—No; desconozco la esclavitud del deseo. Sé gozar y sé también privarme de goces. Tengo siempre muchísimo gusto en ver á mi esposa, á mis hijos, á mis amigos; cuando no los veo, no me hacen falta; me las arreglo de suerte que me basto á mí mismo.—Según eso, V. que me manda escribirle, V. que asegura que mis cartas le complacen, ¿no tiene necesidad de recibirlas?—¿Qué voy á decirle sobre eso, mi querida Carlota? Los verdaderos placeres son aquellos de los cuales podemos prescindir, porque toda necesidad es un dolor que empieza.—¡Dios mío! (exclamaba Carlota, asombrada por la insolencia de esa felicidad.) ¿Qué necesito hacer para sufrir menos?—Necesita V. hacer lo que yo: mirar con indiferencia muchas cosas; convencerse de que todo lo que nos ayuda á madurar es bueno; tener cuidadosamente equilibrado el espíritu; adquirir este reposo del corazón que he poseído desde joven y que es preferible á la alegría.»

Carlota fingía aprobar aquel método, pero hallaba infinitas dificultades para seguirlo; y aquellos recursos que

Humboldt tanto elogiaba, no eran para utilizados por ella. Aconsejábala que se olvidase de sus desdichas contemplando el cielo estrellado. «¿Ha observado V., le escribía, la hermosura del cielo en estas últimas noches de Septiembre y de Octubre? Tres planetas y una estrella de primera magnitud se encontraban reunidos; descubríase á Marte y á Júpiter en la constelación del León; Venus brillaba al lado de la estrella Sirio. El instante de más belleza era entre las tres y las cuatro de la madrugada. Mi mujer y yo nos hemos levantado casi todas las noches, y hemos permanecido mucho tiempo asomados á la ventana, y gozando con aquel espectáculo. Siempre he sido muy aficionado á contemplar las estrellas. Mirándolas se desprende el alma de todo lo terreno. Frente á esos infinitos mundos esparcidos en las inmensidades del espacio nos sentimos anulados; nuestros destinos, nuestros placeres, nuestras privaciones, cosas todas á las cuales concedemos tanta importancia, se reducen á la nada. Añada V. á esto que esas estrellas siempre en movimiento envuelven todas las generaciones de los hombres y todas las épocas de la naturaleza; todo lo han visto desde el principio; lo verán todo hasta el fin. Es este un pensamiento en el cual me gusta abismarme. V., querida Carlota, hará perfectamente estudiando la astronomía; si V. quiere, le daré instrucciones acerca de esto, indicándole los libros que pueden serle útiles.»

Carlota hacía siempre lo que Humboldt le decía; se puso, por consiguiente, á mirar al cielo; pero no consiguió olvidar sus penas; buscaba Carlota en la inmensidad del firmamento el astro en que hallaría ella su felicidad al abandonar esta tierra tan triste. Humboldt la reprendía por esto; el sabio no se cansaba de repetirle que el verdadero contentamiento consiste en desprenderse de sí

propio, y desligarse del corazón para vivir en el mundo de las ideas eternas, inmutables, que son para el hombre manantial de una felicidad sin males, y la amistad única que no le engaña nunca. Carlota procuraba creerle en esto; poníase con mil dificultades en camino hacia el mundo de las ideas; pero llevaba siempre consigo sus recuerdos, sus remordimientos, sus dolores. Pensaba en las perfidias de Hanstein, en las crueldades de los hombres con respecto á ella, y por grandes esfuerzos que hiciese para huir de ella misma, tornaba á encontrar en todas partes á Carlota Diede. Es cierto que cuando hay incertidumbre é inquietud para el mañana; cuando se necesita pasar la noche elaborando flores artificiales; cuando se tienen acreedores que apremian, es más difícil de practicar el *amor intellectualis* de Spinoza ó la *ataraxia* de los estoicos, que cuando se tiene la fortuna de ser barón, de no tener acreedores ni penas del alma, de habitar en Tegel un hermoso castillo muy cómodo, lleno de estatuas que llevan sobre su frente y en sus ojos sin mirada la serenidad del Olimpo.

Refiriéndonos al testimonio de una amiga suya, Carlota se atormentó, se maltrató hasta la hora de su muerte. «Había en ella siempre, así nos dicen, como una llama de inquietud *(Es war bis ans Ende der Tage eine flammende Unruhe su ihr)*. Y, no obstante, las cartas de Humboldt eran para Carlota un consuelo que el cielo mismo le enviaba. Era muy dulce á Carlota Diede pensar que un grande hombre se acordaba de ella y se dignaba exhortarla á que contemplase el cielo. Tratábale de «amigo celestial, amigo divino». No eran precisamente los consuelos los que la halagaban, sino el hombre que pretendía consolarla, y en esto, lo mismo que en todo, Carlota era verdaderamente mujer. El amigo divino y celestial

no cumplió sus deberes hasta el fin. Durante mucho tiempo Humboldt pasó á Carlota una pensioncita de cerca de cuatrocientos francos, que le era, en verdad, muy necesaria para nivelar su presupuesto. Pero murió en 1835, sin dejar nada á su querida amiga. Mr. Gutzkow quiere explicar esto atribuyéndolo á la desidia del filósofo; Mr. Hartwig lo explica por su amor al misterio : no quiso que sus herederos hallasen el nombre de Carlota en el testamento. Nos inclinaríamos más á creer que Humboldt había ajustado cuentas en su cabeza, y encontrado que estaba quito y cumplido con la amistad. Lo mismo que su hermano Alejandro, Guillermo de Humboldt era de esos hombres que calculan todas sus acciones como todas sus generosidades, y que saben perfectamente dónde acaba el deber y comienza la tontería. La pobre Carlota estaba destinada á experimentar, unos en pos de otros, todos los desamparos. No por esto dejó de ser amada por ella la memoria de su amigo divino. Pero la vejez comenzaba á hacerle sentir sus achaques; las enfermedades llegaban, y sus dedos de hada comenzaban á rehusar sus servicios. Poco tiempo después vióse precisada Carlota, para no morir de hambre, á elevar al rey de Prusia, Federico Guillermo IV, una solicitud, que fué atendida. El rey concedió á Carlota Diede una pensión de poco más ó menos mil francos, que la pobre hubo de disfrutar poco tiempo. Al año siguiente ya había muerto; en el cementerio de Cassel disfrutó Carlota, por vez primera, de tranquilidad y reposo.

Las cartas que le escribió Humboldt serán siempre de muy interesante lectura; en ellas se encuentra por dondequiera la huella de un gran talento. Pero faltaba allí el encanto, la naturalidad, la sencillez que se abandona. Esa sabiduría tan segura de sí misma y tan sober-

bia en su candidez aparente ; esa prudencia nunca desmentida, sin debilidades, que dedica su vida á verse vivir, que no sabe ni regocijarse, ni conmoverse, ni enojarse, produce á la larga un malestar secreto. ¿Qué vendría á ser este pobre mundo si arrojásemos de él la risa, la misericordia santa y los santos enojos? En 1814 había dicho Gœrres : «Guillermo de Humboldt es claro y frío como sol de Diciembre». Las *Cartas á una amiga* tienen la severa belleza de un día de invierno, sereno y claro. En el cielo no hay una nube, el aire es puro, el sol brilla sobre los árboles cubiertos de escarcha ; pero ese sol no es el que hace que las rosas florezcan y canten los pájaros.

VÍCTOR CHERBULIEZ.

ENRIQUE HEINE

I.

La última vez que vi á Enrique Heine fué algunas semanas antes de su muerte: necesitaba yo escribir una noticia ligera sobre la reimpresión de sus obras; hallábase en el lecho en que lo tenía postrado aquella indisposición leve, al decir de los médicos, pero que no le había permitido levantarse hacía ocho años: había, pues, seguridad de encontrarle siempre, como él mismo hacía observar; y, sin embargo, poco á poco crecía la soledad en rededor suyo; por eso decía Heine á Berlioz, que había ido á visitarlo: «¿Viene V. á verme?.... ¡V. siempre tan original!» Y no era que se le quisiese ó se le admirase menos; era que la vida arrastra, á pesar de ellos mismos, á los corazones más fieles; sólo una esposa ó una madre pueden no abandonar una agonía tan prolongada. Los ojos humanos no podrían resistir sin apartarse, la contemplación por tiempo muy largo del espectáculo del dolor. Las mismas diosas se cansan de eso, y las tres mil Oceánidas que se fueron á consolar á Prometeo en su cruz del Cáucaso, tornáronse aquella misma noche.

Cuando mis ojos fueron acostumbrándose á la penumbra de la estancia, pues una luz demasiado viva hubiese herido la vista casi apagada del enfermo, distinguí un sillón próximo á la cama del pobre achacoso, y en él tomé asiento. El poeta, haciendo un esfuerzo, me tendió una mano pequeña, suave, blanda, mate y blanca como una hostia, una mano de enfermo, alejada de la influencia del aire libre, y que no ha tocado nada, ni siquiera una pluma, desde hace muchos años. Nunca los más duros huesecillos de un esqueleto habían estado revestidos de una piel más suave, más untuosa, más satinada, más cuidada. La calentura, á falta de vida, ponía en ella algún calor, y, no obstante, al tocarla experimenté un ligero estremecimiento, como si hubiese tocado la mano de un ser que ya no pertenecía á la tierra.

Con la otra mano, para verme, había levantado el párpado paralítico del ojo, que en él conservaba una percepción confusa de los objetos, y le dejaba todavía adivinar un rayo de sol como á través de una gasa negra. Después de que hubimos cruzado algunas frases, cuando supo el motivo de mi visita, me dijo: «No se compadezca V. demasiado de mí; la viñeta de la *Revista de Ambos Mundos,* en la que me representan demacrado y con la cabeza inclinada como un Cristo de Morales, ha conmovido ya suficientemente en favor mío la sensibilidad de las gentes bondadosas; no soy aficionado á los retratos en que hay parecido; quiero ser retratado hermoso, como las mujeres bonitas. V. me ha conocido cuando era yo joven y robusto; sustituya V. con aquella mi imagen antigua, esta efigie lastimosa de ahora».

Efectivamente: el Enrique Heine á quien había yo sido presentado en 183...., poco tiempo después de su llegada á París, en nada se parecía al que á la sazón es-

taba tendido ante mi vista, inmóvil, como el cuerpo que espera á que se le coloque en el ataúd.

Era un hombre hermoso, de treinta y cinco á treinta y seis años; hubiérasele tomado por un Apolo germano, al ver su elevada frente, blanca, pura como una mesa de mármol, sombreada por masa abundante de cabellos rubios.

En sus ojos azules resplandecían la luz y la inspiración; sus mejillas redondas y blancas y de un contorno elegante, no estaban cubiertas por la lividez romántica de moda en aquella época. Muy al contrario: el matiz rojo aparecía allí clásicamente; una ligera curvatura hebraica contrariaba, sin alterar su pureza, la intención que su naríz había tenido de ser griega; sus labios armoniosos, «semejantes como dos bellos pareados», para servirme de una frase suya, tenían en reposo una expresión encantadora; pero cuando hablaba, de su arco rojo surgían silbando flechas agudas, dardos sarcásticos, que jamás erraban el blanco; porque nadie fué nunca más cruel que Heine para con los tontos.

Una ligerísima gordura, algo pagana, que debía expiar andando el tiempo con una flacidez completamente cristiana, redondeaba sus formas; no llevaba barba ni bigote; no bebía cerveza, y, como Goethe, profesaba odio á tres cosas; hallábase entonces en el apogeo de su furor hegeliano; si le repugnaba creer que Dios se había hecho hombre, admitía, sin dificultad, que el hombre se hubiese hecho Dios, y obraba en consecuencia. Dejémosle á él mismo la palabra para que cuente aquella espléndida embriaguez intelectual: «Era yo, yo mismo, la ley viva de la moral; yo era impecable, yo era la pureza encarnada; las Magdalenas más comprometidas fueron purificadas por las llamas de mis ardores y tornaron á ser vírgenes

entre mis brazos; es cierto que esta restauración de virginidades estuvo muy á punto de agotar mis fuerzas; era yo todo amor, y me hallaba exento de odio; nunca me vengaba de mis enemigos, porque yo no admitía enemigos frente á mi personalidad divina; eran solamente incrédulos, y la ofensa que me hacían era un sacrilegio y las injurias que de mí decían eran otras tantas blasfemias. Era menester, sin embargo, de tiempo en tiempo, castigar tales impiedades; pero aun entonces sólo un castigo divino alcanzaba al pecador, no una venganza de rencores humanos. Tampoco admitía yo, en lo que á mí respecta, amigos, sino fieles creyentes, y ya les hacía demasiado favor. Los gastos de representación de un Dios que no quiere ser avaro y que no economiza ni su bolsa ni su cuerpo, son enormes. Para representar ese papel soberbio, es necesario ante todo poseer mucho dinero y estar dotado de muy buena salud; ahora bien: el día en que yo menos lo esperaba,—era á fines del mes de Febrero de 1848,—me faltaron ambas cosas, y mi divinidad sufrió con esto tal sacudida, que se hundió miserablemente.»

Yo vi muchas veces á Heine durante aquel período divino: era un Dios encantador,—maligno como un diablo,—y muy bueno, digan lo que quieran. Que él me considerase como su amigo ó como su creyente, me importaba muy poco, con tal de que yo gozase de su chispeante conversación; porque si Heine fué pródigo de su dinero y de su salud, lo fué más todavía de su talento. Aunque hablaba perfectamente el francés, algunas veces se divertía disfrazando sus sarcasmos con una pronunciación de tudesco cerrado, que exigiría, para ser reproducida, las peregrinas onomatopeyas de que usa Balzac en su *Comedia Humana* para representar las poco regulares

frases del barón de Nucingen: el efecto cómico era entonces irresistible; era Aristófanes hablando con la práctica de Enlenspiegel.

Mezclábase á su lirismo una especie de fuerza regocijada, y si los rayos de la luna de Alemania plateaban uno de los lados de su fisonomía, el sol alegre de Francia doraba el otro. Ningún otro escritor demostró, á un tiempo mismo, tanta poesía y tanto ingenio: dos cosas que ordinariamente se destruyen; en cuanto á la sensibilidad nerviosa que tantos encantos presta á *L'Intermezzo, El Tambor Legrand, Los Baños de Lacque* y á tantas páginas de los *Reisebilder*, ocultábala Enrique Heine en la vida ordinaria con pudor exquisito, y detenía á tiempo, con alguna palabra oportuna y graciosa, las lágrimas próximas á desprenderse.

En lo que á su modo de vestir y de presentarse se refiere, si bien no presumió nunca de elegante, cuidábalos más de lo que generalmente era necesario entre los literatos, á quienes siempre algún descuido echa á perder veleidades de lujo. Las habitaciones distintas en que vivió no tenían eso que llamamos hoy el sello del artista; es decir, no estaban atestadas de muebles maqueados, de bocetos, de otras curiosidades de mírame y no me toques; antes, por el contrario, presentaban una comodidad esencialmente burguesa, en que el propósito firme de huir de las excentricidades parecía manifiesto. Un hermoso retrato de mujer hecho por Laömlein, y que representaba á la Julia de quien habló el poeta en las primeras páginas de *Atta-Trill*, es el único objeto de arte que recuerdo haber visto en su casa.

Para apuntalar su divinidad, que vacilaba un poco, Enrique Heine fué á Cauterets á pasar la temporada de los baños, y allí compuso aquel peregrino poema cuyo

héroe es un oso, y en el que se mezclan con la poesía más idealista los más extravagantes caprichos, y yo lo perdí de vista por algún tiempo.

II.

Cierta mañana vinieron á decirme que un extranjero, cuyo nombre, desfigurado por mi doméstico, no pude comprender, solicitaba hablarme. Bajé á la habitación en que recibía yo las visitas, y vi á un hombre muy flaco, cuyo semblante recordaba el de Gericault, y terminaba en una barba puntiaguda, rubia, y en la cual veíanse blanquear muchos hilos de plata. Buscaba yo entre mis recuerdos quién podría ser aquel huésped matinal que me saludaba familiarmente y me tendía la mano con la franca cordialidad de un amigo antiguo. No conseguí juntar su nombre á aquella cara tan cambiada; pero, transcurridos algunos minutos de conversación, un rasgo ingenioso del desconocido me hizo exclamar: «Este es el diablo, ó es Heine». Era, efectivamente, Heine, convertido de Dios en hombre.

Pocos meses después, Enrique Heine caía en cama para no levantarse más; permaneció ocho años clavado en la cruz de la parálisis por los clavos del padecimiento. Durante esta larga agonía, presentó el fenómeno del alma viviendo sin cuerpo, del espíritu prescindiendo de la materia; la enfermedad le había arrugado, demacrado, disecado como á su antojo, y en aquella estatua de dios griego había tallado, con la paciencia minuciosa de un artista de la Edad Media, un Cristo descarnado hasta el esqueleto, en que los nervios, los tendones, las venas

aparecían salientes. Aun así desfigurado, Enrique Heine era todavía hermoso; y cuando levantaba su párpado caído, brillaba una chispa en su pupila casi ciega; el genio resucitaba aquella cara muerta; Lázaro salía de su fosa por algunos minutos; aquel espectro, que, envuelto en sus sábanas, parecía estatua fúnebre yacente sobre un monumento, hallaba voz para hablar, para reir, para lanzar ironías ingeniosas, para dictar páginas seductoras, para dar rienda suelta á sus estrofas aladas, y en aquellos días en que la piedra de su tumba mortificaba con más dureza sus miembros, para gemir lamentaciones tan tristes como la de Job en su estercolero. Sus amigos debieron alegrarse de que aquella espantosa tortura concluyese al fin, y de que el verdugo invisible diese el golpe de gracia al infeliz atormentado; pero pensar que aquel luminoso cerebro, amasado con luz y con risas, del que surgían las imágenes zumbando como abejas de oro, sólo resta hoy un poco de pulpa gris, es un dolor al que no es posible resignarse sin protesta.

Cierto que estaba en vida encerrado en un ataúd; pero, acercándose á él, era posible oir á la poesía cantar bajo el negro ropaje.

¡Cuánto apenaba el ver uno de esos microcosmos—más vastos que el universo y contenidos en la reducida bóveda de un cráneo—roto, perdido, aniquilado! ¡Cuántas y cuán lentas combinaciones habrá menester la naturaleza para formar una cabeza parecida!

Enrique Heine había nacido en el día 1.° de Enero del año 1801, circunstancia que le hacía decir, riéndose, que él era el primer hombre del siglo. Topffer observa los inconvenientes que hay, cuando se envejece, en llevar las centésimas del siglo, que perpetuamente nos recuerda nuestra edad y parece que nos arrastra con él. Heine

abandonó á su compañero en el quincuagésimosexto viaje.

El tiempo era frío, nublado, triste; las horas señaladas para la conducción del cadáver, las de la mañana; unos pocos amigos y admiradores del poeta se paseaban delante de la casa mortuoria, esperando que el fúnebre cortejo se pusiese en marcha para el cementerio. Heine había prohibido toda pompa, toda ceremonia; considerábase como muerto desde hacía mucho tiempo, y quería que lo poco que de él quedaba saliese en silencio de aquella habitación que no debía abandonar sino para trasladarse á la tumba. La vista del féretro, muy largo, muy ancho y muy pesado, en que aquellos restos pequeños estaban tendidos más desahogadamente que en su lecho, evocó en todos nosotros el recuerdo involuntario de este pasaje del *L'Intermezzo:* «Id á buscarme un ataúd de tablas sólidas y gruesas: es menester que sea más largo que el puente de Maguncia; y traedme doce gigantes más fuertes que el vigoroso San Cristóbal de la catedral de Colonia, del Rhin; es necesario que lleven el ataúd y lo arrojen al mar; un ataúd tan grande pide una grande fosa. ¿Sabéis por qué es menester que el féretro sea tan grande y tan pesado? Porque voy á depositar en él juntamente mi amor y mis penas».

En efecto: el ataúd no era demasiado grande; y si no fué arrojado al mar, se le depositó en una huesa provisional en presencia de poetas y de artistas franceses y alemanes poco numerosos, que permanecían formados respetuosamente, convencidos de que asistían á los funerales de un monarca del talento, aunque no había allí ni gran cortejo, ni marchas fúnebres, ni tambor con crespones, ni negro estandarte con estrellas, ni discurso enfático, ni blandones de amarilla cera. Colocada la lápida, cada

cual tornó á descender por la triste colina, y fué á perderse en el hormiguero infinito de la vida humana.

Pocos poetas me han conmovido y emocionado como Heine. Desconozco el idioma alemán, es cierto, y sólo he podido admirarle en las traducciones; pero ¡qué hombre será este cuando, aun privado del ritmo, de la rima, del feliz ordenamiento de las voces, de todo lo que constituye el estilo, en una palabra, produce todavía efectos tan maravillosos!—Heine es el poeta lírico más grande de Alemania; su sitio está naturalmente al lado de los de Goethe y Schiller; tal aparece á mis ojos, aunque la poesía traducida en prosa no sea sino un rayo de luz envuelto en paja, como Heine mismo ha dicho.

Ninguna naturaleza hubo nunca que se compusiera de elementos más heterogéneos que la de Enrique Heine; era simultáneamente alegre y triste, creyente y escéptico, tierno y cruel, sentimental y burlón, clásico y romántico, alemán y francés, delicado y cínico, entusiasta y lleno de sangre fría; todo, menos fastidioso. Á la más pura plástica griega, unía el sentido moderno más exquisito; era verdaderamente el Euforión hijo de Fausto y de la hermosísima Elena.

No es propio de este sitio examinar y apreciar su obra, que hablará por sí misma; pero no podemos por menos de indicar la impresión que nos produce.

Cuando se abre un tomo de Heine, parece que entramos en uno de esos jardines que tanto gustaba él de pintar; las marmóreas esfinges de la escalinata afilan sus garras en el ángulo de sus pedestales y nos miran con sus ojos en blanco, con una intensidad que asusta; sobre su lomo leonado se ven como estremecimientos; su cuello de mujer palpita como si latiese un corazón bajo aquellos contornos rígidos; rechinan las puertas al girar sobre

sus goznes enmohecidos, y se cree ver el pliegue de un vestido que desaparece bajo un arco, como si el espíritu de la soledad huyese sorprendido por nuestra llegada. El musgo, las ortigas, las bardanas han brotado entre las desunidas losas de la terraza; los arbolillos sin cultivar nos detienen el paso con sus ramas, como si nos suplicasen que no siguiésemos adelante. Las rosas parecen ensangrentadas entre las espinas, y las gotas de lluvia suspendidas en sus pétalos brillan como lágrimas; las flores, ahogadas por las hierbas nocivas, exhalan perfumes extraños que producen vértigos. En el estanque el agua negruzca se corrompe bajo la hierba verde, y la náyade roja es chata como la estampa de la muerte. El sapo salta á través de los senderos y va á contar nuestra llegada á su tía la víbora. Sin embargo, el viento suspira sus elegías, y el ruiseñor canta sus penas de amores idos; en la ventana de la casa, casi destruida, aparece una doncella fresca y rubia, envuelta en su bata de raso, semejando á esas hadas neerlandesas que Gaspar Nestcher se agrada de pintar en un fondo de rocas ó de dulcamaras; es encantadora, pero no tiene corazón, y en su seno se encierra un pozo de nieve. Jamás caerá en falta con nosotros; pero si tenemos alma y nervios, valiéranos más habernos enamorado de una de esas mujeres que llevan pintado el vicio en sus pómulos enrojecidos. Esa doncella nos dará la muerte con mil suplicios inocentemente diabólicos, y ni en el día del juicio osaremos resucitar, por miedo de volver á verla.

Heine tiene de común con Gœthe que sabe pintar mujeres verdaderas; una línea le basta para que una figura se dibuje viva y completa. ¡Qué engañoso encanto, qué pérfida languidez, qué risa de hiena, qué lágrimas de cocodrilo, qué ardiente frialdad, qué helada

llama, qué coquetería de gata! Ningún poeta ha sabido mover con más gracia la cola del dragón en la comisura de unos labios de rosa. ¡Con qué convicción dice de Lusignan, el amante de Melussina: «Hombre feliz, cuya querida no era serpiente sino á medias!»

Si Heine no ha labrado en su *paros* la más resplandeciente estatua de dioses griegos y bajo-relieves de bacanales tan puras de forma como los antiguos, está, cuando menos, al nivel de Uhland y de Tieck si narra las leyendas católicas y caballerescas de la Edad Media. Heine saca del cuerno maravilloso de Achim, de Arnim y de Brentano sonidos que hacen estremecerse á los siervos en el fondo de los bosques y bajarse los puentes levadizos de los castillos feudales. Cuando jinete en su corcel se lanza á la carrera, muy luego roza con su calzado la blasonada falda de la castellana cazadora, y nadie maneja el venablo con más gracia.

Nuestras costumbres literarias, muy dulcificadas, acaso hagan que aparezcan excesivamente crueles algunas ejecuciones de Enrique Heine; con los malos poetas era implacable; pero ¿no tiene Apolo derecho á desollar á Marsyas? La mano que empuña la lira de oro, empuña también el cuchillo para disecar al sátiro grosero. Voy á terminar con una página del libro de *Lázaro;* ella dará una idea de la manera del poeta, que ya sabe á qué atenerse sobre ese terrible problema:

«La pobre alma dijo al cuerpo: —No te abandono; permanezco contigo; contigo quiero abismarme en la noche de la muerte, y contigo beber la nada. Has sido siempre otro yo; me has envuelto cariñosamente como en vestido de raso suavemente forrado de armiño; ¡ay!: es preciso ahora que, completamente desnuda, despojada de mi querido cuerpo, como un ser puramente abstracto,

yo me lance á vagar, allá arriba, como una hada bienaventurada, en el reino de la luz, en esos fríos espacios del cielo donde las eternidades silenciosas me miran bostezando; allá se arrastran llenas de hastío y producen un ruido insípido con sus zapatillas de plomo. ¡Oh! ¡Esto es aterrador! ¡Ah! ¡Quédate aquí conmigo, querido cuerpo!

»El cuerpo dijo á la pobre alma: —¡Ah! Consuélate; no te aflijas de esa manera. Debemos sobrellevar resignados la suerte que nos depara el destino. Era yo la torcida de la lámpara; es menester que me consuma; tú, el espíritu, serás elegido para brillar allá arriba, lindísima estrellita de la claridad más pura. Yo soy ya solamente un harapo; no soy sino materia; caña hueca, es preciso que me deshaga y vuelva á ser lo que he sido, un poco de polvo. Adiós, y consuélate. Por otra parte, acaso en el cielo se divierta uno más de lo que tú crees. Si encuentras á la Osa mayor en la bóveda celeste, dale muchas expresiones de mi parte.»

TEÓFILO GAUTHIER.

ARTHUR

HABITABA yo, hace algunos años, un cuartito en los Campos Elíseos, en el pasaje de *Douze-Maisons*. Figúrense Vds. un rincón de cualquier barrio solitario, situado en medio de esas inmensas calles aristocráticas, tan frías, tan tranquilas, que no parece sino que por allí solamente se transita en carruaje. No sé qué capricho de propietario, qué monomanía de avaro ó de viejo dejaba subsistir en el corazón mismo de un distrito hermoso aquellos terrenos yermos, aquellos jardinillos enmohecidos, aquellas casas bajas, mal construidas, con las escaleras al exterior y azoteas de madera llenas de ropas tendidas á secar, de jaulas de conejos, de gatos flacuchos, de cuervos domesticados. Había allí familias de obreros, de rentistas de menor cuantía, algún artista,—de éstos hay siempre donde quedan árboles,—y, por último, dos ó tres cuartos amueblados, de aspecto desagradable y como ensuciados por generaciones de miserias.

En los alrededores, el esplendor y el bullicio de los Campos Elíseos; el rodar incesante de los coches; el choque

de arneses y el ruido de pasos animados; las puertas cocheras cerrándose ruidosamente; notas de pianos; los violines de Mabille; un horizonte de inmensos palacios silenciosos, con los ángulos redondeados, con sus cristales matizados por cortinas de seda clara y sus elevados espejos sin azogue, por donde suben los dorados de los candelabros y las flores raras de las jardineras....

Esta calleja de *Douze-Maisons,* alumbrada únicamente por un farolillo colocado en un extremo, venía á ser como el bastidor de la decoración que la rodeaba. Todo lo que estaba de sobra en medio de aquel lujo iba á refugiarse allí: galones de libreas, disfraces de payaso, una *bohemia* de palafreneros ingleses, de amazonas del circo, el coche de los borregos, el teatrillo *Guignol,* y á más de todo esto, tribus de ciegos que regresaban por la tarde cargados de acordeones y violines. Uno de esos ciegos se casó durante mi permanencia en aquella casa. Esta boda nos valió, durante toda la noche, un concierto fantástico de clarinetes, oboes, organillos y acordeones, en que se veía perfectamente desfilar todos los puentes de París con sus respectivas y distintas salmodias. Esto no obstante, el paraje era de ordinario muy tranquilo. Aquellos vagabundos de la calle no tornaban hasta algo entrada la noche, ¡y tan cansados! Allí no había ruido sino el sábado, cuando cobraba Arthur su jornal de la semana.

El susodicho Arthur era mi vecino. Una pared demasiado corta, á la que se había agregado para prolongarla una empalizada, era la única separación que existía entre mi cuarto y el gabinete amueblado que ocupaban Arthur y su mujer. De este modo, y muy á pesar mío, la vida de los vecinos venía á mezclarse con mi vida, y yo tenía que oir todos los sábados, sin perder absolutamente una palabra, el horrible drama, muy parisiense, que

se representaba en aquel hogar de obreros. La función comenzaba siempre de la misma manera. La mujer preparaba la comida; los hijos daban vueltas en derredor de la madre. Ésta les hablaba en voz baja y proseguía su faena. Las siete, las ocho; nadie.... Á medida que transcurría el tiempo, su voz cambiaba, vertía lágrimas, poníase nerviosa. Los chicos tenían hambre, sueño; principiaban á refunfuñar. El hombre nunca llegaba. Se comía sin él. Después, acostada y dormida la familia menuda, la pobre mujer salía á su balcón de madera, y la oía yo decir, en voz baja y entre sollozos:

—¡Oh! ¡Canalla! ¡Canalla!

Los vecinos que volvían á casa la encontraban allí. Todos la compadecían.

—Vaya V. á descansar ya, señora Arthur; ya sabe V. que no ha de volver hoy; es día de jornal.

Y los consejos de las vecinas:

—Yo de V., ¿sabe V. lo que hacía?.... ¿Por qué no se lo dice V. á su principal?

Estas muestras de compasión sólo conseguían que llorase más; pero perseveraba en su esperanza, y seguía aguardando; allí permanecía completamente enervada; cuando las puertas se cerraban y el pasaje quedaba silencioso, la pobre mujer, considerándose completamente sola, continuaba apoyada de codos en el balcón, recogida en un pensamiento fijo, contándose á sí misma sus tristezas, con ese descuido peculiar de la gente del pueblo que tiene siempre la mitad de su existencia en la calle. Los alquileres de la casa se debían; los proveedores de comestibles la atormentaban; el panadero se negaba ya á dar el pan....; ¿cómo se arreglaría si su marido volvía á casa sin dinero? Al fin, el cansancio de estar en acecho, de escuchar las pisadas torpes de algún transeunte,

de contar las horas, se apoderaba de ella, y la vencía. La infeliz entraba en su cuarto ; pero mucho tiempo después, cuando creía yo que aquello estaba ya terminado, sonaba muy cerca de mí, en la galería, una tos. Todavía estaba allí la pobre mujer, sostenida por la inquietud, desojándose para mirar al fondo de aquella callejuela obscura, y no viendo en él más que sus angustias.

Hacia la una ó las dos, á las veces más tarde aún, se oía cantar en el extremo del pasaje. Era Arthur que volvía. Casi siempre se hacía acompañar; traía arrastrado á un camarada hasta la puerta: «Ven...., ven....»; y aun allí mismo se detenía un buen rato; no podía resolverse á entrar, presumiendo lo que en su casa le esperaba. Al subir la escalera, el silencio de la casa dormida que le devolvía el eco de sus pasos torpes, le molestaba como un remordimiento. Hablaba solo en voz alta delante de cada habitación. «Buenas noches, *señá* Weber....; buenas noches, *señá* Mathieu»; y si no le respondían, desatábase en injurias y denuestos, hasta que todas las puertas y todas las ventanas se abrían para enviarle mil maldiciones. Esto era precisamente lo que él quería ; tenía un vino batallador, y gustaba del ruido y de las disputas. Además, con eso se enardecía, se encolerizaba y le causaba así menos miedo la entrada en su casa.

Esa entrada era ciertamente espantosa.

—Abre; soy yo.

Oía yo entonces los pies desnudos de la mujer pisando sobre el entarimado, el frotar de los fósforos, y el hombre que al entrar procuraba medio balbucir una historia, la misma siempre : los compañeros, un compromiso. «Chose, ya le conoces....; Chose, el que trabaja en el ferrocarril».

—¿Y el dinero?

—Ya no tengo,—contestaba la voz de Arthur.

—Es mentira.

Era mentira efectivamente. Aun en medio de los extravíos de su embriaguez, se reservaba siempre algunos céntimos, pensando por anticipado en la sed del lunes; y este residuo de su jornal era lo que su mujer pretendía arrancarle. Arthur se defendía.

—Cuando te digo que me lo he bebido todo,—gritaba él. Su mujer, sin responderle, le agarraba con toda la fuerza de su indignación, con todos sus nervios; le sacudía, le registraba, volvíale los bolsillos. Al cabo de un rato oía yo el sonido del dinero que rodaba por el pavimento; la mujer se echaba sobre esas monedas, diciendo con una risa de triunfo:

—¡Ah! ¿Lo ves?

Después, un juramento horrible y golpes sordos.... Era el borracho que se vengaba. Ya puesto á pegar, no se detenía. Todo lo que hay de perverso y de destructor en ese horrible vino de las barreras, subíasele á la cabeza y pugnaba por salir. Chillaba la mujer, los últimos muebles de la habitación volaban en pedazos, los muchachos, despertándose sobresaltados, lloraban de miedo. En el pasaje, todas las ventanas se abrían. Y decían todos los vecinos:

—¡Es Arthur! ¡Es Arthur!

Algunas veces, el suegro, un trapero ya muy anciano que habitaba en el cuarto amueblado próximo á éste, llegaba en socorro de su hija; pero Arthur se encerraba por dentro con llave para no ser interrumpido en su operación. Entonces, á través de la cerradura, se entablaba entre suegro y yerno un edificante diálogo, en el cual nos enterábamos de cosas muy agradables.

—¿Es decir, pedazo de ladrón, que no tienes bas-

tante con tus dos años de presidio?—gritaba el viejo.

Y el borracho contestaba con cierto aire de altanería:

—Es verdad, he cumplido dos años de presidio. Y ¿qué tenemos? Por lo menos, yo he pagado mi deuda á la sociedad. Procura tú pagar la tuya.

Esto le parecía sencillísimo y claro: he robado, me habéis tenido en presidio; pues estamos en paz. Pero á veces también, cuando el viejo insistía demasiado, impacientándose Arthur, abría la puerta, se precipitaba sobre el suegro, y sobre la suegra, y sobre los vecinos, y á todos les pegaba, como *Polichinela.*

Y, sin embargo, no era un mal hombre; muy á menudo sucedía que el domingo, al día siguiente de una de esas matanzas, el borracho, tranquilo y apaciguado ya, sin un céntimo para ir á beber, pasaba todo el día en su casa. Se sacaban las sillas de los cuartos. Instalábanse en la azotea la señora Weber, la señora Mathieu, toda la vecindad, y se charlaba. Arthur se hacía el amable, y hasta picaba en ingenioso. Adoptaba para hablar una voz clara, dulzona, declamaba trozos de ideas que había recogido por distintas partes sobre los derechos del obrero y la tiranía del capital. Su pobre mujer, enternecida por los golpes de la víspera, le contemplaba con admiración; y no era sola.

—Este Arthur, si él quisiera....—murmuraba la señora Weber suspirando. Entonces las señoras le hacían cantar. Arthur cantaba *Las Golondrinas* de M. de *Belanger.* ¡Oh! ¡Aquella voz de gola, llena de falsos sollozos, de sentimentalismo estúpido del obrero! En aquel terrado enmohecido, lleno de andrajos puestos al sol, que apenas dejaban pasar un trozo de color azul por entre las cuerdas, toda aquella gente, sedienta de un ideal á su modo, levantaba al cielo sus ojos humedecidos.

Todo lo cual no era incompatible con que el sábado siguiente Arthur se bebiese el jornal y apalease á su mujer; ni con que tuviese en aquel tabuco un montón de Arthurillos que solamente esperaban á tener la edad de su padre para beberse también sus jornales y pegar á sus mujeres.

¡Y esta es la raza que pretende gobernar el mundo! ¡Ah! ¡Maldecidos!, como dirían mis vecinas del pasaje.

ALFONSO DAUDET.

CÓMO SE ENGAÑA A LAS MUJERES

Sí; ¡he sido amada! (dijo la duquesa de Lore á su amiga la princesa de Claris); amada como todas las mujeres ansiamos serlo; con un respeto ideal que nunca logró reina alguna, y con una idolatría que solamente podía ser otorgada á la divinidad. Sí; he sido amada con una adoración infinita, pero hasta tal extremo, que sólo el pensamiento de ese culto, cuyo incienso embriagador he respirado, basta para borrar, para suprimir lo que haya existido de triste en mi vida, y para quitar valor á las decepciones y matizar mi existencia con un color purpurino, semejante al de ese sol que desde su ocaso nos alumbra.

En el fondo de un castillo antiguo del *Bourbonnais,* en un tocador muy alto de techo, pintado por la mano misma de Boucher, y en cuyas paredes las Dianas y las ninfas de pintadas blancuras dejaban ver sobre sus desnudas carnes los colores del fuego, como si el amor las hubiera incendiado con su antorcha, las confidencias de la Duquesa tomaban, en efecto, una especie de voluptuosa solemnidad en los extensos resplandores rojizos que el cielo

arrojaba sobre aquellas pinturas deliciosamente ajadas.

—¡Ah, querida amiga! (murmuró suspirando la Princesa.) Si es verdad eso, puede V. decir que la ha tocado el premio gordo de la lotería, que existe únicamente para engolosinar á los jugadores candorosos, y que nunca toca á nadie; á lo menos eso había yo creído hasta ahora; pero si V. ha tenido esa fortuna inesperada, haga el favor de no *dar dentera á los demás.*

—Princesa (contestó la hermosísima Erice de Lore): ambas sabemos mutuamente nuestras edades respectivas, pues hemos nacido en casas muy próximas, y casi á un mismo tiempo. Si hemos sabido ser, como parisienses, lo necesario, y como grandes señoras lo suficiente para impedir que la gordura desfigurase nuestros talles, y para evitar, sólo con quererlo, y sin el empleo innoble de menjurges y cosméticos, que se deslice una cana entre nuestros cabellos, no hemos dejado por eso la una y la otra de cumplir los treinta y seis años. Podemos decirlo aquí, solas entre estas paredes feudales, que no oyen—diga lo que quiera el adagio—y que tienen espesor bastante para imposibilitar cualquier indiscreción. ¿No es este el momento más á propósito para hacer un balance exacto de toda nuestra vida pasada, y calcular si lo que hemos disipado de nunca vistos tesoros valía la pena de vivir? Un Príncipe real, heredero de uno de los tronos más envidiados del mundo, y extraordinariamente hermoso, consagró á V. su juventud, y para no causar á V. ni la más ligera sombra de disgusto, murió soltero, burlando así las esperanzas de su familia y de todo su pueblo. Pues bien, amiga mía: creo que mi felicidad ha sido superior á la de V.; porque yo, sin dar nada de mi belleza, ni de mi persona visible, he poseído, como objeto de mi pertenencia exclusiva, un corazón de héroe y de niño, y el entendimiento

más elevado que ha resplandecido en nuestra época.

—Eso (replicó la Princesa) semejaría un enigma, si hubiera enigmas en el mundo.

—No los hay (contestó la Duquesa): esto no lo es. V. no se equivoca nunca, y no se equivocó al sorprender el brillo de mis ojos cuando, entrando juntas la otra noche en el vestíbulo del Teatro Francés, hemos visto allí colocado por primera vez el busto de Guy de Charnaille, labrado por David con la avasalladora sinceridad del genio. Sí; Guy de Charnaille es quien me ha amado. En los años en que las cien novelas palpitantes de vida y saturadas de *modernismo* (1), que después fueron coleccionadas bajo el título común de *Estudios sociales,* aparecían sucesivamente y apasionaban á Europa; cuando, sobrepujando en su vuelo vigoroso á los poetas épicos, sacaba Guy de su pensamiento un mundo: príncipes, duques, clase media, aldeanos, artistas, vírgenes, cortesanas, mujeres de mundo tan parecidas á nosotras, que leyendo aquellos libros no parecía sino que nos hubiera sacado, completamente desnudas, á la luz del día; cuando amontonaba, merced al más prodigioso esfuerzo creador que se ha producido nunca, tantos y tantos dramas, historias dignas de los antiguos narradores, comedias iguales á las de Molière, églogas dulces, dolorosas elegías; cuando conocía y divulgaba todos los secretos como si, por milagro de una doble naturaleza, tuviese en sí el *eterno femenino,* imaginé que sería una conquista hermosa la de domar á tal gigante, la de poseer, de tener en poder mío aquel monstruo de inteligencia sobrehumana, sabio como un Dios. Pero quería yo producir esa hechicería por medio de un encanto verdaderamente misterio-

(1) La Academia Española no puede en justicia rechazar este neologismo, que autoriza el uso y la necesidad impone. *(Nota del T.)*

so, de la fuerza única del invisible fluido que de nosotras emana; hice por lo tanto saber á Guy de Charnaille inmediatamente que renunciase en absoluto á la esperanza de verme y de conocerme, cuando le escribí ofreciéndole mi amistad.

—¿La amistad de V.? (dijo la Princesa.) ¿Y esa palabra no le hizo soltar una ruidosa carcajada á lo Rabelais, hasta romper los cristales de su casa?

—¡Oh! (contestó Erice.) Amistad, amor, ¿qué más da? No discuto nunca por palabras. La verdad del caso es que solamente con mis cartas convertí á este Encélado en amante sumiso y domeñado como esas fieras que el Amor de las mitologías arrastra hasta los pies de su madre con cadenas de flores. En aquellos momentos, rendido, aherrojado, obscuro, como genio aún no comprendido y á quien sus enemigos admiran ya demasiado, luchando con *El Dinero*, como luchaba Jacob con el Ángel, perseguido por los editores y por las deudas; á las veces imponiendo privaciones á su familia, vertiendo lágrimas abrasadoras, Guy trabaja de quince á diez y ocho horas diarias en su retiro de Chaillot, produciendo obras maestras como parten guijarros los empedradores, con la mirada fija en el lejano objetivo, apartado de los hombres; huyendo, con motivo, de escribir á su madre y á su hermana, y teniendo siempre en los labios el horrible beso de la soledad. En tales condiciones, cuando Guy no tenía un momento para vivir ni para hablar; cuando el trabajo pesaba sobre su pecho como los diablos en una pesadilla, halló tiempo para amarme á mí sola, para relacionar con mi recuerdo todos sus actos y todos sus deseos, escribiendo y creando únicamente para mí. No tuvo entonces una idea sola que no me fuese ofrecida como el incienso que se quema en los altares: ¡adoraba en mí! Un

hecho solo bastará para que V. estime la inefable delicadeza de ese cariño: Guy de Charnaille tuvo en su mano, y así me lo demostró, el medio de saber quién yo era y de conocerme. Hasta llegaron circunstancias en las cuales, á cada hora y á cada minuto, habríale sido fácil desgarrar el velo en que yo me envolvía y llegar hasta mí; no quiso hacerlo, sin embargo, porque yo se lo tenía prohibido. Pero, no vacilará V. en creer esto: con esas prodigiosas facultades intuitivas que le daban indiscutible superioridad con relación á los demás hombres, Guy había sabido soñarme tal cual soy, y el magnífico retrato pintado por Dehodency no se me parece más que el retrato escrito en que Guy me ha representado muy á lo vivo por un instinto invencible, y que ha colocado en la primera página de su más hermosa novela. Robándolas á su descanso y al sueño, este luchador, quebrantado, rendido de fatiga, tomaba las horas que empleaba en escribirme; pero no bien evocaba mi nombre, el cansancio del trabajo penosísimo desaparecía como por encanto; sentíase entonces animoso y ágil, como si se hubiese sumergido en la juventud eterna. Antes de escribir el nombre único bajo el cual le ha sido dado el conocerme, abría su ventana, contemplaba las negruras de aquel París inmenso con sus millares de luces: segura estoy de que Guy adivinaba cuáles eran las luces de mi palacio, porque no existían obstáculos materiales para aquel genio privilegiado. Y cuando se sumergía de esta suerte en las delicias de un martirio sin cesar renovado, condenábase para el día siguiente á una lucha imposible, porque debía tornar al comienzo de sus prodigios diarios sin que su cerebro ardiente hubiese podido calmarse con el indispensable reposo. Deleitábame en figurarme aquel gigante, viéndome, á pesar de la distancia, con sus ojos claros; sepa-

rando, para verme mejor, su cabellera leonina; pensando en el asunto de sus libros, en los trabajos prometidos, en las pruebas, en los pagos próximos, en los compromisos que le tenían aprisionado entre mil ligaduras, y poniendo todo eso en olvido sólo con pronunciar un nombre que á mí se me había antojado formar, y que él sabía perfectamente que no era el mío, porque Guy también había adivinado eso, por de contado. Sobrellevaba entonces, con una resistencia de Hércules, las torturas que le producían la envidia, la injusticia del éxito y el triunfo de las medianías, tan celosas siempre de los seres superiores; pero las que padecía por mi causa, solamente por mí, las aceptaba espontáneamente y con una adorable alegría.

—Pero, hermosa (dijo la Princesa): en el África Central hay antropófagos, cuyo único crimen es el de tener muy buen apetito, y cuya crueldad se queda muy pequeña comparándola con la de V., porque los antropófagos no siempre se comen los cerebros de sus víctimas.

—Es verdad (respondió con orgullo la duquesa de Lore); pero la soberanía tiene ese precio; por eso los dioses han exigido siempre sacrificios humanos. En una ocasión me digné indicarle un medio de que me enviase alguna cosa diferente de sus cartas, y entonces Guy de Charnaille, más pobre que nunca á la sazón, aunque ganaba cantidades enormes, me envió un ramo de flores tropicales, alcanzado por no sé qué intrigas, y que un rey había creído excesivamente caro. Ofrecíame temblando lo que habría rehusado á príncipes y á Rothschilds, el manuscrito de una de sus obras, manuscrito en el cual se leía la inspiración viva y palpitante. Encontró manera de hacerle encuadernar en ocho días por Thouvenin ó Capé, que nada hacían sin tomarse dos años de plazo, con

cantoneras metálicas, dibujadas expresamente por Fouchères ó por los Johannot, y lo puso á mis plantas adornado como para una princesa Farnesio ó para una duquesa de Este. De ese modo duró, por espacio de cuatro años, un amor vehemente, exclusivo, pronto al sacrificio, merced al cual saboreé cartas muy superiores á los más sentidos poemas, escritas para mí sola, y que nadie leerá jamás; porque he jugado á los futuros editores de correspondencias la mala partida de quemarlas todas, conservando sólo unas pocas relativamente insignificantes. Por último: ¡es bien que me conozca V. del todo! Yo era libre; bastante hermosa para no tener miedo á las comparaciones con un ideal cualquiera; de una posición social suficientemente elevada para no dar importancia á las murmuraciones del mundo; de mi sola voluntad habría dependido conceder á una hechura mía las delicias paradisíacas de una felicidad completa; pero me pareció más dulce dejarle padecer y consumirse para mi gloria del todo inmaterial. Acaso yo me inspiraba, sin advertirlo, en el vago deseo de no contrariar al destino; quizá había yo comprendido inconscientemente que una felicidad excesiva debía ser mortal para el genio. Todo ha de tener acabamiento; sin embargo, este comercio de almas no concluyó sino por un acto de mi voluntad, en el día mismo en que pude temer que la violencia de tales deseos siempre aspirando á mí, turbase al fin con su sacudida eléctrica aquellos placeres sutiles en que me había yo embriagado lentamente. Por otra parte, ¿qué más podía yo exigir ya, habiendo tenido en mi poder, para mí sola, durante cuatro años, á ese Charnaille, que fué como Goethe un Júpiter, obediente, tímido, extasiado, á quien sólo el temor de enojarme hacía palidecer, y que fué siempre fiel por añadidura?

—¡¡Fiel!!—repitió Ana de Claris, más asombrada que si hubiera oído hablar á un perro.

—Sí, entre su trabajo y yo, nada existía en aquel espíritu de ángel. Lo mismo que un niño, me lo confiaba todo; referíame, minuto por minuto, sus pensamientos, sus propósitos, sus aspiraciones, sus ideas; disculpándose de faltas leves que habrían hecho sonreir á un santo, y solicitando mi perdón por ofensas más impalpables que una hoja de rosa en un sueño; colocando con soberano desdén todas las recompensas humanas muy por debajo de una sencilla palabra de aprobación de la mujer amada.

—Pero (preguntó la princesa), ¿el gran novelista no ha faltado ni una sola vez á esa fidelidad de paladín, más inverosímil que todos los cuentos de Ariosto?

—Sí (dijo la duquesa de Lore): una vez sola. Pero ¡con qué contrición, con qué remordimiento, con qué inconsolable amargura se confesó conmigo del crimen! Y, sin embargo, tenía un alma tan noble, que ni por un instante solo pensó en humillar, al escribirme, á la que había ocasionado su caída. Guy había ido al baile de la Ópera para encontrar allí asunto de una descripción indispensable á sus *Estudios Sociales;* confesó que, una vez allí, hubo de acercársele una desconocida, y que en aquel instante mismo habíase sentido envuelto en un delicadísimo perfume, aturdido por una voz melodiosa, subyugado por una gracia rítmica y soberana, enloquecido por unos cabellos suaves como ceniza tamizada, y que entonces....

—¡Ah! (dijo la Princesa.) Y V., que en lo que respecta á los celos es muy parecida al feroz moro de Venecia, ¿le ha perdonado eso?

—No (respondió la Duquesa): no se lo he perdonado

nunca. Sin embargo, en este caso especialísimo, sentíame yo muy predispuesta á ser indulgente, porque....

—¿Por qué?—preguntó la Princesa.

—¡Bah! (dijo la de Lore, con el aire malicioso de una gata que masca un ratón); porque la desconocida del baile de máscaras.... era yo.

—¡Oh, amiga mía! (dijo la Princesa, dando rienda suelta á su risa.) Buen anacoreta sería el que supiese proporcionarse las voluptuosidades del ayuno, alimentándose con perdices y bebiendo Rhin.

Está visto que en lo que á casuística se refiere, una Duquesa parisiense sabe más que el mismísimo diablo.

TEODORO DE BANVILLE.

PROUDHON Y COURBET

I.

Hay libros cuyo título, enlazado con el nombre del autor, basta para dar, antes de su lectura, idea completa del alcance y de la significación de la obra.

El libro póstumo de Proudhon, *Del principio del Arte y de su misión en la sociedad,* se hallaba aquí, en mi mesa. Yo no lo había abierto: figurábame, sin embargo, conocer lo que contenía, y sucedió que, en efecto, mis previsiones se realizaron.

Proudhon es una inteligencia honrada, de extraordinaria energía, amante de lo verdadero y de lo justo. Es el nieto de Fourier; aspira al bienestar del género humano; imagina ó sueña una vasta asociación de la humanidad, asociación de la cual cada hombre será un miembro modesto y activo. Quiere, en una palabra, que reinen la igualdad y la fraternidad; que la sociedad, en nombre de la conciencia y de la razón, se reconstituya sobre las

bases del trabajo colectivo y del continuo mejoramiento. Parece cansado de nuestras luchas, de nuestras desesperaciones, de nuestras miserias; pretende obligarnos á la paz y á una existencia arreglada. El pueblo que Proudhon ve en sus sueños es un pueblo que halla su tranquilidad en el silencio del corazón y de las pasiones: ese pueblo de trabajadores solamente vive de la justicia.

En toda su obra ha trabajado Proudhon para el nacimiento de ese pueblo. De día y de noche, á todas horas, necesitaba combinar los distintos elementos humanos de un modo conducente á establecer sobre cimientos firmes la sociedad por él soñada. Quería que cada clase, cada trabajador, entrase por su parte en la obra común; él coordinaba los entendimientos, reglamentaba las facultades ganoso de no desperdiciar nada, y temeroso, al propio tiempo, de introducir alguna levadura de discordia. Paréceme verlo á la puerta de su ciudad futura, examinando á cada hombre que se presenta, sondeando su cuerpo y su alma, contraseñándolo después y dándole por nombre un número, un oficio por vida y por esperanza. El hombre no es ya más que un ínfimo peón.

Cierto día el gremio de artistas se presentó en las puertas. Cátate á Proudhon todo perplejo. ¿Qué hombres son éstos? ¿Para qué sirven? ¿En qué mil demonios podemos ocuparlos? Proudhon no se atreve á despedirlos resueltamente, porque, al cabo, él no desprecia ninguna fuerza y porque además espera que, con paciencia, algo podrá sacarse de ellos. Comienza, pues, á buscar y á razonar. No quiere ver en ellos una negación de sus teorías, y acaba por hallar un sitio reducido en que colocarlos; les endilga un sermón larguísimo, en el cual les recomienda que sean buenos chicos, y les deja entrar, vacilando aún y diciendo para su capote: «Vigilaré sobre ellos,

porque tienen malas caras y ojos encendidos que no me prometen nada bueno».

Tiene V. motivo para temblar; debería V. no haberlos dejado penetrar en su ciudad modelo. Son esas gentes muy extrañas, que no creen en la igualdad; que han dado en la manía ridícula de tener corazón, y que, á las veces, extreman su maldad hasta el punto de ser hombres de genio. Van á perturbar ese pueblo de V.; á desordenar las ideas comunistas; á rehusar resueltamente pertenecer á V., para no pertenecer más que á ellos mismos. Suelen nombrar á V. el terrible lógico; figúraseme que esa lógica estaba durmiendo el día en que V. cometió la falta irreparable de admitir pintores entre sus legisladores y sus zapateros. Es V. poco aficionado á los artistas; toda personalidad desagrada á V.; V. aspira al aplanamiento del individuo para ensanchar los caminos de la humanidad. Corriente; pues sea V. sincero, y mate al artista. El mundo de V. quedará más así tranquilo. Comprendo perfectamente la idea de Proudhon, y hasta, si se quiere, me adhiero á ella. Desea el bien de todos; lo anhela en nombre de la verdad y del derecho, y no tiene para qué mirar si al dirigirse hacia su objetivo aplasta á varias víctimas. Consiento en ser habitante de su ciudad; es indudable que me moriré de aburrimiento; pero me aburriré honrada y tranquilamente, lo cual es una compensación. Lo que no puedo soportar, lo que me irrita es que obligue á vivir en esa ciudad dormida á hombres que rehusan enérgicamente la paz y el aniquilamiento que él les ofrece. ¡Es tan sencillo y tan hacedero no recibirlos y lograr que desaparezcan! Pero, por amor de Dios, no les dé V. á viva fuerza lección; sobre todo, no se divierta V. en fabricarlos con otro barro que el empleado por Dios para hacerlos, por sólo el gusto de crearlos, por

segunda vez, tales cuales V. los quiere. Todo el libro de Proudhon está aquí. Es una segunda creación, un asesinato y un parto. Proudhon acepta en su ciudad al artista; pero al artista imaginado por él, al artista de que ha menester, y que ha creado tranquilamente y sólo en teoría. Su libro está vigorosamente pensado, y tiene una lógica abrumadora; pero todas las definiciones, todos los axiomas son falsos. Es un error gigantesco deducido con una fuerza de razonamiento, que no debería nunca ser puesta al servicio de lo que no fuese la verdad.

Su definición del *Arte,* hábilmente trazada y más hábilmente explotada, es la siguiente: «*Una representación idealista de la naturaleza y de nosotros mismos que se endereza al perfeccionamiento físico y moral de nuestra especie*». Esta definición es, sin duda, la del hombre práctico del que yo hablaba hace poco, del hombre que pretende que nos comamos las rosas en ensalada. Sería insustancial en manos de cualquiera. Proudhon no gasta bromas cuando se trata del perfeccionamiento físico y moral de nuestra especie. Utiliza esa definición para negar lo pasado y para fantasear un futuro horrible. El arte perfecciona lo conocido; pero perfecciona á su manera, regocijando el espíritu, no predicando ni dirigiéndose á la razón.

Por otra parte, esa definición me produce alguna inquietud. Viene á ser el resumen muy inocente de una doctrina peligrosa en otro concepto. No puedo admitirla solamente por el desenvolvimiento que le da Proudhon; en sí misma, paréceme la obra de un hombre de bien que juzga el arte como se juzga la gimnasia ó el estudio de las raíces griegas.

Proudhon asienta, en tesis general, lo siguiente: yo público, yo humanidad, tengo derecho á guiar al artista

y á exigirle lo que me agrade ; el artista no debe ser él, debo ser yo, debe pensar como yo pienso, debe trabajar para mí solamente. El artista, por sí mismo, no es nada ; lo es todo por el linaje humano y para el linaje humano. En resumen : el sentimiento individual, la libre expresión de una personalidad, quedan prohibidos. Es menester que el artista se limite á ser el intérprete del gusto general, á trabajar solamente en nombre de la colectividad, para agradar á todos. El arte llega á la perfección cuando el artista se anula, cuando la obra no lleva su nombre, cuando esa labor artística es el producto de una época entera, de una nación, como la estatuaria egipcia ó como la arquitectura de nuestras catedrales góticas.

Yo, á mi vez, asiento, en principio, que la obra artística sólo existe por su originalidad. Es necesario que en cada obra encuentre yo un hombre, ó la obra me deja completamente frío. Sacrifico resuelta y francamente la humanidad al artista. Si yo hubiera de definir una obra de arte, mi definición sería la siguiente : *Una obra de arte es un pedazo de la creación, visto á través de un temperamento*. Lo demás, ¿qué me importa? Soy artista, y os doy mi carne y mi sangre, mi corazón y mi pensamiento. Me pongo completamente desnudo en presencia vuestra ; bueno ó malo, me entrego á vosotros. Si aspiráis á ser instruidos, contempladme, aplaudid ó silbad ; sea mi ejemplo un estímulo ó una advertencia. ¿Qué más queréis pedirme? No puedo daros otra cosa, pues me doy todo entero, con mis violencias ó con mis dulzuras, tal cual Dios me hizo. Sería ciertamente ridículo que Proudhon, el apóstol de la verdad, viniese á transformarme en otro, á obligarme á mentir. Es evidente que V. no ha comprendido que el arte es la manifestación libre de un corazón y de una inteligencia, y que resulta tanto más

grande cuanto es más personal. Si existe el arte de las naciones, la expresión de las épocas, existe también la manifestación de las individualidades, el arte de las almas. Un pueblo ha podido crear arquitecturas; pero me siento infinitamente más emocionado ante un cuadro, ó con un poema, obras individuales en que me veo yo mismo, con todas mis alegrías y con todas mis tristezas. No niego, por lo demás, la influencia que en el artista pueden ejercer el medio ambiente y el momento histórico; pero no tengo para qué curarme de esas cosas. Acepto al artista tal cual llega hasta mí.

Dice V., dirigiéndose á Eugenio Delacroix: «Me importan muy poco las impresiones personales de V..... No son las ideas de V., ni su ideal propio, los que han de labrar en mi alma al pasar por mis ojos; son las ideas y el ideal que hay dentro de mí, que es precisamente lo contrario de lo que V. se precia de realizar. De suerte que todo el talento de V. debe concretarse á producir en nosotros impresiones, movimientos y propósitos que redunden, no en pro de la gloria ó del medro de V., sino en beneficio de la felicidad general y del mejoramiento de la especie». Y en la conclusión escribe V.: «Por lo que respecta á nosotros, socialistas revolucionarios, decimos á los artistas, lo mismo que á los literatos: nuestros ideales son la verdad y el derecho: si con esto no sabéis realizar el arte, ni tener estilo, ¡atrás!; para nada os necesitamos. Si estáis al servicio de los corrompidos, de los ricos, de los haraganes, ¡atrás!; no queremos vuestras artes. Si la aristocracia, el pontificado ó la majestad real os son indispensables, ¡atrás; siempre atrás! Proscribimos vuestro arte y vuestras personas». Por mi parte, me creo autorizado para contestar á V. en nombre de los artistas y de los literatos, de los que sienten latir su corazón

y elevarse su pensamiento: «Nuestros ideales, los ideales que poseemos, son nuestros amores y nuestras emociones, nuestras sonrisas y nuestras lágrimas. Si vosotros no necesitáis de nosotros para nada, nosotros nos hallamos perfectamente sin vosotros. Vuestro comunismo y vuestra igualdad nos descorazonan. Tenemos estilo, y realizamos el arte con nuestra carne y con nuestra alma; amamos la vida, y os damos cada día un poco de nuestra existencia. No estamos al servicio de nadie, y nos negamos á entrar al vuestro. Ni engrandecemos á nadie, ni obedecemos más que á nuestra naturaleza. Somos buenos ó malos, y os dejamos en libertad completa de escucharnos ó de taparos los oídos. Aseguráis que proscribís nuestras obras y á nosotros. Intentadlo, y sentiréis dentro de vosotros un vacío tan grande, que lloraréis de amargura y de vergüenza».

Somos fuertes, y Proudhon lo sabe. Su cólera no sería tan grande si pudiese aplastarnos y dejar sitio despejado para realizar sus humanitarios ensueños. Le molestamos con todo el poder que tenemos sobre la carne y sobre el alma. Se nos quiere; nosotros llenamos los corazones, nos apoderamos de la humanidad por todas las facultades que en ella aman, por sus esperanzas y por sus recuerdos. Tanto como él nos aborrece, como su orgullo de filósofo y pensador se irrita viendo que la muchedumbre le vuelve la espalda y cae á nuestros pies. Proudhon la llama, nos rebaja, nos clasifica, y nos señala un sitio, allá en el extremo del banquete socialista. Tomemos asiento, amigos míos, y turbemos el banquete. Sólo necesitamos hablar, sólo necesitamos coger el pincel, y como nuestras obras son conmovedoras, la humanidad derrama lágrimas y olvida la justicia y el derecho para no ser sino carne y corazón.

Si me preguntáis qué es lo que yo, artista, he venido á hacer en el mundo, os responderé: «Vengo á vivir en las alturas».

Ahora se comprende lo que debe de ser el libro de Proudhon. Examina los distintos períodos de la historia del Arte, y su sistema, que Proudhon aplica con una brutalidad ciega, le hace prorrumpir en las blasfemias más extrañas. Estudia sucesivamente el arte egipcio, el arte griego y el romano, el arte cristiano, el Renacimiento, el arte contemporáneo: todas estas manifestaciones del pensamiento humano le disgustan; pero aparece siempre en el autor una visible preferencia por las obras ó la escuela en que el artista desaparece y se llama legión. El arte egipcio, ese arte hierático, generalizado, que se reduce á un tipo y á una actitud; el arte griego, esa idealización de la forma, ese *cliché* puro y correcto, esa belleza divina é impersonal; el arte cristiano, esas figuras demacradas y pálidas que pueblan nuestras catedrales y que parecen todas obras del mismo artífice: tales son los períodos artísticos que hallan gracia ante Proudhon, porque en ellos las obras parecen como si fuesen producidas por las multitudes.

En lo que respecta al Renacimiento y á nuestra época, ya sólo ve decadencia y anarquía. Y es claro, porque es intolerable que haya personas que se permitan tener talento sin consultar á la humanidad, que existan ó hayan existido los Miguel-Ángel, los Tizianos, los Veronés, los Delacroix, que se atrevieron á pensar por sí mismos y no por conducto de sus contemporáneos; de expresar lo que ellos tenían en su alma, y no lo que tenían en las suyas los imbéciles de su tiempo. Que Proudhon arrastre por el lodo á Leopoldo Robert y Horacio Vernet, me es casi indiferente. Pero que sienta admiración por

el *Marat* ó por el *Juramento en el Juego de pelota*, de David, por razones de demócrata ó de filósofo, ó que destroce los lienzos de Eugenio Delacroix en nombre de la moral y de la razón, son cosas que no pueden tolerarse. Por todo lo del mundo no querría yo ser elogiado por Proudhon; se elogia á sí mismo cuando elogia á un artista, y se deleita con ideas y con asuntos que el último peón de albañil podría hallar y desenvolver.

Duéleme todavía el viaje que con él he llevado á cabo á través de los siglos. Como yo no admito en el arte más que la vida y la personalidad, claro que no soy aficionado á los egipcios, ni á los griegos, ni á los artistas del ascetismo. Me entusiasma, por el contrario, la libre manifestación de los pensamientos individuales,—eso que Proudhon llama la anarquía;—me gustan el Renacimiento y nuestra época, estas luchas entre artistas, esos hombres que vienen todos á pronunciar una palabra todavía desconocida ayer. Si la obra no tiene sangre y nervios, si no existe en ella la expresión entera y conmovedora de una criatura, rechazo la obra, aunque sea la Venus de Milo. En una palabra: yo soy diametralmente opuesto á Proudhon; éste quiere que el arte sea la obra de la nación; yo exijo que sea la obra del individuo. Por lo demás, Proudhon es sincero. «¿Qué es un grande hombre? (pregunta.) ¿Hay grandes hombres? ¿Puede admitirse en los principios de la Revolución francesa, y en una República fundada sobre el derecho del hombre, que haya grandes hombres?» Estas palabras, por muy ridículas que parezcan, son graves. V. que sueña con la libertad, ¿no quisiera dejarnos la libertad de la inteligencia? Proudhon dice después en una nota: «Diez mil ciudadanos que han aprendido el dibujo, forman una potencia de colectividad artística, una fuerza de ideas, una energía

de ideal muy superior á la de un individuo, y que, al hallar un día su expresión, sobrepujará la obra maestra». Por esto, á juicio de Proudhon, la Edad Media vale más en asuntos de arte que el Renacimiento. Al no existir grandes hombres, el grande hombre es la multitud. Confieso á Vds. que ya no sé lo que se pretende de mí, artista, y que prefiero mil veces coser zapatos. Por último, el publicista, fatigado de divagar, expone todo su pensamiento. Para ello exclama: «¡Pluguiera á Dios que Lutero hubiese exterminado los Rafael, los Miguel-Ángel y todos sus émulos, todos esos decoradores de palacios y de iglesias!» Fuera de esto, la confesión es más completa todavía cuando Proudhon dice: «El arte en nada puede contribuir directamente á nuestro progreso; la tendencia es á prescindir de él en absoluto». Pues bien: me agrada más esto; prescindan Vds. del Arte, y no se hable más del asunto. Pero no nos venga V. luego declamando orgullosamente: «Llego á colocar los cimientos de una crítica de arte racional y serio», cuando anda V. en el error más grosero.

Creo que Proudhon no habría tenido derecho á penetrar en la ciudad-modelo, ni á sentarse en el banquete socialista. Habríasele expulsado sin compasión. ¿No era él un grande hombre? ¿No era una vigorosa inteligencia, personalísima en grado sumo? Todo su aborrecimiento á la individualidad cae sobre él y le condena. Proudhon habría venido entonces á buscarnos, á nosotros, á los artistas, á los proscriptos, y nosotros acaso hubiésemos podido consolarle admirándole, al pobre hombre grande soberbio que habla de modestia.

II.

Proudhon, después de pisotear lo pasado, sueña un porvenir, una escuela artística para su ciudad futura. Convierte á Courbet en revelador de esa escuela, y lanza la piedra del oso á la cabeza del maestro.

Ante todo, quiero declarar ingenuamente que deploro ver á Courbet mezclado en este asunto. Habría yo celebrado que Proudhon hubiese escogido para ejemplo otro artista; cualquier pintor sin talento alguno. Aseguro que el publicista, con su carencia absoluta de sentido artístico, hubiera podido elegir con el mismo desembarazo, al más ínfimo amasador de yeso, al ganapán estúpido que trabaja en pro del mejoramiento de la especie. Proudhon quiere un moralista en pintura, y, á lo que parece, le importa muy poco que este moralista moralice con un pincel ó con una escoba. Habríame sido lícito en ese caso, después de haber rechazado la escuela del porvenir, rechazar del mismo modo al jefe de la escuela. No puedo hacerlo. Es menester que yo distinga entre las ideas de Proudhon y el artista á quien Proudhon aplica esas ideas. Por otra parte, el filósofo ha disfrazado de tal modo á Courbet, que me bastará, para no contradecirme admirando á Courbet, declarar en alta voz que me inclino, no ante el Courbet humanitario de Proudhon, sino ante el maestro vigoroso que nos ha dado algunas páginas llenas de grandeza y de verdad.

El Courbet de Proudhon es un hombre singular, que utiliza el pincel como un dómine de pueblo utiliza su palmeta. El menor de sus lienzos, á lo que parece, está pre-

ñado de ironías y de enseñanzas. El tal Courbet, siempre el de Proudhon, desde las alturas de su cátedra, nos mira, nos penetra hasta el corazón, pone al desnudo nuestros vicios; después, integrando nuestras fealdades, nos pinta en nuestra verdad para hacernos enrojecer de vergüenza. ¿No se sienten Vds. movidos á postrarse de hinojos, á darse golpes de pecho y á pedir misericordia? Posible es que el Courbet de carne y hueso semeje en algunos rasgos á este Courbet del publicista; discípulos demasiado entusiastas y averiguadores de lo futuro han podido extraviar al maestro; por otra parte, existe siempre en los hombres de gran entereza espiritual algo de extravagancia y de ceguedad rara; pero confiesen Vds. que si Courbet predica, predica en desierto, y que si merece nuestra admiración, la merece solamente por la manera enérgica con que se ha apoderado de la naturaleza y después la ha reproducido.

Deseo ser justo, y sentiría dejarme tentar por una broma verdaderamente fácil. Concedo que algunos lienzos del pintor pueden parecer satíricamente intencionados. El artista suele pintar escenas ordinarias de la vida, y por eso nos hace, si se quiere, pensar en nosotros mismos y en las cosas de nuestro tiempo. Esto no es sino el natural resultado de su talento, que se ve arrastrado á buscar la verdad y á expresarla. Pero querer que consista todo su mérito en el hecho solo de haber tratado asuntos contemporáneos, es dar una idea muy extraña del arte á los principiantes á quienes se trata de educar para la bienandanza del género humano.

Quieren Vds. que la pintura sea útil y coopere al perfeccionamiento de la humanidad. Admito que Courbet perfeccione; pero yo me pregunto entonces: ¿en qué proporción y con qué eficacia perfecciona? Francamente: podría

él amontonar cuadros sobre cuadros; podrían Vds. llenar el mundo de lienzos suyos y lienzos de sus discípulos, y la humanidad continuaría siendo, dentro de diez años, tan viciosa como es ahora. Mil años de pintura, de pintura hecha á gusto de Vds., no equivaldrían á uno de esos pensamientos que la pluma escribe con claridad y que la inteligencia recuerda siempre, tales como: «*Conócete á ti mismo*, *Amaos los unos á los otros*», etc..... ¡Cómo! ¡Poseen Vds. la escritura, poseen la palabra, pueden decir todo lo que quieran, y acuden al arte de las líneas y de los colores para enseñar y para instruir! ¡Oh, por compasión! Acuérdense Vds. de que nosotros no somos sólo entendimiento. Si son Vds. prácticos, dejen al filósofo el derecho á darnos lecciones, dejen al pintor el derecho á emocionarnos. No creo que deben Vds. exigir del artista que enseñe, y de todos modos, niego terminantemente la influencia de un cuadro sobre las costumbres de las masas.

Mi Courbet, el Courbet que yo admiro, es una personalidad. El pintor comenzó imitando la Escuela flamenca y á ciertos maestros del Renacimiento; pero su naturaleza protestaba; sentíase arrastrado el artista por toda su carne,—por toda su carne, óiganlo Vds.,—hacia el mundo material que le rodeaba, las mujeres gruesas y los hombres fuertes, las campiñas feraces y los montes fecundos. Grande y vigoroso, sentía el áspero deseo de estrechar entre sus brazos la naturaleza verdad; quería pintar la carne y el estiércol.

Entonces apareció el pintor que ahora quieren darnos como un moralista. Proudhon mismo lo ha dicho: los pintores suelen no saber con exactitud lo que valen y por qué valen. Si Courbet, de quien he oído decir que es orgulloso, funda ese orgullo en las lecciones que cree dar-

nos, estoy por enviarle á la escuela. Téngalo entendido: él no es sino un infeliz grande hombre muy ignorante, que ha dicho menos en veinte lienzos que *La Cortesía infantil* en dos páginas. Courbet no tiene sino el genio de la verdad y del vigor; que se dé por contento con su parte.

La generación nueva, me refiero á los jóvenes de veinte á veinticinco años, apenas conoce á Courbet, porque sus últimos cuadros han sido muy inferiores. He tenido ocasión de ver, en la calle de Haute Feuille, en el taller de un maestro, algunos de los primeros que pintó Courbet. He admirado sinceramente; no he hallado ni el más insignificante motivo para reir en esos cuadros graves, enérgicos, de los que me habían hecho suponer cosas monstruosas. Esperaba yo algo de caricaturesco, una fantasía extraviada ó grotesca, y me encontraba ante un pintor admirable, de gran elevación, y de una finura y una franqueza extremadas. Los tipos eran verdaderos sin ser vulgares; las carnes, firmes y suavísimas, vivían su verdadera vida; los fondos se llenaban de aire, y daban á las figuras un vigor prodigioso. El colorido, tal vez un poco sordo, tiene una armonía casi dulce, mientras que la precisión de los tonos, la amplitud de ejecución determina los planos, y contribuyen á que cada detalle adquiera relieve extraordinario. Cerrando ahora mismo los ojos, torno á ver aquellos enérgicos lienzos, de una sola pieza, hechos á cal y canto, reales hasta la vida y bellos hasta la verdad. Courbet es el único pintor de nuestra época; pertenece á la familia de los pintores de carnes; tiene por hermanos, quiéralo él ó no lo quiera, al Veronés, á Rembrandt y al Tiziano.

Proudhon ha visto, como yo los vi, los cuadros á que me refiero; pero él los ha visto de otro modo; prescindiendo de *las hechuras,* desde el punto de vista del pen-

samiento puro. Un lienzo es para Proudhon un asunto; pintadlo en rojo ó en verde, ¿qué le importa eso? El cuadro le dice lo mismo: él no entiende nada en pintura, y razona tranquilamente sobre las ideas. Proudhon comenta; obliga al cuadro á que signifique tal ó cuál cosa; de la forma, ni una palabra.

Por este camino llega hasta la payasada. El nuevo crítico de arte, el que se vanagloría de poner las bases de una ciencia nueva, formula sus juicios del modo siguiente: «*El regreso de la feria*, de Courbet, es la Francia rural, con su humor indeciso y su espíritu positivista, su lengua sencilla, sus pasiones dulces, su estilo sin énfasis, su pensamiento más cerca de la tierra que de las nubes, sus costumbres igualmente apartadas de la demagogia que de la democracia, su preferencia decidida por las maneras comunes, alejada de toda exaltación idealista, feliz bajo una autoridad templada, en ese justo medio tan querido por las gentes honradas, que, ¡ay!, las engaña constantemente». «La *Bañista* es una sátira contra la clase media. Sí, hela ahí; ahí está esa clase media gordinflona y adinerada, desfigurada por la gordura y por el lujo; esa clase en la cual la molicie y la masa ahogan los ideales y predestinada á morir de holgazanería, cuando no por exceso de grasa; hela ahí tal cual su necedad, su egoismo y su cocina nos la presentan.» «Las *Señoritas del Sena* y los *Picapedreros*, sirven para establecer un maravilloso paralelo: esas dos mujeres viven en medio del bienestar...., son verdaderas artistas. Pero el orgullo, el adulterio, el divorcio y el suicidio, sustituyendo á los amores, revolotean en torno suyo y las acompañan, las llevan en sus alas; por eso al fin parecen horribles: los *Picapedreros*, por el contrario, están gritando con sus harapos venganza contra el arte y contra

la sociedad; en el fondo son inofensivos, y sus almas están sanas.» Y Proudhon examina de esta manera cada lienzo, explicándolos todos y prestándoles un sentido político, religioso ó de sencilla policía de costumbres.

Los derechos del comentarista son amplios, lo sé; es permitido á todo espíritu decir lo que él siente á la vista de una obra de arte. Hasta hay observaciones atinadas y justas en lo que Proudhon piensa acerca de los cuadros de Courbet. Pero Proudhon es siempre el filósofo, y no quiere sentir como artista. Lo repito: solamente del asunto se cuida; lo discute, lo acaricia, se extasía ó se rebela. En absoluto considerado, nada malo hallo en esto; pero las admiraciones, los comentarios de Proudhon llegan á ser peligrosos cuando los sintetiza en una regla y pretende convertirlos en leyes del arte soñado por él. No ve Proudhon que Courbet existe por él mismo, no por los asuntos que ha escogido para sus obras; el artista habría pintado con el mismo pincel, romanos ó griegos, á Venus ó á Júpiter, y habría llegado á la altura misma en que se halla. El asunto ó las personas del cuadro son pretextos; el genio consiste en presentar ese objeto ó esas personas con más verdad ó con más grandeza. Por lo que á mí respecta, no es el árbol, ni es el rostro, ni la escena que eso representa, lo que me conmueve: me conmueve el hombre que encuentro en la obra, la individualidad poderosa que ha sabido crear al lado del mundo de Dios ese mundo personal que mis ojos no podrán olvidar nunca y reconocerán por dondequiera.

Soy admirador de Courbet de un modo absoluto; Proudhon lo es de un modo relativo. Sacrificando el artista á la obra, parece creer que puede reemplazarse fácilmente un maestro semejante, y expone sus teorías con tranquilidad, convencido de que le bastará hablar para

que la ciudad de sus sueños se pueble de maestros eminentes. Lo ridículo es que ha tomado á una individualidad por un sentimiento general. Morirá Courbet, y nacerán otros artistas que no se le parecerán en nada. El talento no se enseña: él crece en la dirección que le agrada. No creo que el pintor de Ornano crease escuela; de todas suertes, una escuela nada probaría. Puede afirmarse con toda certeza que el gran pintor de mañana no imitará á nadie directamente; porque si imitase á alguno, si no aportase ninguna personalidad propia, no sería gran pintor. Consúltese la historia del arte.

Aconsejo á los socialistas demócratas—los cuales, según parece, desean educar artistas para su uso particular—que contraten á varios centenares de obreros y que les enseñen el arte como se enseñan, en el colegio, el latín y el griego. Así tendrán, transcurrido que hayan cinco ó seis años, gentes que les harán con limpieza cuadros concebidos y ejecutados según su gusto y muy parecidos todos unos á otros, lo cual será testimonio de una conmovedora fraternidad y de una igualdad laudable. Entonces la pintura contribuirá en gran parte al perfeccionamiento de la especie. Pero que los socialistas demócratas no funden esperanza alguna sobre los artistas de genio libre y educados fuera de su reducida iglesia. Podrán hallar uno que les convenga ó poco menos; pero esperarán mil años antes de haber á las manos otro artista semejante al primero. Los obreros que hacemos nosotros nos obedecen y trabajan á nuestro capricho; pero los obreros que hace Dios solamente á Dios obedecen, y trabajan á capricho de su carne y de su inteligencia.

Comprendo que Proudhon celebraría atraerme hacia él, y que yo me alegraría de atraerle hacia mí. Pero no somos del mismo mundo; blasfemamos el uno para el otro.

Él desea hacer de mí un ciudadano; yo deseo hacer de él un artista. En esto finca el pleito. Su *arte nacional,* el realismo de su propiedad exclusiva, no son, para decir la verdad, sino una negación del arte, una insustancial ilustración de lugares comunes de la filosofía. Mi arte, por el contrario, el arte en que yo creo, es una negación de la sociedad, una afirmación del individuo fuera de todas las reglas y de todas las necesidades sociales. Comprendo perfectamente el embarazo que le produzco no aceptando una ocupación en su ciudad humanitaria; me pongo aparte, me engrandezco sobre los demás, menosprecio su justicia y sus leyes. Procediendo así, sé que mi corazón obra bien, que obedezco á mi naturaleza, y creo que mi obra será bella. Quédame un temor solo: consiento en ser inútil; pero no quiero ser perjudicial á mis hermanos. Cuando me pregunto á mí mismo, veo que, por el contrario, ellos me dan las gracias, y que yo les consuelo muy á menudo de las durezas de algunos filósofos. Averiguado esto, desde ahora, dormiré tranquilo.

Proudhon nos echa en cara á los novelistas y á los poetas que vivimos aislados, indiferentes, sin inquietarnos por el progreso.

Haré observar á Proudhon que nuestros pensamientos son absolutos, en tanto que los suyos sólo pueden ser relativos. Él trabaja como hombre práctico para el bienestar de la humanidad; no intenta la perfección, busca el mejor estado posible, y realiza después todos sus esfuerzos para mejorar, poco á poco, ese estado. Nosotros, por el contrario, llegamos de un salto á la perfección; en nuestro ensueño alcanzamos el ideal. Dado esto, compréndese el escaso interés que nos inspira la tierra. Nos hallamos allá, en las alturas del cielo, y ya no bajamos. Así se explica el hecho de que todos los desgraciados de este mundo

nos tiendan los brazos y se lancen hacia nosotros, apartándose de los moralistas.

No tengo para qué resumir ya el libro de Proudhon. Es la obra de un hombre, de todo en todo incompetente, y que, so capa de juzgar el Arte desde el punto de vista de su misión social, le abruma con sus enconos de hombre positivista; afirma que no quiere hablar sino de la idea pura, y su silencio acerca de lo demás, acerca del Arte mismo, es de tal manera desdeñoso, su odio á la personalidad es de tal modo exagerado, que habría procedido mejor titulando su libro: *De la muerte del arte y de su inutilidad en la sociedad.* Courbet, que es un artista eminentemente personal, no tiene mucho que agradecerle por el nombramiento de jefe de los pintamonas, curiositos y morales, que deben embadurnar colectivamente las paredes de su futura ciudad humanitaria.

EMILIO ZOLA.

Sección Hispano-Ultramarina.

LA DEMOCRACIA EN EUROPA

Y AMÉRICA.

IV.

Poco de lo que al presente se deplora existió, justo es decirlo, en los años primeros de la independencia de los Estados Unidos, cuando nadie imaginaba la esencial modificación que en el ejercicio de sus instituciones, ya que no en ellas mismas, se observa al presente. Un examen más detenido del concepto de la soberanía con que los Estados Unidos nacieron, así como del reinante entonces en su madre patria, y del ahora predominante en Suiza y otras muchas partes, al llegar á este punto se me impone, si he de dar á entender bien lo que va de ayer á hoy. Tratando el tantas veces citado James Bryce, de la opinión que entre los anglo-americanos niega á las Cámaras legislativas de los Estados el derecho de delegar, cuando les conviene, sus constitucionales atribuciones en el *referendum,* opinión fundada en la máxima *Delegata potestas non delegatur,* cuidadosamente advierte que al Parlamento inglés no se le podría disputar, porque su autoridad es *originaria,* nativa, y no delegada

por el pueblo. Tal es, y en realidad tiene que ser, la doctrina en las monarquías constitucionales. Pero ahí estuvo precisamente, desde el primer día, la distinción práctica entre la soberanía de los Estados Unidos y la de su metrópoli, porque éstos nunca dudaron que la suya se ejerciera por delegación del pueblo, ó sea de los Estados. No por eso se admitió, ni por pienso, allí, cual indiqué anteriormente, la soberanía popular á la francesa. Nótese, por el contrario, que la misma palabra *democracia* fué rechazada y condenada por uno de los fundadores y más grandes pensadores de los Estados Unidos, John Adams, en los siguientes términos : «Lo que ella en realidad significa es la ausencia de todo gobierno, y aconsejar al país que adopte semejante régimen, es proponerle el desorden y la destrucción» (1). Ya sé que aquí hay algo de cuestión de palabras; pero su sentido, tratándose de quien conocía bien la República de Aristóteles, debe así y todo tomarse en cuenta. Añádase, que garantizando la Constitución federal, con sus enmiendas, á los Estados, la inviolabilidad de la forma republicana, de la libertad de conciencia, de la palabra, de la imprenta y de reunión pacífica, en términos casi iguales que la Confederación suiza, no establece como esta última el derecho al sufragio de todo hombre mayor de edad, quedando hoy mismo esta cuestión al arbitrio de los Estados particulares en América. Lo cual significa, al menos, que la soberanía de la total Nación nada tiene allí que ver con el sufragio universal. Ni éste existe en los Estados mismos como institución doctrinal, sino *prácticamente,* para usar de la obscura fórmula de Bryce, que á mi juicio quiere decir que, hallándose en relación ahora el número de representan-

(1) CLAUDIO JANNET : *Les États-Unis contemporaines :* París, 1889.

tes de la Cámara federal con la cantidad de electores de los Estados, por interés propio se encuentran éstos empujados á abandonar el voto restringido. Mas sea como quiera, el hecho es que cuando cuatro años ha publicó Mr. de Boutmy sus excelentes estudios sobre Derecho Constitucional (1), y aun á principios del presente, cuando se imprimió en Inglaterra el *Government Year Book,* de Lewis Sergeant (2), todavía el Estado de Rhode-Island negaba el derecho electoral á los ciudadanos naturalizados que no poseyesen cierta propiedad territorial; los de Pensilvania y Georgia concedían dicho derecho sólo á los contribuyentes por cualquier concepto; y Massachussetts, Como Connecticut, aparte de la condición de contribuyentes, exigían á todo elector, saber leer y escribir el primero, y leer el segundo siquiera. Excepciones y todo las anteriores, bastan á hacer aún patente de cuán diversa manera juzga esto la democracia anglo-americana que las demás.

Pero ¿qué tiene de extraño, si el propio ejercicio de la soberanía por las mayorías, está expuesto por los comentaristas de su derecho constitucional, en términos que á ningún republicano suizo ó francés se le ocurrirían jamás? ¿Cuándo han obrado los convencionales de 1793, ni sus discípulos helvéticos, como gente persuadida de que una mayoría pudiera ser igualmente facciosa, que una minoría rebelde, en ciertos casos? Pues desde 1787 constituía casi un dogma eso para el insigne Adams, y para muchos lo ha sido después. Faccioso es el número ante el concepto anglo-americano de la soberanía (3) cuando

(1) E. Boutmy: *Études de Droit Constitutionnel:* París, 1885.
(2) *The Government Year Book,* edited by Lewis Sergeant: London, 1889.
(3) Duc de Noailles: *Cent ans de Republique aux États-Unis:* Bourloton, 1886-89.

se sobrepone á los derechos individuales, idénticos en los ciudadanos, sumen éstos más, sumen menos. De allá viene la consideración de los dichos derechos individuales como soberanos únicos, que ha corrido en Europa por algún tiempo. No impidió esa doctrina que la Revolución anglo-americana, movida por el espíritu de independencia, principal determinante del concepto de soberanía nacional, desde luego diese al de su pueblo de Estados en conjunto un vigoroso y claro sentido, que se transmitió á todo naturalmente. En la Nación-madre, donde el partido *tory,* alternativamente gobernante, ni aun en el orden especulativo reconoce el principio de la soberanía popular, va ya, en el ínterin, para dos siglos, que ningún hombre de Estado concede al ejercicio de ella por la Corona límites tan amplios como se ha atribuido á sí propio desde el primer día el pueblo americano en los negocios comunes. Y, no obstante la tremenda excisión del Sur, que puso en tela de juicio esta total soberanía, ligaba entre sí ya entonces, como ahora liga, á las diversas regiones anglo-americanas, un sentimiento de *nacionalidad* mayor que reine en toda la Gran Bretaña, y más real que en Suiza, entre alemanes, italianos y franceses; sentimiento que engendra un tipo común, ni poco ni mucho obscurecido por las inmigraciones, con ser tan numerosas, que, á ejemplo de los indios desposeídos, titulan los europeos *yankee,* donde sucesivamente aparece, y con rapidez suma, lo extraño y lo propio fundido. Tal es como Nación aquel país vastísimo, hoy ocupado por una población enorme; y el más robusto y fiel guardador de ella, conviene ya demostrarlo, es el Presidente.

Dejo expuestas las principales causas de que la Constitución de 1787 crease un gran poder público, aunque temporal, en la Presidencia, no una mera delegación del

Congreso, ni siquiera un mandato, dependiente en el ejercicio de sus funciones de la soberanía popular, y lo que me falta es explicar sus medios de acción. No declara el Presidente la guerra, sino el Congreso; no nombra libérrimamente sus Ministros ni los funcionarios federarales, antes bien, interviene en uno y otro la aprobación necesaria del Senado; pero con eso y todo, un importante libro inglés ha copiado sin escándalo la afirmación del americano Conway (1), de que entre la reina de Inglaterra y el Presidente, éste era el más poderoso de los dos. Aunque sea algo exagerada, semejante opinión proviene de que, según se ha observado, y continuará observándose en lo que resta, la realidad de los hechos no está de acuerdo siempre con los preceptos de las leyes escritas, y menos que nada lo que toca al positivo ejercicio de las funciones soberanas. Posee la Monarquía un poder necesariamente substancial y activo en el régimen representativo de Prusia, donde sus Ministros no dependen del Parlamento; mayor, si cabe, lo posee en todo régimen parlamentario, donde por modo decisivo influyen sus Ministros en las elecciones, y consecuentemente en la estructura de las Asambleas populares, tal cual sucede en Portugal é Italia; mas en el verdadero régimen de *gabinete* que, es el caso de Inglaterra, sus positivos medios son menos. Incalculable será el valor de la Corona, conforme dijo Bagehot, que estimó que se hundiría sin ella la Constitución inglesa; pero su fuerza, emanada del carácter y sentido histórico que conserva, es moral, y hasta religiosa, no directa y material. La Revolución está allí olvidada; el sentimiento de la legitimidad de todo punto restablecido; la persona que ocupa

(1) Palabras insertas en *The Government Year Book of 1889*, pág. 254.

el trono, á juicio de muchos de sus súbditos y con asentimiento de todos, reina aún *por la gracia de Dios,* que no por actos de la soberanía nacional (1); pero, en el ínterin, desde 1784 acá, el derecho constitucional exige que cuando una cosa piensa el Rey y otra la Cámara de los Comunes, le toque á ésta siempre la razón, como no apele aquél de su fallo al cuerpo electoral. Y si éste sentencia en pro de la disuelta Cámara, nadie reconoce más en la Corona la facultad de imponer su opinión (2). De tal suerte, el Rey está imposibilitado de poseer esos ministros que, desde el tiempo de Carlos II, constituyen su *Gabinete,* sin hallarse de completo acuerdo sobre el caso con el cuerpo electoral, directa ó indirectamente consultado. Pueril error sería confundir, ni en sus principios ni en sus consecuencias, este verdadero régimen de *gabinete* con los estrictamente parlamentarios, aunque en lo exterior se asemejen. Pide el primero, como requisito de todo punto indispensable, la preexistencia de un cuerpo electoral, que sea un poder real é independiente y que decida por sí, de veras, las cuestiones políticas que se le sometan. Donde esto falta, deben los más liberales contentarse con el mero régimen parlamentario, cuya mayor eficacia consiste en el influjo de la palabra; género de gobierno que de todos modos merece preferencia sobre la Monarquía pura. Tal es el consejo prudentísimo de sir C. Cornewall Lewis. No obstante todo lo dicho, la monarquía perpetua de Inglaterra, que continuamente atesora prestigio; la íntima, pero siempre creciente influencia personal de la reina Victoria, por ejemplo; sin duda logran un valor permanente, fuera de las oficiales prerrogativas

(1) W. Bagehot: *The British Constitution:* London, 1868.

(2) George Cornewall Lewis: Obra citada, pág. 70, y lord John Russell: *An essay on the history of the english government and Constitution:* London, 1865.

de la Corona, que ni con mucho alcanza la Presidencia de los Estados Unidos. Mas si comparamos esta Monarquía de *gabinete* con la Presidencia de los Estados Unidos, tal y como durante su corto período de permanencia se puede ejercer, dijo verdad Conway: la ventaja queda de parte del Presidente, cuyo ministerio, una vez aceptado por el Senado, depende de él exclusivamente, sin la menor intervención del Congreso.

Á la fuerza que eso le da al Presidente, y á la que le añade su ordinario influjo sobre el poder judicial de la Confederación, júntase la que le presta su carácter de jefe de partido sobre las Cámaras, sobre toda administración federal y sobre el país en general; y sin exponer, por de pronto, todo cuanto esta última significa, permitidme que resuma lo que es ó llega á ser de hecho aquella Presidencia, invocando ciertos recuerdos. Uno de los que la han ocupado, Jackson, hombre de guerra ante todo, con el auxilio de su titulado *Kitchen cabinet*, ó *gabinete de cocina*, compuesto de gentes de su partido, es decir, agentes electorales y periodistas, ejerció ya en el primer tercio de este siglo un poder superior á todos los de la Confederación, hasta el punto de merecer el nombre de dictador (1). Pasaron los años, y como Comandante constitucional en jefe del ejército y la marina, y de las milicias cuando están sobre las armas, fácilmente sobrepuso luego Lincoln los que llamaba sus poderes de guerra á todos los legales, suspendiendo por sí solo el *Habeas Corpus*, y aun los derechos individuales, anulando la esclavitud misma, no sin saltar por encima, es claro, del alto dique de la magistratura, que, como no podía menos, declaró su conducta inconstitucional. Y aún tuvo mayor

(1) ALBERT GIGOT: *La Démocratie autoritaire aux États-Unis*: Bourloton, 1885, pág. 161.

fortuna Lincoln que Jackson, cuando era General en campaña, porque sólo dos años después de las dictatoriales medidas del primero las sancionó el Congreso, el cual tardó en anular la pena al segundo impuesta por el Tribunal de Nueva Orleans, no menos que un cuarto de siglo. La *opinión pública,* elemento de que he de hablar después, en una Nación tan extraordinariamente poseída de su soberanía como la anglo-americana, se antepuso así con Lincoln á los textos constitucionales, como no se concibe que se hubiera jamás antepuesto la Corona de Inglaterra. Si más tarde Johnson pudo ser, aunque inútilmente, procesado por actos inconstitucionales, debido fué á que la *opinión pública* no estaba de su lado. La coordinación complicada de los elementos constitucionales; su compensación y fiscalización recíproca; todo cede allí, pues, cuando conviene, ante estos principios consignados ya por el *Federalist:* «Que un poder ejecutivo débil no puede ejecutar sino débilmente; que ejecución débil es sinónima de mala; y que un Gobierno que produzca tal consecuencia, cualquiera que su bondad teórica sea, en la práctica constituye un mal Gobierno (1)». Comentario perpetuo de su constitución suprema, estas palabras, siempre que es necesario, dirigen en los Estados Unidos la opinión pública. Mas, aun sin necesidad de hallarse en circunstancias extremas, la autoridad del Presidente alcanza una independencia en sus actos, de que por su lado no goza el poder legislativo, siempre sujeto á su veto. Los propios cuatro años de duración del cargo, cuando los Senadores son renovados por terceras partes cada dos, y cuando sólo se eligen por este plazo los representantes, de donde con frecuencia pro-

(1) *The Federalist:* Obra ya citada.

cede que la mayoría de una Cámara pertenezca á un partido y la de la otra al adversario, facilítanle al Presidente la primacía, porque difícilmente se pone de acuerdo el Congreso para dificultar en lo que pudiera su política. Póngase al cabo ó no, tampoco su enemiga le importa gran cosa. De hecho además, durante el tiempo de su gobierno, para muchos políticos anglo-americanos escasísimo, nadie tiene autoridad ya hoy sobre su persona (1). Del referido proceso de Johnson ha surgido la conclusión de que el *impeachement,* ó derecho de las Cámaras de acusar y juzgar respectivamente al Presidente por sus actos gubernamentales, carece de toda eficacia, justificando el sarcasmo del anglo-americano que ha dicho de aquel recurso jurídico que hoy era un *trabuco oxidado.*

Pero el reverso de tantas ventajas está en la enfermedad grave que tiempo ha padece la Presidencia de los Estados Unidos, justamente originada por una de las cosas mismas que, según he dicho, acrecientan su poder, es decir, el desempeñarla siempre un hombre de partido. El clásico libro, titulado el *Federalist,* muestra en sus páginas hasta qué punto se vanaglorió cándidamente Hamilton de un método de elección presidencial, que ni los impugnadores más sistemáticos de la Constitución censuraron; método, desde entonces excelentísimo, á su parecer, y destinado á evitar siempre la corrupción. Los hechos que todo el mundo sabe dan un mentís tristísimo á tan generosa esperanza, porque las elecciones presidenciales constituyen, sin disputa, en nuestros días, la mayor fuente de corrupción que en aquel país exista, y acaso el peligro más grande de la sabia obra de Filadelfia. No son los electores de segundo grado, á número

(1) CHAMBRUN: *Le Pouvoir éxécutif aux États-Unis:* París, 1876, página 344.

igual que la totalidad de senadores y representantes que cada Estado envía al Congreso, quienes eligen, como quiere la Constitución, al Presidente y Vicepresidente. Eso ha quedado en vana fórmula, porque el pueblo anglo-americano, que de un salto parecía haber llegado á toda la perfeccción posible en las instituciones políticas no bien triunfante la independencia, conténtase en su democratización presente, con prestar, como los primitivos hombres, su asentimiento, también egoista, á cuanto anhelan los que sobre sí toman, ya por unos, ya por otros móviles, pero siempre interesados, la agradable empresa de gobernarlo. Con este ejemplo, por sus colosales caracteres decisivo, ¿quién protestará ya con santa indignación, en adelante, contra el antiguo postulado político, de que el asentimiento, que equivale á la indiferencia, sea ejercicio completo de soberanía, y bastante á hacer legítimo cualquier poder? Mucho se ha negado esto desde 1789, á propósito de los pueblos fieles, que pasivamente asistieron durante siglos al ejercicio absoluto de la soberanía por parte de sus monarcas; y, sin embargo, por unanimidad reconocen ahora los publicistas anglo-americanos, ingleses, italianos, alemanes, franceses, cuantos han escrito, en fin, sobre la política de los Estados Unidos, de cuarenta y más años acá, que, con efecto, la inmensa mayoría de los miembros de aquella Nación, por fortuna suya no corrompida, sino antes bien honrada, laboriosa, inteligente, discreta, enérgica por naturaleza, é independiente por hábito, deja hacer, y de ordinario sigue sin resistencia á los que la conducen á las elecciones de toda especie, y en primer término á las presidenciales. Lo que observó ya De Tocqueville se ha agravado más; y en todo cuanto se refiere al régimen usual del Estado, cada día están más fuera de la vida pública los ciudadanos

que en ella debieran interesarse más, por lo cual, y no obstante algunas protestas nobilísimas de la prensa y otros órganos de la opinión pública, la Nación queda entregada en todas sus esferas á los *politicians* ó políticos de oficio, con sus *caucus* ó conjuraciones inmorales y violentas, que convierten las primitivas oposiciones de principios en despiadada guerra de provechos personales. Al término de la lucha presidencial, sobre todo, mírase así la victoria, según dijo un Presidente honradísimo (1), no como el triunfo del hombre más capaz de hacer cabeza de uno de los pueblos más nobles del Universo, sino un reparto de botín; botín, no sólo compuesto de empleos, sino de negocios fraudulentos. Eso mismo proporcionalmente se ve y toca en las elecciones de gobernadores, de Asambleas legislativas, de magistrados, de funcionarios públicos de cualquiera especie, en los Estados. Úrgeme, sin embargo, advertir, antes de continuar adelante, que la alteza del puesto, los grandes deberes que tienen desde él que contemplarse, tratándose de una nación tan principal; la presencia en el mundo de las otras supremas personalidades que rigen Estados; la ordinaria elevación de ideas de los hombres que en sí sienten alguna superioridad, cuando no los ahoga el ansia de abrirse camino de cualquier modo; todo esto junto, y tal vez algunas causas más, producen el incontestable efecto de que, aun siendo, como se dice que son, hechuras de corrompidos políticos, y quedando en la lucha muy obligados, casi uncidos á la voluntad de sus interesados favorecedores, los Presidentes, con excepción rarísima, se muestran luego dignos de su cargo. ¿Quién lo diría? La ingratitud, sin duda, es obra aquí de virtud y

(1) Hayes, citado por Minghetti en su obra *I partiti politici e la ingerenza loro nella giusticia e nell amministrazione*: Bologna, 1881.

causa de beneficio público cual en parecidos casos en Suiza. Pero desde el Presidente, su Ministro de Negocios extranjeros, poco menos elevado por necesidad y costumbre que él, y algún que otro funcionario eminente, abajo, los innumerables individuos, que en las elecciones se proclaman vencedores, por testimonio conforme de los que deben saberlo de cierto, pueden ser, si no lo son por acaso, indignos de los empleos que se les distribuyen. Y ya se habrá comprendido que se hace todo esto mediante los partidos y á causa de la organización y el poder de ellos, en ningún otro país semejantes.

Algo he hablado ya de partidos á propósito de Suiza; pero allí no están compuestos, disciplinados y combinados entre los varios cantones de suerte que sean la *locomotora* á que va enganchado todo su régimen político, como de los Estados Unidos dice Bryce. Laméntase, no obstante, el doctor Dubs de que los partidos de su patria no se asemejen á los ingleses; y ¡oh! ¡cuánto más deben de eso quejarse los Estados Unidos! Cincuenta y cuatro años hace, cuando publicó De Tocqueville su célebre obra sobre los Estados Unidos, pretendió que nada había más difícil que organizar allí grandes partidos, después de muertos los antiguos, con lo cual pensaba que, si la felicidad de aquel país había ganado, no así su moralidad, pervertida por las innumerables fracciones políticas contendientes[1]. Imposible parece que hombre de tamaño mérito supusiera que sin moralidad cupiese real acrecentamiento en el bien público; pero todavía sorprende más la importancia escasa que concedió al hecho de que ya en su tiempo «las clases ricas de la sociedad hubieran desaparecido allí del mundo político, hasta el punto de

(1) De Tocqueville: De la *Démocratie en Amérique*, tomo II, cap. II.

que, lejos de proporcionar derechos la riqueza, era una causa de disfavor y un obstáculo para tomar parte en el Gobierno [1]». Bien pudiera haber cambiado De Tocqueville muchas, muchísimas de sus ingeniosas y aun sagaces observaciones por esta sola: que un país donde no había otro ideal que la adquisición de riqueza, donde podían adquirirla todos por iguales medios, mediante el trabajo y la honradez, y donde su creación incesante, prodigiosa, constituía el primer vínculo social, proscribirla del organismo del Estado era un aberración funesta y absurda, por sí sola capaz de minar y á la larga destruir el régimen que con tamaño amor describía. Cuando los Estados Unidos eran para él una asociación casi exclusivamente industrial y comerciante, ¿no es raro que juzgase natural, con tanto valor como á la igualdad atribuía, que precisamente la desigualdad se impusiese á los mejores industriales y los comerciantes mejores, que debían de ser allí los más ricos? Reconoce él mismo, por otra parte, la preferencia declarada de Washington por los que al tiempo de la Independencia podían pasar por hidalgos; y es verdad, con efecto, que la costumbre adquirida hizo allí que la elección de los empleados públicos recayese por bastante tiempo en los habitantes, merced á su trabajo, más acomodados, bastante en conformidad con el estilo de la madre patria. Mas desde antes de los días de Tocqueville cambió esto, y aunque sea la consecuencia lamentable, no debió de tener por causa única la envidia democrática. Así como no había potentados tradicionales que convertir en lores para el Senado, tampoco hubo de encontrarse al fin y al cabo con facilidad quien se encargase de todos los oficios gratuita-

(1) De Tocqueville: Ibidem.

mente, y mucho menos de los penosos que obligaban á sacrificar á los públicos los asuntos propios. Y dado lo que en el país se llama burlescamente el rey *dollar*, ó sea el espíritu de especulación individual y á todo trance, para hacer pronto fortunas nuevas, que desde el principio animó á los anglo-americanos, una clase gobernante como la de Inglaterra, ni por lo gratuito de sus servicios, ni por sus respetos tradicionales, tenía en realidad allí probabilidad de ser. Mas no por eso el daño es menor; como que arranca de este punto, á mi juicio, la diferencia profundísima de los partidos ingleses y anglo-americanos.

En ocasiones varias he expuesto ya cuán singular importancia atribuyo á esta clase gobernante inglesa, esencialmente intacta hoy, no obstante los indudables progresos del sentimiento democrático en la nación. Para mí, ha de continuar siempre existiendo en muy semejantes condiciones á las de ahora, mientras con la nivelación ó comunidad de las fortunas no triunfe allí la barbarie; y en tanto, de eso depende, por la mayor parte, la final superioridad del régimen político inglés sobre todos los conocidos. ¿Concíbese que nunca envidie el *cuarto estado* á la clase gobernante inglesa sus gratuitos trabajos? ¿Dónde hallar hombres, por otro camino, que, sin necesidad de propio oficio, ni estímulo ninguno para abusar de las funciones públicas, voluntariamente se ofrezcan á servir á los demás? Funcionarios así tendrán del todo que reclutarse aún entre propietarios y capitalistas, más ó menos considerables, cuando totalmente deje de estar ya de moda la nobleza, conservándose en lo esencial sus ventajas. Pienso también que nada se presta más que el servicio gratuito, y moralmente afianzado, al tácito y universal asentimiento, esa inagotable fuente de poder.

El Estado asalariado en todas sus funciones y con funcionarios pasajeramente asalariados, aunque por necesidad exista en tantos países, ¿qué le hemos de hacer?: sobre ser más propenso realmente á la corrupción, ofrece mayor blanco á que se la suponga que el gratuito, cuando lo es de verdad, porque puede serlo. Que no trato aquí yo de las funciones servidas de balde, por quien carece, en tanto, de estrictos medios de vivir, porque frisa en milagro que no salgan esas siempre carísimas. Preguntad, si no, á vuestra memoria. Las mismas funciones asalariadas, desempeñadas por gentes que no tienen el salario por modo único de vivir, están desde luego exentas, que no es poco, de la ley fatal de la concurrencia, que no siempre puede someterse á la moral tanto, que salgan sólo á relucir en ella armas lícitas. Mas para comprender mejor todo esto por una comparación práctica de Estado á Estado, tomemos á la Gran Bretaña y los Estados Unidos por ejemplo, y oigamos, antes de todo, al inglés Bryce (1), subsecretario en la última administración de Gladstone, y perteneciente, por tanto, á lo más avanzado del liberalismo gobernante en la primera de estas naciones.

«Dícese comúnmente», escribe aquel autor desapasionado y hasta benévolo, «que las instituciones forman á los hombres; pero no es menos cierto que éstos dan á las instituciones su color y sus tendencias. Poco importa saber las reglas legales, el método y orden de un Gobierno, si no se conoce también algo á los hombres que dirigen su máquina, los cuales, por el espíritu con que la emplean, pueden convertirla en poderoso instrumento de bien ó mal. Son estos hombres los políticos; pero, ¿á

(1) JAMES BRYCE: Obra citada.

quiénes conviene tal calificativo? En Inglaterra lo aplicamos á aquellos que activamente se dedican á administrar, legislar, ó bien discutir la administración y la legislación: y así comprende á los Ministros de la Corona, miembros del Parlamento (aunque á algunos en la Cámara de los Comunes, y en la mayoría en la de los Lores, les interese la política poco), unos cuantos periodistas acreditados, y un corto número de personas más, escritores, lectores, organizadores y agitadores, que, en orden inferior, sirven para influir sobre el público. Á veces empléase el término en sentido más extenso, incluyendo á cuantos trabajan en favor de un partido político, como los presidentes y secretarios de las asociaciones locales, y las personas más activas de sus comités directivos. Los primeros, á quienes podría llamarse principal círculo de los políticos, sonlo de profesión, porque la política constituye su más asidua, aunque rara vez única, ocupación en la vida. Mas son en estos tiempos contadísimos los que de ella sacan dinero, ó cualquier provecho material. Los hay que esperan obtener un empleo ; otros , en mayor número, piensan que un asiento en el Parlamento les ayudaría á llevar adelante sus negocios financieros, ó les pudiera proporcionar mejor posición en el mundo comercial : sin embargo, la idea de sacar de nada de eso sus medios de vivir entra en el cálculo de pocos. La otra clase, que cabe denominar círculo exterior de la política, compónese de gente que no es política de profesión ; son personas que principalmente se ocupan en sus asuntos propios, y ninguno, haciendo excepción de tal cual secretario de comité, lector pagado, ó agente del registro, saca tampoco el menor provecho de su trabajo.» Hasta aquí no habla sino de su patria Bryce ; y para explicar luego el modo distinto con que pasan las

cosas en los Estados Unidos, hace ante todo observar que el círculo principal ó de oficio, es en éstos más vasto, en absoluto, y con relación al círculo exterior, que en otras partes. Luego entra con tal motivo en las reflexiones que siguen: «Cuando en un gran país los negocios públicos crecen y ocupan cada vez más á los que se dedican á ellos; cuando, ensanchándose la esfera del Gobierno, la administración es más complexa y está más estrechamente unida á los intereses industriales del país y del mundo, necesario es saber y considerar mayor número de cosas, y recaen los negocios naturalmente en manos de los hombres eminentes por su clase, fortuna ó habilidad, los cuales llegan á formar una especie de *clase gobernante,* con frecuencia *hereditaria.* La parte elevada de la administración civil queda así entre ellos, llenan sus miembros el Consejo supremo ó las Cámaras legisladoras, dirigiendo sus debates; y, aunque reciban sueldo mientras desempeñan sus cargos, la mayoría de ellos posee recursos independientes, dedicándose en realidad á la política para adquirir fama ó mando, ó por gustar de las emociones que produce. Los pocos que no tienen medios particulares con que vivir, pueden continuar sus negocios y profesiones en la capital donde residen, ó ir al punto que les interesa. Todavía es este generalmente el caso en Inglaterra y otras naciones. Pero veamos las condiciones de los Estados Unidos, por su parte. Allí es relativamente corta la clase de personas acomodadas, con fortuna suficiente para no tener que depender de los negocios públicos, si se consagran á ellos, y el mayor número de estos acomodados vive en el campo, en el extranjero ó en las grandes ciudades. No existe, en los puntos donde precisamente se han de desempeñar, clase ninguna con aptitud hereditaria para los puestos

públicos ; ni hay allí grandes familias cuyos nombres sean por el pueblo conocidos, y que, enlazados por simpatías de sociedad y relaciones de parentesco, unos á otros se ayuden, y guarden en manos de sus miembros los cargos principales. La Nación, por otro lado, es muy grande, y tiene su capital política en una ciudad sin industria, sin fábricas, sin carreras profesionales. Aun las capitales de los Estados son con frecuencia ciudades relativamente pequeñas. De aquí el que ningún hombre pueda atender á un tiempo á sus negocios lucrativos y á figurar en el círculo principal de la política. Y como los miembros del Congreso y de las Cámaras legislativas de los Estados son invariablemente elegidos entre los residentes en dichas capitales, de tales funciones quedan excluidas todas las personas acomodadas que son forasteras. La corta duración, en tanto, de las funciones y el gran número de ellas que por elección se obtienen, hacen que sean éstas muy frecuentes; y todas, con ligeras excepciones, se disputan entre los partidos, porque el resultado de cualquiera de las menos importantes, en que sólo se gana un insignificante empleo local, afecta más tarde á las de importancia suma, como la de miembro del Congreso, por ejemplo. Así se explica que estén siempre preparadas las listas de candidatos para todos los empleos vacantes. Y todo esto junto obliga á penosos trabajos en las elecciones y en la política local, trabajos que no cabe compensar meramente con la fama ó el honor, ni con la satisfacción de haber cumplido un deber. Hay, pues, que pagarlos de otro modo, y se paga; pero en funciones públicas, ya asientos del Congreso, ya empleos federales ó de los Estados, incluyendo sus legisladores, ya en administraciones de las ciudades y condados, á lo cual hay que añadir las plazas de jueces, electivos en la mayor

parte de los Estados. Todos los funcionarios dichos son amovibles por natural consecuencia, y cambian cada vez que los partidos entran y salen del mando. Por estos caminos, la política ha llegado á ser una profesión como la de abogado ó comerciante, y la gente se dedica á ella comúnmente por dos motivos: primero, el del esperado salario; segundo, el de aprovecharse además de sus funciones para obtener provechos ilegítimos. Ni es de olvidar, que á todos los miembros altos y bajos de la administración federal; á la mitad ó la cuarta parte de los legisladores de los Estados, con todos sus funcionarios públicos; á los de las grandes ciudades y los condados, hay todavía que añadir un inmenso número de pretendientes, regimentados, ya en un partido, ya en otro, con la esperanza de futuras utilidades.»

Creo que habrán ganado mucho mis lectores oyendo á Bryce en vez de oirme á mí exponer todo esto directamente. Bastaría ese cuadro suyo para probar que ni la democracia, ni el régimen parlamentario, ni mucho menos el de gabinete, presentan semejante exceso de *empleomanía* en parte alguna, y que los partidos tampoco abusan en mayor grado de sus victorias en el país más pervertido. Por lo mismo que aquellos partidos no son oficiales, facticios, sino producto espontáneo de las instituciones y de las costumbres nacionales, y por tanto independientes, poderosos, fuerzas verdaderas, sin contrapeso ni límites en ninguna parte, cosas que todas á un tiempo tan sólo en una democracia pueden acontecer, los de los Estados Unidos llegan á extremos que en otras Naciones son imposibles. El capítulo especial y detallado que consagra en seguida Bryce á la corrrupción oficial, fruto de tales partidos; el de Minghetti sobre igual asunto,

y todo el excelente libro del anglo-americano Seaman (1), sin otros muchísimos autorizados textos, contienen cosas á este propósito, que realmente causan vergüenza y hasta horror. No pediréis, sin duda, que me extienda mucho en este punto. ¿Para qué? No sé yo si habrá en el mundo quien se complazca en manchar las cosas grandes; lo que sé es que á mí toda mengua en ellas me entristece, sin dejarme humor para sátiras ni declamaciones. Los Estados Unidos, de todos modos, constituyen, en su conjunto, una de las más excelsas creaciones que los hombres hayan realizado jamás; y si la corrupción con que allí se ejerce la soberanía en los más de los asuntos es incontestable, patentiza eso una vez más, que no hay instituciones algunas, ni ningún pueblo, cualesquiera que sean sus méritos, que en su seno no abrigue impurezas. Pero basta con que nos sirva de lección ó ejemplo: Dios humilla así, con la esclavitud de la imperfección, á hombres y Naciones. Mejor, pues, que detallar el mal ejercicio de la usual soberanía, por los partidos anglo-americanos, prefiero explicar el casi constante asentimiento que la generalidad de la Nación les presta, por boca de algunos anglo-americanos. Uno de ellos, muy honrado, le dijo al respetabilísimo Minghetti estas frases, que confirman otras mías: «Bien sabemos que nuestra administración está llena de indignidades, dilapidaciones y robos, lo cual aumenta los gastos públicos; pero más nos conviene pagarlos con ese aditamento que tomarla á nuestro cargo; porque, empleando nuestro tiempo en negocios particulares, nos rinde diez veces más que así perdemos (2)». Otros muchísimos repiten sin escrúpulo:

(1) Ezra C. Seaman: *Le système du Gouvernement américain:* Traduction de Th. Hippert: Bruxelles, 1872.
(2) Minghetti: Obra citada.

«Más vale apresurarse á hacer la propia fortuna, y dejar á los *politicians* de profesión que gobiernen; cada uno á su oficio, y la política es el de los que ninguno saben». Á lo cual añade M. Claudio Jannet, que nos lo cuenta: «Tiénense, en suma, por bastante ricos para que los roben». Pero, con todo lo dicho, se han quedado los extranjeros, al describir estas singularidades, todavía muy atrás del autor anglo-americano que cité antes, y que años hace anda en manos de todos. Ezra C. Seaman, consejero legal de los Estados Unidos, observó y estudió durante más de cuarenta años, según dijo, el régimen político de su patria, por lo cual sería siempre más seguro recomendar su libro á quien por ventura no lo conozca, que exponer de nuevo cuanto él por sí mismo ó con ayuda de otros compatriotas suyos dió á conocer. Su conclusión general se reduce á que los partidos anglo-americanos hacen, sin que para nada les estorben sus leyes políticas, cuanto quieren, tal como si ellas no existieran. Pero véanse, siquiera estos particulares conceptos del referido autor: «No hay más poder en este país que el partido dominante; Gobierno y partido son una misma cosa; todas las obligaciones de partido se cifran en evitar que la menor migaja del patronato (ó sea de los favores oficiales) caiga en manos de cualquiera que esté fuera de él; ¿qué derecho tiene un hombre de partido, piensan los que los forman, á su propia conciencia? ¿qué necesidad de obrar por sí mismo, siguiendo sus nociones personales sobre el deber?» (1). No hay como negar, por tanto, crédito, al escritor francés Claudio Jannet, citado antes, admirador sumo de los Estados Unidos, y que allí está reputado por imparcial, cuando lo

(1) SEAMAN: Obra citada, págs. 118 á 119.

resume todo diciendo: «que la soberanía, ó bien el poder de hecho, se ejerce por el puñado de *politicians* que hacen las elecciones, y que el Gobierno es sólo una máscara para ellos (1)». Y aún enseña más, si se quiere, esta breve definición de Bryce: «la política no es allí ciencia de gobierno, sino arte de ganar elecciones y empleos (2)».

Los principios de gobierno, aunque algunos prefieran ó afecten naturalmente los partidos anglo-americanos, son á todo esto lo de menos. De Tocqueville pensaba que, no existiendo en los Estados Unidos las pasiones religiosas; que faltando ya los odios de clase porque el pueblo lo era todo; que no habiendo, en fin, miseria pública que explotar, cosa que, por supuesto, va ya habiendo, los grandes partidos no se podrían reproducir. ¡Quién se lo hubiera dicho! La inmoralidad que él no hizo más que entrever, ha bastado para reproducirlos, y con exceso. *Federalistas,* ó con tendencias á la unidad el uno, y *republicano,* ó con más inclinación al particularismo el otro, se titulaban los dos que en 1787 surgieron; los sucesivos pudieron tener más ó menos inclinación á la *plutocracia,* que no á la aristocracia, el uno, y el otro á la democracia igualitaria; mas todo esto con frecuencia ha ido cambiando de sentido real, dirección y nombre. Hoy parece el titulado demócrata algo mejor amigo de la autonomía de los Estados, y el republicano más de la extensión del poder federal; pero déjanse fácilmente llevar hacia lo uno ó lo otro, según sus conveniencias prácticas. Al decir de Bryce, el republicano no se tiene, en suma, sino por menos vicioso y más escrupuloso que su adversario el demócrata; pero ¿hay realmente en

(1) Claudio Jannet: Obra citada, t. 1, pág. 63.
(2) James Bryce: Obra citada.

esto diferencia notable entre los dos? En el ínterin, las pinturas que de la corrupción de los legisladores, de los administradores, de los jueces, de los agentes de policía, cada día hacen los periódicos, cuesta trabajo creer que no sean exageradas; pero son al menos testimonios constantes y unánimes. Insisto, con todo, en que, mientras menos lugar dé aquí á tales extravíos, será mejor, y voy ya á limitarme á añadir lo puramente indispensable. Constituyen en la Nación anglo-americana sus partidos dos verdaderos Estados dentro de cada Estado confederado, y del de la Confederación misma. En vano, ya lo indiqué, la opinión pública, fortificada por la prensa, de vez en cuando intenta desacreditar estas terribles *máquinas*, porque ello es que siempre siguen en movimiento, sin que las ilusiones de los que esperan desmontarlas presenten hasta aquí probabilidad de éxito. En cada uno de los condados de que los Estados se componen, continúa residiendo y obrando una junta que pudiéramos llamar condal, constituida por delegaciones de todos los barrios de las ciudades, de las poblaciones rurales que no gozan municipios propios, y de las asociaciones diversas de distrito. Para entrar en funciones, demándasele á cada miembro de dicha junta que firme el credo político del partido, y un formal compromiso de votar las listas de candidatos que éste presente para los empleos. Tan pronto como el centro condal queda establecido, celebra una primordial sesión, en que nombra su comisión ejecutiva y reglamenta el trabajo de elegir los candidatos del partido. No queda tras esto sino designar en las juntas condales los delegados que han de formar la *Convención* del Estado; y desde la del más mínimo empleo municipal hasta la del Presidente de la República, pasan todas las candidaturas luego por estas

corporaciones, que alcanzan mayor poder que las respectivas Cámaras legislativas. El duque de Noailles, que más recientemente aún que Bryce, en estos mismos días, ha acabado de exponer las condiciones políticas de los Estados Unidos, confirma que allí son bastante más obedecidas las reglas por los partidos impuestas para todo, que las constitucionales (1). Las Convenciones se entienden y conciertan entre sí perfectamente luego, y todas juntas influyen también más en la dirección del Gobierno, que el acuerdo completo del Congreso federal. Á tal organización se da el nombre genérico de *caucus,* que ya he citado al paso; palabra que en su origen significa reunión de bebedores para hablar de política, y hoy se encuentra elevada á denominación del verdadero soberano usual en territorio tan vasto y tan grande, y tan inteligente y rica población como la de los Estados Unidos.

Vengo diciendo *usual,* porque por encima de todo lo dicho hay, sin duda, que contar á veces con la opinión pública; aquella opinión pública que hizo dictador á Lincoln, sin deliberar ni votar, y que guardan los anglo-americanos para todo momento supremo, pensando que les salvará al fin y al cabo de cualquiera riesgo, siempre que sea indispensable y que ella surga y se levante omnipotente. Á mis ojos, nada hasta aquí prueba, con efecto, que la voz del pueblo, del verdadero y total pueblo americano, por sujeta que parezca al egoismo tácito de los más, no se haga oir también cuando sea necesario. No hubiera, sin duda, impedido partido alguno de por sí que la esclavitud se suprimiese á su hora, bien que la corrupción por ellos dirigida produjera, aun entonces, di-

(1) Noaillles: Obra citada, pág. 384.

lapidaciones inauditas, y llegase en la guerra hasta la indeficencia. Tampoco la decisión, ni la prosecución de cualquiera otra guerra popular, quedaría en mi concepto fiada á los partidos. No puedo abrigar, con todo, de la soberanía de la opinión pública de los Estados Unidos, el concepto de Bryce, que, después de lo expuesto por él mismo acerca del influjo interesado y absorbente de los partidos, pretende que aquélla es continua y totalmente soberana. Imposible es para mí dejar de ver una contradicción palpable entre los capítulos que este escritor consagra al *sistema* de partido, y los que dedica á la opinión pública. Á las veces confunde á ésta con aquél visiblemente. Bien creo yo que cara á cara nunca osarán contrariar los partidos á la opinión pública, porque, cuando lo hicieran, la masa irresistible del pueblo los arrollaría fácilmente. Bien sé que procurarán atraérsela sin tregua por medio de la prensa, de los *meetings,* de los discursos, de los manifiestos y todo medio conocido. Tampoco negará nadie que el sentido y la conciencia nacional esté sobre los partidos; pero, todo esto, ¿qué vale para los muchísimos casos ordinarios en que egoistamente les cede el pueblo la palabra? Que la opinión pública, más serena y más inclinada á lo grande, y en los Estados Unidos constituida por más gente que piensa que en otras partes, sea para los partidos un límite en todo aquello que realmente la apasione, sea en buen hora. Mas, por desgracia, también lo que se conoce por opinión pública, simple adición del momento á los partidos, de aquellos que por lo común quedan indiferentes, de los mal enterados, de los que nunca se han tomado el trabajo de aprender á juzgar los negocios públicos, está lejos de ser segura guía en los más de los casos. Otra cosa es la conciencia nacional de que hablaré más tarde; pero la

dirección de lo que se llama *opinión pública,* puede ser tan funesta á veces como la de los partidos mismos. Por eso, en suma, las instituciones políticas, dotadas de permanentes derechos, son indispensables. Ellas pueden dar tiempo, primero, á que se distinga la opinión pública con evidencia, cosa difícil, y luego, á que con sus propios contrastes se aclare ó depure. Después, Dios la guíe, que ya he dicho en qué ocasiones pienso que la guiará de veras.

A. Cánovas del Castillo.

LA MUJER ESPAÑOLA (1)

El pasado año de 1889 la *Fortnightly Review,* importante publicación que ve la luz en Londres, pidió á Julio Simon un estudio sobre *La mujer francesa* y á mí otro sobre *La mujer española.* El original español de mi trabajo se encontraba inédito, y yo me resistía á publicarlo, comprendiendo que para España un estudio de tal índole y sobre tan delicado asunto pedía mayor desarrollo y extensión, al par que requería prescindir de ciertos detalles necesarios para el lector inglés, y acaso triviales entre nosotros. Por último, me he resuelto á entregarlo á la prensa tal como salió de la pluma, aunque sin quedar curada de mis recelos, y deseando que esta advertencia me valga la tolerancia del público.

(1) Creemos que nuestros lectores agradecerán que hayamos obtenido de nuestra eminente colaboradora Sra. Pardo Bazán, la inserción de cuatro artículos que ella no quería imprimir en lengua española por las razones que indica al encabezar el primero. Los extraordinarios encomios que merecieron de la prensa inglesa al ver la luz en la *Fortnightly Review,* y lo curioso del asunto, nos obligaron á rogar á dicha señora que quebrantase su propósito en interés de los lectores de La España Moderna. *(N. de la D.)*

I.

Al hablar de la mujer en mi patria, desearía poder atribuirle sin restricción virtudes, cualidades y méritos, presentándola como un dechado de perfecciones; pues siendo yo igualmente mujer y española, cuanto realce dé á nuestras mujeres ha de refluir en mí. Aparte de que siempre granjea más simpatías del público quien ensalza que quien aprecia imparcialmente el estado de las costumbres; y en España, á veces, constituye un acto de valor decir por escrito lo que todo el mundo reconoce de palabra, por lo cual el escritor se ve precisado á dorar la píldora.

Yo, aun comprendiendo lo arduo de la cuestión y escribiendo para mis compatriotas, no la doraría: hablaría clara y explícitamente, como hablo siempre en las cuestiones graves y vitales en que no puede ser ley la cortesía. Pero la obligación de ser verídico aumenta cuando nos dirigimos á lectores extranjeros, que nos piden informes francos y leales, y casi no tienen medio de rectificar los errores en que pudiese inducirles nuestra inexactitud.

No se crea, sin embargo, por lo que indico, que voy á censurar agriamente á la mujer española; á trazar una especie de sátira á lo Juvenal ó á lo Boileau. Ni hay motivo para ello, ni habría riguroso derecho, aunque hubiese motivo; porque los defectos de la mujer española, dado su estado social, en gran parte deben achacarse al hombre, que es, por decirlo así, quien modela y esculpe el alma femenina. Acaso en la sociedad francesa de hace

doscientos años, cuando ejercía omnímodo imperio una favorita y daba el tono una reunión de *preciosas*, pudo repetirse con algún fundamento el axioma de que «los hombres hacen las leyes y las mujeres las costumbres». Lo que es en la España contemporánea, de diez actos consuetudinarios que una mujer ejecute, nueve por lo menos obedecen á ideas que el hombre la ha sugerido; y no sería justo ni razonable exigirla completa responsabilidad, ni perder de vista este dato importante.

Para entender lo que es hoy la mujer española, hay que recordar el cambio, ó, mejor dicho, la transformación que sufre España desde principios del siglo XIX, rechazada ya la invasión napoleónica. La Revolución francesa, que apenas había logrado influir directamente en nosotros, lo consiguió por modo indirecto á favor del violento choque de una épica lucha. Nuestra guerra de la Independencia, pareciendo terrible protesta contra la nueva forma social de la nación vecina, fué en realidad vehículo por donde el espíritu revolucionario y las ideas modernas penetraron hasta nosotros salvando la valla del Pirineo. Desde que se reunieron las Cortes de Cádiz en 1812, destacóse claramente la nueva España constitucional, llamada á domeñar á la antigua en repetidas y sangrientas luchas civiles. Para robustecerse y vivir, necesitaba la España joven combatir sin tregua á la vieja, autoritaria y devota, sujeta á un absolutismo, sólo en ocasiones ilustrado, por los reyes de la Casa de Borbón; y no combatirla solamente en los campos de batalla, sino en el terreno de las costumbres. Modificación tan profunda tenía que reflejarse en el estado social y moral de la mujer, y, por consiguiente, en el de la familia.

La mujer del siglo XVIII, entre nosotros, se diferencia totalmente de la de Francia en los albores de la Revolu-

ción. Mientras la francesa del siglo XVIII es quizá la más ingeniosa, escéptica y libre que registra en sus anales la historia (sin exceptuar á la mujer ateniense), la española es la más rezadora, dócil é ignorante. Obsérvese que he dicho *rezadora* y no *cristiana,* porque cristianas juzgo que lo eran mejor, y con más sólido fundamento, las ínclitas mujeres de los siglos XVI y XVII, á cuya cabeza brilla la gran reina Isabel I. Bajo el Renacimiento, la mujer española, tan piadosa como sabia, lejos de contentarse con una instrucción inferior ó nula, desempeña cátedras de retórica y latín, como Isabel Galindo, ó ensancha los dominios de la especulación filosófica, como Oliva Sabuco. En el siglo XVIII, de tal manera se perdieron estas tradiciones, que se juzgaba peligroso enseñar el alfabeto á las muchachas, porque, sabiendo lectura y escritura, les era fácil cartearse con sus novios. De cierta bisabuela mía, procedente de casa gallega muy ilustre, he oído contar que tuvo que aprender á escribir sola, copiando las letras de un libro impreso, sirviéndole de pluma un palo aguzado, y de tinta un poco zumo de moras. Saludable ignorancia; sumisión absoluta á la autoridad paternal y conyugal; prácticas religiosas, y recogimiento sumo, eran los mandamientos que acataba la española del siglo pasado; contra ellos esgrimió el azote satírico nuestro excelso Moratín en *El sí de las niñas, El viejo y la niña* y *La mojigata.* La moraleja de estas tres comedias equivalía á una transformación capital del elemento femenino.

El tipo de la española antes de las Cortes de Cádiz ha llegado á ser clásico, tan clásico como el garbanzo y el bolero. Esta mujer neta y castiza no salía más que á misa, muy temprano (pues, según el refrán, *la mujer honrada, la pierna quebrada).* Vestía angosta saya de cúbica ó

alepín; pañolito blanco sujeto con alfiler de oro; basquiña de terciopelo; mantilla de blonda, y su único lujo,—lujo de mujer emparedada que no anda nunca,—era la media de seda calada y el chapín de raso. Ocupaba esta mujer las horas en labores manuales, repasando, calcetando, aplanchando, bordando al bastidor ó haciendo dulce de conserva; zurcía mucho, con gran detrimento de la vista; —todavía en mi niñez me enseñaba mi madre, como trabajo de mérito, unas almohadas zurcidas por mi bisabuela, donde casi los zurcidos formaban un tejido nuevo. —Esta mujer, si sabía de lectura, no conocía más libros que el de Misa, el Año cristiano y el Catecismo, que enseñaba á sus hijos á fuerza de azotes; porque el azotar á los chicos era entonces una especie de rito, del cual no sería correcto prescindir, según lo de *qui diligit filium, assiduat illi flagella.* Esta mujer guiaba el rosario, á que asistían todos los criados y la familia; daba de noche la bendición á sus hijos, que le besaban la mano, aunque peinasen barbas ó estuviesen casados ya; consultaba los asuntos domésticos con algún fraile, y tenía recetas caseras para todas las enfermedades conocidas. Tan genuina figura femenil no podía menos de desaparecer al advenimiento de la sociedad moderna.

No afirmo que todo fuese virtud en la antigua. Me desmentirían á voces los escandalosos recuerdos de la corte de Carlos IV, las duquesas yéndose á merendar en la pradera con los toreros, ó á cenar en casa de las comediantas; las reinas encumbrando á sus favoritos y cubriéndoles de oro y honores; las damas entregadas (aparte de otras pasiones más excusables porque las impone la naturaleza) al vicio del juego, atestando de onzas el bolsillejo de abalorio, y perdiendo en una noche un quiñón de su hacienda. Sólo quise decir que el tipo

clásico de la mujer «á la antigua española» era el más común antes del año 12, y ha llegado á caracterizar la sociedad anterior al régimen constitucional; y añadiré que las mujeres devotas y recogidas y las damas galantes que Goya pintó en los frescos de la ermita de San Antonio, fueron dos formas distintas, pero conexas é inseparables, de una misma época; dos figuras de la España antigua, que ninguna de las dos cabe en el siglo XVIII francés, donde virtudes y vicios presentan un sello de intelectualismo evidente.

El cambio social tenía que traer, como ineludible consecuencia, la evolución del tipo femenino; y lo sorprendente es que el hombre de la España nueva, que anheló y procuró ese cambio radicalísimo, no se haya resignado aún á que, variando todo—instituciones, leyes, costumbres y sentimientos,—el patrón de la mujer también variase. Y no cabe duda: el hombre no se conforma con que varíe ó evolucione la mujer. Para el español, por más liberal y avanzado que sea, no vacilo en decirlo, el ideal femenino no está en el porvenir, ni aun en el presente, sino en el pasado. La esposa modelo sigue siendo la de cien años hace. Detengámonos en profundizar esta observación, porque ella nos dará la clave de varias contradicciones y enigmas, á primera vista inexplicables, que ofrece la española contemporánea.

Cuando estalló la guerra de la Independencia, poseía España uno de los elementos que más robustecen la conciencia nacional: y era la unidad del sentimiento público en los dos sexos. De esta concordia (que también poseyó Francia durante el período revolucionario) se engendra el patriotismo en el hogar; el patriotismo transmisible á las generaciones futuras. Esperadlo todo de la nación donde semejante concordia existe.

Más iguales entonces el varón y la hembra en sus funciones de ciudadanía, puesto que aquél no ejercía aún los derechos políticos que hoy le otorga el sistema parlamentario negándolos por completo á la mujer, la sociedad no se dividía, como ahora, en dos porciones política y nacionalmente heterogéneas. Sentía y pensaba lo mismo la mujer que el hombre, y eran ambos católicos, monárquicos castizos, enemigos del extranjero hasta la medula de los huesos. Así es que el papel de la mujer en la defensa contra el francés no fué menos activo que el del hombre. Dócil y pasiva en circunstancias ordinarias, la mujer «á la antigua española» supo mostrar, cuando vió la patria en peligro, que bajo su honesta basquiña latía el corazón indomable de las heroinas de Celtiberia. Con las manos acostumbradas á pasar las cuentas de la camándula ó á mover el abanico de lentejuelas y tul, supo arrojar en los pozos á los granaderos de la guardia vieja, y aplicar la mecha al cañón.

Acaso entrando en el terreno de la hipótesis, me dirán que volvería á suceder lo mismo si se renovase la invasión extranjera. No lo creo. Este heroismo femenil se daría quizá como caso aislado; como hecho general, no. Y se daría más bien en el pueblo ó en la aristocracia que en la clase media, que es la que más ha sentido el influjo de la transformación política y social en beneficio del varón. Los últimos chispazos de conciencia pública en la mujer española fueron sus protestas y la especie de *fronda* que organizó cuando la Revolución de Septiembre de 1868 tomó color anticatólico y Amadeo I se sentó en el trono. Al mismo orden de manifestaciones pertenece la cooperación que las mujeres (las aldeanas sobre todo) prestaron al alzamiento carlista en las provincias del Norte. (Y nótese cómo siempre que la mujer

española revela interés político, se adhiere á la España antigua; la nueva, socialmente hablando, no se ha formado su elemento femenino.) Extinguida la última guerra civil, la mujer no vuelve á pensar en negocios públicos; si algunas señoras adoptan la costumbre de frecuentar las tribunas del Congreso, es por distracción, por ver ó ser vistas. Quejábaseme hace pocos días un amigo mío, de ideas nada reaccionarias, de que la mujer española carece de ideal; y pensaba yo, al oir su queja, que no puede tenerlo, porque ni le han infundido el nuevo, ni le han respetado el antiguo.

Adolece el hombre, en España, de un dualismo penoso. Inclinado á las novedades sociológicas con tal ardor, que en ningún país, salvo quizá en el Japón, han sido más radicales y súbitas las reformas, siente á la vez de un modo tan intenso el apego á la tradición, que siempre vuelve á ella, como el esposo infiel á la esposa constante. Y el punto en que la tradición se impone con mayor fuerza al español, porque late, digámoslo así, en el fondo de su sangre semítica, es el de las cuestiones relativas á la mujer. Para el español,—insisto en ello,—todo puede y debe transformarse; sólo la mujer ha de mantenerse inmutable y fija como la estrella polar. Preguntad al hombre más liberal de España qué condiciones tiene que reunir la mujer según su corazón, y os trazará un diseño muy poco diferente del que delineó Fr. Luis de León en *La perfecta casada,* ó Juan Luis Vives en *La institución de la mujer cristiana,* si ya no es que remontando más la corriente de los tiempos, sube hasta la Biblia y no se conforma sino con la *Mujer fuerte.* Al mismo tiempo que dibuja tan severa silueta, y pide á la hembra las virtudes del filósofo estoico y del ángel reunidas, el español la quiere metida en una campana de cristal

que la aisle del mundo exterior por medio de la ignorancia. Hombre conozco que se pasa la vida patullando en el charco de la política, y censura como el mayor delito ó escarnece como la mayor ridiculez el que una mujer se atreva á emitir opinión sobre un negocio público. Y en cuanto á conocimientos de otro orden, muchos opinan lo mismo que el papá de una amiga mía, que, habiéndole preguntado su hija si Rusia está al Norte, contestó muy enojado:

—Á las mujeres de bien no les hace falta saber eso.

Repito que la distancia social entre los dos sexos es hoy mayor que era en la España antigua, porque el hombre ha ganado derechos y franquicias que la mujer no comparte. Suponed á dos personas en un mismo punto; haced que la una avance y que la otra permanezca inmóvil: todo lo que avance la primera, se queda atrás la segunda. Cada nueva conquista del hombre en el terreno de las libertades políticas, ahonda el abismo moral que le separa de la mujer, y hace el papel de ésta más pasivo y enigmático. Libertad de enseñanza, libertad de cultos, derecho de reunión, sufragio, parlamentarismo, sirven para que media sociedad (la masculina) gane fuerzas y actividades á expensas de la otra media femenina. Hoy ninguna mujer de España—empezando por la que ocupa el trono—goza de verdadera influencia política; y en otras cuestiones no menos graves, el pensamiento femenil tiende á ajustarse fielmente á las ideas sugeridas por el viril, el único fuerte.

Á fin de demostrar la exactitud de este aserto, me bastará analizar un solo aspecto del alma femenina en España: el aspecto religioso.

Ya dejo dicho que en mi patria, lejos de aspirar el hombre á que la mujer sienta y piense como él, le place

que viva una vida psíquica y cerebral, no sólo inferior, sino enteramente diversa. La mujer española es creyente por instinto, no lo niego, pero ayuda mucho al desarrollo de ese instinto la ley, promulgada por los hombres, de que, sean ellos lo que gusten, —deistas, ateos, escépticos ó racionalistas,—sus hijas, hermanas, esposas y madres no pueden ser ni son más que acendradas católicas. Recuerdo que en una ciudad de provincia se organizó hace tiempo un *meeting* de librepensadores, arreglado y presidido por un profesor muy republicano, quien anunció en los diarios que podían asistir señoras. Como después del *meeting* le preguntasen por qué no había llevado á la suya, contestó lleno de horror : «¿Á mi esposa? Mi esposa no es librepensadora, gracias á Dios ».

No seré yo quien me queje de que persista el espíritu religioso en la mujer, y ojalá persistiese también en el hombre, que buena falta le hace ; sólo quiero poner patente la contradicción, el desequilibrio y el carácter un tanto humillante que tiene para la mujer esa consigna impuesta por el varón de no romper el freno de las creencias. Júzgase el varón un ser superior, autorizado para sacudir todo yugo, desacatar toda autoridad, y proceder con arreglo á la moral elástica que él mismo se forja ; pero llevado de la tendencia despótica y celosa propia de las razas africanas, como no es factible ponerle á la mujer un vigilante negro, de puñal en cinto, le pone un *custodio* augusto : ¡Dios!

Dios es, pues, para la española, el guardián que defiende la pureza del tálamo ; lo cual ofrece la ventaja de que, si el marido se distrae y solaza fuera, el guardián se convierte en consolador y en sano consejero, que, tomando el alma herida en sus manos amorosas, la curará con

bálsamo suave, apartándola del sendero de perdición.

Así se explica el que ningún español (salvando excepciones, que por lo escasas confirman la regla) quiera ver á las mujeres de su familia apartadas de la religión en que nacieron. Hombre hay que no se confiesa hace treinta años, y le parecería ofensivo oir que su mujer no había cumplido con el precepto en la pasada Cuaresma. Notemos que esta susceptibilidad crece si la refuerza el filial cariño. Ningún incrédulo deja de revelar cierta sensibilidad cuando evoca los días de su infancia, recordando las creencias que le inculcó su madre. No haber recibido de su madre enseñanza religiosa, se juzga casi tan humillante como no tener padre conocido: y decirle á un hombre que su madre carecía de principios religiosos, es ultrajarle poco menos que si la acusásemos de libertinaje.

De este dualismo en el criterio varonil nacen contrastes sumamente curiosos entre la vida privada y la pública de los personajes políticos españoles. Mientras exteriormente alardean de innovadores y hasta demoledores, en su hogar doméstico levantan altares á la tradición, y se asocian á las prácticas religiosas de la familia. Estanislao Figueras, presidente que fué de la República, rezaba diariamente el rosario con su mujer. En la mesa de Emilio Castelar, otro presidente, y además tribuno democrático, no se sirvió carne los días de vigilia, mientras vivió su hermana Concha. Con su don de embellecerlo todo, Castelar explicaba estos miramientos de una manera sumamente poética y linda. «Mi hermana—decía el célebre orador—representa para mí el hogar ya deshecho de nuestros padres, las gratas memorias de la infancia, y ese período juvenil en que con tanta fuerza se ama y se cree. Las prácticas católicas que mi hermana me impone, me calientan el corazón.»

Son hechos tan comunes y repetidos que nadie fija su atención en ellos, el que ínterin las mujeres oyen misa los maridos las esperen recostados en algún pilar del pórtico, y el que á los ejercicios espirituales, triduos, novenas y comuniones apenas asistan más que mujeres, algún sarcerdote ó algún carlista. De tal manera les han cedido los hombres el campo de la devoción, que los predicadores se han visto obligados á idear un subterfugio para conseguir algún auditorio masculino. Consiste en anunciar unas pláticas ó conferencias, que por versar sobre asuntos muy hondos de ciencia, moral ó filosofía, no pueden ser atendidas por mujeres. Lisonjeada así la vanidad varonil en su punto más cosquilloso, que es el exclusivismo intelectual, la iglesia se llena, y aunque regularmente las conferencias no rebasan de un límite vulgar, inferior á cualquier artículo de revista, con la golosina de ser «para hombres solos», consiguen éxito y público.

Me apresuro á añadir que al abandonar el terreno de la devoción á la mujer, no permite el hombre que en él se detenga hasta echar raíces. Le prohibe ser librepensadora, mas no le consiente arrobos y extremos místicos. Detrás de la devota exaltada ve el padre, hermano ó marido alzarse la negra sombra del director espiritual, un rival en autoridad, tanto más temible cuanto que suele reunir el prestigio de una conducta pura y venerable al de una instrucción superior casi siempre—al menos en cuestiones morales y teológicas—á la de los laicos. Así es que de todas las prácticas religiosas de la mujer, la que el hombre mira con más recelo es la confesión frecuente. Á veces ocasiona verdaderas guerras domésticas. Hay en España algunas ciudades (en Vizcaya y Andalucía), donde el influjo de los Jesuítas es tan grande, que las familias

se rigen por el consejo dado en el confesonario; y no sabré ponderar la impaciencia y enfado con que los hombres ven este influjo, ni las insinuaciones malévolas y hasta calumniosas con que disputan á los Jesuítas el dominio del alma femenil.

Y, sin embargo, los maridos, ó en general los que ejercen autoridad sobre la mujer, saben que el confesor no es para ellos un enemigo, sino más bien un aliado. No sucede casi nunca que el confesor aconseje á la mujer que proteste, luche y se emancipe, sino que se someta, doblegue y conforme. Sólo en raras ocasiones, cuando puede peligrar la fe, el confesor recordará á la penitente que ella no ha de perderse ni salvarse en compañía de su marido, y que el alma no se enajena al contraer nupcias. Á pesar de tanta cautela y moderación por parte de los confesores, afirmo que el hombre no ve con gusto la confesión frecuente ni la religiosidad entusiasta. Lo que desea para la mujer es una piedad tibia: un justo medio de piedad. Y la mujer ha tomado dócilmente ese camino: ni se exalta, ni se descarría.

EMILIA PARDO BAZÁN.

VERDADES POÉTICAS

Consideraciones sobre el libro de este título publicado por Melchor de Palau. Prólogo de D. José R. Carracido.

Esta obra está contenida, con prólogo y todo, en un cuadernito de 80 páginas, y sin embargo sugiere tantas reflexiones, aun al menos reflexivo, que para exponerlas con orden y reposo sería menester escribir un libro de cinco veces más lectura: de 400 páginas lo menos.

Por fortuna ó por desgracia, según el gusto de cada cual, no tiene tiempo quien esto escribe para exponer aquí dichas reflexiones con la debida amplitud. Se limitará, pues, á apuntarlas en cifra y apresuradamente.

Ya se entiende, desde luego, que en esta declaración, de que el cuaderno del Sr. Palau da mucho en que pensar, va implícito muy lisonjero encomio. Lo vulgar ó lo insignificante no estimula la mente de nadie, ni despierta jamás en ella pensamientos ni ideas.

Las composiciones en verso que contiene el cuaderno cuyo título va como epígrafe, son, pues, bellas, discretas é inspiradas, lo cual no es afirmar que sea verdad lo que afirman.

Y, con todo, hace ya doscientos años ó más, que dijo un crítico: *rien n'est beau que le vrai;* pero, antes de que lo dijese este crítico, lo habían dicho otros, y antes otros, si bien con diversa frase y en diversa lengua; por donde creemos fácil de probar que, desde que hubo poesía, todo crítico juicioso sostuvo lo mismo: la ecuación entre la verdad y la belleza: la absoluta imposibilidad de que sea bello lo falso.

El distingo que importa hacer á fin de salvar esta primera contradicción, es que la verdad del sabio es una, y la verdad del poeta es otra. Lo que importa para que el uno sea buen sabio y el otro buen poeta, es que ambos se muestren verídicos, pero cada cual á su modo. Entendidas las cosas de otra suerte, armaríamos un enredo que ni el mismo diablo sería capaz de desatar.

Aclaremos esto con un ejemplo. Consideremos las poesías de tres ilustres italianos: Manzoni, Carducci y Leopardi. Los dos primeros coinciden en creer que la humanidad progresa, que vamos de bien en mejor, y discrepan en que el primero entiende que toda la ventura presente y la mayor ventura de las venideras edades se deben á Cristo y á su doctrina, y en que entiende el otro que Cristo y su doctrina han traído mil males al linaje humano, cuyo progreso y bien consisten en que ya pocos hombres creen en Cristo, y en que con el andar del tiempo no creerá nadie. Acudamos después al tercer poeta, á Leopardi, y veremos que, lejos de poner en paz á sus dos colegas, ó de abarcar en una síntesis la oposición, contradice á ambos, y sostiene que ni Júpiter, ni Cristo, ni Mahoma, ni el creer en este dios ó el negar el otro, hacen la felicidad de los hombres; y que todos los inventos de la física, de la química y de la mecánica, y todos los descubrimientos de la ciencia, lejos de mitigar

nuestro infortunio y nuestra irremediable miseria, los acrecientan y emponzoñan.

Imaginemos ahora á un escéptico sereno, que lea á los tres poetas, y es posible que no dé la razón á ninguno de los tres. Acaso este escéptico niegue á Leopardi su desesperado pesimismo, y á Carducci y á Manzoni el optimismo risueño y progresista que los anima, y al primero no le conceda, y hasta le censure su furor anticristiano, y no convenga con el segundo en que la libertad, la fraternidad y la dicha, dado que existan en la tierra, se deben á la Iglesia católica.

Resultará de aquí que, para nuestro escéptico, ninguno de los tres poetas dirá ó cantará la verdad; pero como nuestro escéptico podrá ser sujeto de buen gusto, y apto para sentir y comprender la belleza, los tres poetas le parecerán divinos, y pondrá sobre su cabeza las obras de ellos en señal de veneración profunda y de singular entusiasmo.

Luego no vale, diremos entonces, la ya citada sentencia: *rien n'est beau que le vrai.* Aquí tenemos tres poetas bellísimos, y los tres se equivocan. Ahora es cuando encaja el distingo. Demos de barato que los tres yerran: pero la verdad de la poesía está en que el error es verdadero: en la sinceridad perfecta del error; en el ardor con que se acepta y en el brío con que se sostiene y se propala.

De aquí se sacan infinidad de consecuencias. La que más conviene á nuestro propósito es que debemos lamentar la divergencia, bien demostrada, entre la verdad poética y la verdad científica. Debiera darse la convergencia de ambas verdades. Si no convergen, hablemos con franqueza, es porque en muchos puntos, tal vez, ó sin tal vez, en los más interesantes, no hay verdad científica aún.

Acaso la haya dentro de ochenta siglos, si sigue la humanidad progresando. En el día, todos esos puntos oscuros, inexplorados, donde la ciencia no llega, los vemos porque nos los presenta la imaginación ó la fe, que son la potencia y la virtud del alma que se levantan hasta ellos con vuelo encumbrado. La ciencia se queda tamañita y muy por bajo, titubeando y dando tropezones.

Aunque sostengamos que la fe y la imaginación, que suben hasta donde la ciencia no sube, hallan y nos ofrecen, no la verdad, sino fantasmas vanos, el error ó la mentira, ¿cómo probar, si la ciencia no vale para el caso, que es mentira ó error lo que la imaginación ó la fe nos presentan como verdad? ¿Qué sabio marcó ya definitivamente los límites entre lo ideal y lo real, lo sobrenatural y lo natural, lo posible y lo imposible? ¿Es argumento contra la existencia de los ángeles el que no los vea el astrónomo con su telescopio; ni se infiere que no haya ondinas, ni sílfides, ni salamandras, de que no las saque el químico del fondo de sus retortas, ni las vea ó las sienta escapar por la piquera de sus alambiques?

Goethe, gran sabio y gran poeta á la vez, dice que el hombre yerra mientras aspira, y aspira mientras vive. Si se suprime el error, queda la aspiración suprimida.

¿Para qué cansarnos en imaginar qué sería la poesía si tuviésemos perfecta ciencia? ¿Qué sabemos lo que sería entonces la poesía? Ni siquiera lo columbramos con vaguedad.

La condición presupuesta no se dará aunque persista, progrese indefinidamente, y cada día crezca, cunda y ahonde más el saber humano. Detrás de cada objeto, en el centro de cada ser finito y limitado que descubra, descubrirá también un nuevo infinito incógnito; y de cada

ley con que explique un misterio, surgirá multitud de misterios nuevos ó antes no concebidos.

Se aduce todo esto para demostrar el error de lo que el Sr. Palau sostiene; pero como su error estriba en verdad poética, los versos del Sr. Palau son bellos también. Nada de lo que voy á añadir va contra el Sr. Palau como poeta.

La oda-prólogo, que explica y resume el pensamiento capital del librito, es verdad y sinceridad purísimas, porque expresa bien un modo de sentir que atormenta en el día á no pocas almas humanas. Nadie ha expresado con más brío y elegancia que Leopardi este modo de sentir que el Sr. Palau pone en la misma poesía personificada, excitándola al suicidio.

La ciencia ha averiguado ya tantas cosas, ha invadido tantas regiones, no exploradas antes, y ha explicado tantos fenómenos, que nada le ha dejado á la imaginación y á la fe por donde vuelen, se explayen y creen.

Pasó la edad de la fantasía; pasó la edad de la fe; vivimos en la edad de la razón. Adiós mitologías, religiones, metafísicas, milagros, magias, teurgias, querubines, demonios, duendes, etc. La Poesía, despojada de toda esta riqueza, que era suya, y que tan cara y respetada la hacía á los hombres, no recibe de ellos sino desdén y sofiones, y, no pudiéndolos sufrir, decide matarse.

Indudablemente, la Poesía del Sr. Palau se deja arrebatar de su mal humor, y delira. Habrá acaso algunos naturalistas, ingenieros ó geólogos, que sueñen con que lo saben todo y desprecien la Poesía; pero la mayoría de los mortales, aun concediendo que ha crecido en extremo el número de las cosas sabidas, reconoce que, en proporción, se ha aumentado el catálogo de los misterios, de lo inexplorado y arcano y de los enigmas sin solución.

Isis sigue con su velo, sin que ni Mad. Blawaski, ni ningún sabio inglés ni alemán, por audaz é insolente que sea, se le levante; la esfinge, inmóvil en la puerta de la vida, persevera en obstinado silencio sobre nuestro origen y nuestro fin; y las más de las preguntas, que se hicieron, hará treinta ó cuarenta siglos, en el libro de Job, continúan sin contestación, á no ser que se conteste á ellas como el personaje de Molière contesta á la que dice: *¿Quare opium facit dormire?—Quia est in eo virtus dormitiva.*

Lo descubierto y lo inventado por la ciencia experimental tiene, sin embargo, mucho valer, y es digno de que la Poesía lo celebre; pero no es este el principal asunto de la Poesía, sino uno de los menores.

La ciencia no es de ahora, sino de hace miles de años: y tan ciencia de verdad era la ciencia del tiempo de Aristóteles para los científicos contemporáneos suyos, como la ciencia de hoy para los científicos que viven sincrónicamente con el Sr. Palau. Aristóteles decía que Homero era poeta y Empédocles no, sino físico: que entre ellos lo único que había de común era el metro. En el día no queda derogada esta ley de Aristóteles, y la sentencia que da contra Empédocles puede valer y renovarse.

El Sr. Palau reconoce su justicia. Para sustraerse á tal sentencia, asegura en una nota que él no es didáctico, que no enseña: que, lejos de enseñar, su poesía presupone el completo conocimiento del asunto de que trata.

Estamos conformes. Nunca nos pasó por la cabeza que el Sr. Palau quisiese enseñarnos geología, astronomía ó química en sus odas. Lo que quiere hacer, y lo que hace, es celebrar sus triunfos, los adelantamientos de estas ciencias. Y en esto puede, sin duda, lucir su ingenio un poeta.

En lo que no convenimos es en la novedad de tal género de composiciones. Pues qué, ¿Monti no cantó á Montgolfier? ¿Quintana no celebró la invención de la imprenta? ¿Qué artefacto, qué máquina, qué navegación ha carecido de poeta que los ensalce?

No se sigue de aquí que la consagración de la Poesía á las ciencias físicas y químicas haya de rayar en exclusivismo; ni que la Poesía haya de desechar por eso los *mythos;* ni que se haya de abstener de *prefigurar* la Naturaleza á su antojo, ya que, hasta hoy, bien á su antojo se la prefiguran los sabios, sin saber mejor que los poetas lo que es en realidad la Naturaleza.

Decimos esto con motivo del Prólogo que pone el Sr. Carracido al librito del Sr. Palau. No podemos conceder que sea justo ordenar lo siguiente: «Sepúltense en las capas formadas por el sedimento histórico los fósiles de la poética clásica, y no disputen el derecho á la vida de los nuevos organismos que por ley de evolución responden con sus formas y tendencias al medio generador en que han de nutrirse y desarrollarse, para no quedar rezagados en el cumplimiento de su misión, conforme al lugar que ocupen en el proceso evolutivo».

La poética clásica, esto es, las reglas y leyes de la poesía buena, ni es fósil, ni impide á nadie que cumpla su misión, ni que se nutra, ni que se desarrolle, ni que tenga todos los procesos involutivos y evolutivos que le cuadren.

Si no sucede á nuestra edad otra de perverso gusto y de barbarie completa, no habrá sedimento histórico bajo el cual se sepulten esas reglas y los modelos inmortales. Un Virgilio de ahora haría unas *Geórgicas* en que los descubrimientos químicos entrarían por mucho; y un Fracastoro del día hablaría de aquella pícara enferme-

dad y de sus remedios con mejor noticia de todo, porque había visto los microbios y sabe Dios cuántas cosas más; pero estos poemas, en cuanto fuesen tales poemas, no serían mejores ni tan buenos como los antiguos, si prescindían de las *minucias de sintaxis y detalles prosódicos* y de otros *trabajos rastreros,* por cuya virtud salen los versos bruñidos, cincelados, esculpidos en bronce, con la perenne, rítmica y divina nitidez de la forma. El que no quiera sujetarse á esos *trabajos rastreros,* ¿no es mejor que escriba en prosa desatada y corriente? Verdad es que hasta en prosa pone el buen escritor cierto artificio, por donde, llevando al extremo la doctrina, vendríamos á parar en que un sabio profundo ni en verso ni en prosa habría de escribir.

Escriba en verso, no obstante, el Sr. Palau, pero no siga los malos consejos que irreflexivamente, y harto deslumbrado por las ciencias que con éxito brillante cultiva, le da sobre literatura el Sr. Carracido.

Considere, pongamos por caso, á Terencio Mamiani, que escribió también un extento poema sobre Geología. ¿Deja dicho poema de estar lleno de reminiscencias clásicas, de *mythos* y de primor artístico? Lo geólogo, lo filósofo y lo científico que era Mamiani, ¿fué obstáculo para que compusiese cantos épicos (como los de Homero á los dioses) á San Rafael, á San Telmo y á Santa Rosalía? No hay tal *ésto matará aquello.* Ni el telescopio, ni el microscopio, ni el radiómetro han venido á destruir lo que la fantasía produce y lo que la fe sustenta. Coexisten y caben con holgura en la pasmosa capacidad de la mente humana el protoplasma y el demiurgo, el telégrafo y los ángeles, los microbios y los silfos, los gnomos y los duendes, y todos los lagartos alígeros y demás bicharracos descomunales de las edades primitivas.

La ciencia no ha venido á achicarlo todo, como pretende y deplora Leopardi, sino á hacer más ingente, más hermoso, más rico y más vario el panorama del espíritu; el espectáculo de cuanto es y de cuanto puede ser, espectáculo que se retrata en el alma del poeta, como en espejo cuya virtud lo magnifica todo, y, si cabe, le presta mayor hermosura, porque debe fijar lo transitorio, dotar de persistencia lo caduco, y hacer inmarcesible, indeleble y perpetuamente luminoso lo que en la naturaleza se marchita, se borra y se apaga.

Y nada de esto se consigue sin los trabajos que califica de rastreros el Sr. Carracido, y sin muchas minucias de sintaxis y de prosodia. Los versos salen malísimos cuando se prescinde de tales minucias. Si prescindiese de ellas el Sr. Palau, no le elogiaríamos como le elogiamos.

JUAN VALERA.

EL MODERNO ANTICRISTO

(ERNESTO RENÁN)

II.

EL ORDEN SOBRENATURAL.

El crepúsculo hace aptos los ojos para ver la claridad del día: ya blanquea el cenit del Oriente; sobre las alturas brillan los cielos con inusitado esplendor; la aurora se levanta, y el sol no tardará en aparecer....» Así profetizaba á orillas del Rhin hace cuarenta años un filósofo-poeta, esperanzado con la aparición radiante del nuevo sol filosófico. Porque, verdaderamente, á principios de este siglo la filosofía sufrió lo que se llama parálisis; indecisa, irresuelta, inerte para todo, remedaba la agonía de un ebrio moribundo. Los pensadores tenían las fuerzas enervadas, resultado sin duda de la agitación espantosa que sufrió en la pasada centuria el organismo social. Pero los gérmenes de los enciclopedistas *memorables* no se atrofiaron: se esperaba un sol nuevo que con sus rayos amorosos les fecundara é hiciese brotar lozanos y robustos. Y ese sol apareció á

la postre, lanzando los rayos de su cabellera desde las cátedras universitarias de Jena y de París. Los nervios estudiantiles, sacudiendo el marasmo cosmopolita, se agitaron como las cuerdas de un arpa, y entonaron himnos como éste: «Hay un Dios...., pero no como el de las Iglesias, que juzga las acciones.... Ese Dios es la piedra y la nube, el perfume y la brisa; la flor que se abre, el sol que la fecunda y la abeja que vuela. Dios, Acaso, Naturaleza, indiferente para todo...., no le ofendéis. ¡Haced lo que os plazca!» Ese himno panteista vibró en la conciencia de muchos escritores y de algunas escritoras, —v. gr., Aurora Dupin ó *Jorge Sand*, — arrancando otros himnos pertenecientes al mismo género, aunque de forma distinta; es decir, que el panteismo real, arga masa inconcebible, se confundió con el panteismo ideal, mezcolanza más ridícula, que hoy se evapora en el laboratorio de Wundt. Desde el año 30 á la fecha, el sol del panteismo fué la aurora del sol racionalista, cuyos progresos han sido tan rápidos, que no hay escritor baladí en ciertas aulas que no aborrezca la idea antigua de Dios y lo que la es consiguiente: el orden sobrenatural.

No obstante, hasta hace unos cuantos años, todavía resonaba el grito de los filósofos alemanes, á quienes Büchner *(Ciencia y Naturaleza)* llama *cacharreros*. Michelet, Vacherot, Taine, Schérer y Sainte-Beuve, defendían—Taine lo defiende aún—que Dios es la *Idea* desarrollándose en el mundo. Y sin salir de nuestra España, hemos oído alternativamente, ya á D. Nicolás Salmerón y á D. Antonio López Muñoz, ya á D. Francisco de Paula Canalejas ó á José Barnés, ó á Eusebio Chamorro, que Dios es ó «la conciencia humana y la ley moral que late en el fondo de cada ser y se manifiesta en las palpitaciones (!!) de la historia», ó «lo absoluto en la intimidad de

los espíritus que son y serán», ó «la Humanidad-Dios, padre de todos los hombres, siglos y pueblos». Y hoy mismo en Francia, Mr. Camilo (Flammarion), después de refutar con argumentos incontrastables el Dios-Materia, termina propinándonos un «Dios-Fuerza», ideal, universal é íntimo, hecho á imagen del hombre, pensamiento inmanente que reside invisible en el fondo de cada *átomo empapado de Dios. (Dios y Naturaleza.)*

Y aquí llega Renán. ¿Cómo, sin abrazarse con esas teorías, podía *demostrar* en sus obras novelescas que Jesús no es Dios, y el orden sobrenatural no existe? ¿Cómo, sin esa máquina de guerra, podía combatir la fe en lo suprasensible, la divinidad del Cristianismo, y dar explicación á las elevaciones grandiosas del Mártir del Calvario? Así es que pronto se adivina la estrategia del *crítico-novelador.* «....Por mi parte, dice Ernesto, juzgo que en el Universo no hay inteligencia superior á la humana. La fe absoluta es incompatible con la Ciencia : sin la fe, existe el amor. De admitir alguna fe, ha de ser la *fe ideal.* Los Evangelios son *leyendas, porque abundan en sobrenatural y en milagros.* La materia eterna, el germen-latente de la vida y el *Dios-Impersonal,* es lo que nos queda. Un nombre propio en Dios es la negación de la divina Esencia. El exclusivismo de Israel y de la Iglesia católica es horrible. El Catolicismo rompió las cadenas ortodoxas por causa de sus santos. Dios está en todos : llamarle *suyo,* es blasfemia satánica, confiscación sacrílega. El progreso de Israel y del Catolicismo consistirá en dejar al Ihavé-Dios particular, y quedarse con *la existencia abstracta de Elohim-Dios universal....*»

¡Gracias á Dios que nos hemos entendido! Un Dios-Impersonal, fe ideal, inteligencia Soberana...., racionalismo escueto. Bérand y Renoudier, discípulos de Renán,

participan de esa opinión. La escuela crítica-histórica admite, á pesar de todo, el tránsito de la animalidad á la racionalidad y la herencia darwiniana. Con esos preliminares se explica muy bien lo que fué Jesús. Hegel le presentó saliendo de la *Idea* nebulosa para encarnarse en el mundo; Arnoldo Ruge y Daumer, como un símbolo de la lucha del estío y del invierno; Dupuis, como un *mito* del sol. Hay que convenir en que Vacherot y Renán han sido más cuerdos, presentando á Jesús como un hombre circunspecto y puro, héroe y mártir, sublime y *divino humanamente:* en lo cual está la razón decisiva de la influencia de Jesús en el mundo.

Dada la intuición del *Yo-Puro,* por un acto de *reflexión trascendental* y mediante la *sublime cópula,* como D. Nicolás diría, se realiza el ósculo inefable de Dios con la criatura; y al abrazarnos y comulgar con Él, nos abrazamos y comulgamos con todos los seres. Así cuentan que murió Sanz del Río. ¡Pero qué infeliz debe de ser ese Dios, cuando en ese abrazo y en ese beso permite á sus *místicos esposos* proferir tantas sandeces insulsas! ¡Cuánta palabrería para plagiar en estilo mistagógico el panteismo de Scoto Erígena, la íntima y natural unión de las almas con el Ser Inefable! ¡Oh Ciencia nueva, más vieja que Matusalén, que todo lo explica y todo lo confunde, trocando á nuestras almas en frascos de vitriolo ó en terrones de azúcar!....

Los católicos defienden que Dios está presente en el alma como causa conservadora, no como objeto de intuición; que el hombre puede unirse con Dios por vías sobrenaturales, extraordinarias, suprasensibles, siendo auroras de esa unión la esperanza, fe y caridad. Mr. Ernesto siente y ve á Dios en la *intimidad de su conciencia,* en la idea de su mente, en el fondo de su ser, como en las

palpitaciones de la historia. De donde resulta la negación del orden sobrenatural y de la Divinidad de Jesús. Desde Arrio hasta Denk y Socino, y desde Socino hasta los modernos filósofos, distinto ha sido el procedimiento é idéntico el resultado. Hegel alaba á la Religión cristiana porque realizó «la suspirada unión de Dios con el hombre». Verificado el *nefando contubernio* de Dios con el hombre, el orden sobrenatural es ridículo «pues le creamos y hacemos accesible á nuestros conocimientos». (Büchner, *(Ciencia y Naturaleza.)*

Al llegar aquí, deja Renán la exégesis á un lado para operar con el escalpelo racionalista. No se detiene ya para salir del laberinto, como Mr. Reville, ante los nombres de «Hijos de Dios» que se dan á los justos y á los ángeles; ni ante la santidad absoluta de Jesús, el perenne equilibrio de todas sus potencias, la estupenda é inseparable unión de su grandeza y mansedumbre, sin intermitencia alguna, en las ovaciones entusiastas y los sarcasmos horribles del pueblo de Israel: lo cual nadie niega á Jesús y le proclama altamente verdadero Hijo de Dios, por ser imposible en un *hombre puro*. No repara ya en la lista sin fin de los pasajes del antiguo y del nuevo Testamento en que Jesús es llamado Hijo propio de Dios; ni siquiera en que todos los Evangelistas desde el principio de *sus leyendas* y el *visionario de Damasco* le saludan con ese título sublime. Á los ojos del sabio francés, *Napoleón de las ideas,* pasó inadvertido aquel satánico interrogatorio en que el astuto Caifás y sus ministros perversos preguntan á Jesús: «¿Luego tú eres Hijo de Dios?», y el *Justo* les responde: «Vosotros lo decís: ¡lo soy!», levantando esta respuesta una explosión de cólera y haciendo rasgar las vestiduras del Gran Pontífice.... No: Renán no se detiene en esas bagatelas: bástale para

conseguir lo que se propone, recurrir al procedimiento estúpido que lleva siempre en sus escritos religiosos: al racionalismo, á la negación é invención.

«.... La preexistencia ideal de Jesús, dice Ernesto, es evidente. Jesús no pensó en hacerse pasar por una *encarnación de Dios,* pero se creía *algo más* que un hombre extraordinario. Jesús era hijo de Dios como todos los demás hombres : pues Dios está en el hombre y vive en él *como el pensamiento en la mente.* La fraseología de *sobrenatural* y *sobrehumano* no tenía sentido en la elevada conciencia de Jesús. Jesús, en este punto, no se parece á los de su raza. Muchas frases, v. gr., «te perdono tus pecados», han sido, quizá, *peut-être,* atribuidas al Maestro para servir de apoyo á la autoridad colectiva de los Apóstoles. El reino del cielo de que habla Jesús, es un cielo fantástico. No obstante, la voz de Dios resonaba en el corazón de Jesús con el timbre más puro ; por eso fundó el verdadero reino de Dios, el reino de los mansos y humildes. Y porque comunicaba con Dios en la conciencia, tuvo relación directa con Él y la idea más grande y el más elevado sentimiento de Dios entre los hombres : idea resultante de su íntima unión con la Divinidad. Pero esta unión y comunión no era real y verdadera, pues está desmentida por las ciencias físicas y fisiológicas—¿en qué capítulo?—sino ideal y humana. Dios se había revelado antes de Jesús y se revelará después en las manifestaciones *ocultas* de la conciencia. Á esta revelación íntima y particular en la de Jesús, se deben todas las acciones maravillosas que en Jesús admiramos y su poderío en la historia. Lo que se debe adorar en Jesús no es á Jesús-Dios, sino á la Humanidad-Dios. El amor hacia Jesús fué creciendo como la luz de la mañana en el pueblo de Israel, y ese amor justísimo

se ha agigantado en el correr de las edades y le ha conferido el título de Hijo de Dios.»

. . . . . .

.... Ahora se comprende el artificio de Renán ; el por qué maldice con rabia satánica al autor del cuarto Evangelio, tan justamente ensalzado por Reus, maestro de Renán ; porque el águila de Patmos, remontándose á las alturas inaccesibles de la Esencia de Dios, nos trazó una metafísica sublime, desconocida hasta entonces ; la metafísica eterna de la Divinidad de Jesús y autoridad y Divinidad de su Iglesia : metafísica que no pueden comprender los filósofos que llevan telarañas por pupilas. En ese terreno, el *sabio* por antonomasia es invulnerable ; á Renán no se le puede combatir, á no ser con las razones *poderosas* con que á los escépticos se fustiga. Renán, ni admite profecías ni milagros. Ya sabemos cómo *explica* la propagación del Cristianismo y la sangre de los mártires. *Solución* tendrán también en el *bufet* del *orientalista* el fin de los perseguidores de la Iglesia católica ; la estabilidad de la misma á través de los siglos, en medio de las tormentas y combates y sangrientas batallas ; encima de las ruinas de los tronos que se han derrumbado y de las coronas que se han deshecho, de las dinastías que se han extinguido y de los cetros que se han roto.

¡Qué modo tan peregrino de combatir la Divinidad de Jesús! ¡Místicas sublimes-cópulas, manifestaciones oculto-masónicas, palpitaciones secretas, timbres puros, comuniones íntimas, conciencias *krausistas,* ciencias físicas, ciencias fisiológicas, ovaciones frenéticas, amores agigantados y seres teratológicos.... ¡Ni Castelar con su *Cosmos* y su *materia radiante!*

Para refutar debidamente todos esos dislates, era necesario hablar del ontologismo de Malebranche y Gio-

berti y de la escuela de Lovaina, del panteismo alemán, etc., etc., lo cual haría yo con fruición si aquí fuese oportuno. Pero para cerrar los labios á Ernesto y á cualquier libre pensador de su talla, son bastantes estas dos consideraciones: Renán quiere principalmente que Jesús sea Hijo de Dios, no porque comunicase Jesús con Dios en la *intimidad de la conciencia,* sino porque Jesús exigía sólo el amor, no la fe; y el título de *Hijo de Dios* se le confirieron las ovaciones del pueblo israelítico y el amor de las siguientes edades. Todo eso es una calumnia y una evasiva del que no sabe desatar la dificultad. Los Evangelios—ya que Renán los cita — repiten incesantemente aquel «*modicae fidei*». Luego Jesús no se contentaba con el amor. Jesús fué perseguido desde Belén hasta el Gólgota, y si algunas turbas le hicieron ovaciones, advierta Renán lo que Caminero contestaba á Réville: «¡las ovaciones se hacían al *Taumaturgo,* y los racionalistas no admiten los milagros!» Y si ese mismo título de «Hijo de Dios» fué la resultante, en las edades sucesivas, de los entusiasmos frenéticos de las turbas, es decir, de una ilusión, venga Renán y todos los libre pensadores y expliquen con razones satisfactorias cómo esa ilusión ha podido remover al mundo en sus cimientos, renovar todas las instituciones y hacer inexplicable la historia si esa ilusión no se tiene presente, según el mismo Renán confiesa. Pero las contradicciones vendrán después, y ellas dirán más de lo que yo podía decir. Así es que para no interrumpir las historietas de Ernesto, terminaré haciendo una observación.

Renán, que maldice todo lo que huele á sobrenatural y ultramundano, en la *Vida de Jesús* tiene para el alma de su querida y difunta hermana Enriqueta,—que le acompañó y murió en su viaje á Palestina,—la siguiente dedi-

catoria, apóstrofe inconcebible: «¡Tú que duermes en la tierra de Adonis, cerca de la Santa Byblos y de las aguas sagradas adonde iban á mezclar sus lágrimas las mujeres de los antiguos misterios!.... ¡Revélame, ¡oh buen genio!, á mí, á quien tanto amabas, esas verdades que dominan la muerte é impiden temerla y casi nos la hacen amar y desear!....» Al leer estas frases de un escritor que dibuja con el buril del ridículo los apodos farisaicos, un nombre también se me ocurre, pero no le quiero estampar; y juzgando piadosamente que Ernesto no cree que el alma de su hermana querida vague por esos mundos como la de Garibay, ó transformada en cuervo como la del rey Arthus, me contento con repetir: «¡Oh divina comedia!....»

III.

EL CULTO.

Como era de esperar, ante las magníficas descripciones de las prácticas religiosas del antiguo y del nuevo pueblo de Dios, Ernesto, que pretende historiar el origen y progresos del Cristianismo, no podía poner punto en boca. El ilustre racionalista, *en comunicación con Dios,* ensaya extinguir esa explosión de sentimientos y plegarias que suben á los cielos como el aroma de las flores. No conozco á ningún filósofo que haya negado el orden sobrenatural sin ser enemigo implacable de esas *sinagogas abiertas á los incircuncisos.* Y en verdad que si el hombre es Dios, todo el incienso traído de

la Arabia deberá quemarse después del postre en el altar de la mesa.

El culto católico es una de las piedras de escándalo para el racionalismo-positivista moderno. Pedro de Bruys y sus hijos los petrobrusianos, clamaban en el siglo XII que estaba prohibida la construcción de iglesias, y pedían á gritos se destruyesen las existentes, porque Dios lo mismo nos oye en el monte que en el valle, en la taberna que en el templo. Parece que esta frase, fortísimo Aquiles, la recogieron de los labios de aquel hereje todos los libre pensadores del día, que gustan más de solazarse entre las sábanas *matinales,* soñando en la orgía ó el banquete de la pasada noche, que de cumplir un deber común á todos los hombres. El *dios dormilón,* que sigue al dios de la bacanal, tiene más atractivos que el Dios verdadero, que grita: «¡Insensatos! ¿En dónde está el honor que me debéis?» «Hegel, dice Menéndez y Pelayo, al hablar del culto, tiene páginas de exquisita ternura.» Será la única excepción; porque yo confieso que en bastantes libros racionalistas y materialistas que leí, encontré repetida la sentencia antirracional de Pedro de Bruys. Hasta el astrónomo Mr. Camilo (Flammarión), que debió alcanzar con la potencia de su telescopio el concierto *inextinguible y admirable,* como dice Job, que elevan al Supremo Ser esos mundos *infinitos* que giran en los *infinitos espacios,* rechaza indignado las religiosas *supersticiones* de los *neos.* «¡Culto puro, religión absoluta y positiva, sin fecha, sin patria, sin libros ni dogmas, sin sacerdotes ni altares!», es el grito marcial de todos esos *científicos.* Tiene la palabra Ernesto:

«.... Dios, dice, es adorado con una buena acción. No se ha observado que se ocupe de los acontecimientos de la humanidad. La novísima Filosofía ha desvanecido, no

con la abstracción metafísica, sino con la experiencia cuotidiana, esas supercherías con que á Dios honraban las turbas. Es proclamación frenética la de los que dicen que el hombre no tiene más que un solo Dios y un solo Padre y un solo Maestro. El templo es la *materialización* del culto, y supone que Dios tiene necesidades más ó menos humanas. El del Rey pacífico é impuro, fué localización de la gloria divina: Salomón debía haber puesto en el frontón de su Iglesia lo que Voltaire puso en el de la suya: *Deo erexit Voltaire*.... Todo templo produce cismas; el de Jerusalén fué el primer acto para destruir las escorias supersticiosas del viejo Israel. Jesús, comunicando con Dios en su conciencia, y sólo por sentimiento, fué enemigo, como Isaías, del culto externo y del sacerdocio hipócrita. Si el Cristianismo sedujo á las almas, fué porque no tenía forma exterior: una Religión así es maravillosamente apta para que todos la abracen. Jesús en este sentido fué el revolucionario trascendental que ensaya regenerar el mundo en sus bases mismas: aborrecía las obras del Arte, y por eso rechaza y condena el templo. Fué más allá que Moisés, que Judas Gaulonita y Matías Margatoth, fundando la religión absoluta. Hacía poco caso del ayuno: no conocía prácticas externas; érale secundario el bautismo. El día en que Jesús pronunció la frase: «Adorar á Dios en espíritu y en verdad», fué verdadero Hijo de Dios; sobre esas palabras descansa el edificio de la Religión eterna; con ellas fundó el *culto puro, sin fecha* y *sin patria*, la Religión de la humanidad, la Religión absoluta, que será perenne hasta el fin de los siglos.... »—Aquí Renán suelta la sin hueso contra el sacerdocio y culto católicos.

No es fácil ni conveniente dar contestación cumplida á ese conjunto de contradicciones y blasfemias. Asegurar

en tono olímpico que Jesús condena el templo y ama el culto puro; que no conocía prácticas externas y consideraba como cosa secundaria el bautismo; que la *nueva filosofía ha desvanecido las supersticiones religiosas, y, á pesar de todo, el templo de Jerusalén—¡que produjo cismas!—las ahogó,* etc., etc., todo eso me parece el único medio de *hacer historia* y decir lo que venga bien. ¡Cálmese Renán! El culto católico no desaparecerá de la tierra aunque rujan los vientos huracanados de la metafísica positiva. ¡Hay luces inextinguibles! Jesús se bautizó; Jesús lavó los pies á sus Apóstoles; Jesús dijo: *Id y predicad.... bautizando,* etc., *el que no fuere bautizado,* etc.; Jesús instituyó los Sacramentos de la gracia, y, por último, para no ser interminable, Jesús en el templo enseñó á los doctores; en el templo oró y del templo arrojó indignado á los profanadores del templo: ¡cuánto le amaría! Ni Lutero, ni Calvino, ni Ostorodio y los Socinianos; ni Melancton, Antonio de Dominis, Kemnicio ó Dallæo se atrevieron á proferir afirmaciones semejantes. Y es porque Renán es partidario de Pedro de Bruys, que condena todo culto externo, mientras que Melancton ú Ostorodio le falsificaban. Es porque en el siglo XVI la soberanía de la razón era *templada,* ó quizá *representativa,* y en el siglo XIX es absoluta; tan absoluta como la del Czar en su solio, ó la del Emperador en la Cochinchina. Aquellos herejes verían quizá la necesidad del culto externo, no en las divinas indigencias, sino en los beneficios innumerables que á la continua recibimos de Dios; en nuestras facultades vegetativas, sensitivas é intelectuales, en todo lo que hay de bueno en nosotros, en la vida y en el ser, en el cuerpo y en el alma; lo cual exige nuestra gratitud y reconocimiento sin límites para con Dios. Verían quizá, filósofos zafios, que si á Dios se

lo debemos todo, ese reconocimiento y esa gratitud es una obligación imperiosa de la naturaleza racional, no sólo para el alma, sino para el cuerpo; porque así como el aroma se pierde si el cáliz se divide y el líquido se derrama si el vaso se rompe, el amor que es uno, como es inmortal, debe tender con todas sus fuerzas, como el fuego, hacia arriba, no concentrándose en los objetos de la tierra contra las leyes de la mecánica psíquica; porque entonces no amaríamos á Dios, pues no le amaríamos de veras. Verían también que esa obligación, principalmente del alma, no se puede realizar sin el auxilio de los motores del cuerpo; que el entusiasmo interior se extingue y muere sin las vibraciones y armonías de los objetos sensibles. Así se ve que los indiferentistas, esos fariseos del siglo que debieran llamarse, según la fraseología de Renán, *los ¿y qué!*, sólo tienen un templo, pero es para.... ¡el Buey Gordo! Finalmente: vislumbraban acaso los filósofos aquellos la necesidad del culto público en la natural *sociabilidad* de los hombres; y como la sociedad es obra de las manos de Dios, debe manifestársele la sociedad *en masa.*

No sé cómo Arhens, Thibergien y Renán, con su culto *únicamente interno é invisible,* se colocan enfrente del sentido común de todas las razas, de todos los siglos y lugares. «Recorred, decía Plutarco, la extensión de la tierra : podréis hallar ciudades sin muros, sin reyes, sin casas, riquezas ó monedas, sin gimnasios ó teatros. Pero una ciudad sin templos y sin plegarias, en la cual no tenga significación el oráculo y el juramento, y no se ofrezcan sacrificios para conseguir bienes ó expiar crímenes...., ¡imposible!» Ahí están, dice otro escritor, Amasis entre los egipcios, Zoroastro entre los persas, Radamanto y Mino entre los cretenses, Triptolemo entre

los habitantes de Atenas, Pitágoras entre los crotoniatas, Zaleuco entre los locrenses, Licurgo entre los lacedemonios, Rómulo y Numa entre los romanos....

Ahora preguntará Renán: ¿Será infatuación de espíritus enclenques y mujerzuelas?—Es patrimonio de todas las razas y de esos espíritus fuertes *que rezan á solas cuando ruge la tempestad.*—¿Será creación del miedo? —El miedo no crea el culto: le supone.—¿Será invención del *sacerdocio hipócrita,* de los legisladores y príncipes? —¡Ah! Entonces, ¿por qué pacto, en virtud de qué convenio se hicieron todos participantes de esa idea soberana y universal? Porque para llevar tan rápidamente esas noticias, no existían aún cables, telégrafos ó locomotoras. Esto necesita explicación, y Ernesto no la da, ni la dará nunca. Yo prefiero creer que el sentimiento ese del culto externo es una verdad encarnada en todos los pechos humanos, como lo atestiguan todas las razas, desde la Religión índica hasta el *babismo;* y por ende, verdad infalible, de sentido común. Tienda la mirada Renán hacia aquella institución *memorable* del 89. Los revolucionarios negaban la adoración al Corazón Sacratísimo de Jesús, océano de delicias inefables. En cambio, adoraban en relicario precioso el corazón sanguinario de Marat, pudridero de todas las inmundicias y de todos los crímenes que revolvió con la punta de su cuchillo la famosa Carlota.

¿Y tiene valor Renán para maldecir el culto católico? Si el culto es necesario y urgente, yo no veo que pueda compararse al del Catolicismo el de todas las demás religiones. No hay para qué hablar de las prácticas sanguinarias, ridículas y grotescas de los prosélitos de Confucio, Budha ó Mahoma: sangre á torrentes piden á gritos esos remedos de Moloch. Recorred las iglesias protes-

tantes : el Ángel de la belleza artística parece que ha quemado sus alas : son—por no darles otro nombre más duro—salones de anatomía descriptiva ó de clínica casera, en los que el estuche del médico y la retorta del químico están reemplazados por una mesa de pino y un libro grasiento. ¡Urnas mortuorias de todo sentimiento elevado! Acudid de noche á una sesión espiritista, y os parecerá un conciliábulo de Satanás, en que los filtros y duendes os ponen los pelos de punta. *¡Pandaemonium* horrendo, en que el gemido se trueca en blasfemia! Acudid á las comparsas masónicas, el tercer día de *luna nueva,* las fiestas de las Kalendas de Octubre, el 27 de Diciembre ó el día con que cada tres años celebran las honras fúnebres en memoria de los *hermanitos albañiles difuntos.* ¡Qué espectáculo tan triste! Parecen algo semejante á esas comparsas de las turbas alborotadas, en esos períodos de anarquía, cuando Dios permite que un enjambre de hienas beba con frenesí la sangre y la esencia de todos los consuelos y latidos generosos. ¡Es la risa satánica de Danton en la guillotina!

En cambio, sed espectadores de la fiesta católica por excelencia el día del *Corpus.* Mirad la gran Basílica, nave que flota en las borrascas de la vida y tabla de salvación en el naufragio; el suspiro y la plegaria de las almas á lo infinito, simbolizados en las agujas de los capiteles; los santos y los ángeles que llaman al pecador con sus brazos y sus ojos; las campanas, lenguas de los cielos, que convocan á la multitud; el sol que quiebra sus rayos por entre las vidrieras de colores; las mil luces que arden en los altares; el raudal de armonías que se eleva entre las ondas del incienso.... Fuera de la Basílica.... contemplad las colgaduras en los balcones; las flores de primavera que tapizan las plazas y embalsaman la

atmósfera, y entre la multitud.... las doncellas pudorosas junto al ejército aguerrido. ¡Ya sale de su santuario, en carro de oro y pedrería, el Príncipe de los Príncipes!, y entre las armonías de la música y de las campanas y el aroma del incienso y de las flores, el ejército rinde á los pies de su Dios el cañón y el fusil. ¡Una explosión de lágrimas de júbilo, de suspiros y plegarias surge del corazón de la arrodillada multitud! ¡Día de triunfo y de regocijo! Aquí la doncella que gime y el pecador que llora, el huérfano desvalido y la viuda desamparada, la virtud perseguida y el vicio purificado, la miseria despreciada y la endeblez escarnecida.... ¡todo tiene una voz amorosa que le responde, una fuente deleitable que le consuela, un bálsamo para curar toda herida y toda aflicción!....

Y lo mismo que esa festividad son otras festividades católicas. Yo no puedo leer, sin que el llanto se agolpe á mis ojos, la última Misa Pontifical del *Santo vivo,* del gran Pío IX, descrita por Alarcón en su obra *De Madrid á Nápoles*. Es necesario tener un corazón de corcho, y el alma fría como un carámbano, para no sentir esas elevaciones espontáneas y vibraciones sublimes que Dios suscita en los pechos humanos. Y consiste todo eso en que el Dios á quien los católicos adoran no es el Dios de queso ó mantequillas como el de las sectas disidentes; no es el Dios vacío y enjuto del racionalismo; no es el Dios cornudo de los espiritistas, ni el Dios dormilón de los *¿y qué?,* ni el Dios albañil de los masones, sino aquel Jehová, océano inmenso de vida, belleza y amor, adonde confluyen y desde donde parten las oleadas eternas; círculo de todo suspiro, imán de todo deseo, iris de toda esperanza, fuente de toda gota, éxtasis y centro, alfa y omega de lo que es, ha sido y será. Á pesar de tener la inteligencia pervertida y el corazón corrompido, Rous

seau y Diderot no faltaban á la fiesta católica del Corpus. De donde el lector podrá deducir el estado patológico del alma de Renán.

Y ya que Ernesto se fija en esa frase que De Maistre llamaba bagatela de los impíos, *adorar á Dios en espíritu y en verdad,* debo responder que la Iglesia católica, como su fundador Jesús, al pronunciar esa frase, la dieron la única, verdadera significación siguiente: «Manifestar al Creador de los tiempos nuestra gratitud con todas nuestras fuerzas, alma y corazón, vida y ser, todo entero». Lo demás es mentira.

Y si es notorio que el universo es templo de Dios y el corazón humano el altar, como cantan los poetas, evidente es también que para que los miembros de la familia humana, bajo una autoridad é idéntico fin, salden sus cuentas con Dios, cumplan el deber rigurosísimo de darle culto público—pues públicas son las relaciones sociales,—para que oigan las doctrinas salvadoras del cuerpo y del alma, del trono y del pueblo, del tiempo y de la eternidad, necesitan un templo y un sacerdote: el templo y el sacerdote del Catolicismo. Sin esos dos broqueles,—¡convénzanse los libre pensadores!—ninguno puede ser *salvo.* Jesús no condenó el culto, porque sabía que la plegaria ó la súplica se extinguirá dentro del pecho cuando el dolor—¡abolengo bien triste!—se arranque de raíz de los humanos corazones ó pueda siempre ahogarse en la garganta sin prorrumpir en lastimeros gritos.

Fr. Zacarías Martínez,
Agustiniano.

CARTAS AL SEÑOR DON JUAN VALERA

SOBRE ASUNTOS AMERICANOS.

II.

Sr. D. Juan Valera.

Madrid.

Muy respetado señor mío: El segundo punto sobre que tengo que contestar á V. es el relativo á la conducta de los conquistadores.

Dice V. que ninguna raza indígena ha perecido, y que en algunos lugares son acaso ahora más numerosas que cuando la Conquista.

El movimiento demográfico de los indios después de la emancipación política del Continente hispano-americano; su guarismo actual, que no se puede fijar con precisión por la imposibilidad de levantar la estadística, y, en fin, el porvenir de las razas indígenas, no son factores de necesaria intervención en el examen de la política colonial de ahora tres ó cuatro siglos. Hasta es probable que dichas razas se extingan, no por la violencia, sino sumergidas en las marejadas de la inmigración europea que ya ha empezado á cubrir nuestros desiertos. Un ca-

ballero español, que ha residido muchos años en la República Argentina, el Sr. D. R. M. Cañaveras, escribía en 1881 á *La Ilustración Española y Americana:*

«El indio americano, salvaje ó civilizado, constituye todavía en la América del Sur la mayoría de la población; pero no aumenta, sino que va disminuyendo, siguiendo en esto la ley fatal de las razas inferiores cuando viven en contacto con otras más superiores con quienes, si se mezclan, resultan híbridos (1).»

El Sr. Cañaveras opina que la raza india está destinada á desaparecer, por su inferioridad psicológica, y yo creo lo mismo, pues lo observo en los Estados Unidos, donde el decrecimiento es notable, y no podemos atribuirlo exclusivamente al mal trato, que reconozco y condeno, con que ha sido ultrajada en aquella nación. En la Memoria presentada al Congreso americano el 4 de Diciembre último por el Secretario respectivo, dice éste que «ni se puede dar con toda exactitud el número actual de indios que existen en los Estados Unidos, ni tampoco determinar si la población india se aumenta ó se disminuye»; pero eso se refiere á los años de la última década, y no á tiempos anteriores, respecto de los cuales el decrecimiento es visible. La extinción será más tardía en países como Colombia, que no figuran aún en el itinerario de los inmigrantes, y que organizan, como está sucediendo aquí actualmente, misiones dignas del mayor encomio para civilizar esos pueblos rezagados; pero no creo posible que deje aquí mismo de cumplirse la ley de la lucha por la existencia, cuando Europa nos envíe los excedentes de su población trabajadora.

Mas estos tópicos de lo presente y lo futuro son oca-

(1) *Ilustración Española y Americana* de Madrid, tomo I de 1882, páginas 43 y 46.

sionados á confusión en un debate sobre lo pasado, al cual debo concretarme.

¿No ha perecido ninguna raza indígena?

Refiere Oviedo que cuando en 1514 llegó Pedrarias á Castilla de Oro (Darién), había más de dos millones de indios, y que un tercio de siglo después, ya todos habían sucumbido, pues el territorio estaba yermo y despoblado (1).

El obispo de Tierra Firme escribió en 1552:

«En Panamá, Nata Nombre de Dios y Acla de los indios que hay muchos, son de Perú, Nicaragua, Venezuela, Santa Marta. Acla está quasi despoblada por mal gobierno. En Panamá, salvo la isla de V. M. y otras dos ó tres en que habrá sesenta familias, no quedavan naturales. En nombre de Dios, de indios naturales habrá ocho ó diez, y la población que allí hizo Clavijo ya está deshecha y la dió por solar á un fraile. En Panamá, quitadas las islas, no había treinta que fuesen naturales. En las dos islas de Otoque y Taboga habría cuarenta piezas de indios extranjeros con los cuales han puesto otros extranjeros, que unos no se entienden á otros» (2).

D. José Antonio Saco, dice:

«Aún no corridos cuatro años de la dominación castellana en la isla Española, y ya en 1496 había perecido en ella la tercera parte de los indios (3).»

En Cuba no queda ya ni un solo individuo descendiente de su antigua y pacífica población, la que han calculado

(1) Oviedo: *Historia general de las Indias*, libro xxix, capítulos ix, x, xxv y xxxiv.

(2) Al Príncipe desde Panamá en 1552. *Fr. Paulus Episcopus Continentis.* (Colección de Muñoz.)

Véase, sobre despoblación del Perú, la nota á la pág. 298, parte ii, de las *Noticias secretas de América*, por D. J. Juan y D. A. de Ulloa.—Manuel Sanguily, *Revista Cubana*, ix, 486.

(3) José Antonio Saco: *Historia de la esclavitud de los indios en el Nuevo Mundo*, cap. iii.

algunos en un millón de habitantes, y otros, más acertadamente quizá, en doscientos mil; y la desaparición no ha sido debida á la famosa ley citada, pues la isla, teniendo capacidad para varios millones de habitantes, no cuenta sino con millón y medio, cuya mitad es de color. De los caribes en general, le dirá á V. un escritor español, el Sr. D. Juan Cervera Bachiller, que « quedan pocos restos ya (1)».

No quiero averiguar qué se han hecho otros pueblos; me limito á hablar de Cuba, porque la circunstancia de no haber dejado nunca de pertenecer á España, excluye toda divagación sobre la responsabilidad de los Gobiernos y las clases superiores de los países que conquistaron la independencia.

Es, además, bien sabido que la introducción de negros africanos tuvo por objeto remediar la falta de brazos causada por la merma de la población indígena. El mal á que se quiso poner remedio, y el remedio mismo, fueron dignos el uno del otro; fué cubrir un borrón con otro borrón, y yo le invito á V., Sr. Valera, á que considere estas cosas, no con espíritu de nacionalidad, sino como miembro de la especie humana, para que las pueda juzgar bien.

Dice V.:

« El guerrero español de la conquista sería cruel, codicioso, sin entrañas, todo lo malo que se quiera, con tal de que no se suponga, sin justicia alguna, que hubieran sido ó que fueron más suaves ó benignos los alemanes ó los ingleses; pero no fueron españoles los que imaginaron que eran los indios de una raza inferior. Los españoles creyeron siempre que los indios eran sus hermanos, extraviados y decaídos, á quienes convenía traer al buen camino y levantar de su abatimiento y miseria. »

(1) *Ilustración Española y Americana*, tomo II de 1883, pág. 251.

Pero, Sr. Valera, si los españoles eran crueles y sin entrañas, según V. mismo, y si consideraron á los indios como hermanos, ¿contra quiénes ejercieron su crueldad? Aquí no había entonces más población que la india: contra ella tuvo que ser.

En esta parte de mi trabajo es cuando más quisiera que tuviese la lengua castellana voces dulces con que expresar ideas y hechos que no lo son, y lo quisiera por consideración á V., á quien deseo no lastimar ni en lo más leve la epidermis delicada del patriotismo. Quisiera poseer esa habilidad suya para tratar gallardamente asuntos escabrosos, ese *superb treatment of a very hazardous theme,* que con tanta justicia elogió en V., á propósito de su *Pepita Jiménez,* una revista newyorkina (1). Quisiera, en fin, un verbo amable y melodioso como una modulación de la Nilsson, y que expresase sin bronquedad: cortar las manos á los indios; otro que significase: cazarlos con perros de presa; otro y otro: incendiarles sus poblados, abrumarlos de trabajo, herrarlos como á bueyes, aplicarles el tormento, tostarlos en hogueras para que revelasen dónde estaban escondidos sus tesoros, ahorcarlos, degollarlos.... (2).

Pero á falta de melodías imposibles, note V. que suprimo todo epíteto ajeno, y no escribo ninguno por mi cuenta. Refiero hechos, y no los califico; y no *supongo gratuitamente* esos hechos, sino que los tomo de histo-

(1) *Eclectic Magazine* de New York, Octubre de 1886, pág. 569.

(2) Carta del Obispo Miguel Jerónimo Ballesteros, de Venezuela, fechada en Coro el 20 de Octubre de 1550: colección de Muñoz, tomo LXXXV. — OVIEDO: *Historia General,* lib. XXIX, capítulos III y X.—Carta del licenciado Alonso de Zuarzo á M. de Chièvres, fechada en Santo Domingo el 22 de Enero de 1518.—Carta de Fr. Tomás de Angulo, obispo de Cartagena, al Emperador, fecha 7 de Mayo de 1535: Colección de Muñoz.— La autorización de herrar á los indios fué dada por Fernando el Católico, en Real cédula expedida en Tordesillas el 25 de Julio de 1511.

rias y documentos imparciales, y llevo mi empeño en no exagerar hasta el extremo de no apoyar ninguna censura en los escritos indignados del P. Las Casas.

Pedro Martín de Angleria, que desaprobó antes que el P. Las Casas el sistema colonial de España, encabezó con estas palabras la continuación de un trabajo interrumpido: «En todo el tiempo que ha pasado desde que suspendí mis *Décadas,* no se ha hecho otra cosa más que matar y recibir la muerte» *(trucidare ac trucidari).*

D. José Caicedo Rojas, una de las grandes reputaciones literarias de Colombia, y que ama con arrobamiento á España en su presente y en su pasado,—en su pasado más que en su presente,—publicó en el *Repertorio Colombiano* de esta ciudad un interesante estudio sobre *Fr. Domingo de las Casas*, del cual tomo los párrafos que voy á copiar. Como V. lo ve, el deponente es de la mayor excepción:

«Ya se deja comprender, pues, cuáles serían las instrucciones benévolas y caritativas dadas á los religiosos misioneros que venían á América, y cuáles las miras y sentimientos de la Santa Sede respecto de los desgraciados indígenas, á quienes desde el principio de la Conquista se les negaba aun el carácter de individuos de la raza humana, afirmando que no eran capaces de recibir ni comprender las verdades de la fe, ni eran aptos para la civilización, y, en consecuencia, no sólo se les miraba, sino que se les trataba como animales.

»El reverso de esta política humanitaria era la baja y vulgar ambición de la mayor parte de los conquistadores, hombres aparentemente religiosos, pero en realidad soldados descreídos y corrompidos, á quienes las costumbres y aventuras de la vida militar de aquellos tiempos, les habían encallecido el corazón y hecho insensibles á las desgracias ajenas. Y este es el segundo error en que se ha incurrido, atribuyendo generalmente á los tales un celo piadoso exagerado. No era la conversión de los fieles lo que á ellos les importaba; por el contrario, un motivo diametralmente opuesto al sentimiento religioso les hacía desear que los

indios no recibiesen la instrucción evangélica que podía civilizarlos y hacerlos menos abyectos. Su verdadero interés era que aquella raza, natural enemiga de los invasores, se fuese aniquilando.»

.....

«Fué tal el empeño que tomaron en propalar la especie de que los indios no eran hombres, y tales las proporciones á que se elevó la cuestión, que al fin llegó hasta la Corte y luego hasta Roma, y fué necesario que el Papa Paulo III reuniese una consulta de teólogos para oir las enérgicas reclamaciones que sobre el particular hacían el Obispo de Tlascala y los frailes Dominicanos misioneros, y en consecuencia expidiese una Bula.... (1)»

El Sr. Caicedo no cita sino muy pocas frases de la Bula, pero conviene reproducirla íntegra, y voy á hacerlo:

«Paulo, Papa Tercero, á todos los Fieles Christianos que las presentes Letras vieren, salud, y bendición Apostólica. La misma verdad, que ni puede engañar ni ser engañada, quando embiaban los Predicadores de su Fe, á exercitar este Oficio, sabemos que les dixo: Id, y enseñad á todas las Gentes. Á todas (dixo) indiferentemente, porque todas son capaces de recibir la enseñanza de nuestra Fe. Viendo esto y embidiando el común enemigo de el Linage Humano, que siempre se opone á las buenas obras, para que perezcan, inventó un modo, nunca antes oído, para estorvar, que la Palabra de Dios, no se predicase á las Gentes, ni ellas se salvasen. Para esto movió á algunos Ministros suios, que deseosos de satisfacer, á sus codicias, y deseos, presumen afirmar á cada paso, que los Indios de las partes Occidentales, y los de el Mediodía, y las demás Gentes, que en estos nuestros tiempos han llegado á nuestra noticia, han de ser tratados y reducidos á nuestro servicio, como Animales Brutos, á título de que son inhábiles para la Fe Católica, y so color, de que son incapaces de recibirla, los ponen en dura servidumbre, y los afligen, y apremian tanto, que aun la servidumbre en que tienen á sus Bestias, apenas es tan grande como la con que afligen á esta Gente. Nos-

(1) *Repertorio Colombiano*, II, páginas 6 y 7.

otros, pues, que aunque indignos, tenemos las beces de Dios en la tierra, y procuramos con todas fuerças hallar sus Obejas, que andan perdidas fuera de su Rebaño, para reducirlas á él, pues es este nuestro Oficio, conociendo que aquestos mismos Indios, como verdaderos Hombres, no solamente son capaces de la Fe de Christo, sino que acuden á ella, corriendo con grandísima promptitud, según nos consta, y queriendo proveer en estas cosas de remedio conveniente, con Autoridad Apostólica, por el tenor de las presentes, determinamos, y declaramos, que los dichos indios y todas las demás Gentes, que de aquí adelante vinieren á noticia de los Christianos, aunque estén fuera de la Fe de Christo, no están privados, ni deben serlo, de su libertad, ni de el dominio de sus bienes, y que no deben ser reducidos á servidumbre, declarando que los dichos Indios, y las demás Gentes, han de ser atraídos y combidados á la dicha Fe de Christo, con la Predicación de la Palabra Divina, y con el exemplo de la buena vida. Y todo lo que en contrario de esta determinación, se hiciere, sea en sí de ningún valor, ni firmeça, no obstantes qualesquier cosas en contrario, ni las dichas, ni otras en qualquier manera. Dada en Roma, Año de 1537, á los nueve de Junio, en el año tercero de nuestro Pontificado (1).»

***

Que la conquista no destruyó nada. ¿No vimos hace poco que los acueductos eran destruidos con la esperanza de encontrar tuberías de oro? ¿Y qué objeto tuvieron las lágrimas de Hernán Cortés cuando lloró amargamente la destrucción de nueve décimas partes de la antigua México, destrucción ordenada por él mismo como medida de guerra, así como por motivos religiosos derrocó y quemó los ídolos de Cempoale (2)? De la destrucción de México,

(1) TORQUEMADA.—*Monarquía Indiana*, tomo III, libro XVI, cap. XXV, página 198.
(2) D. José Morales Santisteban.

la hermosa Tenochtildan, reina del Anáhuac y asombro de los conquistadores, como la llama el ilustrado mexicano Sr. Dr. D. Demetrio Mejía, dice el erudito señor D. Alfredo Chavero:

«....Cada día hubo diez batallas, cien asaltos, innumerables incendios. Los castellanos, para conservar un palmo de terreno conquistado, necesitaban quemar y derribar casa por casa.... No se dejaba piedra sobre piedra; cuanto ocupaban castellanos y aliados era destruido y quedaba tornado yermo campo (1).»

El marqués de Nadaillac, en su reciente obra *L'Amérique préhistorique,* tan aplaudida por la prensa de ambos mundos, dice que los edificios de los Nahuas eran, según los historiadores, más importantes aún que los de los Mayas, pero que todos han perecido á impulsos de la cólera española, motivada por una resistencia inesperada, y también de orden de los sacerdotes. Tal fué la causa de

«esas destrucciones, irreparables para la ciencia. Las ruinas que qu edan no sirven sino para acrecer nuestro pesar». «Ningún monumento de México está en pie; nada hay ya que nos recuerde el poder de los Aztecas; pirámides, palacios, teocalis, todo ha desaparecido; las ruinas mismas están sepultadas bajo el polvo acumulado durante tres siglos, y se ignora hasta la situación de los edificios cuyo imponente esplendor encomiaron á porfía los escritores españoles.» «Tezcuco ha desaparecido como su antigua rival; las piedras, los bajo relieves, las esculturas, han servido para construir las casas de la nueva ciudad.... (2)»

Los templos, cuajados de oro y plata é incrustados de piedras preciosas, y las sepulturas, llenas de riquezas en relación con la categoría que habían tenido los difuntos,

(1) Discurso pronunciado el 21 de Agosto de 1887 en la solemne inauguración del monumento erigido en la calzada de la Reforma de México á Cuauhtemoc (Guatimozin) en el aniversario 366° de su tormento.

(2) Le marquis de Nadaillac: *L'Amérique préhistorique:* París, 1883: páginas 349, 357, 360, 386, 414.

eran otros tantos archivos de la antigüedad precolombiana, y fueron objetos especiales de persecución y devastación. Así desaparecieron el gran templo ó teocali en México, en donde estaba el calendario azteca elogiado por Laplace, y que no vino á ser encontrado (y eso no íntegro, según varios arqueólogos) sino años más tarde, cuando se hicieron excavaciones en la plaza de Armas de la ciudad para empedrar una calle; así desapareció el templo del Sol en el Cuzco, convertido luego en convento de Dominicanos (1), y se cuenta que habiéndole tocado al soldado Mancio Sierra de Leguizamo la colosal figura de oro del sol, la jugó y perdió en una noche, de donde se hizo proverbial en el Perú la frase: «juega el sol antes que salga»; así, en fin, pereció el templo de Suamoz ó Sogamoso en Colombia, y tantos otros que da lástima enumerar. Léase lo que refiere Quintana hablando de la ciudad del Cuzco:

«....Los templos se acabaron de desnudar de las planchas que los vestian, metiéronse á saco la fortaleza y los palacios, revolvióse de arriba abajo cuanto se encontró en las casas particulares. Pasó después el ansia á los sepulcros, y los huesos de los muertos tuvieron que salir al aire otra vez, y ceder á las manos avarientas las alhajas y preseas con que los habían enterrado.»

El ya citado secretario del Museo Arqueológico de Madrid, dice:

«Cuantos objetos encontraron con frecuencia los viajeros que posteriormente visitaron al Perú con Vasco Núñez de Balboa y Pizarro, los hallaron en los sepulcros, ricas minas de metales preciosos y de recuerdos históricos, llamados á consignar las verdaderas costumbres de sus primitivos dueños; de aquí dimana que muchos conquistadores, en su

(1) NADAILLAC, pág. 413.

sed de riquezas, profanasen en primer término estos sagrados recintos, y que de esta ambición se hiciesen también reos algunos de los mismos indios.... (1)»

Jamás he negado lo que la civilización de ambos mundos ha debido á la Iglesia; nunca tampoco he seguido la moda de la clerofobia, porque sé lo que es tratar de cerca á sacerdotes virtuosos hasta la santidad, y venerarlos todavía, aun después de haber olvidado muchas de sus enseñanzas; y por eso puedo reproducir con gusto las siguientes palabras de uno de los más notables escritores cubanos, D. José Antonio Saco, quien no será ciertamente calificado de parcial en favor de la clerecía:

«Dígase lo que se quiera de los frailes en España durante el siglo XVI, lo cierto es que, en medio del furor de la conquista del Nuevo Mundo, muchos de ellos fueran los más valientes y constantes defensores de la libertad de los indios (2).»

Pero reconocido esto; reconocido también que á varios sacerdotes, como á varios seglares, debemos las primeras fuentes de noticias, informes y tradiciones relativas al Nuevo Mundo, y más aún: que si en la conquista no hubiese habido más que conquistadores; si no hubiese habido también frailes Franciscanos, Dominicanos y otros misioneros, careceríamos de casi todos los conocimientos científicos, históricos y filológicos que poseemos acerca de los indios; reconocido todo esto, se me permitirá también decir que la ignorancia de parte del clero y su desdén altivo por la ciencia y la inteligencia de los indios, atizaron las hogueras en que ardieron poemas, libros, crónicas, pinturas raras, vasos sagrados y otras reliquias donde se contenía quizá toda la historia precolombiana,

(1) *Ilustración Española y Americana*, tomo I de 1883, pág. 31.
(2) SACO: *Historia de la esclavitud de los indios*, cap. III.

que ahora inquirimos desalados. El primer obispo y arzobispo de México, Zumárraga, figura como uno de los más señalados entre este nuevo género de iconoclastas; pero ha sido defendido por el Sr. García Icazbalceta. Aunque no conozco la obra del erudito mexicano, sé que el Sr. Bachiller y Morales, después de leerla y elogiarla, no quedó convencido (1). Ojalá que se pueda vindicar de todo en todo al Prelado que hizo introducir (con el virrey Mendoza) la primera imprenta que hubo en el Nuevo Mundo.

Otro obispo, D. Diego de Landa, escribía: «Se los quemamos todos (los libros), lo cual á maravilla sentían y les daba pena». ¡Bella hazaña! ¡Dejar á un mundo sin voz!

Por fortuna, no todos perecieron, como lo creía con fruición el celoso quemador mitrado; pero si el fruto de aquel alumbramiento de las pasadas edades americanas sobrevivió lisiado á la asfixia, no fué deseo de ahogarlo en la cuna lo que faltó. Algunos libros se han salvado, cuyo estudio hace más sensible la pérdida de los otros. El Dr. Daniel G. Brinton, de Filadelfia, logró adquirir por compra algunas obras mayas de Chilam-Balan, las cuales contienen «secretos astrológicos y profecías, consejos y recetas del arte de curar, y *la historia detallada del tiempo y los sucesos*»; y ya se ha visto el partido que ha sacado de ellas M. Charnay.

D. Manuel Orozco dice que han perecido más de sesenta idiomas en los límites de la República mexicana; muchos más han desaparecido en otras partes;—para que venga luego D. Nicolás Fort y Roldán, oficial primero de Administración militar del ejército de Cuba, á

(1) *Revista de Cuba*, XIII, 470.

marcar la senda que debe seguir la juventud estudiosa para indagar el pasado de América por medio del estudio de su idioma (1)!

La inteligencia de los jeroglíficos se ha perdido también, y recuérdese que el P. Las Casas asegura (2) que en su tiempo había hombres iniciados en la lectura y reproducción de esos signos. En comunicación fechada el 16 de Marzo de 1884 en San Sebastián, Concordia (Estado de Sinaloa), aseguró el señor presbítero D. Dámaso Sotomayor á la Academia de Numismática y Antigüedades de Filadelfia, que él había descubierto la clave azteca, con tanta solicitud buscada inútilmente por los sabios; y que estaba en arreglos con la casa editorial de Bancroft, de California, para publicar en cinco ó más idiomas una obra relativa á su hallazgo; pero después no hemos vuelto á oir hablar de este importantísimo asunto, y tememos que haya corrido la misma suerte que la ilusión del Ldo. Borunda. También se ha anunciado que M. Le Plongeon ha tenido la envidiable ventura de encontrar la clave; pero han pasado más de dos años desde que se dió la noticia, y á haberse ésta confirmado, no se habría rodeado del gran silencio que se ha hecho después en torno suyo. Los hombres de los siglos XV y XVI hubieran podido ahorrarnos estas pesquisas é incertidumbres.

De Fuentes y Guzmán dice:

«Nuestros venerables progenitores anduvieron en continuado movimiento sobre su reducción (de los indios) á nuestras leyes, y los eclesiásticos en la predicación y enseñanza no cuidaron de apuntar, recomendando á la perpetuidad de lo escrito, los movimientos y máximas

(1) D. Nicolás Fort y Roldán: *Cuba indígena.*
(2) Las Casas: *Historia apologética de las Indias Occidentales.*

políticas de aquellos ancianos y primitivos tiempos, distantes de nosotros para la mayor noticia y retentiva de las noticias, costando no poco trabajo y gasto de tiempo las que después de tantos caducos años se adquieren (1).»

Es del caso recordar aquí que á mediados del siglo XVIII, y con motivo del célebre proceso de Boturini, propuso el Consejo de Indias que se fundase en México una Academia de Historia para el estudio de la particular de Nueva España, y el Monarca se negó rotundamente, según consta en Real Acuerdo de 19 de Diciembre de 1746.

Favorecido por esa destrucción de idiomas y de monumentos, pudo Mr. Luis H. Morgan (1881) forjar la teoría de que todos los indios, sin excepción, vivían en las construcciones colosales cuyas ruinas nos quedan, y no en edificios particulares; teoría rectificada ya, pero que siempre sirvió para embrollar más el pasado americano, y no sirvió sino para eso.

***

V. no puede, Sr. Valera, negar las abominaciones de la conquista. Si lo pretendiera, depondrían en contra suya, además de la Historia, aquellas frases «cruel, codicioso, sin entrañas», aplicadas por V. mismo al guerrero vencedor. Veamos en cuántos puntos más, fuera de éste, podemos estar de acuerdo.

¿Dice V. que otras naciones llevan en su conciencia idéntica mancha? Convengo en ello; no sé de ninguna conquista que se haya efectuado al regalado son de la

(1) *Historia de Guatemala*, II, 111.

orquesta, ni con las maneras suaves de pisaverdes de salón. Todas las guerras son horrorosas, todas las armas mortíferas y todos los trofeos destilan sangre. Al lado de jefes generosos se descubren siempre subalternos sin alma y sin disciplina, corazones empedernidos, como el de aquel margrave de Gomer, fotografiado al comienzo de la vigorosa poesía *Confiteor,* en la que V. ha compendiado todo un poema de Coppée. En unos casos habrá más ferocidad que en otros, pero á nada conduce discutir sobre gradaciones; en hecho de verdad, todas las naciones conquistadoras son algo así como solidarias en la sevicia, y ninguna puede arrojar á otra la primera piedra, por más que en sabiduría de administración colonial, en educación política de los nuevos súbditos, y en preparación para la libertad y el gobierno propio, sí las haya que con satisfacción legítima puedan preciarse de algo parecido á una predestinación. Si nosotros, engrandecidos en un día futuro, descubriésemos tierras pobladas de salvajes, y las conquistásemos, quizá procederíamos también como los antepasados de V. y míos, pues hay en muchas de nuestras guerras civiles antecedentes que justifican ésta, que sí es *suposición.* Consuélese, pues, Sr. Valera, con esta fidelidad fatal á la vocación hereditaria; y cuando nos quiera imponer silencio, no niegue las iniquidades de los españoles ni se escude con las de los extranjeros, sino busque en los anales americanos, desde México hasta los aledaños del Polo Sur, nuestras propias atrocidades. ¿Quieren Vds. que les regalemos á Melgarejo, Santana y otros tiranuelos, especialmente á Rosas? Todos, pues, Vds. y nosotros, todos podemos introducir una ligera variante en el verso de Terencio: *Homo sum: inhumani a me nihil alienum puto.*

Nos parecemos hasta en las desolaciones. Hace poco más de dos años leí en un periódico que en un lugar de Guatemala se esforzaban en hacer desaparecer varios monumentos antiguos que habían quedado sumergidos en unas inundaciones (contra lo cual protestó enérgicamente el reputado *Diario de Centro-América,* y entiendo que el Gobierno de aquella República acudió con disposiciones eficaces á impedir la devastación). En la isla de Cuba han ido, como juguetes, á manos vandálicas de muchachos, los primeros instrumentos de piedra descubiertos de los aborígenes (bien que hoy la ilustrada Sociedad Antropológica de la Habana organiza expediciones arqueológicas y recoge cuantos restos puede de los antiguos pobladores). En Colombia se ha permitido que se venda al extranjero un Museo de antigüedades formado en muchos años de paciente diligencia por el Sr. D. Gonzalo Ramos Ruiz, cosa que también ha sucedido en México y en otras partes ; y no fué sino hace tres meses cuando se resolvió oficialmente conservar el *cercado* de Facatativá, donde murió el último Zipa independiente, *cercado* que ya había empezado á ser objeto de explotación particular, y tal vez hubiera desaparecido sin la solicitud patriótica y tenaz de nuestro gran poeta el Sr. D. Rafael Pombo, secundada por el Gobierno (1).

¿Alega V. que las autoridades metropolitanas no ordenaron ni aprobaron todo lo que hicieron los conquistadores, y que antes bien expidieron órdenes tras órdenes en favor de los Indios? Lo reconozco también, y antes que V. me lo cite, recordaré yo el noble testamento de Isabel la Católica, en el cual «rogaba á su esposo y ordenaba y

(1) *Zipa* de Bogotá, Mayo 6 de 1881, pág. 585. — *La Nación* de Bogotá, núm. 357, Marzo 17 de 1889. — *Estrella* de Panamá, Abril 20 de 1889.

mandaba á sus herederos y sucesores, que los Indios fueran tratados al igual de sus súbditos, como que al emprender el descubrimiento se había tenido en mira ganar almas para el cielo, pero no esclavos para la tierra». Para satisfacción de V. copiaría yo aquí, si no fuese innecesario, los diez y nueve títulos del libro VI de la *Recopilación de las Leyes de las Indias* y otras muchas órdenes, pragmáticas y reales acuerdos. Y no solamente el Gobierno metropolitano, sino jefes de la Conquista, se esforzaron por que sus gentes procedieran con espíritu cristiano, como lo prueba el bando de Jiménez de Quesada, publicado en Guachetá, «en el cual, bajo penas severas, prescribía el más profundo respeto á las propiedades de los naturales (1)». Yo pudiera añadir, y lo añadiré en obsequio de la verdad, que la bondad de los Monarcas tuvo tal ó cual excepción (véase la nota 2 en la pág. 147); que Belalcázar escribía al pie de las órdenes de la Península: «Se obedece, pero no se cumple»; que Francisco Carvajal incitó á Gonzalo Pizarro á sublevarse contra la Corona; que los mejores jefes eran con frecuencia estorbados y desobedecidos por sus subalternos, y más de una vez los últimos, en castigo de su insubordinación y desafueros, sufrieron la pena capital en estas tierras; en fin, que «tantas disposiciones sobre un mismo asunto prueban por sí solas su completa inobservancia» (2); que «la misma abundancia y repetición de pragmáticas en beneficio de los naturales es la prueba concluyente de que á tanta distancia del trono fué superior el feroz impulso de la destruc-

(1) Esto no impidió «que Quesada le mandase formar (á Zaquesazipa) un proceso por ocultador de tesoros públicos, ni que le hiciese dar tormento. Zaquesazipa murió en él, y fué el último rey de los Chibchas». —FELIPE PÉREZ: *Geografía de los Estados Unidos de Colombia:* Bogotá, 1883, pág. 31.

(2) RAFAEL MARÍA BARALT: *Resumen de la Historia de Venezuela:* París, H. Fournier y Compañía: 1841, pág. 192.

tora codicia, á la solicitud, más ó menos tornadiza, de los Monarcas» (1). Pero no importa : ordinariamente, la crueldad no dimanó del supremo Gobierno.

¿No estaremos de acuerdo en todas estas cosas, señor Valera? Á lo menos, hago todo lo posible porque nos entendamos, y para ello atravieso como en zancos muchas ascuas de la Historia, ya que yo no soy el representante de lo que llama Pelletan «todo el dolor de una raza», ni fué V. el director de la conquista (que ¡ojalá lo hubieran sido hombres de su temple!). Pensar y decir cosas que V. acepte, es una honra y una seguridad de tino, y de ahí mi solicitud porque me firme V. el *visto bueno*.

***

Donde no, ó si acerca de esas especulaciones académicas se empeñase V. en que cada uno conserve su propia tienda en su propia colina, siempre le invitaré yo á que subamos juntos á otro promontorio de hacia Oriente, desde el cual no se columbre ya el pasado, sino que podamos fijar un mismo punto de vista de lo por venir. Me refiero á sus trabajos en pro de la confraternidad iberoamericana. No lo voy á tentar, como Satanás ; no le voy á decir : «Si me oyes, todo esto será tuyo»; sino antes bien: «esto no será de V. ni mío, sino de toda la familia, por cuyas venas corre nuestra sangre».

Un poeta uruguayo, D. Estanislao Pérez Nieto, dijo

(1) Manuel Sanguily, en un notabilísimo artículo en que critica, con el acierto y vigor de su acerada pluma, un mal libro de D. Miguel Blanco Herrero, publicado en 1888 en Madrid, con el título de *Política de España en Ultramar*.—*Revista Cubana*, XI, 485.

en una composición titulada *Canto á la Patria,* premiada en los Juegos Florales del Centro Gallego de Buenos Aires en 1882:

«Su gloria de nación eso no empaña;
Que era el error del siglo, y no de España (1).»

No hay para qué reparar en pelillos con el Sr. Pérez Nieto, diciéndole que ya habíamos leído á Quintana. Lo que importa es fijar la atención de V. en que el acento patriótico del gran lírico español ha encontrado ecos en América. En verdad, yo me figuro que Quintana hubiera retocado su composición si hubiese vivido en la triste década de 1868 á 1878; mas en orden al poeta uruguayo, que escribió cuatro años después, él da testimonio de que en estas tierras hay combustibles activos para producir la llama de la unión que V. anhela por avivar, y que en mi concepto no dejará de vacilar al empuje de más de una ráfaga sino cuando se den á las Antillas todas las libertades prometidas por el ilustre general Martínez Campos en el convenio del Zanjón; libertades rezagadas por la influencia del Sr. Cánovas del Castillo, el estadista eminente y aciago, con quien, para no ser injustos en la estimación de sus grandes merecimientos, tenemos los cubanos que empezar por prescindir de que somos cubanos.

Y á propósito, Sr. Valera: ¿por qué en sus jugosas *Cartas americanas* no habla V. de la literatura de Cuba? En 1869, muchos años antes de empezar á escribirlas, ya había V. dedicado á la Avellaneda en la *Revista de España* uno de sus magistrales *Estudios.* ¿No le seduce á V. el movimiento intelectual tan activo que se ha des-

(1) *Ilustración Española y Americana,* tomo I de 1883, pág. 14.

arrollado en la Grande Antilla, el número crecido de filósofos, poetas, historiadores, economistas, oradores, críticos, de mayor ó menor mérito, que estudian allí todos los problemas contemporáneos y se afilian en todas las escuelas? ¿Deberé yo el honor, que agradezco, de que me haya V. nombrado varias veces, á la circunstancia de no residir en la patria? ¿Ó evita V. el tener que declarar que las promesas del Sr. Sagasta permanecen aún sin cumplimiento? Pues permítame decirle mi opinión sobre la confraternidad.

Vds. no la han comenzado por donde debe comenzarse. El Gobierno ha creado legaciones en todas estas Repúblicas, ha celebrado tratados de comercio con algunas, y trata de celebrarlos con otras; ha abierto sus escuelas militares á los jóvenes sud-americanos, y quiere reconocer la validez de los grados universitarios conferidos acá; se ha trazado, en fin, una nueva línea de conducta respecto de estos países donde en otro tiempo ondeó libremente su bandera, y la *Unión Ibero-Americana* secunda con carácter privado todos esos esfuerzos oficiales. Pero tales manifestaciones, ¿son hijas exclusivas del afecto, de la voz de la sangre, ó proceden también de *previsión?* Creo que hay de todo, porque veo que son posteriores á la revolución de Cuba, y deduzco que sin duda España atribuye á sus desdenes anteriores el grito unánime de simpatía con que todo este Continente respondió á la insurrección de Yara.

Pero están Vds. en un error, si se figuran que tal sentimiento puede sofocarse con tratados comerciales, relaciones literarias ó requiebros de cancillerías. La libertad de Cuba es una como aspiración innata de todo corazón americano. Apenas se anuncia una tentativa de emancipación, que después resulta rumor falso, la prensa de es-

tos países la acoge como los hebreos la realización de una grata profecía. Miembros de la *Unión Ibero-Americana* de Bogotá han venido á pedirme datos para promover, en unión de las sociedades hermanas de América, una solicitud colectiva de todas estas Repúblicas al Gobierno español, en favor siquiera de la autonomía cubana.

La obra de la fraternidad debe, pues, empezar en la Isla. Déjennos Vds. administrar los intereses locales de la provincia ó colonia; déjennos siquiera formar sin trabas y discutir nuestros presupuestos en una Cámara insular (no en las Cortes, donde nos abruman las preocupaciones de los unos y la indiferencia de los más), y será de Cuba de donde saldrá la propaganda más activa en favor de la unión de lo que erróneamente se ha dado en llamar nuestra raza. Estas naciones aplaudirán entonces, y no seguirán pensando, como ahora lo piensan y lo dicen, que si todavía fueran posesiones españolas, estarían aún sometidas al régimen irregular que impera en las Antillas; y ya no habrá ocasión de manifestaciones hostiles contra España á propósito de Cuba, porque ya entonces el separatismo no tendrá premiosa razón de existir.

V. dirá que sus *Cartas americanas* son literarias y no políticas. Pero los límites entre la política y la literatura no están bien trazados, y hay circunstancias en que la una se confunde con la otra. Entre ciencia y ciencia, como entre arte y arte, hay una como zona común que ninguno puede considerar su propiedad exclusiva. El estudio del Sol, el del Palenque, el de un asesinato, corresponden, respectivamente, al astrónomo, al arqueólogo, al jurisconsulto, pero éstos tienen que oir el dictamen, á veces imprescindible y decisorio, del físico ó del químico, del arquitecto, del médico ó del cirujano. De todos modos, Cuba está en América, y hay en ella una literatura

naciente, que reclama un buen espacio en sus *Cartas*. Uno de los grandes beneficios que está V. haciéndonos con ellas es que nos está dando á conocer unos á otros á los hispano-americanos, pues nuestras relaciones mutuas son nulas ó escasas. En sus *Cartas* aprendemos de nuestros vecinos mucho que ignoramos. V. es el ángulo de reflexión de todos los rayos luminosos de este Continente. Un libro escrito en Chile, llega á conocimiento de los colombianos porque V. lo lee, lo comenta y lo divulga. Debido á sus *Cartas,* hasta la prensa extranjera más refractaria á nuestras cosas intelectuales, empieza á sospechar que vivimos. ¿Le será á V. indiferente el que Cuba también sea conocida? Y yo creo que no lo es bien ni aun en España, y que es V. el llamado á colmar tal deficiencia. Volveré á citarle á Tácito: «Después de una acción brillante, hay que continuar».

No hable V., pues, de nuestros problemas coloniales; ya en el Parlamento español nos han defendido, al lado de las de nuestros propios oradores Montoro, Labra, Giberga, Betancourt, Portuondo, Fernández de Castro, Figueroa, las enérgicas voces de peninsulares ilustres, entre otros D. José Fernando González y D. Manuel Ortiz de Pinedo, dos de las almas más bellas que han honrado á la nación española. Déjeles á ellos la tarea política, y asuma V. la literaria; pero si en el curso de sus estudios tuviere que pronunciar la palabra *libertad* (y no uso esta voz en el sentido de *independencia),* pronúnciela resueltamente, V. que es liberal, V., antiguo compañero de O'Donnell, fundador con él del partido de la Unión liberal española, y revolucionario de 1868.

Simpatías tiene V. en Cuba, por su *ingenio, su erudición de buena ley, su talento amante de la contradicción y de la paradoja, su sinceridad, su discreción, su*

gusto correcto y aquilatado,—frases todas con que lo califica mi compatriota D. José Varela Zequeira y que yo prohijo (1); ¿por qué ha de pesarle aumentar allí el número de sus admiradores, contribuyendo, aunque sea de soslayo, á nuestra regeneración política?

Yo deseo ésta, por mis compatriotas más que por mí; por ellos, cuya felicidad social, el día que la obtengan, acaso no compartiré; pero cuyos sufrimientos actuales son los míos, cuyas angustias, desilusiones y tristezas son la única nube que empaña la serena tranquilidad de mi vida bajo el cielo colombiano.

***

Temo haber abusado de su paciencia; pero V., como antes el inolvidable Sr. Hartzenbusch, ó más quizá, se interesa vivamente en todas nuestras cosas. Ese interés será mi excusa, así como es la ocasión, que gustoso aprovecho, de ofrecerme á sus órdenes como su admirador y servidor Q. B. S. M.

RAFAEL M. MERCHÁN.

BOGOTÁ, Octubre 31, 1889.

(1) *Revista de Cuba*, XV, 331, 332, 336.

RATAPLÁN

(CUENTO)

I.

Aquel más animoso de mis lectores que se haya presentado á exponer lo que sabe de cualquier arte ó ciencia delante de cinco pasmosos profesores, y enfrente de dos ladinos contrincantes, comprenderá el valor y la poca aprensión que se necesitan. Ese valor lo tuve yo en dos ocasiones. En la tercera no fué ya valor, sino desesperación, porque después de haber llevado dos revolcones, con alguna justicia, era preciso, para presentarse á otra oposición, estar muy desesperado ó no tener chispa de vergüenza. Y, sin embargo, el éxito, ó mejor dicho, el tribunal coronó esta nueva proeza, y me vi nombrado de la noche á la mañana catedrático de psicología, lógica y ética. No os hablaré por de pronto del alegrón que recibí al saberlo, pues han corrido bastantes años de entonces á acá, y ya no lo siento para reproducirlo con la misma intensidad y viveza. Por otra parte, no soy retórico, y no puedo acudir al socorrido repertorio de hipérboles, simplificaciones, paradojas, símiles y

demás tropos. Lo único que recordaré como indubitable es que me apresuré á recoger el título en el ministerio, á arreglar el baúl, y á despedirme de los compañeros de Madrid, por el ansia que me había entrado de hallarme lo más pronto posible en *Cayudes*.

Cayudes es mi patria, y no debe extrañarse que tuviera tanta prisa por dejarme ver en ella. Era esta una de las primeras, y por consiguiente más vivas satisfacciones que me proporcionaba el estudio. Existía además otro motivo que me impulsaba á no dilatar indefinidamente mi estancia en la corte: oyendo á unos y otros, vine á formar idea de la merecida estimación que gozaban entre el profesorado los autores de obras de alguna importancia ó trascendencia. Estas obras se presentaban luego al Consejo de Instrucción pública, que informaba acerca de su mérito, y según fuese éste, el Gobierno las declaraba de texto en las Universidades. Otro gran aliciente: en los concursos á cátedras se tenían muy en cuenta los trabajos originales publicados por el opositor.

Todas estas observaciones me sugirieron la idea de estudiar á conciencia mi asignatura, y ver de pergeñar un libro aceptable, útil, nuevo por el método ó por la mucha sustancia de su doctrina, lo cual llevaba más de dos docenas de perendengues, como dicen en mi tierra. Concebido así mi plan, y determinado á realizarlo, no me faltaba para poner manos á la obra más que una cómoda instalación y mucha tranquilidad de espíritu. Cediéronme mis padres con este exclusivo objeto la habitación más retirada de la casa, un cuarto muy capaz, alto de techo, con una hermosa ventana que caía al patio, y recibía la luz del mediodía. Hacía ya veintiséis años que ocupábamos el piso segundo, mientras el dueño se había reservado el principal, los sótanos ó bajos y este patio,

un perfecto cuadrado, bastante espacioso para poder convertirse en jardinillo. Pero hubo de contentarse al principio con plantar en los rincones dos parras, una frente á otra, y así se quedó para *in aeternum*. Al llegar la primavera, estas dos parras alegraban con sus verdes reflejos los tonos terrosos y sucios de aquellos paredones, que debían ser obra morisca, ó de la época de los Felipes, cuando menos.

De todos modos, complacíame en extremo el sosiego casi monacal que parecía reinar en aquel recinto de la casa, destinado nada menos que á restaurar la verdadera psicología. Porque, en efecto, la escuela inglesa, lo mismo que los Enciclopedistas, habían hecho mangas y capirotes de esta egregia rama de la filosofía clásica y tradicional. Reducíase mi tarea, por lo tanto, á aplastar á los unos y á perniquebrar á los otros á fuerza de lógica. En cuanto á Cousin y á sus hermanos en eclecticismo y en elegancias de estilo, me bastaba con unos cuantos alfilerazos bien dirigidos para que se deshinchasen y viniesen á tierra, blandos, vacíos y rugosos, como esos globillos de goma que sujetan los niños con un hilo. Excuso decir igualmente á mis lectores lo que yo pensaría de aquel famoso Krause, que por aquella época despuntaba en nuestro horizonte filosófico. Para él, y aun para otros de mayor cuantía, reservaba, no ya dos ó tres argumentos de sentido común, sino una especie de catapulta de argumentos. Pues este buen señor había tenido la paciencia de encerrar sus sofismas bajo una forma tan impenetrable, tan áspera y aparatosa, que más que razonamientos y tesis de metafísica, parecían cachazudos galápagos ocultando su cabeza entre dos conchas.

II.

Ello es que no tardé en empezar mis tareas animosamente, en medio de una santa y envidiable paz. Ésta duró quince días; al décimosexto me distrajo bastante un ruido particular que salía del patio y sonaba como á toque de generala ó de parada militar; pero de un modo tan desagradable, que nadie se lo figuraría. Luego, ya comprendí que se trataba de un simple tambor tocado de prisa y desordenadamente. Y esto sucedía á las ocho de la mañana, en Octubre, á muy poco de empezar el curso, en el momento de ir á prepararme para la lección de la cátedra. Como el ruido no cesaba y me sentía molestadísimo, me asomé á la ventana, y vi que el empecatado autor no era otro que el nieto del dueño de la casa. Este chiquillín de seis á siete años, morenillo, feo, de mal color, con una nariz tan recia que semejaba un manubrio, llevaba pendiente de una correa un tambor casi mayor que él, sobre cuyo parche menudeaba los golpes con todo el entusiasmo bélico de un veterano. Acompañábase al mismo tiempo de su voz aguda y resonante, gritando: «¡Plan, plan, rataplán, plan, plan!»

—¡Eh! Fernandito, ¿quieres callarte? Ó bajo y se lo digo á tu abuelo,—le advertí desde la ventana.

Pero el condenado chiquillo continuó impertérrito, como si le hubiera hablado en griego, cruzando el patio en todas las direcciones y machacando sobre su tambor, con aire tan marcial como insolente. Dos horas duró la tal música aquella mañana. Después pregunté á mis padres la razón de tenerlo el abuelo en su compañía, que no po-

día ser más sencilla y natural: habiendo fallecido la madre del niño, y hallándose el padre constantemente fuera de la población, por estar como ingeniero al frente de unas minas, pensaron que en ninguna parte se hallaría mejor que bajo su vigilancia. Desgraciadamente, la abuela, que era una malva y una excelente señora, se pasaba el día en la iglesia ó en las juntas de piadosas congregaciones, y el abuelo, D. Camilo Cebrián, si no era sordo por completo, le faltaba muy poco.

—¡Bah! Ya se cansará de tocar, me dije yo algunos días después; los niños tienen también sus manías, y aun es peor muchas veces llevarles la contraria. Pero, ¡ay de mí!, aquella manía no pertenecía sin duda á las comunes ni á las que fácilmente ceden ó se extinguen. Pasó un día, corrió un mes, contáronse seis meses, y terminó el curso sin que la tal manía dejase de estallar á la hora menos pensada. Hallábame á lo mejor desentrañando una proposición abstrusa en lo más peliagudo de mi tarea, cuando de pronto oía en el fondo del patio los maldecidos redobles del chiquillo, que sonaban en mis oídos como la murga más antipática del mundo. Cada idea se escapaba por un lado; ya no cabía ilación en ningún razonamiento, y aquello era el caos de la meditación, la *danza macabra* de los conceptos, el Walpulgis de la lógica. ¡Poderoso Dios! ¿Cómo discurrir con tino en medio de tan atronadoras disonancias? Imposible; había que desistir de la empresa. Pues ya comprenderéis que para perniquebrar á Condillac y echar la zancadilla á John Stuart Mill, necesitábase mucha paz, mucho sosiego y mucha tranquilidad de espíritu.

Cierto que podía haber trabajado de noche en esta santa empresa; pero á causa de una afección á la vista que padecí de niño, se me quedó hasta el presente tan

sensible y delicada, que hube de renunciar á todo lo que fuese velar con luz artificial más de media hora. Aun en las primaveras suelo usar gafas de cristal azul para librarme de molestas irritaciones y de los reflejos vivos y deslumbradores. En resumen: que con tales distracciones no adelantaba gran cosa en mis estudios.

III.

Una mañana fué tanta la ira que me dió, que tomando un cierto instrumento que mis padres destinaban á muy distinto uso, lo llené de agua fría y me situé detrás de la ventana, decidido á hacer un escarmiento. Ya comprendo que el procedimiento empleado no estaba á la altura de las circunstancias. Realmente no resultaba muy airosa la figura de un señor catedrático, con jeringa en mano, espiando detrás de una ventana, como cualquier antiguo dómine, las idas y venidas de un chicuelo. Item más: de un señor catedrático que peinaba barbas, que ostentaba cara *feroce* por lo grandona y seria, que vestía bata de color de avellana y gorro oscuro de terciopelo, lo cual no deja de revestirnos de cierta respetabilidad; pero ¿qué queréis?, los pormenores risibles se imponen en ocasiones aun á las personalidades más graves y caracterizadas. Y como es la sinceridad la que dicta estas páginas.... paso adelante y digo, que en cuanto el chiquillo se me puso á tiro le solté sobre el cogote una tremenda rociada, que debió dejarle más fresco que una lechuga. Amedrentado ante aquel furioso chaparrón, tan certero como imprevisto, corrió á esconderse á su casa, y ya no le sentí en todo el resto del día.

Esto no obstante, la memoria del castigo no duró mucho más de veinticuatro horas. Á la siguiente mañana, algo más tarde que de costumbre, se oyeron los redobles del tambor, aquellos maldecidos redobles que me ponían las ideas de punta. Cerré el libro con muda desesperación, y me armé del instrumento. Pero, á pesar de su entusiasmo, el chiquillo levantaba la cabeza y miraba de vez en cuando á la ventana. Por no errar el golpe, como no paraba ni un solo instante, asomé yo un poco la nariz al lanzar la temible rociadura, lo cual fué causa de que lo advirtiese á tiempo, y huyera á toda prisa, gritando:

—¡Polito, Polito, Polito, ya te veo!

Me llamo Hipólito Salvatierra; pero el muchacho, por abreviar sin duda, se comía dos letras y un acento. Conocida la intención del enemigo, se colocó frente á mi ventana, y con insolentes voces, gritos y exclamaciones empezó á pedir que le arrojase más agua. Torné yo á aparecer con gesto avinagrado, y aun le amenacé seriamente con un bastón. ¡Que si quieres! Fernandito se rió en mis barbas de semejantes amenazas, insistiendo á voz en cuello que se repitiera la función. Tuve que retirarme á mi campamento. Desde aquel día le tomé una inquina horrible, que casi llegaba al odio, y me hacía discurrir un medio de acabar de una vez con su endemoniado rataplán. Y mentalmente repetía la frase de Lutero: «Yo haré un agujero en ese tambor». Con esta intención les hablé á mis padres para saber qué opinaban sobre un cambio probable de domicilio. ¿Qué habían de opinar? Eran viejos, estaban habituados á su rinconcito, después de veintiséis años que vivían en él, y les sonaba pésimamente todo lo que fuera hablar de mudanza de casa ni de buscar cosa mejor que su rincón.

Aquel curso ni aun siquiera logré formar un progra-

ma de la asignatura para mis discípulos. ¡Un año perdido! Y en verdad que el segundo no comenzaba con mejores auspicios. Una tarde que volví de paseo media hora antes que de ordinario, con la idea de dar la última mano á mi programa, me encontré con la novedad siguiente: como consecuencia de sus correrías por el barrio, Fernandito se había traído algunos amigotes y hecho jefe de ellos. Así que, cuando me asomé á la ventana me lo vi en el patio con su tambor, ¡siempre con el tambor!, un gorro de papel en la cabeza y un sable de hoja de lata en la diestra, al frente de un pelotón de soldados, es decir, de cinco ó seis chiquillos que le obedecían como borregos. Al poco rato, después de diversas marchas y contramarchas, estalló un motín. ¡Divino cielo! Era cosa de emigrar del barrio, de *Cayudes* y hasta de la provincia. ¡Qué voces, qué gruñidos, qué peleas, qué batallas aquellas que precedieron por su inmensa resonancia á las de Alcolea, Monte-Ezcurra y Lácar! Estos jaleos se repetían la mayoría de las tardes, y observaba yo al ir al Instituto que en otras muchas calles los chiquillos se uniformaban militarmente, lanzaban vivas á algunos generales, cantaban el himno de Riego y otros himnos por el estilo.... Indudablemente existía en nuestra atmósfera social cierto espíritu de insubordinación, de indisciplina, de entusiasmo bélico que inspiraba estas continuas algaradas. Ahora bien: ¿cómo trabajar y ahondar en psicología en medio de semejante rumor de guerra, y sobre todo con la vecindad de la patrulla de Fernandito? ¿Sería otro año perdido para mi porvenir de autor? Probablemente.

IV.

Transcurrido algún tiempo, y muerto el digno compañero que la desempeñaba, se me concedió la Secretaría del Instituto como premio á mi laboriosidad. Una mañana que despachábamos las papeletas de matrícula, se presentó á reclamar la suya un estudiantillo moreno, feo, con ojos vivos de pájaro y una nariz gruesa, que parecía un puño pegado á la cara.

—¿Su nombre de V.?

—Fernando García,—respondió con desparpajo, y mirándome serenamente, cuando, sorprendido yo por el nombre, clavé mi vista en él. Según la papeleta, estaba matriculado en Aritmética y Álgebra, Geografía, Retórica y Poética, y no sé qué más. «Esta es la mía:—me dije en cuanto volvió la espalda;—ahora veremos, señor *Rataplán,* si despunta V. tanto en matemáticas como en el manejo del tambor.»

Durante el curso le pregunté en varias ocasiones á mi compañero, el profesor de Aritmética, cómo se portaba el alumno Fernando García.

—Le tengo por una medianía. No da palotada, ni estudia, ni concurre á clase.... y es de los que amotinan á los estudiantes:—tal fué la respuesta que me dió.

Perfectamente; lo que yo esperaba. No quise saber más. Terminado ya el curso, formaba con mi compañero antedicho el tribunal de examen, y poco tuve que hacer para que se le propinase el merecido *suspenso.* Mas cuando llegó Septiembre, volvió á presentarse, y respondió con algún acierto ó, mejor dicho, con mucha verbo-

sidad. Conocíase que á ratos perdidos había hojeado los libros. Mis compañeros dudaban, pero yo insistí:

—¡Oh! Como le dejen hablar...., no le ahorcarán seguramente á ese chiquillo; pero no basta saber charlar si falta la doctrina. En fin: es un charlatán que carece de fondo. Además, se le habrá visto en cátedra media docena de veces en todo el curso.

Esta opinión decidió al tribunal, y se le obsequió con un *reprobado* más grande que una casa.

En el curso siguiente se formaron distintos tribunales de examen, y, aunque con gran trabajo, debió pasar el caballerito Fernando, porque llegué á tenerlo entre mis discípulos. No es ahora del caso referir menudamente ciertas peripecias de poca monta que pasaron en la cátedra, y por las cuales la ojeriza que le había cobrado subió de punto. Pero siempre, en estos choques, lo que más me irritaba, lo que más me revolvía la bilis, era la frescura y desparpajo con que se atrevía á replicar á mis reprimendas. Dos años le tuve amarrado á la psicología y ética. Por fin llegó al grado de bachiller, de cuyo tribunal formaba yo también parte como secretario. Presentóse de los últimos, y no puedo negar que casi casi salió airoso, gracias á su desenfado, á su facilidad en expresarse, á la petulante afluencia de su palabra. Habíale recomendado la familia á uno de los catedráticos del tribunal, y como la cosa quedó un poco en duda, se armó un zipizape mayúsculo. Se discutió lo indecible. Tanto y con tal empeño, que yo tuve que sacar el cristo, asegurándoles que nunca daría mi voto á un charlatán que carecía de ideas, de doctrina y de solidez, sin más jugo ni sustancia que una sarta de tópicos, vulgaridades y frases hechas. Le hice una seña al presidente, que era de los nuestros, y añadí:

—Se puede proceder á la votación.

—Un momento, señores (repuso nuestro digno presidente). Si se aprueba este alumno, advierto á Vds. que la manga ancha seguirá igual para todos los demás.

Pasamos, pues, á votar, tras esta sustanciosa insinuación, y apareció *suspenso* por irrecusable mayoría. Después de tal derrota no debió presentarse en Septiembre, á probar fortuna de nuevo, porque no volví á verlo en el Instituto, ni aun en *Cayudes,* desde aquella memorable fecha. Debo confesar, sin embargo, que, á pesar de la mala voluntad que tuve siempre al muchacho, en más de una ocasión recordé con verdadero sentimiento la rigidez y la aspereza excesivas con que le había tratado. Ni aun logró templarlas siquiera el saber que entre algunos compañeros míos disfrutaba de ciertas simpatías, por aquel despejo y aquel gentil desenfado con que respondía siempre en clase, supiera ó no supiera la lección, á tuertas ó á derechas, antes que pasar plaza de ignorante. ¡Pobre Fernandito García! Yo lo traté á baqueta por lo de marras, y no merecía tanto rigor, bien consideradas las cosas.

V.

Gozando, por fin, de aquella tranquilidad de espíritu, tan necesaria para el estudio, di á luz una tras otra las siguientes obras: *Programa fundamental de psicología y ética*, *El racionalismo ante la sana razón* y *Errores de la filosofía positiva y materialista,* tres librejos que me ganaron la estimación de todas las personas cultas y sensatas de *Cayudes,* pero que, considerados como valla

y antemural de la buena doctrina, fueron impotentes para detener el aluvión revolucionario que se nos entraba por las puertas. No hay duda que el terreno se hallaba ya preparado por aquel satánico espíritu de rebeldía que había yo sorprendido en la marcha irregular y agitadísima de los sucesos, y bastó un hecho solo para que las ideas perturbadoras tomaran repentinamente cuerpo. Este hecho fué la revolución de Septiembre.

Tuvimos, por consiguiente, motines un día sin otro, y dos á la par; formáronse juntas de compadres, se armó la milicia ciudadana, nos nacieron tribunos con esa prolífica abundancia de las plagas, amaneció la discordia, estalló la guerra. Mal cariz presentaba aquello. Algunos compañeros míos, así como todas las personas sensatas de la población, se alarmaron lo indecible al observar el giro que tomaban los acontecimientos, aquella especie de esfinge, invencible y trágica, asentada en cuantos caminos recorrían nuestros Edipos. Lo que yo me alarmaría, pueden calcularlo mis lectores, sabiendo que llevaba escritos en *El Orden,* periódico ortodoxo y tradicionalista, una tanda de artículos políticos algún tanto mordaces. ¿Cómo, pues, sustraerse á las consecuencias, al temor, al espanto, á la posibilidad de cualquiera desagradable peripecia? ¡Ah! ¡Que no volvieran aquellos felices años (algo más de un lustro), que tan sosegadamente corrieron para mis tareas de autor diligente! Corrieron, sí, con el sosiego y la apacibilidad de un río de anchísimo y dilatado cauce que ve reflejarse en sus claras aguas las infinitas bellezas del paisaje.

Después de proclamada la República, una de aquellas tristes noches, tan tristes en provincias, que todavía esperan un Ovidio desterrado que las cante, al tiempo de retirarme á casa se me presentó un ordenanza del gober-

nador, y me hizo saber que su jefe me recibiría en su gabinete particular, entre doce y una de la madrugada.

—Perfectamente: iré por allá,—contesté con no poco susto, porque las circunstancias no eran para menos.

Quedé luego pensando en las horas de recibir á las gentes que tenía S. E., que no podían ser mejores, sobre todo para cualquier catedrático metódico y madrugador. Pero fueran como fuesen, no era lo peor las horas, sino el asunto ó motivo de la cita. ¿Sería acaso político?

En cuanto dieron las doce, cogí el abrigo y me encaminé á la Diputación. Pero al cruzar por la sala, con el quinqué en la mano, eché una mirada al espejo, y me vi algo más pálido y amarillento que de ordinario. Debo advertir, por lo que atañe al exterior de la persona, que mi cara de filósofo con peluca á lo Luis XVI, seriota, carnosa y carrilluda, con su correspondiente papadilla, no previene en contra; á lo más infundirá cierto respeto, y creo que no disonase mucho, á pesar de su bigotillo, en el coro de una catedral, entre las más esponjadas y expresivas de los prebendados. Entrando en la Diputación, salió á recibirme el consabido ordenanza, y aún estuve media hora de antesala antes que volviera para acompañarme al despacho del Gobernador. Era este un hombre de mediana talla, pero de mucha fibra al parecer, moreno, joven, quizá demasiado joven para semejante cargo, de mal color, barbudo, con ojos de ave de rapiña y un perfil de cara típico, que, según Lavater, debía significar audacia, genio militar, orgullo, propensión á los cargos elevados, etc., etc..... Con todo y con eso, en conjunto resultaba una figura agradable, fina, atractiva, vestido como iba en aquel momento de levita negra y pantalón azul, lo cual tendría yo por inexplica-

ble, si no fueran mis propios sentidos los que tal impresión me sugirieran.

—¿V. es D. Hipólito Salvatierra?—me preguntó en seguida, sin haber cruzado conmigo ningún saludo.

—Servidor de V.

—Muy señor mío. ¿V. es catedrático de psicología, lógica y ética, secretario del Instituto, autor de varias obras y redactor de *El Orden,* desde cuyas columnas nos ha puesto V. á los liberales como chupa de dómine?

—¡Oh! no, Sr. Gobernador; tanto como eso.... He atacado, ó, mejor dicho, he puesto en tela de juicio ciertas ideas....

—Pero detrás de las ideas están los hombres, y V. se ha permitido aludir en sus artículos á los más caracterizados de una manera ofensiva, mordaz, venenosa, indigna de una pluma que se precia de culta y de discreta.

—Eso es la furia de la improvisación, créalo V. Si V. E. supiera cómo se escriben esos maldecidos artículos....—Y en medio de este tiroteo de preguntas y respuestas sentía bañarse todo mi cuerpo en extraño sudor, y pensaba para mi capote: «Pero, señor, ¿en qué vendrán á parar estas misas?»

—Además, se me ha indicado por persona que debe estar en autos, que V. ha dado dinero para....—Aquí bajó la voz su señoría y deslizó la acusación en mi propio oído.

Yo protesté en voz alta:

—¡Por Dios y por todos los Santos, Sr. Gobernador! ¡Que se inventen semejantes absurdos en un *Cayudes*.... y que se les dé crédito! ¿Cabe en cabeza humana que con doce mil reales de sueldo, teniendo que sostener á mis padres, socorrer á mis parientes y pagar casa, me quede á mí dinero para.... para eso?

—Bueno bueno. Es un rumor que me permito indicar,

aunque no crea en él. Y vengamos á lo importante, señor D. Hipólito; por personas de mi confianza supe esta mañana que la gente del bronce había formado una lista de sospechosos, con la idea de encerrarlos bajo llave. V. va en esa lista. Se han empeñado en tener una garantía de valor contra los excesos de los *carcas,* como los llaman ellos. Á mí, como comprenderá V., me repugnan los procedimientos de fuerza; pero las circunstancias difíciles que atravesamos me obligan á tolerar lo menos malo para no reprimir y ahogar en sangre lo peor. Ahora, que si faltan á lo convenido y se exceden de obra ó de palabra, en cualquier terreno que sea, yo le aseguro á V. que les sentaré la mano. Le he llamado, pues, para advertirle que haría V. muy bien en arreglar esta noche el equipaje y largarse á Madrid lo más pronto posible. Hoy, por hoy, hallará V. mayor seguridad en aquel río revuelto que en esta balsa de aceite. ¡Ah! Otra cosa: V. no me habrá conocido tal vez; V. no se acordará ni del Santo de mi nombre, ¿no es verdad? Por supuesto que como me firmo Fernando G. Cebrián....

—Esa fisonomía.... Sí, señor, sí; estaba recordando, y me decía: «yo he visto esa fisonomía en otra parte...., tengo una idea confusa....»; pero no acertaba. Dispense V. E. mi torpeza: debo ser mediano fisonomista.

—Fernando García. Solo que hay tantos Garcías en España, que para no ser uno más, acostumbro á firmar con el apellido de mi madre. Por eso no me extraña que V. no cayera en la cuenta ni antes ni después.... ¿No se acuerda V. de aquel discípulo y vecinito suyo que V. suspendió tantas veces por ojeriza, por su desaplicación y por ciertas travesuras, pero sobre todo por lo primero?

—Perfectamente; no diga V. más. Fernandito García. ¡vaya! ¡Ya lo creo! Algo había de eso que V. indica, se-

ñor Gobernador; algo había en efecto.... Es una historia que le divertiría á V. muchísimo si se la contara.

—Pues yo, como muchacho resuelto y expeditivo, trasladé la matrícula á Madrid, y allí me hice abogado, orador y hombre político, todo en una pieza. No lo hice tan mal al principio que no me ganara algunas simpatías, y aquí me tiene V. de jefe, debiendo ser soldado raso. Pero no lo olvide V., Sr. D. Hipólito; es preciso ser un poco tolerante con la juventud; ni todos nacemos para sabios, ni todos los grandes hombres se formaron en las aulas.

Dicho esto, volvióse hacia la mesa del despacho, tocó un timbre, y acompañándome hasta la puerta, añadió con un gracioso movimiento de cabeza:

—Estos señores metafísicos.... son terribles.

Debo advertir que en este expresivo cabeceo no se traslucía ni por asomo aquel necio y soberano desdén con que Napoleón hablaba de los ideólogos.

Transcurrida apenas media hora, cerrando mi maleta de viaje en la soledad de mi cuarto, hacíame cruces, y me preguntaba con pueril asombro: «¿Viviré en la realidad? ¿Será posible que aquel alborotador chiquillo, que aquel estudiantillo travieso, que aquel famoso Rataplán gobierne una provincia nada menos? ¿Habrán pasado, en efecto, doce años, ó serán innumerables los que hayan corrido milagrosamente, como cuenta la leyenda de no sé qué santo anacoreta, para despertar en una España distinta de la que yo conocí?»

Á los pocos días de llegar á Madrid supe por los periódicos que habían sido detenidos y llevados á la cárcel algunos pájaros gordos de *Cayudes*. Pero Rataplán cumplió su palabra; los excesos del populacho se limitaron á detener á estos catorce ó quince personajes en calidad de rehenes, y exigirles algún dinero.

Entonces demostró carácter. Dos años después habló en las Cortes como diputado, y demostró talento. Con esta bizarra acción de acordarse de su profesor, sólo por haber sido su profesor, para evitarle un tremendo disgusto, demostró que era hombre de generosos impulsos, sin contar con que el citado rasgo envolvía una lección de prudencia regalada por el discípulo al maestro. ¡Vaya con el famoso Rataplán! No dudo yo que si modificara algún tanto sus ideas, que son medianejas, por sus puntas y ribetes de socialismo, le viéramos el mejor día ministro.

Por mi parte, si ese día llega, me comprometo á dibujaros esta figura contemporánea con los mejores perfiles de mi pluma de psicólogo; pues, según los estupendos lances de su vida, sospecho que no ha de carecer de originalidad, ni de gallardía, ni de noble y gracioso colorido.

Por la copia,

José M. Matheu.

APUNTES

PARA UN

DICCIONARIO DE ESCRITORAS ESPAÑOLAS

DEL SIGLO XIX.

(Conclusión.)

PÉREZ DE MONTES DE OCA (Doña Luisa).—Poetisa. Nació en la villa de Cobre (Santiago de Cuba) en 1837. Sus primeros trabajos aparecieron en los periódicos de la Habana. En 1857 publicó un tomo de poesías, que aseguró su fama literaria. Son muy pocos los datos biográficos que podemos dar de esta escritora.

PERÍN (Doña Modesta).—Propagandista de las ideas federales en la tribuna del club, en las barricadas de Zaragoza y en las columnas de *El Jurado federal* y otros periódicos. Murió en 5 de Octubre de 1871.

PICH (Doña Rosa).—Escritora catalana. Ha dado al teatro en Barcelona las piezas *Com sucsheix moltas vegadas* y *Gent de barri* (1877).

PINO Y PENICHET (Doña María).—Autora del libro de poesías *Lágrimas y Flores* (Habana, 1866).

PIRES (Doña Dolores).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* (1877).

PLAZA (Doña Magdalena).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* (1874).

POGGI DE LLORENTE (Doña Isabel).—Esposa del distinguido periodista cántabro D. Ildefonso Llorente Fernández. Ha escrito y publicado numerosas poesías de carácter religioso, especialmente en *La Moda Elegante*, *La violeta* y otros periódicos.

POVEDA (Doña Ana María).—Es autora de un *Manual de las señoritas ó Arte para aprender cuantas habilidades constituyen el verdadero mérito de las mujeres* (Madrid, 1853).

POZO GUERRERO (Doña Adelaida).—En *El Defensor del Comercio* y otros periódicos hemos visto versos de esta señora.

PRAT (Doña Carmen).—En 1876 dedicó una poesía *Al rey D. Alfonso XII, pacificador de España.*

PRÍNCIPE (Doña Clotilde Aurora).—Poetisa; nació en 1849, y es hija del escritor D. Miguel Agustín Príncipe. Ha colaborado en *El Correo de la Moda* (1864-65).

PUIG CASTEJÓN (Doña María).—Ha leído poesías en algunas solemnidades dramáticas de Madrid (1877), y pertenece á la Asociación de Escritores y Artistas. Colaboradora de *La Raza latina* y otros periódicos.

PUJALTE (Doña Asunción).—Colaboradora de *La Paz de Murcia* (1876).

PUJOL DE AULÉS (Doña Isabel).—Esposa del autor dramático D. Eduardo Aulés. Ha escrito la comedia catalana *Per amor al art* (1885).

PUJOL DE COLLADO (Doña Josefa).—Activa colaboradora de los periódicos *La Ilustración de la Mujer, Cádiz, La Producción Nacional, Flores y Perlas, La Ilustración Ibérica, El Día,* y otros. Se le debe también la traducción de algunas novelas y muchos trabajos literarios publicados con el pseudónimo de *Evelio del Monte.*

PULIDO Y ESPINOSA (Doña N.)—Ha traducido y publicado un *Compendio de la Historia Sagrada y nociones de la profana* (1846), *El tribunal secreto,* por Clemencia Robert (1848).

Q

QUEMADA (Doña Nicasia).—Escritora, natural de Valladolid, maestra superior. En la inauguración de la estatua de Cervantes en dicha capital (1877), y en otras solemnidades anuales y conmemorativas del Manco de Lepanto, ha publicado ó leído varias de sus composiciones poéticas. Fué premiada en los Juegos florales de Pamplona, celebrados en 1883, por su composición *El cantar de un emigrado.*

QUINTANO Y MEDINA (Doña María Juana).—Poetisa, nacida en Madrid en 27 de Enero de 1815. Son sus obras: *Novena de Santa Teresa de Jesús* (1850); *Novena de San Francisco de Asís; Novena á la virgen y mártir Santa Filomena* (1853); *Canto al natalicio de la Princesa de Asturias* (1851); *Devocionario en verso* (1853); *Plegaria á Nuestra Señora de Atocha* (1860). Murió en Madrid en 1870.

QUINTERO Y CALÉ (Doña Emilia).—Hija de la poetisa doña Emilia Calé y del Sr. D. Lorenzo Quintero, natural de la Coruña. Muy niña aún, publicó traducciones del italiano y del francés en *El Correo de la Moda, Cádiz* y otros periódicos. En las fiestas del Liceo Brigantino del Ferrol en 1881 fué premiada por su notable ejecución como pianista.

R

RAMÍREZ TRUJILLO (Doña Ana).—En 1860 tomó parte en el *Álbum* dedicado á la reina doña Isabel por los profesores de instrucción primaria de Madrid.

RAMOS DE FERNÁNDEZ (Doña Luzdivina).—En 1876 habitaba en Toro, y escribió en la revista de instrucción primaria *La Reforma*. También hemos visto varias sentidas composiciones poéticas de esta señora,

RAVELLA (Doña Teresa).—Colaboradora de la revista *Flores y Perlas* (1883).

REAL Y MIJARES (Doña Elena).—Colaboradora de los periódicos *Los dos Mundos* (1883), *La Patria, La Crónica de la Moda y de la Música*, etc.

REAL Y MIJARES (Doña Matilde).—Maestra superior, institutriz y profesora de los Jardines de la Infancia. Ha publicado las obras: *Los animales trabajadores; Lecturas infantiles sobre la naturaleza* (1882); *La educadora de la infancia, cualidades y circunstancias que debe reunir* (1884); *Observaciones sobre la educación moral del niño* (1887).

RIBERA Y GARAU (Doña María Inés). Escritora, nacida en Palma y muerta en 1861. Perteneció al claustro y escribió algunas obras religiosas.

RIDOCCI (Doña Matilde).—Ha publicado *Nociones de higiene privada general al alcance de los niños* (Valencia, 1876), y *Nociones de higiene privada general para las Escuelas normales y las superiores* (1877).

RIEGO Y PICA (Doña Francisca Carlota del).—Ha escrito numerosos artículos y poesías en *El Correo de la Moda* (1857 á 1865); la novela *Elena de Mendoza* (1881), y el libro *Cartas sobre la misión de la mujer* (1882).

RÍOS (Doña Blanca de los).—En 1879 dió á conocer los primeros frutos poéticos de su ingenio con el pseudónimo de «Carolina del Boss» esta escritora sevillana. En 1880 obtuvo un accésit en certamen abierto por la sociedad «Julián Romea». En 1881 publicó el libro de poesías *Esperanzas y recuerdos*, y por la misma época la

leyenda *Los funerales del César*. En 1889 fué recompensada por la Real Academia Española por un *Estudio biográfico y crítico de Tirso de Molina*.

RIQUELME Y TRECHUELO (DOÑA ADELA).—Profesora de la Escuela normal central. Ha publicado: *Influencia ejercida por la mujer en España* (1883), y *Nociones de Higiene doméstica* (1885).

ROBIROSA Y DE TORRENTS (DOÑA JOSEFA).—Nacida en Villanueva y Geltrú en 1817; dió al teatro el drama *Lorenzo* (1845).

RODÉS Y GARIES (DOÑA RITA).—En 1868 publicó en Zaragoza un volumen de poesías con el título de *Alboradas*.

RODRÍGUEZ (DOÑA CLOTILDE).—Poetisa cubana, conocida por *La hija del Damují*, muerta en Cienfuegos á principios de Abril en 1881.

RODRÍGUEZ (DOÑA NARCISA).—Tomó parte en la formación del *Álbum* que en 1860 dedicaron á la reina doña Isabel los profesores de instrucción primaria de Madrid.

RODRÍGUEZ TIÓ (DOÑA DOLORES).—Poetisa portorriqueña. En 1885 publicó la colección de poesías *Claros y nieblas*, y *Á mi patria en la muerte de Corchado*.

RODRÍGUEZ DE MORALES (DOÑA CATALINA).—Poetisa cubana. Ha publicado composiciones poéticas en *La Raza latina* de Nueva York (1879).

RODRÍGUEZ DE URETA (DOÑA ANTONIA).—En 1885 publicó en Barcelona la novela *Pacita ó la virtuosa filipina*, y en 1889 una colección de *Leyendas morales*.

RODRÍGUEZ DE VELILLA (DOÑA DOLORES).—Poetisa contemporánea, cuyos trabajos hemos visto en diferentes periódicos, y en la *Corona fúnebre* á la memoria de la señorita Estevarena.

RODRÍGUEZ Y PÉREZ (Doña Enriqueta).— En 1865 obtuvo accésit en la Sociedad Bibliográfico-Mariana de Lérida, por su estudio sobre el *Santuario de la Virgen de Atocha.*

ROJAS (Doña Natividad de).—Distinguida señora que ha cultivado la música y la poesía, ya tomando parte en las veladas artísticas del Liceo de Madrid, ya colaborando en *El Correo de la Moda* y otros periódicos. En 1865 se estrenó en el Circo de Madrid la zarzuela *Una apuesta en la velada de San Juan,* letra y música de su composición.

ROJO Y HERRAIZ (Doña Carmen).—Ha colaborado en el periódico *Instrucción para la mujer* (1883).

ROMERO DE MARTÍ (Doña María de la Capilla). —En *La Semana* de Jaén se han publicado poesías de esta escritora.

ROMERO DE SEGOVIA (Doña Sofía).—Actriz y escritora. El público de Madrid la conoce sobradamente para que haya necesidad de decir nada en su elogio, bajo el primer aspecto. Como escritora, ha dado á la estampa gran número de poesías y se ha representado con aplauso en el teatro Lara la pieza *Á la vicaría* (1885).

RONCO Y PÉREZ (Doña Adelaida).—Maestra de instrucción primaria de Pastrana, premiada en 1886 con medalla de bronce por sus escritos de educación, llevados á la Exposición provincial de Guadalajara. No sabemos que hayan sido publicados.

ROS DE JARAMATE (Doña Elisa).—Poetisa. En 1878 publicóse en Barcelona un *Himno á Su Santidad León XIII,* cuya letra se debía á esta señorita.

ROSSEL Y MAÑÉ (Doña Carmen).—Dió al teatro de Barcelona en 1884 el juguete cómico *Apuros de un farmacéutico.*

ROSSO (Doña Concepción).—En *El Eco Moderno* y otros periódicos hemos leído versos suyos (1877).

RUBIANO Y SANTA CRUZ (Doña Ventura).—En 1843 tradujo y publicó en Barcelona la obra de Albat Cler *Fisiología del músico*. Ha traducido también otras obras.

RUBIO (Doña Inés).—Hemos visto la firma de esta señora al pie de algunas poesías (1878).

RUÍZ (Doña Fidela).—Regente de la Escuela normal de maestras de Lérida. En 1888 publicó, en unión de D. Cipriano Ruíz, la obra *Tratado de Caligrafía y Ortología.*

RUÍZ RICOTE (Doña Marcelina).—Profesora de labores desde hace veinte años en el Colegio nacional de sordo-mudos y de ciegos. En la sesión de reparto de premios celebrada en dicho Colegio en 30 de Junio de 1889, la Sra. Ruíz Ricote tuvo á su cargo el *Discurso* reglamentario.

RUÍZ DE CARABANTES (Doña Leonor).—Ha dado al teatro en Valladolid las comedias *Amparo, Por un descuido* (1882); *Por vestirse de prisa* (1883), y *Lo que encubre una levita* (1885). En 1887 dió á la estampa una colección de poesías con el título de *Crisálidas,* la primera de las cuales aparece dedicada á Allán-Kardec, apóstol del espiritismo, y en 1889 la colección *Flores y perlas.* En 1882 había publicado otra poesía en honor de *Santa Teresa de Jesús.*

RUÍZ DE MENDOZA (Doña Joaquina).—Publicó las obras: *Tres tumbas al pie de la Cruz* (1858); *La mujer cristiana, consideraciones filosóficas sobre la influencia de la Santísima Virgen María en las sociedades cristianas* (1870).

RUÍZ Y ALÁ (Doña Carmen).—Profesora de ins-

trucción primaria. Publicó en Barcelona en 1877 un *Método de corte y confección de prendas de vestir para señora y lencería para caballero.* En 1882 dirigió en aquella capital el periódico *El Figurín artístico.*

RUSIANO (Doña Matilde).—Hemos visto la firma de esta señora en la prensa religiosa al pie de algunas composiciones poéticas (1887).

S

SABATER (Doña Adelaida).—Colaboradora del periódico *El Generalife* de Granada (1877).

SÁENZ DE TEJADA (Doña Victorina).—Poetisa, natural de Antequera. En 1865 publicó en Granada un volumen de *Poesías,* del que hizo la prensa entusiastas elogios. En 1875 tomó el velo de religiosa en el convento de San Clemente de Sevilla.

SÁENZ DE VINIEGRA (Doña Luisa).—Esposa que fué del general Torrijos, y autora de una *Vida* de dicho general (1860).

SÁEZ DE MELGAR (Doña Faustina).—Escritora. Nació en Villamanrique en 1834, y llevada de irresistible afición á las letras, las cultivó desde que era adolescente, á pesar de la oposición de su familia. Casada en 1855 con D. Valentín Melgar, pudo ya escribir libremente, y utilizó con gran amplitud la autorización, de lo que dan claro testimonio sus numerosos artículos, sus poesías, sus obras novelescas, su incesante labor, lo mismo en Madrid que en París, donde actualmente reside.

Ha colaborado en los periódicos *El Correo de la Moda, El Trono y la nobleza, El Agente industrial, La Antorcha, El Occidente, La Discusión, La Época, La Moda Elegante, La Violeta* (fundado por ella en 1862), *La Ca-*

nastilla infantil (lo publica en París), *El Mensajero de la Moda* (1879), *La Mujer, El Día* y otros muchos periódicos, así políticos como literarios y de modas. Son sus obras principales: *La Pastora del Guadiela* (1858); *La Marquesa de Pinares* (1859); *Los Miserables de España; Matilde ó el ángel de Valderreal; Angela ó el ramillete de jazmines; Aniana ó la quinta de Peralta* (1876); *La Cruz del Olivar; La higuera de Villaverde; El caballero del Águila negra; La prelada de las Huelgas; Luz y esperanza; Un libro para mis hijas; Manual de la joven adolescente* (1861); *Sendas opuestas; La bendición paterna; Inés ó la hija de la caridad* (1878); *El collar de esmeraldas; El deber cumplido* (1879); *Ecos de gloria,* leyendas históricas (1877); *Páginas para las niñas* (1881); *La Abuelita,* cuentos de la aldea; *María; El hogar sin fuego; Ayer y hoy; Blanca la extranjera; Rosa, la cigarrera de Madrid; La lira del Tajo,* poesías (1859); *Inés la Mojigata; La loca del Encinar* (1873); *Intrigas cortesanas; África y España* (1867); *Deberes de la mujer* (1866); *Romances históricos y lecturas amenás* (1888); *Irene* (1886); *Los dos maridos de Tula* (1886); *Aurora y felicidad* (1889). Para el teatro ha dado el juguete cómico *Contra indiferencia, celos* (1875); el drama *La cadena rota,* y ha traducido *La sociedad y sus costumbres; Los dramas de la Bolsa,* y otras muchas obras. En 1889 se encargó de traducir á nuestro idioma las obras de la reina de Rumania *Carmen de Silva,* dándolas á la estampa con el título de *Flores y perlas.*

SAN ANTONINO (Sor María Isabel de).—Autora de un *Poema historial de la vida de Santo Domingo de Guzmán* (Granada....).

SÁNCHEZ CANTOS (Doña Adela).—Colaboradora de *El Correo de la Moda,* la *Revista Compostelana* y

otros periódicos. Ha publicado las novelas *La víctima de una ambición* (1875) y *Venganza y abnegación* (1876), y ha dado al teatro el drama *La mártir de su honra* (Toledo, 1878).

SÁNCHEZ MARÍN Y GYMIA (Doña María).—Autora de una poesía de la muerte de la reina Doña Mercedes de Orleans.

SÁNCHEZ DE BUSTAMANTE (Doña Luisa).—Tomó parte en la redacción del *Album* que en 1860 dedicaron á la reina Doña Isabel II los profesores de instrucción primaria de Madrid.

SÁNCHEZ DE LLANO (Doña Isabel).—Autora de un *Tratado de Mitología* (1877).

SAN JURJO Y BADÍA (Doña Josefa).—Ha publicado algunas composiciones poéticas en los periódicos de la Coruña (1874).

SAN ROMÁN (Doña Josefa).—Escritora castellana: en los periódicos de Valladolid y de Madrid se han publicado trabajos literarios de la misma (1880).

SANTA CRUZ (Señorita).—Publicó en la Habana el libro *Historias campesinas*.

SANTA MARÍA (Doña Joaquina).—Escritora catalana. Premiada en el certamen de la Juventud Católica de Barcelona de 1877, por una poesía firmada con el pseudónimo de *Ana de Valldaura*.

SANTA TERESA (Sor Gregoria Francisca de).—En 1865 publicó en París un volumen de *Poesías*.

SARALEGUI DE CUMIÁ (Doña Concepción).—Poetisa navarra, cuyos trabajos desconocemos.

SARASATE DE MENA (Doña Francisca).—Escritora navarra, esposa del publicista D. Juan Cancio Mena. Ha publicado *Un libro para las pollas* (1876); *Horizontes poéticos* (1881); *Amor divino*, poesía premiada con

una pluma de oro en el certamen poético de Alba de Tormes dedicado á Santa Teresa (1882); *Una actriz*, novela (1887); *Fulvia ó los primeros cristianos* (1889); y ha dirigido el periódico *La Gaceta de París*.

SCHMIDT (Doña Elisa).—Ha publicado traducciones del alemán en los periódicos de Valencia (1878).

SELLÉS (Doña Elena).—Poetisa, hermana del autor dramático de su apellido. En 1879 publicó en *El Independiente* una colección de *Cantares*. También ha colaborado en diferentes periódicos literarios.

SERRA Y MIRÓ (Doña Rosalía).—Poetisa catalana, residente en Villanueva y Geltrú, en donde son muy apreciados sus trabajos literarios.

SERRA Y MUÑOZ (Sor María del Carmen).—Religiosa del Sagrado Corazón de Jesús en Barcelona. Publicó en 1841 *El ejercicio de la presencia de Dios*, traducción de la obra del P. Vauber.

SERRANO (Doña Arminda Flora).—Es un pseudónimo. El premio logrado con él en un certamen de Orense (1885), lo fué por el poeta D. Valentín Lamas Carvajal.

SERRANO DE WILSON (Doña Emilia), baronesa de Wilson.—Nació en Granada en 4 de Enero de 1843; ha dirigido los periódicos *Las Hijas del sol* y *El Último figurón*, y colaborado en *El Correo de la Moda* y otros muchos. Se le deben las obras: *Almacén de señoritas* (1860); *Alfonso el Grande*, poema histórico (1860); *Las perlas del corazón; La miseria de los ricos*, historia de dos millones (1872); *La mujer; La peregrina del Rhin; El camino de la Cruz*, poema (1872); *Los tres duendes ó el mundo en carnaval; El mundo americano* y *la Exposición de Barcelona* (1887); *Americanos ilustres* (1889). Estos dos últimos libros, como los de carácter biográfico é histórico que tiene en preparación, son resultado de

los largos viajes hechos por la autora en América, donde ha recibido grandes distinciones, como la corona poética que la dedicaron en 1881 los escritores de Colombia.

SEVILLANO DE TORAL (Doña Josefa).—Poetisa, cuyos trabajos aparecen en *La Semana* y *El Industrial* de Jaén, *Cervantes, La Ilustración infantil, Cádiz* y otros. Murió prematuramente en Cádiz, en 10 de Septiembre de 1878.

SHEE (Doña Isabel).—Escritora, premiada en 1882 en el Certamen abierto en Baena para conmemorar el Centenario de Santa Teresa de Jesús.

SIDRACH DE CARDONA (Doña Telma).—Ha publicado poesías en el periódico *El Constitucional* (1877).

SIERRA Y ORENGA (Doña Casimira). — Tradujo del inglés y publicó en Madrid en 1860 la obra *Influencia de la educación doméstica.*

SILVA (Doña Micaela).—Escritora: nació en Oviedo en 8 de Mayo de 1809, y una vez terminada la guerra de la Independencia, se trasladó á Barcelona y más tarde á Madrid, donde pudo entregarse al estudio de idiomas y al de las obras de nuestros clásicos. Escribió muy numerosas composiciones poéticas, publicando bastantes en *El Correo de la Moda, La Mujer cristiana, La Defensa de la sociedad* y otros periódicos; debiéndose citar especialmente su sátira *Un novio á pedir de boca* y la traducción de *El cinco de Marzo,* de Manzoni. Publicó *Emanaciones poéticas,* colecciones de poesías (1885). Después de muy prolongada dolencia, falleció en Jadraque en 20 de Julio de 1884.

SIMAN (Doña Ramona).—Poetisa charadística, que escribía en 1881 para *La Voz de las Clases Pasivas.* Otro *poeta* la dedicaba unos versos, llamándola *inspirada cantora del manso Henares.*

SINUÉS DE MARCO (Doña María del Pilar).—Distinguida y fecunda escritora aragonesa, esposa del autor dramático D. José Marco. Contrariedades de la vida la hicieron utilizar como medio de existencia el cultivo de las bellas letras, á que desde su primera juventud había mostrado invencible afición, siendo en gran número los periódicos, así de la Península como de Ultramar, en que aparecen los trabajos de esta escritora, inspirados todos en la más sana moral. Novelas, estudios de educación, poesías, cuentos para la infancia: he aquí las especialidades cultivadas preferentemente, sin contar las revistas de modas y de actualidades, que son muchas y muy dignas de estimación. Los libros publicados por la Sra. Sinués atestiguan su portentosa fecundidad literaria. Á continuación citamos unos setenta de los mismos, sin poder asegurar que aún sea completa su enumeración: *Glorias de la mujer; Reinas mártires,* leyendas (1877); *Palmas y flores,* leyendas del hogar (1877); *Las alas de Ícaro,* novela (1872); *Un libro para las madres* (1877); *Un libro para las damas* (1875); *Plácida* (1877); *Combates de la vida* (1876); *Un libro para las jóvenes; La primera falta* (1879); *Damas galantes* (1878); *La gitana* (1878); *El becerro de oro* (1878); *Flor de oro* (1878); *La mujer en nuestros días* (1878); *La ley de Dios* (1858); *Á la luz de una lámpara; El lazo de flores; La rama de sándalo; Celeste; El almohadón de rosas; Dos venganzas; Amor y llanto* (1857); *El sol de invierno; Margarita; Á la sombra de un tilo; La senda de la gloria; La virgen de las lilas; No hay culpa sin pena; Rosa* (1878); *Querer es poder* (1878); *Un nido de palomas* (1878); *Á río revuelto....; Premio y castigo* (1859); *Glorias de la mujer* (leyenda); *Tres genios femeninos* (leyendas); *Luz y sombras* (leyendas); *Cuentos de niñas*

(1883); *Una hija del siglo; El ángel del hogar*, estudios morales (1874); *Sueños y realidades; Album de mis recuerdos; Hija, esposa y madre; El camino de la dicha; La vida íntima; Flores del alma; El último amor* (1870); *Mecerse en las nubes; La expiación* (1887); *Verdades dulces y amargas* (1882); *Una herencia trágica* (1883); *La abuela; El alma enferma* (1882); *La dama elegante* (1879); *Narraciones del hogar* (1883); *Manual práctico del buen tono* (1880); *La vida real* (1882); *La diadema de perlas* (1859); *Amor y llanto; Veladas del invierno en torno de una mesa de labor; Álbum de la familia; La corona nupcial; La confianza en los padres; Los mártires del siglo XIX; Páginas del corazón* (1887); *Cantos de mi lira* (1857); *En la culpa va el castigo; Fausta Sorel; Galería de mujeres célebres* (1874); *Cortesanas ilustres; Los mártires del amor; La misión de la mujer* (1886); *Una historia sencilla* (1886); *Isabel* (1888); *Cuentos de color dorado* (1867); *Morir sola* (1889); *Cómo aman las mujeres* (1890).

SOLANCE (Doña Rosario).—Tradujo al castellano y publicó en Barcelona la obra *El lirio inmaculado* ó *Manual del peregrino en Lourdes* (1888).

SOLER (Doña Carolina).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* (1864).

SOLÍS Y GREPPI (Doña Elvira).—Colaboradora de *El Correo de la Moda.*

SORIANO Y PALLAZAR (Doña Isabel).—Escribió en el *Álbum poético* á la terminación del ferrocarril de El Grao á Játiva (1855).

SORIANO Y BAZÁN (Doña Prudencia). — Poetisa aragonesa. En 1875 leyó al rey D. Alfonso XII algunas de sus poesías.

SOTO Y CORRO (Doña Carolina).—Escritora se-

villana. Durante algún tiempo dirigió en Jerez de la Frontera la revista semanal *Asta Regia;* ha publicado además numerosas composiciones poéticas en los periódicos de Andalucía, y es autora de las obras *El Faro de la virtud* (1883); *El Santo de la aldea,* poema (1885); *El terremoto de Andalucía* (1885);*Album de boda* (1888); *El diablo en el púlpito,* poema (1889); *Americanistas ilustres: Excmo. Sr. D. Ramón Elices Montes* (1890). En la actualidad prepara el libro *Poetas andaluces contemporáneos.*

T

TAMARIT (Doña Carmen).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* (1859-60).

TARTILÁN (Doña Sofía).—Dirigió en Madrid el periódico *La Ilustración de la mujer* y colaboró en los titulados *El Correo de la Moda, Flores y Perlas, El Ramillete, La Enciclopedia* y varios más. Publicó asimismo: *Páginas para la educación popular* (1877); *Historia de la crítica; Costumbres populares* (1880); *La lucha del corazón,* novela; *La loca de las olas,* novela (1884); *Borrascas del corazón,* novela (1884). Murió en Madrid en 2 de Julio de 1888.

TORRE (Doña María Luisa de la).—Colaboradora de *La Correspondencia de los Niños* (1877).

TORREGROSA PASTOR (Doña Soledad).—Ha publicado algunas composiciones poéticas en los periódicos de Alicante (1884).

TOVAR Y SALCEDO (Doña Antonia).—Tradujo del francés la obra *Reinaldo y Elina* ó *La sacerdotisa peruana* (Valencia, 1820).

TRONCOSO DE OIZ (Doña Matilde). —Escritora

cubana, cuya pluma, puesta siempre al servicio de la religión, ha dado notables muestras de laboriosidad. La prensa cubana ha insertado muchas de sus composiciones, la mayor parte en prosa. En 1887 fué fundadora en Las Palmas de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

U

UGARTE-BARRIENTOS (Doña Josefa).—Poetisa. Nació en Málaga en 5 de Septiembre de 1855, siendo premiadas varias de sus composiciones en Juegos florales y certámenes de Málaga, Lérida, Santiago y otras capitales. Ha publicado dos libros de poesías: *Recuerdos de Andalucía* (1878); *Páginas en verso* (1882); *La estatua yacente* (1889). También ha escrito para el teatro los dramas *Margarita* y *El Cautivo,* y tiene inédito el titulado *Jaime.*

En 1887 contrajo matrimonio en el conde de Parcent.

URBINA Y MIRANDA (Doña Gregoria). — Escritora. Nació en San Francisco de California en 1857. En 1877 publicó en la Habana, donde residía: *Novena á Santa Elena, Emperatriz,* y *Septenario de melodías divinas.* En dicho año vino á la Península, donde ha publicado: *Una visita al Hospital del Niño Jesús* (1878); *Una Madre cristiana* (1878); *La condesa de Orchis,* novela; *Caracuali,* novela (1879); *Apuntes históricos sobre el pueblo hebreo; Jacobo Cook,* novela; *La mujer en el siglo XIX* (1879); *Historia de Galinda,* novela (1880); *Los Actores de la Humanidad* (1880); *La Mujer en sociedad.* También ha colaborado en *La Voz de Cuba, El Ramillete, La Semana* y otros periódicos.

URIARTE (Doña María).—Hemos visto algunas poesías de esta señora en los periódicos de Andalucía (1876).

V

V'CRONWLEY (Doña Amalia).—Publicó en 1844 la novela *El Nieto del Verdugo.*

VALDERRAMA SÁNCHEZ (Doña Eloísa).—En 1866 publicó en Granada: *Aritmética con la explicación del sistema métrico y el de monedas;* en 1875 *Método de lectura,* primera y segunda parte.

VALDÉS MENDOZA (Doña Mercedes).—Poetisa. Nació en la Habana. Publicó una numerosa colección de poesías con el título de *Cantos Perdidos.*

VALENCIA DE LÓPEZ NÚÑEZ (Doña Carolina). —Escritora. Hemos visto su firma al pie de poesías y artículos religiosos y morales en *La Propaganda* de Palencia, *La Ilustración Católica* de Madrid, *El Mundo de los Niños* y otros periódicos. En 1889 fué premiada su oda *El arpa del poeta* en los Juegos florales de Palencia, y actualmente prepara la publicación de un volumen de sus principales poesías.

VALLDAURA (Doña Ana).—V. Santa María.

VALLE (Doña Petra del).—Colaboradora de *La Semana madrileña* (1877).

VAN-HALEN (Doña Margarita).—Hija del pintor de este apellido. Autora de la novela *Un conde condenado* (1875).

VELARDE (Doña Eulalia).—Colaboradora de *El Correo de la Moda* (1875), *El Cántabro* (1881) y otros periódicos.

VELASCO (Doña Emilia).—Ha escrito en colaboración de D. Carlos Yeves un libro de *Economía política y labores,* declarado de utilidad para la enseñanza en 1884.

VELAVIÑA Y WANDERLÍN (Doña Luisa).—Pro-

fesora de Instrucción primaria, y poetisa, natural de Madrid. Ha colaborado en *El Correo de la Moda, La Paz* de Murcia, *El Porvenir de Santiago* y otros periódicos. En 1877 fué premiada con un accésit en los Juegos florales de Murcia, por su trabajo *La instrucción de la mujer.*

VELILLA (Doña Felisa).—Escribió unos versos en la *Corona fúnebre* de la poetisa Estevarena (1877).

VELILLA Y RODRÍGUEZ (Doña Mercedes).—Publicó en Sevilla en 1873, con el título de *Ráfagas*, un volumen de poesías. En 1876 dió al teatro en la misma población el cuadro dramático *El Vencedor de sí mismo.* Ha colaborado en *El Gran mundo* y otros periódicos.

VENERO BELLVER DE OLLERO (Doña Emilia).—Profesora de instrucción primaria, y directora que fué en Valencia del periódico *La Institutriz,* autora de la obrita *Breves nociones de urbanidad para niñas* (1880). Murió en Valencia en 1.° de Julio de 1883.

VERA (Doña Joaquina).—Escritora dramática. Ha dado al teatro los arreglos: *Dos amos para un criado* (1844); *El disfraz* (1844); *En todas partes hay de todo* (1858); *De España á Francia ó una noche en Vitoria* (1858), y *¿Quién es su madre?* (1872). Al tiempo de representarse este último en el teatro Martín, de Madrid, la autora había fallecido, sin que podamos precisar la fecha.

VERDEJO Y DURÁN (Doña María Tadea).—Poetisa aragonesa, muerta muy joven en Julio de 1855. Ya con su nombre, ya con el seudónimo de *Corina,* escribió muy sentidas poesías en *El Correo de la Moda* y otros periódicos. También ha publicado: *Ecos del corazón* y *La estrella de la niñez.* Ambas obras se han reimpreso diferentes veces.

VERDIER (Doña Ana).—Escritora nacida en 1848. Ha publicado las novelas *Los hijos de Margarita* (1880), y *Mi agonía*.

VERDUGO DE ARAZOZA (Doña Pilar).—Hemos visto varias traducciones de novelas francesas hechas por esta señora (1887).

VEREA Y NÚÑEZ (Doña Constanza).—Colaboradora de *Flores y Perlas* y de otros periódicos. En 1871 se representó en el teatro Martín de Madrid un drama de esta escritora, titulado *Luz en tinieblas*.

VICIANA (Doña María del Mar).—En 1860 colaboró en el *Álbum* que dedicaron á la reina Isabel los profesores de instrucción primaria de Madrid.

VIDAL (Doña María Nieves).—Maestra de instrucción primaria de Fonollosa. Publicó en 1885: *La educación moral* y *El trabajo es indispensable para la civilización de los pueblos*.

VILCHES (Condesa de).—V. Llano y Dotres.

VILLAMARTÍN Y THOMÁS (Doña Isabel).—Escritora catalana, que colaboró activamente en *El Correo de la Moda* y otros periódicos; concurrió á varios certámenes, siendo premiada, entre otras, su leyenda *Clemencia Isaura* con la flor natural en los Juegos florales de Barcelona en 1869. Publicó una colección de cantares con el título de *Horas crepusculares*. Murió en el establecimiento termal de la Garriga, en 1.° de Octubre de 1877, legando todos sus premios literarios á la Virgen de Monserrat.

VILLAR DE LA TORRE (Doña Práxedes).—En la fiesta celebrada en la casa de Cervantes de Valladolid en 23 de Abril de 1879 leyó una poesía alusiva á aquel suceso.

VISCONTI Y VISCONTI (Doña Edelmira).—Ha publicado en Pontevedra *Ecos del alma*, colección de poesías.

X

XAMBO (Doña Emilia).—Publicó en 1879, en el folletín de *Las Noticias* de Murcia, una traducción de la novela de C. Laumier, *La Idiota.*

Y

YANGUAS (Doña Eloísa).—Ha publicado algunas poesías en los periódicos de Zaragoza (1883).

Z

ZAPATER DE OTAL (Doña Rosario).—Es autora de las obras: *Prácticas sociales* y *Prontuario de lectura y música,* y de las novelas *La expiación* y *Madrid por dentro.* Viuda del brigadier Sr. Otal, se consagró en absoluto al cuidado de su madre, y cuando ésta falleció, la Sra. Zapater tomó el velo de religiosa en el convento de la Asunción (1886).

ZAPATERO Y ANGULO (Doña Prudencia).—En la solemnidad conmemorativa celebrada en Valladolid en la casa de Cervantes, en 23 de Abril de 1879, leyó esta señora una poesía alusiva al acto.

M. Ossorio y Bernard.

REVISTA ULTRAMARINA

La conquista del África comparada con la de América.—Los españoles fuimos los primeros en llegar á las fuentes del Nilo.—Stanley y Emin-bey.—Intrigas y manejos.—Bismark los complica.—Nuestros sentimientos humanitarios y los de ahora.—Historias edificantes de Stanley y de ciertos misioneros ingleses.—Caso ocurrido en la muerte de Hernando de Soto.—*Juan de la Torre*, por J. A. de Lavalle: folleto impreso en Lima.—Tipo vulgar del conquistador español.—*Abascal:* otro escrito del citado autor.—*Historia de la división libertadora del Perú*, por Gonzalo Bulnes.

Lo que va de Pedro á Pedro!, podemos sin gran jactancia decir los españoles, cuando en toda la prensa del universo mundo, trompeta colosal que así alienta las empresas más gloriosas, como hace públicas las mayores ignominias é indignidades, leemos curiosísima y edificantísima relación de las desavenencias ocurridas entre los célebres exploradores del África oriental, Stanley y Emin-bey, representantes ó más bien símbolos de las naciones que se dan hoy el pomposo nombre de colonizadoras; desavenencias principalmente producidas por pequeños intereses, pasiones bajas y ruines propósitos. Cierto que ha sido empresa digna de los españoles del siglo XVI la salvación de Emin-bey por Stanley, atravesando casi en toda su longitud el inhospitalario y terrible continente Negro, y burlando las feroces asechanzas de aquellas innumerables tribus an-

tropófagas ; pero hay que considerar, que sobre hallarse toda Europa interesada en tan noble aventura, lo cual es por sí sólo una fuerza casi omnipotente, la han ayudado con 30,000 libras esterlinas la Compañía formada *ad hoc* en Inglaterra, y con recursos que no es posible apreciar todavía, una suscrición abierta en todas las ciudades del Reino Unido, cuyos corresponsales y cuyas relaciones mercantiles representan á su vez otra fuerza moral y material incontrastable, por todo el universo escalonada. Trabajos que se emprenden entre aplausos y con los bolsillos repletos, no exigen la abnegación de los héroes, ni de los mártires la constancia.

Sin rebajar un punto el valor y la trascendencia de semejantes esfuerzos, nos es permitido á los españoles recordar los nuestros en el orden científico, y anteponerlos en el sociológico y humanitario, ya que no son otros en el siglo XIX los fundamentos y justificantes de tales conquistas. Si damos crédito á los periódicos belgas, y en particular al *Journal de Bruxelles,* allá por los primeros meses de 1881, encontraron los exploradores de las fuentes del Nilo huellas indudables de expediciones análogas emprendidas por dos Jesuítas españoles en el siglo XVII, sin otra ayuda que la de Dios, sin otros recursos que su fe inquebrantable, y sin más propósito que el amor á la ciencia y la extensión de los conocimientos geográficos. Ni fueron ellos solos por ventura. Un fraile anónimo y oscuro, cuyo viaje publicó por primera vez en 1877 el Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada, *caminó el río del Nilo ayuso,* hasta subir á la Persia, de donde por el Norte de Europa, por Alemania y Flandes, volvió á Sevilla, su punto de partida. Titúlase este rarísimo documento *Libro del conoscimiento de todos los reynos y tierras y señoríos que son por el mundo, escrito por un*

Franciscano español de mediados del siglo XIV, y aunque no exento de errores y fábulas semejantes á las de los grandes viajeros antiguos Benjamín de Tudela, Pian de Carpino, Ruisbroëk, Oderico de Friuli y John de Mandeville, algunos de sus datos geográficos y de sus interesantes noticias se están diariamente justificando.

Las empresas españolas posteriores, repárese bien, tenían por único objeto la extensión de la fe y por consiguiente de la civilización, y arrancar á la barbarie los pueblos más bárbaros del mundo: obras á toda luz que se miren dignas de una raza verdaderamente épica, que cumplía una misión providencial. No es más grande la que atribuye la mitología á los argonautas, y aun entre ellos simbolizaba el vellocino de oro la ganancia mercantil. Nosotros, por regla general, en los primeros pasos de nuestras conquistas, nunca hemos pensado en el vellocino. Por el contrario: á los ingleses, como á los norteamericanos y alemanes, no los guía otra estrella en esta ocasión. El cálculo de las toneladas de marfil que pueden traerse á Europa como fruto de los viajes de Stanley y Emin-bey, ha sido el cebo, no sólo de los exploradores, sino de sus auxiliares filantrópicos. Suprímase de los libros de caja extranjeros esta columna del *Debe,* y seguramente quedará en blanco la del *Haber*. Ni hay suscriciones ni compañías. Los descubrimientos geográficos se dejarán para mejor ocasión, y los negros seguirán siendo esclavos y bárbaros, hasta que haya una raza de Quijotes que vaya á romper sus cadenas de barbarie por amor platónico á la humanidad. Visto el camino que lleva el mundo, pueden esperar sentados los negros y la geografía.

Cuanto á la conducta de los dos apóstoles del progreso y de la buena nueva africana, el conflicto que han promovido entre las naciones colonizadoras lo prueba por

modo elocuentísimo. Acorralado Emín-bey en Wadelai por las tribus negras, lo salva de la muerte de Gordon el dinero inglés, representado por su colega en filantropía Stanley, que representa al mismo tiempo el papel de Mefistófeles, aunque con el carácter extraño de enemigo de la raza de Margarita, pues lo mismo trabaja por Bélgica que por Inglaterra, con tal que Emin no se ponga al servicio de Alemania. Al decir de los *reporters* y amigos íntimos de unos y otros, que son hasta ahora los únicos que han rasgado un poco el velo que encubría estas miserias, Stanley tan pronto obraba por cuenta de la Bélgica y del flamante Estado del Congo, como por cuenta del Gobierno inglés y de los comerciantes de la City. Si Emin se decidía á enarbolar la bandera belga, se le haría general, conservando su gobierno de Wadelai, con un sueldo fijado por él mismo, y un plus de 12,000 libras esterlinas que se agenciaría vendiendo marfil y comerciando. Si abrazaba la causa de la Compañía inglesa del África Oriental, también sería su boca la medida de la ganancia; pero había de ayudar con sus tropas á Stanley á apoderarse de los territorios del Sudoeste hasta las orillas del Victoria Nyanza, plantando su cuartel en Kavirondo, mientras Stanley conquistaba el país de los Massai, de donde le traería barcos que le permitiesen extenderse hacia el Uganda y el Unioro, para darse la mano con su antigua provincia de Wadelai, y así la Compañía inglesa realizaría su sueño dorado de unir sus posesiones del Sur de África con la cuenca del Alto Nilo.

Sin la ejecución de este plan, queda el dominio inglés reducido á una faja de tierra comprendida entre el mar y el lago Victoria, de unas cuatrocientas millas de largo por menos de doscientas de ancho; es decir, un bocadillo de pan duro para los comerciantes ingleses, mientras las

posesiones alemanas del Sur del Victoria Nyanza podrían, con la ayuda de Emin, extenderse hasta las provincias ecuatoriales, ó sea la cuenca del alto Nilo. El *Times*, nada menos que el *Times*, califica de desastre esta probabilidad, llegando hasta aconsejar á su país que recurra á la guerra para impedirlo. ¡En pleno siglo XIX! Tendría que ver por unas cuantas toneladas de marfil, y por territorios donde la civilización y el progreso parecen imposibles, el choque de razas que se creen tipo del progreso y la civilización, y no sólo el choque, sino quizá una guerra europea de resultados incalculables. Habría que borrar todas las tablas de derechos que suponen haber escrito los pueblos modernos, y rehacer la historia contemporánea, sobre todo en lo que se refiere á las censuras que desde el siglo XVII se han fulminado á España por sus procedimientos en la conquista y colonización de América.

Pues si volvemos los ojos á las complicaciones que en esta contienda puede producir la caída de M. de Bismark, suben de punto los peligros del choque profetizado y aun deseado por el *Times*. Hombre práctico y positivo, el gran Canciller se negaba á comprometer al Imperio en aventuras coloniales antes de establecer una base más sólida que la que por lo visto tiene actualmente la Compañia alemana del África Oriental, representada por el mayor Wiseman, limitándose á obrar de acuerdo con Inglaterra, á pacificar en lo posible los territorios ya ocupados, y á impedir la trata de negros, único punto de vista civilizador y humanitario que puede hacer disimulables estas guerras de invasión y conquista en la época moderna. Pero el Canciller ha caído, y con él la política de los temperamentos conciliadores en África, según parece. ¿No será este suceso la causa determinante de la

conducta de Emin-bey, que, según los últimos telegramas, se decide al fin por entrar al servicio de Alemania, volviendo la espalda á Inglaterra y á su oferta de 12,000 libras anuales.... en marfil? Ello es que, con el título de *El Naufragio de Bismark,* hemos leído en un periódico español, que se dice bien informado en la materia, y que á pesar de su insignificancia puede estarlo, pues su actitud en las cuestiones de Filipinas descubre estrechos lazos con Alemania, un artículo que atribuye exclusivamente la caída del Canciller al nuevo giro que el Emperador está dando á su política colonial y á sus relaciones con Emin-bey, capaces de producir un conflicto internacional, que Bismark preveía y evitaba, «aleccionado *(sic)* por los sucesos de las Carolinas. Por de pronto, concluye el articulista, entre grandes elogios al personaje caido, ya tenemos las protestas de Inglaterra contra los actos de Emin».

Tampoco debe desatenderse otro aspecto de la cuestión, que pone muy negros colores en el cuadro de estos Corteses y Pizarros de nuevo cuño. La conducta que están observando, sobre todo Inglaterra, con los exploradores modestos que representan naciones humildes, porque no pueden apoyarlos con numerosas escuadras y grandes ejércitos, es más que censurable, indigna. Á pocos pueblos deben tanto la civilización y la ciencia como á holandeses y portugueses. Estos últimos en África tienen una historia verdaderamente gloriosa, hasta el punto de disputarnos el descubrimiento del Río del Oro en el siglo XIV, y habérsenos anticipado en la India Oriental por el Cabo de las Tormentas y el estrecho de Magallanes. Sabido es igualmente que hasta han sacrificado la vida de sus reyes por introducir la civilización y el Cristianismo en África. Mientras sólo se trataba de hacer sacrificios gloriosos y expediciones

científicas, Portugal ha obtenido benevolencia y aplauso de sus carísimos protectores los comerciantes ingleses; pero llega á entreverse la posibilidad de cargar de marfil unos cuantos barcos, y la escena cambia por completo. Los servicios portugueses á la humanidad no merecen el premio de anexionarse un pequeño terreno comprendido entre Sofala y el Atlántico, porque la Compañía inglesa del África del Sur lo considera comprendido...., no en sus territorios, sino en *la zona de su influencia,* y no podrá cumplir su misión civilizadora si la navegación del Zambezé ha de estar intervenida por Portugal. De aquí el conflicto que estamos presenciando y que tanto conmueve al vecino reino, hasta poner en peligro sus instituciones. Nada más sofístico que el texto literal de las declaraciones inglesas. «El Zambezé, que es una gran vía comercial é »internacional, debe pertenecer á la Gran Bretaña, única »potencia que está resuelta á reprimir la trata de escla»vos, en lugar de favorecerla, como han hecho hasta aquí »los portugueses.» Calumnia infame en este siglo, pues los portugueses han dejado de consentir en Cabo Verde la caza de esclavos, acaso antes que los ingleses dejaran de explotarla, dedicando casi todos sus barcos á llevar carne negra á América, y toda su influencia á arrancar á España privilegios para este humanitario comercio. Cansada está la historia de repetir que los ingleses se hicieron abolicionistas por haberles negado Felipe V aquel privilegio. Para indemnizarse de tan honrosa pérdida, se quedaron con Gibraltar.

La Compañía belga, finalmente, encuentra en ellos análogas dificultades, desde que, puesta bajo la protección real, puede llegar á ser un obstáculo á sus miras absorbentes. Ya el *Nord* de Bruselas, con finísima sátira, hizo observar que el Transvaal y el Estado libre de Orange

debían desaparecer arrollados por la emigración anglosajona, á causa de que los *boers* son inhumanos, esclavistas por temperamento, maltratan á los cafres y no tienen condición alguna para ejercer influencia moralizadora. Este mal trato á los cafres nos recuerda el que dan los ingleses á todas las razas que dominan. El que no ha visto en el puerto de Hong-kong (como en tantas otras partes) á los simples *commis* de las fondas abrirse paso entre los barqueros chinos, haciendo el molinete con sus *rotens* de puño de plata, á costa de cabezas rotas y brazos magullados, puede dar crédito á los alardes del humanitarismo inglés, que sólo existe en los libros y en los periódicos.

Por no extendernos demasiado en esta cuestión, hoy para nosotros incidental, terminaremos copiando dos documentos fresquísimos, uno acerca de la conducta en África de ese mismo Stanley, publicado en Enero de este año por toda la prensa, y cierta historia edificante de los misioneros ingleses en Blantyre, contada por la prensa de Lisboa y no desmentida por la de Londres. Dice así el primer documento:

«Una nota discordante ha venido á alterar la armonía en el concierto general de elogios que toda Inglaterra tributa á Stanley con motivo de su próximo viaje á Londres.

»John Burns, el popular caudillo socialista de la capital, en su calidad de miembro del Consejo del condado de Londres, ha protestado enérgicamente contra el recibimiento que la corporación pensaba hacer al explorador de África.

«Stanley—dijo—no ha hecho nada por la civilización »en su último viaje en socorro de Emin. Su único objeto »al emprender la expedición, era traer 160,000 toneladas »de marfil para favorecer el egoismo mercantil de la Com»pañía inglesa del África Oriental. Con esta sola mira ha

»sacrificado Stanley en África tantas vidas, dejando cu-
»biertos los senderos de las selvas con los huesos de sus
»compañeros, haciendo ejecutar sumariamente á cuantos
»estorbaban la realización de sus planes, exponiendo á los
»mayores peligros centenares de existencias, sin excep-
»tuar la suya, con un heroismo rayano en fatuidad.

»Si de paso ha hecho algunos descubrimientos geo-
»gráficos, ha sido puramente obra del azar, pues en su
»expedición no le ha guiado ningún pensamiento científico
»ni humanitario. Su conducta con los indígenas de África
»ha dado siempre la razón á los que le acusan de cometer
»crueldades injustificadas é inútiles. Yo he vivido por es-
»pacio de un año entre aquellos indígenas, y nunca he
»comprendido la necesidad de los castigos corporales. Los
»procedimientos de Stanley, desde hace dos años, han
»hecho asomar el rubor al rostro de más de un explora-
»dor del continente africano.»

»Fácilmente puede imaginarse el efecto que produciría este discurso pronunciado en el seno de una asamblea de admiradores del gran viajero. El presidente del Consejo del condado, lord Roseberry, se negó á llamar al orden al orador, como algunos pedían, declarando que eso sería infringir el reglamento.

»Por último: uno de los miembros del Consejo propuso que se abandonara toda idea de recibimiento solemne, á fin de evitar discusiones poco edificantes sobre una personalidad tan eminente como la de Stanley.»

La edificante historia á que nos hemos referido en segundo lugar es la siguiente:

«Lisboa 18 de Enero de 1890 (5 tarde).

»La prensa lisbonense publica hoy un documento notable, que muestra cómo llevan los ingleses al África su

misión civilizadora. Trátase de los sacerdotes establecidos en Blantyre. Un súbdito inglés, Mr. Mac Gregor, se presentó al Gobernador general portugués, reclamando oficialmente el apoyo de su autoridad, en nombre de la humanidad, para que persiguiera á unos misioneros ingleses, y relatando hechos verdaderamente horribles llevados á cabo por las misiones inglesas.

»Un ejemplo entre varios:

»Un pobre negro iba camino de Blantyre, llevando »una caja; á los pocos pasos sintióse muy enfermo, y »en la imposibilidad de seguir su camino, volvió á la »ciudad de donde salía, ocultando la caja entre un »boscaje.

»Vuelve á seguir su camino trabajosamente, pero cae »rendido por el mal cerca de un riachuelo, donde poco »después lo hallan los individuos de la misión inglesa. »Algo debieron saber los de la misión sobre la caja que »el pobre negro llevaba, porque le preguntaron en cuál »sitio la había dejado.

—»La he escondido temiendo que me la robaran.

—»¿Dónde está?—preguntaron los de la misión.

»El negro se niega á revelar el sitio en que la caja es»taba, los misioneros amenazan, el indígena suplica, y »ante la tenacidad de éste, los misioneros le dan hasta »doscientos palos. En el estado del mísero negro, los pa»los acabaron con él. Muerto el infeliz, los misioneros »fueron á buscar la caja, que estaba, con efecto, donde *a »fortiori* había declarado el negro.

»Otro caso : apareció muerto un negro servidor de la »misión. Sospechan en ella que otro indígena fuera el »matador, se apoderan de él y le atan, atormentándole »cruelmente. El negro acusado protesta enérgicamente »de su inocencia, y pide misericordia. En vano ; los in-

»gleses le ordenan abrir una fosa, al borde de la cual le »obligan á arrodillarse.

»El superior de la misión, desoyendo las lamentacio»nes del cuitado, lee indiferente en su libro las oraciones »de difuntos, y, terminadas, manda cargar armas. So»brevino un momento horrible : el negro pidió piedad, el »pelotón disparó, y el desdichado cayó moribundo junto »al hoyo. No había muerto aún, y el superior, dejando el »santo libro y cogiendo un revólver, acabó inhumana»mente con aquel pobre hombre....»

Hará esa lectura indudablemente recordar á todos los españoles el coro de insultos con que los extranjeros han pretendido oscurecer la gloria de nuestra conquista de América, por haberla alcanzado sin ayuda ajena, por nuestro propio esfuerzo y con nuestros recursos propios. Las evoluciones de los tiempos y de las ideas nos están dando la razón en tantas cosas, que puede en ésta pronosticarse ya sin recelo un nuevo triunfo moral y material para España. Á pesar de sus defectos y sus debilidades comunes á la naturaleza humana, y á pesar del espíritu del siglo XVI, en que acababan las naciones de salir de la llamada barbarie de la Edad Media, los soldados de Cortés y Pizarro van á resultar más humanos, más civilizadores y más hombres á la moderna, por decirlo todo con una frase gráfica, que los ingleses de Stanley y los evangelizadores de Blantyre. Día llegará muy pronto en que puedan compararse historias con historias, y los americanos, como Bustamante, que han escrito *Los horrores de Cortés,* los franceses, que les han hecho coro, como Brasseur de Bourbourg, y tantos otros escritores extranjeros, se sientan más inclinados á la benevolencia del abate Niux que á la exageración del P. Las Casas. Hoy por hoy hemos de

concluir recordando, respecto á la humanidad y los procedimientos con los indígenas, un caso que cuenta *El fidalgo de Elvas* en su *Relaçam verdadeira dos trabalhos que ho gobernador D. Fernando de Souto e certos fidalgos portugueses passaron no descobrimento da provincia da Froeida,* historiador que preferimos al Inca Garcilaso y á otros panegiristas de Hernando de Soto, por ser émulo de las glorias españolas y por su laconismo y severidad. Los ingleses que en Dahomey han tolerado y toleran los grandes sacrificios humanos que hace la corte en sus fiestas, debieron tener presente el trance apuradísimo en que se vió Luis de Moscoso cuando, para ocultar la muerte de Hernando de Soto, manifestó á los indios que había subido al cielo por unos días, sin poder engañarlos á todos, pues el cacique de Gachoya «teve para sí que era »morto e mandose allí trazer dous indios mancebos e ben »dispostos: e disse que ho uso da quella terra, era quando »algum senhor falecía, matarem indios para ho acompa»nharem e servirem no caminho e pera isso por seu man»dado eran aquelles allí vindos, e disse á Luys de Mos»coso que lhes mandasse cortar as cabeças pera que »fossen acompanhar e servir á seu hirmao e senhor (Así »llamaba el Cacique á Hernando de Soto). Luys de Mos»coso lhe disse que ho Gobernador nam era morto, mas »que habia ido ao ceo, e que de seus soldados christianos »levara os que le bastaban para seu serviço; que le ro»gaba que mandase soltar aquellos indios *e dahi em »diante nam custumasse tao mao custume:* logo os man»dou soltar é que se fossen á suas casas».

De los trabajos y fatigas sufridos por Hernando de Soto y su gente en el descubrimiento del mar del Sur y paso de los Andes, aunque la ocasión se nos brinde tan propicia, no haremos otra cosa que este recuerdo ligero

para contrastarlo con las ponderaciones y ditirambos que se dedican á los exploradores del Alto Nilo, máxime debiendo de ocuparnos ahora, por caer perfectamente en la esfera de nuestro propósito, en una bien escrita monografía que con el título de *Juan de la Torre, uno de los trece de la isla del Gallo,* ha publicado en Lima D. J. A. de Lavalle, correspondiente de la Academia de la Historia, la cual empieza con este valiente cuadro, trazado por Prescott en su *Historia de la conquista del Perú:*

«Tirando Pizarro de la espada trazó con ella una línea »sobre la arena de Oriente á Poniente, y volviéndose al »Mediodía: —*Amigos y compañeros,* exclamó; *en este »lado están los trabajos, el hambre, la desnudez, las »lluvias y las tormentas, el desamparo y la muerte: en »aquél la holgura y el placer: allí está el Perú con sus »riquezas, aquí Panamá y sus miserias: escoja cada »cual lo que más propio estime de un valiente castella»no, que por mi parte voyme al Sur.»* Y así diciendo, atravesó la línea...., siguiéndole trece compañeros más, de los cuales dice el historiador norte-americano, «*que »cercados de los mayores trabajos que pudo el mundo »ofrecer á hombres y que estando más para esperar la »muerte que las riquezas que se les prometían, todo lo »pospusieron á la honra y siguieron á su capitán y cau»dillo, para ejemplo de lealtad en lo futuro*».

Los trece de la fama fueron llamados éstos que se quedaron con Pizarro en la isla del Gallo, entre los cuales se hallaba Juan de la Torre, protagonista de la excelente monografía publicada por el Sr. Lavalle, dignos rivales todos de aquellos doce pares de Carlo Magno, que llenaron el mundo antiguo con el nombre de los caballeros de la Tabla Redonda. Entre los del Perú sólo había un extranjero, Pedro de Candía, natural de la isla

de Creta. Comparadas con estas escenas las de África, donde se ofrecen á Emin-bey 60,000 pesos al año sobre un sueldo de gobernador, y donde todo el mundo civilizado auxilia moral ó materialmente á la empresa, hay que exclamar nuevamente : ¡Lo que va de Pedro á Pedro!

Y sin ser de los primeros Juan de la Torre, tanto que en la lista de los Trece figura el último, todavía hizo otras cosas dignas de memoria , que merecen muy bien el trabajo biográfico que el Sr. Lavalle le ha dedicado. Sobre permanecer ajeno á las guerras civiles entre Pizarro y Almagro, ocupando su actividad y luces en la fundación de la ciudad de Arequipa, donde fué primer alcalde, fautor de Ordenanzas y obras de policía, gran virtud en aquellos tiempos, al ser asesinado Pizarro en 1541, se puso al lado del nuevo gobernador Vaca de Castro, asistiendo á la batalla de Chupas, tan funesta á Almagro el Mozo y sus partidarios, debajo del estandarte real, con armas y caballo á su costa y minción ; lealtad que no quebrantó ni una sola vez en las posteriores discordias, que le proporcionaron ocasión de repetir la hazaña de Guzmán el Bueno, con mengua, tal vez de las leyes de la sangre y de la humanidad. Fué el caso, que en el alzamiento de Francisco Hernández Girón, tomó partido con los rebeldes su propio hijo primogénito, Juan de la Torre el Mozo, mientras el anciano caudillo de los Trece salía huyendo de Arequipa, sublevada por Girón, á unirse con el ejército y estandarte real, como buen caballero, asistiendo padre é hijo en Octubre de 1554 á la batalla de Pucará, en que Juan el Mozo cayó prisionero, y fué ajusticiado en garrote, sin que el viejo interpusiera en modo alguno su legítima influencia para salvarle, antes decía «que avia sido traydor a su rey e señor, e que no merescia »que se le otorgase la vida», y aun testigos fidedignos,

alegados por el moderno historiador peruano, añaden: «que el dia en que auian fecho justicia del dycho su hijo, »el dycho Joan de la Torre el Viejo, en lugar de luto, se »auia vestido de grana». Extremo riguroso, en verdad, que le censuran con razón grandísimamente sus propios amigos y paisanos, Lorenzo de Aldana y Gómez de Solís. Espejo nunca empañado de lealtad, y recio y duro como un roble, á pesar de sus fatigas en la isla del Gallo y en las civiles contiendas, vivió Juan de la Torre más de cien años sin salir de la modesta esfera de uno de tantos españoles como descubrieron y conquistaron el Nuevo Mundo. Es de suponer que á hombres semejantes no faltarían Stanleys que les ofrecieran muchos miles de pesos y muchas encomiendas de indios, en vez de esterlinas y cargas de marfil, por hacer traición á sus deberes; pero nuestros antepasados, cuando la hacían, la hacían de balde, y por puro amor á la discordia y á la guerra.

No creemos con esto pagada nuestra deuda literaria con el Sr. Lavalle, pues entre sus curiosos escritos de carácter biográfico, interesantes para España, hallamos una monografía consagrada al penúltimo virrey del Perú, Abascal, personaje digno, en efecto, de estudio más profundo que el que hasta ahora le han dedicado nuestros historiadores, porque establece así como cierta solución de continuidad entre los hombres de la España antigua y la moderna. Cabe tanto mejor en el artículo presente el análisis de este trabajo, cuanto que las circunstancias dificilísimas que rodearon al marqués de la Concordia, al resistir por sí solo la insurrección de toda la América, así como las que pusieron á prueba su lealtad monárquica, semejan no poco á las de esos aventureros de las fuentes del Nilo, que miramos propensos á las tentaciones de la deslealtad y la codicia en medio de las asechanzas de

la muerte, que tanto ennoblecen y purifican el espíritu humano en hombres como Abascal. Ha de permitirnos igualmente la *Biografía* de éste volver los ojos á un libro de grande interés histórico que el Sr. Gonzalo Bulnes publicó en Santiago de Chile en 1888, bajo el título de *Historia de la expedición libertadora del Perú* (1817-1822), dos volúmenes en 4.°, que comprenden la historia del gobierno de aquel General como lógico antecedente. Ni padece gran detrimento nuestro plan de estudios críticos de la literatura americana porque atendamos en esta ocasión con preferencia al espíritu de ciertas publicaciones, relacionándolo con acontecimientos contemporáneos ó con cosas y personas de las que llama la prensa periódica de actualidad, toda vez que, aunque sea ligeramente bosquejado, se ofrece así al lector, en sus líneas principales, el cuadro de las relaciones intelectuales que hoy median entre América y España, objetivo principal de nuestros trabajos, según habrá podido observarse en los artículos anteriores. Por ser á toda luz inconmensurable el espacio que tenemos que recorrer, cúmplenos otra advertencia: erraría mucho el que creyese terminado nuestro estudio de un libro, de un personaje ó de un suceso, por verlo comprendido á la ligera en nuestras Revistas, pues volverá á ocupar seguramente nuestra atención cuantas veces sea necesario, á medida que las circunstancias ó los sucesos lo enlacen con nuestro pensamiento. La conveniencia de dar variedad y agrado á escritos homogéneos y de suyo desabridos, pesa mucho también en nuestro ánimo para inclinarnos, ora á la generalización, ora al concretismo, ora al análisis, ora á la síntesis. Ni historia ni crítica hacemos exclusivamente, sino ambas cosas á la vez, y si resultara filosofía política enderezada á fundir en uno los ideales hispano-

americanos, sería para nosotros miel sobre hojuelas.

Representó Abascal á su llegada á Lima en 1806 análoga evolución á la que estaban sufriendo las ideas en España y en América, pues su antecesor en el virreinato, el marqués de Avilés, era de estos hombres que por su beatitud y ñoñería, ganan el cielo perdiendo la tierra. El ilustre escritor Vicuña Mackena, tan poco amigo de los españoles, á pesar de la justicia que hacemos á su mérito, ha confesado en su *Revolución del Perú de 1809 á 1819*, que el sagaz y oportuno Abascal, por su energía y su espíritu conciliador, «era quizá la única valla que contenía en »el Perú el raudal (revolucionario) que lo inundaba por »todas sus fronteras»; y lo contenía con prudentes concesiones y hábiles y bien entendidas reformas. La de cementerios, la de enseñanza y la creación del Colegio de medicina, fueron sus alardes de gobernador, ínterin los sucesos del año de 8 y la Revolución española le obligaban á desenvainar su espada de general y empuñar su bastón de virrey. En esta ocasión, dice el Sr. Lavalle, confirmando indicaciones de muchos escritores, se hicieron á Abascal vivas instancias para que se ciñese la corona del Perú, alentándole á ello, no sólo la opinión pública, sino el mismo Carlos IV, cuando le escribía que no obedeciese á Fernando VII, mientras el primer Bonaparte le colmaba de honores y lisonjas y la princesa del Brasil le confiaba sus poderes: «Mas el noble anciano, dice el biógrafo, no »se dejó deslumbrar por el brillo de una corona; con las »lágrimas en los ojos cerró sus oídos á la voz del que ya no »era su rey; despreció indignado los favores del usurpador »de la patria, y llamó respetuosamente á su deber á la »hermana de Fernando». El 13 de Octubre de 1808 un grito inmenso de admiración y entusiasmo acogió las nobles palabras del valiente anciano, que desde el balcón

del palacio de los virreyes de Lima proclamaba al Perú por Fernando VII. Su propio secretario esperaba que allí naciese la dinastía de los Abascales.

Cuando la prisión del rey en Valençay, coincidiendo con los trabajos de los filibusteros y de las logias masónicas, facilitaron pretexto á los americanos para constituirse en juntas provinciales, que la de Cádiz, en su ignorante candidez, estimulaba, considerándolas focos de patriotismo y lealtad, el Perú permaneció tranquilo, á pesar de las escasísimas fuerzas del ejército real. Caído muy pronto el mentiroso antifaz de las Juntas, según la feliz expresión del Sr. Lavalle, Caracas, Quito, la Paz, Santiago y Buenos Aires aparecieron en plena insurrección contra la Metrópoli, obligando al Virrey á dividir sus tropas, en términos que resulta homérica la serie de pasajeros triunfos que obtuvo. «Prescíndase por un momento de toda pasión, ex» clama noblemente aquí el escritor chileno; y admiremos » sin reserva al hombre que en lucha con el destino, que » había marcado la hora de la independencia de América en » el reloj del tiempo, logró aplazar á fuerza de audacia y » de energía la ejecución de su inexorable sentencia.»

Desde esta primera faz de la revolución americana, hasta el 7 de Julio de 1816, en que Abascal entregó el Perú á su sucesor en el virreynato el general Pezuela, un libro entero del Sr. Bulnes, no menos encomiástico é imparcial, nos da cuenta día por día de los esfuerzos titánicos del anciano Virrey para sostener su difícil situación, que acaso más que nadie creía insostenible, y por eso la abandonó en el primer momento en que pudo creerla desembarazada, pretextando los achaques de sus setenta años (setenta y tres, dice el Sr. Bulnes), y de una llaga que tenía en la pierna, sin contar el amor de su única hija que se había casado y vuelto á España. Con harto sentimiento renun-

ciamos á recoger de las páginas del Sr. Bulnes, tan ricas de color como pobres, tal vez, de estilo, curiosos datos de los trabajos masónicos que se hacían en España para fructificar en el Perú, así á la sombra de las Cortes de Cádiz como de las banderas de nuestro ejército, donde sirvieron hasta 1812 muchos americanos, después generales y revolucionarios en su patria, como San Martín, O'Higgins, y el mismo Bolívar, y aunque hemos reproducido en otro artículo las confesiones de Pueyrredón á este propósito, algunas de la *Historia de la expedición libertadora del Perú* no deben quedar en olvido. «La »idea de la masonería política como palanca revolucionaria aplicada á América, dice el escritor citado en la »página 17 del tomo primero, no es de San Martín, sino de »Miranda, quien le dió cuerpo en el siglo pasado, fundando en Londres una logia para *independizar* (¡qué »verbo, santo Dios!) á Venezuela. De aquí tomó pie otra »institución análoga, que se formó en Europa á principios »de este siglo, con el nombre de *Sociedad Lantaro ó de »los caballeros racionales,* destinada á sublevar la América. Tenía su centro en Londres y una de sus ramificaciones ó ventas en Cádiz.»

Con ser esta palanca tan poderosa, ni la ayuda de Inglaterra y los flamantes Estados Unidos, ni la misma sublevación de nuestro ejército en las Cabezas de San Juan, hubieran probablemente hecho morder el polvo al marqués de la Concordia si en el gobierno del Perú continuara.

Dedúcese de ese dato y de los que ya hemos dado en otros artículos, que Pueyrredón primero, y San Martín después, ó ambos á un tiempo, llevaron la masonería á las orillas del Plata; pero este último hizo más por la independencia, organizando el ejército de Chile á la manera masónica, si bien quizá, por esta misma causa, por haber

establecido un régimen severo en aquellas tropas allegadizas, no perdieron su fuerza tan pronto las ideas autoritarias y monárquicas, que tanta rémora habían de ser á la consolidación de la República en los primeros años de su triunfo. También lo dilató no poco el general arequipense D. José Manuel de Goyeneche, después conde de Guaqui, leal servidor de España, que desplegó condiciones de gran soldado, un tanto oscurecidas por sus instintos de crueldad, que autorizaron las represalias del demagogo Castelli en Córdoba, cuando fusiló al virrey de Buenos Aires D. Santiago Liniers, depuesto por la Junta, al general Nieto, al coronel Córdoba y al intendente Sanz.

Los varios trances de la guerra y la situación angustiosa de Abascal se hallan perfectamente descritas en un párrafo del Sr. Bulnes, harto flojo por el estilo, pero exacto y elevado por el pensamiento. Al hablar del reemplazo del general Belgrano por San Martín en la dictadura de Buenos Aires, dice que éste «recorrió con la vista el glo»rioso cuadro de la revolución argentina, que luchaba (en »las mesetas del alto Perú) desde 1810, alternativamente »vencedora y vencida...., flujo y reflujo de sangre que con»sumía el patriotismo, los hombres, el dinero, sin que la »solución avanzara.... El virrey Abascal, que abrazaba á »su vez aquel conjunto con profunda claridad, miraba el »Perú como la base de sus recursos, y podía echar sus »ejércitos á la Argentina, porque tenía segura su base, »que era el Perú, y su flanco, que era el desierto de Chile».

San Martín se propuso cortarle esa base, plan digno de un buen estratégico, y que se realizó á la postre, aunque no en tiempos de Abascal, ni por culpa de su sucesor Pezuela. Ambos, por lo contrario, podían creer vencida la insurrección americana en 1816, pues la derrota de los argentinos en Viluma había sido tan completa como la de

los chilenos en Bancagua, quedando sólo en el campo guerrillas de gauchos y montaneros, que fueron después la diversión del ejército español, mientras con auxilio de los ingleses y norte-americanos organizaba San Martín su gran expedición libertadora. Abascal aprovechó tan feliz coyuntura para abandonar el mando, y pudo decir al país en su proclama de despedida:

«..... Nadie puede disputarme la grata satisfacción »que experimento al recordar que he estado constituido »por la Providencia á su cabeza (del Perú), empleando »mis incesantes desvelos y afanes en conservarle libre de »los estragos de la discordia.... ¿Qué otra recompensa »podría colmar mi ambición que ver desde las márgenes »del Río de la Plata hasta el Istmo de Panamá reposar en »paz y fraternal contento á los que se hallaban antes arma»dos unos contra otros, sin adelantar más que su exter»minio y su deshonra?» La perspicacia de que dió hartas pruebas el marqués de la Concordia, ¿le permitiría fundar tantas ilusiones en lo futuro como en lo presente?

Terminaremos encareciendo otra vez más el sensato espíritu que anima las obras de los Sres. Bulnes y Lavalle, riquísimo arsenal la primera de documentos de grande importancia, por cuya razón hemos de volver á menudo á utilizarla, y puramente anecdótica la segunda, que antes que biografía á la moderna es un caluroso panegírico del penúltimo virrey legítimo del Perú. Por lo mismo que el Sr. Bulnes lo califica con razón de azote y obstáculo invencible de la independencia americana, prueba claramente con sus elogios, no menos calurosos que los del escritor chileno, el buen sentido y la imparcialidad histórica de las nuevas generaciones literarias.

V. Barrantes.

ÍNDICE

Páginas.

SECCIÓN EXTRANJERA.

Guillermo de Humboldt y Carlota Diede, por Víctor Cherbuliez..... 5
Enrique Heine, por Teófilo Gautier..... 27
Arthur, por Alfonso Daudet..... 39
Cómo se engaña á las mujeres, por Teodoro de Banville..... 46
Proudhon y Courbet, por Emilio Zola..... 55

SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA.

La democracia en Europa y América, por A. Cánovas del Castillo... 75
La mujer española, por Emilia Pardo Bazán..... 101
Verdades poéticas, Consideraciones sobre el libro de este título publicado por Melchor de Palau. Prólogo de D. José R. Carracido, por Juan Valera..... 115
El moderno Anticristo (Ernesto Renán), por Fray Zacarías Martínez, Agustiniano..... 125
Cartas al Sr. D. Juan Valera sobre asuntos americanos, por Rafael M. Merchán..... 143
Rataplán, por José M. Matheu..... 166
Apuntes para un diccionario de escritoras españolas del siglo XIX, por M. Ossorio y Bernard..... 183
Revista ultramarina, por V. Barrantes..... 203

España moderna

AÑO II. NUM. XVIII.

LA ESPAÑA MODERNA

(REVISTA IBERO-AMERICANA)

DIRECTOR PROPIETARIO: J. LÁZARO

JUNIO—1890

MADRID
IMPRENTA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, 22

1890

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director propietario de La España Moderna.

Sección Hispano-Ultramarina.

LA MUJER ESPAÑOLA

II

LA ARISTOCRACIA.

No debo seguir tratando de la mujer española sin distinguir las clases sociales en que se divide, dado que la aristocracia, la clase media, la plebe de las ciudades y el campo, producen tipos diferentes, aunque ofrezcan afinidades que revelan la unidad nacional y el parentesco de raza.

Al nombrar á la aristocracia, nos acordamos en primer término de la familia Real, la cual es un gineceo, pues se compone de cuatro ó cinco mujeres y una criatura. No todas estas mujeres son españolas: la Regente es austriaca, y la infanta Paz, por su matrimonio, está naturalizada en Baviera. Pero la Reina abuela, más conocida por Isabel II, tiene un sello castizo innegable. Desenfadada y aguda; compasiva y burlona; vertiendo gracia á raudales; llana con todo el mundo; supliendo

las graves deficiencias de su cultura é instrucción con la viveza de su ingenio, la reina Isabel (juzgue la historia su conducta política, yo ahora sólo trato de su carácter) es un ejemplar neto de españolismo : si no es *la mujer española* por antonomasia, es lo que llamaría Taine un *tipo representativo* de bastantes españolas de la generación pasada. Su hija la infanta Isabel, condesa de Girgenti, tampoco desmiente la tierra en que nació. Familiar en su conversación; activa como nadie; sin apego á la etiqueta; de genio resuelto y franco, la infanta Isabel practica la virtud muy al modo español, sin repulgos, sensiblerías ni melindres, sin *pruderie* de ninguna especie. Lo que la diferencia del grupo de mujeres españolas en que podríamos clasificarla, es una independencia varonil, una afición al *sport* y á los ejercicios corporales, que parecen más propias de la raza sajona. No puede negarse á la infanta Isabel *personalidad,* condición que la hace muy simpática y la aproxima á las mujeres del Renacimiento. La infanta Paz ostenta aficiones delicadas, como pintar y hacer versos, pero no llega nunca á evidenciar un temperamento artístico ; y la infanta Eulalia, elegante y nerviosa, no ha logrado distinguirse por ningún estilo de la multitud de damas que adornan los saraos y agradan á los ojos con su gentileza.

Descartada la familia real, las mujeres de la aristocracia,—así la de sangre como la financiera ó la que procede de recientes glorias militares y políticas,—son las peor reputadas de España toda. Ya probaré que es una injusticia ; pero tengo que empezar consignando el hecho.

El pueblo de Madrid, que ve pasar en rápidas y muelles carrozas, lujosa y caprichosamente ataviadas, á unas cuantas docenas de mujeres, siempre las mismas; la clase media ó el forastero provinciano que desde el paraíso del

teatro Real distingue á esas propias mujeres recostadas en sus palcos, resplandecientes de pedrería y con los hombros y los brazos desnudos; que devora en los periódicos las «revistas de salones» y los «ecos mundanos» y lleva cuenta de los encajes de cada *trousseau* y los metros de terciopelo de cada cola; que oye resonar ciertos nombres con la insolencia de la belleza, la riqueza y la dicha, al sentir diariamente el aguijón de la envidia y el escocimiento del amor propio, se inclina á creer y repetir que las señoras del gran mundo son todas una especie de Cleopatras ó Julias, tan dispuestas á beberse infusión de perlas en vinagre, como á perderse hoy con César y mañana con los gladiadores del circo. He observado,—y no me parece muy trillada esta observación,—que el auditorio, coro ó *galerie* que siempre tienen las clases elevadas, la muchedumbre que observa y glosa sus menores actos, no mira en esas clases más que á un sexo: el femenino. En la mujer personifica los vicios y virtudes de la clase; y sea que, por efecto de la dualidad del criterio moral que rige para los dos sexos, imagine que al hombre todo le es lícito, sea porque el lujo del hombre no se ostenta, como el de la mujer, en exterioridades que despiertan la envidia, el caso es que los tiros de la maledicencia y las acusaciones dirigidas contra la *high life* toman siempre por pretexto la conducta de la mujer. Que el aristócrata sea haragán, derrochador, desenfrenado, frívolo, ocioso; que viva sumido en la ignorancia y la pereza; que sólo piense, como aquel majo de la célebre sátira, en toros y caballos; que no sirva de nada á su patria en particular, ni en general á la causa de la civilización, eso no asusta á las gentes; lo inaudito, lo que nos conduce á la «decadencia» y al «Bajo Imperio» en derechura, es que se sospeche que la marquesa Tres Es-

trellas tiene un *arreglo,* ó que haya bajado dos centímetros la línea del escote.

Para quien no vive en las esferas de la alta sociedad, ni posee la rara virtud de *hacerse cargo,* son delitos y crímenes una multitud de acciones indiferentes en sí, que las damas aristocráticas ejecutan, ó porque se lo exige su posición, ó por llenar el vacío de su existencia, ó por ajustarse á los cánones de la moda. El pueblo, y más aún la menesterosa clase media, que es quien elabora la opinión, no admite que no sea una perdida la mujer que gasta al año algunos miles de duros en ropa y alhajas; que asiste á las carreras en landó á la d'Aumont ó en *mail-coach,* y merienda allí emparedados, champagne y manzanilla; que quita tela del corpiño y la arrastra en la falda; que perfuma el acolchado de sus batas; que usa á diario medias de seda; que come bien y con sibaritismo, y que al terminar la comida, después de saboreado el café, enciende un cigarrillo turco. Todo esto se le figura al español indicio de la mayor depravación y maldad; y de cada detalle análogo que sorprende, deduce una vida de regodeo y crápula, y supone que esta vida es la de todas las señoras del gran mundo.

Es indudable que algunas viven muy superficialmente, no pensando sino en adornos, fruslerías y diversiones. Pero sobre que esto nace más bien de poco seso que de inmoralidad, es preciso antes de condenarlo ver si los hombres, de quienes recibe la mujer el impulso moral, la dan mejores ejemplos. No vacilo en afirmar que no, y que el sexo masculino aristocrático peca de frivolidad tanto ó más que el femenino. Y en el hombre tiene este pecado menos excusa. La mujer, al ser frívola, al vivir entre el modisto y el peluquero, no hace sino permanecer en el terreno á que la tiene relegada el hombre, y sostener su

papel de mueble de lujo. Suele decirse que en España las mujeres no pueden desempeñar más cargos que el de estanqueras ó reinas, á lo cual ha venido á añadirse últimamente el de telegrafistas y telefonistas. El hombre, en cambio, tiene abiertos todos los caminos y todos los horizontes; y si nuestra aristocracia masculina quisiese pesar é influir en los destinos de su país, y ser *clase directiva* en el sentido más hermoso y noble de la palabra, nadie se lo impediría, y se lo alabaríamos todos.

Sin embargo, no es tan general como se cree el que las damas aristocráticas estén exclusivamente entregadas al lujo y la molicie. Muchas viven en modesto retraimiento; son numerosas las que se consagran al hogar y á vigilar de cerca la educación de sus hijos; bastantes ocupan sus horas con la caridad ó la devoción, y algunas manifiestan loable interés por las cuestiones de la literatura, del arte ó de la ciencia, y hasta del progreso agrícola é industrial. Estas últimas las cito como excepción; pero sería injusto no elogiar el buen gusto literario de la marquesa de Casa-Loring, y la fecunda actividad é iniciativa de la duquesa Ángela de Medinaceli (ya quisieran parecerse á esta señora muchos hombres de su misma clase social). No han sido varones, sino damas de la aristocracia, las que se han interesado siempre por la poesía nacional, que representa Zorrilla; y no han sido varones, sino damas de la aristocracia, quienes primero ensalzaron y llevaron en palmas al ilustre Menéndez y Pelayo. Conocido es el intelectualismo de todas las señoras de la familia Rivas; y bien ha probado su entusiasmo por los dones de la inteligencia la bella hija de los marqueses de Sotomayor, prefiriendo á Cánovas del Castillo, y desdeñando á una turba de pretendientes de sangre azul en campo de oro. De virtud esplendorosa no quiero citar ejemplos, porque pare-

cería ofensa para las que no citase; perdone, pues, la condesa de Superunda que sólo la mencione aquí recordando la claridad de su entendimiento y la seriedad interior de su vida.

Yo que he defendido mil veces el buen nombre de las damas del gran mundo contra acusadores que (lo creo firmemente) nunca habían visto de cerca á una sola, al ver que no se convencían estos austeros moralistas improvisados, acudía á la prueba testimonial, y les rogaba que me fuesen nombrando una por una á las evidentemente livianas (á quienes, repito, no trataban), y yo en cambio les nombraría á las indudablemente honestas (escogidas entre gente que yo podía conocer). «Bien comprende V. (añadía dirigiéndome á mi interlocutor), que si, en efecto, las señoras del gran mundo están tan corrompidas y desastradas como V. dice, es fácil para V. convencerme con nombres y más nombres. Y como la falta principal que V. imputa á esas señoras es la que abre más campo á la calumnia, y si da la gente en suponerla, ya es como si se hubiese cometido, ni replicar podré á los argumentos que V. aduzca. Vengan, pues, nombres.» Entonces mi adversario me nombraba sobre media docena, la media docena eterna, invariable, que da incesante pasto á la murmuración y materia á la crónica escandalosa; la media docena cuya leyenda ha trascendido á provincias, y sospecho que á Ultramar y al extranjero también; yo en cambio enumeraba familias enteras, cientos de señoras, y una vez hasta llegué á coger la *Guía Oficial*, donde está el catálogo de la nobleza, y permitir al moralista que señalase con una cruz las que consideraba culpables. Recuerdo que nunca pudo llegar á completar el *Vía-Crucis*.

Mas ¿quién desarraiga una preocupación tan exten-

dida? ¿Quién combate ideas como las de cierta señora de provincia, que, habiendo leído en no sé qué periódico que las damas aristocráticas adornaban los zapatos de baile con hebillas de diamantes, alzó el grito y juró que no podía ser mujer honrada la que usaba brillantes en los pies, y que no sabía cómo los maridos de esas señoras no las encerraban en las Arrepentidas?

En esta especie de conjuración contra la buena fama de las damas encopetadas han tomado bastante parte el teatro y la novela. Sea porque al público le divierte y halaga la pintura del vicio en las altas clases, ó porque la preocupación de que antes hablé trasciende hasta los literatos, ello es que las duquesas, marquesas y condesas que salen en dramas y libros son casi siempre el mismo diablo de perversas y fatales. No hace mucho que uno de nuestros primeros novelistas, Pereda, dió á luz una novela de costumbres aristocráticas, titulada: *La Montálvez,* donde las señoras y señoritas del gran mundo salen haciendo verdaderos horrores. Yo creo que en Pereda, muy enemigo de la vida de la corte, influyó lo que llamo *la leyenda provinciana:* si el novelista hubiese querido frecuentar el gran mundo, su pintura sería más justa, y no haría de la excepción la regla general. No salen mejor libradas las señoras en las novelas de otro autor de gran valía, el Jesuíta P. Coloma; pero en éste, la sotana explica ciertas apreciaciones excesivamente rígidas sobre bailes, saraos, trajes y distracciones propias de la aristocracia.

La educación que reciben las señoritas de la nobleza se resiente, en mi entender, de dos defectos. Es floja y es muy extranjerizada. Floja, porque no se funda en estudios robustos y sinceros, ni pasa de la superficie; extranjerizada, porque los colegios, las institutrices, las pro-

fesoras, las niñeras y las ayas, todo, para ser elegante y correcto, ha de venir de Francia, Alemania ó Inglaterra. Así pierde cada día más la mujer el carácter nacional y la fisonomía propia. Nunca he entrado en un gabinete ó tocador elegante, que mi instinto de observadora y de novelista no me impulsase á registrar el libro que, forrado en rica tela antigua, descansaba sobre el veladorcillo ó el canto de la chimenea. De diez veces, nueve era una novela francesa, género azucarado, Ohnet, Feuillet ó Cherbuliez; casi nunca un libro místico ó histórico; jamás una novela española, porque para el gusto de estos paladares, acostumbrados á bomboncitos franceses servidos en caja de raso, las novelas españolas son *ordinarias*. Una dama que, como la condesa-duquesa de Benavente, siga con interés y aplauso la marcha de nuestra novela moderna, ó, como la duquesa de Mandas, haya leído y entendido bien obras de prehistoria y geología, es honrosa excepción.

No cabe duda: una mujer que por su posición desahogada y lo bien organizado de su servidumbre no necesita dedicar mucho tiempo á las faenas domésticas; que ya no vive claustralmente como se vivía en el siglo XVIII; á quien se le caen encima, como decimos aquí, las cuatro paredes de su casa, porque el hombre la deserta para correr á sus diversiones y quehaceres, necesita una gran superioridad de espíritu para no abandonarse á la existencia baldía de visitas, paseos, teatro Real y saraos; pensar en algo más que en las oscilaciones de la moda, y ser fuerte y reflexiva. Muchas veces es la vanidad del marido quien la empuja á gastos, exhibiciones y competencias de lujo, si ya no es que con su indiferencia y abandono la obliga á buscar el aturdimiento y el vértigo. Circunstancias atenuantes que no admitirán los que quieren

á la mujer impecable é impasible, pero que el psicólogo nunca desdeña.

El físico de las damas de la nobleza española es, por lo regular, hermoso y arrogante; pero va escaseando ya el tipo de belleza nacional. La mujer de estatura mediana, cintura leve y redonda, movimientos ondulantes y lánguidos ó arrebatados y airosos, ojos negros expresivos y pestañudos, boca algo pálida, tez morena y pelo como la tinta, va cediendo el paso á la rubia carnosa, conocida aquí por tipo á lo Rubens. Hay infinitas rubias en Madrid. Verdad que muchas no son rubias, sino que se enrubian con tinte. Otro tipo abunda en la aristocracia, y ese me parece muy antiguo en ella: es el rubio pálido, anemiado, de cara larga, de labio inferior saliente y desdeñoso, que reprodujeron los grandes pintores retratistas como Pantoja y Velázquez. Á falta de belleza, este tipo respira distinción.

Créese que la traída de aguas del Lozoya y el cambio de clima y de atmósfera que fué consecuencia de ella, han modificado el aspecto de las damas de Madrid, dándoles más frescura y más carne. Para mí es evidente que en la pérdida del tipo nacional entra por mucho la variación del traje, la adopción de modas creadas por otras razas muy diferentes de la nuestra, y que si á ellas les sientan bien, á nosotras nos desfiguran. La mujer española había encontrado la fórmula de su ropaje en los trajes de la época de Carlos IV: la falda corta de raso, el zapatito escotado, y sobre todo la misteriosa, voluptuosa y poética mantilla negra ó blanca, son irreemplazables para un tipo femenil más gracioso que realmente bello. La moda actual, las telas gruesas, los colores apagados, las prendas de corte masculino, de procedencia inglesa, los impermeables y abrigos largos, la bota de suela fuerte

y ancho tacón, y más que nada el sombrero-capota francés, son otros tantos enemigos de la hermosura española. Una mujer de cuello largo y espalda recta, como la inglesa, estará perfectamente con camisolín y corbata de hombre; una mujer de tez muy blanca y fresca no perderá aunque use los medios tonos grises, *beige* y nutria; una mujer alta podrá parecer airosa con un abrigo que la cubra de pies á cabeza; pero la española, pequeña, morena, redondeada, curvilínea, necesita atavíos de otra clase y modas adecuadas á su forma natural. El tipo clásico parece mejor conservado entre las chulas de los barrios bajos que en la aristocracia; pero se debe á que la chula viste aún de un modo que remeda el vestir del pasado siglo: se calza y se peina á la española, y se envuelve en el mantón de Manila bordado de colorines. Cuando las señoras del gran mundo sacan la mantilla de fondo, los días de Semana Santa, en seguida vuelve á brillar, como un diamante montado sobre carbón, el tipo clásico en toda su gracia genuina.

Todo turista de instintos artísticos lamenta, al visitar á España, la desaparición de la mantilla. Un refugio le quedaba, aparte de los días de Jueves y Viernes Santo : las corridas de toros. Pero hasta de ese último atrincheramiento la arrojó la moda. Hoy lo elegante y distinguido es ir á los toros de sombrero (cuanto más exagerado mejor) ; y si se ha de decir la verdad pura, lo elegante es no ir á los toros nunca, y preferir las carreras de caballos, con el teje-maneje de las apuestas, el pugilato de ostentación del desfile y la exhibición de los trajes estrepitosos y veraniegos. La afición á los toros, —que es la verdaderamente española, la que nosotros tenemos en la masa de la sangre ,—solo permanece entre los hombres, las chulas y el pueblo ; la clase media, que

siempre procura imitar á la aristocracia, ha desertado de la plaza, y la mujer española, cuyo sistema nervioso va afinándose tanto, que ya no soporta los «dramas tristes», no puede tampoco resistir las emociones taurinas, que la propaganda filantrópica le ha pintado como gemelas de las del Coliseo romano.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA DEMOCRACIA EN EUROPA

Y AMÉRICA.

V y último.

No voy á tratar expresamente ahora del régimen vigente en Francia, y mucho menos de su Gobierno actual. Mi intento es hablar sólo de los principios teóricos de la democracia francesa, conocida por demás, en sus actuaciones ó revoluciones sucesivas, de todos nosotros, para que deba detenerme en ella tanto como hasta aquí en otras. No haría eso, aunque el tiempo, que me falta ya tanto, me sobrase. Bien sabido es que fuera del Catolicismo y la Monarquía legítima, históricas bases de la Nación española, los legisladores de Cádiz nos construyeron un Estado ideal sobre los principios corrientes de Rousseau, y parecidísimo al de la Constitución francesa de 1791; de la cual se dijo, con razón, «que contenía sobrada República para Monarquía, y sobrada Monarquía para República». De la Constitución de 1812 pudo decirse también lo que reciente-

mente ha dicho de la de 1791 un publicista liberal de Francia; es á saber: «Que parecía tener por objeto provocar incesantes choques y conflictos en el mecanismo constitucional (1)». Pero no tratemos ahora del tiempo pasado. Lo cierto, en tanto, es que la famosa *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano,* con su sentido especulativo, individualista, inorgánico, sectario, y por todo esto junto deficiente é intolerante, goza aún entre nuestros vecinos bastante crédito para que su aniversario se haya celebrado con una apoteosis, más que por ellos, merecida por el trabajo, verdadero genio tutelar de la Nación francesa. No quiere esto decir que, ni aun dentro de la escuela democrática, sus publicistas todos rindan fanático culto al texto concreto de los principios de 1789 (2). Pero cuando han penetrado éstos tan profundamente en gran parte de los continentes europeo y americano, y hasta en los mismos Estados Unidos de nuestros días, ¿qué tiene de extraño, después de todo, que se les siga en Francia tomando por norte, y que más ó menos hayan hasta aquí informado su régimen político, lo propio bajo la Monarquía parlamentaria que bajo el Imperio autoritario y la República? La leyenda misma los protege, porque, al parecer, hay poblaciones francesas que piensan que sólo desde ellos, y por ellos, la dignidad humana, la propiedad libre, y la igualdad ante la justicia existen, como si antes y después no hubiesen gozado, y frecuentemente con mayor seguridad, los anglo-sajones, tales bienes en los dos grandes pedazos de su nacionalidad.

Ocioso parece que añada que, en mi concepto, queda

(1) TH. FERNEUIL: *Les principes de 1789 et la science sociale:* Coulommiers, 1889.

(2) FERNEUIL, ya citado, y PAUL LAFFITTE: *Le suffrage universel et le régime parlamentaire:* París, 1888.

poca historia en Francia para equilibrar cuanto conviene los precipitados *impulsos orgánicos*, que, más bien que organizar, por lo común desorganizan la democracia moderna. De cuanto antes he expuesto, se induciría fácilmente. Pero lo histórico, dicho sea con imparcialidad, todavía es más imposible de crear arbitrariamente, cuando ya en realidad no existe, que lo nuevo, por inconsistente que sea esto último después. De aquí la dificultad extrema del problema político en general, dentro de aquella Nación, por tantos otros títulos envidiable. Suponiendo que la República sea su definitiva forma de gobierno, cosa que ni niego ni afirmo, quedará el tiempo encargado de demostrar si, con efecto, es posible una República unitaria, porque nada puede enseñarnos acerca de eso el ejemplo de las Confederaciones anglo-americana y helvética. Son históricas obras estas, que no quiere Francia imitar, enamorada, y no sin motivo, de su unidad armónica y sana por una parte, mirando siempre, por otra, á las conveniencias de su organización y acción militar. Pero, aunque quisiera, no por eso resucitarían de verdad sus antiguas autonomías bretona ó borgoñona, por ejemplo, ni el espíritu aparte que hace menos tiempo distinguía de sus habitadores franceses, á los flamencos, alemanes y españoles, por no contar los italianos, que aún no son tan franceses como otros. Francia no encierra elementos ningunos federales, y tampoco es bastante desgraciada para abrigar en su seno la más mínima cantidad de separatistas disfrazados. Ya he dicho de antemano, y repetirlo fuera inútil, lo que las federaciones piden á la realidad preexistente. Por otro lado, ni tiene hoy Francia, ni Dios sabe si tendrá por cimiento jamás su forma política constituida, sea ella la que se quiera, el único

bastante hondo y firme para hacerlas eternas, es decir, la aquiescencia universal. Todas las Repúblicas de América poseen esta fundamental condición, como probó México pocos años ha, de igual modo que los Estados Unidos y Suiza. En Francia, por el contrario, ni la República, ni la Monarquía legítima, ni el Imperio, pueden ya aspirar á poseerla. Nada de esto que, á mi juicio, le falta á la democracia francesa para igualar á sus hermanas, depende de ella; pero sin lo que no tiene, ni puede tener, vive, y habrá de vivir por fuerza.

El principio de la soberanía está, en cambio, allí, encarnado clarísimamente. Rige la Nación el titulado sufragio universal directo; sin límite en el vario derecho cantonal ó particularista, sin freno ninguno para sus mayorías volubles. La total soberanía se ejerce á su nombre, y él es el amo efectivamente, como los franceses de todos los partidos reconocen. De su inteligencia y su moderación; de la realidad de su concurso, por una parte convencido y por otra sin egoismo ni desfallecimiento; del recto ejercicio, en fin, de su no compartida soberanía, espérase allí el posible bien. Ninguna mitigación á la ley del número; dondequiera resuelve la mayoría absoluta: en los comicios, en el Senado, en la Cámara de los Diputados, en la Asamblea Nacional, delegación suprema del pueblo y verdadera cabeza del Estado. Esa representación constante distingue de la democracia absoluta ó directa el actual sistema francés; pero ninguna hay tan pura, como en éste, entre las representativas. Fáltales sólo el *referendum* á los ciudadanos de la Nación vecina para seguir en rigor democrático inmediatamente á los de la *Lansgemeinde* helvética. Sin embargo, ya que el reunirse todos los republicanos franceses á deliberar en una pradera, como los de Uri, no sea hacedero, llévan-

les á estos mismos la ventaja de que ejercen la soberanía totalmente, no una parte sola y desnuda de lo más importante, reservado siempre á la Confederación donde existe. De todo lo cual resulta que no puede quejarse Francia hoy de que sus instituciones coarten la libertad, dependiendo de la mayoría absoluta de sus hijos que sea aquélla en su suelo moral y jurídica, no semejante á la que se titula natural, por no aplicarle peor nombre.

Si la laboriosidad, la inteligencia, el saber, el honrado espíritu de economía, las grandes cualidades de los individuos bastaran, contemplaría sin duda el mundo con total confianza el Estado francés, que tiene bajo su dirección el movimiento de una de las mayores y más fecundas fuerzas humanas. Pero los hombres están no menos influidos por sus instituciones que las instituciones por los hombres. Preciso será, por tanto, que sin cesar estudien las suyas nuestros vecinos, para hacerlas realmente mejores, que no para alterarlas apasionada y caprichosamente. La delicadeza de relaciones que el régimen *de gabinete* que ensayan exige, entre los poderes distintos y los que los ejercen, ¿serán para manejados por una mano por naturaleza tan ruda como la del sufragio universal? Dúdanlo no pocos republicanos sinceros, por lo cual hay quien piense allí en el régimen deficientemente distinguido con el nombre de representativo, es decir, con suprimir los ministros responsables ante las Cámaras. Al propio tiempo, la presidencia actual de la República no se deriva de la designación popular inmediata ni mediata por el recelo que en aquellos republicanos origina el procedimiento plebiscitario, tan conocido en la moderna historia de Francia; pero con y sin ministros responsables, bien puede ser de ese modo un juguete en manos de las Cámaras que lo nombran y enfrente del su-

fragio universal, que directamente no lo conoce. Lograrán, en todo caso, las cualidades personales de los Presidentes, hacer respetable su autoridad en circunstancias ordinarias; pero en las extraordinarias, que siempre están cerca de una Nación militar, y aun de una democracia mal equilibrada, sentiráse, en mi concepto, la necesidad de un hombre como Lincoln, de más origen y prestigio popular. El poder legislativo está por su lado dividido en dos; pero aquel Senado no presenta derechos propios enfrente de la representación directa de la Nación, como los compuestos de mandatarios de cantones ó Estados soberanos. Nadie negará que sea el Senado francés ahora, emanación lejana del sufragio universal, una obra de todo punto artificiosa; y tal vez ganaría con que se le constituyera en una directa y exclusiva representación de las municipalidades como tales, elemento único éste que allí tenga aún algo de histórico, no obstante la uniformidad oficial impuesta entre nuestros vecinos á las localidades por una larga y enérgica centralización. No en vano los que hemos asistido á las últimas elecciones, mejor que los que sólo tienen noticia de ellas por los periódicos, podemos testificar que, así los que votaban como los que no, parecían conformes sobre lo siguiente: que en la nueva composición de la Cámara de los Diputados exclusivamente consistía, cual si hubiera una sola, no ya la futura suerte del ministerio, ni de un partido, ni siquiera del Presidente, sino la de la forma misma de Gobierno.

Y, con efecto, bajo un régimen de *gabinete* por el estilo del que la República francesa conserva, ¿qué medios de existencia le quedan tampoco á un Presidente sin mayoría en la Cámara de los Diputados? Ningún *gabinete* inglés vive así tampoco; pero detrás de él hay al

cabo un jefe del Poder ejecutivo inamovible, unánimemente aceptado, defendido por los ciudadanos activos y por los habitantes que no lo son en ambos sexos; poder con eficacia moderador, porque su inmensa autoridad moral lo erige fácilmente en árbitro; que cede sin aminorarse, porque su indiscutibilidad y su inviolabilidad efectivas lo ponen al abrigo de los menosprecios de la flaqueza. Pero supongamos suprimido el *gabinete*: ¿qué poder, de todos modos, hubiera quedado en Francia capaz de luchar contra una mayoría enemiga recién elegida por el sufragio universal, como ha solido y suele luchar, con ventaja, el Presidente de los Estados Unidos contra el Congreso? No resulta ya aquí que, tomado en conjunto, el régimen que vulgarmente se apellida representativo, ni en las Monarquías ni en las Repúblicas, ofrezca ventaja sobre el parlamentario, y aun me parece muy inferior al de *gabinete* de verdad, al de *gabinete* en Inglaterra, ó sea á aquel que arranca de un cuerpo electoral que puede y quiere ser independiente. Pero, dígolo con verdad, en una democracia sin contrapeso alguno eficaz, como la francesa, el régimen de *gabinete* me inspira aún mayores recelos.

No es posible que allí haya, entre otras cosas, partidos gobernantes como los que hasta aquí ha habido en Inglaterra. Nada más distante que los grupos parlamentarios que las Repúblicas francesas han conocido, del concepto de los partidos que Burke profesaba, y que lord John Russell prohijó en su *Ensayo histórico* sobre la Constitución inglesa. Todos aquellos pensarían también constituir corporaciones de hombres reunidos, para procurar por sus esfuerzos juntos el bien del país, partiendo de un principio común; pero hubiera sido además preciso, según observó Russell, que, descartando los vicios y

las violencias, pudiesen, como fuerzas políticas, ofrecer á un pueblo, por su parte constituido en juez del campo, igual libertad, seguridad personal idéntica, y más tranquilidad que nunca, aun sin contar con la consideración y la gloria (1). ¿Logran parecida cosa los grupos parlamentarios franceses, ni por separado, ni juntos? Verdad es que, al menos, no hay por acá partidos semejantes á los de los Estados Unidos, en lo cual nada pierden nuestros vecinos. Por esta razón tal vez, mientras en la República anglo-americana el grito de los mejores ciudadanos es *fuera los partidos,* los mejores republicanos franceses piden partidos á voces, y cada día con más necesidad, al parecer. ¡Tan contigentes y variables son las cosas políticas! Pero, para concluir : si ningún partido en Francia es un organismo capaz de ponerse en lugar de la Nación, formando un Estado extralegal, con igual ó mejor organización y disciplina que el que las leyes establecen, tampoco representa ninguno, en cambio, un instrumento político que, absolutamente dentro del orden legal, alterne por la sola utilidad patriótica de la alternativa, que no por peculiares intereses, con otro, en el ejercicio de la soberanía. Esto, sin embargo, es lo que sin remedio necesita el régimen de *gabinete.*

Fáltales, por otro lado, á los prupos políticos franceses, poderosa organización con jefes ciertos y disciplina segura, y, aparte de esto, tribunal capaz de ponerse de acuerdo sobre sus acciones y méritos, juzgándolos serena é imparcialmente ; lo cual cabe sólo en un cuerpo electoral que sobre lo más, y todo lo esencial, esté conforme. Y ¿qué se quiere? Estimo yo además que, para que salgan buenos partidos gobernantes de un cuerpo

(1) Lord John Russell : Obra citada.

electoral, es conveniente también que no hagan de él parte los que no posean por lo menos casa y hogar, cosa que indudablemente predispone á incorporar el interés personal en el público. Mas no hay que hablar de ese principio inglés en Francia. Hay allí, por el contrario, sobra de electores, y partidos irreconciliables, que casi por mitad se reparten la Nación, quedando un tanto al acaso de tal modo los destinos del país cada cuatro años; hay grupos gubernamentales, más ó menos reductibles, pero siempre sin raíces hondas ni suficiente organización en el país, y por lo mismo sometidos á las pasiones ó los caprichos individuales; hay dondequiera exageración de ideas y aspiraciones. Y, entretanto, no porque Francia carezca de grandes partidos gobernantes, el sistema de los grupos y de las mayorías pasajeramente formadas por ellos, ya juntos, ya separados, deja de dar por fruto un *funcionarismo* de que la celebrada administración de aquel país había estado bastante libre este siglo. No los periódicos, que bien sabemos todos que hasta de buena fe exagerán siempre, con el calor y los demás estímulos de la diaria contienda, sino los libros políticos, más serena y razonablemente escritos en esta época, lo pregonan. No ha llegado, con todo, allí la corrupción hasta donde en otras partes; ni los partidos, ni sus jefes, aunque quizá no impecables, suelen hacer meros instrumentos de su personal provecho las instituciones; mas éstas, para decirlo de una vez, dejan harto más que desear en sí mismas que las de Suiza y los Estados Unidos, considerándolas desde el propio punto de vista democrático.

***

Y estoy ya tocando al término. La variedad con que, según acabamos de ver, se ejerce aquí ó allá la soberanía dentro de un mismo principio político, prueba ante todo que José de Maistre tuvo razón al decir que basta que una constitución pueda aplicarse á distintos pueblos, para saber que á ninguno le conviene. Con efecto: ni la constitución federal suiza sería aplicable del todo á los Estados Unidos, ni ésta ni aquélla República darían á la francesa útil modelo. En una sola cosa está toda democracia conforme, y es en no entregar el ejercicio de la soberanía á la Nación entera. Dondequiera conservan un Estado, por mayor ó menor número de habitantes constituido, mas nunca por todos. Tampoco existe en democracia alguna la igualdad de derechos políticos, desde 1789 ofrecida á todos los seres capaces de discurso y voluntad. ¿Podrán ellas mantener así perpetuamente la consideración del sexo, como razón generadora del derecho político, hasta fuera de los límites de la convenida *capitis diminutio* de las mujeres casadas, extendiéndola á las célibes y viudas con fortuna ú oficio independientes, instruidas, y harto más interesadas con frecuencia, que muchísimos varones en el buen gobierno? La misma arbitrariedad de los plazos de la mayoría de edad, que hace que en los cantones suizos el derecho electoral vague entre los diez y siete y los veinte años, fecha bien prolongada en otras partes, ¿no tendrán que sustituirla al fin las democracias igualitarias por una norma fisiológica con valor científico, en vez del empirismo actual? La Iglesia católica, que no peca de ligera, ha sido ya mucho más generosa que ellas en este punto, reconociendo el discurso y la voluntad en menores edades, para casos más graves que depositar votos en las urnas. Parecida cosa ha hecho el Derecho Penal. Y no se me hable de in-

convenientes, que demasiado los sé; pero son los que lógicamente trae consigo el lujo de no parecer doctrinarios, y el llevar á sus consecuencias los principios. El caso es que mientras lo antedicho no se realice, la desigualdad de los humanos, tan reprobada á Aristóteles, continuará en substancia. Bien lo comprenden ya Inglaterra y los Estados Unidos, que al compás que se democratizan, acercan indudablemente las mujeres á la vida pública, sobreponiendo la lógica de un principio, no diré al masculino orgullo, sino mayormente á las burlas que acogen cualquier moda nueva, *hasta que se hacen los ojos,* como decimos vulgarmente.

Imposible es negar, por otro lado, que en todo su conjunto cabe sólo llamar Nación á cualquiera gente. Aquél es quien únicamente constituye una personalidad nacional, y la gran voz de la conciencia de ésta fué la que se oyó allá en nuestra lucha de la independencia, así como en la Santa Rusia se oye también cuando flotan hacia Constantinopla sus banderas. Todo lo que no sea eso, constituye actos de soberanía del Estado, ó expresiones de lo que se llama *opinión pública,* en realidad limitada al privilegiado número de seres humanos que gozan de la consideración de ciudadanos activos. La conciencia nacional, lo repito, es otra cosa. Manifiéstase la vida en el planeta por muy diversos modos; y es claro que esta conciencia sin cerebro único no alcanza la variedad inmensa de nociones, de sentimientos, de aspiraciones, que cabe en las individuales. Pocas, pero fundamentales ideas; pocos, pero profundísimos sentimientos, contiene en su particular espíritu la personalidad social ó nacional, y tampoco necesita más para sus fines providenciales. Si á su conciencia, verdaderamente pública, se le pregunta por todo, y á cada instante, ó no responde ó

responde mal, porque es en verdad estrecha su peculiar esfera. Pero, en cambio, cuando dentro de ésta habla, poco menos que infalibles son sus sentencias.

Viniendo, por último, á conclusiones más prácticas, he de decir aún que, en mi concepto, ni la bondad de las democracias en cualquiera forma constituidas, ni la de ninguna otra organización de Estado, entiendo yo que se juzgarán un día por reglas abstractas: ni por las que sentó *a priori* la Revolución francesa, ni por las que desde Montesquieu, y su poco exacta teoría de la división de poderes, se han inferido experimentalmente del feliz resultado de las instituciones inglesas. Para mí, los tiempos llegan en que un régimen político sea estimado, sobre todo por la aptitud que posea para mantener en orden al trabajo y al capital, contribuyendo hasta donde quepa á su concierto necesario. Todos los Gobiernos rinden algún tributo ya, aunque en mayor ó menor cuantía, al socialismo del Estado, bien que ninguno haya adelantado sus pasos tanto en esta senda como el alemán. Pero lo más grave es hoy, bien lo sabéis, que la Iglesia católica en la propia Alemania, en Inglaterra, en Francia, y más que en ninguna parte en los Estados Unidos, rechaza á título de unas de sus principales leyes, la caridad, los excesos de la concurrencia ó de la lucha por la vida en la regulación del trabajo. El Papa mismo ha declarado no ha mucho que es lícita la existencia de la formidable asociación titulada de los *Caballeros del trabajo* en los Estados Unidos, con tal que respete la propiedad individual, y que no incurra en los extravíos del socialismo revolucionario. Por tales caminos ya la mayor fuerza moral que posea el mundo, reparad también que la fuerza material más triunfante en el mismo y más gloriosa, se ha dejado persuadir del socialismo de la cátedra, del llamado

inexactamente *socialismo católico*, del socialismo conservador, y hasta de la nueva economía política realista, conformes ya en una cosa, á saber: que las leyes matemáticas de la producción y la demanda, ni se deben, ni se pueden aplicar á los hombres. No discuto aquí, expongo; no pretendo establecer, según dije ha poco, sino que el Estado del porvenir ha de estar influido, antes que por nada, por el hecho novísimo de que sobre los antiguos problemas políticos claramente prepondera el problema social.

Pues ahora bien: el más simple planteamiento de este problema dificilísimo, obligará á prescindir de gobiernos que no sean capaces de pasar irresistiblemente á un tiempo sobre las minorías propietarias ó capitalistas, y sobre las mayorías trabajadoras y proletarias, con el fin de que ni las primeras aprovechen las ventajas todas de la concurrencia, ni extiendan las segundas su estricto derecho á vivir trabajando, hasta convertirlo en máscara de la pereza, del apetito de lo superfluo ó del vicio. Dígase, por otra parte, contra el socialismo y sus sistemas varios, cuanto se quiera, paréceme á la par esto evidente: que en las democracias donde se reconoce por amo al pueblo, ni siquiera es racional que los servidores disputen al dicho amo la seguridad del sustento. De esta compenetración de la soberanía absoluta con la pobreza en la mayoría de los ciudadanos, fuerza será que las democracias se den cuenta exacta, no mirando sólo á los inconsistentes diques que hábitos, respetos, ignorancia, desconocimiento aun de las propias fuezas, mantienen todavía en pie, sino á la cantidad de las corrientes asoladoras que pudieran rebasar todo cauce alguna vez. Si para esas horas carecen las democracias de organismos proporcionados á la misión primera del Estado, si

no aciertan á sobreponerse á los más, cuando haga falta, á pesar de su dependencia absoluta del número, poca duda será permitida, respecto á los riesgos que correrá en sus manos el orden social.

Las mayorías, trabajadoras ó sin trabajo, totalmente apoderadas del poder público, ¿por qué no han de dirigir el ejercicio de su incontestada soberanía en un sentido conforme á su erróneo concepto de la justicia, á sus deseos vagos y sus reales necesidades, por más que suela esto hallarse en contradicción con las ineludibles leyes de la desigualdad natural (1)? Todas las soberanías han abusado hasta aquí, y por nada ha luchado tanto el género humano como por ir poco á poco enfrenando á las anteriores. ¿De qué modo se logrará esto mismo con la más moderna? Sábelo Dios solamente; pero no sería mucho que para contenerla, si la contenían, engendrasen las democracias de nuevo, como engendraron ya en Grecia, aquella clásica institución del *tirano,* y la dictadura consular ó imperial en Roma, frutos de un propio árbol. Parecería entonces más loable que ahora el grande Estado alemán, donde, rindiéndose tributo á la evidencia de los males sociales, y procurándoles el alivio posible, ya que no total remedio, reside suficiente poder orgánico para excluir de la cuestión la violencia brutal por todos lados, dando lugar con el inexorable mantenimiento del orden al tiempo y á la inteligencia humana para adquirir por racionales métodos mayor bienestar común, y evitar más número de males de día en día (2). No olviden las democra-

(1) No serán suficiente obstáculo libros como el de H. C. MAILFER: *De la Démocratie en Europe:* Saint-Denis, 1875, ni tampoco el de Henry Maine: *Popular governement:* 1886.

(2) El príncipe de Bismarck ha dicho con orgullo en el Reichstag, á propósito de esto: «Il m'est permis de revendiquer pour moi la paternité première de toute la politique sociale». *Discours de Mr. le Prince de Bismarck*, vol. XV, pág. 283.

cias individualistas, enemigas feroces del socialismo á las veces, que está éste dentro precisamente de su propia naturaleza, porque el poder igual de todos, aunque sea un imposible práctico, pide que las consecuencias sociales para todos sean iguales también. Por eso mismo se encuentran forzadas á mayor precaución y acción, allí sobre todo, donde por deficiencia de la espontaneidad individual haya por fuerza de intervenir el Estado. Hoy ya el socialismo católico, como el conservador, la Monarquía prusiana de derecho divino como el *torysmo* democrático, ó sea la democracia conservadora de D'Israeli y sus discípulos, ofrecen lecciones útiles para este caso, que los Estados democráticos tendrán que precipitarse á aprovechar.

A. Cánovas del Castillo.

NOVELA-PROGRAMA

A la Sra. de R. G.

Mi distinguida amiga: Hace ya meses que me envió V. un ejemplar de *Looking backward,* novela de Eduardo Bellamy, impresa en Boston en 1889. En seguida di á V. las gracias por su presente; pero, como tengo tantas cosas que leer y tantos asuntos á que atender, confieso que no leí la novela, y la dejé arrinconada.

Pasó tiempo, y un día la novela cayó de nuevo por casualidad entre mis manos. Entonces reparé en una cosa en que no había reparado antes, y que no pudo menos de mover mi curiosidad hacia la novela. En letra mucho más menuda que el título y por bajo de él, decía la portada: *two hundredth thousand.*

Estas tres palabras me dieron dentera, ó, si se quiere, envidia. Yo también soy autor, y no estoy exento de tener envidia á otros más dichosos autores.

Las tres palabras indicaban que de la flamante novela se habían vendido ya doscientos mil ejemplares cuando se

imprimió el que yo había recibido. Desde entonces hasta ahora ha pasado tiempo bastante para que se vendan otros cien mil. Bien se puede afirmar, pues, que lo menos trescientos mil ejemplares de *Looking backward* han sido ya vendidos.

En ese país y en Inglaterra hay mucha *librería circulante*, y los libros además se prestan sin dificultad. No es exageración suponer que cada ejemplar ha sido leído por diez personas. El Sr. Bellamy, por consiguiente, puede jactarse de que han leído ya su obra tres millones de seres humanos. Sobre esta satisfacción de amor propio debe de tener además el gusto más sólido y positivo, suponiendo que sus derechos de autor son por cada ejemplar no más que diez céntimos de *dollar,* de haber cobrado á estas horas por su trabajo treinta mil *dollars*, ó dígase bastante más de ciento cincuenta mil pesetas de nuestra moneda. Tan opimos derechos merecen, en verdad, el pomposo nombre de *royalty, realeza,* que tienen en inglés; mientras que los derechos de los autores españoles, salvo en rarísimos casos, debieran llamarse *beggary, mendicidad* ó *pobretería.*

Compungido yo y descorazonado por esta consideración, vengo á sospechar á veces si todo, y singularmente los escritores, estaremos en España muy por bajo del nivel intelectual de otros países. El que en España no se lea no basta á explicar que no se lean nuestros libros. Si fueran buenos, me digo, se traducirían y leerían en otros países, ó bien en otros países aprenderían el español para leernos. ¿No sucede esto por dondequiera, con los libros que se publican en Francia? En nuestra Península, y en toda la extensión de la América hispano-parlante, ¿para qué ocultarlo?, Zola, Flaubert y Daudet son más estimados que Alarcón, que Pereda, y hasta que Pérez Galdós,

y de seguro que se han leído y se han vendido más ejemplares de *Nana* ó de *Germinal,* ó de *La Tierra,* que de *Sotileza* ó de los *Episodios nacionales.*

Con los libros en inglés aún no sucede esto tanto en las naciones que hablan nuestra lengua; pero los libros en inglés, si llegan á hacerse populares, no han menester de nuestro tributo.

Harto se ve en *Looking backward.* Tal vez sea yo, hasta ahora, gracias al ejemplar que V. me envió de presente, el único español que sabe de dicho libro, y de dicho libro, con todo, se han vendido ya más ejemplares que de ninguna de las novelas de Zola: del más glorioso y á la moda entre los novelistas franceses.

Á pesar de cuanto acabo de exponer, quiero desechar mi abatimiento y mi modestia; y, sin rebajar el mérito del escritor extranjero, entiendo que son parte en la fama y en el provecho, que á menudo alcanza, lo bonachón y lo candoroso que es el público de otros países, donde se rodea al escritor de gran prestigio y se le presta autoridad que nosotros le quitamos.

Nosotros no tenemos mala voluntad á los hombres de letras; pero las circunstancias nos encierran en círculo vicioso de difícil salida. Aquí no pocos hombres de mucho talento y bastantes de mediano medran, se enriquecen y encumbran, politiqueando, tratando de curar enfermedades ó defendiendo pleitos. El que compone libros, si no tiene rentas, ó bien si no tiene otras ingeniaturas, permanece siempre casi pordiosero. Y de ello inferimos, ya que el que compone libros está medio loco, ya que es incapaz de ser político hábil, abogado con clientes ó médico con enfermos, por donde se da á literaturas, como quien se da á perros, desengañado y desechado de profesiones más lucrativas.

Pero salgamos de tan tristes meditaciones crematístico-literarias, y hablemos de la novela del Sr. Bellamy.

Nada más rancio, trillado y manoseado que lo fundamental de su argumento. Es un caso de sueño ó letargo prolongadísimo, del cual se despierta al cabo. Ya de Epiménides de Creta, que vivió seis siglos antes de Cristo, se cuenta que estuvo durmiendo cincuenta y siete años. Hermotimo de Clazomene, que floreció poco después, echaba también siestas muy largas; con el aditamento de que, mientras que su cuerpo dormía, su desatado espíritu se paseaba por todo el universo con la rapidez del rayo. En las edades cristianas, abundan más aún los durmientes, empezando por *los siete,* que, durante la persecución de Decio, se quedaron dormidos en una caverna, y despertaron ciento cincuenta y siete años después, hallando muy cambiadas las cosas del mundo y el cristianismo triunfante.

No sé de país donde no haya cuentos, leyendas, comedias y zarzuelas que se fundan en esta base. Nosotros tenemos á nuestro D. Enrique de Villena, que desde el siglo XV estuvo hecho jigote, y apareció y surgió á nueva vida en *La redoma encantada* de Hartzenbusch. Por lo común, no se requiere determinación tan heroica como la de hacerse jigote, ni siquiera se exige sueño, para dar un brinco en el tiempo, y plantarse de súbito dos, tres ó cuatro siglos más allá del punto de partida. Basta para ello un éxtasis, un arrobo ó la traslación real á medio más dichoso, donde el correr del tiempo es más raudo.

Yo he leído un cuento japonés, en que un pescadorcillo es llevado á una isla encantada. Allí se casa con cierta mágica princesa. Vuelve á su tierra, en su sentir al cabo de un año, y reconoce que han pasado doscientos ó más; que no tiene ya ni padre, ni madre, ni perrito que le ladre,

y que nadie en su tierra le recuerda. Atolondrado, abre entonces una cajita, don de su princesa, cajita que le debía servir, no abriéndola, para volver á la isla encantada; y sale de la cajita un vapor, á manera de nubecilla blanca, que en lo alto del aire se disipa. Entonces siente que caen sobre él, con todo su peso, los doscientos ó trescientos años que habían pasado, y pierde la lozanía de la juventud, y se trueca en un horrendo viejezuelo, que se encoge y consume hasta que muere.

La *Leyenda áurea,* las vidas de los Padres del yermo, en todo país y en diversos idiomas, están llenas de casos semejantes, aunque menos lastimosos. Ya es un monje que se embelesa, oyendo cantar un pajarillo, en un soto, cerca de su convento. Vuelve al convento, creyendo haber estado ausente una hora, y ha pasado un siglo. Longfellow ha puesto en verso una historia de esta clase. Ya, como en una preciosa leyenda italiana del siglo XIV, son dos monjes que se extravían en una selva; hallan una barca en la margen de apacible río; se embarcan, se dejan llevar de la corriente, y arriban al Paraíso terrenal. El querubín de la espada flamígera les da libre entrada; y Enoch y Elías los reciben y los agasajan, regalan y deleitan tan maravillosa y elegantemente, que se les hace muy cuesta arriba volver al convento, al cabo de una semana. Pero no hay más recurso que volver. Vuelven, y descubren que han pasado en el Paraíso Terrenal la friolera de setecientos años.

La invención, pues, del Sr. Bellamy nada tiene de inaudita. Su héroe, Julián West, se queda dormido, en un sueño magnético, y despierta ciento trece años después. Se duerme en 1887 y despierta en el año 2000 de nuestra Era.

Se advierte en esto otro ingrediente capital, permíta-

seme la expresión farmacéutica, que entra en la confección de la novela del Sr. Bellamy. La novela es profética: nos pinta lo que serán el mundo y la humanidad dentro de poco más de un siglo.

Tampoco es esto nuevo. Pinturas proféticas por el estilo, acaso más divertidas y más brillantes y pasmosas, se han hecho en casi todas las literaturas. ¿Dónde está, pues, el valer de la novela? ¿Cuál ha sido la causa de su extraordinaria popularidad? Á mi ver, el valer de la novela es grande y la causa de los aplausos justísima. Consisten en la buena fe y en el fervor con que el Sr. Bellamy cree y espera en lo que profetiza con alegre y profundo optimismo.

Sin duda que en Europa los descubrimientos é invenciones recientes de la ciencia experimental, la actividad fecunda de la industria, la facilidad de las comunicaciones, la creciente riqueza, las máquinas, el bienestar, el lujo y sus refinamientos, el telégrafo, el teléfono, el alumbrado eléctrico, las Exposiciones universales, los congresos de sabios y otras maravillas, han ensoberbecido y alentado por todo extremo á no pocos hombres, y les han hecho creer en un indefinido progreso humano; pero también esas mismas novedades, primores y adelantos, han influido, en sentido opuesto, en más hombres aún, volviéndolos canijos, descontentadizos, nerviosos y quejumbrosos.

El pesimismo existe desde antes de Job y de Budha; pero pocas veces ha estado más divulgado, más razonado y más boyante que en el día. Pocas veces ha sido, además, más negro y desesperado en Europa: ya porque se afirma la mayor dificultad, cuando no la imposibilidad, de ilusiones, de ideales, de creencias, ó como quieran llamarse, que sirvan de compensación ó de consuelo; ya porque se

abultan los peligros en la resolución de urgentes y temerosos problemas; ya porque los impacientes y furiosos quieren resolver estos problemas con desmedida violencia y por virtud de los más truculentos cataclismos.

Inútil me parece detenerme en probar que, en Europa, y singularmente en la segunda mitad de este siglo que va llegando á su fin, hay más desesperación que esperanza, se ve oscuro y tempestuoso el porvenir, y son tétricas la filosofía y la literatura.

La risueña amenidad de algunos reformadores sociales, como Fourier por ejemplo, sólo sirve ya para burlas. Los que en el día aspiran á reformadores, se llaman *nihilistas*, y aturden y aterrorizan á las clases conservadoras. Los poetas siguen siendo desesperados y satánicos, ó bien dimiten, por suponer que la poesía se acaba. Sus negaciones, maldiciones y furores, en vez de salir en verso y en raptos líricos, que solían tomarse menos por lo serio, se ponen hoy en prosa, con el método, el orden y las pretensiones didácticas de una ciencia. En vez de Leopardi, Byron ó Baudelaire, tenemos á Schopenhauer. Las pasiones sublimes, los caracteres nobles y desinteresados, los dulces amores, las creencias profundas, todo lo ameno y hermoso se va arrojando de la narración escrita, donde se afirma que la imaginación no debe poner nada de su cosecha. Las obras, pues, de entretenimiento, las más leídas y admiradas, son cuadros horribles de vicios, maldades y miserias, en que el hombre, *bestia humana,* se revuelca en cieno y en sangre. La vida, en la realidad y en la ficción, aparece como una pesadilla cruel, ó como una estúpida é indigna farsa, que no merece ser *vivida.* El mejor término y remate de todo es morirse para descansar. La suprema bienaventuranza del mundo, la última victoria del saber y la más alta realizada aspi-

ración del deseo, serían el *totalicidio:* que la ciencia nos hiciese poderosos para ahogar el necio prurito de vivir que fermenta en las cosas y matar el universo.

Cierto es que la misma exageración de los clamores y de las blasfemias hace que á veces se tengan por fanfarronadas, y que el hombre sereno las ría y no las deplore; pero la insistencia y la generalidad de tantas quejas se sobreponen á la risa, anublan el ánimo más despejado, y angustian al fin y meten en un puño el corazón de más anchuras.

En el conjunto, bien puede asegurarse que de ese otro lado del Atlántico, no hay que lamentar como endémica esta enfermedad del desconsuelo; reina cierta gallarda confianza en los futuros destinos de la humanidad. La tierra es nueva, vasta y pingüe, y cría savia abundante en cuanto se trasplanta en ella. Si de una cepa vetusta, cubierta de filoxera y carcomida por el honguillo, tomamos un buen sarmiento, y le metemos en tierra á alguna distancia, el mugrón se transforma pronto en otra sana y fructífera cepa. Así me figuro yo que ocurre quizá al anglo-americano en relación con el europeo. La prosperidad de esa gran República se diría que promete mayor auge é inmensa ventura para en adelante. Toda dificultad, en vez de desalentar, aumenta los bríos, y hasta regocija con la esperanza de vencerla. Hay ahí cierta emulación, cierta petulancia juvenil, que son útiles, porque persuaden á muchos de que América logrará lo que Europa no ha logrado; resolverá problemas que aquí tenemos por irresolubles, y realizará ideales que nosotros, ya cansados, agotados y viejos, abandonamos por irrealizables y quiméricos. *Excelsior* es la hermosa y extraña divisa que llevan Vds. en la bandera. Los poetas de ahí están llenos de presentimientos dichosos, y no

lloran ni se quejan tan desoladamente como los nuestros. La vida para ellos no es lamentación, sino acción incesante, á fin de avanzar más cada día,

Still achieving, still pursuing,

y dejando en pos

Footprints on the sands of time,

como dice Longfellow, en su *Psalmo*. Todo vate quiere hoy ser ahí más profeta que en parte alguna. Su misión es profetizar y no cantar:

Life sings not now, but prophesies.

Whittier es á modo de un Ezequiel de nuestro siglo. Con justicia se le saluda como al «cantor de la religión, de la libertad y de la humanidad, cuya palabra de santo fuego despierta la conciencia de una nación culpada y derrite las cadenas de los esclavos».

La poesía lírica de ahí inculca en sus mejores obras que querer es poder. La voluntad tenaz, valerosa y desenfadada, rompe todo límite que el saber imperfecto pone á lo posible. Un buen *yankee* (y permítame V. que llame así á sus paisanos, por no llamarlos anglo-americanos siempre), un buen *yankee,* digo, alentado por su soberbia esperanza, es como el Reco de la bella leyenda de Russell Lowell; no duda de lograr su anhelo, y se considera como *sobrehumanado* para lograrle.

«Reco no dudó ya de su ventura.
Bajo sus pies, á la ciudad volviendo,
Pensó que ufano el suelo florecía;
Que era más clara la amplitud del éter;
Que alas para cruzarle le brotaban;
Y que del sol los rayos, en sus venas
Infundidos, prestaban á la sangre
Calor salubre y levedad celeste.»

Esta fe en el porvenir, esta exultación del espíritu, que nada deja fuera de su alcance, ha sido la Musa que ha inspirado su novela al Sr. Bellamy.

Al espirar el siglo xx, ó dígase dentro de poco más de un siglo, la más portentosa revolución estará ya consumada; se habrá renovado la faz de la tierra; la condición humana habrá logrado mejoras extraordinarias materiales y morales, y la Jerusalén celeste, ó, si se quiere, la suspirada ciudad de Jauja, habrá bajado del cielo, y extenderá su feliz y dulcísimo imperio sobre todas las lenguas, tribus y naciones del mundo. No quiere decir esto que una Jauja conquistadora tendrá sometido el resto del mundo, sino que la Jauja ideal se realizará por dondequiera, y todo el mundo será Jauja.

Entendámonos, sin embargo. La Jauja realizada en todas partes, no será la grosera y vulgar de que habla el proverbio; la Jauja donde se come, se bebe y no se trabaja. En el nuevo orden de cosas, en la flamante ciudad, no habrá nadie que no trabaje; hombres y mujeres serán trabajadores; pero merced á la ingeniosidad y primor de la maquinaria y á la superior organización del trabajo, el trabajo, lejos de ser fatigoso, será gratísimo.

La vida estará lindamente arreglada. Hasta los veintiún años dura el período de la educación en el nuevo régimen. Las escuelas son tan buenas, que apenas hay quien salga de ellas sin ser un pozo de ciencia, diestro en todos los ejercicios corporales, así de fuerza como de agilidad y de gracia; sano, hermoso y robusto.

Como ya no sobrevienen (estamos en el año 2000) guerras ni desazones, y vivimos en una paz plusquamoctaviana, ni hay quintas, ni mucho menos servicio militar obligatorio. ¿Y para qué, si tampoco hay generales ni ejército guerreador? De lo que no se puede prescindir

es de ejército industrial, y todo individuo tiene que servir en este ejército, admirablemente regimentado. Pero el servicio es cómodo y ameno, como ya hemos dicho, y á la edad de cuarenta y cinco años termina. Á la edad de cuarenta y cinco años recibe cada cual su licencia absoluta, ó bien se jubila. Y no porque ya se le crea inútil, sino porque ya ha cumplido con la sociedad.

Lejos de estar inútil el jubilado ó licenciado, puede asegurarse que está en lo mejor, en el cenit de su edad. La higiene, pública y privada, la medicina, la cirugía y el arte culinaria han progresado de tal suerte, que el término ordinario de la vida es ya de noventa años. Quedan, pues, después de la jubilación, otros cuarenta y cinco años de huelga y reposo, durante los cuales todo hombre y toda mujer disfrutan de las invenciones, fiestas, riquezas, esplendores, magnificencias y deleites que el trabajo, la industria y el ingenio sociales han producido y siguen produciendo, cada día con mayor abundancia, delicadeza, chiste y tino.

Dígole á V., sin el menor sonrojo, que se me hace la boca agua al pensar en tan jubilante jubilación, en tan honrado y decoroso sibaritismo, y en tan verdadero *gaudeamus* y *otium cum dignitate*.

Algo he extrañado, pero no para censurar, sino para aplaudir, que el Sr. Bellamy, que tantas cosas reforma ó trueca, todo lo deja como está ahora en lo tocante á las artes cosméticas é indumentarias, *flirt*, noviazgos y belenes. Así da nueva prueba de que en amor y en belleza no hay más que pedir. Hemos llegado á la relativa perfección que, en lo humano, cabe en lo erótico y en lo estético. Lo que podrá conseguir el nuevo organismo social es democratizar la belleza; á saber: que haya más muchachas bonitas, y que no abunden las feas. Tam-

bién se conseguirá, implicado en el progreso del arte macrobiótica, que la hermosura y la edad de los amores duren doble ó triple.

Me pasma que una cosa que aquí, en España, acabamos ahora de establecer como gran progreso, la deseche el Sr. Bellamy como barbaridad ó poco menos. Hablo del jurado. Aunque en su República ó Utopía apenas ha de haber ignorantes, y en cambio ha de haber pocos pleitos que sentenciar y poquísimos delitos que castigar, todavía entiende el Sr. Bellamy que la ciencia del derecho es tan sublime y la administración de la justicia función tan egregia, que sólo á los sabios la confía, mirando como profanación sacrílega que cualquier ciudadano *lego* intervenga en ella.

Hay otro punto trascendental, en que (yo lo celebro) va el Sr. Bellamy contra la vulgar corriente progresista. No quiere que la mujer ejerza los mismos empleos públicos que el hombre, y sea, v. gr., alcaldesa, diputada, ministra, senadora ó académica. Todo esto le parece de una insufrible y antiestética ondinariez: lo que por acá llamamos *cursi*. La mujer, en su sistema, reinará en los salones; influirá en todo más que el hombre; inspirará á éste los más nobles sentimientos y altas ideas; le seguirá puliendo y gobernando y mandando, como ha sucedido siempre; y hará que él, por el afán de complacerla, enamorarla y servirla, sea ó procure ser dechado de virtudes y modelo de distinción; discreto, limpio, peripuesto y atildado.

Encanta considerar lo mucho que se disfruta con el nuevo sistema ya establecido. La lucha entre el capital y el trabajo cesa por completo. No hay competencias entre fabricantes del mismo país, ni entre industrias de diversas naciones. Y no hay, por consiguiente, ni aduanas, ni de-

rechos protectores, ni huelgas, ni ruinas y bancarrotas por competir. Ni hay tampoco un solo soldado que mantener, ni un solo barco de guerra que costear, ni instrumento de destrucción que pagar càro, ni bronce que fundir sino para campanas que repiquen, ni pólvora que gastar sino en salvas.

Síguese de aquí la supresión de multitud de gastos tontísimos; del desorden y del despilfarro que la guerra industrial y la guerra de armas y aun la paz armada ocasionan, y de un enjambre de zánganos ó personas inútiles para la producción de la riqueza, ya que se emplean ó en dislocarla jugando á la Bolsa y en otras especulaciones y operaciones, ó en impedir ó aparentar que impiden que la disloquen, manteniendo lo que ahora se llama orden público, aunque, según el Sr. Bellamy, es un caos enmarañado.

Resultará de tan atinada supresión que nademos en la abundancia, sin que ahogue la plétora de productos. Con el trabajo moderadísimo que durante veinticuatro años ha de dar cada individuo, bastará y sobrará para que vivamos todos como unos nababos ó reyes durante noventa años.

Varios descubrimientos científicos, previstos ó columbrados por el Sr. Bellamy, conspiran á este fin. El sol, la electricidad y otras energías ocultas en fluidos impalpables, ó en el éter primogenio, nos prestan calor, luz y fuerza productora y locomotora. En vez de enviar por el correo paquetes postales, van por tubería desde los almacenes, con una velocidad de todos los diablos, trajes, brinquillos, alhajas y hasta pianos de cola y coches de cuatro asientos. Tal modo de remitir, ó su artificio, se llama el *teléstolo* ó el *telepístolo,* y es complemento del telégrafo y del teléfono.

Este último, el teléfono quiero decir, se ha perfeccionado ya por tal extremo en nuestra *Utopía,* que cada cual le tiene en su casa, y sin salir de ella, oye, si quiere, óperas, comedias, sermones y conferencias de Ateneos y Universidades, sin perder nota, ni palabra, ni tilde.

En resolución: sería cuento de nunca acabar si quisiese yo explicar aquí, con todos sus pormenores, lo bien que estará el mundo dentro de ciento trece años.

Todo esto es maravilloso; pero lo es mil veces más lo que he sabido por cartas y periódicos de ahí, y singularmente por el número de Febrero último, que V. me ha enviado, del *Atlantic Monthly,* excelente Revista de literatura, ciencias y artes, que se publica en Boston.

En los Estados Unidos ha entusiasmado *Looking backward*, no sólo como libro de mero pasatiempo, sino como programa práctico de renovación y salvación sociales.

Más aún que en el triunfo anti-esclavista influyó la celebrada novela de la Sra. Harriet Beecher Stowe, se aspira á que influya la novela del Sr. Bellamy en otros triunfos más completos y en la realización de otras novedades mayores.

Se ha formado un partido, *nationalist party,* del que es *Vademecum* la novela *Looking backward.* El nuevo partido se organiza y cuenta ya con ciento ochenta clubs, esparcidos por varias poblaciones. Hasta ahora no ha acudido este partido á los comicios ó á las urnas electorales; pero acudirá pronto. Dicen que se han alistado en él más gente de refinada educación y más mujeres que obreros. Hay en él, añaden, *a large amount of intellect and comparatively little muscle,* como si dijésemos, pocos músculos y muchos nervios; pero, como quiera que sea, si es admirable que sobre un libro de imaginación, que

sobre un ensueño poético, se funde un partido, no es menos admirable la calmosa serenidad con que se miran en los Estados Unidos estos movimientos socialistas, que por aquí asustan ó inquietan no poco á los burgueses y á los ricos.

Yo tengo muy buena opinión de los ingleses y de sus descendientes los anglo-americanos. Creo que son Vds. menos *sensatos* que lo que nosotros creemos y que lo que llamamos *ser sensatos,* esto es, que la sensibilidad y la fantasía son en Vds. poderosísimas. De aquí la facilidad con que se entusiasman por un libro ó por una teoría. Hará ocho años que Enrique George publicó una obra socialista, que se hizo tan famosa como la del Sr. Bellamy. También de ella se vendieron centenares de miles de ejemplares. Los conservadores de ahí, y no hay que negar que tienen gracia en esto, convierten en argumento contra las censuras de la actual sociedad, que se leen en tales obras, ese mismo pasmoso éxito que las obras obtienen. Bellamy y George describen al pueblo, antes de sus reformas, sumido en horrible pobreza, ignorante, rudo, por culpa de la sociedad. Por bajo de los ricos, dichosos y educados, hay, suponen, una hambrienta y ruda caterva de esclavos del trabajo. Á lo cual los conservadores responden: «Si las cosas son así, ¿de dónde salen los trescientos mil sujetos con dinero de sobra para comprar los libros de Vds., y los millones de sujetos con tiempo y humor para divertirse leyéndolos? Si estuviesen hambrientos, no leerían para distraer el hambre». Pero, en mi sentir, no tienen razón en esto los conservadores. Puede haber en un país de sesenta millones de habitantes trescientos mil compradores de un libro que valga tres pesetas, y mucha hambre y mucha miseria además.

El *Atlantic Monthly* trae un extenso artículo de un

Sr. Walker, refutando las doctrinas del Sr. Bellamy y del *partido nacionalista.* Yo, en ciertos puntos, doy la razón al Sr. Walker; en otros no puedo dársela, y en bastantes puntos, lo confieso, me apesadumbra que el Sr. Walker tenga razón. Es un dolor que ideal tan agradable se desvanezca; que se reduzca á ensueño fugaz un porvenir tan magnífico y próximo.

La verdad es que, como el héroe de la novela, Julián West, se pasa durmiendo los ciento trece años durante los cuales cambia la faz del mundo, Julián West no ve cómo se verifica el cambio. Bellamy se guarda de decirlo, y su impugnador Walker no se hace cargo tampoco de esta importantísima mutación, completa ya en el segundo milenio de la Era Cristiana.

Bellamy, cuando empezó á escribir su novela, puso el cambio mucho más tarde. La reaparición de Julián West, en el mundo renovado, ocurre en el tercer milenio; en el año de 3000. Después reflexionó Bellamy que, al poner tan largo plazo, si bien hacía la mutación mucho menos inverosímil, casi quitaba toda mira práctica á su libro, pues no se forma partido militante, ni se organizan clubs, ni se escriben *plataformas* ó programas, por meramente posibilista que se sea, para realizar algo dentro de mil ciento trece años. Entonces rebajó mil años, y dejó sólo ciento trece.

Por lo visto, era indispensable, ó por lo menos conveniente y apocalíptico, que la renovación se nos revelase en un milenio. Durante mucho tiempo, en el horror y en las tinieblas de la Edad Media, imaginaron los hombres que la fin del mundo sería el año 1000. Ahora que vivimos mejor, hemos adelantado mucho y no debemos estar desesperados, importa imaginar, para el año de 2000, una risueña y deleitosa Apocalipsis.

Al imaginarla y escribirla, nos presenta Bellamy su nueva Jauja, su nueva Jerusalén ya fundada; pero tiene la astucia de no hablar de la destrucción de la ciudad antigua sobre cuyas ruinas se levanta la nueva.

Sin duda ha omitido esto, pasándolo en silencio mientras duerme Julián West, á fin de no aterrar al público.

Supongamos perfectamente realizable el plan de Bellamy, sin que tenga cambio radical la humana naturaleza; todo por obra del mecanismo social.

Para destruir el actual mecanismo, que tantos intereses sostienen, y para destruirle pacíficamente, por evolución, como Bellamy quiere que sea, así en la novela como en el programa publicado después por su partido, me parecen pocos los mil ciento trece años. Y si la destrucción ó la mudanza ha de ser sólo en ciento trece años, entonces no será por evolución, sino en virtud de una revolución tremenda y de encarnizadas y horribles guerras sociales. No de otra suerte se concibe que los que tienen se dejen despojar de cuanto tienen para que el pueblo se *incaute* de ello, y, sin quedarse con nada, se lo entregue al Estado, que venga á ser, como representante y gerente de la nación, el único capitalista.

Aunque para el despojo de los propietarios se valga la nación ó el Estado, su gerente, de mil habilidades, no conseguirá que no sea despojo, ni que tranquilamente se consume. El medio más suave que se ve es dar un plazo á los tenedores de papel de la deuda; pagarles hasta entonces algo más de tanto por ciento, y anunciar que después no cobrarán nada. Esto bastará para que los fondos bajen á cero y quede la deuda destruida. Á todas las grandes empresas industriales se les podrá fijar un plazo también, á cuya espiración todo será del Estado, como los ferrocarriles. Y en cuanto á los pequeños industria-

les, labriegos, terratenientes, etc., se les podrá ir poco á poco aumentando la contribución, hasta que adviertan que es una tontería quebrarse la cabeza cuidando de los instrumentos de producción, tierra, aperos de la labranza, etc., para entregar luego al Estado casi todo lo producido. Entonces dirán al Estado, quédate con todo, ó, sin que se lo digan, el Estado se quedará con todo para cobrarse de lo que deban á la Hacienda pública.

De esta suerte, y á mi ver no sin violentísima oposición, que será menester sofocar, se logrará la primera parte del programa del Sr. Bellamy: que se convierta en hacienda pública cuanta hacienda haya.

Verificada así la *incautación* total, quedará por cumplir la segunda parte del programa, que me parece mucho más difícil todavía; que el Estado *incautador* nos alimente, nos vista, nos divierta y nos regale á todos con esplendidez y elegancia, sin que cada uno de nosotros le dé más que el trabajo que podemos dar en un poquito más de la cuarta parte de nuestra vida, ya que las otras tres cuartas partes quedan para holgarnos.

Á toda persona profana se le ofrecen montes de dificultades para que se realice, sin tropiezo, plan tan exquisito. Lo primero que cree necesitar es una fe tan profunda y una confianza tan omnímoda en el Gobierno, convertido en capitalista, como la que Cristo, en el Sermón de la Montaña, nos recomienda que tengamos en nuestro Padre que está en el cielo, el cual nos dará el pan de cada día y cuanto nos haga falta por añadidura, de suerte que, sin preocuparnos del día de mañana, viviremos como los pajaritos del aire, que no acopian trigo en graneros y Dios los alimenta. Lo segundo que nos asusta es la serie de borrascas parlamentarias y aun de pronunciamientos que habría (en España, pongo por caso)

para quitarse el poder unos á otros, si el poder se extendiese á repartirlo todo, cuando hoy nos alborotamos tanto por repartir, quiero suponer, para que no se me tilde de exagerado, la tercera parte, á lo más. Y lo tercero que aterra es la inhabilidad vehementemente sospechada en que pudieran incurrir los encargados de dirigir todas las operaciones de la riqueza (producción, circulación y consumo), cuando hoy yerran tanto los Gobiernos, sin emplearse apenas sino en repartir y en consumir. Sabido es que lo más difícil de esta ciencia, arte y oficio de la riqueza, es el producirla. Repartirla y consumirla es mucho más llano; y hasta ahora los Gobiernos casi no se emplean sino en repartir y en consumir, á no ser que se considere producción el orden y la seguridad que nos dan, ó que se presume que nos dan, por medio de la justicia y de la fuerza pública, para que los que producen algo lo produzcan tranquilamente y sin temor de que los despoje nadie, como no sea el Gobierno mismo.

Milita en pro de la vehemente sospecha de incapacidad de todo Gobierno para poducir la riqueza, esto es, para ser fabricante, agricultor ó comerciante, la consideración de que el Gobierno vende ó arrienda y no administra lo que posee. En España apenas ejerce ya por sí otra industria que la de banquero en el juego de la lotería, pues vende las tierras que eran del Estado, y arrienda sus minas, y arrienda, por último, el monopolio del tabaco, con lo cual el público fuma mejor y más barato.

Todo esto lo dirán los no iniciados en las doctrinas y en el plan que expone en su novela Bellamy; pero los iniciados responderán que el nuevo artificio administrativo es tan prodigioso, que por su virtud, y no por la ciencia y buena maña de los administradores, ha de salir todo

bien. Así, valiéndonos de un símil, cualquiera hallará absurdo el suponer que alguien, si ignora la música y no tiene ejercitadas y diestras las manos, toque en el piano, v. gr., la marcha del *Tannhauser* de Wagner; pero merced á cierta maquinaria y á ciertos cartoncitos que se han inventado, todo hombre, y hasta un niño si no es manco, toca al piano lo que quiere dándole á un manubrio.

Hay, pues, una nueva ciencia de la Administración, para cuyo estudio no es menester leerse el fárrago enorme, aunque *digesto,* recopilado por los Freixas, y Clarianas, y Alcubillas. Basta con estudiar y empaparse bien en algunas páginas de *Looking backward.* Entonces, conocidos ó atisbados los recursos de que la nueva ciencia dispone, se cobra confianza, y se ve que hasta el más porro puede dar vueltas al manubrio administrativo.

Algo del portento de su mecanismo se presiente al observar los buenos efectos que hasta el mecanismo administrativo de hoy, con ser tan complicado, produce en ocasiones.

Cierto amigo mío (confieso que en extremo maldiciente) suponía sin motivo que un Director general de Correos, que hubo muchos años ha, distaba bastante de ser un águila; y, sin embargo, añadía: ¿Quieren Vds. creer que recibo de diario todas las cartas que me escriben, sin que se extravíe una sola? De aquí infería él que la Administración era perfectísima, y que por sí sola hacía infaliblemente los servicios.

Aplicada á los demás ramos esta perfección del de correos, queda resuelto el problema y triunfante el plan de Bellamy, salvo que en otros ramos se requiere mayor seguridad para no andar siempre con el alma en un hilo; porque, si ponemos á un lado un corto número de nobilí-

simas almas, el vulgo de ellas se preocupa, más que de recibir tiernas epístolas, de recibir el corporal alimento, y prefiere el cuervo de Elías á todas las palomas mensajeras, aunque sean las del propio carro de Venus.

Pero, en fin, Bellamy afirma que por su sistema lo recibiremos todo con seguridad y regularidad indefectibles. El sistema de Bellamy merece, pues, ser examinado.

Para mí no valen algunos prejuicios con que los descontentadizos é incrédulos, desde luego y sin examen, le desechan.

Imposible parece, dicen, que, siendo tan fácil la reforma, por cuya virtud habrá felicidad, paz y holganza universales, no se haya antes ocurrido á nadie la reforma. Pero esto tiene muy obvia contestación. De no pocas de las más benéficas invenciones de estos últimos tiempos se puede decir lo mismo. Desde antes que apareciese el linaje humano hay hulla ú hornaguera en nuestra mansión terrestre, y á nadie, hasta hace poco, se le antojó emplearla para combustible. Desde que hay ollas y se guisa, brinca la tapadera cuando hierve el caldo, y, si no sale el vapor, se quiebra la olla; pero nadie, hasta nuestros días, pensó en aplicar esta fuerza á la industria. Nadie ha ignorado jamás que el humo ó todo fluido más leve que el aire, ó el aire mismo rarificado por el calor, sube y se sobrepone al aire más denso; pero, hasta fines del siglo pasado, nadie renovó con éxito, y por medios naturales, algo del arte de Dédalo, de Abaris y de Simón el Mago.

¿No puede haber acontecido lo propio con el invento del Sr. Bellamy, y que de puro sencillo nadie diese con él hasta ahora?

Á esto se objeta que, siendo mil veces más importante por sus efectos la invención del Sr. Bellamy, parece an-

tiprovidencial y harto caprichoso, ó sea contrario á las sabias leyes que deben presidir á la historia, que un sistema del que depende la redención de la humanidad haya tardado tanto en formularse. Pero este argumento tiene visos de ser de mala fe, aunque no lo sea. Nada nos da motivo para afirmar que el Sr. Bellamy presenta su plan como independiente del progreso realizado hasta hoy. La trabajosa y larga marcha de la humanidad no pudo ahorrarse con su plan. Bellamy, si hubiera nacido en tiempo de los Faraones, no hubiera podido inventarle ni divulgarle entonces. Bellamy, si es lícito aplicar á lo mundanal lo trascendente, y expresar lo profano con frases que remedan frases divinas, puede decir que no ha venido á derogar la ley de la historia, sino á que acabe de cumplirse, ó, mejor dicho, á que siga cumpliéndose, ya que no se infiere tampoco de la lectura de *Looking backward* que en el año de 2000 habrán llegado los hombres al término de su carrera, sino que habrán dado un gigantesco paso más, un salto estupendo, y á mi ver peligroso, en ese camino, cuya meta final él ni pone ni descubre.

His ego nec metas rerum nec tempora pono.

Y aquí, aunque parezca inoportuna digresión, se me antoja comparar la cándida espontaneidad americana con el arte reflexivo de los franceses. Zola ha escrito ya quince ó veinte novelas, y siempre promete revelarnos en la última el enigma, darnos el resultado de todos sus estudios en la novela experimental, y exponernos su sistema. Bellamy, por el contrario, dice *cataplún,* y lanza su sistema de repente.

Yo no atino á prever desde aquí si el *partido nacionalista,* que de él ha nacido, vendrá á importar tanto ó más que el libro de Enrique George y que la ingente aso-

ciación ú orden de los caballeros del trabajo, *Knights of labor*, en el movimiento de socialismo que se advierte por todas partes, y que ahí tiene cierto carácter optimista que me hace gracia: pero, á pesar de mis cortísimos conocimientos económicos, como yo tuviese humor y vagar para ello, aun había de escribir á V. largo, diciéndole mil cosas que me sugiere *Looking backward* y lo escrito en contra por Walker.

Entretanto, me complazco en repetir que me admira la serenidad y que simpatizo con la confianza regocijada que se nota en toda manifestación de ese pueblo joven.

El plan de Bellamy no se limita á dar por resuelto el más difícil y temeroso de los problemas económicos, sino que resuelve ó da por resuelto también el magno problema de la paz y del desarme universales, sin decirnos cómo puede ser esto, cuando las naciones se arman más cada día, y cuando desde 1850 ha habido en el antiguo y en el Nuevo Mundo guerras tan sangrientas y costosas. Es de desear que el Sr. Bellamy escriba otra novela, ó la continuación de la misma, en que nos explique cómo, además de haberse logrado el bienestar económico de cada nación, se habrá logrado también, en el año 2000, que las naciones no se combatan ni se amenacen como en el día.

Dispénseme V. que me haya extendido tanto en darle mi opinión, aunque tan incompleta, sobre la novela que me ha remitido, y créame su afectísimo amigo,

JUAN VALERA.

ORADORES POLÍTICOS

CONSIDERACIONES SOBRE EL LIBRO DE ESTE TÍTULO, ESCRITO POR DON MIGUEL MOYA.

Es un libro lleno de sagacidad, de buen sentido, de ingenio, escrito en un estilo límpido, desnudo de afeites, vivo y grato. Pocos, poquísimos libros españoles consiguen como éste atar el alma del lector á sus renglones y hacerle llegar hasta el final sin impaciencia ni desmayo.

Para escribir bien es necesario pensar bien; luego, decir lo que se piensa sencillamente, sin mostrar deseo de admirar al lector con nuestro estilo. Muchos de los que escriben y no son leídos se dejarían leer seguramente si fuesen más naturales, más ingenuos, si no creyesen necesario, en suma, calzarse el coturno para presentarse ante el público. Á éste no se le debe decir: «Vean Vds. qué ingenio tengo, con qué gallardía escribo, qué lenguaje tan castizo poseo», sino lisamente: «Ahí tienen Vds. lo que pienso». Si el escritor tiene talento y la naturaleza le ha dotado de gracia y elegancia, estas cualidades se notarán, aunque no ponga empeño en mostrarlas. Si no las

posee, su prosa tendrá el valor de una opinión honrada por lo menos. Mas si se esfuerza en aparentar lo que no es, y lucha obstinadamente con las armas de la retórica para que le llamen escritor castizo, ó profundo, ó chispeante, entonces resultan esos libros y artículos empalagosos, indigestos, ilegibles, que diariamente vemos rodando por las librerías y por las columnas de las hojas periódicas.

Miguel Moya ha expresado su pensamiento sobre nuestros oradores políticos con una sinceridad que asombra y atrae al mismo tiempo. Y es el caso, que, sin ofrecerse al público como un escritor ameno, sagaz y elegante, demuestra serlo en alto grado. Corre por las páginas de su libro un pensamiento sano, vigoroso, una penetración maravillosa, y una benevolencia simpática que le prestan interés extraordinario. Una de las cosas que más sorprende en él es la habilidad con que el autor ha expresado su pensamiento sin causar honda mortificación á nadie. Porque, á pesar del perfume de benevolencia que trasciende de casi todas sus páginas, en cada retrato se encuentran observaciones justísimas y nada halagüeñas para el retratado. Sin prepararse ni tomar vuelo para ello, Moya suelta por la pluma algunas verdades (no tantas como debiera). La franqueza leal, el espíritu recto, y en general benévolo que se advierte en el escritor, le salva de la odiosidad que ordinariamente inspiran los censores.

Conozo á Moya desde las aulas de la Universidad. Juntos nos sentamos en sus «duros, pero honrados bancos», como los llamaba nuestro inolvidable maestro Camus, aunque no intimamos muy profundamente entonces, quizá porque yo no era de los asistentes más asiduos; se me figura que él tampoco lo era. Sin embargo, recuerdo

que al examinarme de la asignatura que profesaba el sabio jurisconsulto D. Benito Gutiérrez, vi á Moya sentado en un banco. Como yo era un discípulo desconocido para el profesor, y tenía la impudencia de presentarme á examen el día primero entre los tres ó cuatro mejores alumnos de la clase, aquél me dirigió una mirada penetrante y dura, y comenzó á preguntarme con marcada aspereza. Al salir recibí un abrazo de Moya, que me dijo con manifiesta emoción: «¡Me dió V. un susto! Qué mirada la de Gutiérrez!» Entonces lo acepté como una palabra de cortesía; más adelante, cuando nuestra amistad tomó cuerpo al través de la vida literaria, comprendí que le salía del corazón. Porque Moya pertenece á esa raza privilegiada de seres que no han sentido jamás las torturas de la envidia. Se alegra de los triunfos de sus amigos como si fuesen propios, y siente sus caídas mucho más. ¡Este privilegio sí que es digno de envidia! En medio de la sorda hostilidad que todo el que se dedica á las letras con éxito más ó menos feliz percibe entre sus compañeros, ¡cuán grato es hallar el oasis de un espíritu noble y cariñoso, que antepone el sentimiento de la amistad al de la miserable emulación! Todos los que nos honramos con su amistad, sabemos que podemos contar con ella en la felicidad y la desgracia. En general, los literatos no sienten el compañerismo y la amistad. Cuando ven á un amigo caído, suelen compadecerlo y acercarse á él, pero es para hablar mal del que ha logrado encaramarse. Aquí donde el escritor no puede saber exactamente el fallo de la opinión hasta pasado mucho tiempo, siendo un poco observador, es fácil conocerlo en la cara de ciertos amigos.

Moya representa una excepción dichosa en este punto. Sincero, generoso, formal en todos sus actos y palabras, cuenta con el afecto y la confianza de sus compañeros.

Hace algún tiempo un amigo suyo y mío se me quejaba de cierto suelto publicado en el periódico donde Moya escribe. «Sospecha en quien quieras, le dije; pero yo te juro y te respondo con mi vida de que el corazón de Moya no ha destilado esa gota de hiel.»

Pues bien: estas cualidades, que para el vulgo nada tienen que ver con las privativas del literato, son, por el contrario, de gran importancia. El escritor, el poeta, el que aspira á persuadir y á conmover á sus semejantes, necesita poseer un espíritu elevado, un corazón donde vibren las pasiones grandes, los sentimientos exquisitos de la humanidad. No quiere esto significar que el escritor deba ser un santo, ni que deje de sentir en momentos dados la rabia de los impulsos feroces que laten en el fondo de nuestra naturaleza animal: al contrario, para expresarlos bien es necesario haberlos sentido alguna vez. Lo que pienso es que el que escribe para las muchedumbres no puede ser jamás un hombre de mísero corazón animado por pasiones viles, sin entusiasmo ni amor por su arte, atormentado por la envidia, preocupado noche y día con las obras de sus compañeros y no con las propias. El escritor debe ser ante todo un hombre. Muchos de los que se otorgan á sí mismos aquel título, no lo son. Así que, por más que posean un entendimiento claro, viveza de imaginación y regular cultura, como les falta el soplo divino, esto es, como les falta el amor, la unión desinteresada y absoluta á todo lo hermoso, parezca donde parezca, aunque se halle en poder de su más encarnizado enemigo, no logran jamás la gloria por que suspiran.

Por eso Moya con su libro alcanza lo que tal vez otros, con más imaginación y maestría en el arte de escribir, no podrían lograr, esto es, logra tener cautivo hasta el fin

el ánimo del lector. Sin alardes de fantasía, ni de ingenio, ni de habilidad en el manejo del idioma, su obra es de una lectura grata y deja placentera impresión. Se respira en toda ella una atmósfera sana, se percibe la mano del obrero robusto, alegre, sin hiel en el corazón. Se nota además que conoce perfectamente la materia sobre la que trabaja. El autor ha vivido largos años en comercio con los personajes que pinta. Ha seguido el procedimiento de Van-Dyck; conocer á la persona, tratarla íntimamente antes de hacer su retrato. Moya tiene afición á la política (en esto me separo totalmente de su gusto); lleva muchos años escribiendo en la prensa periódica, y conoce á los políticos mejor que la madre que los parió. Ha observado mucho, y no le engañan las cualidades aparentes ni tampoco los defectos que el vulgo les atribuye. En las cualidades halla muchas veces la parte flaca de los hombres, en sus defectos ve el nervio de su carácter, lo que realmente determina su personalidad, ó la destaca del vulgo de los políticos.

¡El vulgo de los políticos! Aquí está el defecto capital de la obra de Moya. Ó por la afición que el autor ha manifestado siempre á la ciencia social, ó por el trato continuado con la gente que bulle en la politica, ó tal vez por la benevolencia misma de su carácter, en el libro aparecen unos elogios, á mi juicio, disparatados, de ciertos personajes. Aunque apunta también sus defectos, lo hace dejando á salvo la grandeza y majestad del sujeto, cual si se tratase de un héroe ó semidios de la antigüedad. El autor de los *Oradores políticos,* sigue en este punto la corriente de la prensa periódica. D. José Posada Herrera, como aquél recuerda oportunamente en su libro, paseando un día por cierta iglesia con harto poca ceremonia, recibió un recado del Rector, invitándole á guar-

darla. «Dígale V. al señor Rector, contestó el astuto asturiano, que estoy en el secreto.» Pues bien, querido Moya; yo también estoy en el secreto. Yo también sé que la mayoría de esos augustos personajes de que V. nos habla, son hombres de mediana inteligencia y de cultura menos que mediana, que luchan obstinadamente, no por el bien del país, sino por satisfacer su soberbia ó sensualidad; que cuando llegan al ministerio se entregan en brazos de los jefes de negociado, porque no saben una palabra de aquello que van á dirigir ó fomentar; que pronuncian discursos hueros ó malévolos en la oposición; que no representan, en suma, nada positivo y serio en la marcha progresiva del país ni del género humano, y que, por lo mismo, apenas bajen á la tumba, caerán en el olvido más completo. ¡Ya lo creo que estoy en el secreto! Cuando contaba diez y seis ó veinte años, creía de buena fe en el talento y la ilustración de los personajes que figuraban en la política, pensaba que aquellos hombres habían salido adorables y magníficos del vientre de su madre. Después he visto sustituidos estos hombres por otros que fueron mis condiscípulos, mis amigos y compañeros, cuya medida intelectual conocía perfectamente: entonces no pude menos de exclamar como en las comedias:—«¡Ahora lo comprendo todo!» Lo comprendo tan bien, que hasta presumo de augur. Cuando veo á un muchacho desaplicado, inquieto, con poca aprensión y bastante desvergüenza, nunca dejo de decirme ó decir á mis amigos: «Fulano será diputado, ó gobernador, ó director general». Y tengo la desgracia de haber acertado muchas veces. Cuando veo á un joven escribir comedias que se silban, ó versos que nadie quiere escuchar, ó novelas que el público no compra, digo sin vacilar: «Fulano se dedicará muy pronto á la política». Aquí siempre he

acertado. No sólo se dedicará á la política y ocupará los altos destinos de la Administración, sino que habrá también, ¡ay!, jóvenes inteligentes y escritores notables como Moya que canten sus alabanzas entre nubes de incienso.

Me han dicho que en los Estados Unidos quien se dedica á la política por oficio es poco apreciado en sociedad, se le mira con recelo y desdén. No sé si será cierto; pero debiera serlo. En Francia, si el político de oficio no es despreciado, por lo menos es menos querido y admirado que el que posee un talento ó una habilidad positiva, cualquiera que ella sea. Un inventor, un poeta, un escultor, un gran ingeniero, despiertan allende los Pirineos más atención y simpatía que un charlatán político. En España no sucede otro tanto, ni sucederá todavía en muchos años, que por algo llevamos tantos de atraso con respecto á otras naciones. En nuestro afortunado país vale incomparablemente más adiestrarse en hablar tres ó cuatro horas profiriendo en tono enfático y campanudo todas las vulgaridades del repertorio nacional, bastante extenso por cierto, que aplicarse con ahinco y entusiasmo á cualquier arte útil ó bello.

Deploro, pues, que mi amigo Moya no haya combatido mejor contra este fetichismo estólido de los políticos, que haya encontrado trufas en un terreno donde no suele haber más que patatas. Fuera de esta timidez, que le obliga á no cerrar como debiera con hombres que no tienen absolutamente otro mérito que el de soltar muchas palabras sin tropezar, el libro es instructivo, hace conocer pronto y bien el estado del personal de nuestra política, y está sobre todo escrito con arte.

A. Palacio Valdés.

PAPELES VIEJOS

AL SR. DOCTOR THEBUSSEM

Cartero Honorario:

en MEDINA SIDONIA.

Mi amigo y dueño: Cuentan que el labrador más afamado, por sus grandes riquezas de un pueblecito de Extremadura, vióse una tarde, al regresar á su casa después de visitar sus heredades, sorprendido por furiosa tormenta en mitad de la campiña; y que, temeroso de que alguna desgracia le aconteciera, mojado hasta los huesos y maltratado del viento, se refugió en una venta miserable que encontró á orillas del camino.

Malhumorado, sin decir siquiera — ¡guárdeos Dios!, entróse en ella; y el ventero, hombre recién llegado á los sitios aquellos, que ni de vista conocía al ricacho, molesto por tanta franqueza y silencio tanto, no tardó en preguntarle con descorteses formas qué se le ofrecía en su humilde casa. Pasmado el labrador de no ser conocido, contestóle secamente: «Yo soy D. Pedro López.— ¡Y qué! (replicó el ventero): cualquiera se llama López en esta tierra».

Recuérdole á V. el cuento, Doctor amigo, para confesarle sinceramente un error mío. Yo también, como el ventero, rendía tributo á la común creencia de que nada era tan plebeyo y vulgar en nuestra patria como llamarse á secas López, Pérez ó Gutiérrez. ¡Tantos de estos apellidos se conocen!

Pero un expediente antiguo, del que daré á V. noticia brevemente, ha modificado mi opinión. Los Gutiérrez deben su renombre á la proverbial pertinacia de los vascos, y todos son nobilísimos; vea V. la prueba:

***

La majestad del quinto Felipe ordenó á su Corrregidor y Ayuntamiento de Jerez de la Frontera que, á semejanza de lo que había resuelto para las ciudades de voto en Cortes, por la representación que le hizo la de Toro, no fuesen admitidas á servir los oficios de Regidores, sino aquellas personas que hicieran justificación de notoria nobleza. En el despacho que tal cosa se mandaba, fechado en Madrid á 21 de Abril de 1736, so pena de la real merced y de treinta mil maravedises para la Cámara, declaraba el Monarca ser su voluntad que dicha justificación se hiciera por testimonios, noticias judiciales y presentación de papeles que pudieran ser adquiridos dentro de la ciudad; prohibiendo rigurosamente á los comisarios que el Cabildo nombrase para conocer de las pruebas, que por ningún motivo se ausentaran del pueblo mientras la probanza no fuere acabada.

El ordenamiento del Rey era terminante: «Os manda»mos (dice á la letra el despacho) que la Justificacion de

»Nobleza de los que pretendan entrar á servir los Em-
»pleos de Regidores de esa Ciud. para verificar la cali-
»dad de Hijodalgo, no sólo se haga por noticias Judiciales
»e Informaciones, sino es por las Extra Judiciales de la
»Notoriedad de Nobleza, presentacion de papeles y de-
»más que puedan adquirir sólo dentro desa dha. Ciud....»

Conforme á esta disposición, habiendo solicitado Don Juan Gutiérrez de Acuña y Medina ser capitular de Jerez, en calidad de veinticuatro, la Cámara, en los primeros días de Enero de 1756, libró á la ciudad mandamiento suscrito por *D. Agustín de Montiano y Luyando,* para que informase si el pretendiente á la veinticuatría era persona de buena vida y costumbres; si concurrían en él la suficiencia y habilidad requeridas para el cargo; si había otra persona en el Concejo que fuera su padre ó su hijo, ó si no era merecedor del nombramiento por tener trato ó comercio en los abastos públicos.

Reunido el Ayuntamiento, diósele cuenta del despacho de la Cámara: sorteáronse los capitulares para que los comisarios que conocieran de las pruebas de nobleza del Acuña no debieran sus cargos á una elección amañada; y los que designó la suerte, después de jurar que cumplirían fielmente las órdenes del Rey, en nombre de S. M. y del Cabildo requirieron al aspirante para que á la justificación viniera.

Muchas declaraciones hay en el expediente en favor de la nobleza de Gutiérrez de Acuña; muchos documentos éste presentó, entre ellos, el que aparece del siguiente certificado del escribano Nicolás Rodríguez:

«Así mismo doy fee parece por una certificación de
»Diego de Uruina Rey de Armas del Sr. Rey Don Pheli-
»pe Nro. Sr. Escripta en pergamino firmada de su nombre
»y con su sello su fha. en Madrid á Siete de Maio del año

»de mill Seiscientos y quatro, con su comprouacion co-
»rrespondiente, con signo y firma de Francisco Muñoz,
»Esno., que dice assi.

«Yo Diego de Uruina Rey de Armas del Rey Don Phe-
»lipe Nro. Señor Certtifico y hago entera fee y Credito a
»todos quantos esta Carta vieren como en los libros y
»copias de linajes que Yo tengo destos Reynos parece y
»esta escritto en ellos el linaje y Armas de Gutierres su
»thenor del qual es como sigue:—Los Gutierres son bue-
»nos y antiguos hijos dalgo decienden de los Godos lla-
»mauan al lugar donde Algunos destos Caualleros es-
»tauan la tierra del Godo: los Viscainos como son cortos
»de razones a los que en su tierra estauan llamauanlos
»Gutierres por decir Godos y desta manera se corrompio
»el uocablo y quedaron con el Apellido de Gutierres.
»Uno deste linaje que se llamo Pedro Gutierres fue uno
»de los trecientos hijos dalgo que fueron Ganadores y
»Pobladores de Xerez en tiempos del Rey Don Alonso el
»deceno del qual ay sus decendientes.—Traen por armas
»un escudo açul y en el una Torre de plata y una orla
»Jaquelada de oro y de colorado.... y para que dello
»conste de pedimento de Bartolome Gutierres vecino de
»Xerez di esta carta y Certtificacion firmada de mi nom-
»bre y sellada con mi Sello que es fha. en Madrid a Siete
»de Maio de mill e seis cientos y quatro años.—Diego de
»Uruina Rey de Armas.»

***

¿Cumplieron fielmente su encargo los comisarios concejales, admitiendo para la justificación un documento obtenido en Madrid, por los antecesores de Gutiérrez de

Acuña? No me atrevo á decidirlo. Mas, si hubo contravención en ello, huélgome de que, con poco escrupulosa conciencia, no rechazaran la certificación copiada, que me dice cómo en la cortedad de razones de los vizcaínos tuvo su origen el renombre Gutiérrez.

Y dejo, Doctor amigo, á la misericordia de V., que acabe de desvanecer mis errores, diciéndome algo semejante de los Pérez y López de nuestra tierra: me dispensará V. un favor señaladísimo, y, al par, contribuirá á que en su debido valor se aprecie la frase tan común:—¡Cualquiera se llama López!

Su atento servidor,

JUAN J. CORTINA.

De Jerez, á 15 de Abril de 1890.

EL MODERNO ANTICRISTO

(ERNESTO RENÁN)

III Y ÚLTIMO.

LOS MILAGROS.

Los milagros! ¡Ah! Ese es el coco repugnante y espectro horrible para la moderna filosofía. *Ellos* aparecen en el cielo de los librepensadores como una pesadilla mística entre sueños fatigosos, descabellados y crueles. Pero he dicho mal; esos *puntos oscuros* han sido, según nos dicen, arrancados del templo marmóreo de la ciencia por el escalpelo del médico, el análisis del químico, el martillo del minerálogo, la espada del filósofo y el *cata-hechos* del historiador. ¡Cuánto hemos progresado! El primero que tuvo la ocurrencia de arrancar esos puntos oscuros, esas negras sombras que extendían sus alas de buitre en el santuario del saber, merecía que le elevasen un monumento grande, sublime, ciclópeo, ideal, superior al antiguo Parthenón. Los aborrecedores de trampantojos místicos, los que desga-

rraron la venda con que la superstición religiosa cubría las miradas de la doliente humanidad, están de enhorabuena. ¡Oh comedia divina!

Por mi parte, creo que es un sainete de los más chistosos y que me causan dolor más profundo. Ver al discípulo desaplicado, de entendimiento de pájaro y memoria de grillo; al revistero pedante que aprendió á escribir coplas al lucero del alba; al periodista que pugna por subir en la categoría social; al catedrático que ascendió á impulso de *fuerzas secretas;* al fogonero de la estación del Mediodía ó del Norte que no se lava la cara más que cuando llueve, y al barrendero cerril de la Plaza de la Cebada.... tronar contra los milagros, hablar de la *superstición religiosa* y de las *leyes inmutables* de la naturaleza; unos, porque lo oyeron en un *meeting*; otros, porque lo leyeron en folletos nada ilustrados; los de allá, porque se quedaron en sus estudios *in stutu quo* á mitad del bachillerato; los de acullá, es decir, los más listos, porque en materias filosóficas son nulidades, ó porque les pagan predicando tales doctrinas.... ; todo esto, repito, me descorazona á la vez que me encocora. Y no sólo niegan el hecho *sobrenatural é histórico,* sino su *posibilidad en absoluto*. Hasta he oído decir á ciertos personajes para mí muy queridos, á pesar de que sus ideas son antitéticas de las mías, que si viesen con sus propios ojos resucitar á un muerto, creerían que los sentidos les engañaban. ¡Qué ciencia tan peregrina y singular!

Otros hay,—¡loado sea Dios!,—que participan de la opinión contraria cuanto á la *posibilidad del milagro* y cuanto al *hecho milagroso*. Yo no sé si será preocupación ó fanatismo; pero creo que no deben aplicárseles esos epítetos tan duros, porque tienen razones dignas de

ser meditadas (1). Voy á exponer las dos opiniones, como prólogo en este punto á las teorías de Renán.

De admitir, dicen los *neos,* un Dios Creador, debéis, ¡oh librepensadores!, abrazaros con la posibilidad del milagro. Enemigos nosotros de la raza de Büchner, rechazamos la eternidad de la materia, porque la sucesión de tantos miles de fenómenos sin cuento, lo deleznable de las horas, la rapidez de los siglos, la fragilidad del légamo que constituye á los seres, la indiferencia radical de la materia para el movimiento ó el reposo, el límite de las causas y sus efectos...., dicen al espíritu pensador que el mundo no tiene los atributos esenciales del Eterno Ser, Infinito, Inmóvil, Perfectísimo y Espiritual. Acudid á la *circulación perpetua de la vida* de Moleschott, á la serie *infinita* de causas ligadas por el misterioso anillo del Acaso, á los millones de centurias del hombre terciario, etc., etc., ¿os parece que resolvéis así el problema de esa Esfinge filosófica? No: con esa solución le hacéis más oscuro y tenebroso. La extensión, los años, la fuerza y los fenómenos no pueden ser *infinitos,* es decir, tienen su límite infranqueable, porque unos se aumentan ó disminuyen, y otros pueden aumentar ó disminuir. Será el mundo, el gran *Pan,* el Dios mendigo de Hegel, el Dios hilvanado con los jirones de trapero de su propio manto ó del manto carcomido de raquíticos seres. Si éste es vuestro Dios, ¡id en paz con vuestro avechucho!; pero entonces sois más ignorantes que la *vieja del huevo y de la gallina.* Acudid á la nebulosa de Laplace ó al moco de pavo. ¿Quién les dió la vida, el ser y el movimiento? ¡Laberinto inextricable! El hombre, rey de la creación, es en el mundo un relámpago que brilla y desaparece; y

(1) No defino el milagro ni señalo sus condiciones, porque deben saberlo muy bien los que le combaten.

los súbditos ó vasallos, cien veces más innobles que el ser racional, ¿han de ser eternos (1)?

Luego la contingencia del mundo nos dice que existe una causa primera, creadora; mano invisible que levantó á los mundos de la nada; anillo primordial de las edades y sucesiones; arpa de todas las armonías, fuerza inmóvil de todos los movimientos; gran Artista, gran Geómetra, razón de todas las existencias, océano de vida y amor, y *distinto sustancialmente del mundo.* Negarle, pues, su influencia necesaria en el mundo, es negar la esencia del mundo y de Dios. Si el efecto no ha de ser más noble que la causa, negar á Dios que pueda suspender una ley, es arrojar á su frente inefable el lodo de que nos formó: es proclamar que el Dios Infinito no tiene fuerza infinita, el Independiente y Libérrimo carece de libertad, y el que todo lo puede no es Omnipotente; y el que por amor, sólo por amor, nos dió la vida y el ser, es el Dios *cousiniano,* escondido allá en las alturas de su eternidad silenciosa, Padre cruelísimo y sin entrañas, que nos dejó á todos *orphelins* en el dolor perpetuo y la eterna miseria! Todos los gritos de Juan Pablo en su romance *Selina,* no bastan para maldecir semejantes aseveraciones....

¡Y vosotros, sí, científicos del día; vosotros, ingenieros de caminos y canales, podéis torcer el curso de los ríos; vosotros, químicos eminentes, podéis en vuestras retortas descomponer y recomponer, analizar ó *sintetizar* un cuerpo ó un ácido; vosotros, médicos ilustres, podéis animar las fuerzas enervadas; vosotros, famosos oculistas, podéis hacer que la velada pupila absorba otra vez los rayos solares; vosotros, mecánicos insignes, po-

(1) No me he propuesto aducir todas las razones filosóficas en pro de la existencia de Dios. La significación vacía de la palabra *Acaso* hela discutido en otro lugar.

déis levantar en la tierra torres Eiffels, ó puentes de cristal sobre las encrespadas olas; vosotros, los Edissons, podéis estereotipar la humana voz y transmitirla á cien generaciones; vosotros, políticos de frac y de corbata, podéis remover el corazón de las muchedumbres, y hasta vosotros, fabricantes de impermeables ó de paraguas, podéis hacer que el hombre camine con la piel seca ó enjuta por en medio de las tempestades!....

Todo eso podéis vosotros, ¡pigmeos de la ciencia absoluta! (1); y Dios, el que con sólo un acento hizo surgir del abismo y lanzó á los espacios esas miriadas de mundos, no podrá detener al sol en su carrera: el Autor de la vida, que creando y combinando los átomos formó las hermosuras é inspiró el primer soplo vital en el rostro primero, es impotente para dar la vida á un cadáver y menos reconstruir los átomos de un organismo,—pues los átomos no se aniquilan,—y mandarle que se levante y camine: el que puso freno á las olas y valla á los mares con cintas leves de arena, no puede detener el curso del Jordán ó del Mar Rojo: el que colocó en las entrañas de la tierra gigantes de fuego que braman y rugen, no puede librar de las llamas á unos niños en el horno de Babylonia: el que colgó en la inmensidad los polos sobre que gira la creación, no puede lo que puede Eiffel: el que dió la glotis y epiglotis al ruiseñor y á Gayarre, no puede lo que puede Edisson; en suma: el que da el alimento á los hijos de los cuervos, y viste de pompa á los lirios de los campos, y da guarida á las raposas, no puede alimentar á cinco mil hombres, ni librarles de la lluvia y del granizo!.... ¡Ser Invisible é Inefable, perdónales, porque no

(1) Ninguno más admirador que yo del genio y del progreso de nuestro siglo. He estampado ese epíteto de *pigmeos*, «teniendo en cuenta lo que es la Ciencia humana en comparación con la Ciencia divina».

saben lo que dicen! ¡La humanidad, á excepción de esos *pro-hombres,* te ha invocado siempre como á Dios tutelar suyo, te ha dirigido centenares de súplicas para que la apartes del mal ó la concedas el bien; y la humanidad, obra tuya, no se engaña! ¡Perdona, pues, á la moderna Pentápolis, que aún hay millares de justos en Sodoma!....

***

Mas ¡ah!: se me olvidaba. Las leyes que rigen el mundo son ineluctables; gozan de necesidad absoluta: de otro modo, nuestra ciencia sería quimérica y Dios versátil también. Éste es el reparo de los *científicos.* Pero, ¿en dónde habrán visto la absoluta necesidad de esas leyes, lo vacío de nuestros conocimientos y la mutabilidad de Dios si *ellas* se mudasen? Dió el Señor la existencia al hombre: podía haber creado en lugar del hombre colibríes americanos ó palmeras del desierto; pero una vez que le plugo que el hombre existiese, no podía crearle—es intrínsecamente imposible, y Dios dejaría de serlo—colibrí ó palmera. La animalidad y racionalidad son á la esencia del hombre *absoluta* é *incondicionalmente* necesarias. Estarán en la verdad esos *científicos* cuando prueben que las leyes físicas son tan esenciales al mundo como al hombre el ser *animal racional.* Mientras que el mundo con sus leyes exista, existirá;—¡verdad de perogrullo!—á esto llamo yo *necesidad contingente,* no *absoluta.* Mientras el hombre exista, existirá también—¡intuición soberana!—Pero así como el hombre no es, por eso, *necesario,* tampoco lo es el mundo ni lo será nunca: y aquí está la radical diferencia que esos científi-

ficos no saben ó no quieren saber. La esencia del hombre, física ó metafísica, no puede existir en el orden real ó ideal, sin estos dos elementos constitutivos: *animal-racional;* y el mundo puede existir en el orden real ó ideal sin esas leyes que le rigen. Me explicaré: no podemos imaginar, como la filosofía enseña, un «*hombre-cuadrúpedo*»,—grite desaforadamente el darwinismo cuanto pueda,—y no se ve contradicción ó repugnancia alguna en que la tierra, un cometa ó una constelación, en vez de girar de Occidente á Oriente, giren de Septentrión á Mediodía. Veo además que las leyes del mundo físico dependen de multitud de condiciones, y de ahí concluyo muy lógicamente que esas leyes no son en absoluto necesarias, y que podían haber sido sustituidas por otras.

Y en verdad, que porque se suspenda una ley, no resulta vana la ciencia. Los sabios que creyeron en los hechos sobrenaturales del mundo antiguo y los que creyeron en los prodigios de Jesús,— es decir, lo mejor que tuvo la Europa,— no creo yo que hayan resultado pigmeos. *La suspensión instantánea de una ley, no empece el curso posterior de esa ley,* y *menos el del orden universal.* Además, que Dios es prudentísimo en conceder tales gracias. Ni veo tampoco que Dios cambie por eso. Dios, al crear el mundo, vió y ordenó con su inteligencia y voluntad infinitas las circunstancias, tiempos y lugares en que una ley se había de suspender; como el relojero—perdóneseme la comparación innoble—prevé y ordena cuándo ha de caer el despertador. Si los racionalistas no saben ni alcanzan el fin universal de los seres, ¡no encarrilen la inteligencia infinita en su troquel raquítico! ¡respeten lo que está por cima de todos! Más sensatos serían si, confesando su ignorancia del orden universal, exclamasen: las leyes del mundo físico deben de

ser como las ecuaciones matemáticas; lo que en un miembro se substrae, se substrae también en el otro; la supresión de una ley efímera, quizá lleve consigo la suspensión de una sentencia eterna. Si entendiesen de filosofía esos *científicos,* seguramente hubieran presentado la dificultad *magna,* no resuelta por ningún teólogo ni filósofo del Catolicismo, pero con la que el Catolicismo no se desvirtúa.

Despréndese de todo lo dicho la veracidad de la frase de Rousseau: «Á los que niegan la posibilidad del milagro, se les hace demasiado honor castigándoles; basta encerrarles como á locos». Pero no pudiéndose emplear en el *siglo libre* estos procedimientos inquisidores, es más oportuno oir á los *científicos.* Los tales *científicos* no entienden de filosofías; no hablan de la *posibilidad* del *hecho milagroso;* bástales *negarla,* y negar así los que ha habido, ó darles solución *satisfactoria.* No sé por dónde empezar á escoger; la materia es inmensa, y se presta á un sainete que yo haría con mucho gusto; pero *sancta sancte tractanda sunt.* Sin embargo, el sainete va á salir, bien á pesar mío. Abro un libro de Renán, que en esto de los milagros sigue á *Paulus* el *doctor,* y leo:

«....Los relatos sobrenaturales se deben rechazar *porque implican credulidad é impostura.* Los milagros que hormiguean en las historias son falsos, *porque ninguno se verificó bajo condiciones científicas.* No son competentes para juzgar del hecho milagroso, ni los jueces, ni el pueblo, ni la clase elevada. Yo no niego la posibilidad.... —lo veremos;—lo que digo es que hasta ahora ninguno ha podido resistir el examen.—¿En dónde, cuándo, cómo? —Traedme una sociedad de fisiólogos, químicos, físicos, etc., y delante de ellos resucitadme un cadáver; repetid el experimento diez, veinte, treinta veces, y enton-

ces el *hecho adquiriría una probabilidad casi igual á la certidumbre....* Creer en milagros es creer en magias, filtros, fascinaciones, duendes y vampiros. El milagro es *una hipótesis grotesca,* y es superfluo el combatirla, porque el hecho milagroso pertenece á un estado distinto del de nuestro espíritu; Dios se mudaría; la ciencia sería imposible, y las leyes de la naturaleza volubles,—esto ya caducó....»

¡Et bien! ¡Adelante! Ya sabemos que Renán niega y no niega,—pero sí; la niega,—la posibilidad del milagro; que ignora los exquisitos y trabajosos procedimientos, y todos los recursos de la ciencia que emplea la Iglesia católica para examinar el hecho milagroso; como lo atestiguó *aquel protestante convertido;* que Ernesto hace de Dios una especie de prestidigitador, titiritero ó figurín, que ha de bailar á gusto del *científico juzgado* diez, veinte, treinta veces, y á la postre.... le pagan con *una probabilidad casi igual á la certidumbre.* De idéntico parecer que Renán son Schopenhauer, Moleschott, Büchner y Flammarión. (Vid. *Ciencia y Naturaleza, Dios y Naturaleza* ya citadas.) «El milagro, dicen, repugna á la ciencia *nueva.* Si Dios gobernase el mundo, serían superfluas las leyes. Ahora bien: el hecho milagroso, ó procede de Dios, ó del *azar,* ó de la fuerza y de la materia. No procede de Dios ni del azar, *porque es insostenible.* Luego estiren Vds. el hilo».... (Textual todo esto.)

Si se quiere saber cómo explica Renán los milagros del antiguo Testamento, hay que acudir á la última obra que está publicando. «....Los milagros, dice, no existen. ¡Las leyes de Roma sí que son providenciales! Cuentan que Moisés hizo brotar aguas de una roca: esto no es verdad; porque *peut-être* que los nobles del pueblo que le acompañaban, llevasen bastones, é hincándolos en

tierra, hiciesen brotar las aguas sin intervención divina; así parecen indicarlo *Las guerras de Iahavé*. Dicen que cuando los israelitas cruzaban el desierto, un exquisito maná descendía milagrosamente para servirles de comida; *peut-être* que fuese el rocío, lente ó escarcha que á la salida del sol caía como blanca nieve sobre las hierbas. Los truenos y relámpagos del Sinaí son poesía hebraica; pues es inconcuso que el Sinaí presenta un aspecto terrible y *volcánico*. Tampoco los israelitas cruzaron el mar Rojo á pie enjuto, sino que dieron un rodeo para cruzarle. Se puede asegurar lo mismo del paso del río Jordán; este río llevaba en aquellas circunstancias poquísima agua, y era fácil vadearle. El derrumbamiento de los muros de Jericó al sonido de las trompetas, es fantasía pura; un ejército armado fué el que derribó los muros. Elías no resucitó á los muertos, sino que les comunicaba su aliento vital como por una corriente de inducción....»

Explicación más *satisfactoria* no se puede excogitar. Los bastones, las gotas de rocío, rodeos, vadeamientos, corrientes de inducción, *peut-êtres*...., resuelven de plano los hechos sobrenaturales de la ley vieja.... Esas tautologías ó esos *dilettantismos* no sirven para nada bueno, son formas hueras del pensamiento vacío. Mas llega ahora lo *épico sublime*, la explicación de los milagros de Jesús. Aquí Renán llevará la voz cantante, pero no será solo.

Si hemos de creer á Büchner *(Ciencia y Naturaleza)*, Schopenhauer afirmó que «Jesús hizo milagros por medio del magnetismo». Pero «Jesús, contesta Renán, no sabía de esas cosas, ni siquiera medicina. Es verdad que hizo algunos milagros para confirmar el título de Hijo de David; pero Jesús no tuvo la más remota idea del orden inflexible é ineluctable de las leyes físicas: como taumaturgo, es un charlatán; á pesar suyo fué taumaturgo y por

medios secretos: sus milagros son una violencia de su siglo, una concesión arrancada por la necesidad pasajera. Jesús como taumaturgo y exorcista se ha desvanecido.... No podía ocurrir otra cosa. El milagro es considerado *como la manifestación esencial de la Divinidad* (! !); lo cual no impide el que la acción taumatúrgica vaya acompañada de medios naturales:—¡inconsecuencia evidente!— Así se ve que las circunstancias en que se verificaron son pura juglería de Jesús y los Apóstoles. Éstos estaban llenos de preocupaciones teúrgicas, como buenos espiritistas (! !); creían, como todos los que acompañaban á Jesús, en espectros y apariciones de Ángeles ó Elohim, —que vienen y van.—Los siete demonios de la Magdalena eran siete enfermedades nerviosas; epilepsia, histeria, etc.,—demonios crudos.—El milagro de los cinco panes y dos peces, el de las bodas de Caná, etc., etc., son paparruchas. Los únicos que ofrecen cierto respeto son: el de Lázaro y el de la Resurrección de Jesús. Pero veamos cómo se explican. El milagro de Lázaro no es del todo legendario. *Peut-être* la alegría de la llegada de Jesús pudo devolver á Lázaro la vida; *peut-être* por amor de Jesús, las personas piadosas salieran de todos los límites pregonándolo; *peut-être* que Lázaro, pálido aún á causa de su enfermedad, se hiciese cubrir de vendas como á un muerto y encerrar en el sepulcro de su familia....; llegan Jesús y la muchedumbre: Jesús desea ver á Lázaro, y éste, separando la piedra mortuoria, surge del sepulcro envuelto en sus vendas y cubierta la cabeza de un sudario. Esa fué la resurrección....»

Resumen de lo que precede: creer en filtros, desconocer lo que es milagro, espiritistas, espectros y unos cuantos *peut-être*. ¡Peregrino modo de explicar y combatir! Si esta es la ciencia de la escuela crítico-histórica,

¡maldición sobre esa Ciencia ruin y pedante! Justísimo fué el escándalo que con esa explicación suscitó Renán entre sus más íntimos amigos, entusiasmados *peut-être* ante el cuadro de Mr. G. Catternoles.

Y llega la Resurrrección de Jesús. West y Sherlok la explicaron según las reglas del foro inglés, combatiendo á Wollaston. Mucho antes la resolvió Celso con decir «que todo fué patraña é invención apostólica». Strauss la explica de este modo: «Ó Jesús resucitó por vía natural ó sobrenatural; *pero ni uno ni otro es posible,* porque las palabras «muerto» y «resucitado» son contradictorias. Si Jesús resucitó, no estaba muerto; y si estaba muerto, no resucitó....» ¡Bravo! Kaiser dijo que la Resurrección de Jesús era un *mito poético-histórico;* Semler, que *sólo un mito;* Reimaro, Wunsch y Bahrdt dudan de ella; *Paulus el doctor* niega la muerte de Jesús, y explica la Resurrección usando el síncope. Algunos racionalistas exégetas dicen que los ángeles eran los hortelanos essenios que se aparecieron á la Magdalena; otros, como Kuinöel, que los ángeles fueron las llamas salidas, á eso del crepúsculo, de las entrañas de la tierra; otros, como Bruno Bauer, que los ángeles fueron los rayos de la aurora matinal; otros, finalmente, aseguran que los essenios arrebataron vivo á Jesús, le llevaron al huerto, y le rodearon de piedras: llegan José de Arimatea y Nicodemo, y sale Jesús, que, al reconocerlos, llora. Los essenios son los ángeles, y Jesús se aparece á la Magdalena, que lecreyó hortelano. La opinión de Renán es la siguiente: dice que «los Apóstoles robaron el cadáver de Jesús y le llevaron á Galilea: la exaltada imaginación de *María de Magdala* (Magdalena) desempeñó un papel de primer orden. El amor dispuso á los ánimos á creerlo. ¡Poder divino del amor! ¡Sagrados momentos aquellos en que la

pasión de una alucinada dió al mundo un Dios resucitado!....»

Á mí sólo me queda exclamar también: ¡Poder enclenque de la Ciencia nueva! ¡Momentos tristes en que el alma, sedienta de saber, sólo halla en torno suyo negaciones rotundas y explicaciones vacías! ¡Un milagro *ilusorio* creído por la venerable antigüedad, precedido del estremecimiento del mundo, de la rupción de las rocas, de un sol ensangrentado, de muertos volando por los aires, de vibraciones que resonaron en el areópago de Atenas y en la cumbre del Gólgota! *¡Milagro ilusorio,* estremecimiento fantástico, que, repercutiendo en el corazón de doce pescadores, removió al mundo en sus cimientos, trastrocó los papeles de la historia, luchó á brazo partido con los poderes del infierno y las potestades de las pasiones; que tuvo testigos de los que á Pascal le gustaban; testigos que se dejaron degollar; niños inocentes, ancianos decrépitos y doncellas vírgenes; que consiguió lo que el héroe Macedón y los Emperadores de Roma, los políticos y los filósofos, no pudieron conseguir: civilizar al mundo extendiendo la doctrina del Crucificado en todo lugar, en toda tribu y en toda nación, y no con el alfanje de Mahomet, sino con el imán del amor y del sacrificio! ¡Ilusión sublime, que, pereciendo todas las instituciones, ha hecho que *una sola* permanezca inalterable entre tantos derrumbamientos y desmayos, ante las blasfemias y las espadas, siquiera hayan sido como la de Napoleón ó Cavour, de Garibaldi ó de Crispi; ilusión creída por una falange de genios que cruzaron el mundo cual astros luminosos; ilusión que hoy presta alientos á un inerme anciano, y hace que todas las potencias de la tierra, como los Reyes al Niño de Belén, le obsequien con joyas riquísimas, y saluden como á Redentor de la

sociedad que se muere!.... ¡Ilusión! ¡ilusión! ¡ilusión! «*Hoc nobis unum grande miraculum sufficit*», diré con el Fénix del África.

Y ahora, venid, gacetilleros parlanchines, poetillas de agua chirle, periodistas librepensadores, catedráticos de salón, sabios de la escuela de Renán, filósofos de la hornada de Thiberghien; vosotros, los que, como Rouland, Massy ó Jacomet, combatís el milagro visto por una pastora inocente; vosotros, los que, como Ernesto, no os acercáis á Lourdes por no rebajar vuestra dignidad personal; vosotros, *pensadores*, que no tuvisteis valor para mamaros la bicoca de miles de duros, demostrando la falsedad de *un hecho solo* de los centenares de Lourdes....; venid, y explicadme cómo la Resurrección de Jesús, esa ilusión de Magdalena, ha podido y puede hacer tantos prodigios.

¡Rocas de Massabielle, hablad á estos infatuados!....

LAS CONTRADICCIONES.

¡Respiremos! Á pesar de las blasfemias precedentes, no puede Ernesto ocultar lo que ningún blasfemo ha ocultado. El elogio sale de entre los insultos, y la contradicción de entre las doctrinas. Por depravado que se halle el corazón del hombre, alguna fibra generosa le queda: por inextinguible que sea el odio contra Jesús, los impíos, en esos momentos de lucidez en que las pasiones callan y la cólera se extingue, no pueden escatimar á Jesús entusiastas alabanzas. Como Balaam, decía nuestro Caminero, quieren maldecirle, y á pesar suyo sale de sus labios un grito de admiración. Leed al desesperado Rousseau, y hallaréis la apología del Jesús-Dios en el libro

cuarto de su *Emilio*. Leed á Kant, el universal demoledor, y veréis que «la moral de Jesús es la más elevada, universal y posible». Recorred las páginas de Fichte, y hallaréis que «Jesús, fundando en la tierra el reino de los cielos, ejecutó la voluntad suprema de su Padre; y como primer ciudadano de ese reino, es verdaderamente Hijo de Dios». Recorred las páginas de Gœthe, el enemigo del *palo rígido y en cruz,* y hallaréis «la necesidad de la Redención y de la vida futura; y que si eso es supersticioso, esa superstición es la poesía de la vida». Y si habéis leído á Strauss, habréis visto que «ningún hombre puede tener la vida religiosa que Jesús tuvo». Y si queréis leer al iracundo más horrible que cruzó por la tierra, al blasfemo Proudhon; allí, de aquellos labios encendidos, de aquella boca nido de blasfemias enroscadas, salió esta frase digna de que todos los racionalistas la graben en sus corazones: «Si reconocéis á un Ser Supremo...., ¡de rodillas ante el Crucificado!» Con razón, pues, decía Moreno Nieto: «En todas las obras de los enemigos de Jesús, veo al Jesús-Dios». Á todos se les puede repetir lo que á Marción respondía Tertuliano: «En vano trabajásteis; porque á cien leguas veo al verdadero Jesús: ¡hasta en vuestro falso Evangelio!»

Yo, por mi parte, he de confesar que á través de las obras de Ernesto veo la divinidad de Jesús y del Catolicismo, como la Providencia á través de las miserias de la vida; y como aquel que en tiempo de la revolución francesa, contemplando el aspecto repugnante y ensangrentado del ojo de Robespierre fuera de su órbita, exclamó: «¡Dios existe!»; así exclamo: ¡Jesús es Dios! Podráseme objetar que las frases dedicadas por Ernesto á Jesús son de sentido racionalista; no importa: el lector juzgará imparcialmente. Ya que con mucho trabajo las

he recogido de las obras de Renán, voy á presentarlas como Dios me dé á entender, seguro de que con esas contradicciones y esos elogios daré pasto á la curiosidad de mis lectores, y quizá algún consuelo para calmar en parte las impresiones pasadas. Poquísimo he de poner de mi cosecha; calmaré los impulsos de mi entusiasmo ante las frases, no ya heladas y frías, sino líricas y arrebatadoras, de Ernesto Renán.

Ernesto, que ha execrado á los discípulos de Jesús, dice: «¡Ellos vencerán al mundo con su modestia y mansedumbre!» Renán, que ha *explicado* por vía natural y evolución histórica el Cristianismo maldiciéndole, tiene esta página escrita contra las paradojas anticristianas de Feuerbach, inmejorablemente traducida por nuestro insigne Menéndez y Pelayo: «¡Ojalá que Feuerbach hubiese mojado sus labios en fuentes más ricas de vida que las de su germanismo exclusivo y altanero! ¡Ah! Si sentado sobre las ruinas del monte Celio hubiese oído el son de las campanas eternas dilatarse y morir sobre las colinas desiertas donde fué en otro tiempo Roma; ó si desde la playa solitaria del Lido hubiese oído la voz del *campanile* de San Marcos espirar en las lagunas; si hubiese visto á Asís y sus místicas maravillas, su doble basílica y la leyenda del segundo Cristo de la Edad Media trazada por el pincel de Cimabue y de Giotto; si se hubiese empapado en la mirada penetrante y dulce de las vírgenes del Perugino, ó en la catedral de Siena contemplando el éxtasis de Santa Catalina.... Feuerbach no lanzaría así el anatema sobre una mitad de la poesía humana, como queriendo apartar lejos de sí el fantasma de Iscariote.... No comprende que la gran diferencia entre el helenismo y el Cristianismo consiste en que el helenismo es natural y *el Cristianismo sobrenatural*».

¡Qué contradicción tan bella!—exclama Menéndez y Pelayo.—No presentaré las contradicciones innumerables de Renán acerca de los libros y profetas antiguos. Óigasele.... Las religiones de Siria y Egipto llenaron el mundo de braxas y amuletos; no tenían ninguna idea grande, moral y elevada; la religión de la humanidad pertenece á la raza semítica (hoy dice lo contrario en su *Historia del pueblo de Israel).*—Jesús se posesionó de una sociedad á la cual no bastaba la filosofía del Estado: no fué á la escuela: hasta ignoraba los nombres de Budha y Zoroastro y Platón: no había leído ningún libro griego, ningún *sutra* búdhico: no sabía letras, y, sin embargo, había leído los Psalmos, los libros apócrifos, el Pentateuco, los Profetas, Daniel é Isaías, el libro de Enoch y todos los escritos que trataban del advenimiento del Mesías-Salvador: era jurista, controversista, exégeta, teólogo.... —(¡Misterio incomprensible!)—Jesús no conocía la historia, pero fundó la moral eterna salvadora de la humanidad, la doctrina sublime de la libertad de las almas. Alma lírica, alma grande, naturaleza divina, fundador excelso, exento de nuestras incertidumbres y vacilaciones; héroe sin rival de la pasión, modelo cumplido de las almas puras, á cien codos sobre los demás fundadores.... Al abrogar la ley con todo el poder de su genio, instituyó el Cristianismo, hecho glorioso, único y fecundo; hizo dar á la Religión un paso al cual no puede ni podrá compararse ningún otro.—(¡Misterios incomprensibles!)—¡Rabino el más embelesador de Judea, *divina personalidad!;* su predicación era dulce y suave como las armonías de la naturaleza y el perfume de los campos. Con Él habitó Dios entonces en el mundo. Predicaba «el reino de los cielos», cuyo debilitado aroma es aún nuestra suprema consolación. Nunca dilató el pecho humano gozo tan

puro y tan inmenso. En aquel esfuerzo, el más vigoroso que ha hecho la humanidad para elevarse sobre el barro de nuestro planeta, hubo un momento en que se olvidaron los lazos de plomo que nos ligan á la tierra y á las angustias de la vida. ¡Feliz el que entonces pudo ver la luz de aquella *divina aurora!*—(¡Misterios incomprensibles!)—Si las ideas de Jesús no fuesen superiores á los hombres, la tierra sería un paraíso celeste: Jesús no tiene rival en palabras y obras. Creador verdadero de la paz de las almas y consolador de la vida...., su Evangelio fué el *sursum corda*, remedio único para todas las ambiciones; y para el progreso y la civilización, fué como el rocío que desciende sobre el monte Hermont.—(¡Misterios incomprensibles!)—En los milagros apostólicos había algo superior á las fuerzas humanas: sin los milagros, Jesús no hubiera realizado una revolución moral tan estupenda, ni creado el Cristianismo: la Iglesia convirtió al mundo. —(¡Misterios incomprensibles!)—Jesús, más bien que *reformador* de una religión antigua, es *fundador y creador de la religión verdadera.* Él anunciaba sus futuros padecimientos, y hablaba de ellos bien claramente á sus discípulos: Él conoció la traición de Judas: Él predijo la inmortalidad del nombre de Marta; y las palabras «caiga su sangre sobre nosotros y nuestros hijos», encierran profunda verdad histórica: todo ha sucedido así.—(¡Misterios!)—Perdonémosle la idea de un cielo fantástico y de un vano Apocalipsis; pero ella es la expresión más grande y poética del humano progreso: no despreciemos esa quimera que ha sido la corteza tosca del sagrado bulbo de que nosotros vivimos: esas frases favoritas de Jesús, permanecen todavía llenas de perenne encanto. Su exquisita ironía y sus malignas provocaciones contra los fariseos, iban siempre derechas al corazón: sus rasgos se

han escrito con buril de fuego sobre la piel de los hipócritas. *¡Rasgos incomparables dignos de un Hijo de Dios!; ¡porque sólo un Dios sabe matar así!* Sócrates y Molière no hacen más que arañar la epidermis; Jesús introduce el hierro candente hasta la medula de los huesos.—(¡Qué contradicciones tan bellas!)—Jesús se proclamó *Hijo de Dios,* y esto que en otros hombres hubiera sido vanidad insoportable, no debe mirarse en Jesús como tal: esa idea no la recibió de los judíos, brotó de su grande alma. El odio de sus enemigos puso el sello á la Divinidad de Jesús.... ¡Jesús, Jesús, confortación de las almas afligidas!; la humanidad deseará besar las huellas que dejaron los pies de Jesús. ¡Jesús!, aquel principio de renacimientos morales á quien debe cada uno de nosotros lo mejor que tiene en sí, y dirige todavía, en la presente hora, los destinos de la humanidad, porque fué su digno intérprete. ¡Jesús!, hombre de proporciones colosales, honor común de todo el que sienta latir en su pecho humano corazón; columna la más grandiosa de las pasadas y futuras generaciones; ideal universal que adoptaron Roma y Atenas.... ¡Los bárbaros caen á sus pies, y hoy el Racionalismo no le mira una vez siquiera fijamente sin arrodillarse consternado!.... Sin Jesús, nada se explica. ¡Ved aquí al *Dios vivo;* al *Dios á quien es preciso adorar!....*

Describe Renán la muerte de Jesús, y dice....: «Á medida que el hálito vital se extinguía, su alma se serenaba y volvía otra vez á su celeste origen: vió en su muerte la salvación del mundo...., y profundamente unido á su Padre, empezó en el patíbulo la vida que por siglos y siglos iba á gozar en el corazón de las sociedades.... *¡Consummatum est!* ¡Reposa en tu gloria, noble iniciador de la más sublime de las doctrinas! Tu obra se halla con-

cluida; tu divinidad queda fundada. No temas ya que una falta venga á derribar el edificio debido á tus esfuerzos. Lejos del alcance de la fragilidad humana, en adelante asistirás desde el seno de la paz divina á las infinitas consecuencias de tus actos. ¡Tu nombre, gloria y orgullo de la humanidad, va á ser exaltado durante millares de siglos! ¡Lábaro de nuestras contradicciones, tú serás la bandera á cuyo alrededor se librará la más ardiente de las batallas! Y mil veces más vivo, más amado después de tu muerte que mientras cruzaste por este valle de lágrimas, llegarás á ser de tal modo la piedra angular de la humanidad, que borrar tu nombre de los anales del mundo sería conmoverle hasta en sus cimientos. Entre Dios y tú ya no existirá diferencia alguna. ¡Toma, pues, posesión de tu reino, sublime vencedor de la muerte, de ese reino adonde te seguirán por la vía ancha que trazaste siglos y siglos de adoradores. . . . . .

. . . . . .

..... ¡Coloquemos á Jesús encima de la grandeza humana!.... Nosotros, condenados á la impotencia, trabajamos sin cosechar, y no veremos el fruto de nuestra siembra.... Entre los futuros, nadie sobrepujará á Jesús. Su culto se rejuvenecerá incesantemente; su *leyenda* arrancará lágrimas sin cuento: su martirio enternecerá los mejores corazones. ¡Y todos los siglos proclamarán que entre los hijos de los hombres no ha nacido ninguno que pueda comparársele!....»

Á mí sólo me queda exclamar: ¡Bendito sea Dios, que trueca en oro la ruin escoria y la blasfemia en alabanza! *La piedra que pretendieron arrojar los que edificaban, ha llegado á ser la cima del ángulo.* ¡Jesús es Dios!

CONCLUSIÓN.

Pero no seamos optimistas, ni lleguemos á creer, saboreando aún las dulzuras que preceden, que el *moderno Anticristo* es un *Anticristo convertido.* No: considerando en conjunto todo lo que en este escrito queda estampado, ante ese dédalo de contradicciones, creo que se puede preguntar: ¿qué hará Renán en lo que le falta de vida? ¿Adorará en Jesús, en Çakiammuni ó en Cagliostro? ¿Irá, como el mal ladrón, desde la cruz al infierno? ¿Pedirá, como Strauss, á la hora de su muerte, que le lean las páginas del *Phedon* sobre la inmortalidad del alma? ¡Quién sabe!.... Cuando Lamennais estaba en el lecho del dolor y de la agonía, exclamó: «¡Dios mío, Dios mío, que reveláis vuestros secretos á los humildes y los ocultáis á los soberbios!» Y Corneille, el paisano de Renán, dijo ya:

«Dieu ne s'abaisse pas vers les cimes trop hautes.»

El orgullo, dice Gay, tiene por pena la ceguedad y por alimento la mentira.

Horribles han sido las impresiones causadas en mi alma por la lectura de la *Histoire du peuple d'Israël.* Renán aquí es mucho más escéptico que en sus lucubraciones anteriores: más cansado, menos ameno, más infatuado y menos entusiasta de Jesús y su fundación. Su estilo tiene más hiel y menos almíbar. Parece como que el ángel malo le va endureciendo el corazón con el frío de la vejez, y sembrando nieblas en el entendimiento con

el humo de la soberbia. No es ya Renán aquel *sereno espectador* que describe Cantú; aquel apologista del fraile y panegirista del Salvador de los hombres. Es Renán el cantor del *Dios impersonal,* de la materia eterna y del germen latente de la vida, aspirante á la metamorfosis del espíritu público, gárrulo declamador que marea con espejeos y vislumbres, capitán de batalla que ha gastado el último cartucho. Es Renán el furibundo socialista de *Le Prêtre de Nemi;* escritor envejecido y enervado por el opio de sus libros y el incienso fatal de sus comensales, adulador y mañero sobre toda ponderación. Él, que califica de *extravagante* á Francisco de Asís; él, que, como el *Témpano* de Suárez Bravo, llama *histérica* y *visionaria* á la figura española más encantadora y adorable, de frente erguida y de mirada *penetrante* y *dulce,* y en el puño el acero contra los enemigos de Jesús, á la extática Santa Teresa; él, que cien veces suelta la sin hueso para maldecir á los Profetas y á los Apóstoles, á las Hermanas de la Caridad y al *clericalismo* de Roma, y llama á David *bandido* y santifica á Jezabel y Robohám; él, que ha manchado con su inmunda baba todo lo más santo de la tierra y de la gloria...., se cree *sucesor único de Jesús,* y volviendo la mirada al ciclo de sus obras impías, al terminar la que está publicando, dice que exclamará lleno de júbilo con el viejo Simeón: «*Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace*». ¡Sarcasmo horrible, digno de una mueca de Voltaire ó Satanás!

El filósofo Schleiermacher, dice Cantú, despojando al Testamento antiguo de sus profecías, y de sus milagros al Testamento nuevo, concilió lo demás con su filosofía ingrata; pero advirtiendo adónde iba á parar, inclinado ante el abismo que abrió á sus pies, gritaba: «¡Felices

nuestros padres, que, inexpertos aún en la exégesis, creían leal y sencillamente cuanto les era enseñado!» Renán no se detiene ante el caos que también abrió; y caos profundo es lo que ha hecho de la historia; en su campo no deja absolutamente nada; su soplo ha sido fuego devastador; su pluma, el hacha que aplica á la raíz de todo lo bueno. *Contradictorio dialoguista,* filósofo llorón á veces, y á trechos melancólico novelador de los que Valera describe, incrédulo, tarambana y versátil, amante de la ciencia *esotérica,* se lamenta de que la sociedad esté tan corrompida, de que el pueblo se *racionalice* y vaya haciéndose incrédulo. ¡Heráclito digno de risa! Es vástago de aquella casta volteriana que hacían oir Misa á sus deudos, y en los banquetes de Condorcet mandaban retirar á los criados para que no oyesen las *nefandas blasfemias.* Vacherot y Flammarion lloran también contemplando la sociedad. ¡Qué acertadamente Núñez de Arce puso en boca del demagogo, contestando al burgués y describiendo á París, las siguientes estrofas:

«Rota está la cadena. ¡La habéis roto!
.....Si mis labios
Ofenden tu pudor, hieren tu oído,
No me culpes á mí, culpa á tus sabios
Que del error apóstoles han sido....
¿Qué has hecho tú de la conciencia humana?
¿Qué fibra has respetado? ¿Qué pureza
Ha resistido á tu atracción tirana?
¿Dónde acaba tu infamia? ¿Dónde empieza?....
¡No tuviste piedad, y no la esperes!
¡Ya tu grandeza vergonzosa acaba,
Pudridero del mundo!....»

Pero las lágrimas de Renán son de cocodrilo; está Ernesto completamente obcecado; no se mece ya entre

la tierra y el cielo; no humilla su frente en la ceniza de los altares que quemó; salta por las contradicciones todas. Se puede repetir de él lo que Proudhon decía de los filósofos contestando á Federico Bastiat (Obras de éste, tomo v): «Á fuerza de eclecticismo y materialismo,—racionalismo y panteismo,—ha perdido la inteligencia de sus tradiciones». Renán, que ha puesto á Jesús en la cúspide de la humana grandeza, dice hoy que *Jesús no tiene nada que ver con los filósofos;* Renán, que veía en el Evangelio el *sursum corda* de la humanidad y la manifestación más grande del progreso humano, dice hoy que la moral evangélica es una *utopía ridícula;* Renán, que nos colocó la edad de oro perdida, el paraíso llorado por los poetas, y la *religión suspirada,* y la civilización verdadera en la nación de la raza semítica, hoy coloca todos esos elementos en Grecia. Según Renán, del Parthenón y del Olimpo salieron «nuestras ciencias y artes, nuestra literatura, filosofía, *moral,* política, estrategia, diplomacia, derecho internacional y marítimo. El progreso consistirá en desarrollar *eternamente* lo que Grecia concibió. Grecia es el más grande de los *milagros*».

Renán *ha sembrado viento y recoge tempestades.* La objeción,—él mismo lo confiesa,—es hija siempre de la perversidad y del orgullo, sin llevar premio en la vida ni esperanza en la muerte. Renán propiamente no tiene escuela; sólo consigió hacer indiferentistas. Su trabajo y su sentir, su esperanza y galardón, resúmelos él en las siguientes frases: «....El pueblo más grande, más noble y más fuerte, será aquel que viva sin obedecer á autoridad y á superior; sin ley, ni ciudad, ni emperador ni rey; sin religión y sin sacerdotes.... Un pueblo es glorioso frecuentemente por sus revolucionarios que le pierden, vili-

pendian y escupen.... ¡La libertad es el gran resultado obtenido! Cada uno puede educar á sus hijos y disponer sus funerales como quiera....» «Admiremos, sí, la moral del Evangelio ; pero suprimamos de nuestra enseñanza *la quimera* que le dió el ser. Jesús, *el fundador de los derechos libres,* tiene hoy sus representantes : las tentativas socialistas serán infecundas si no van informadas por el espíritu de Jesús.... El movimiento del mundo es la *resultante del paralelógramo de dos fuerzas :* del liberalismo y del socialismo ; del liberalismo de origen griego, y del socialismo de origen hebreo. Para saber cuál de esas dos fuerzas vencerá, es necesario saber cuál es el fin de la humanidad. ¿Es el bien de los individuos que la componen ó forman? ¿Es, como se cuenta, la consecución de ciertos fines objetivos y abstractos que exigen hecatombes de sacrificios?.... Cada uno responda según su temperamento moral, y eso basta. El universo, que no nos ha dicho aún su palabra última, consigue su objeto con la variedad infinita de sus gérmenes. Lo que Dios—*Iahavé* — quiere , siempre llega. Estemos tranquilos. Si somos los engañados, esto no tiene grandes consecuencias. Si perdemos nuestro partido, otros le ganarán!....»

¡Pues vaya un consuelo que nos ofrece Ernesto en la conclusión del segundo tomo de su última obra! Yo lo esperaba, sí, pero no tan explícitamente : *socialismo, indiferentismo....,* y por término la desesperación, es la religión *renana, el gran resultado obtenido!* Saber que tenemos un fin y no ocuparnos de él absolutamente para nada, como de él no se ocupan los cuadrúpedos , contentándonos con que si *perdemos nuestro partido, otros lo ganarán ;* ignorar en qué consiste ese fin supremo y último, centro de nuestros suspiros, imán de nuestros deseos

y blanco de nuestras aspiraciones, y asegurar que su pérdida no tiene consecuencias gravísimas para nosotros...., es ridículo y blasfemo; ridículo, porque se habla de lo que se ignora; blasfemo, porque es lo mismo que decir que los hombres somos más desdichados que todos los seres de la creación, tendiendo á su fin, con su vida, luz y ser, como brújula palpitante; blasfemo, porque es hacer de Dios el *déspota proudhoniano,* verdugo de nuestra razón y espectro de nuestra conciencia. Creer en un Dios,—*Iahavé,*—que *hace llegar siempre lo que quiere,* que nos ha prefijado ese fin último...., y permanecer inmóviles como estatuas en el campo del combate cuando se oye el estampido del cañón y el estruendo de la metralla...., sin elevar súplicas y oraciones al *Iahavé,* Dios de los ejércitos y de las venganzas...., es el colmo de la desesperación cruda y horrible. Los positivistas, dice Büchner *(Ciencia y Naturaleza),* leen todos los días un capítulo del Kempis: Compte rezaba tres veces al día. Por lo visto, Renán se contenta con menos. Sospechaba también que, al llamarse Ernesto «único sucesor de Jesús», era semejante á aquel Jerónimo Korler y á su hermano Cristián, precursores del mormonismo, que se creían «los testigos de Dios descritos en el Apocalipsís». *¡Fanatismo, visionarios, alucinados....!!!»*

Y ahora, para concluir y dejar tranquila mi conciencia, voy á responder á ciertas preguntas. ¿Qué ha conseguido Renán, qué consigue Jacolliot, qué consigue Taine, con sus trabajos de zapa y sus lucubraciones antievangélicas? ¿Desterrarán á Jesús del corazón de los hombres? ¿Perecerá el Catolicismo?.... ¿Qué esperanza salvadora nos ofrecen esos *sabios?* Á esta última pregunta me responde Renán en el *Libro de Job:* «El secreto de la vida está en ahogar las melancolías y pasarse

sin esperanza». En la *Historia del pueblo de Israel* nos ofrece, como hemos visto ya, la esperanza del socialismo y nihilismo ruso.

Para contestar á las otras preguntas, será necesario tender la mirada sobre los hombres que *fueron*. Nicolás Fréret, en 1719, examinó los Evangelios para combatirlos, y nada consiguió. Semler, Kant, Herder, Paulus, Strauss, Réville, Ernesto Bunsen, Emilio Burnouf, y Jacolliot y Renán, sin traer á cuento todas las escuelas heréticas desde Jesús al siglo XVI, desde el siglo XVI á las de Halles, Tubinga y Gottinga, todos han redoblado sus esfuerzos por desterrar la Biblia, y principalmente el Testamento nuevo, y muy principalmente hoy el Evangelio cuarto, y nada han conseguido. El gran poeta lord Byron, escéptico desesperado también, lanzaba este suspiro: «En este libro—el de los Evangelios—está el misterio de los misterios. ¡Ah, dichosos aquellos mortales á quienes Dios hizo la gracia de oirle, verle é invocarle y *de respetar las palabras de este santo Libro!* ¡Dichosos los que saben forzar su puerta y penetrar en sus senderos! ¡Pero valdría más que no hubiesen nacido, si han de leerle para dudar de él ó despreciarle!»

En cuanto á Jesús y al Catolicismo, no cabe dudar de que la victoria es suya. ¿Qué no hizo por aniquilarlos aquella legión de demonios incubada en el pecho de Voltaire? Y no obstante, el último suspiro volteriano fué el último suspiro de Juliano el Apóstata. Hay que convencerse de que, merced al Catolicismo, que es el verdadero Cristianismo, subsiste el mundo, como decía Gioberti. Es necesario que se persuadan los científicos racionalistas y librepensadores de que sus *sistemas estupendos y atrevidos*, condensados en aquel período de Gabriel Mollin: «Es preciso que acabemos definitivamente con

Dios.... ; nosotros vivimos en la tierra ; no queremos el cielo» ; no han consolado á un alma afligida, no han poblado un corazón desierto, ni enjugado siquiera una lágrima. Jesús y el Catolicismo, fuentes irrestañables de caridad y mansedumbre y confortación de todas las almas afligidas, desaparecerán, como juzgaba Montalembert, cuando se arranquen de la tierra el sufrimiento y el dolor. Vea, pues, Renán si evaporará la memoria del Jesús-Dios y del Catolicismo con sus picarescas chanzonetas é ilógicas deducciones ; persiguiendo lanza en ristre, como el rey Forión el horizonte vacío , dorando las blasfemias con matices y cosméticos , ocultándose bajo la piel del hipócrita y lavándose las manos como Pilatos después de vender al Justo.

Considere Renán que el tumulto de blasfemias y sacrilegios que levanta él y los que son de su casta, es sofocado por el *¡Hossanna!* sublime que levanta á los cielos la Iglesia católica en la extensión de la tierra. Podrá Renán llevar á Jesús al Sanhedrín, y desde allí al Pretorio, y desde allí hacerle pisar, cargado con la Cruz, el áspera cumbre del sangriento Calvario ; pero no puede ni podrá Renán impedir que ese Jesús crucificado entre dos ladrones y escarnecido por una ruin canalla, aparezca al tercer día ante las muchedumbres resucitado y glorioso, vencedor del infierno y de la muerte, y aclamado por Dios, Verbo Eterno y Resplandor de la gloria del Padre, suba á ser Rey de los eternos eucarísticos festines, y desde allí triunfe de todos sus raquíticos enemigos. ¡Triunfo, sí, triunfo sin rival, milagro estupendo , prodigio inaudito , que el mismísimo Federico II formulaba en este frase : «No ignoro que quien combate á la Iglesia bebe el cáliz de Babilonia»!—¡Y ha sido así!—diría el abate Ricard. Desde Herodes el Grande hasta Licinio....,

desde Arrio hasta León VI el Iconoclasta, desde Astolfo el lombardo hasta Cavour y Farini, todos se han estrellado contra la roca que Jesús puso en el mundo; todos han sido arrojados ignominiosamente á la tumba.

—....¿Qué hace ahora el hijo del carpintero José?—preguntaron los bárbaros, los cismáticos, los herejes é invasores.—Y cada edad respondió: «¡Un féretro!....»

Fr. Zacarías Martínez,
Agustiniano.

EL ESPINAR CUBANO

Y LA SEGUR BARRANTINA.

Doy gracias al Sr. Director de la acreditada España Moderna, por la galantería comprometedora con que ha solicitado mi colaboración; y como el único modo de corresponderle bien es remitirle algún trabajo, pongo manos á la obra. No he tenido libertad para elegir el asunto: las circunstancias me lo han señalado. Hubiera creído faltar á un deber si no comenzase por una rectificación, al colocar mi nombre entre los de los escritores de esta Revista donde mis compatriotas han sido mal juzgados, por no decir maltratados. Me refiero al artículo publicado en Octubre de 1889 por el ilustrado académico Sr. D. V. Barrantes. He procurado estar en guardia contra mí mismo, por las tentaciones del tema y por la naturaleza del periódico que tan graciosamente me brinda honroso hospedaje. Censuro á España, censuro á los españoles, contradigo al Sr. Barrantes; pero ello en sí mismo no es violación de ninguna etiqueta social ni literaria, pues el inteligente redactor de la *Sección Hispano-Ultramarina* debe de estar acostumbrado á las luchas de la discusión, y en esta propia

Revista él mismo y otros han criticado á sus Gobiernos, sus hombres y sus cosas con una acritud de tono que yo no empleo. Además, deben Vds. considerarme como de la casa, si quieren ser consecuentes con su teoría de que los cubanos somos españoles; y digo *teoría,* porque en la práctica suelen tratarnos, no ya como á extranjeros, sino como á enemigos. Era necesario llenar aquel requisito de la templanza; mas también es necesaria mi protesta. Acepto el asiento que me ofrece el Sr. Director, pero antes de ocuparlo sacudo el inadvertido polvo con pañuelo de seda.

I.

LA EDUCACIÓN Y LAS INSURRECCIONES.

Con el arriesgado título de *La Poesía lírica en Cuba* ha dado á la estampa el Sr. D. Martín González del Valle una colección de composiciones de compatriotas míos, adicionadas, según parece, con notas biográficas y observaciones críticas. No la conozco, pues el ejemplar que pedí á la Habana cuando se anunció la publicación, y que me fué enviado, se extravió en el camino; pero varios amigos me han escrito que no por ello me pase las noches «de claro en claro», y el voto del Sr. Barrantes viene á esforzar la discreción de ese consejo. No me propongo, pues, levantar proceso al libro mencionado, sino examinar las ideas que él ha sugerido al descontentadizo académico.

Según éste, en Cuba casi no hay ni ha habido poetas, por culpa de la educación desorganizadora con que Es-

paña nos ha favorecido, y de la torpe política metropolitana. Y como sea cosa de que se santigüen de sorpresa los versados en nuestra historia colonial que no conozcan las fantasías del Sr. Barrantes, copiaré algunas palabras suyas:

«....Nunca sin honda pena cae en nuestras manos una antología cubana, verdadero martirologio de jóvenes malogrados por una educación viciosa ó una política insensata.»

Las «reformas de la instrucción pública debilitaron todas sus creencias (de los cubanos) y todos sus sentimientos, desde el temor de Dios, hasta el amor de la patria.»

«.... La Habana, desde que en 1842 se hizo en la enseñanza una reforma radical, á cuyos autores Dios perdone, ofrecía peligros tan claros y evidentes, que reclamaban altas dotes de previsión y cordura en sus gobernadores.»

Padre, te admiramos, pero no te comprendemos, le decía á San Crisóstomo una mujer de Antioquía; y lo recordamos, porque de esas líneas resulta que hace medio siglo se nos está aleccionando en demagogia, y esto no ha sucedido nunca en la Isla, ni en materia de enseñanza ha habido allí jamás plan alguno oficial de progreso metódico, ni otra cosa que alternativas más ó menos deficientes. Lo que ocurrió en 1842 fué que el Gobierno, casi remolcado por el impulso que la iniciativa individual, con dinero de particulares, estaba dando á la instrucción, amplió los estudios de la Universidad, introduciendo especialmente los de ciencias naturales; por cierto que D. José de la Luz, Del Monte y otros cubanos beneméritos, faltos de confianza en los halagos oficiales, rehusaron las cátedras que se les ofrecieron. Pero ¿no ha oído el Sr. Barrantes hablar de cierto D. José de la Concha y de sus reculadas? ¿No tiene noticia de un tal Araíztegui, quien decía oficialmente en 1871 que el medio seguro de

españolizarnos era escatimarnos lo más posible la instrucción? (1) ¿No ha pasado la vista por el recetario del señor general López de Letona? Nuestros estudios superiores distan mucho de nivelarse con las necesidades de un pueblo culto. En ningún país se ha visto que la instrucción pública sea un arbitrio rentístico; y en la Habana

«los ingresos de la Universidad por derechos de matrículas han excedido á sus gastos en el año de 1884, nada menos que en 127,000 duros, y este sobrante, lejos de ser accidental, viene acumulando tales condiciones de permanencia, que ha pasado á la categoría de axioma el aserto de que nuestro gran establecimiento docente nada en absoluto cuesta al Estado» (2).

Á tiempo que eso sucede, el Gobierno no se cuida de formar

«ni ingenieros, ni arquitectos, ni pilotos, ni verdaderos agrónomos, ni comerciantes provistos de todos los conocimientos que constituyen hoy el arsenal de esta honrosa profesión, ni operarios bien instruidos en la técnica difícil de las modernas industrias. Para ser algo de esto hay que ir á aprenderlo fuera. En cambio, copiamos servilmente la organización de sociedades diversas y de existencia secular, como si aun en esto quisiéramos hacer buena la famosa frase en que sintetizaba Merivale, como ha sintetizado luego un publicista francés muy conocido, el empeño colonizador de nuestros antepasados: hacer una sociedad vieja en un país nuevo» (3).

Hace apenas un año, nuestro famoso orador el señor D. Rafael Montoro, en su elogio del Sr. D. Antonio Bachiller y Morales, sintetizaba en una frase todo nuestro sistema de educación desde 1839 para acá: el profesorado,

(1) RAIMUNDO CABRERA: *Cuba y sus jueces*, 5.ª edición.—Habana, 1889, pág. 117.

(2) JOSÉ SILVERIO JORRÍN: Discurso de recepción pronunciado en la Universidad de la Habana el 13 de Abril de 1885, cuando fué elegido por dicha corporación Senador del reino.

(3) *El País* de la Habana, Octubre 4 de 1888.

decía, ha estado «adscrito á un plan de estudios de todo punto ajeno á las audacias de la ciencia contemporánea, y siempre fiscalizado». El Dr. D. Valeriano Fernández Ferraz (peninsular), catedrático de la Universidad de la Habana, decía en 1883, en un discurso que pronunció en el colegio *La grande Antilla,* que el plan de estudios vigente es «inverosímil», y á propósito de la segunda enseñanza se expresaba así:

«No corresponde á lo presente, ni está por lo pasado: si valiera hablar en términos gramaticales, acaso podría decirse que es un *pretérito imperfecto.*»

Por fin, y esto debería ahogar en júbilo todas las pesadumbres del Sr. Barrantes, el citado Sr. Montoro ha consignado no hace mucho el hecho de «la influencia que á la callada viene ejerciendo en el país el elemento clerical, favorecido hasta un extremo increíble por el plan de estudios vigente» (1). Sea enteramente franco el Sr. Barrantes, y declare que su ideal en materia de civilización para los cubanos, es el mismo que el Sr. Jackson Veyan aconsejaba para la hija de «Modesta» en sus versos *Ni Francia ni Inglaterra:*

«Dices que vives en humilde villa
Falta de ilustración;
Con que haya en ese pueblo una capilla
Tiene aula el corazón.
. . . . . .
Aunque el álgebra ignore inadvertida,
Sabrá vivir y amar:
¡Lo terrible en las luchas de la vida
Es no saber rezar!»

(1) *Revista de Cuba,* XII, pág. 576.

Si es esto lo que se quiere, empiécese por eliminar de nuestros estudios el de la historia de España, pues es ocasionado á malas tentaciones el saber lo que hizo Pelayo por la independencia de su patria, qué eran las Comunidades, qué pretendió Padilla, cómo se portaron los españoles cuando la invasión napoleónica, quién era Riego....

Por otra parte, el liberalismo de una pedagogía no es requisito forzoso para que la aversión al absolutismo entre en la estructura del alma de la juventud; será un gran factor, pero no indispensable, ni el único. Suponga el señor Barrantes que se hubiera modelado á Cuba en una educación tan homeopática y tan *integrista* como quiera: ¿se imagina que la libertad no hubiera germinado espontáneamente en la colonia? Las Repúblicas hispanoamericanas responden negativamente.

El Sr. D. Carlos Holguín, á quien tuvieron Vds. allá de ministro colombiano, y que ahora es presidente interino de esta República, describe en los términos siguientes el estado de Nueva Granada en la época que precedió inmediatamente á la guerra de la Independencia:

« .... En los primeros años del siglo no estábamos todavía bastante educados para hacernos cargo del libre manejo de nuestro peculio, y.... la índole de nuestro carácter es la menos á propósito para que jamás se nos hubiera concedido venia de edad. En las capas superiores de nuestra sociedad se encontraban algunos hombres superiores que habían recibido esmerada educación, y á su lado se habían formado otros que, aunque de talla menor, podían, como los primeros, comprender y administrar bien los negocios públicos. Mas comparados éstos con la población general del país, eran excepciones rarísimas, puntos imperceptibles en la masa universal destituida de toda luz, sin nociones de lectura ni de escritura, ni noticia de nada más que de la existencia de Dios nuestro Señor en el cielo y del rey nuestro amo en la tierra. Este era el elemento

pueblo, destinado á representar el primer papel en el sistema que iba á surgir de la revolución triunfante.... »

.....

« Encontrar algún trabajo que proporcionase los medios necesarios para el sustento de la familia y el pago de los pechos reales; educar á los hijos en el santo temor de Dios; establecer á las hijas, dándoselas de preferencia en matrimonio á un español, aunque fuese un asturiano ó un gallego que sólo supiera hacer cucuruchos de cominos ó pimienta; acostarse temprano, comer á horas, no faltar á sus devociones y tener vestidos nuevos para las fiestas solemnes, era cuanto de tejas abajo codiciaban nuestros mayores. Y por cierto que para alcanzar aquellos bienes el régimen bajo el cual vivían se prestaba admirablemente. En lo político, las aspiraciones se reducían á ser alcalde ordinario, ó miembro de algún cabildo, á recibir alguna invitación oficial, ó á tomar parte en la fiesta que se celebrase por el cumpleaños del rey ó el nacimiento del príncipe de Asturias. De los acontecimientos políticos de Europa, se sabía lo que de oficio se comunicaba á las autoridades españolas por sus superiores de la Península, y muy rara vez alguno muy bien relacionado veía un número de la *Gaceta* de Madrid. En la educación religiosa se ponían sobre el mismo pie el amor y la obediencia á Dios, el amor y la obediencia al rey y á sus respectivos representantes; lo cual, unido al prestigio de la distancia, á las descripciones de la pompa de la corte y al relato de las hazañas de los reyes, hacía que no hubiese diferencia á los ojos del americano, entre el pecado de Luzbel y el de cualquier súbdito por cuyo cerebro cruzase la idea de desconocer la autoridad real (1).»

Nadie negará la exactitud de este cuadro, pues es historia pura, historia reciente, muy fácil de comprobar con testimonios abrumadores. América era, en vísperas de la emancipación, un cándido país de aleluyas, tal como sin duda el Sr. Barrantes quiere que sean Cuba y Puerto Rico. Á ella en ese período se le puede aplicar la descripción que hizo el poeta, de la vida de provincia en Francia.

(1) *Repertorio Colombiano*, I, páginas 81 á 106.

«On s'éveille, on se lève, on s'habille et l'on sort;
On rentre, on dîne, on soupe, on se couche et l'on dort.»

Y con todo eso, hubo americanos rebeldes, poetas, políticos, y el continente se escurrió por el plano inclinado de la revolución. Luego si la lógica sirve para algo, es de inferir que, aun postrada de atonía nuestra cultura, siempre habrían brotado en las Antillas ideas de progreso y libertad.

¿Pues no hubo en Cuba conspiraciones antes del Plan de Estudios de 1842? En 1820 fué la Isla, de punta á punta, un hormiguero de asociaciones secretas y revolucionarias de masones, anilleros, cadenistas, sin contar los carbonarios, cuyo propósito era menos radical. En los dos años siguientes el capitán general D. Nicolás Mahy advertía al Gobierno de Madrid que vivía afanado, como quien camina sobre huevos, por la propaganda que con éxito alarmante hacían «los predicadores de la independencia». Bajo el mando de Vives se organizaron las sociedades de los *Soles de Bolívar* en 1823 y el *Águila Negra* de 1829 á 1831. Hasta los esclavos, que absolutamente no recibían educación, que nada sabían de Euno, Cleón ni Espartaco, se sublevaron tres veces en 1835.

No, no ha tenido la felicidad del acierto el Sr. Barrantes en sus *recherches de la paternité* del espíritu independiente en Cuba; desequilíbrase en apoyo deleznable la pesada teoría de su embriogenia. Si le interesan los antecedentes de nuestra Revolución de 1868, me permitiré recomendarle que lea, en el tomo IX del *Diario de Sesiones* de las Cortes españolas, los discursos de nuestro antiguo senador el Sr. D. José Ramón de Betancourt, especialmente los de 18 de Julio de 1883 y 7 de Julio de 1885; y á necesitar ampliaciones, que consulte con el Sr. Cánovas del Castillo.

Haga eco el Sr. Barrantes á la prensa *integrista,* repitiendo que á pesar de todos los desaciertos de la metrópoli, y á pesar de las serpientes de discordia que el general Tacón se esmeró en alimentar y propagar para desdicha común de insulares y peninsulares, contra la patria nunca hay razón, y que por haberse olvidado esto, las poesías de mis compatriotas son generalmente malas. Creo que el Sr. Menéndez y Pelayo estampó una especie parecida en una de sus famosas obras. Todo eso se refuta con dos palabras. ¿No reconocen todos Vds. que Bello y Olmedo fueron «insignes poetas»? ¿No los ha calificado así, entre otros, el Sr. Cañete, y al cantor de *Junín* de «sincero patriota», cuyo patriotismo consistió en rebelarse contra España? ¿Les salieron chabacanas á Olmedo ni á Bello las composiciones? Pues entonces, ¿qué?

Desengañémonos: el problema cubano no es consecuencia de nuestra educación, sino de la de Vds.; la nuestra será defectuosa, la de Vds. es desatinada; nosotros necesitaremos reformas, Vds. un nuevo aprendizaje. El Sr. Holguín, en el mismo artículo que hace poco cité, dice:

«Si los españoles, atendiendo de preferencia á sus intereses materiales, hubieran educado á nuestros padres como la República educa á sus hijos, podrían jactarse aún de que el sol no se ponía en sus dominios!

. . . . . .

»Jamás se pensó en España que podía llegar algún tiempo en que la América saliese de su tutela, y que debía educársela como un prudente padre de familia educa á sus hijos.

. . . . . .

»Si la metrópoli hubiera comprendido bien sus intereses y los nuestros, habría debido ir cambiando paulatinamente de sistema. hasta facilitar por las vías naturales nuestra emancipación, y continuar después el

comercio más natural todavía de las buenas relaciones fundadas en la gratitud y el cariño.

.....

» El régimen colonial que mantiene todavía en Cuba y en Puerto Rico, es prueba evidente de que sin la revolución jamás habríamos llegado nosotros á salir de la servidumbre degradante en que vivíamos. »

Los escritores que con más benevolencia han juzgado el sistema colonial español, y entre ellos inesperadamente mi estimado amigo el señor general D. Lucio A. Restrepo, han dicho que España trajo al Nuevo Mundo todo lo que poseía en materia de civilización, y que no se la debe censurar porque no obsequiara con sabia educación política á los súbditos de Ultramar, puesto que ella misma no la tenía para sí; *nemo dat quod non habet*. Esa disculpa explica el hecho, pero no lo destruye, justifica ni realiza. Una de las grandezas de la monarquía británica consiste en haber planteado instituciones libres en la casi totalidad de sus posesiones, en haber elevado á sus colonos á la categoría de ciudadanos. En estos últimos meses han estado discutiendo sin cortapisas en el Canadá las ventajas y los inconvenientes de su separación de Inglaterra, y á nadie se ha desterrado ni fusilado por ello; más aún: la metrópoli estuvo y está dispuesta á consentir en lo que el Canadá quiera hacer. El resultado ha sido que la opinión se ha declarado en contra de la emancipación, pues todos aman y respetan á la madre patria. Acometa España ese aprendizaje, hágase amar, y el problema cubano será resuelto, y no volverá á ocurrir que se echen á nuestra educación las culpas de la suya.

II.

NUESTROS POETAS.

Y como la educación viciada que el Sr. Barrantes deplora es especialmente la de nuestros bardos, á ellos voy á contraerme.

¿Cuáles arquetipos hubiera nuestro censor querido que escogiesen, tanto por lo que hace al atildamiento de la forma como á la elevación de ideales? ¿Los poetas españoles de este siglo? Los Sres. Campoamor y *Clarín* dicen que casi no los hay. Abra el Sr. Barrantes la entrega correspondiente á Mayo de 1889, de la España Moderna, y en la página 74 leerá estos conceptos del inventor de las *Doloras:*

«Desde la muerte de Quevedo hasta la llegada del romanticismo, no se ha escrito un solo verso de poeta, y desafío al Sr. Valera á que me lo cite.

»Resolvamos de una vez este problema, convenciendo al público de que los versos buenos son tan raros como los diamantes de á libra. Para facilitar el trabajo, autorizo al Sr. Valera á que, además de los líricos de la restauración del gusto francés, incluya al Sr. Quintana, poeta laureado, muy admirado por él, y popularísimo en España y América.»

Clarín está sosteniendo que hoy en España no hay más que dos poetas y medio.

Cuanto al siglo de oro, oiga al Sr. D. Pedro de Alcántara y García en su *Historia de la Literatura española:*

«Es una poesía artificiosa, afectada y formal: su principal belleza está en la forma, salvo algunas excepciones; casi nunca se inspira en sen-

timientos de trascendencia, y hasta cuando lo hace en el erótico, en que abunda, peca de artificiosa y poco espontánea. Es por esto tan pobre en el fondo como rica en la forma, de lo cual se adquiere la certeza repasando las colecciones que existen de poetas líricos, en los cuales, por punto general, se halla gran exuberancia de galas poéticas y apenas si se encuentran pensamientos elevados y profundos (1).»

Advertiré de paso que reservo completa mi libertad de juicio acerca de las ideas de García, Campoamor y *Clarín:* mantengo cuanto dije en las páginas 449, 450 y 638 de mis *Estudios Críticos,* pero en esta escaramuza no peleo con mis armas propias, pues no se trata, ó á lo menos no intento que se trate, de lo que piense yo acerca de la poesía castellana, sino de cómo la juzgan los españoles mismos.

Y agrego: que si en concepto de ellos la mayor parte de su bagaje poético no pesa gran cosa, y si al mismo tiempo Lamartine, Hugo, Musset, Byron y otros subían al Olimpo con voluminosas y macizas toneladas de equipaje, ¿qué razón había para que mis compatriotas se abstuviesen de seguir las huellas de la caravana de esos grandes maestros, cantores de la libertad y adversarios de toda opresión política, social y moral?

Y, sin embargo, no pocos de nuestros vates han imitado á los castellanos. Heredia cruza como un príncipe con su bajel á todas velas el *mare clausum* de Quintana; Luaces toma de su estuche indistintamente plumas de oro usadas por el mismo Quintana ó por Herrera; Milanés trabaja con los moldes de Lope de Vega y de Zorrilla; Plácido se pasea, sin saberlo, en los jardines de los clásicos; Zenea hizo versos en vieja fabla; en algunos se nota la influencia de Garcilasso, Fr. Luis de León, Baltasar de

(1) Obra citada, tercera edición, Madrid 1884, pág 350.

Alcázar, Arguijo, Rodrigo Caro, Espronceda, Trueba, Campoamor, el citado Zorrilla, y otros muchos del presente y de los siglos anteriores. Joaquín Palma está hoy todavía en plena exaltación de zorrillismo. Si á pesar de esto la mayor parte inspiran lástima al Sr. Barrantes, no será por falta de buenos maestros, sino porque la raza poética no se ha regenerado, y perpetúa los vicios señalados por *Clarín,* García y Campoamor.

Á Luaces no le da pasaporte el Sr. Barrantes sino como hablista; pues oiga estos fragmentos de la *Caída de Misolongi:*

«.....
Si el turco se debate á vuestras plantas,
Lanzad contra él indómito el caballo,
Y rompa el férreo y resonante callo
La humilde frente del postrado infiel.
.....
¡Al arma, al arma, desnudad el hierro!
¡Quebrantad las cabezas agarenas!
¡Rompedles en las frentes las cadenas
Y que espiren de rabia y de baldón!
.....
Haced con los flotantes cachemires
Gualdrapas al caballo vencedor.»

No pretendo que Luaces sea perfecto; pero en esa composición, como en otras suyas, hay algo más que un simple hablista, epíteto bueno para un D. Eugenio de Ochoa. En los versos de Luaces se siente la fiebre contagiosa de Tirteo, y á ocasiones se oyen los truenos de Juvenal.

Zenea no encuentra mucha gracia ante el Sr. Barrantes; y, sin embargo, entre las cosas excelentes del Parnaso castellano ocuparían, como ya lo dijo otro escritor

español, lugares distinguidísimos sus romances, especialmente *Fidelia,* y también los cuartetos que empiezan:

«¡Señor! ¡Señor! El pájaro perdido....»

El Sr. Barrantes parece no conocer á nuestros poetas sino por las antologías; pero él debe de saber que una antología buena no es cosa tan fácil de hacer; se necesita ser un Quintana para salir airoso de la empresa, y las antologías que han caído en manos de nuestro crítico son, por lo visto, muy malas.

Me llama la atención que Piñeyro figure entre los poetas de la obra del Sr. González del Valle, pues él nunca ha querido ser apreciado como tal, y aunque sí ha hecho versos, y buenos, no ha acostumbrado regalar con ellos al público. Sospecho que en la mención de su nombre hay error. Sospecho también que el Sr. Barrantes ignora cuánto vale nuestro crítico, pues si lo supiera, no pasaría con tanto desenfado al lado suyo, sino que lo saludaría respetuosamente; bien que Piñeyro mismo tiene la culpa, pues nada hace por extender su fama á la tierra de nuestros mayores.

Que nuestros poetas carecen de carácter propio. Por carácter en literatura entiendo el conjunto de rasgos psicológicos ó morales que constituyen la personalidad de un autor, sus ideas, doctrinas ó principios y sus sentimientos, así como por fisonomía literaria entiendo la manera individual de expresión. El carácter es el fondo, la fisonomía la forma, diré en vocablos modernos. No contamos, ni en ninguna parte se ha contado nunca, con dos fisonomías enteramente iguales; mas en orden á los caracteres, sí es cierto que varios difieren poco entre sí, como las cuentas de una sarta, hasta el extremo de no producir impresión bien distinta en el lector. Eso se nota

especialmente en las producciones anteriores á la insurrección de Yara y en los poetas que no habían salido de Cuba; Mendive no es el mismo después de la emigración que antes; Francisco Sellén se encuentra en caso idéntico: ambos en tierra extranjera han divisado ideales de mayores proporciones, han encendido las antorchas de su inspiración en candelabros de metal más rico, que eran artículos de contrabando en las aduanas intelectuales de la *Siempre fiel;* pero tampoco se puede, en una sentencia general y despectiva, condenar á granel como incoloras todas las poesías anteriores á 1868. *El Cucalambé,* uno de nuestros poetas más populares, es un tipo; lo es Vélez Herrera con sus romances de costumbres; Antenor Lescano se asemeja á muy pocos, y así podría enumerar otros muchos. Ahora, si se pretende que Cuba, con mucho menos de un siglo de existencia literaria, presente jefes de escuela, poetas en quienes no se advierta tradición alguna europea, una organización cabal, en fin, no ya las Musas castamente desnudas, sino vestidas con magníficos ropajes, dueñas de atestados almacenes de repuesto y de enormes máquinas para la fabricación, diré que no hemos vivido lo necesario para eso; que la literatura cubana no se puede considerar aún sino como un retoño ó festón de la española, y hasta agregaré que en todas estas Repúblicas no hay todavía obras bastantes como para constituir literaturas independientes, en todo el rigor de la palabra, templos completos en colinas aisladas y que se destaquen solitarios en las líneas del horizonte, sino, cuando más, columnas del Partenón común de las letras castellanas.

Ni en Cuba era posible que se formara una bajo el régimen de la rigurosa censura previa. ¿Cómo producirse un Bryant que estigmatizara en sus versos la infamia de

la esclavitud, si desde su primer canto habría sido castigado con la deportación por lo menos? ¿Cómo un Cowper, si los aires de nuestros campos estaban llenos de alaridos? ¿Un Béranger, donde la oposición, en vez de ser un derecho, era un crimen, donde se vivía en permanente estado de sitio? Fornaris refiere que D. José de la Concha lo llamó en 1857 á palacio, y le dijo:

«Lo he mandado llamar á V. para advertirle que si desea continuar escribiendo sobre Siboneyes, vaya á hacerlo á los Estados Unidos. Aquí somos españoles, y no indios; ¿está V? Todos españoles (1). »

No trato ahora de si el abortado género siboney era bueno ó malo: cito el ejemplo como prueba de que el Gobierno reprimía las tendencias de nuestra lírica, é imposibilitaba la formación de caracteres y la gestación de escuelas.

No nos quedaron libres sino el género religioso, al cual no tuvimos afición, á pesar de Plácido, la Avellaneda y otras excepciones; y el género erótico y el elegíaco. Hasta 1868, casi toda la poesía cubana fué quejumbrosa: á las tristezas del amor se unían las de la opresión política y civil; y si resonaron cantos á Polonia, á Grecia, á Irlanda, á todos los pueblos mártires, fué porque los censores iliteratos no entendieron su significación; que así andaban las cosas.

Tales son los hechos, y pierde el tiempo el Sr. Barrantes poniéndose á descifrar, como si se tratara de un jeroglífico, lo que se puede leer corrientemente en romance vulgar.

(1) *Poesías* de José Fornaris: Habana, 1888, pág. 11.

III.

LA AVELLANEDA ES NUESTRA.

Á la Avellaneda la arrebata el Sr. Barrantes de nuestras pléyades, porque «no tuvo de cubana sino el nacimiento accidental».

Vayamos poco á poco.

Nacimiento *accidental* fué el de los Chénier en la capital de Turquía, el de los Madrazos en Roma, el del conde de Cheste en el Perú, el de J. A. Calcaño en la Cartagena colombiana, el de Teurbe Tolón en Panzacola. Nosotros consideramos cubano á José Antonio Echeverría, porque, aun cuando nacido en Barcelona (Venezuela), pasó á Cuba á los cuatro ó cinco años de su edad, y él mismo se tenía por compatriota nuestro. Entiendo que los argentinos no han dejado de mirar como suyo á Ventura de la Vega, quien de edad de once años salió para la Península, y no volvió á su país nativo; á propósito de lo cual refiere el conde de Cheste en el elogio que del distinguido autor dramático leyó en la Academia Española el 23 de Febrero de 1866, que cuando conducían á Vega para embarcarlo, gritaba en la plaza Real de Buenos Aires: «¡Qué! ¿no me defendéis? ¿No estáis viendo que con pretexto de educarme, me van á llevar á la patria de los tiranos godos? ¡Favor! ¡Favor! ¡Salvad á un ciudadano indefenso!» Y en un soneto que compuso, ya hombre, en Madrid, se expresó así:

«Cruza sin mí los espumosos mares;
Saluda ¡oh nave! de mi patria el muro.»

Sin embargo, las circunstancias todas de su vida y de sus producciones desde que puso los pies en la Península, sí los autorizan á Vds., me parece, para contarlo entre los autores españoles.

Pero la Avellaneda no se encuentra en condiciones análogas.

Cuando la célebre camagüeyana salió de Cuba para la Península, tenía veintidós años de edad, y entonces compuso el soneto *Al Partir*, del cual han dicho autoridades competentes de entre Vds. que puede competir con los mejores de la literatura castellana. Hacía ya, pues, magníficos versos, aunque no hubiese alcanzado todavía reputación universal. Á los doce años, dice su biógrafo el Sr. Calcaño, sabía de memoria y explicaba los mejores trozos de Quintana, Arriaza, Meléndez y otros, cuyos modelos incesantemente se ejercitaba en imitar (1). Luego tenía sólida instrucción literaria cuando Vds. la recibieron, y lo corrobora el testimonio del señor Guiteras, citado por el mismo Sr. Calcaño.

¿En qué se diferencia de un peninsular un cubano? Los que han visitado á España cuentan que sus hijos allá no se parecen á los que vienen á Cuba; que el mar ó la atmósfera de la colonia los metamorfosea con pérdida; y, en lo general, sin duda es así, pues aunque no he estado en la Península, he conocido en otros lugares de Europa y en varios del continente americano, españoles accesibles, tolerantes, de amplias miras liberales, sin prevenciones contra Cuba, y hasta autonomistas teóricos.

Pero eso no puede servir de elemento en el paralelo. Sean Vds. ángeles en Europa y en el resto del mundo; para el cubano, el tipo del peninsular es el que conoce en

(1) CALCAÑO: *Diccionario biográfico cubano.*

Cuba, sin alas y con garras, y á ese es al que debo referir mi comparación, aunque sin comprender en él á los españoles que allí simpatizan con nuestros sufrimientos, que hasta se afilían al partido autonomista, que respiran á la temperatura de la razón y no al calor del odio; el tipo no abarca más que la clase que cuenta con poder é influencias para imponer la arbitrariedad, y sus numerosísimos sostenedores.

La primera diferencia es que el peninsular domina, y quiere seguir dominando *ad libitum,* y el cubano quiere disfrutar de libertad; de mis compatriotas unos anhelan por la autonomía, otros por la asimilación, otros por la anexión á los Estados Unidos, otros por la independencia, pero lo que todos desean es libertad, lo que repugnan todos es el absolutismo.

La segunda diferencia es que el peninsular sostuvo cuanto le fué posible la esclavitud (hay excepciones honrosas), y el cubano la combatió hasta obtener la abolición (hay excepciones deshonrosas).

Otra disparidad es que nosotros amamos entrañablemente nuestra tierra natal, y el peninsular no la ama ni es natural que la ame tanto; ni es aventurado asegurar que algunos no la aman ni mucho ni poco.

Limitémonos á esas tres divergencias, que son las principales, y como los ejes de las otras, y veamos si la Avellaneda aprendió entre Vds. á pensar y á sentir como peninsular, ó si continuó siendo cubana; pues debe advertirse que, sean lo que fueren Vds. en el Viejo Mundo, al tratarse de los asuntos cubanos llega hasta allá el espíritu de nuestras luchas, menos envenenado por la acción poderosa de la distancia, pero siempre acrimonioso: pruébanlo las discusiones en las Cortes y el tono de cierta parte de la prensa. Si se demuestra que la Ave-

llaneda cantó el absolutismo de nuestro régimen, y la trata, y la servidumbre, y que perdió el recuerdo de su hogar, de su niñez, de las palmeras de sus valles y de las ondas de su Tínima, entonces la desconocemos : quédense Vds. con su gloria ; pero si resulta todo lo contrario, no habrá sofisma que nos la pueda arrebatar.

Tendencia liberal.—Bastará recordar sus versos *Á la muerte de Heredia.* Como Heredia fué el poeta revolucionario por excelencia, no se le puede admirar en lo que tuvo de patriota sin sentir algo de lo que él sentía, aunque ese algo no sea precisamente el amor á la independencia. En dicha composición habla la Avellaneda del «destierro impío» de Heredia, y de otras cosas que no puede suscribir sino un hijo ó hija de la Gran Antilla.

Esclavitud.—La novela *Sab* es una obra abolicionista.

Amor al suelo natal.—Respira en muchísimas de sus composiciones, en algunas de las cuales se deleita en describir, con auxilio de sus recuerdos, la naturaleza tropical de la Isla. Véanse : *En el álbum de una señorita cubana.—Á Luisa de Franchi-Alfaro.—Á la condesa de San Antonio.—La vuelta á la patria.—Á las Cubanas.—Al Liceo de la Habana.—Serenata de Cuba á la duquesa de la Torre,* etc. Agréguese á esto que en el romance *La vuelta á la patria* llama «horas infaustas» á las que pasó fuera de Cuba, y que en otro, *Á mi madre,* dice :

«....Mi mente enfrían
Los soplos del Guadarrama,
Y de esta corte el tumulto
Á mi agreste musa espanta.»

Por fin : más ó menos cinco años antes de morir, escribió al conde de Pozos Dulces una carta que se pu-

blicó en *El Siglo* de la Habana, y en ella reclamaba con energía el título de cubana.

No es, pues, de Vds. la Avellaneda : su corazón fué siempre nuestro, ella quiso siempre que lo fuera.

Que fué discípula de D. Juan Nicasio Gallego, y que bajo la dirección de él formó su gusto y adquirió el arte de la corrección : lo reconozco, como también que el ambiente en que vive un artista influye en las manifestaciones de su genio ; pero más influencia ejercieron Quintana, el mismo Gallego y Martínez de la Rosa en Olmedo, que Gallego en la Avellaneda, y Vds. se guardan muy bien de llamar poeta español al cantor de *Junín*. ¿Porque no vivió en la Península? Pero Víctor Hugo pasó como dos décadas en tierra británica, cuya influencia es visible en varias de sus obras, y nadie lo llama poeta inglés; Heine, que tuvo más de francés que de germánico, no ha dejado ni puede dejar de pertenecer á la literatura alemana. ¿Por razón del idioma? Pero ni D. José Joaquín de Mora ni Zorrilla son poetas hispano-americanos por su larga residencia en el mundo de Colón. Y además, nadie ha negado que la literatura cubana sea una rama de la española; la cuestión se reduce á si la Avellaneda pertenece á la rama ó al tronco. España fué colaboradora de Cuba en el desarrollo intelectual de la Avellaneda, no hay duda; pero si ésta fué un genio, según dicen, España no se le pudo dar, como no se lo dió á D. Teodoro Guerrero, y la tal colaboración no autoriza á la madre patria para alzarse con el santo y la limosna de la hija.

Por varias de estas mismas razones, ya que no por todas, nos negamos á dar asiento en nuestros coros á D. Saturnino Martínez, el cual, á pesar de sus buenas dotes poéticas, que, según D. Ricardo del Monte, ya pertenecen á la historia, produciría entre nosotros el

mismo efecto que la intrusión de un duende en una velada de familia, ó el andar de un elefante en un almacén de porcelana.

IV.

DON JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO.

De D. José de La Luz dice el Sr. Barrantes que era el «padre del filibusterismo krausi-parlante»; que «había muerto sin Sacramentos y evidentemente fuera del gremio católico»; que «no pasaba de ser un pedagogo alimentado con ideas alemanescas, principalmente con el naturalismo de Goethe y con la jerga de Krause, bastante astuto para no descubrir que aquel galimatías eran rifles y fusiles que en la manigua iba amontonando».

El Sr. D. José Ignacio Rodríguez ha publicado (1) la partida de defunción del sabio cubano, firmada por el señor presbítero D. Cristóbal Suárez, cura del Cerro, y en ella se lee: «recibió el santo sacramento de la Penitencia.» D. Manuel Sanguily, «que estaba en el colegio de El Salvador, á pocos pasos del gabinete en que espiraba el querido y venerable anciano», ha calificado de «piadosa mentira» ese atestado, cuyo objeto fué que no se impidiera la inhumación en el Cementerio general de la Habana, que es católico (2). Está, pues, el Sr. Barrantes de acuerdo con el Sr. Sanguily; mas para estarlo le es preciso repetir que el sacerdote católico mintió. Yo me

(1) *Vida de D. José de La Luz y Caballero*, 2.ª edición, New York, 1879, pág. 314.
(2) *Revista Cubana*, II, 404.

lavo las manos. Sainte-Beuve decía con estas palabras, poco más ó menos: «Para realzar á un individuo no me vengan con que es católico; díganme sencillamente que es honrado, y eso bastará». Y efectivamente, hay que convenir en que se puede ser honrado sin ser católico, y viceversa.

El Sr. La Luz tenía un alma meditabunda y benévola: toda su existencia fué, interiormente, la preocupación de lo infinito; para el mundo exterior, un sentimiento de piedad. El pensamiento de su adolescencia fué la aspiración al sacerdocio; hasta llegó á recibir las órdenes menores. Cuando en su edad viril perdió su hija única, la necesidad de consuelo produjo en su espíritu una especie de atavismo hacia las creencias de su primera juventud; y aunque éstas recorrieron varios ciclos en las soledades del estudio, puede asegurarse que él nunca dejó de ser cristiano. Su testamento, otorgado dos semanas antes de morir, comienza por una profesión de fe católica, si bien creemos que en Cuba entonces no los podían hacer sin ese requisito los súbditos españoles; mas lo que importa en este debate no es tanto lo que La Luz fuera como lo que enseñó; y sus elencos están llenos de recomendaciones y alabanzas de la Religión.

«La Religión es la primera civilizadora, y como la nodriza del género humano.

»La Religión, lejos de estar en pugna con la Filosofía, le presta el más firme de sus apoyos para hacer triunfar la causa del género humano.

»La Religión, verdadera piedra filosofal, que hasta la escoria la convierte en oro, la desventura en alborozo. Sin ella no hay amor, y sin amor es la tierra un yermo espantoso, no ya un valle de lágrimas, que es mil veces preferible, pues las lágrimas se enjugan y es bueno que se viertan.

»La Religión, hija y madre del sentimiento: la Filosofía, senda segura de la Religión. Ésta el amor, aquélla la doctrina. La una el conocimiento, la confesión del Hacedor; la otra el trato y comercio con Él. La Filosofía, el pensamiento; la Religión, un himno continuado.»

Reconozco que en esos y en otros pasajes no se habla explícitamente del Catolicismo; pero pudo entenderse que á él se referían, porque su enseñanza era obligatoria en los establecimientos de educación, y porque en Cuba no había en aquella época tolerancia de cultos (ni ahora hay mucha). Puede objetarse también que de Renán se ha dicho que tiene un alma profundamente religiosa; pero en el colegio de La Luz y en la clase de Religión, se enseñaba el Catolicismo con lealtad. Sanguily, un día en calidad de profesor suplente, se permitió exponer algunas herejías acerca del misterio de la Trinidad, y La Luz le prohibió que continuara ocupando la cátedra, ni aun con el carácter de interino. El Gobierno no consentía ataques al dogma ni en las escuelas, ni por la imprenta, ni en las reuniones públicas, ni en ninguna otra ocasión, y La Luz nunca se apartó de la legalidad. ¿Qué más se le podía exigir, si cumplía su deber?

Respecto de las «ideas alemanescas», sospecho que el Sr. Barrantes insistiría en su reproche si La Luz se hubiese afiliado en escuelas francesas, inglesas, italianas.... Para el Sr. Barrantes lo censurable es, probablemente, que el maestro no estudiase la ciencia en doctrinarios españoles; pero en aquella época Alemania era la nación más adelantada, y era natural pedirle á ella luces; por lo que hace á España, nunca ha tenido filosofía; toda su filosofía es un mito, y no soy yo quien lo asegura, sino Revilla en la *Revista Contemporánea* (1876). Acerca de la predilección de La Luz por Krause, Sanguily duda, y dice que en ninguna parte ha visto confirmado ese aserto

de D. Antonio Angulo y Heredia, el discípulo predilecto de La Luz. Un amigo de éste, D. José Antonio Saco, lo corrobora en una cita que de él hace el Sr. Calcaño en la biografía del filósofo habanero; mas parece seguro que eso no tuvo mucha duración, y que debe de referirse á época remota, y no para par dar el tono dominante al pensamiento de La Luz.

El Sr. Barrates saca su *gran Cristo* á lo último, como es costumbre, enrostrándonos un paso que juzga contundente.

«He aquí una de sus sentencias (!) más celebradas: «El principio de »autoridad es un Proteo que se presenta bajo mil formas para ejercer su »influencia: la novedad, la moda, el espíritu del siglo, la ligereza, la »presunción, el amor propio, no son más que ropajes con que se viste la »autoridad *para avasallar á la razón.*» El hombre que eso enseñaba á los jóvenes en plena Habana, ¿qué les enseñaba sino la conspiración y la insurrección?»

Pues no, Sr. Barrantes; lo que pensaba La Luz acerca de la autoridad, no está todo en esas líneas; ni ellas se refieren al orden político, ni al social, sino al científico. Nada tendría de extraño, en un país como Cuba, donde la autoridad no es un principio de Moral, sino un principio de Dinámica, que para combatir sus excesos se hubiese ido más allá de lo preciso, pues es propio de las oposiciones esgrimir el arma de la hipérbole; pero no tengo ahora necesidad de esa excusa. La Luz no fué un Kropotkine.

La escuela liberal no presenta los puños al principio de autoridad. En el orden político cree necesario que haya quien mande, para que aplique la ley, para que proteja á los débiles contra los abusos de los fuertes. Sólo una condición le impone: que sea justo; porque de la

práctica de la justicia se deriva forzosamente el atinado ejercicio de la libertad. Puesto que los jefes de naciones existen para garantizarnos nuestros derechos y hacernos cumplir nuestros deberes, que á su vez cumplan ellos con los suyos, pues también los tienen, y más delicados que los nuestros.

En el orden científico admitimos también la autoridad en tanto que carecemos de nociones ó las tenemos deficientes para juzgar : no estaría bien que un niño discutiera los nombres de las letras con el profesor que le enseña el abecedario. Una vez desarrollada la inteligencia, exigimos á las autoridades científicas que basen sus enseñanzas en la razón y el experimento.

Todo lo que sea querer otra cosa, es apellidar anarquía, y la escuela liberal es tan severa contra ésta como contra el despotismo.

Vuelvo á decir que en el pasaje copiado, que es como el último cañonazo de la batería del Sr. Barrantes, La Luz no hablaba del orden político, sino del científico ; y casi inmediatamente antes se lee :

«....Las caídas de los hombres grandes son como otras tantas valizas, que nos enseñan los escollos que abriga el mar de las ciencias.

»....El hombre que no sea capaz de formar su ciencia por sí mismo, esto es, de darse una cuenta exacta de sus conocimientos, no puede progresar en su estudio.

»Este es el sentido en que debe tomarse la duda cartesiana : que cada hombre levante de nuevo el edificio de su ciencia.

»Nada robustece tanto el entendimiento como la costumbre de no admitir más que lo demostrado.»

Ahora entran las líneas que han escandalizado al señor Barrantes, y con estos antecedentes se ve claro el verdadero espíritu de ellas. Y todavía lo podemos fijar más en relieve con estos otros pensamientos de La Luz :

«Cuanto sabemos mana de cuatro fuentes: el sentido interno, los sentidos externos, el raciocinio y la autoridad.

»Hasta en el (criterio) llamado de autoridad reluce el ejercicio de la razón.

»Es ley de la razón someter á su examen cuantas cuestiones se le presenten, aun cuando toque su impotencia para resolverlas.

».... Es muy doloroso al amor propio de los hombres, aun habiendo juzgado por deslumbramiento, lo que en todo caso los disculparía, confesar que se equivocaron, y que otro hombre ha sido parte á sacarlos de su equivocación.

»Pero reflexionen que esta es la historia del linaje humano: siempre ha habido una voz fuerte entre los hombres, que se haya levantado para hacerlos marchar por donde no iban y debieran ir.

»Formar al hombre con cuantas menos prevenciones sean posibles, es la grande obra de la filosofía.

»El espíritu de nuestra enseñanza ha sido hasta ahora hacernos sentir nuestra ignorancia, sin doblar la rodilla ante el ídolo de la autoridad: ved ahí los dos primeros pasos para bien saber.»

«....Todavía hay quien nos diga que la *autoridad* es un *criterio* ó medio legítimo de juzgar, cuando sólo es uno de los medios de adquirir conocimientos exactos ó inexactos, siendo así que el criterio de *autoridad* es una forma del mismo criterio de *razón* y *experiencia*.»

¿Ve bien el Sr. Barrantes que no hay en las líneas que copió excitación alguna á sublevarse contra España? Todo eso es de sentido común, filosofía sana; es, puede decirse, la atmósfera de la ciencia, porque sin pensar así no puede progresar el espíritu humano. Todo lo que La Luz quería era que no se hiciese de la autoridad un ídolo; pero no le negaba el lugar que legítimamennte le corresponde en la adquisición de los conocimientos humanos. Si hay en el mundo un gobierno que se considere amenazado porque se enseñen esas cosas, entonces la culpa no es de la enseñanza, sino del gobierno, que anda por sendas anticientíficas. ¿En qué conspiración entro yo por ponerme

á explicar que un triángulo tiene tres ángulos? Al orden no me llamará por eso sino el que enseñe que los ángulos del triángulo son diez, y, en tal caso, él es quien se debe enmendar.

Que La Luz fuera partidario de la independencia de Cuba, puede ser; pero en sus colegios no hizo propaganda de tal sentimiento, ni los suspicaces gobiernos de la Isla se lo hubieran tolerado. Lo que sí inculcó él fué la pasión por la verdad y la justicia, el amor entre los hombres como el Evangelio lo aconseja, y nada de esto debiera parecer malo al Sr. Barrantes. El 20 de Noviembre de 1877 publicó en *El Universal* de Madrid D. José María Prellezo un artículo, mal escrito, y cuyas apreciaciones no acepto de todo en todo, pero que por su procedencia debe de ser de mucha fuerza para el Sr. Barrantes, y en él se lee:

«El autor de estas líneas fué profesor en el establecimiento (de La Luz) desde los diez y siete hasta los veintitrés años de edad, y no tiene reparo en declarar que no se hizo allí propaganda política....»

No me quiero extender en relatar los otros merecimientos de La Luz, para refutar la desalumbrada especie de que era un simple pedagogo; me limitaré á recomendar la lectura de la citada obra del Sr. Rodríguez, y las *Conferencias filosóficas* del Sr. D. Enrique J. Varona.

V.

CONCLUSIÓN: SORPRESA Y ESPERANZAS.

Hasta aquí tenía escrito á fines de Febrero, cuando una desgracia doméstica me obligó á suspender este tra-

bajo, que por tal razón está ya á punto de perder su oportunidad: pero esta interrupción ha dado tiempo para que llegue á mis manos la entrega de Enero de La España Moderna, en cuya pág. 187 leo estas nobles palabras del Sr. Barrantes, dirigidas á un Sr. Blumentritt:

«¡Que al pensar y al obrar así olvido lo pasado, y perdono á los americanos el haber sido filibusteros! Pues, ¿quién lo duda? Y hasta hago coro á las maldiciones con que recuerdan á algunos de los gobernantes que les enviamos, que el historiador crítico ha de poner la verdad y la justicia sobre los intereses de la misma patria.

.....

»La independencia de las colonias, cuando tienen elementos de vida propia y no han de desafinar en el concierto de la civilización deshonrando á la metrópoli que las ha creado, es para mí un hecho ineluctable, que no aplaudo por lo que afecta á los intereses de mi patria, pero que acepto como filósofo, considerando que las naciones son en puridad como familias donde los mayores de edad deben fundar casa. Ley de naturaleza, que siempre se cumple y que forma parte del plan divino, me inspira tan profundo respeto, que si en las circunstancias actuales tuviera alguna participación en el gobierno de mi país, le aconsejaría pensar seriamente en la situación que nos ha creado el establecimiento de la república en el Brasil, acontecimiento que influirá seguramente en los destinos de Cuba y Puerto Rico, á cuya contingencia debemos anticiparnos.»

Después menciona el Sr. Barrantes mi *Carta al Sr. Valera,* y dice que á su tendencia política se inclina bastante.

Mi sorpresa no ha podido ser mayor ni más agradable; y con la misma franqueza con que he combatido algunos conceptos del redactor de la *Sección Hispano-Ultramarina,* declaro ahora que en este nuevo terreno, que es el de la justicia, el de la elevación de alma, el de la grandeza de corazón, sí podremos entendernos todos, y sí podrá verificarse la reparación de nuestros agravios y la reconciliación sincera de los espíritus. Cuando pido á

los españoles que se hagan amar en Cuba, no ejecuto obra de filibustero, sino de patriotismo y de humanidad; pero no me toca á mí hacer propaganda de lo que conviene á los intereses metropolitanos, porque mi acento parecería sospechoso. En mi *Carta al Sr. Valera* pedí la autonomía para Cuba; si el Sr. Barrantes no dista mucho de aceptarla, procure convencer á sus compatriotas con su autorizada voz; ello puede tardar en conseguirse, pero allá llegaremos, ya que hasta el Sr. Cánovas del Castillo ha manifestado que la autonomía es la solución del porvenir; pero, á lo menos, siempre quedará al Sr. Barrantes la satisfacción de haber puesto su talento al servicio de una causa justísima, de merecer la gratitud de un pueblo que no es refractario á ningún sentimiento generoso, y de haber contribuido á atraer simpatía y respeto en América hacia el asendereado nombre español.

RAFAEL M. MERCHÁN.

BOGOTÁ, Marzo 19 1890.

LA CUESTIÓN SOCIAL

No llevan razón, ciertamente, los que suponen que la cuestión social, aun tratándose de aplicarla al mejoramiento de las clases trabajadoras, es una cuestión nueva, uno de esos asuntos de moda, y que á esto y no á otra cosa es á lo que obedece la manifestación celebrada el día 1.º de Mayo; así como tampoco puede admitírseles que este acontecimiento pueda haber sorprendido á nadie que algo se preocupe de cuanto pasa en su rededor. La cuestión social es la cuestión eterna en la humanidad; es ni más ni menos que la aspiración constante del hombre por recuperar el paraíso terrenal, de que, según los textos sagrados, fueron arrojados nuestros primeros padres, por haber desobedecido el mandato de Dios; es, en fin, el deseo constante del hombre á la perfectibilidad, el progreso indefinido, tras del que camina la familia humana; por eso precisamente es esta cuestión la aspiración permanente del hombre, y que, según nuestro juicio, durará tanto como éste dure sobre la haz de la tierra; porque entendemos, que tras un deseo cumplido, tras una mejora alcanzada, han de

nacer otro nuevo deseo, otra nueva aspiración, sucediéndose hasta el infinito.

Para persuadirse de cuánta verdad encierran las afirmaciones que dejamos hechas, no hay más que hojear la historia y ver que dondequiera que una agrupación de hombres se ha formado, allí ha nacido inmediatamente la cuestión social, y ha producido perturbaciones y derramamientos de sangre; porque al par que esta agrupación se formaba, nacían con ella las diferencias sociales, la separación de los hombres en clases, el privilegio, en fin; y sabido es que éste no ha sido consentido nunca de buen grado, sino que ha sido sostenido por la fuerza.

Si pretendiéramos hacer la historia del socialismo, cosa que no cabe dentro de los estrechos límites de un artículo, recordaríamos que todos los grandes movimientos precursores de las grandes mejoras y adelantos de la humanidad, han revestido un carácter eminentemente socialista. Jesucristo propagaba sus doctrinas entre los desheredados, y no solamente les predicaba la fraternidad y la igualdad, sino que ésta y aquélla la circunscribía á las clases desheredadas, cuando aseguraba que *antes pasaría un camello por el ojo de una aguja, que un rico entraría en el reino de su Padre;* ó, lo que es lo mismo, concitaba á los pobres contra los ricos; y si la Iglesia ha transigido después con ellos, es porque han consentido en hacerla partícipe de los privilegios que gozaban; pero, como antes decimos, nuestros propósitos no son hacer la historia del socialismo, sino ocuparnos de examinar su moderno carácter actual, por lo que sólo nos ocuparemos de las fases que ha presentado y presenta en la época presente, para lo cual hemos de tomarle desde la Revolución francesa.

No puede negarse á este movimiento un carácter emi-

nentemente socialista. Por virtud de él, obtuvo su emancipación la clase media, y la consiguió, viéndose forzada á cometer todos los horrores que en aquella época se cometieron. ¿Contra quiénes entabló la lucha? Contra los que estaban en posesión de los privilegios á que ella se creía con derecho; contra la aristocracia y contra lo teocracia, con las cuales transigió después que éstas consintieron, aunque *a fortiori,* en darle participación en el banquete de la vida; es decir: que se repitió ni más ni menos que la escena que había sucedido anteriormente entre la aristocracia y la Iglesia, pero con las diferencias esenciales del tiempo en que aquélla y ésta habían hecho su movimiento social-revolucionario, y, por consiguiente, las consecuencias que de cada uno de estos movimientos se desprendieron, habían también de estar en relación con la época en que tuvieron lugar y el medio ambiente en que se desarrollaron. Por eso el primero, que sólo ofrecía recompensas para la otra vida, la paz, la bienaventuranza eterna, en vez de exaltar las pasiones de los que le habían servido de auxiliares, las calmaba, y llevaba al ánimo de sus adeptos esa santa resignación, esa tolerancia con los males y las privaciones á que estaban sujetos en esta vida, dado que éstas y aquéllos no eran más que temporales, y como compensación habían de tener recompensa eterna.

Pero no eran las mismas las condiciones en que se efectuó el movimiento socialista que dió por resultado la emancipación de los segundos, y por lo tanto la clase media encontróse forzada de ofrecer á sus auxiliares algo que no fuera lo que ya tenían, y este algo no podía ser otra cosa que mejoras en su vida material; de aquí el nacimiento del programa de los derechos del hombre, de aquí el escribir ésta en su bandera las célebres pala-

bras de *Libertad*, *Igualdad* y *Fraternidad*, que, como expresión y sancionamiento de los derechos políticos, fueron acogidas por el pueblo como verdadera áncora de salvación, por lo cual se prestaron sumisos y hasta gozosos á secundar cuantas órdenes y disposiciones emanaron de los hombres en cuyo provecho se realizó aquel célebre movimiento social.

Para aquella y aun para la inmediata generación satisficieron por completo las ventajas políticas que aquel programa contenía; pero pronto las nuevas generaciones echaron de ver que con aquel movimiento la clase obrera, el proletariado, la nada había conseguido, continuando, por tanto, en la misma, si no en peor situación que la que antes tenía, puesto que, sin que los antiguos señores hubiesen perdido uno solo de sus privilegios, habíase aumentado con los recién llegados el número de los que los disfrutaban; por otra parte, la mayor instrucción que habían adquirido les hizo conocer de manera clara y evidente que el mundo se rige por el derecho de la fuerza, y que, siendo el número mayor el de los proletarios, podían en un día dado hacerse dueños de la situación y encaminar la marcha de ésta en provecho de sus intereses.

No ponemos en duda que estas ideas fueran embrionarias, pero es innegable que cruzaron por su imaginación; mas, ocupada ésta por los asuntos políticos, quedó adormecida, y prefirieron, por ser más tangible sin duda, atenerse á las ventajas que la política podía proporcionarles, por lo que, ateniéndose al principio que les integraba en su personalidad, pidieron lo que con este principio está en perfecta armonía. El derecho á la vida, y como consecuencia lógica, el derecho al trabajo, que es la forma que la cuestión social presenta en la revolución de 1848, está perfectamente justificado, como lo está

igualmente el sentido y las tendencias en que inspiraron sus obras Fourrier y Proudhon. Conformes en que, tanto las ideas vertidas por el autor del *Falansterismo,* como las del de la *Propiedad,* tal como ellos las predicaron, son completamente irrealizables, como lo son igualmente las de Bastiat, pero no puede negarse que las unas y las otras son el nuncio que marca el camino de la obra emancipadora que ha de seguir las clases trabajadoras.

Por eso, al poco tiempo, aparecen sobre la candente arena de las discusiones sociales, Bakounine, de origen ruso, y hasta, según se ha asegurado, procedente de la más encumbrada aristocracia de aquel país, y el alemán Carl Marx que, apoderándose de la cuestión, encauzan el pensamiento y le dan forma más práctica y aceptable, y son, por fin, los apóstoles que predican las ideas modernas, en las que van encarnadas las teorías que han de conducir al trabajador á la realización de sus aspiraciones.

No se concretan estos dos hombres á la propaganda teórica de sus ideas, sino que desde un principio las llevan á la práctica; por eso vemos que ya en la primera Exposición universal de Londres, aunque en reducido número, aparecen las sociedades obreras celebrando su primer congreso; ni se desaniman tampoco porque el carácter que toman las primeras asociaciones sea el de cooperativas; su fin constante es propalar la asociación de trabajadores, y para conseguirlo, no tienen reparo el patrocinar algunos errores, pues no otra cosa que un error craso es la cooperación para la producción, mirada bajo el punto de vista universal que abraza las ideas de estos dos hombres, que aspiran nada menos que á la emancipación del proletariado del universo.

La conducta seguida en la práctica responde perfectamente á las aspiraciones por ellos concebidas; por

eso, en la Exposición universal primera que se celebró en París, pudo reunirse el segundo Congreso obrero, con representación de sociedades alemanas, francesas, inglesas, italianas y suizas. Cierto que no había completa uniformidad de pensamiento entre todas estas sociedades, pero, á pesar de las diferencias que pudieran existir, ya en aquel congreso, se convino en algunos puntos de interés general y común para los obreros de todos los países, puede asegurarse que, si no formada la Sociedad Internacional de Trabajadores, pues sabido es que lo fué en Londres el 28 de Setiembre de 1864 quedaron asentados los primeros jalones que habían de servir para su constitución.

No es preciso que nos esforcemos mucho para poner de manifiesto que si en la Europa toda se hizo poco alto en este movimiento organizador del moderno socialismo, en España pasó completamente desapercibido, y hasta podemos asegurar que eran de muy corto número de personas conocidos los nombres de los iniciadores y directores de este movimiento, hasta que en nuestro país se efectuó la revolución de 1868, y con ella vino á la vida, ó, mejor dicho, entró España á formar parte en el movimiento socialista europeo, constituyéndose entre nosotros la Sociedad Internacional de Trabajadores, que ya estaba formada en el resto de Europa, menos en Portugal.

Sin duda, debido á nuestro carácter meridional, y como tal impresionable, ó tal vez quizá porque siendo los males que entre nosotros siente el trabajador idénticos á los que experimenta en el resto del mundo, y que por este motivo la tierra estaba en sazón para recibir la semilla, ó quizá por ambas cosas reunidas, lo cierto es, que las ideas traídas á España por el Sr. Fanelli, hijo político de Bakounin, si no estamos equivocados, fructificaron de una

manera tan sorprendente, que un año después de haberse formado el primer núcleo de la Internacional, esta asociación, representada por más de cien sociedades de diferentes artes y oficios, celebraba el primer Congreso obrero nacional en Barcelona, Congreso que se reunió en 30 de Junio de 1870, y cuyas sesiones duraron diez días, ratificándose en ellas los principios sustentados como generales por sus hermanos los del resto de Europa, y tomándose acuerdos locales ó nacionales tan acertados y conformes con las ideas socialistas, que aún todavía, á pesar de haber pasado veinte años después de la celebración de aquel Congreso, y habiendo tenido el gran impulso que las ideas socialistas han experimentado, continúan siendo la base, la norma á que ajustan su conducta las clases trabajadoras, y sin que, á pesar de los Congresos obreros que desde entonces se han celebrado, hayan sido aquellas doctrinas modificadas, aquellos acuerdos revocados.

Posteriormente, vino la division en cuanto al procedimiento, entre los mismos asociados, constituyendo los unos el partido anarquista y formando los otros el partido socialista obrero, poniéndose al frente de aquél Bakounin y al de éste Carl Marx, división mas aparente que real, por cuanto repetimos que las aspiraciones de los unos y de los otros son perfectamente iguales; todos tienden á la emancipación, por más que son diferentes los caminos que siguen para obtenerla. Esta división efectuóse entre nuestros obreros de igual modo que en el resto de las naciones: los que opinaban que era preferible seguir las indicaciones de Carl Marx, publicaron un manifiesto-programa, con fecha 2 de Mayo de 1879, en el que resumen las *aspiraciones* del nuevo partido en los siguientes términos:

«ASPIRACIONES.—1.ª *La posesión del poder político para la clase trabajadora.*

»2.ª *La transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos del trabajo en propiedad común de la sociedad entera. Entendemos por instrumentos de trabajo la tierra, las minas, los transportes, las fábricas, máquinas, capital-moneda, etc., etc.*

»3.ª *La organización de la sociedad sobre la base de la federación económica; el usufructo de los instrumentos del trabajo por las colectividades obreras, garantizando á todos sus miembros el producto total de su trabajo, y la enseñanza integral á los individuos de ambos sexos en todos los grados de la ciencia, de la industria y de las artes.*

»En suma: el ideal del partido socialista es la *completa emancipación de la clase trabajadora.* Es decir: *la abolición de todas las clases sociales, y su conversión en una sola de trabajadores libres é iguales, honrados é inteligentes.*

»El partido socialista considera como medios inmediatos para realizar su aspiración los siguientes:

»LIBERTADES Y DERECHOS INDIVIDUALES.

»Derechos de asociación.—De reunión.—De petición.—De manifestación.—De coalición.—Libertad de la prensa.—Sufragio universal.—Seguridad individual.—Inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio.—Abolición de la pena de muerte.—Un solo código.—Justicia gratuita.—Jurado para toda clase de delitos.—Servicio militar obligatorio.—Milicia popular.

»REFORMAS ADMINISTRATIVAS Y ECONÓMICAS.

»Reducción de las horas del trabajo.—Prohibición del trabajo de los niños en las condiciones que hoy se verifica.—Prohibición del trabajo de las mujeres cuando éste sea poco higiénico ó contrario á las buenas costumbres.—Leyes protectoras de la vida y de la salud de los trabajadores.—Creación de comisiones de vigilancia elegidas por los obreros, para inspeccionar las habitaciones en que éstos viven, las minas, fábricas, talleres y demás centros de producción.—Protección á las cajas de socorros, y pensiones á los inválidos del trabajo.—Reglamentación del trabajo de las prisiones.—Creación de escuelas profesionales y de primera y segunda enseñanza gratuita y laica.—Reforma de las leyes de inquilinato y desahucio, y de todas aquellas que tiendan á lesionar los intereses de la clase trabajadora.—Adquisición por el Estado de todos los medios de transporte y circulacion, así como de las minas, bosques, etc., etc., y concesión del trabajo de estas propiedades á las asociaciones obreras constituidas ó que se constituyan al efecto.—Supresión del presupuesto del clero y confiscación de sus bienes.

»Y todas aquellas reformas que el partido socialista acuerde, según las necesidades de los tiempos.»

Por el contrario, los anarquistas, que también lanzaron su manifiesto á los vientos de la publicidad, el que sentimos no tener á la vista para extractar su contenido, como lo hemos hecho con el de los socialistas, entendieron que lo práctico, lo natural y lo lógico que el trabajador debía hacer para obtener la completa realización de sus aspiraciones, era emprender el camino más corto, la línea recta; es decir: la revolución social, sin entrete-

nerse en otra cosa que en preparar la fuerza para realizarla, y, por lo tanto, no solamente debía apartarse de todo movimiento político, dado que todos los partidos y escuelas eran completamente contrarias á su aspiración, sino que, además, debía aprovechar cualesquiera movimiento que se efectuase para destruir todo lo existente, reconociendo como buenos para realizar estos propósitos cuantos medios tuviera á su alcance, y sobre las ruinas de esta sociedad constituir otra con la base de, al hombre, lo que produzca; á los niños, á los ancianos y á los inutilizados, lo que necesiten; siempre entendiéndose que se cuenta, tanto en la una como en la otra fracción, con la desaparición de las naciones actualmente constituidas, las que serán reemplazadas por asociaciones de artes y oficios.

Se ve, pues, como antes decíamos, que el punto objetivo de los trabajadores es uno mismo, y que sólo hay diferencia en los medios que creen más conducentes y á propósito para conseguir lo más pronto posible el fin que persiguen.

Preciso es, sin embargo, fijar la atención en la diferencia esencial que hay entre estos dos sistemas, puesto que por sí sola encierra puntos de extremada gravedad. Los unos optan por vivir la vida legal, podríamos llamar, la guerra pacífica, la evolución; al par que los otros optan por la guerra sin cuartel, por la lucha de exterminio. Los primeros son francos y sinceros, dicen dónde van, y declaran estar dispuestos á aprovecharse de todos cuantos medios legales encuentren á su alcance, y declaran asimismo que si éstos son de tal índole que les permitan recorrer el camino que piensan andar sin obstáculos que coarten su libertad, están dispuestos á hacerlo tranquila y pacíficamente. Transformarán la sociedad sin trastornos

y sin conmociones de ninguna clase, y, en vez del actual, plantearán un sistema de gobierno más en armonía con la justicia.

Por el contrario, los anarquistas empiezan por engañarse á sí propios; proclaman la desaparición de todo gobierno, por considerarle contrario y perjudicial á la libertad del hombre, y se organizan bajo el régimen federativo. Niegan intervención al Estado, y crean para su servicio particular un comité central, al que invisten de atribuciones relativamente omnímodas. Piden la abolición del capital, y fomentan entre sí las cajas de resistencia; es decir: practican la mayoría de los actos que abraza el programa del partido socialista obrero, pero incurren en el censurable error de no dar importancia á la forma de gobierno, menospreciando, por tanto, la mayor ó menor integridad de los derechos individuales y la mayor ó menor libertad en su ejercicio que distingue las unas de las otras; puntos que, según nuestro juicio, es donde estriba su error.

Parece, á primera vista, que estas diferencias nacidas al fraccionamiento del partido obrero, habían de ser un obstáculo que había de dar al traste con la idea que prosiguen, pero sin que neguemos por nuestra parte que esto, unido á la persecución de que han sido objeto los socialistas por los gobiernos de algunas naciones, pueda haber retardado algo el movimiento, lo indudable es que éste ha seguido su marcha progresiva; que han seguido celebrándose con toda regularidad los congresos universales de trabajadores; que sus órganos en la prensa han ido aumentando de año en año, y que de año en año también ha crecido el número de los asociados.

Mas lo que es digno de fijar la atención de todos es la constancia con que los de la una y la otra fracción han

concurrido á estos congresos, á sostener hasta con encarnizamiento su credo de procedimientos, sin que esto haya sido óbice para que todos estén de perfecto acuerdo en cuantas medidas de carácter general se han tomado.

Hay también otro punto que no debemos pasar desapercibido, y es el poco éxito alcanzado por la fracción que se separó del Congreso de Ginebra para formar la liga de la Paz, sociedad que, á pesar de haber tomado también carácter internacional, y haber constituido comités en todas las capitales de Europa, por lo menos, y haber celebrado varios congresos después de su constitución, y de contar en su seno los hombres más eminentes de todas las naciones, ha muerto por consunción, ó, por lo menos, nada hace que demuestre su existencia, prueba evidente de que nada representaba, pues es sabido que idea que encierra algún problema social de importancia no muere hasta que lo realiza.

II.

Hechas las anteriores observaciones, entremos de lleno en la cuestión de actualidad, y empecemos por reconocer los grandes progresos realizados por el socialismo obrero.

Dos hechos trascendentales tenemos á la vista: el congreso obrero celebrado en París durante la Exposición universal del pasado año, y las elecciones verificadas últimamente en Alemania.

Por el primero vemos de una manera indudable los grados de perfeccionamiento á que ha llegado la organización de la clase trabajadora, y el aumento considera-

ble que ésta ha tenido en el número de sus afiliados, y la puntualidad con que éstos cumplen los acuerdos que en sus congresos se toman.

Cuando la prensa de todos los países dió la noticia de que el congreso obrero de París había acordado la celebración de una huelga general para el 1.° de Mayo de 1890, y que en esta huelga se pidiera la jornada de ocho horas, la mayoría de los que estas noticias leyeron se encogieron de hombros, creyendo cuando más que se trataba de una broma: ¿quién había de ser tan poderoso que hiciera moverse, como los fantoches de un teatro Guiñol, nada menos que á todos los obreros de Europa? Eso no podía pasar de un sueño irrealizable, y quien más aferrado estuvo á esta idea, y por tanto la miraron con mayor desdén, fueron los gobiernos; y, sin embargo, la huelga se ha efectuado, y la petición ha sido unánime é imponente, precisamente por el carácter pacífico que en ella ha dominado.

Cuando la prensa socialista de Alemania decía en sus columnas que la persecución de que su partido era objeto, en vez de mermar hacía crecer más y más el número de sus adeptos, y que esto lo demostrarían en las primeras elecciones generales para diputados que tuvieran lugar, todos pensaban que esto era una baladronada de los obreros, á los que se consideraban sujetos por la férrea mano del Canciller; y, sin embargo, los obreros alemanes han cumplido su palabra, y han sorprendido al mundo mandando treinta y cinco diputados al Parlamento.

¿Qué significación tienen estos dos actos? ¿Cuáles son las consecuencias que pueden tener, y la influencia que pueden ejercer sobre la organización actual de la sociedad?

No queremos ser pesimistas, y vamos á poner los he-

chos en el justo medio. Supongamos que la inmensa mayoría de los obreros que han asistido á la manifestación del 1.° de Mayo no están afiliados ni al partido socialista obrero, ni mucho menos al partido anarquista; concedamos más todavía, demos por hecho que esa inmensa mayoría desconoce las doctrinas socialistas; que si sabe por oídas que se trata de su emancipación, ignora por completo los medios que han de emplearse para conseguirlo, y aun después de haber hecho estas concesiones, se nos presenta á la vista un problema digno de ser estudiado con el mayor detenimiento, por encerrar su solución uno de esos acontecimientos que forman época en la historia.

Aun concediendo en los manifestantes las condiciones que dejamos dichas, cosas dudosas por cierto, dada la fidelidad con que han sido cumplidos en todas partes los acuerdos tomados en el congreso obrero de París, no puede negarse la trascendencia de los sucesos, y mucho menos si se atiende á los discursos pronunciados en todos los países durante la manifestacion, que están por cierto en perfecto acuerdo con las doctrinas vertidas en aquel congreso. No venimos por el acto que hoy realizamos, han dicho los obreros, en la creencia que hemos de obtener lo que solicitamos, por cuanto, aunque todos los gobiernos estuviesen dispuestos á atender nuestras justas reclamaciones, se verían imposibilitados de hacerlo, porque el asentimiento á nuestra demanda, significaría tanto como reconocer la injusticia que preside en la actual organización social, y eso, no somos tan inocentes que pensemos esté dispuesto á hacerlo ningún gobierno. Sabemos de antemano que ninguna ventaja hemos de conseguir, que nuestro estado ha de continuar después de la manifestación tan precario como es antes de celebrarla; así, pues, lo único que nos proponemos es

demostrar ante la faz de mundo que somos los más y que tenemos una organización con la cual el día que entendamos es llegada la hora, cambiaremos por completo el orden de cosas establecido.

Nuestros propósitos hoy por hoy, han dicho, se concretan á demostrar que si no hemos llegado á la mayor edad, á la edad de podernos gobernar á nosotros mismos, estamos muy cercanos de ella, y la mejor prueba que de esto podemos dar á las clases privilegiadas es que, siendo los más y pudiendo imponer nuestro derecho por la fuerza, optamos por hacer una manifestación pacífica, y lo hacemos por mero amor á la humanidad, por espíritu de fraternidad. Si hoy provocásemos la lucha, con ella favoreceríamos los intereses de nuestros enemigos, y una vez más nos destrozaríamos proletarios contra proletarios, pues sabemos de sobra que la inmensa masa de hombres que forman los ejércitos son hijos del trabajo, infortunados como nosotros, que, debido á su ignorancia, sacrifican sus vidas por defender intereses que no son sus intereses, leyes que están hechas expresamente en su perjuicio, y como sabemos esto, preferimos el mal menor, que es continuar en el estado que nos encontramos por algún tiempo más, por el suficiente para llevar la instrucción y con ella el convencimiento al ánimo de todos nuestros hermanos, y cuando lo hayamos conseguido, entonces, y sólo entonces, será cuando haremos la revolución social, conformándonos mientras este día llega, con obtener el mayor número de ventajas que podamos, con ir estrechando el círculo de hierro en que hoy ya tenemos encerradas á las clases privilegiadas.

Y ya supondréis, siguen diciendo, que no es una mera utopía lo que decimos, y mucho menos una vana amenaza para que cedáis á nuestras pretensiones. Nos hemos

organizado y propagado nuestras ideas, á pesar de todas vuestras leyes coercitivas; hemos dado solución al arduo problema que vosotros no habéis podido resolver, puesto que, como véis, nosotros, haciendo desaparecer las fronteras, formamos una sola nacionalidad, y cuando esto hemos hecho en un período de tiempo relativamente corto y siendo una parte insignificante del número que suma la clase proletaria, los que en esta obra hemos tomado parte, figuraos lo que podemos hacer de hoy en adelante con las imponentes masas que ante vuestra vista hemos presentado el 1.° de Mayo.

Pero hay más que todo esto: hasta hoy, sólo contábamos y teníamos que atenernos á nuestros propios elementos; de hoy más, contamos con vuestro poderoso concurso, prestado inconscientemente, lo reconocemos, pero que no por tener este carácter ha de sernos menos provechoso.

Tenaz y constante ha sido la propaganda efectuada por los trabajadores, como queda demostrado en el transcurso de este artículo, pero aun así y todo, hay que reconocer que llevan sobrada razón al afirmar que aquélla no ha sido tan eficaz y valiosa como la que, desde que se efectuó la manifestación del 1.° de Mayo, vienen prestándoles sus enemigos. No hay un solo periódico en toda la Europa que no haya destinado un buen espacio en sus columnas á tratar las cuestiones obreras, y la inmensa mayoría de ellos han convenido en que las reclamaciones que estos hacen son justas, y deben, por lo tanto, ser atendidas. Los parlamentos, igual que los gobiernos de todas las naciones, siguiendo el camino señalado por la prensa, hánse ocupado y hasta preocupado de la cuestión social, reconociendo de igual modo que los trabajadores tienen la razón de su parte, y hoy no hay nación donde el

gobierno no trabaje con decidido empeño buscando medios para atender á aquellas reclamaciones.

Por ninguna parte se habla de otra cosa más que de la cuestión obrera; las discusiones son apasionadas por los que sostienen el pro y el contra, así como son unánimes los plácemes por la conducta, durante las huelgas de Mayo, observada por ellos, y esto precisamente hace más propaganda en favor de los intereses del trabajador, y propaganda mucho más eficaz y provechosa que toda la hecha por sus apóstoles durante tantos años; así, pues, hay forzosamente que reconocer que, no solamente saben lo que se dicen, sino que además obran más conscientemente que lo que pudiera presumirse.

III.

Queda, pues, planteada la cuestión social de una manera clara y definida, desde que, mal que nos pese, la lucha no reviste ya el carácter de las antiguas luchas políticas, sino la guerra de clase, la lucha de pobres contra ricos, de desheredados contra privilegiados. Los trabajadores, persuadidos que los derechos políticos por sí solos no bastan para conseguir el mejoramiento de su condición actual; convencidos que las garantías que estos derechos les conceden no les reintegran en su personalidad, no les hacen iguales á los demás hombres; convencidos asimismo de que ellos, que son los que producen, los que gastan su vida en el trabajo diario, se encuentran llenos de privaciones, sumidos en la miseria, mientras que los que nada útil hacen disfrutan de toda clase de comodidades, declaran ante la faz del mundo que no están dis-

puestos á tolerar por más tiempo estado de cosas tan contrario á la razón y á la justicia.

Á los gobiernos, á la sociedad en general, corresponde encauzar el movimiento, ya que evitarlo es de todo punto imposible, y por consecuencia, de ellos depende que este revista el carácter de pacífica y ordenada evolución ó de violenta y sangrienta lucha; de que predominen las ideas del partido socialista obrero, ó, por el contrario, la de los anarquistas, cuya dirección, según dice el corresponsal que en Roma tiene un ilustrado periódico de esta corte, está encomendada á los Jesuítas, afirmación que entendemos carece por completo de fundamento, y que, por consiguiente, no puede concedérsele otro valor que el de un ardid encaminado á proporcionarse el auxilio de la clase trabajadora, para con su refuerzo poder inclinar en su favor la balanza de la victoria, en la lucha que la Compañía de Jesús y el clero tienen hace tiempo entablada, por obtener la supremacía en los asuntos del Vaticano.

BLAS COBEÑO.

REVISTA ULTRAMARINA

Costa-Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI, su historia y sus límites, documentos y notas, por D. Manuel María de Peralta.—*Costa-Rica y Colombia de 1573 á 1881, su jurisdicción y sus límites territoriales*, por el mismo.—Dos volúmenes en 4.°

No sin razón ponderan los americanistas el eminente servicio que á la historia han hecho las contiendas de límites suscitadas entre los pueblos americanos al declararse independientes de España en el primer tercio de este siglo, porque poniendo á prueba el discurso de los Gobiernos y de los hombres más inteligentes de los respectivos Estados, á porfía han producido estudios, investigaciones y obras históricas con que hoy la verdad y la ciencia de los Tácitos y Livios inesperadamente se engalanan. Demás de esto, y perdónesenos tan ya enojosa insistencia en nuestro punto de vista patriótico, que nunca abjuraremos aunque nuestras revistas de La España Moderna carezcan de variedad y picante atractivo para los lectores vulgares; demás de esto, la necesidad de compulsar documentos y diplomas, esclarecer datos, puntualizar fechas y toda la balumba de operaciones materiales é intelectuales que la historia

de suyo pide, ha puesto á los hombres más eminentes de América en la necesidad de recurrir á las fuentes españolas, como cepa y madre común de sus jóvenes Repúblicas, á cuya aproximación y contacto han podido ver clarísimamente que no fué España para ellos en tiempo alguno tan madrastra y aborrecible como los escritores extranjeros en odio á nuestra grandeza se la pintaron, desvaneciéndose así muchas preocupaciones, extinguiéndose muchos resentimientos, y, lo que es más inapreciable todavía, aproximándonos así unos y otros á la posesión de la verdad y á formarnos cabal idea de nuestro valer respectivo y nuestros mutuos deberes para lo por venir. La ponderada intolerancia de nuestros Institutos religiosos, la supuesta tiranía de nuestros Monarcas, y toda aquella política que se creía exclusivamente fundada en el sórdido interés y en el fanatismo, se van viendo ya á otra luz, de la cual brota una filosofía serena y elevada más digna de pueblos en plena madurez.

Discutíase poco ha en un círculo de personas ilustradas este punto del renacimiento de la fraternidad hispano-americana, y como acontece en toda ocasión en que se discute sin plan preconcebido, ni otro amor ni interés que el de la verdad, lo contrario exactamente de lo que ocurre en los Parlamentos, donde vanidad y medro político son las principales fuentes de inspiración, á fin de acabar pronto y bien y claro, sintetizaba cada uno su pensamiento en la más breve forma posible y más comprensiva. Quién atribuía á tal ó cuál política, á tal ó cuál hombre de Estado el bonancible cariz que hoy presenta el horizonte hispano-americano; quién á tal ó cuál suceso de la historia contemporánea, quien, en fin, á lógicas evoluciones del espíritu de los pueblos amaestrados por la desgracia, cuyas veces hace la revolución en la

historia, pues no hay, en efecto, castigo que más enseñe, ni escarmiento que menos se olvide que las guerras civiles, y en ellas ha sido fecundísimo el siglo actual, principalmente para España y América; pero nosotros, sin negar á todos esos elementos su grandísima eficacia, sosteníamos que á los poetas y á los historiadores, así nacionales como extranjeros, se debe principalmente esa benéfica restauración, y que hayan perdido los sentimientos en que unos y otros nos inspirábamos aquella ferocidad y aquella irreconciliable intransigencia que tanta parte fueron en la destrucción de nuestro glorioso Imperio ultramarino. En Simancas y en el Archivo de Indias se han dado, en nuestro concepto, el ósculo de paz los dos hermanos á quien una política más desgraciada que mala había desunido; así como Quintana y Espronceda entre los muertos, Zorrilla, Núñez de Arce y Campoamor entre los poetas vivos, han hecho retoñar entre ellos la amorosa fraternidad.

Para un americano como Paz Soldán que en nuestros archivos aprenda á robustecer, y, por decirlo así, legalizar las preocupaciones contra España, hay ciento á quien se imponen de tal suerte la imparcialidad y la justicia, que está muy cerca de convertirse en verdadero amor á España la antigua repulsión que antes sentían. Merece entre éstos un lugar muy prominente el señor D. Manuel María de Peralta, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Costa-Rica y del Salvador en esta corte, y por añadidura correspondiente de nuestras reales Academias Española y de la Historia, títulos que en manera alguna debemos omitir, por lo mucho que han contribuido ambas corporaciones, en particular la primera, con su ilustrada propaganda, á restaurar en América el patrio espíritu, como lo prueba el hecho de ante-

poner hoy los escritores americanos, incluso el que en esta ocasión nos ocupa, su título de correspondiente á todos los demás que gozan de aquí y de allá. Y cuenta que el Sr. Peralta nos tiene pocos, ni de escaso valer y resonancia. El cual ha completado el encargo que le confió su país hace dos lustros, y que ya le inspirara en 1883 su excelente libro *Costa-Rica, Nicaragua y Panamá en el siglo XVI, según los documentos del Archivo de Indias de Sevilla, del de Simancas,* etc., con otro, impreso también gallardamente en Madrid por Manuel Ginés Hernández más recientemente, y que lleva por título *Costa-Rica y Colombia de 1573 á 1881, su jurisdicción y sus límites territoriales, según los documentos inéditos del Archivo de Indias de Sevilla y otras autoridades, recogidos y publicados con notas y aclaraciones históricas y geográficas.*

Aunque ambos libros obedecen á un mismo plan, que es hacer frente á la cuestión de límites á Costa-Rica suscitada por los Estados Unidos de Colombia y por el de Nicaragua, cuestión que, en último término, fué sometida al arbitraje de nuestro malogrado Don Alfonso XII, ofrece el primero tan alto interés histórico que, á pesar de la fecha de su publicación, un tanto remota, ha de ocupar hoy nuestra atención preferentemente, máxime siendo este estudio necesario para apreciar la valía del segundo volumen y de la riquísima colección de documentos, tan útil á España como á la Historia Universal, que forman el tejido de uno y otro.

La introducción que al primero puso el Sr. Peralta es un clarísimo resumen del objeto de ambos, y en ella se inspiró el difunto Sr. Ruiz Gómez, en Noviembre de 1883, para expedir el día 22 el notabilísimo decreto que preparaba el arbitraje de Don Alfonso.

Éste, con S. M. el Rey de los belgas, habían sido, al efecto, designados por el artículo 5.° de la Convención, hecha en San José por los representantes de Costa-Rica y Colombia en 25 de Diciembre de 1880, documento notable de fraternidad y prudencia que honra á la civilización americana, cuyo artículo 7.° establecía prácticamente el nuevo derecho internacional que las naciones de Europa inculcan y predican; pero en el fondo no lo profesan. Helo aquí:

«Si desgraciadamente ninguno de los árbitros nombra-»dos pudiese prestar á las altas partes contratantes el »eminente servicio de admitir el cometido, ellas, de »común acuerdo, harán nuevos nombramientos, y así su-»cesivamente hasta que alguno tenga efecto, porque está »convenido, y aquí formalmente se estipula, que la cues-»tión de límites y la designación de una línea divisoria »entre los territorios limítrofes de Costa-Rica y Colombia »*jamás se decidan por otro medio que el civilizado y* »*humanitario del arbitraje*, conservándose entretanto »el *statu quo* convenido.»

Renunciada la elección por S. M. belga y por nuestro Soberano, con mil amores aceptada, la muerte se interpuso en su camino, suscitando una duda interesante de derecho político, que los Estados pleitistas resolvieron en un anexo al tratado de 1880, declarando que no entendían haber elegido por árbitro á Don Alfonso de Borbón, sino á S. M. el Rey de España, por cuya declaración ha recaído el honroso encargo en S. M. Don Alfonso XIII, y en su nombre, y durante su minoría, en la Reina gobernadora. De aquí la intervención del ministerio español en el asunto, y los trámites administrativos que está corriendo, cuya lentitud censuran muchos y nosotros nos limitamos á indicar.

Después de una ligera descripción de la América Central «puente gigantesco levantado entre los Océanos At»lántico y Pacífico para unir los grandes continentes del »Norte y del Sur del Nuevo Mundo», traza el Sr. Peralta este cuadro, en que llama agradablemente la atención la justicia que á nuestros pasados Reyes se hace, más lisonjera y significativa para nosotros que la que tributa en el otro libro á Don Alfonso XII y pudiera parecer interesada (1).

«Su ístmica estructura, que se acentúa más y más á »medida que se desciende hacia el Sudeste, termina en Pa»namá y el Darién, donde se estrecha tanto, que forma »el bien conocido istmo de Panamá, destinado á realizar, »gracias á la perseverante energía de un hombre de genio »y de un siglo audaz, el sueño de su descubridor que en »vano buscó aquí el Estrecho, aunque llegó á la boca del »río Chagres, que será la del futuro canal. Mr. de Lesseps »completará, pues, la obra de Colón.

»Los países del istmo son por excelencia Panamá, »Costa-Rica y Nicaragua. Aquí no uno, sino muchos ist»mos han sugerido á los españoles proyectos de canali»zación desde los primeros años del descubrimiento (2).

(1) Aunque el libro de *Costa-Rica y Colombia* lleva la fecha de 1886, indudablemente se escribió é imprimió antes de morir S. M. el Rey, á fines del mes penúltimo de 1885.

(2) Sobre este interesantísimo asunto, que tanto afecta á nuestro patriotismo como enaltece la previsión é inteligencia de nuestros mayores, ha escrito D. Marcos Jiménez de la Espada una luminosa Memoria que lleva por título: *Noticias viejas acerca del Canal de Panamá*. También D. Justo Zaragoza, en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, publicó en 1881 una serie de artículos importantes enumerando los *Canales interoceánicos* que han imaginado los españoles antes que Mr. de Lesseps. Los posteriores al siglo XVII han sido á su vez analizados por el vizconde H. de Bizemont en su opúsculo, *L'Amérique centrale et le canal de Panamá*.

El de más actualidad, como ahora se dice, es el trabajo del Sr. Espada, que, dando por fracasado el proyecto del *Gran Francés*, cree abandonado ó poco menos el canal de Panamá, sustituyéndole el de Nicaragua, predilecto de los españoles y objeto de afanes tales por nuestra

»Los primeros exploradores de Nicaragua creyeron que »entre el mar del Sur, el golfo de Nicoya y el lago de »Nicaragua se hallaba un estrecho que llamaron el *Es»trecho dudoso,* denominación que desapareció tan pron»to como los oficiales de Pedrarias Dávila se convencie»ron de que entre el lago y el Océano Pacífico no había »tal pasaje, y que la *Mar dulce* de Gil González Dávila »no era sino mediterránea, aunque se vaciaba en el At»lántico por *el Desaguadero,* ó río de San Juan de Nica»ragua. Las ventajas del clima, del suelo fértil y llano, »de la población numerosa y sumisa y de la gran proxi»midad del mar y del lago, movieron á los primeros con»quistadores de Nicaragua, que también lo fueron de »Panamá, á suplicar á Carlos V que se abandonase el »tránsito de Nombre de Dios á Panamá, que calificaban »de *sepultura de vivos,* por el de Nicaragua; mas estos »deseos, periódicamente reproducidos, no se realizaron »jamás, *á pesar de que los reyes de España, y en par»ticular el solícito Felipe II,* dieron más de una vez la »orden de explorar aquel país, con el objeto de hallar una »fácil comunicación terrestre ó marítima. La mayor es»trechez del istmo de Panamá impuso la preferencia que

parte, que ellos solos bastan á enaltecer nuestra dominación en América sin que nadie nos dispute el cetro de la civilización latina. A este fin enumera y analiza los proyectos ó indicaciones hechas á los reyes de España y Consejo de Indias por Gil González Dávila en 1522, Diego López de Salcedo en 1527, Gaspar de Espinosa en 1533, Rodrigo de Contreras en 1536, Martín de Esquivel en 1544, el obispo de Nicaragua en el año siguiente, el licenciado Velázquez Ramírez en 1597, el de Diego de Mercado, que es ya un proyecto en regla y con carácter bastante científico, y, finalmente, otro de la misma ó mayor importancia ideado por un aventurero extremeño, de peregrina historia en Indias, D. Pedro Mexía de Ovando, proyecto que yace oculto en un abultado manuscrito suyo que existe en nuestra Biblioteca Nacional con el título de *Memorial práctico de las cosas memorables que los Reyes de España y Consejo Supremo y Real de Indias han proveido para el gobierno político del Nuevo Mundo.* Como se ve, nuestros descubridores no iban sólo á las Indias sedientos de oro, sino de progreso y civilización.

»se dió á éste, corroborada al cabo de trescientos sesen-
»ta años por la elección que de él se ha hecho para la
»excavación del canal interoceánico.»

Agregaremos de pasada á este párrafo, y como única y breve síntesis que el hallarse el asunto *sub judice* nos permite hacer de la cuestión de límites, este otro que en la introducción al libro de *Costa-Rica y Colombia* hace muestra de la claridad y gallardía con que expone el señor Peralta su tesis fundamental:

«Aunque la cuestión de límites entre Costa-Rica y
»Colombia es el asunto principal de este libro, los docu-
»mentos que ahora se publican no se refieren exclusiva-
»mente á ella; sirven también para elucidar la cuestión
»de la misma índole con Nicaragua, y contribuyen al co-
»nocimiento de la historia general del país, y en particu-
»lar de las numerosas tentativas de colonización por los
»gobernadores de Costa-Rica en los territorrios de Ta-
»lamanca y Boruca durante los dos últimos siglos. Eli-
»minadas las pretensiones de Colombia á la costa de Mos-
»quitos, por carecer absolutamente de fundamento legal,
»estos territorios de Talamanca y Boruca, de que for-
»man parte la bahía del Almirante, la laguna de Chiri-
»qui, el golfo Dulce y la comarca intermedia invadida
»por Colombia, son el verdadero objeto de la cuestión de
»límite, y sobre la posesión y señorío de parte de ellos
»versará la decisión arbitral á que está sometida.»

La primera que dilucida el Sr. Peralta en el otro libro, se refiere á una región que ya produjo contiendas entre los primeros pobladores, pues mientras Pedrarias Dávila pretendía extender su dominación hasta las playas de Guaymura y el puerto de Trujillo, López de Salcedo se creyó con derecho á la gobernación de Nicaragua, cuestiones que con más ó menos analogía se repro-

dujeron entre el mismo Pedrarias y sus gobernadores colindantes Pedro de Alvarado y Pedro de los Ríos, decidiéndose por cédula de 6 de Setiembre de 1521, en términos doblemente confusos hoy por las mudanzas que la nomenclatura geográfica ha sufrido. Baste decir que, según la demarcación hecha por Pedrarias Dávila, y confirmada por cédula de 1529, aunque la cree el Sr. Peralta errónea y exagerada, Nicaragua, si se extendió por el Sur hasta el golfo de Fonseca, fué por las costas septentrionales mermada en tiempo de Carlos V, que las adjudicó á la gobernación de Honduras y al señorío nuevamente creado de Veragua, no teniendo, por consiguiente, Nicaragua «salida propia al mar del Norte, sino cuando se »descubrió la navegabilidad del Desaguadero en 1539, y »no ejerció jurisdición sobre las costas septentrionales del »Desaguadero hasta el cabo de Gracias á Dios, sino pa»sado el siglo XVI». Esas costas son las llamadas de Mosquitos.

Demás de ofrecernos escaso interés el litigio territorial americano para la historia misma, lo perdería totalmente si fuese definitivo el fracaso de las obras del canal de Panamá, como creen muchos, fundados en razones que no se reducen todas á la oposición que le hacen algunas Repúblicas americanas inducidas por los Estados Unidos, sino que principalmente consisten en la calidad de la tierra en mucha parte, *sepultura de vivos,* según decían nuestros pasados, que es dificultad fundamental, engendradora y madre de otras muchas, y hace muy aventurado para el capital y la especulación lo que la ciencia del ingeniero cree asequible, y fecundo en ganancias fabulosas la mente del arbitrista. Cuando en el banquete inaugural de las obras se vió á Mr. de Lesseps, hombre de salud robusta, pero tan anciano que en las tablas de

probabilidad tiene contados sus días, asegurar brindando la copa á una hija suya allí presente, niña de escasos dos lustros, que en semejante día del año 1892, aquella misma niña, ya mujer, abriría las exclusas del canal que ha de unir las aguas del golfo de Panamá con las del mar Caribe, los hombres que miran al cielo y dan á la Providencia su parte imprescindible en todas las cosas humanas, miraron á su vez á aquel viejo y á aquella niña, dudando ya de que sean ellos los que presencien el primer beso de los dos mares, si llegan á dárselo, que también les pareció desde entonces muy dudoso por tales vías. Parece extraño que un francés que cree á puño cerrado, como el antiguo cónsul de Barcelona, en la fatalidad del martes y del número 13, no considerara que todos los planos de la ingeniería y las más sabias combinaciones del capitalismo financiero pueden, como nube de verano, desvanecerse por amanecer un aciago martes ó coincidir en conjunción fatal trece malévolas circunstancias de Bolsa y agiotaje, que es en puridad lo que ha sucedido. Hasta los idólatras de los bosques más selváticos se encomiendan á sus ídolos cuando van á acometer una difícil empresa, y el anciano ingeniero francés, ni para su cabeza ni para la de su hija pedía la bendición á deidad alguna. Quien tal hizo que tal pague.

No obraba así, por cierto, Gil González Dávila, primer personaje histórico que encabeza la interesante colección de documentos publicada por el Sr. Peralta, antes dando «lores á Nuestro Señor y su gloriosa Madre», á par que saludos y cortesías á la Cesárea majestad de Carlos V, noticiábale desde la Isla Española, en 6 de Marzo de 1524, la expedición interesantísima que por su mandado acababa de hacer á Nicaragua, documento de los más hermosos que forman el tejido de nuestra hermosísima

historia indiana. El Sr. Peralta puede estar satisfecho de haberlo desenterrado del archivo sevillano, no sólo porque es un verdadero padrón de la bravura, sufrimiento y elevada política de aquellos hombres de quien todos venimos, calificados por Gil González con un rasgo sublime de *gentecilla*, *aunque en los ánimos más que gente*, sino porque resume y sintetiza por admirable modo el espíritu de los primeros pobladores, tan ajustado á los sentimientos de la humanidad y á las leyes de Indias (que no son, en resumen, otra cosa que aquellos mismos sentimientos expresados por Isabel la Católica en sus conocidas cláusulas testamentarias, fuente admirable de derecho cristiano, por ningún país ni en tiempo alguno aventajada), que fué precisa toda la presión del protestantismo intolerante y del odio envidioso de los soberanos del Norte para convertir al gobierno de Felipe II, en lo que ellos mismos llamaron azote del Mediodía con exageración notoria. Véanse á este respecto los siguientes párrafos de la carta de relación de Gil González:

«....dexo tornados christianos XXXII mill y tantas ání»mas, *así mesmo de su voluntad y pidiéndolo ellos,* y »quedan andadas por mar desde la dicha Panamá, de do »partimos, DCL leguas al Poniente, y en este comedio »quedan descubiertas por tierra, que yo anduve á pie, »CXXIIII leguas, en las cuales descubrí grandes pueblos y »cosas.» Y más adelante repite esta idea en términos más categóricos y expresivos, con ocasión de su entrevista con el famoso cacique Nicaragua, que dió nombre después á aquel territorio: «....bino á querer ser christia»nos él y todos sus indios y mujeres, con que se baptiza»ron en un día 9,017 ánimas chicas y grandes, y con tanta »voluntad y tanta atención, que digo verdad á vuestra ma»jestad que vi llorar á algunos compañeros de devoción,

»y diziendo los primeros á ellos y á ellas aparte, como »Dios es testigo, que este Dios que hizo todas las cosas »*no quiere que nadie se torne cristiano contra su volun-»tad.*» Y todavía más adelante, cuando resume y encarece sus servicios, exclama vanaglorioso: «Á ningún »capitán de los que á estas partes han pasado no ha hecho »Dios tanto favor como á mí, lo cual todo creo ha manado »de la buena ventura de vuestra majestad, porque cinco »ó seys cosas señaladas que me han acaescido nunca nin-»guno gozó de ellas como yo; la primera que nunca nin-»guno descubrió tantas leguas á pie por tierra nueba como »yo y con tan poca gente; la segunda, que nunca ninguno »tornó tantos christianos, porque se baptizaron XXXII mill »y tantos *pidiéndolo ellos....*» Nunca omite esta circunstancia, tanto más singular y loable en aquellos tiempos, cuanto que distingue en los nuestros la tolerancia con el ajeno culto, con otra distinción no menos loable, á saber: que espontáneamente lo hacíamos nosotros por virtud y caridad, mientras los modernos lo hacen por miedo á los gobiernos protestantes, principalmente á Inglaterra y sus Sociedades bíblicas, y como predicado de la indiferencia religiosa.

Á este compás y tono trata Gil González las demás cuestiones de la colonización, que no hallarían tilde que ponerle los filántropos de nuestro tiempo, los cuales ven en todo español un monstruo de intolerancia, porque cierran los ojos á las verdaderas monstruosidades que en sus días se cometen por mucho menor pretexto que el religioso, y la necesidad de la defensa que á nosotros se nos imponía, necesidad que es de ley natural, contra los indios y los filibusteros allá, contra los protestantes y los envidiosos en Europa. ¿Qué es lo que hoy distingue la política universal con los pueblos ultramarinos? Ya lo

estamos viendo. ¿Niéganse á comerciar, v. gr.?, pues lo han de hacer á la fuerza, y si no, se les bombardean sus ciudades, como aconteció á la China y al Japón, sin que se recuerde lo que ahora mismo está ocurriendo en Africa, porque casi todo nuestro artículo anterior estuvo consagrado á las fechorías de los civilizadores ingleses y alemanes. No nos cansaremos, pues, de protestar de las injustas acusaciones de intolerancia y barbarie que no se cansan á su vez de lanzarnos pueblos á toda luz más bárbaros é intolerantes que nosotros, y que han tardado tres largos siglos en adquirir un ligero barniz de cultura, tomado seguramente de los sobrantes y desperdicios que nosotros le dimos al mundo, pues se ve bien claro, que hombres como Gil González, que no pasaron de medianías entre nuestros conquistadores, estuvieron ya en el siglo XVI á la altura que hoy no alcanzan los Stanley ni los Emin Bey. Que no todos los nuestros fueron humanos, desinteresados ni prudentes, con decir que eran hombres está dicho; pues ¿en qué tiempo no ha corrompido la carne á la naturaleza? Pero no se nos dé á los malos por prototipo español, ni con sensiblerías inverosímiles que ningún pueblo ha tenido ni tiene (pues aun la individual del mismo P. Las Casas, que tantos disgustos y afrentas nos ha causado, ha de parecerle un mucho teatral y afectada á quien con atención la estudie), se pretenda seguir oscureciendo glorias que, no ya para una nación, para un mundo entero serían bastantes.

Tras este documento publica el Sr. Peralta otros, que si menos interés histórico, despertarán mayor curiosidad en los lectores. La erección del ducado de Veragua en 1534 se halla en este caso, así por la notoriedad de la familia de los Colones, á quien se favoreció con él, como por la que hoy goza de ministro de Fomento, el poseedor

de este título, que fué muy pronto, como es hoy, puramente nominal. Entre Panamá y Costa-Rica, en lo más estrecho del istmo, y tocando al golfo de aquel nombre, tenía Castilla del Oro un territorio extenso, mal reconocido y nunca poblado, que después tomó el nombre de provincia de Veragua. Extendíase primero desde la punta Caxinas, ó cabo de Honduras, hasta el golfo de Urabá, abarcando todas las costas descubiertas por Colón en su cuarto viaje. En 1534 la redujo Carlos V á menores límites, estipulando su población con Felipe Gutiérrez, de la cual todavía cercenó en 1537 un gran pedazo de veinticinco leguas para erigirlo en ducado á favor de D. Luis Colón, como transacción del pleito que desde 1508 seguía con la corona D. Diego Colón, hijo y heredero del Almirante. En su demarcación estaba comprendida la bahía de Cerabaro ó Zorobaró, hoy del Almirante, por haber fondeado en ella Colón, y una islita muy bella que se llama bahía del Almirante (1). La dificultad de explotar tan extenso territorio aconsejó á los Colones permutarlo por una renta perpetua de 11,000 ducados, que hoy lamentarán seguramente, máxime si el canal de Panamá arribara á su realización, cuando lean, por ejemplo, en este libro la notable *Relación de Nicaragua* que el licenciado Castañeda envió al Emperador en 30 de Marzo de 1529, donde vemos que «Castilla del Oro es muy rica, »porque tiene las minas e syerras cerca de Panamá». Tan

(1) El P. Sobreviela, misionero de Ocopa, en su *Descripción histórico geográfica de la América Meridional*, publicada por el Sr. Peralta en el segundo de sus libros que venimos examinando, dice que Colón, al descubrir la actual ciudad de Santiago en 1503 «dió el nombre de *Verdes* »*Aguas* al río llamado de Veragua por el color verde de sus ondas, de »donde se derivó el nombre de Veragua á toda la provincia».

D. Fernando Colón, en su *Vida del Almirante*, dice que el nombre *Veragua* ó *Beragua* era el que le daban los indios, etimología á toda luz inverosímil.

clara previsión de los futuros cambios del mundo hará sentir ciertamente á los Colones honda pena de aquel trueco, que voluntariamente los desposeyó del riñón más rico de tal emporio.

La población de Panamá y su conquista da á conocer, en 1539, á un hombre interesante, que pasa por América como un relámpago. El obispo de Panamá, Fr. Tomás de Berlanga, á nombre de la virreina doña María de Toledo, madre tutora de D. Luis Colón, capituló dicha empresa con Hernán Sánchez de Badajoz, quizá paisano suyo, el cual estaba casado en Panamá con una hija del Dr. Robles, oidor de aquella Audiencia. Ni los documentos del Sr. Peralta, inagotables en noticias, ni la *Historia de Costa-Rica durante la dominación española*, por Don León Fernández, libro también excelentísimo, publicado en Madrid el año último, y en el cual nos ocuparemos oportunamente, nos explican el que parece extraño atrevimiento y aun delito de usurpación de atribuciones, cometido por el Oidor, contratando con su yerno la población y conquista del resto del territorio de Veragua. Verosímilmente el doctor sería el decano de la Audiencia, y haría veces en tal concepto del presidente gobernador. El Sr. Fenrández, que escribe su historia á la manera filipina, guardando el orden cronológico por gobernadores ó capitanes generales, que es por cierto manera desairada y hace libros de insufrible monotonía, únicamente expresa que Robles «se creyó autorizado para »celebrar el asiento»; ni tampoco aclara el punto el capitán Alonso Cabero, en las quejas que dió contra el Dr. Robles por sus tiránicos procedimientos para favorecer á Hernán Sánchez en esta empresa. Ello fué que el Rey desaprobó lo hecho por el Oidor, y dando en 1540 nueva forma á la gobernación y régimen de la tierra, la llamó Nueva Car-

tago, que es en la «Costa-Rica, provincia riquísima», según la describe Jerónimo Benzoni en su *Historia del Mondo Nuovo* (Venetia, 1572); pero al propio tiempo, «terribilísimo país (que) de ningún modo se podía con»quistar por estar lleno de asperísimos bosques y de cru»delísimas montañas.... (donde), no solamente no se podía »andar á caballo, sino que en muchos lugares aun los »hombres con gran dificultad apenas podían andar á pie, »y.... todos los capitanes que habían entrado en aquellos »países, entre muertos de hambre é matados por los in»dios, habían perdido allí casi todos los españoles que »llevaban.»

Peor le avino á Hernán Sánchez todavía, que sobre mirar desaprobada su empresa por la corte y puesto en su lugar Diego Gutiérrez, salió furioso contra él Rodrigo de Contreras, gobernador de Nicaragua, pretendiendo caer dentro de su jurisdicción la Costa-Rica. Hernán Sánchez, que ya la iba señoreando y haciendo en ella poblaciones, entre ellas una ciudad de Badajoz, que duró poco, fué procesado y remitido á España cargado de grillos, donde por Mayo de 1541 ó 42, se hallaba en la cárcel de corte, clamando á los cielos y al Rey, que Rodrigo de Contreras le había «tomado todo el oro y plata, bienes y »esclavos y caballos que tenía, que todo ello vale más de »15,000 castellanos.... quedándose con los dichos bie»nes....», que por supuesto el Rey mandó devolver, aunque no consta que fuese obedecido. Aquí se pierde el rastro de tal hombre, que probablemente murió en la cárcel, habiendo sido el primero que llevó la luz de la civilización á comarca tan selvática, y era de aquella hermosa cepa de los Sánchez de Badajoz, que produjo á García, uno de los poetas mayores de España.

De muchos de los restantes documentos que contiene

el libro del Sr. Peralta, podríamos sacar tan substanciosos y ejemplares capítulos como los que acaban de leerse, pues son todos ellos de gran valer, así para la geografía, como para la historia de la colonización, la cual anduvo tan trabajosa y lenta por aquellas partes, á causa de la fragosidad de las sierras (sin contar su insania), y lo indómito de las razas indígenas, que materialmente asistimos con este libro á una como elaboración geológica por capas y mantillos con sangre heroica amasados. Todavía en 1565 tenía indeterminadas las jurisdicciones y fronteras provinciales, según descubre la *Instrucción dada á Juan Vázquez de Coronado para el buen gobierno de Costa-Rica,* donde se lee, no sin extrañeza, que se había «tenido noticia que entre la dicha provincia de Nicaragua, »y la de Honduras y el Desaguadero de Nicaragua, á la »parte de las ciudades del Nombre de Dios y Panamá, »entre la mar del Sur y la del Norte, estaba la dicha pro»vincia de Costa-Rica». Semejantes vicisitudes y alteraciones territoriales alcanzan su período máximo en el último de nuestra dominación, merced, primero, á la creación del virreynato de Nueva Granada, y luego á la Real orden de 30 de Noviembre de 1803, que segregó de la Audiencia de Guatemala las costas de Mosquitos, desde el cabo de Gracias á Dios hasta el río de Chagres, para agregarlos á aquel virreynato; disposición que aunque de carácter puramente militar, inspirada por la guerra con los ingleses que se habían apoderado de aquellas costas en 1782, si bien convinieron en abandonarlas por el tratado de Versalles del año siguiente, fueron causa del litigio actual, y de que reclame Colombia la costa de Mosquitos como de su dominio y propiedad, mientras pretende Nicaragua los territorios de Talamanca y Boruca. Puntos son todos estos que el libro del Sr. Peralta ilustra y es-

clarece con documentos de absoluta autenticidad, procedentes de nuestros Archivos, tan caudalosos como célebres en el mundo sabio, documentos compulsados y certificados por las autoridades para ello competentes, y aun con notas de su pluma que, si las más veces son aclaratorias de las cuestiones puramente geográficas, otras se refieren á los personajes y sucesos que van formando la escena de tan vasta é interesante acción; perfiles que á la real importancia del libro añaden quilates de agrado y aun deleite en su lectura.

El otro, que se refiere al pleito de Nicaragua, es aún mas perfecto en su forma externa, ya por haber adquirido el Sr. Peralta más práctica y estilo de moderno historiador, ya por tener la materia mejor conocida y señoreada. Adórnalo con dos índices, uno geográfico y otro alfabético, tan notable el primero y erudito como útil el segundo, que si el libro de Colombia los tuviera iguales, facilitaría su manejo extraordinariamente, poniendo gran claridad allí donde produce alguna confusión, sin semejante buscapié y ayuda, la analogía de hechos y frases de que suelen abundar escritos que se refieren á un mismo asunto, de hombres por un mismo espíritu animados. Cierto que el índice geográfico del libro de Colombia es aplicable como ilustración y aun fuente de conocimiento al de Nicaragua y Panamá, con muy escasas variantes; pero no lo es como guía para ahorrar trabajo al lector, habiéndose podido, con muy poco, hacerlo extensivo á los dos libros, toda vez que ellos forman, por decirlo así, un solo cuerpo. Sin más que distinguir en el índice lo que se halla en el libro de Colombia de lo que al de Nicaragua se refiere, hubiera sido doblemente útil é interesante.

Citaremos, para concluir, entre los más curiosos ó útiles documentos que el Sr. Peralta ha incluído en él, la

Relación de la descripción y calidades de la provincia de Costa-Rica, enviada á Felipe III, por Fr. Agustín de Ceballos; la *Nueva descripción de Costa-Rica,* por fray Juan de Matamoros; los *Informes* de Fr. Francisco de San José *sobre las reducciones de Talamanca y los indios chanquenes;* el trazado del *Camino real de Panamá para Costa-Rica,* y otros muchos semejantes.

Brillan también ambos libros por la claridad y pureza del estilo, que carece de los americanismos y revesamientos de que suele abundar la literatura americana, quizá por el largo tiempo de residencia que lleva el Sr. Peralta entre nosotros, y por su asidua cooperación á los trabajos de nuestras primeras corporaciones literarias, donde es tan justamente apreciado. Apresurémonos á decir que este progreso en el estilo y en la pureza de la dicción, va siendo tan visible en los escritores americanos, que muchos de los nuestros tendrán que envidiarlos á la postre.

La república de Costa-Rica y el Salvador pueden felicitarse de la representación que tienen en Madrid, y que así da alta idea de sus políticos y funcionarios, como produce obras que así contribuyen al esplendor de nuestra historia y al esclarecimiento de cuestiones interesantes en que el voto del Sr. Peralta ha de pesar mucho. Cuando el Consejo de Estado informe al Gobierno y éste pronuncie su fallo arbitral, traeremos á la memoria de los lectores, si Dios nos lo permite alargándonos la vida, las tesis fundamentales que se deducen de los documentos por el Sr. Peralta publicados, que, hoy por prudencia y respeto á la cosa *sub judice,* sólo debemos indicar.

V. Barrantes.

EL VULGO

SONETO.

A un poeta del otro mundo.

Existe, como Dios, en todas partes,
Adulado del mismo á quien ofende;
Juzga de todo aunque de nada entiende,
Ciencia, virtud, progreso, industria y artes.
Por más que de su atmósfera te apartes,
Te envolverá en su red si lo pretende;
No aplaude al sabio, pero admite al duende;
Niega la fe, pero le asusta el martes.
Rémora de la humana inteligencia,
Cuando ídolos no forja, los desgasta,
Ya por estupidez, ya por demencia;
Tuvo siglos atrás muy buena pasta;
Hoy, uniendo la astucia á la violencia,
Víbora muerde, y elefante aplasta.

MANUEL DEL PALACIO.

Sección Extranjera.

LA CENTENARIA

Salí esta mañana de mi casa á eso de las doce. Tenía yo bastante que hacer, y estaba algo retrasada en el trabajo. He aquí que á la puerta de una casa encuentro una mujer vieja, muy vieja, decrépita, que se apoya en un bastón. Adivinar su edad era de todo en todo imposible. Hallábase sentada cerca de la puerta cochera, en el banco del portero. Estaba descansando. Yo necesitaba entrar en otra casa que distaba pocos pasos de aquélla. Entré efectivamente, y al salir, vuelvo á encontrar á mi vieja, sentada ahora en el banco del portero de esta casa. Me miró, le dirigí una sonrisa, y entré en una zapatería donde debía yo tomar calzado para mi hija. Cuatro ó cinco minutos después, en la explanada Newski, torno á ver á mi vieja á la puerta de una tercera casa y sentada esta vez, á falta de banco, en un guarda-cantón próximo á la puerta. Me detengo casi á pesar mío delante de ella, pensando: «¿Por qué se sentará así delante de todas las casas?»

—Anciana (le pregunté): ¿estás muy fatigada?

—Sí, fatigada, hija mía; fatigada siempre, y me he dicho: hace muy buen día, el sol resplandece; pues me voy á comer con mis nietos.

—Entonces, ¿vas á comer?

—Comer, hija mía, comer.

—Pero, á este paso, no llegarás muy lejos.

—Mucho que sí; descanso un poco, me levanto, doy algunos pasos; descanso otra vez, y vuelvo á empezar.

La contemplo. Paréceme muy singular; es una viejecita muy aseadita, con los vestidos algo usados. Parece pertenecer á una familia de menestrales bien acomodados. Su rostro está ya muy demacrado; la color amarillenta; los labios pálidos. Es una especie de momia. Pero esta momia se sonríe aún, y el sol brilla para ella lo mismo que para los seres vivientes.

—Debes de ser muy vieja,—le dije sonriéndome.

—Ciento cuatro años, hija mía; ciento cuatro años nada más. ¿Y adónde vas tú?

La vieja me miró y comenzó á reirse, probablemente regocijada por hablar. Pero me pareció muy extraño que una centenaria tuviera curiosidad de saber adónde iba yo, como si esto pudiese interesarla.

—Ancianita (le dije riéndome), vengo de la zapatería, de comprar zapatos para mi hija, y voy á casa á llevarlos.

—¡Qué pequeñitos son! ¿No ves? ¡Es muy chiquitita tu hija! ¿Tienes más niñas?

Y volvió á reirse, preguntándome con la mirada. Sus ojos están ya tristes y apagados, pero una especie de calor intenso los anima á las veces.

—Anciana, ¿quieres aceptar estos cinco céntimos? Comprarás un panecillo con ellos.

—¿El qué? ¿Cinco céntimos? Gracias, los tomo.

—Tómalos, que te los doy de muy buena gana y sin intención de ofenderte.

La viejecita los toma. Se ve perfectamente que no es una pordiosera; no se halla en estado de mendigar. Ha tomado el dinero de un modo muy digno, no como una limosna; antes por condescendencia, por ser amable, por bondad de alma. Y, no obstante, acaso esto la alegra. ¿Quién hablará nunca á la pobrecilla vieja? Y hoy no solamente le hablan, sino que alguien se interesa por ella y le manifiesta simpatías.

—Ea (le dije): adiós, viejecita; que llegues con felicidad y con salud.

—Sí, llegaré, hija mía, llegaré.... llegaré.... Y tú anda, anda; vete con tu nieta (olvidándose de que yo no tengo nietos, ó imaginando indudablemente que todas las mujeres son abuelas).

Me alejé, y volví muchas veces la cabeza para verla todavía; la viejecita se levanta muy lentamente, con bastante dificultad, y golpeando en el suelo con su bastoncito y arrastrando los pies, adelanta algunos pasos. Acaso necesitará descansar aún diez ó doce veces antes de llegar á la morada de los suyos, con quienes ha de comer hoy. ¿Adónde va? ¡Qué viejecilla tan extraña!

II.

Esta mañana oí ese relato. Antes que relato, parece una sencilla impresión. Habíame yo olvidado por completo de esa impresión, cuando, muy entrada ya la noche, después de haber leído un artículo de revista, surgió en mi

espíritu el recuerdo de la viejecita; y sin saber por qué, he terminado en mi fantasía este boceto.

He visto á la centenaria llegar á casa de sus nietos á la hora de la comida, y esta llegada se ha desarrollado en un cuadro que se me antoja bastante real.

Los nietos, y acaso los biznietos de la anciana, aunque ella les llama «mis nietos», son trabajadores que viven en familia en un piso bajo, donde quizá tienen un establecimiento de peluquería. La viejecilla ha llegado á eso de las dos de la tarde. No la ésperaban; pero la han recibido con alegría.

—¡Ah!: cátala aquí también. ¡María Maximina! Entra, entra, y que seas bien venida, ¡sierva de Dios!

La anciana entra sonriéndose, y la campanilla de la puerta vibra por un buen rato, produciendo ruido agudo y sonoro. Su nieta, la mujer del peluquero, es muy joven, como lo es su marido, un hombre como de treinta y cinco años, y que, sin embargo de ejercer una profesión bastante ligera, es sujeto muy reposado. Su traje está grasiento como fruto de sartén, á consecuencia de la pomada: ¿qué puede decirse de esto? Nunca he visto á un peluquero limpio. El cuello de su levita parece mojado en aceite.

Tres muchachos—un briboncillo y dos briboncillas—rodean inmediatamente á la abuela. Por lo general, las viejas de edad tan avanzada simpatizan con los niños; los unos y las otras tienen un alma misma y se asemejan en todo.

La abuela se sienta. El amo tiene un huésped; un hombre como de cuarenta años, que ha ido á visitarle para hablar de negocios, y que se halla próximo á partir. El peluquero tiene allí también á su sobrino, el hijo de su hermana, mozo de unos diez y siete años y aprendiz de

tipógrafo. La viejecita bendice la mesa, y mirando al forastero, exclama:

—¡Ah! ¡qué cansada estoy! ¿Y quién es ese?

—Soy yo (responde el forastero sonriéndose). ¿Cómo, María Maximina, ya no se acuerda V. de mí? Hace dos años que fuimos juntos al bosque para recoger setas.

—¡Oh!; ya te conozco, truhán, ya te conozco. Lo recuerdo todo, pero no sé cómo te nombran. De todo lo demás sí recuerdo. ¡Qué cansada estoy!

—Pero, vamos á ver, María Maximina, respetable ancianita; ¿V. no crece ya?—dijo el forastero en son de broma.

—Vamos, vamos,—contestó la viejecilla riéndose.

La anciana está evidentemente contentísima.

—Yo soy un buen chico, María Maximina.

—Siempre es agradable hablar con un buen chico. ¡Ah! ¡Cómo me falta la respiración! Han comprado un abrigo nuevo á Seriogegnca.

Al decir esto señala al sobrino del peluquero.

El sobrino, un mocetón vigoroso, muestra al reir toda su dentadura, y se aproxima á la abuela. Tiene el muchacho un sobretodo gris, completamente nuevo, que todavía no lleva con desahogo; esperemos una semana; por ahora el mozo no cesa de admirarse á sí mismo, y está absorto mirando su imagen que el espejo refleja, y cada uno de sus movimientos revela la gran estima en que se tiene á sí mismo.

—Anda, hombre; da la vuelta *(zumba* la mujer del peluquero). Mira, Maximina, mira lo que le han hecho. Esto vale seis rublos lo mismo que un céntimo. Más barato, nos han dicho en casa de Prokhoritch, resultaría mucho más caro; ya lo llorarían Vds. al cabo de ocho días. Pero esto es de lo que no se gasta. ¡Mira con cuidado

qué género!.... Da la vuelta, hombre. ¡Y cuidado si es doble el paño! ¡Qué dureza! Pero, hombre, vuélvete.... Y ahí tiene V. cómo se va el dinero. Nuestra bolsa se ha quedado enjuta...., pero, en fin....

—¡Ah, madrecita mía! ¡qué caro está ahora todo! Esto no tiene sentido común. Mejor haríais en no hablarme de esto; estas cosas me entristecen mucho,—continúa diciendo con sentimiento la abuelita, siempre fatigosa.

—Vamos, ya basta (dijo el amo). Es hora de comer. Estás muy cansada, María Maximina.

—¡Oh, hijo mío! ¡oh, sí; estoy cansada!.... Hace calor...., el sol brillaba y me he dicho: Vamos á verlos. ¿Por qué he de estar acostada siempre? ¡Oh!.... En el camino he encontrado una joven que compraba calzado para sus hijos, que me ha dicho: «¿Viejecita, estás cansada? He aquí cinco céntimos, compra un panecillo». Y yo, ¿sabes?, he tomado los cinco céntimos.

—Descansa un poco, abuela. ¿Por qué estás hoy tan fatigada?—preguntó el amo bastante alarmado.

Todos la miran. La viejecilla está extraordinariamente pálida; sus labios parecen blancos. También ella los mira á todos; pero sus ojos están apagados.

—Pues nada, que he tomado...., compraréis pasteles para los niños con los cinco céntimos.

La anciana se detiene otra vez, y otra vez se esfuerza para respirar. Todos callan durante cinco segundos.

—¿Qué tienes, abuelita?—pregunta el amo, inclinándose hacia ella.

Pero la abuelita no le contesta. Otro silencio de cinco segundos. La anciana palidece, y su rostro se altera cada vez más. Sus ojos quedan inmóviles. La sonrisa se hiela en sus labios. Mira, y se creería que no ve.

—Sería necesario buscar un médico,—dice de repente el forastero.

—Pero.... ¿para qué? ¿No es ya demasiado tarde?—dice el patrón.

—¡Abuelita! ¡Abuelita!—grita repentinamente conmovida la mujer del peluquero.

Pero la abuelita permanece inmóvil, su cabeza se inclina hacia un lado. En la mano derecha, que descansa sobre la mesa, tiene su moneda de cinco céntimos; la izquierda ha quedado sobre el hombro de Micha, su biznieto, un niño de seis años. El pobre está sin rebullirse, y con sus ojazos espantados contempla á su abuelita.

—Ha muerto,—dice solemnemente el amo, saludando y persignándose.

—¿Pero ven Vds. esto? Yo ya notaba que la pobre se inclinaba siempre,—dijo el forastero, todo turbado y mirando á los presentes.

—¡Ay, Dios mío! ¿Ve V. esto? ¿Qué hacemos ahora, Makaritch? Es necesario llevarla á su casa,—murmuró la hija, trémula y turbada.

—¿Dónde? ¿Á su casa? (dijo el amo). Quita allá, mujer. Ya nos arreglaremos aquí. ¿Es tu madre ó no? Es preciso que vayamos á prestar la declaración.

—¡Ciento cuatro años! ¡Oh! (dice el forastero, agitándose en su sitio y cada vez más enternecido.) Se le ha puesto encendido el rostro.

—La pobre vieja comenzaba á olvidar la vida,—dijo filosóficamente el amo, tomando su gorra y su gabán.

—No hace más que un momento que la pobrecilla vieja se reía aún. ¿Ven Vds.? Todavía tiene la moneda en la mano. *¡Para pasteles!,* como decía la pobre. ¡Oh! ¡Lo que es la vida!

—Vamos ya, Pedro Stepanitch,—interrumpió el amo.

Y salió, acompañado por el forastero.

Una muerte así no es llorada. ¡Ciento cuatro años! «Muerte sin enfermedad y tranquila.»

El ama envía á buscar á sus vecinas para que la ayuden. Todas acuden inmediatamente; la noticia les causa menos tristeza que alegría; todas lanzan: ¡Oh! y ¡Ah! y ¡ayes!.... Los niños, asombrados, se esconden en un rincón, y desde lejos contemplan á la muerta. Nunca olvidará Micha, aunque viva mil años, que la abuelita se murió apoyando una mano en su hombro, y cuando, á su vez, él exhale el postrer suspiro, nadie recordará que su abuela ha vivido ciento cuatro años. ¿Por qué y cómo? Nadie lo sabe. Y, por otra parte, ¿qué importa? Muchos millones de personas mueren así: viven sin que nadie lo eche de ver, y mueren lo mismo. Quizá únicamente en el supremo instante de la muerte de un centenario se experimenta una sensación de ternura, de paz, de solemnidad y de consuelo. ¡Cien años! Esta cifra aún produce en el hombre una impresión extraña.

¡Bendiga Dios la vida y la muerte de los hombres sencillos de buena voluntad!

TH. DOSTOIEVSKY.

LA REPUTACIÓN Y EL PUNTO DE HONRA

Lo que representamos, ó, de otro modo, nuestro valer propio en la ajena opinión, es generalmente, á consecuencia de una debilidad particular de nuestra naturaleza, demasiado estimado; si bien la reflexión más insignificante basta para convencernos de que esa opinión de los demás no tiene, en sí misma, importancia alguna para nuestra dicha. También cuesta mucho trabajo explicarse la gran satisfacción interna que todos experimentamos al observar algún indicio de la opinión favorable que de nosotros tienen los demás, ó cuando halagan nuestra vanidad, como quiera que sea. Á la manera misma que el gato manifiesta indefectiblemente su satisfacción cuando se le pasa la mano por el lomo, así en el rostro del hombre á quien se elogia veremos de seguro pintarse un dulce éxtasis, sobre todo si esos elogios penetran en el terreno de las vanidades del elogiado, y aunque sean de una falsedad evidente. Las muestras de aprobación de los demás consuélanle á menudo de alguna desgracia verdadera. Es asombroso, por el contrario, el ver cuán disgustado aparece siempre el hombre y cuán dolo-

rosamente afectado por una herida en su amor propio en cualquier sentido, en cualquier grado y en cualesquiera circunstancias que la reciba, por cualquier menosprecio, por cualquier duda, por la más ligera falta de atención. Esta propiedad, sirviendo de base al sentimiento del honor, puede ejercer influencia saludable en los buenos procederes de muchas personas, á modo de auxiliar de su moralidad; pero en lo que respecta á su influjo en la felicidad verdadera del hombre, y sobre todo en la tranquilidad y la independencia del espíritu, condiciones ambas tan necesarias para la ventura, antes resulta perturbadora y perjudicial que favorable. Por esta razón es prudente, á nuestro parecer, limitarla y, por medio de juiciosas reflexiones y de una estimación justa de los bienes, moderar esa sensibilidad exquisita en lo que á la opinión ajena se refiere, tanto para el caso en que halaga, cuanto para los casos en que molesta, porque los dos tienen idéntico origen. De no hacerlo así, seremos esclavos de la opinión y del sentimiento ajenos.

Por consiguiente, una apreciación exacta del valer de lo que *uno es en sí mismo* y *por sí mismo,* comparado con el valer de lo que *es uno solamente á los ojos de los demás,* contribuirá mucho á nuestra dicha. El primer término de la comparación comprende todo lo que llena el tiempo de nuestra propia existencia, el contenido íntimo de ella, *porque el lugar* en que se halla la esfera de acción de todo esto es la propia conciencia del hombre. Y al revés: *el lugar* de lo que somos para *los otros* en la conciencia ajena, es la forma con que allí aparecemos, así como las que allí se refieren (1). Ahora bien: son co-

(1) Las clases elevadas, en su brillo, en su esplendor, en su fausto, en su ostentación y en sus magnificencias, pueden decirse: «Nuestra felicidad está, por completo, colocada fuera de nosotros; *su lugar* se halla en las cabezas de los demás». *(N. del A.)*

sas esas que, en puridad, no tienen verdadera existencia para nosotros; todo eso existe sólo indirectamente, esto es, en cuanto determina el comportamiento de los demás para con nosotros. Y esto mismo no se toma realmente en consideración sino en tanto cuanto influye sobre lo que podría modificar eso que *somos* EN y POR *nosotros mismos*. Prescindiendo de esto, lo que sucede en una conciencia que no es la nuestra, es para nosotros del todo indiferente en este concepto; y de seguro llegaremos á esa indiferencia á medida que vayamos conociendo bien lo superficial y lo útil de los pensamientos, los estrechos límites de las ideas, la pequeñez de los sentimientos, lo absurdo de las opiniones y el considerable número de errores que se encuentran en la mayor parte de los cerebros; y también á proporción que la experiencia nos enseñe con cuánto desdén se habla, á las veces, de cada uno de nosotros cuando no se nos teme, ó cuando se cree que no hemos de saberlo; pero, sobre todo, cuando hayamos oído con qué menosprecio hablan media docena de imbéciles del hombre más distinguido. Entonces comprenderemos que el otorgar algún valor á las opiniones de los hombres es honrarlos con exceso.

De todas suertes, es reducirse á muy miserables recursos esto de no hallar la dicha en las dos clases de bienes de que ya hemos hablado, y haber de buscarla en esta tercera, es decir, en lo que somos, no en realidad, sino en la imaginación de otros. Por regla general, nuestra naturaleza animada es la base de nuestro ser, y, por consiguiente, lo es asimismo de nuestra felicidad. Lo indispensable para el bienestar es la salud primeramente, y después los medios necesarios para proveer á la subsistencia; y, por consiguiente, una vida libre de cuidados. Los honores, el lujo, la grandeza, la gloria, sea cual

fuere el valor que se les atribuya, no pueden competir con esos bienes esenciales ni reemplazarlos; muy al contrario: si el caso llegara, no vacilaríamos un instante en cambiarlos por los otros. Será, pues, muy útil á nuestra felicidad conocer pronto un hecho sencillísimo; es á saber: que cada uno vive, desde luego y efectivamente, dentro de su pellejo y no en la opinión de los otros, y que naturalmente nuestra condición real y personalísima tal cual la determinan la salud, el temperamento, las facultades intelectuales, la renta, la mujer, los hijos, la habitación, etc., es cien veces más importante para nuestra dicha que todo aquello que plazca á los demás hacer de nosotros. La ilusión contraria nos hace infelices. Exclamar con énfasis: «La honra vale más que la vida», es en realidad decir: «La salud y la vida no valen nada; lo que piensan los demás de nosotros, eso es lo que importa». Esta frase puede ser considerada, á lo sumo, como una hipérbole, en cuyo fondo se encuentra esta verdad prosaica; para mantenerse y medrar entre los hombres, EL HONOR, es decir, la opinión de los demás acerca de nosotros, es, por lo común, de una utilidad innegable; más adelante volveré sobre este mismo tema. Por el contrario: cuando se ve cómo casi todo lo que los hombres persiguen durante su vida entera á costa de esfuerzos incesantes, de mil peligros y mil amarguras, tiene por fin último elevarlos en la opinión, porque no ya solamente los empleos, los títulos y las veneras, sino también las riquezas y hasta la misma ciencia (1) y las artes son buscadas, en el fondo principalmente, con ese solo propósito; cuando se ve que el resultado definitivo para llegar al cual se trabaja es obtener de los otros

(1) *Scire tuum nihil est nisi te scire hoc, sciat alter.* (Nada es tu saber mientras otro no sepa que tú sabes aquello.) *(N. del A.)*

mayor respeto, todo esto, por desdicha, prueba únicamente lo grande de la locura humana.

Otorgar excesivo valer á la opinión ajena, es una superstición que domina universalmente; sea que tenga sus raíces en nuestra naturaleza misma, sea que haya seguido al nacimiento de la sociedad y de la civilización, lo cierto y verdad es que ejerce siempre sobre nuestra conducta una influencia desmesurada y enemiga de nuestra felicidad. Esta influencia puede ser perseguida por el filósofo, desde el punto en que se revela por un temor anhelante y servil al *¿qué dirán?,* hasta aquel otro en que hunde el puñal de Virginio en el seno de su hija, ó bien arrastra al hombre á sacrificar, en aras de la gloria póstuma, su tranquilidad, su fortuna, su salud, hasta su existencia. Cierto es que esta preocupación ofrece, al que está llamado á reinar sobre los hombres y en general á dirigirlos, un recurso muy cómodo: también el precepto de mantener vivo ó de estimular el sentimiento del honor ocupa lugar principalísimo en el arte de elevar al hombre; pero en lo que atañe á la felicidad propia del individuo, y esto es de lo que aquí tratamos, sucede muy de otra manera, y debemos, por el contrario, disuadirle de atribuirla importancia excesiva. Si, á pesar de todo, según nos enseña la experiencia, el hecho mismo se presenta diariamente; si lo que la mayoría de las personas estiman en más es la opinión de otros con respecto á ellas; si se cuidan más de esto que de lo que, *verificándose en su propia conciencia,* existe inmediatamente para ellas; si, por un trastorno del orden natural, consideran como la parte real de su existencia la opinión de los demás, y juzgan lo otro como parte ideal; si hacen de lo que es secundario y contingente el objeto principal, y si lo que valen y son en el cerebro de los otros les in-

teresa más que lo que son en sí mismos; esta apreciación directa de lo que directamente no existe para nadie, constituye una locura á la que se denomina *vanidad* (VANITAS), para indicar lo vacío y quimérico de esa tendencia.

El valor que á la opinión ajena concedemos, y nuestra preocupación constante acerca de ella, rebasan efectivamente los límites de lo razonable, en tales términos, que puede ser considerada esta preocupación como una especie de *manía* muy generalizada, mejor dicho, innata. En todo cuanto hacemos, y lo mismo en todo cuanto nos abstenemos de hacer, pensamos en la opinión de los demás antes que en ninguna otra cosa, y, si lo estudiamos con atención, veremos que en este cuidado tienen su origen la mitad de los tormentos y de las angustias que hemos experimentado en nuestra vida. Porque esta preocupación es la que encontramos en el fondo de nuestro amor propio, tan frecuentemente ofendido, porque suele ser suspicaz sin acierto; en el fondo de nuestras vanidades y nuestra presunción, así como en el fondo de nuestras suntuosidades y nuestras magnificencias. Sin esta preocupación, sin esta rabia, el lujo no sería la décima parte de lo que es. Sobre ella gravita todo nuestro orgullo, *punto de honra* y PUNTILLO, sea de la especie que fuere y pertenezca á cualesquiera órdenes; y, ¡qué de víctimas reclama muy á menudo! Revélase ya en el niño; aparece después en cada una de las edades de la existencia; pero cuando adquiere su mayor desarrollo es al llegar la edad avanzada, porque en aquel período, como hayan desaparecido las aptitudes para los goces sensuales, el orgullo y la vanidad sólo tienen que repartirse con la avaricia el dominio del alma. Este furor échase de ver más distintamente entre los franceses, en cuya patria reina endémi-

camente, y se manifiesta á menudo por la ambición más necia, por la vanidad nacional más ridícula y la fanfarronería más desvergonzada; pero su presunción se anula por esto mismo, porque la entrega á la mofa de los demás países y convierte en apodo el nombre de *grande nación.*

Para explicar más claramente todo lo que llevamos expuesto hasta aquí acerca de la insensatez de curarse con exceso de las opiniones ajenas, quiero aducir un ejemplo muy significativo de esta locura tan arraigada en la humana naturaleza; hállase favorecido este ejemplo por un efecto de luz resultante de la concurrencia de circunstancias propias y de un carácter peculiar; esto nos permitirá hacer un cálculo exacto de la fuerza que tiene ese extraño impulso de las acciones humanas. Es el párrafo siguiente de la relación circunstanciada publicada en el *Times* de 31 de Marzo de 1846, de la ejecución de un tal Thomás Wix; un obrero que, por venganza, había asesinado á su maestro: «En la mañana del día prefijado para la ejecución, el reverendo capellán de la cárcel estuvo constantemente á su lado. Pero Wix, aunque estaba muy tranquilo, no atendía á las exhortaciones del sacerdote; su preocupación única era el empeño de mostrar valor extremado en presencia de la muchedumbre que asistiría á su fin vergonzoso. Lo consiguió. Cuando hubo llegado al patio que debía atravesar para ir al patíbulo levantado cerca de la prisión, exclamó: «¡Ea,—como decía el doctor Dodd,—pronto voy á conocer el gran misterio!» Aunque llevaba atados los brazos, subió sin auxilio de nadie la escalera del cadalso; una vez arriba, saludó á los espectadores á derecha y á izquierda; la multitud allí reunida correspondió á estos saludos con formidables exclamaciones», etc., etc. Tener ante los ojos la muerte en su aspecto más aterrador, y detrás de la

muerte la eternidad, y pensar únicamente en el efecto que se producirá en la muchedumbre de mentecatos que han acudido á ese espectáculo, y en la opinión que se dejará en pos de sí en todas aquellas cabezas, ¿no es un ejemplar único de ambición peregrina? Lecomte, que en aquel mismo año fué guillotinado en París por tentativa de regicidio, deploraba principalmente, durante el curso de su proceso, el no poder presentarse decentemente vestido en la Cámara de los Pares, y aun en el momento mismo de la ejecución sentíase muy disgustado porque no se le había permitido antes afeitarse. Lo mismo sucedía antiguamente ; así puede verse en la introducción que Mateo Alemán publica al frente de su celebrada novela *Guzmán de Alfarache*, donde cuenta el autor que muchos criminales extraviados roban al cuidado de la salvación de su alma las últimas horas, que á eso únicamente deberían ser consagradas, para concluir y aprenderse de memoria un discursillo que desean pronunciar desde el tablado de la horca.

En rasgos análogos podemos hallar todos nuestra propia imagen; pues está claro que estos ejemplos de gran bulto son siempre los que en todas materias proporcionan las explicaciones más evidentes. Para todos nosotros, por lo común, las preocupaciones, los sinsabores, los disgustos que gastan, las cóleras, las inquietudes, los esfuerzos, etc., etc., tienen por causa casi siempre la opinión de los demás, y son tan absurdas como las de esos desdichados á quienes hemos citado anteriormente. El odio y la envidia proceden igualmente, en la mayor parte de los casos, de la misma raíz.

Es evidente que nada contribuiría más á nuestra dicha, compuesta principalmente de tranquilidad de espíritu y de contentamiento, que limitar la fuerza de ese

móvil, que reducirla á un grado razonablemente justificado (á un dos por ciento, v. gr.), arrancando así de nuestras carnes esa espina que las destroza.

Pero la cosa es muy difícil. Nos encontramos aquí frente á una irregularidad natural é innata: *Etiam sapientibus cupido gloria novissima exuitur,* dice Tácito (*Hist.,* IV, 6): «El deseo de la gloria es también el último que abandona á los sabios». El medio único de sustraernos á esta locura universal sería reconocerla distintamente como tal locura, y para esto darnos cuenta exacta de cómo la inmensa mayoría de las opiniones son, en las cabezas de los hombres, falsas, equivocadas, erróneas y absurdas; cuán escasa influencia real y positiva ejerce sobre nosotros en la mayor parte de los casos y de las circunstancias la opinión de las gentes; cuán perversa es, por regla general, esa opinión, hasta el punto de que no exista nadie que no enfermase de ira al saber en qué tono se habla y qué cosas se dicen de él; cómo, por último, el honor mismo no tiene, en puridad, un valor inmediato, sino indirecto, etc. Si lográsemos rechazar esa general locura, ganaríamos muchísimo en tranquilidad de espíritu y en contentamiento, y adquiriríamos simultáneamente un aspecto más firme y más seguro, y maneras más desembarazadas y más naturales. La influencia benéfica de una vida retirada, en nuestra tranquilidad de alma y en nuestra satisfacción, proviene en mucha parte del hecho de sustraernos á la necesidad de vivir constantemente bajo las miradas de otros, y librarnos, por consiguiente, de la preocupación incesante de sus probables censuras; este es el primer efecto de volvernos á nosotros mismos. De este modo evitaríamos también muchas desgracias reales, cuya causa única es esa aspiración puramente ideal, ó, dicho con más exactitud, esa deplo-

rable locura; nos quedará también la facultad de prestar más cuidado á los verdaderos bienes, que podremos disfrutar entonces sin que nadie nos importune.

De la locura de nuestra naturaleza que acabamos de describir, brotan tres vástagos principales: la ambición, la vanidad y el orgullo. La diferencia entre estos dos últimos consiste en que el *orgullo* es el convencimiento ya firmemente arraigado de nuestro propio valer desde todos los puntos de vista; la *vanidad* es, por el contrario, el deseo de lograr que este convencimiento nazca en los otros, y, por regla general, con la secreta esperanza de llegar, como consecuencia, á apropiárnoslo también.

El orgullo es la grande estimación de nosotros mismos, procedente de *nuestro interior,* y por tanto directa; la vanidad, al revés, es la tendencia á adquirirla *desde el exterior*, y, por consiguiente, de una manera indirecta. Por esta razón la vanidad se hace habladora, el orgullo silencioso. Pero el vanidoso debería saber que esa buena opinión de los demás, á la que aspira, antes se obtiene, y con más seguridad, guardando silencio continuo, que hablando, aunque tuviese uno que decir las mejores cosas del mundo. No es orgulloso el que quiere serlo; cuando más, podrá simularlo el que quiera; pero este último se olvidará muy pronto de su papel, como se olvida todo papel fingido. Porque lo que nos hace realmente orgullosos es sólo el firme, íntimo, inquebrantable convencimiento de nuestro mérito extraordinario y sin par. Este convencimiento puede ser erróneo, ó fundarse en merecimientos sólo exteriores y convencionales; poco importa eso para el orgullo, mientras nuestra propia convicción sea real y seria. Toda vez que el orgullo arranca del convencimiento, estará, como toda noción, fuera de nuestra

voluntad libre. Su enemigo peor, quiero decir, su mayor obstáculo, es la *vanidad*, que solicita la aprobación ajena para sobre ésta fundar inmediatamente buena opinión de sí mismo, en tanto que el orgullo supone esta opinión propia ya sólidamente asentada.

Si bien el orgullo suele ser vituperado y desacreditado generalmente, paréceme que esto procede, por regla general, de los que nada tienen por qué se enorgullezcan. Habidas en cuenta la imprudencia y la arrogancia estúpida de la gran mayoría de los hombres, la persona que posee merecimientos cualesquiera, hace perfectamente en ponerlos á la vista ella misma para no dejar que caigan en el olvido más completo; pues quien, por benevolencia, no procura hacerse valer, y procede con los demás como si en todo fuese igual á ellos, tardará muy poco en ser de veras y sinceramente reputado por todos como uno de sus iguales. Querría yo recomendar que obrasen así, muy especialmente, á todos aquellos cuyos méritos son de orden más elevado, méritos verdaderos, por consiguiente, del todo personales, en atención á que estos méritos no pueden, como sucede á las condecoraciones y á los títulos, ser recordados á todas horas por una impresión de los sentidos; si proceden de otra manera, verán muy á menudo realizarse el *Sus Minervam* (el cerdo que exhorta á Minerva).

Un excelente proverbio árabe dice: *Bromea con el esclavo, pronto te enseñará el trasero*. La máxima de Horacio: *Sume superbiam quaesitum meritis* (toma la soberbia fundada en merecimientos), no es para desatendida. La modestia es, sin duda, una virtud inventada para uso de los pícaros principalmente, porque exigiendo la tal virtud que cada cual hable de sí mismo como si fuera uno de ellos, da por resultado una igualdad de ni-

vel admirable, y produce la apariencia de que, en general, no hay más que pícaros en el mundo.

Sin embargo, el orgullo más barato es el orgullo nacional. Este orgullo denuncia en quien lo siente la carencia de buenas cualidades individuales de las que pudiera estar orgulloso; porque de tenerlas, no recurriría á otras que ha de compartir con tantos millones de individuos. Cualquiera que tenga distinguidos méritos personales reconocerá, por el contrario, con mayor exactitud, los defectos de su país, porque los tiene constantemente á la vista. Pero todos esos imbéciles, dignos de lástima, que nada tienen en el mundo de que puedan enorgullecerse, se acogen á ese último recurso, de sentirse orgullosos de la nación á la que, por casualidad, pertenecen; á ella se adhieren y en su gratitud hállanse prontos á defender, con el pie y con el puño, todas las majaderías propias de su patria.

Por ejemplo: de cada cincuenta ingleses, apenas se encontrará uno que levante la voz para asentir cuando habléis con justo menosprecio de la hipocresía estúpida y degradante de su nación; pero ese individuo solo entre los cincuenta, será, de seguro, hombre de buena cabeza. Los alemanes no tienen orgullo nacional, y demuestran así la bondad que la opinión les atribuye; en desquite, aquellos alemanes que profesan ó fingen ridículamente este orgullo—como suelen hacerlo principalmente los *Deutschen Brüder* y los demócratas que adulan al populacho para seducirle,—demuestran precisamente lo contrario. Se pretende que los alemanes han inventado la pólvora; pero no soy de esa opinión. Lichtenberg propone el siguiente problema: «¿Por qué un hombre que no es alemán se hace pasar por tal muy pocas veces? ¿Y por qué cuando quiere fingirse algo se finge inglés ó fran-

cés? Por lo demás, la individualidad es, en cualquier hombre, cosa de distinta importancia que la nacionalidad, y merece mil veces más que ésta ser tenida en consideración. Con verdad y con justicia nunca podrá decirse mucho bueno de un carácter nacional, porque *nacional* significa que pertenece á una muchedumbre. La pequeñez de espíritu, la sinrazón y la perversidad de la especie humana son, sobre todo, las condiciones que resaltan en cualquier país, en una ó en otra forma; forma que es lo que nombramos carácter nacional. Disgustados de uno, ensalzamos á otro, hasta que llega un instante en que este otro nos inspira igual sentimiento. Cada nación se burla de las otras, y tienen razón todas.

LA CATEGORÍA.

Por lo que respecta á la categoría, por mucha importancia que tenga en el concepto de la muchedumbre y de los necios, y por muy grande que pueda ser su utilidad, como una rueda en el mecanismo del Estado, en muy pocas palabras habremos concluido con ella, para realizar nuestro propósito. Es la categoría un valor convencional, ó, para expresarnos más propiamente, un valor ficticio; su acción tiene por resultado una consideración ficticia también, y el todo viene á ser una comedia para la masa. Las condecoraciones son letras de cambio giradas sobre la opinión pública; su valor depende del crédito del girador. De todas maneras, y prescindiendo ahora del dinero que ahorran al Estado sustituyendo á las recompensas pecuniarias, son, en realidad, una institución de las más felices, en el supuesto de que sean distribuidas

atinada y equitativamente. En efecto: la multitud tiene ojos y tiene oídos, pero no tiene nada más; tiene, sobre todo, poquísimo juicio, y hasta es flaca de memoria. Algunos merecimientos se hallan, desde luego, fuera del alcance de su comprensión; otros merecimientos hay que la multitud comprende y aclama cuando los ve aparecer; pero que pone muy pronto en olvido. Siendo esto así, paréceme en extremo conveniente gritar á las muchedumbres siempre y por todas partes, por medio de una cruz ó de una estrella: «Este hombre que veis, no es igual á vosotros; tiene merecimientos». Sin embargo, con una distribución injusta, irracional ó excesiva, las condecoraciones pierden su valor; por esta razón, un príncipe debería poner tanta circunspección en otorgar cruces, como un comerciante en firmar letras de cambio. La inscripción *Al mérito* en una cruz, es un pleonasmo; toda condecoración debería ser dada *Al mérito;* eso no hay para qué decirlo.

ARTHUR SCHOPENHAUER.

UN PRECURSOR DE LOS DANDYS

I.

Un estudio sobre el *Dandysmo* (1) y acerca del hombre que más exactamente lo personifica (Brummell), ¿será, por ventura, completo y dará idea precisa del asunto tan hondamente, tan *insularmente* inglés? Por muy inglés que sea el objeto representado, no es,—ya se ha visto,—un fenómeno exclusivamente social, una *monstruosidad* podrían denominarlo los puritanos y los corazones sensibles, que, en esta ocasión, coincidirían. El *Dandysmo* tiene sus raíces en la naturaleza humana de todos los países y de todas las épocas, pues la vanidad es universal. Lo que podría ser denominado la cuerda del *Dandysmo,* parece despertarse, en medio de las treinta y seis mil cuerdas de que se compone ese diabólico instrumento, tan complicado siempre y tan echado á perder en ocasiones, de la naturaleza humana. Pero Inglaterra es la nación que mejor ha hecho vibrar esa cuerda. Alguien ha mentado á Richelieu, y

(1) Los vocablos ingleses *Dandy* y *Dandysme* no tienen correspondencia exacta, ni casi aproximada, en castellano, ni en francés. Barbey d'Aurevilly los ha conservado en inglés, y eso hacemos nosotros.
(N. del T.)

aun ha pretendido parangonarle con Brummell, para mostrar las diferencias que la sociedad y la raza han puesto entre estos fatuos asentados sobre iguales cimientos. Richelieu poseía efectivamente la cuerda del *Dandysmo,* pero en el cortesano francés la vibración de esa cuerda aparece velada por otras más vigorosas vibraciones. Precursor de los *Dandys* como Richelieu, verdadero *Dandy,* aun antes de que existiese eso que llaman *Dandysmo,* y antes de que observadores de profundo y exquisito análisis lo hubiesen estudiado como algo sustantivo, fué *Lauzón.* Lauzun, mucho más poderoso que Richelieu, aunque no tomase á Mahón.

Lauzun tomó una plaza mucho más difícil de tomar...., tomó á la gran *Mademoiselle* (1), y la tomó él solo, lo cual no había hecho Richelieu con Mahón. ¡ Cosa muy digna de notarse! Lauzun realizó esa conquista, sobre todo por el *Dandysmo,* que existía en su persona sin que ni él mismo lo sospechara, ni ella tampoco : Lauzun era digno de ser inglés. Si lo hubiera sido, habría representado el papel de uno de los más admirables *Dandys* de Inglaterra. Poseía el egoismo inglés, el egoismo más terrible que ha existido después del egoismo romano. Lauzun fué un *Dandy,* de buen porte, de originalidad muy matizada en ese porte mismo, obstinado en no parecerse á los demás cuando todos eran iguales ante Luis XIV, de extraordinaria sangre fría, de prodigioso dominio sobre sí mismo, de procederes inesperados (porque uno de los rasgos que más especialmente caracterizan á los *Dandys* es el de no hacer nunca lo que se espera que hagan). Tuvo Lauzun la implacable vanidad, la vanidad feroz de los *Dandys.* Recuér-

(1) Especie de título honorífico, á modo de antonomasia respetuosa, con que era designada en Francia la hija primogénita del tío del Rey. *(N. del T.)*

dese la escena (en las *Memorias de Saint-Simon)* en que Lauzun puso su tacón encima de la mano de una Duquesa (en tiempo de Luis XIV llevábanse altos los tacones, como muchos años después, por los años 1879 y 1880, los han usado las señoras), y giró sobre su tacón para hundirlo en la carne como una barrena. Basta eso para hacer que el lector, si es nervioso, se estremezca y grite. Habría con esto para escribir un estudio acerca de Lauzun; pero ya está escrito, y para colmo de halago á su vanidad, ha sido escrito por la princesa que más locamente ha querido á Lauzun entre todas las mujeres que lo han idolatrado.

Este César Borgia con las mujeres, y sobre todo con esa; ese César Borgia que hubiera retrocedido hasta Maquiavelo, no hubo menester de escribir sus *Comentarios,* como el gran César.... Sus comentarios fueron escritos por la mujer, por su conquista—una Princesa muy amante y muy maltratada; pero amante siempre,—y Brummell, por su parte, no ha tenido más historiadores que M. Jessé y yo.

Páginas adorables de las *Memorias de Mademoiselle de Montpensier,* nos dan la medida exacta de lo que valía Lauzun, ese predecesor de los *Dandys,* ese inglés de Francia. Esto vale tanto como una novela de Stendhal. Aquí es ciertamente—y sólo aquí — donde es oportuno hablar de esto.

II.

Preséntase *Mademoiselle* en sus *Memorias* con una originalidad que ahora no conocemos; originalidad de Princesa, casi incomprensible en estos tiempos nuestros

de vulgarísimas costumbres. Encuentro en ella una de las cosas más bellas de tiempos ya idos; *el orgullo en el respeto de uno mismo y en el de su raza, que vale más todavía que uno mismo.* La Princesa era antes *Borbón* que mujer, y me explico ahora que estuviera muy satisfecha con tener negros los dientes, porque aquellos eran los dientes de su Casa.

Hasta la llegada de Lauzun, *Mademoiselle* pasa, en sus *Memorias,* sin que su corazón palpite por nadie, sin otro deseo que el de casar con el emperador de Alemania, únicamente porque es Emperador. Galanteada por el rey de Inglaterra (Carlos II, á la sazón en París), manifiéstase indiferente. Ve con la mayor tranquilidad cómo se derrumban todos los castillos de naipes que con respecto á su matrimonio se levantan sucesivamente; curándose sólo de que no conviene anular á una hija de Francia. Si *Mademoiselle* soñó, como algunos han dicho, en ser esposa de su primo carnal Luis XIV, nada de esto se trasluce en sus *Memorias.* El orgullo impone silencio al orgullo.

Esta Princesa, esencial y sustancialmente Princesa; este espíritu, al que sólo asuntos de etiqueta palaciega habían conmovido; este ser exclusivamente ceremonioso que á nada concedió atención más que á las grandezas,—las grandezas teatrales y de opinión—*(el honor* de Montesquieu), siente, á los cuarenta y tres años de su edad, algo que en su cerebro bulle y se agita por un hombre. El níspero está maduro.... ¡Una doncella de cuarenta y tres años!, doncella en todo...., acaso hasta de simple curiosidad; ¡qué pasión tan digna de estudio debe de ser esta! ¡Y contada por *Ella!* El libro no podía menos de resultar peregrino, y lo es, en efecto...., para los inteligentes.

III

Estamos aquí muy lejos del cinismo de Rousseau y de la franqueza contemporánea; y, sin embargo, obsérvese esto: la Princesa es ingenua á su modo. Es veraz por orgullo. Engrandece al hombre á quien ama, pero no da un paso más allá de ese engrandecimiento. Está clara la imposibilidad de que, á sus ojos, un hombre por quien, á la edad de cuarenta y tres años, experimentaba ese amor del cual nada le había dado en toda su vida la idea más remota, no fuese muy superior á todos los hombres, y en aquella corte del Gran Rey, joven y hermoso entonces como un sol de Mayo, era muy difícil superar á todos por el ingenio, por las maneras, por la hermosura. Pero la superioridad de Lauzun, en aquel siglo de lo *convencional,* en el que todo se asemejaba, era lo extraordinario, era lo que llamaríamos ahora, porque entonces no existía el vocablo, la originalidad. Ya antes de amarle habíase sentido *Mademoiselle* muy impresionada por el aspecto de Lauzun, en una carrera de caballos (Lauzun era entonces conde de Peguylem), y por el arrogante lema de su escudo: un cohete que se remonta hacia las nubes, con esta leyenda en español: *Voy hasta lo más alto.* La Princesa halló singular esa leyenda. ¡Singular!, esa es la palabra.

Lauzun, antes de ser capitán de guardias, era coronel de dragones, cuyas gorras, dice *Mademoiselle,* «revelaban una especie de bravura en estas tropas *que no se advertía en las otras*». «Su coronel, prosigue diciendo la Princesa, apareció con un aire que le distinguía de *los*

otros oficiales de tal modo, que había muchos casos en que *éstos no podían imitarle sino con gran dificultad*.... Era *extraordinario* en todo.... Por lo que á mí respecta, como me pareció hombre de ingenio, habríame alegrado, desde aquella época, de hablarle; de tal modo me impresionó su reputación de caballero y de hombre *singular*. Era muy *particular*. Trataba á muy pocas personas. Yo sabía todo esto más por otros que por mí misma.» Cuando fué nombrado capitán de guardias, y luego que hubo recibido su bastón y prestado su servicio, dice la Princesa: «con sus aires de distinción y desembarazo; cuidadoso siempre, pero sin oficiosidad, comencé á mirarle como un hombre *extraordinario* (esta es siempre la profunda impresión que produce), de conversación muy agradable, y yo buscaba ocasiones para hablarle. Hallaba yo en él modos de expresarse que nunca había advertido en las *otras personas*».

Tal fué siempre el primer hechizo de este hechicero. En aquel gran siglo de lo convencional, y en aquel corazón ya petrificado de la Princesa, se comprenderá perfectamente que hubo aquí lo que en el siglo siguiente había de llamarse *un rayo*. Todavía no existen los nervios, y el magnetismo de la mirada es aún desconocido. Lauzun va penetrando poco á poco en la atención de aquella mujer aburrida, y que probablemente echaría de ver, quizá sin darse cuenta de ello, que en aquella corte solemne y ceremoniosa, todas las cosas se parecían demasiado las unas á las otras. Como por muy Princesa y muy altiva que una mujer sea, conserva siempre la vanidad femenil, *el hombre favorecido por las mujeres* que en Lauzun veía, ocasionaba alguna picazón en aquel espíritu tan altivo y tan orgulloso. *Mademoiselle* dice, hablando de Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleans: «No abrigaba

yo sospecha alguna de que *él* pudiese tener hacia ella *galantería...., esa afición que habitualmente sentía Lauzun hacia muchas damas*». En este momento comienza la Princesa á leer en su corazón. «Dios (dice con una gravedad digna de Bossuet) es dueño de nuestros estados. En ellos nos deja en tanto cuanto la vanidad de nuestros espíritus puede sobrellevarlos. Si él había permitido que yo pudiese considerar el mío como el más venturoso que podía yo escoger en el mundo, debía sentirme satisfecha de mi nacimiento, de mis riquezas, etc., etc. Sin embargo, como he dicho ya, me entristecían y enojaban los lugares mismos que en otras ocasiones me habían agradado.» De este modo, y así debía suceder, la Princesa principió por el aburrimiento:

«¡Y me disteis, Dios mío,
Juntos la soledad y el poderío!»

«Sentía yo cariño hacia otros sitios que hasta entonces habían sido para mí del todo indiferentes. Agradábame la conversación de Lauzun, pero sin que esto me hiciese pensar en él con fijeza.» ¡Cuán lentamente adelanta todo en este espíritu que con tanta dificultad se desentumece! «Después de haber pasado mucho tiempo en *estas agitaciones,* continúa diciendo la autora de las *Memorias,* quise volver á mí misma, y preguntarme qué era lo que me causaba placer, qué era lo que me producía disgusto. Conocí entonces que alguna otra *condición,* distinta de todas las que yo había ya experimentado hasta entonces, ocupaba mi alma por completo; que si yo me casaba sería más dichosa; que labrando la fortuna de alguno, proporcionándole muchas riquezas, ese alguno me lo agradecería, sentiríase conmovido, tendría amistad para mí y procuraría hacer todo cuanto pudiera serme

agradable.» Y después de este examen á lo Bossuet, la Princesa nombra á Lauzun, á quien llama siempre Mr. Lauzun, y lo que la decide por él es, sobre todo, «la distinción de su conducta en relación á la de *las otras personas,* la elevación de alma que él posee muy superior á la *de los demás hombres*, lo ameno de su conversación, y *un millón de singularidades* que en él advierte». ¡Siempre las singularidades, la originalidad, lo extraordinario, lo imprevisto para ella en su rutina de *high life* y de Princesa! Aquella mujer había adivinado el *Dandysmo* moderno. Porque evidentemente en esto consiste.

IV.

Matilde de la Môle (en la novela *Rojo y Negro)* no se explica sus sensaciones mucho mejor que *Mademoiselle* las suyas. Pero Matilde lucha, y *Mademoiselle* es demasiado Princesa para combatir su sentimiento. Cuando lo experimenta, bien experimentado estará. El aburrimiento se apodera de su alma cuando no *le* ve *(á* Lauzun) en *las habitaciones de la Reina.* «Quería yo verle en la cámara de la Reina, ó sólo, en mi cuarto, ó en la recepción de la corte, ya casualmente, ya de otro modo. Soy por naturaleza impaciente; no podía yo soportar á nadie. El ver gente me desesperaba.»

De tales síntomas, verdaderamente graves, nacieron entonces dos sentimientos.

La resolución de confiar al Rey aquel amor, y la INCONSOLABILIDAD que en ella producía el que Lauzun, á juzgar por su conducta respetuosa y sumisa, no echara de ver *todo lo que ella pensaba en él.* Pero Princesa siempre,

aun en medio de esas *agitaciones* procura hallar, en la historia de Francia, ejemplos de personas muy inferiores á Lauzun en linaje y categoría que se habían casado con hijas y aun con viudas de Reyes. Recordó entonces los amores de Corneille, y, ¡cosa peregrina!, envió á buscar en París un *Corneille,* porque había visto en las *comedias* (así dice ella) de ese autor una especie de predestinación parecida á la suya. Una vez recibida la obra de Corneille, *Mademoiselle* aprendió de memoria los versos, de los cuales no conservaba más que cierta reminiscencia, mirando sólo, sigue diciendo la Princesa, por su LADO DIVINO lo que la mayoría de los hombres consideran con sentimientos profanos.

He aquí los versos, muy dignos,—eso es otra cosa,—de Corneille. «Lise, cuando la voluntad de los cielos nos ha creado el uno para el otro, nuestro amor nace repentino. En virtud de secreto poder, su mano siembra la inteligencia entre los corazones, aun antes de que las personas se hayan visto. De tal manera prepara á los amantes, que el alma de cada uno se conmueve y se interesa sólo al oir el nombre del otro. Se estiman, se buscan, se aman en un instante; todo lo que á medias palabras se dicen, les persuade fácilmente, y sin cuidarse para nada de temores frívolos; la fe se adelanta siempre á las palabras. En pocos vocablos la lengua expresa mucho. Los ojos, más elocuentes aún, lo expresan todo en una mirada, y de cuanto, á porfía, nos enteran ambos, el corazón comprende todavía más de lo que ellos dicen (1).»

(1) *Quand les ordres du ciel nous ont faits l'un pour l'autre,*
Lise, c'est un amour bientôt fait que le notre.
Sa main entre les cœurs par un secret pouvoir
Sème l'intelligence avant que de se voir!
Il prepare si bien l'amant et la maitresse,
Que leur ame au seul nom s'emeut et s'interesse;
On s'estime, on se cherche, on s'aime en un moment,

Después de este oráculo del genio, la Princesa no vacila más. Adopta resueltamente su partido, y lleva adelante su proyecto de matrimonio. Ve un día (2 de Marzo) á Lauzun en las habitaciones de la Reina. «Lauzun, escribe *Mademoiselle*, habría debido adivinar cuando estuve delante de él lo que en mi corazón pasaba, en la alegría con que le hablé.» Pero como Lauzun no parece comprender una palabra de todo aquello bajo el respeto con que se cubre, discurre la Princesa hablarle de su matrimonio con el duque de Lorena, y preguntar á Lauzun su parecer con respecto á esa boda....

Aquí es donde principia la más deliciosa comedia, la comedia del amor. *Ella* quiere ser comprendida; *él*, que comprende perfectamente, no quiere comprender. *Ella* le presenta el hielo casi hendido por ella misma, para que *él* acabe de romperlo. No lo rompe. No existe ya más que una tenue y diáfana superficie.... pero Lauzun no la rompe. Ni se permite siquiera tocarla con la punta de un dedo, porque la rompería. Conviértese Lauzun en el más gracioso, el más profundo y el más desesperante Tartufo del respeto que ha existido nunca. El procedimiento de este hombre es una obra maestra. De la conducta de Lauzun en aquellas circunstancias pueden obtenerse máximas generales y axiomas para inspirar amor á las Princesas. Pero ¿quién tiene ahora Princesas á quienes seducir? Mujeres que llevan ese título sí existen todavía; pero Princesas de verdad, ya no las hay.

He aquí ahora el axioma primero del maquiavelismo

Tout ce qu'on s'entredit persuade aisement,
Et sans s'inquieter de mille peurs frivoles
Le foi semble courir au-devant des paroles.
La langue en peu de mots en explique beaucoup;
Les yeux, plus éloquents, font tout voir tout d'un coup,
Et de quoi qu'a l'envi tous les deux nous instruissent,
Le cœur en entend plus que tous les deux n'en dissent.

adorable de Lauzun; porque es adorable en sus pormenores: «Cuanto más transparente y más tierna se muestre para nosotros una mujer altiva, Princesa por su carácter lo mismo que por su nacimiento, tanto más debemos exagerar nuestro respeto y envolvernos en él de un modo impenetrable».

Lauzun no infringió nunca esta ley ni aun en las entrevistas más embriagadoras para un hombre, vanidoso como él lo era, ambicioso, enamorado (quizá lo estaría....; los libertinos son capaces de todo, y hasta pueden amar á doncellas de cuarenta y tres años). Además, en la vanidad sobreexcitada hay una especie de inflamación que remeda al amor diabólicamente. Diabólicamente; esa es la palabra.

Es necesario leer en las *Memorias de Mademoiselle* aquellos rodeos del respeto y aquellos rodeos de la ternura impaciente y altiva. Esta Princesa, que tiene conciencia de lo que vale su pluma, escribe cosas realmente deliciosas, como solamente las escriben escritores de genio. Es una maravilla de gracia velada y de pasión hipócritamente descubierta,—de esta pasión *que desea ser vista,* pero que no quiere dejarse ver....—¡Situación picante! La Princesa pide consejos á Lauzun. Éste se los da: busca con ella un hombre á quien pudiera unirse dignamente,—no le encuentra;—le sugiere la idea de echarse en brazos de la devoción. La devoción al uso. Este hombre, que comprende sobradamente cómo adoran en él, conserva una seriedad magnífica. «No dejo yo de comprender, dijo Lauzun á la Princesa, que parece cosa *ridícula* pasar toda la vida sin haber adoptado un partido, sea el que fuere. Cuando se ha llegado á los cuarenta años, no conviene dejarse arrastrar á los placeres que parecen bien en las muchachas de quince á veinticuatro.

Por eso debo decir á la señora Princesa que está en el de hacerse religiosa, ó consagrarse á la devoción.» Aprueba, no obstante, el designio de *Mademoiselle* de elevar un hombre hasta ella; pero finge ignorar por completo en quién ha fijado los ojos aquella mujer enamorada, que sólo en él piensa.

Sin embargo, muere *Madame* (1) (la duquesa de Orleans), cuando ha nacido y subsiste aún el amor de *Mademoiselle* á Lauzun. Habla el Rey de que ésta reemplace á *Madame*. Pero *el amigo* del caballero de Lorena no puede convenir á un espíritu tan real y tan profundamente femenino como el de Enriqueta; y el Rey, que ve el fondo de las cosas, se avergüenza de su primera idea, y acaba por renunciar á ella. Lauzun solamente, el hombre amado, finge creer, con su inteligencia de diablo conocedor de las mujeres, que *Mademoiselle* desea aquel matrimonio, y se lo aconseja.... Entonces es cuando la Princesa, no pudiendo más, confiesa su amor á Lauzun mismo....; pero ¡con qué turbación y con qué pudores! Esta doncella altiva tiene puerilidades de corazón encantadoras. Lauzun no se aparta de su sistema. Cuando está muy seguro de que la Princesa va á decírselo todo, no quiere oir nada. Suplícala que se reserve sus confidencias.

«*Él* me respondió, dice *Mademoiselle,* que *yo le hacía temblar*. Si por acaso no apruebo la elección de S. A., resuelta y tenaz como es la señora Princesa, conozco perfectamente que S. A. no ha de consentir en volver á verme. Tengo demasiado empeño en conservar la honra de merecer las deferencias que S. A. me otorga, para escuchar una confidencia que me pondría en trance y riesgo

(1) *Madame*, otra antonomasia con que eran designadas la hermana ó la tía políticas del Monarca francés. *(N. del T.)*

de perderlas. Nada he de hacer, por mi parte, para que esto me ocurra, y suplico respetuosamente á S. A. que no me hable más de este asunto....»

¡Aquel incendiario sabía perfectamente cómo había de conducirse para encender más los deseos! Cuanto menos se presta Lauzun á oir, tanto más se obstina en hablar la Princesa.—Un día, siempre refiriéndose á lo mismo, cuenta *Mademoiselle:* Pensé en echar el aliento sobre un espejo: «esto empañará su luna; entonces escribiré el nombre en letras muy grandes para que V. lo lea sin dificultad». Pero dieron en aquel momento las doce de la noche. Era ya viernes, día de mal agüero. «¡Ah! (exclamó la Princesa entonces); no diré á V. nada....»

Algunos días después guardó *Mademoiselle* un papel, en el cual había escrito solamente estas dos palabras: *¡Es V.!* Pero no quiso entregar aquel papel en viernes. «Démelo V. A. (decía Lauzun); prometo que no lo leeré hasta después de las doce de la noche.» Pero la Princesa teme, duda aún, cuando al día siguiente, por la tarde, se presentó Lauzun en la cámara de la Reina, y entonces *Mademoiselle* escribe una página deliciosa, cuyos pormenores tienen para mí encanto indecible.

«Luego que hubo entrado la Reina en su oratorio, fuí á colocarme, sola con él, en el rincón de la chimenea, y saqué el papel; se lo mostraba yo, y en seguida apresurábame á guardarlo, ya en la bolsa, ya en el manguito. Lauzun me rogó con empeño que se le entregase. Decíame que el corazón le palpitaba; que tenía en aquella palpitación algo de presentimiento; que acaso iba yo á proporcionarle ocasión de perjudicar á alguno si desaprobaba él mi elección y mis intenciones. La conversación sobre este tema duraría como cosa de una hora;

pero tanto el uno como el otro nos encontrábamos turbados, y le dije: «He aquí el papel. Se lo entrego á V. »con la condición de que V. escriba la respuesta debajo »de lo que yo he escrito. Tendrá V., para hacerlo así, »espacio de sobra, porque mi carta es muy concisa, y V. »me la devolverá esta noche en las habitaciones de la »Reina, donde hablaremos».

»Apenas había yo acabado de decir esto, cuando salió la Reina para visitar á los Recoletos. La seguí. Oré aquella tarde, rogando á Dios con toda mi alma la realización de mis designios. Mis distracciones fueron grandes. Cuando salimos del templo nos encaminamos á las habitaciones del Delfín. La Reina se aproximó al fuego. Vi entrar á Lauzun, que se acercó á mí sin atreverse á hablarme ni á mirarme siquiera. Su turbación aumentó la mía. Entonces me *arrodillé para calentarme mejor*. Lauzun se hallaba muy cerca de mí. Díjele *sin mirarle:* «Estoy completa»mente helada». Lauzun me contestó: «Yo me encuentro »perturbado aún por lo que he visto; pero no soy bastante »insensato para caer en la red. He comprendido muy bien »que S. A. quiere divertirse y al mismo tiempo excusarse, »por medio de este rodeo extraordinario, de confiarme el »nombre de alguien. Yo no habría tenido nunca deseos de »conocerle, sabiendo que S. A. tenía la menor dificultad de »decírmelo.» Yo respondí: «Nada puede haber en el mun»do más verdad que esas dos palabras escritas por mí, ni »nada más decidido en mi pensamiento que ese propósito». Lauzun no tuvo tiempo de replicar; *no se halló con fuerza para llevar más adelante aquella conversación*. ¡Todavía otra vez! ¡Los pormenores, la entonación, todo....! ¡es incomparable!

V.

Ya en estas alturas, el inteligente seductor muéstrase admirable, satánicamente admirable, y cada vez más. Aquel rayo de felicidad que le anonada, no raja siquiera la concha de tortuga, de hipocresía, en que Lauzun se ha escondido. Lauzun es ateo, según le dice esta noble enamorada que, no ha *recobrado,*—porque nunca las tuvo,—sino *hallado* en un sentimiento verdadero, las gracias tímidas de una muchacha de diez y ocho años. Ni aquel *es V.,* ni todo lo que la Princesa agrega al terrible y delicioso *es V.,* rompe, en un solo minuto, la máscara de incredulidad de Lauzun. Dice «que se burla de él», y *Mademoiselle* responde, con bastante más fundamento que, «antes al contrario, él es quien se burla de ella». Los papeles aparecen trocados. Ordinariamente el hombre es el que persuade, y la mujer es la persona á quien se trata de persuadir. En esta ocasión, la Princesa es el hombre; el segundo, la mujer.... ¡y qué mujer! ¡Celimene y Tartufo juntos! Cuanto más procura *Mademoiselle* rodearle con el brillo de sus amores casi regios, tanto más humilde se presenta Lauzun y tanto más se empequeñece. Parece como si dijese á esta mujer que por él se rebaja: «¡Baja, baja más todavía!» ¡Bribón afortunado! Precisamente contraría y justifica, al propio tiempo, su lema: «*Voy hasta lo más alto.*»

Los episodios de esta comedia novelesca—novela para la una y comedia para el otro,—son casi tan divertidos como la comedia misma. En los pormenores hay de todo. En aquella corte casi española por la etiqueta, osa *Ma-*

demoiselle apoyarse en Lauzun para levantarse, Lauzun aprovecha aquel momento para devolverle su carta, que la Princesa oculta en su manguito, lo mismo que una muchachuela. ¡Aquella heroína del arrabal de San Antonio, que había mandado disparar un cañonazo contra Luis XIV! Lauzun persevera siempre en no creerla; pero un rayo de luz ha atravesado su careta, y *Mademoiselle* lo ve bien. «Estaré, ha dicho Lauzun, sumiso siempre á la voluntad de S. A.» ¡Esto no significa *un no!,* pero dicho *esto*—que era imposible no decir,—helo que se abisma otra vez en respetos y miramientos más que sobrados para enloquecerla de impaciencia. Por fin Lauzun pronunció la palabra terrible, la palabra *humillante:* «¿Será posible que S. A. quiera casarse con un *criado* de su primo?....» De ese modo hablaba Lauzun de su cargo de capitán de Guardias de Corps.

Pero, como él había calculado todo lo que podía ser un obstáculo para *Mademoiselle*, obligábala á saltar por encima. La Princesa, pues, solicitó atrevidamente del Rey permiso para contraer matrimonio con Mr. de Lauzun. ¡Cosa extraña!; el Monarca no se opuso. Aconsejó, sí, á su prima que lo pensase bien, que no procediese de ligero, etc. Á *Mademoiselle* la hicieron padecer los aplazamientos que vislumbraba en el fondo de aquella respuesta del Rey. Y Lauzun defiende al Rey contra la Princesa. Encuentra Lauzun que el Rey tiene razón al aconsejarla que piense bien en aquel enlace, que no le conviene, etc., etc. El Rey nada dice á Lauzun; manifiéstase amable con él y con ella. Esto hace que *Mademoiselle* abrigue esperanzas. Cuando una noche dícele bruscamente Lauzun: «Es necesario no demorar más el dirigirse al Rey. Si S. A. me cree, debe decirle: «Señor, las »locuras mejores son las que duran menos. Vengo á dar

»las gracias á V. M. por las reflexiones que me ha obligado »á hacer. Ya *no pienso* en lo que de V. M. había solici- »tado.» Pero la Princesa, irritada, exasperada, habla al Rey, aunque de muy distinta manera, y ¡con qué tacto, con qué gusto, con qué decisión! (Véase el tomo VI, pág. 24, de las *Memorias.)* El Rey le dijo solamente una cosa: «No me opongo ni á tu voluntad ni á la fortuna de Mr. de Lauzun; pero no obres sino después de haberlo reflexionado». Estas palabras eran su consentimiento. Toda la corte se enteró de esta noticia sorprendente: el casamiento de *Mademoiselle.* Lauzun tiene el aspecto modesto, casi ruboroso, de un hombre á quien se casa como á una doncella. «He menester de toda mi razón, dice, para no perder la cabeza.» Cuando el contrato de matrimonio está redactado, cuando se halla todo dispuesto para la ceremonia, Lauzun, siempre el Lauzun de una lógica de humildad insoportable, dice todavía á *Mademoiselle:* «Si S. A. *siente el más leve disgusto,* aun hallándonos *en presencia del sacerdote,* ruego con toda mi alma á V. A. que lo rompa todo». Y como la Princesa contestase «*V. no me ama*», replicó él: «Eso es lo que nunca diré sino cuande hayamos salido del templo. Preferiría yo estar muerto, á haber hecho comprender á S. A. antes de ese momento, lo que dentro de mi corazón alienta....» He aquí, sin embargo, que una tristeza inmensa y repentina cae sobre el corazón, sobre el gran corazón de aquella mujer que ya se consideraba dichosa; *Mademoiselle* rompe á llorar *sin saber por qué,* dice ella, y al día siguiente el matrimonio queda roto por orden del Rey.

V.

No he de tratar aquí del desempeño magistral con que Lauzun ha conducido la seducción de *Mademoiselle*. Ha realizado su propósito como el artista más consumado en seducciones que haya podido verse nunca. He buscado inútilmente en su conducta una falta, un olvido, una distracción. Fué necesario nada menos que la voluntad de Luis XIV para echar por tierra aquella obra maestra de Lauzun—y aun Luis XIV, que no fué Luis XIV en esta ocasión,—porque este Rey, que era considerado con justicia como el hombre más caballero de su reino, se condujo en todo este asunto, ó con la mayor debilidad, ó con la doblez mas inaudita. Asediado, solicitado, constreñido por los allegados y deudos y amigos de su hermano *(Monsieur)*, por la madrastra de *Mademoiselle,* por su hermana casada con un Guisa, ¿cedió el gran Monarca débilmente, después de haber dado su consentimiento á *Mademoiselle,* lo cual habría sido faltar á su palabra? ¿Ó la engañó, lo que habría sido una mentira y juntamente una crueldad? En cualquiera de estos dos casos, Luis XIV aparece aquí muy pequeño y casi felón. La razón única, la sola razón que dió á su prima desesperada, y que estuvo muy elocuente y muy patética postrada á *sus pies,* fué la que se llamaba á sí misma opinión de las cortes de Europa. Razón ruin y cobarde, que *Mademoiselle* calificó arrogantemente de bochornosa.... El Rey fué sordo á los ruegos, y se mantuvo inflexible ante sus lágrimas; pero él mismo *lloró* al negarle

lo que pedía. Cuando los tigres nos devoran no lloran; y cuando los cocodrilos fingen llanto, lo hacen para atraernos. Estas lágrimas de Luis XIV manchan su fisonomía, y son realmente incomprensibles, si es que no son deshonrosas.

La desesperación de *Mademoiselle* fué trágica. Lauzun lloró también para desesperarla más todavía. Había realmente algo de verdadero en aquel llanto. ¿Cómo no había de llorar Lauzun? También Boabdil lloró por su bella ciudad perdida. El Rey, siempre odioso, fué á visitar á *Mademoiselle*, trató de consolarla, la besó, y *mantuvo mucho tiempo su mejilla pegada* á la de su prima carnal, y *Mademoiselle* tuvo el atrevimiento de decirle: «V. M. hace lo que hacen los monos, que ahogan á sus hijos acariciándolos.» Palabras que, en lo que respecta á osadía, eran casi tanto como el famoso cañonazo del arrabal.

Mademoiselle, en su angustia, adoptó la determinación de no presentarse más en la corte. Pues bien: Lauzun fué quien la obligó á tornar y quien le dijo que no era bien estar por tan largo tiempo apartada del Rey. Cuando la Princesa encontraba á Lauzun, lloraba y gritaba, hallárase donde se hallara. Aquel hombre de acero, que de su acero se servía para desgarrar más y más el corazón de aquella Princesa por el interés del amor que la inspiraba, llegó hasta decirle: «Si V. A. continúa de ese modo, *no estaré nunca donde V. A. se halle*». Y ella desde entonces no se atrevió, así lo escribe, á llorar delante de Lauzun.

Después de la ruptura del matrimonio, el Rey dió á Lauzun un gobierno, lo cual hizo decir á *Mademoiselle:* «No me satisfará nunca lo que haga el Rey, sino cuando haya entregado á V. mi mano. Hasta entonces todos los *medros* de V. me hallarán insensible». Una vez roto aquel

matrimonio, fingió Lauzun descuidar su tocado (1), lo cual *agregó un dolor más* al disgusto de *Mademoiselle;* pero Lauzun *exigió* que ella se tocase y adornase con esmero, á pesar de la aflicción que la consumía. Ella le amaba con esa idolatría física, sin la cual no existe el amor. (Véase la historia encantadora de la cinta rosa para la corbata de Lauzun, en la Revista de Flandes, tomo VI de las *Memorias.)* Ni aun después de la ruptura cesó aquella desventurada de ser víctima de las inauditas crueldades con que Lauzun se adhería aquel pobre corazón maleficiado por él. Circuló una vez la noticia de que la Princesa iba á contraer matrimonio con el duque de York. Lauzun fué entonces á verla, y le dijo: «Si S. A. quiere casarse con el duque de York, suplicaré al Rey que me envíe á Inglaterra para negociar el matrimonio». Ella contestó sublimemente: «¡Sólo de V.!» Lauzun, al oirla, se arrojó á los pies de la Princesa, y allí permaneció sin pronunciar una palabra. «Tuve intención, dice *Mademoiselle*, de levantarle; pero me sobrepuse á mis deseos, y él se levantó por sí solo y se alejó.» Partió para Flandes, fingiendo que olvidaba despedirse de aquella mujer cuya vida se llevaba. La Princesa se lo afeó mucho; «pero, dice ella misma, quería yo enfadarme con él, le veía, y ya no tenía fuerza para el enfado». Realmente, *Mademoiselle* estaba hechizada. «Encontrábame algunas veces, continúa diciendo, dispuesta

(1) Creo que, por el contrario, lo cuidaba más.... Ese descuido debió de ser hipócrita, como todos sus procederes. No era Lauzun hombre de llenarse la cabeza de ceniza como un judío en sus aflicciones. Si se encenizó, sería muy ligeramente. Solamente lo indispensable para mostrar un dolor que no afea y que interesa. Lauzun era demasiado *Dandy* de nación para poner en olvido las exterioridades de efecto. Los *Dandys* se curan de eso siempre. Recuérdese á Sthendal (*El Rojo y el Negro*), al *Dandy* ruso prescribiendo á Julián Sorel la melancólica corbata negra siempre que entrega á la doncella de la persona á quien ama las famosas cartas, á las cuales ella no responde. *(N. del A.)*

á reñirle y á quejarme; pero él me arrebataba esa resolución con *sus maneras que yo no acertaré á describir:* ¡de tal suerte eran singulares!» ¡Siempre la singularidad! ¡El *Dandysmo* siempre!

VII.

Lo repito: no he tratado de hablar hoy de otra cosa que de esta seducción de Lauzun, que forma época en la historia de las seducciones humanas. No tengo, por lo tanto, que referir ni su arresto, ni su destierro á Pignerol.... *Mademoiselle* permaneció seducida hasta su último día. Ni aun el desprecio que, andando los tiempos, llegó á sentir hacia él, pudo nada contra su ascendiente. Lauzun salió de Pignerol. Fué á Bourbon, después á Amboise, y por último regresó á la corte. Tornó sin careta. Ya no esperaba el matrimonio, y la seducción estaba realizada.

Mostróse, por consiguiente, tal cual era, jugador, libertino, hipócrita de devoción, codicioso (1), sin dignidad, y sin agradecimiento alguno á *Mademoiselle*, ni aun cuando la engañaba y se encolerizaba contra ella. Todo esto es repugnante. ¡Pero qué predominio! *Mademoiselle* lo ve todo, lo sabe todo, «pero yo había hecho ya demasiado, dice ella, para no acabar lo que había principiado».

Es el fatalismo del orgullo en el amor.

Mademoiselle lo acabó efectivamente. Luis XIV permitió, por último, el matrimonio *secreto;* pero, ¿á qué precio? Al precio de la mitad de los bienes de *Mademoi-*

(1) *Concupiscente* sería la traducción más adecuada y más exacta; pero la Academia no lo autoriza. *(N. del T.)*

selle, que ésta hubo de ceder á uno de los bastardos del Monarca. ¡Ay! El gran Rey persistía, en esta historia de *Mademoiselle* y de Lauzun, en no ser Luis XIV. Las *Memorias* no van más adelante. Interrúmpense bruscamente, ¡como de vergüenza! Pero el lector ya oye en las lejanías la frase que atravesará los siglos: «*¡Enriqueta de Borbón, quítame las botas!*», dicha á la prima hermana del Rey más soberbio que ha existido en el mundo.

Confiesen Vds. que esta narración, que no es sino un episodio de la historia de un *Dandy* anticipado, es tan interesante como las novelas más fantásticas de nuestro tiempo, y que tiene más atractivo que el análisis de cualquiera de ellas.

J. Barbey D'Aurevilly.

UN BOCETO DE VELÁZQUEZ

Cosa muy grave es el anunciar un lienzo de Velázquez, aun tratándose únicamente de un boceto, lo sabemos; estampamos, no obstante, y lo estampamos sin vacilar, ese título formidable y raro á la cabeza de nuestro artículo. D. Diego Velázquez de Silva es acaso, entre todos los grandes maestros, el menos conocido realmente, bien que sean su reputación y su gloria universales y no discutidas. España, excesivamente celosa, ha guardado toda completa la obra del pintor insigne, y los museos de otras naciones sólo poseen, de los trabajos de éste, fragmentos de muy poca importancia, ó de una autenticidad problemática en muchos casos. Secuestrado desde muy joven por Felipe IV, ese inteligentísimo aficionado, Velázquez trabajó casi exclusivamente para su regio Mecenas, en el mismo palacio Real, donde tenía el artista su estudio, una de cuyas dos llaves poseía el Monarca á fin de visitar, siempre que le viniera en mientes, á su pintor predilecto. Un retrato de D. Juan de Fonseca y Figueroa, en cuya casa había parado Velázquez cuando se trasladó á Madrid desde Se-

villa, retrato que fué visto por el Rey y por toda la corte, determinó de pronto aquel prolongado favor, que se mantuvo hasta la muerte del artista, sin intermitencias, sin caprichos, sin ingratitud y sin cansancio.

Tenía Velázquez, cuando comenzó á protegerle Felipe IV, de veintitrés á veinticuatro años, y murió á los sesenta y uno. Fué pintor de S. M., gentilhombre de cámara, aposentador y caballero del hábito de Santiago; pero estos cargos palatinos y esos honores de la privanza, en nada perjudicaron á su talento. Su pincel conservó toda su franqueza y su vigor todo; el artista, en presencia del Rey, supo preservarse de la frialdad oficial y manifestar libremente su genio.

Dos viajes á España nos han permitido admirar, en el Museo de Madrid, á ese pintor, á quien puede colocarse atrevidamente entre el Ticiano y Van-Dyck, y que acaso supere á los dos como colorista. Sin seguir fielmente el ejemplo del inglés David Wilkie, que analizaba cada día una pulgada cuadrada del célebre cuadro de *Los Borrachos,* hemos estudiado cuidadosamente á Velázquez en esta galería donde están reunidas todas sus obras maestras, los retratos ecuestres de Felipe IV y del conde-duque de Olivares, las *Meninas,* las *Fraguas de Vulcano,* las *Hilanderas,* la *Rendición de Breda,* más comúnmente conocido con el nombre de *Cuadro de las Lanzas.* Esto que ahora decimos, no envuelve la presunción de aficionados cosmopolitas,—hoy es más fácil ir á Madrid que en otras épocas á Corinto;—es solamente dejar asentada nuestra competencia en un caso concreto.

Hemos visto recientemente en casa de M. Haro,—donde resplandece entre otros cuadros de diferentes escuelas,—un gran boceto de la *Rendición de Breda,* con tal fuego marcado por la garra del león, que cada una de

sus pinceladas contiene la firma del maestro. Allí está Velázquez entero, en cuerpo y en alma, con más vida, con más ardor, con más brillo acaso que en sus cuadros concluidos. Este boceto,—lo nombramos así, á falta de otro nombre que mejor se amolde á la idea,—es para nosotros una obra perfecta, á la cual no sería posible agregar nada, y que se quitaría del caballete del pintor, si él viviera aún, por miedo de que lo estropease con un solo toque de más.

¿Cómo es que trabajo de tal valía ha permanecido ignorado hasta ahora?, preguntarán algunos. La *Asunción* del Ticiano, ¿no estuvo muy cerca de dos siglos en el olvido y el abandono, en el fondo de una capilla solitaria, hasta el día en que, sacada del limbo por el conde Cigognara, fué elevada nueva, esplendorosa y brillante al cielo del color? Los cuadros, como los libros, tienen sus hados *(habent sua fata)*; los hay que se pierden ó desaparecen. Cambios de fortuna, particiones de herencias, los hacen caer á las veces en manos de poseedores ignorantes que no conocen el precio de tales joyas artísticas. La pátina del tiempo va cubriéndolos poco á poco. El dorado de sus marcos se oscurece ó se extingue. Cualquier dama frívola juzga que aquellos cuadros feos, sombríos, manchan el colorido fresco de sus salones, y las obras de arte pasan desde la habitación al desván; allí duermen, bajo telarañas, esperando las glorias de la resurrección, ó van á pudrirse entre los muebles de desecho á las prenderías ó á las tiendas de ropavejeros.

El boceto del *Cuadro de las lanzas* ha pasado por análogas vicisitudes; abandonado, olvidado, desdeñado durante muchos años, va hoy á recobrar, así lo esperamos, el lugar que le corresponde entre las obras maestras del arte. Expuesto en pública subasta, sin aliño pre-

vio, sin que ni una esponja hubiese quitado siquiera el polvo de los siglos, á pesar de las desconfianzas que inspira, con motivo sobrado, esta atribución soberbia á Velázquez, y la poca afición que entre los inteligentes hay por los bocetos, alcanzó el precio de 26,000 francos, apenas la tercera parte de su valor, merced á varios rayos del genio que atravesaban las espesas tinieblas de que estaba cubierto. La obra maestra hallábase detrás de las nubes amontonadas, y las atravesaba como el sol por inesperadas aberturas. M. Haro, el hábil y laborioso restaurador de cuadros, que pone al servicio de sus delicadas tareas la más escrupulosa prudencia, le ha desembarazado con maravillosa fortuna de sus manchas, de su pátina, de todos los velos puestos entre el espectador y el artista.

Despejado así de esa acumulación de tinieblas, el cuadro ha reaparecido intacto, resplandeciente, en su nuevo y virginal esplendor, como si el pintor acabase de dar en él la última pincelada. Por fortuna, el desdén le había preservado de las restauraciones; ninguna mano profana había aplicado allí torpemente esos parches que son verdaderas llagas de los cuadros antiguos; ni la más ligera lepra de repintado en la superficie; el color sano, sólido, nacarado habíase mantenido puro bajo las descomposiciones del barniz como un mosaico bajo un hundimiento de tierra; ha bastado limpiarlo y humedecerlo para lograr que revivan los tonos del cuadro. Hoy vemos el cuadro tal cual debió de salir del taller de Velázquez. He aquí una sorpresa peregrina en el mundo del arte: ¡una obra maestra completamente nueva, de un artista muerto hace doscientos años! Si el cuadro no hubiese permanecido mucho tiempo perdido y olvidado bajo una capa de polvo, hubiera padecido, á pesar de los cuidados más

piadosos, los ultrajes del tiempo y la acción destructora de las influencias atmosféricas.

El boceto de que hablamos difiere del cuadro en bastantes pormenores y en que es mayor el número de los personajes. En esta composición rápida el artista se ha dejado llevar de la exuberancia de su fantasía, y no ha escatimado las figuras que con cuatro ó cinco pinceladas podía crear. Ninguna exigencia oficial ó estratégica coartaba todavía su libertad. Dueño absoluto de su pensamiento, le ha pintado de una sola vez con la misma paleta , acaso en un día solo, tal vez como una visión interior le ofrecía á su espíritu, de un modo tan alto, tan caballeresco, tan libre, tan magistral, que el espectador queda estupefacto delante de esta pintura, juntamente reposada y turbulenta, esbozada apenas y ya concluida, en que cada intento es una realización, en que cada indicación lo dice todo, en que el descuido, y tal vez podría decirse la casualidad del pincel, revela una ciencia consumada, un cálculo instintivo y profundo, un arte que no podrá ser igualado.

Un cielo espacioso, saturado de luz y de vapores, ricamente indicado con lápiz-lázuli, mezcla su azul puro con las azuladas lejanías de un campo inmenso, atravesado por un río, cuya presencia denuncian algunos resplandores plateados. La silueta de Breda no se proyecta en el horizonte como en el cuadro definitivo. Acá y allá las llamas del horrible incendio elévanse desde el suelo, como las nubes de la guerra, y van á confundirse con las nubes del cielo en fantásticos torbellinos ; á cada lado aparecen sendos grupos; en el uno de las tropas flamencas; en el otro de las tropas españolas ; entre uno y otro grupo queda libre, para la entrevista del general vencedor y del general vencido, un espacio, del cual ha hecho

Velázquez una abertura luminosa, un foco de tonos brillantes, una indicación, un prodigio de perspectiva, en que las formas hechas de un solo toque centellean como los luceros.

El marqués de Spínola, con la cabeza descubierta, con el sombrero y el bastón de mando en la mano y vistiendo su armadura, acoge con cortesía caballeresca y afable y casi cariñosa, como es uso y costumbre entre enemigos generosos y nacidos para estimarse mutuamente, al gobernador que se inclina y le ofrece las llaves de la ciudad en una actitud noblemente humilde. La banda roja del Marqués, salpicada de puntitos dorados en salientes bruscos que permiten adivinar un rico bordado, es una maravilla de color; es lo que podría llamarse la *tónica dominante,* que da valor á los tintes superpuestos. Entre el hormigueo de las lanzas, indicado á la ligera, flotan estandartes cuyos tonos espléndidos, blancos, rojos, azulados, no son, cuando se les mira desde cerca, sino brochazos diseminados de matices tumultuosos que producen un efecto admirable. ¡De tal manera posee el pintor el sentimiento de la harmonía del conjunto!—La grupa del caballo colocado detrás del Marqués, á distancia de algunos pasos, se modela y se satina sobre un trazo de luz indicado de un modo sorprendente. El arrogante bruto no está completamente vuelto, como en el cuadro.—Las curvas de sus ancas interrumpen muy felizmente las líneas rectas de que el asunto ha menester, y es una afortunada idea del pintor el haberlo colocado en aquel sitio.

No es dable expresar con palabras el orgullo caballeresco y la grandeza española que caracterizan las cabezas de los oficiales que forman el estado mayor del general. Algunos toques ligerísimos han bastado al pintor

para expresar la serena alegría del triunfo, el orgullo tranquilo de la raza y la costumbre de los acontecimientos grandes. Estos personajes, tan admirablemente bosquejados, no necesitarían de informaciones ni de pruebas para ser admitidos en la Orden de Santiago ó de Calatrava. Su aspecto sólo bastaría para que fueran admitidos; ¡de tal modo aparecen naturalmente hidalgos! Sus cabellos largos, sus bigotes retorcidos, su barba puntiaguda, sus coseletes ó sus justillos de búfalo, hacen de todos aquellos guerreros retratos anticipados de predecesores que han de figurar, con su blasón en el ángulo del lienzo, en la galería del castillo hereditario. Nadie como Velázquez ha sabido pintar al caballero noble con una familiaridad soberbia, y, por decirlo de este modo, de igual á igual.

No es Velázquez el pobre artista, cohibido, turbado, que no ve á sus modelos sino en el momento de copiarlos, y que jamás ha vivido con ellos; Velázquez los sigue en las intimidades de las habitaciones regias, en las grandes cacerías, en las ceremonias solemnes; conoce su porte, su gusto, su actitud, su fisonomía; él mismo es uno de los *privados del Rey;* como ellos, acaso mejor que ellos, conoce los rincones del palacio. La nobleza española, con Velázquez por retratista, no podría decir como el león de la fábula: «No fué león el pintor».

Para tornar á nuestro boceto, ¡qué lección tan magnífica hay en él para los pintores! En este caliente, violento y espontáneo bosquejo, el artista entrega su secreto, muy seguro, por otra parte, de que nadie le ha de utilizar. Todo está hecho de primera intención; nada de primores, nada de tintes recargados, nada de habilidades del oficio. La brocha, agitándose en la pasta, en la cual todavía pueden vislumbrarse las huellas de las cerdas, describe las for-

mas, acusa los músculos, coloca las figuras, distribuye las sombras y la luz con una franqueza, con una claridad y al propio tiempo con una grandeza incomparables.—Nunca ha podido encantar ojos humanos ramillete tan rico de paleta. La composición, sin embargo, resulta grave, porque Velázquez no emplea los colores brillantes por ellos mismos; no es con los azules, los rojos, los verdes y los amarillos vivos con lo que llega á ese efecto intenso y luminoso, á ese calor en que sus figuras se bañan, sino con interrupciones de tonos, con atinados contrastes de matices, con un instintivo sentimiento del color íntimo de las cosas. En este concepto es un maestro sin rival. Ni los venecianos ni los flamencos tienen ese esplendor sobrio, sereno, profundo, parecido al lujo de las casas ricas desde hace muchos años.

Sin embargo, Velázquez era realista, como el arte de su época; pero.... ¡con qué superioridad! Nada hacía sino copiándolo de la naturaleza, y saliendo de la escuela del frenético Herrera el Viejo, para entrar en la de Pacheco, pintaba, para ejercitarse, calabazas, legumbres, caza, pesca y otros objetos análogos.

Estos estudios no parecían indignos de él al maestro joven aún; á ellos aportaba esa solemne sencillez y esa amplitud grandiosa que forman el fondo de su estilo, desdeñoso para todo pormenor inútil. De tal modo tratados aquellos frutos, habrían podido ser colocados en un aparador regio; aquellas vituallas de una seriedad histórica, figurar en las bodas de Caná. Si Velázquez no busca la belleza, como los maestros italianos, tampoco persigue la fealdad ideal, como los realistas de nuestro tiempo; acepta con franqueza lo natural, tal como ello es, y hace de ello su verdad absoluta con una vida, una realidad y una fuerza mágicas; bello, trivial ó feo, pero siempre en-

grandecido por el carácter y por el efecto. Como el sol que ilumina indiferente todos los objetos con sus rayos, haciendo de un montón de paja un pedazo de oro, de una gota de agua un diamante, de un andrajo una púrpura, extiende Velázquez sus vigorosos coloridos sobre todas las cosas, y sin cambiarlas les da un valor inestimable. Tocada por este pincel, verdadera varita de hada, la fealdad misma parece hermosa; un enano deforme, de nariz chata, de rostro aplastado y viejo, os produce al verle el placer mismo que una Venus ó un Apolo. Cuando Velázquez encuentra la belleza, ¡cómo sabe representarla sin insustancial lisonja, pero conservándola su flor, su suavidad aterciopelada, su gracia, su encanto, y agregándola un atractivo misterioso de fuerza delicada y suprema! Colocad delante de él la perfección, y os la pintará con desembarazo de caballero, y no será vencido por ella. Nada de lo que existe conseguiría superar á las facultades de su pincel.

Velázquez pinta los infantes y las reinas jinetes en sus caballos españoles y en traje de gala ó de montería, lo mismo que los filósofos, los enanos y los borrachos. La cabeza noble y delicada, cuya palidez apenas se colora con la *sangre azul* de las dinastías antiguas, no presenta para el maestro mayor dificultad que el rostro abotagado y vinoso del soldado ebrio. Su pincel reproduce el tisú de oro en los brocados sembrados de pedrería, como las asperezas del remiendo de paño burdo. Ni admira lo uno, ni desprecia lo otro; tan á sus anchas se halla en el palacio como en la cabaña. Fiel á la naturaleza, siempre está en su casa.

Este realismo no se limitaba á las superficies. Velázquez, al tiempo mismo que hacía el retrato, pintaba al hombre. Llevaba el alma del retratado á la piel; desglo-

saba de la persona el carácter y lo incorporaba á su pintura. Conocemos á los personajes por él retratados como si los hubiésemos encontrado en la vida y nos hubiesen hecho confidencias. Aunque hombre de la corte, Velázquez no adulaba; en pintura, al menos. Su sinceridad no se ha desmentido jamás, ni aun en favor de su real amigo. ¿Qué historiador hace ver la decadencia de la monarquía austriaca en España de una manera más clara y más elocuente que esa serie de retratos, en la cual el tipo enérgico de Carlos V, debilitado por la transmisión, se enerva, se bastardea y se extingue en aquella cabeza de una palidez mate, triste y repulsiva, y cuyos últimos representantes no son sino espectros del labio rojo y caído? ¡Caso raro en un artista español y buen católico, como indudablemente lo era! Velázquez no se dedicó á la pintura religiosa. No se conocen de él sino muy reducido número de cuadros de santidad, entre los cuales el más notable es el *Cristo* del Real Museo de Madrid: una figura pálida, de cabellera tendida, que proyecta sobre su semblante la sombra de la corona de espinas y que se destaca manchada de púrpura en un fondo de espesas tinieblas. El misticismo no encajaba en aquella naturaleza robusta y positiva; bastábale la tierra; tal vez se hubiera extraviado en el cielo, donde Murillo se recreaba con un vuelo tan libre y tan fácil á través de glorias, aureolas y guirnaldas de angelitos. Velázquez no gustaba de pintar por rutina, y como los ángeles no se le colocaron nunca delante, no pudo hacerles el retrato.

Las *Fraguas de Vulcano,* á pesar de lo mitológico de su título, nada tienen que recuerde la idealidad antigua. Apolo visita á Vulcano en la fragua de éste, y le da conocimiento de la desventura conyugal del dios herrero. Esta delación de espía olímpico y solar, á quien nada

se escapa, no honra gran cosa al hermano de Diana, y el pobre Vulcano, completamente ennegrecido por las limaduras del hierro, presenta escuchando una mueca poco agradable. Los cíclopes aplican el oído y se sonríen con aire burlón, suspendiendo su trabajo, y muy regocijados, por otra parte, de la desgracia de su maestro. Nada menos griego, ni menos homérico seguramente. Pero ¡qué carnes tan frescas, tan suaves, tan vivas las de Apolo! ¡Qué verdad en la actitud de Vulcano y en el gesto de los cíclopes! ¡Qué pintoresca mezcla de la luz blanca del día con los rojizos reflejos de la fragua! ¡Qué conocimiento del modelado y del colorido! ¡Qué inimitable fuerza de expresión!

Lucas Giordano decía del cuadro de *Las Meninas:* «Es la teología de la pintura». Este lienzo representa, como es sabido, al pintor disponiéndose á comenzar el retrato de la infanta Margarita, á quien una de sus camaristas presenta un vaso de agua en tanto que los enanos de la corte, Nicolás Pertusana y María Berbela, acarician á un perro enorme, que se deja acariciar con cierta indulgencia. El espejo, reflejándolos, denuncia la presencia de Felipe IV y de la Reina, su esposa, sentados en un canapé lateral. Es imposible llevar más lejos la ilusión. Es la naturaleza misma cogida en flagrante delito de realismo. Todas las magias del claroscuro se presentan en las tapicerías que las *Hilanderas* muestran á damas de la corte en un taller medio iluminado.

Pero de todos estos asuntos, el que se adaptaba mejor al talento de Velázquez era, sin disputa, la *Rendición de Breda,* una colección de retratos históricos agrupados por una acción tranquila y de figuras llenas de carácter, soberbiamente colocadas sobre un admirable fondo de paisaje. Contemplando el boceto que hemos in-

tentado describir, y que es el asunto de este artículo, se presiente, se hace algo más que presentir, lo que puede ser el cuadro. ¡En el cuadro, la maestría suprema, la serenidad soberana, la perfección absoluta! ¡En el boceto, la espontaneidad de la inspiración, el deslumbramiento del color, los fulgores del genio!

TEÓFILO GAUTIER.

ÍNDICE

Páginas.

SECCIÓN HISPANO-ULTRAMARINA.

La mujer española, II, por Emilia Pardo Bazán..... 5
La democracia en Europa y América, V y último, por A. Cánovas del Castillo..... 16
Novela-programa, Á la Sra. de R. G., por D. Juan Valera..... 31
Oradores políticos, Consideraciones sobre el libro de este título escrito por D. Miguel Moya, por A. Palacio Valdés..... 55
Papeles viejos, Al Sr. Dr. Thebussen, por Juan J. Cortina..... 63
El moderno Anticristo (Ernesto Renán), III y último, por Fray Zacarías Martínez, Agustiniano..... 68
El espinar cubano y la segur barrantina, por Rafael M. Merchán..... 97
La cuestión social, por Blas Cobeño..... 127
Revista ultramarina, por V. Barrantes..... 145
El vulgo (soneto), por Manuel del Palacio..... 165

SECCIÓN EXTRANJERA.

La centenaria (cuento ruso), por Th. Dostoievsky..... 167
La reputación y el punto de honra, por Arthur Schopenhauer..... 175
Un precursor de los dandys, por J. Barbey D'Aurevilly..... 189
Un boceto de Velázquez, por Teófilo Gautier..... 211

AP
60
E8
año 2
no.16-18

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY